


PORQUE TODOS
NOS MERECEMOS
UNA OPORTUNIDAD
PARA BRILLAR...

BAILA

para *Mi*

PAULA DE VERA



PORQUE TODOS
NOS MERECEMOS
UNA OPORTUNIDAD
PARA BRILLAR...

BAILA

para *Mi*

PAULA DE VERA

BAILA PARA MÍ

*Porque todos nos merecemos
una oportunidad para brillar...*

Paula de Vera

*Para aquellos ángeles guardianes
que siempre nos querrán y aceptarán
tal y como somos.*

BAILA PARA MÍ

Parte 1 - Descubrimiento

Daleth

Una noche entre amigas

Encuentros en la antesala

Magia Salvaje

El gigante misterioso

Cinco años atrás...

Perseidas y Caballeros

Una pasión prohibida

Kenneth Forest

Responsabilidades

El peso del deber

Un buen aliado

Una confesión y una disculpa

Cuestión de confianza

Sin límites

Cinco años atrás...

Toma de contacto

Una extraña normalidad

Anhelos imposibles

Parte 2 - Apuesta

No puedo remediarlo

Alguien en quien confiar

Saltos de fe

Dime la verdad

Promesas difíciles

No hay vuelta atrás

Silencio

La familia que haces

Una bomba de relojería

Cambio de aires

Te lo suplico

El río a su cauce

PARTE 3 - Premio

Choque de voluntades

No puedo más

La última pieza

Límites insospechados

La calma que precede a la tormenta

A tu lado

Ten fe

Déjame ayudarte

Yo te daré...

Confianza

Lealtad y castigo

[El as en la manga](#)
[La encrucijada](#)
[La trampa perfecta](#)
[El cazador cazado](#)
[El principio del fin](#)
[Queridos Ban y Elaine.](#)
[Corazones al unísono](#)
[Un dulce encaje](#)
[Comenzando a vivir](#)
[Epílogo](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)

Parte 1 - Descubrimiento

Sangre.

Los olores a muerte y a medicamento inundaban aquel pequeño cuarto de baño mientras la noche caía al otro lado del único ventanuco visible, situado sobre la bañera. En aquel espacio en penumbra, los fogonazos de un fluorescente a medio romper y cuyos pedazos colgaban del techo como una macabra telaraña, eran los únicos capaces de aportar ráfagas de claridad a lo sucedido. O, quizá, solo hacían que el único testigo presente de aquella debacle tuviera, de nuevo, ganas de vomitar.

No entendía qué había ocurrido. Aquello no tenía que haber terminado así. El que yacía en el suelo, inerte y con la nuca abierta, era apenas otro pobre desgraciado como él mismo; quizá con algo más de suerte en la vida y una familia que lo quería. Pero ¿qué más daba ahora? Reprimiendo una arcada, el joven testigo se arrodilló entonces junto al cadáver; sin importarle el hecho de mancharse las rodillas de sangre, oscura y viscosa y maldiciendo, por enésima vez, su mala suerte.

«Valiant...», se lamentó para sus adentros, tomándole la mano. «Perdóname».

No tuvo tiempo de pensar en nada más. De un momento a otro, un dolor agudo le atravesó todo el espinazo y el testigo cayó sobre el cuerpo cuan largo era.

Daleth

Para Elaine, cepillarse el pelo siempre había sido un ritual indispensable. Lo primero que hacía siempre al despertarse por la mañana, tras llegar al baño y después de quitarse las legañas con un poco de agua, era tomar el cepillo y pasarlo, durante varios minutos, por su largo cabello lacio. Aunque era cierto que aquellos mechones dorados casi nunca se enredaban, a la joven la relajaba aquel movimiento repetitivo y conocido. Sobre todo, cuando tenía que enfrentar un trance desagradable.

—¡Vamos, Elaine! ¡Llegamos tarde!

La muchacha suspiró y se miró por enésima vez al espejo, insegura. Un segundo después se decidió a dejar el cepillo a un lado con gesto pesado.

«Desde luego, esta noche va a ser uno de esos momentos difíciles de soportar», pensó con cierto abatimiento, antes de girar por fin el picaporte y salir del amplio cuarto de baño.

Su mejor amiga y responsable de sacarla de su zona de confort aquella noche, Erica Franklin, la esperaba sentada sobre el borde de su gran cama, taconeando con un pie en una muestra evidente de nerviosismo. Cuando alzó la cabeza para verla salir, sacudió su cabello corto a la altura de la barbilla y fijado con espuma. El efecto hacía destacar aún más el color azul cielo con el que se lo había teñido, siguiendo la última tendencia del momento para las clases altas de la ciudad.

—¡Ah, por fin! ¡Ya era hora! —resopló, levantándose con los ojos en blanco—. Ni que fueras a casarte.

Elaine tragó saliva ante la pulla y trató de salirse por la tangente.

—Todavía no me has dicho a dónde vamos —le recriminó, antes de señalarla a la altura de los muslos—. Por cierto: tienes la falda subida, Eri.

Su amiga, pillada en falso, se limitó a torcer el morro y colocarse el vestido con disimulo. Elaine casi dejó escapar una sonrisita involuntaria. Si algo tenía la joven de pelo celeste era no ser lo más delicado del mundo a la hora de vestirse. De hecho, era evidente que aquel atuendo no era de su

agrado; Erica se lo había puesto solo por no llevarle la contraria al bueno de Liam, su hermano mayor; el cual casi le había suplicado que se vistiera con algo elegante esa tarde para asistir a su graduación. Y la díscola muchacha, que sólo lo tenía a él desde la muerte de sus padres hacía tres años, había claudicado. Aunque únicamente fuera en esa ocasión y para evitar su insistencia...

Elaine, por otra parte, era la primera que tampoco se sentía cómoda con ropa de fiesta. Pero, por enésima vez, supo que a Erica le daba lo mismo; sobre todo cuando esta se limitó a encogerse de hombros como respuesta a su primera acusación y comentó:

—No te preocupes, El. —Acto seguido, se acercó a la joven rubia y le pasó las manos por los hombros como si quisiera arreglarle el vestido, en un claro gesto tranquilizador entre amigas—. Además, Aera me ha asegurado que el sitio nos va a encantar y ya sabes que me fío de ella a ojos cerrados...

Elaine gimió de forma casi imperceptible, pero no contestó. Mientras tanto, Erica se alejó unos centímetros y frunció los labios, observando aún a la joven rubia. Esta estuvo a punto de preguntar qué ocurría, si tenía algo en la cara, cuando su mejor amiga hizo algo que no esperaba: se giró hacia la derecha y avanzó un par de pasos. Después, tras observar el tocador con aire pensativo, tomó algo de su blanca superficie con dos dedos. Todo antes de retornar hacia su mejor amiga, sosteniéndolo con infinita delicadeza. Elaine casi jadeó al ver el objeto en cuestión, pero no renegó.

—Ven, anda. Déjame probar una cosa —le pidió entonces Erica sin brusquedad, a lo que la otra obedeció.

La del pelo azul tomó entonces la sien de la rubia con mimo, apartó unos pocos mechones hacia atrás; y, con infinito cuidado, los sujetó con el pasador en forma de mariposa. Era casi una obra de arte de ágata amarilla y nácar, con dos largas alas de mariposa haciendo una “X”. Cuando su mejor amiga se echó hacia atrás, Elaine alzó una mano instintiva hacia el pasador, pero no lo retiró. Se limitó a acariciarlo con mimo mientras su vista se dirigía, esta vez, hacia el espejo del tocador. Erica se situó a su espalda, discreta.

—Estás muy guapa hoy, Elaine —le indicó entonces; haciendo que la otra muchacha se girara y clavase en ella dos ojos, enormes y oscuros, marcados por las lágrimas—. Todo irá bien esta noche ¿de acuerdo? Yo estaré contigo en todo momento. Te lo prometo.

Tras un instante de vacilación en el que Elaine trató de tragarse la tristeza con todas sus fuerzas, esta última asintió y se dejó conducir; primero, al exterior del dormitorio. Después, fuera de su caro apartamento. Las dos jóvenes bajaron entonces por el ascensor hasta el aparcamiento del edificio en un extraño silencio, algo poco habitual entre ellas. Cuando sonó la campanita que anunciaba que habían llegado a la planta deseada, ambas salieron una junto a la otra. Después, se dirigieron casi por instinto hacia un pequeño Fiat 500 de color azul cielo estacionado a unos veinte metros de distancia, entre dos huecos vacíos. Siendo jueves por la noche, era de lo más normal.

La Torre de Forest Energies estaba en la Zona Alta de la gran ciudad de Daleth. Más o menos, como todas las empresas de renombre de la villa; y, de paso, de toda Nueva Britania. Si Elaine recordaba bien sus clases de Historia de la escuela, después de la Segunda Gran Guerra de hacía ciento sesenta años, el mundo se había recuperado a duras penas de las secuelas. Sin embargo, la población mundial había conseguido evolucionar durante las siete décadas siguientes hasta llegar al punto de creer que nada podría con la Humanidad... Pero se equivocaban.

Hacía sesenta y cinco años, sin haberse recuperado todavía de una de las peores pandemias conocidas en ese siglo, la Tierra se había enfrentado a una hecatombe energética de magnitud inesperada que había destruido gran parte de las redes de comunicaciones y la electrónica del planeta, provocando el pánico general y que diversos conflictos por los recursos más básicos surgieran por doquier. No obstante, tras trece años de caos dos científicos centroeuropeos habían surgido de sus laboratorios clandestinos para ofrecer al mundo una solución. La cual, si bien no era del agrado de todos, ya era conocida por aquel entonces: la energía nuclear. Ese momento se conoció como la Gran Revelación. Aun a pesar de las reticencias de algunos líderes políticos, por suerte, el sentido común y la necesidad de sobrevivir hizo mella en la mayoría. Sobre todo, para utilizar esa fuente tan controvertida durante décadas y tratar de salir adelante. A partir de ahí, también empezó una carrera por la innovación como nunca se había conocido hasta la fecha. Tratando, como fuese, de encontrar una alternativa segura y efectiva para la preciada potencia nuclear.

Para ello, en las Islas Británicas y su principal nación reconstruida de entre las cenizas, Nueva Britania, la mayoría de las empresas que tenían algo pionero que ofrecer al país y al mundo se habían establecido en la

Zona Norte de la flamante ciudad empresarial de Daleth. Por supuesto, en torres de acero y cristal que rivalizaban entre ellas en altura, brillo y esplendor; miraras donde mirases. Además, era muy habitual que, sobre los bloques de oficinas, o junto a los mismos, se encontraran las caras residencias de sus propietarios. En cuanto a la familia de Elaine, los Forest, eran pioneros junto a otros pocos elegidos de la mencionada innovación desde hacía más de dos generaciones. Para ellos, se daba el primer caso. Su residencia y lugar de trabajo se encontraba en un edificio de cincuenta pisos, con los cuarenta y cinco primeros destinados a oficinas; y los cinco últimos, a viviendas privadas.

Cuando las dos jóvenes enfilaron la carretera de salida de los terrenos de la Torre Forest y antes de entrar en la Avenida Macintosh, la más larga y ancha de toda la Zona Alta de Daleth y arteria principal para desplazarse por la misma, Elaine echó un vistazo hacia lo alto del edificio. Las luces estaban aún encendidas en el piso cuarenta y cinco; era probable que su hermano Ken, el primogénito de la familia, siguiese trabajando. La joven suspiró, apartó la vista y la dirigió hacia el frente; sin poder evitar que, de inmediato, un nuevo nudo no del todo desconocido se apoderase de sus entrañas.

Una vez la Torre Forest quedó muy atrás, tras tomar el desvío Sur de la Avenida entraron en la Vía Prima, otra enorme avenida más similar a una autopista urbana. A partir de ahí, Erica condujo durante cerca de diez minutos entre farolas y edificios cuadriculados en dirección al fiordo. Daleth podía ser, desde hacía décadas, el centro indiscutible de las nuevas tecnologías y las grandes empresas de Nueva Britania; sin embargo y según la mitad de la ciudad de la que se hablase, también se trataba de un centro de diversión, juego y entretenimiento conocido en casi todo el país. Situada junto a ambas orillas del fiordo Kent, en la costa oeste del país, los más ancianos afirmaban que Daleth llevaba dividida desde su fundación en dos mitades muy bien diferenciadas: el norte para los pudientes y el sur para la clase media y baja. Sin embargo, desde la Guerra de los Recursos eso parecía haberse hecho incluso más patente: ahora, la Zona Alta de la orilla norte permitía que todos aquellos que habían conseguido salir adelante en el difícil mundo empresarial del último siglo tuvieran su hueco; para observar, con indolencia, a los vecinos “pobres” de la orilla sur... y, de paso, al resto del mundo que compraba sus proyectos e innovaciones.

Sin embargo, en ese sur se encontraba justamente el lugar adónde se dirigían las chicas aquella noche. El Centro Histórico de Daleth. Lo exótico. Aquello que, por otra parte, la mayoría de sus compañeros de estudios y de juegos de toda la vida miraban por encima del hombro el noventa por ciento del tiempo. Solo que, ahora, empezaba una nueva etapa para todos ellos. Erica, Elaine y la mayoría de sus amigos y amigas se habían graduado del instituto aquella misma tarde, entre las aclamaciones de sus familiares y gente querida. Y, ahora, recién empezado su primer verano como adultos, la mayoría de ellos solo querían poder disfrutar de un merecido descanso veraniego. No obstante, Elaine apenas había tenido tiempo de disfrutar de la atención de su hermano mayor antes de que este tuviese que volver a trabajar.

La joven contuvo una lágrima traidora a duras penas al pensar en ello, justo cuando el coche de Erica enfilaba el primer tramo del puente Ávalon. Las luces de las altas torres se reflejaban como espectros fantasmagóricos sobre las oscuras y revueltas aguas, seguramente a causa de las lluvias de primavera de los últimos dos meses. Sin embargo, aquellas sombras ondulantes permitieron a la joven Forest hundirse en sus pensamientos mientras miraba por la ventanilla.

Su padre había muerto de un largo y tedioso cáncer hacía casi un año, pero su madre aún no se había repuesto del trauma. Sólo permanecía en el enorme dúplex familiar, situado sobre el ático de la empresa Forest Energies, sin atender ni escuchar a nadie que se dignase a dirigirle la palabra. De ahí que su hermano Ken se estuviera haciendo cargo del negocio familiar mientras su madre se recuperaba... si es que lo hacía en algún momento.

«Pero», Elaine se preguntaba, «eso ¿dónde me deja a mí?».

Hasta la fecha, su labor había sido atender a su madre y a sus estudios; equilibrando todo lo posible y con aspiración a convertirse, en un futuro, en una brillante estudiante de la mejor Universidad del país. Después, pasaría a ser la posible esposa de otro empresario con igual o mayor fortuna que la de su familia. La joven suspiró mientras se llevaba, de nuevo, una mano al pasador y lo acariciaba casi por instinto. Aquel había sido un regalo de su madre en su penúltimo cumpleaños, pocas semanas antes de que le diagnosticasen a su padre la fatal enfermedad. Si se paraba a pensarlo en frío, Elaine se daba cuenta de que era cierto que llevaba casi desde entonces encerrada en una burbuja de rutina, dolor contenido y silencios incómodos.

Quizá, por una vez en mucho tiempo, debía darle la razón a Erica: a lo mejor aquella noche era lo que necesitaba para ahuyentar, aunque fuera por unas horas, a todos los demonios que la acosaban desde el fallecimiento de su padre.

—Vamos, Elaine. Alegra esa cara —le dijo entonces Erica, haciendo que la aludida girase apenas el rostro hacia ella. Su amiga le dedicó una breve sonrisa de aliento sin despegar del todo la vista de la carretera—. Créeme, estoy segura de que lo pasaremos bien. Además —añadió, con algo más de diversión— llevas un año sin apenas salir de tus aposentos, como quien dice, ni hacer nada aparte de estudiar. Vas a acabar convirtiéndote en la princesa de aquel cuento ¿te acuerdas? La que terminaba tirando sus rizos por una ventana para que la rescataran...

A pesar del tono desenfadado y la buena intención de Erica, Elaine apretó los labios para contener de nuevo las lágrimas; por ello, su amiga se esforzó por suavizar el mensaje al tiempo que le posaba una mano cariñosa en el brazo.

—Oye, cielo. Sé que este año ha sido muy duro para Ken y para ti, pero... las dos sabemos que necesitas esto —insistió con dulzura—. Tus amigas queremos poder ayudarte. Ya lo sabes.

Elaine tragó saliva. El puente se acercaba a su tramo final y el otro lado de Daleth, con sus luces anaranjadas y sus tintes antiguos, se aproximaba inexorable. Para bien o para mal, la joven rubia sabía que no le quedaba más remedio que confiar en Erica. Como ella decía, sus amigas habían tratado de estar junto a ella en todo momento desde el fatal desenlace familiar. Por ello y al cabo de un mini segundo de duda, Elaine decidió mostrar una comedida sonrisa de rendición y pronunciar:

—Vale. Pero, cumple tu promesa. ¿De acuerdo?

Ante aquello, Erica se rio con tanta fuerza que casi se saltó la salida que le indicaba el GPS para llegar a su destino. Sin embargo, al recobrar la compostura y la atención, la joven de pelo azul suspiró y le guiñó un ojo a su amiga:

—No te preocupes, El. Después del trance de esta noche, Liam será todo tuyo.

Una noche entre amigas

—¿¡Qué?! ¡Erica!

La otra joven se rio de nuevo. Mientras llegaban a su destino, optó por buscar un sitio para aparcar. Tras casi cinco minutos de búsqueda, la muchacha de pelo azulado emitió casi un grito de alegría al ver que un coche se marchaba a pocos metros de distancia, bajo las luces de neón de un letrero cercano y de aspecto exclusivo.

—¿Qué? —se defendió, risueña—. ¿Me estás diciendo que Liam no es un buen partido?

Elaine entrecerró los ojos y arrugó el gesto.

—No digo que tu hermano no sea atractivo —refunfuñó—, pero...

Erica enarcó una ceja, sin perder de vista el coche de detrás mientras maniobraba.

—¡Es broma, mujer! —afirmó burlona, sin poder contener una ligera carcajada, antes de reprimir apenas un gesto de júbilo por haber aparcado a la primera—. Pero... ya te dije que puedo hablar con él para que te ayude con las pruebas de acceso a Derecho en Benwick. Me comentaste que eran infernales ¿no?

Elaine tragó saliva. Aunque fuese algo casi impuesto a todos los jóvenes graduados de su estrato social desde hacía más de medio siglo, lo cierto es que aquella perspectiva era de las pocas que la emocionaba hasta extremos insospechados. Estudiar una carrera que la fascinaba, en un ambiente que parecía hecho a su medida de alumna aplicada... ¿Podía pedir más para su futuro inmediato? Claro que eso supondría dejar solo a Ken gran parte del año, pero eso era algo en lo que la joven prefería meditar más adelante...

De cualquier manera, dedicarse al derecho en un futuro cercano era uno de sus mayores sueños; pero, como había dicho Erica, también una verdadera odisea. Y si un abogado licenciado en Bewick podía echarle una mano, mejor que mejor. Después de la Guerra de los Recursos, aquella Universidad había surgido de entre las cenizas de los antiguos centros de

estudio del país para convertirse en el nuevo punto neurálgico de la cultura, el estudio y las letras, siendo ya el centro de estudios superiores de más renombre de Nueva Britania. Y Erica era la benjamina de uno de los fundadores del prestigioso bufete de abogados Franklin & Jones. Su hermano mayor, Liam, era el digno heredero de la firma tras haberse graduado con honores en Derecho por la citada universidad. De ahí que Elaine hubiera aceptado la oferta de Erica casi sin pensárselo dos veces. La muchacha podía tener convicciones muy férreas sobre el esfuerzo personal y lo reconocía, pero tampoco era tonta...

La joven de pelo azul, por otro lado, era una de esas excepciones que confirman la regla de las altas esferas. En vez de llegar a lo más elevado de la sociedad como establecía su rango, su mayor sueño en la vida tras salir del instituto era estudiar las oposiciones para convertirse en policía. Su aspiración: trabajar en la flamante capital burocrática y política de Nueva Britania, Camelot. La ciudad había sido bautizada por Sir Arthur Drake, uno de los Primeros Ministros del país tras la Gran Revelación, en honor a la urbe más importante de las leyendas antiguas de las islas. Como símbolo quizá del deseo de los neo-británicos de volver a ser un bastión de renombre en toda la Tierra. Pero, con los años, se había convertido más en un nido de burocracia y política al que Elaine recordaba haber ido apenas una decena de veces en su vida; quizá acompañando a sus padres en algún viaje diplomático, o a alguna gala importante con la flor y nata nacional...

Aun así, a pesar de su estricta educación familiar y sus firmes creencias sociales e históricas, la joven Forest había aprendido a querer a Erica tal y como era desde hacía muchos años. Concretamente, desde aquella vez en que esta la había salvado de unos abusones en la escuela primaria, con tan sólo diez años. Desde entonces, las dos chicas habían sido casi inseparables. Y ahora, casi recién cumplidos los dieciocho, era el momento de decidir lo que querían hacer con su futuro.

—Sí, eso he oído —replicó Elaine al final, dubitativa, antes de alzar el rostro y encararla con ojos brillantes—. Gracias, Erica. Por todo.

La otra le quitó importancia con un gesto de la mano, aun sabiendo a qué se refería.

—No hay de qué, pequeña. Ya lo sabes. —De repente, su semblante cambió y ambas se sobresaltaron cuando alguien golpeó con los nudillos en la ventanilla del pasajero—. ¡Aera! —la saludó Erica con efusividad, bajándose de inmediato del coche—. ¡Me alegro de verte!

—Y yo a ti, compi —sonrió la aludida, comedida como de costumbre.

A pesar de medir casi metro setenta, Elaine siempre había pensado que Aera Lee parecía una muñeca de exposición: tenía el su rostro redondo, la boca diminuta, los ojos rasgados y el cabello negro y liso, que caía hasta las caderas en una elegante cortina. La joven Forest la saludó a su vez, con cariño, nada más salir del coche.

—¿Dónde están Vanessa y Vivien? —quiso saber entonces Erica, antes de abrir mucho los ojos y alzar una mano para saludar a dos figuras que les hacían señas desde una cola situada unos metros más allá—. Ah. ¡Ahí están! ¡Hola, chicas!

Elaine, por su parte, tras adivinar hacia dónde se dirigía la cola en cuestión, se quedó casi petrificada en el sitio. Ciertamente no había estado muchas veces de noche en el Centro Histórico; sobre todo, había acudido a la biblioteca o a tomar algún café con sus amigas cuando el ambiente en la Zona Alta se les hacía demasiado “estirado”, digamos. Sin embargo, todo el mundo en Daleth había oído hablar de aquel lugar, enorme y amenazante a pesar de la abundante iluminación, que ahora se alzaba, frente a su menuda figura. El “*Fairy Kingdom*”. El casino con más renombre de la costa oeste de Nueva Britania. La joya de la corona del juego de Daleth.

—Elaine... —la llamó Erica, deteniéndose a su vez al ver que la muchacha no terminaba de reaccionar y tampoco avanzaba un paso más—. Eh —insistió, acercándose y tomándole una mano, lo que pareció devolver a su amiga a la realidad—. ¿Estás bien?

Durante unos segundos, Elaine se sintió incapaz de articular palabra. Pero, al cabo de ese rato, fue capaz de susurrar:

—Es una broma ¿verdad?

Erica, entonces, pareció comprender y una expresión indefinida se adueñó de su rostro. Por supuesto: igual que Elaine, conocía la opinión que tenía todo el mundo en la Zona Alta sobre el juego y las “diversiones banales”, como decían los más mayores. Para la mayoría, sólo una forma más de perder tu reputación y tu dinero de una forma estúpida. Sin embargo, ambas también sabían que la benjamina Franklin no iba a dar su brazo a torcer. Ni siquiera vendiendo los conocimientos de su hermano, digamos, por el camino.

—Venga, Elaine —le pidió, componiendo un puchero al ver que esta arrugaba de nuevo el morro en un gesto muy suyo—. Por Benwick ¿vale?

Elaine apretó los puños y frunció más el ceño, casi como una niña con pataletas.

—Esta te la devuelvo ¿de acuerdo? —le juró, molesta.

A lo que Erica se limitó a sonreír, exultante de haber ganado la partida, antes de tirar de una sorprendida Elaine hacia la cola.

—¡Ah! ¡Ya estáis aquí! —las reprendió Vanessa en broma, ladeando su cabeza coronada por un corte a lo *Bob* de color morado intenso.

Era un año y tres meses mayor que todas ellas. Sin embargo, pero el poco apego por el estudio y su preferencia, en cambio, por las actividades físicas le había hecho repetir curso; claro que eso le hizo pasar de una clase donde todo el mundo la acusaba de “chicazo” a un nivel escolar donde había encontrado un grupo de amistades verdaderas. Vivien, por su parte, se mantenía como de costumbre en un segundo plano. Tenía los brazos cruzados, los ojos oscuros y pequeños entrecerrados y la nariz un poco fruncida, lo que hacía resaltar sus abundantes pecas bajo los mechones de cabello corto y pelirrojo oscuro. Hasta donde Elaine recordaba, era una joven callada y estudiosa de su misma clase; pero, a pesar de ser ambas alumnas aplicadas, Elaine y ella no habían cruzado muchas palabras ni dentro ni fuera del grupo de Vanessa.

—Hola, Elaine. ¿Cómo estás? —preguntó esta última, acto seguido, al observar cómo la muchacha rubia avanzaba casi escondida tras Erica.

—¡Ah! Hola, Vanessa —respondió la aludida, educada, tras ser descubierta sin remedio—. Muy bien. ¿Y tú?

La otra joven se limitó a mostrar una sonrisa y asentir, indicando que el sentimiento era mutuo.

—Bueno, Vane. Entonces, dispara —se adelantó entonces Erica, enfocando a la primera joven con los brazos en jarras—. ¿Estás segura de que nos dejarán entrar?

La muchacha de pelo corto guiñó un ojo a la demandante y, por un instante, Elaine rezó porque no les permitieran el acceso. Algo que se desmintió del todo cuando la del pelo morado respondió:

—Creedme. Si digo que vengo de parte de Isabelle, no creo que haya ningún problema.

Elaine entrecerró los ojos, haciendo memoria. La mentada era la hermana menor de Vanessa y tenía casi la misma edad que el resto de las presentes, con la suficiente diferencia de meses para estar tan sólo un curso por debajo en la escuela. Al menos, si siguiera estudiando. Pero la joven

Isabelle había abandonado la escuela casi al mismo tiempo que su hermana comenzó a repetir curso, lo que había provocado un verdadero escándalo en según qué círculos de la Zona Alta. La familia Lionheart no había pasado un buen momento y Bors Lionheart, el anciano cabeza de familia había tenido que hacer casi lo imposible porque sus inversiones bursátiles no se vieran abocadas al desastre. Por suerte, su yerno Gerald y esposo de la hermana mayor de Vanessa e Isabelle, Madeleine, era un joven brillante y prometedor que había dado con la clave para mantener la empresa a flote. Durante muchos años de adolescencia, Elaine había fantaseado con conocer, enamorarse y casarse con alguien como él. Sin embargo, en ese instante, la voz de contralto de Vanessa la devolvió de nuevo a la realidad con la violencia de un mazazo.

—Además... nada me va a impedir ver a esa maravilla esculpida por los ángeles que tienen bailando ahí dentro...

En su nebulosa de ensoñación y ligera irrealidad por todo aquello, sumado a lo que acababa de escuchar, Elaine creyó atisbar apenas una sombra de celos en el rostro perfecto de Aera ante aquel comentario; pero fue tan rápido y sus amigas la arrastraron hacia delante en la cola tan de súbito, que la joven casi pensó que se lo había imaginado.

«Una maravilla esculpida por los ángeles... ¿Una mujer?», elucubró entonces Elaine, sin contemplar otra posibilidad por pura inercia. «Pero, si es así ¿por qué me traen a mí?»

Sí que era cierto que a varias de sus amigas les atraían tanto hombres como mujeres y más de una había tenido ya relaciones con ambos sexos; de ahí que la reacción de Aera, de ser real, pudiera ser incluso comprensible. De hecho, nunca había sido un secreto que la joven de ascendencia coreana había tenido episodios algo obsesivos con la muchacha de cabello morado. Sin embargo, esta nunca parecía darse por aludida. O eso, o prefería consentir a Aera hasta que esta se cansara.

Elaine, por su parte, hasta la fecha solo se había sentido atraída por hombres, pero lo cierto es que ninguno que conociese entraba como tal en la definición expuesta por Vanessa. Más bien, todos los ricos de la Zona Alta tendían a lo contrario, un físico más bien esmirriado; la mayoría de las veces, generado por un exceso de trabajo de oficina o laboratorio que no dejaba tiempo para nada más. Por todo esto, Elaine entendía aún menos por qué Erica la había arrastrado hasta allí. Sin embargo, un apretón de la mano de esta en su muñeca y una pequeña sonrisa de aliento hicieron que la

muchacha inspirase hondo, dispuesta a sufrir lo menos posible en lo que durase aquel trance.

En su mente y mientras sus pies la conducían a la entrada del casino, se repitió varias veces que hacía aquello sobre todo por Erica y por su promesa de que Liam la ayudaría con sus exámenes. Sin quererlo, Elaine seguía sintiendo un extraño nudo de terror en sus entrañas que se acentuaba a cada paso que daba hacia la puerta. Una ligera vocecita en su cabeza le gritaba que no debería estar allí; pero otra, igual de estridente y no muy conocida hasta la fecha, se moría por salir de la sempiterna zona de confort y disfrutar de la vida por primera vez. Elaine resopló, sintiendo un comienzo de jaqueca por culpa de aquellas dos partes enfrentadas en su interior. Pero todo se disolvió cuando, como por arte de magia, el grupito de chicas llegó por fin a la puerta del casino y cruzaron sus puertas decoradas en púrpura, rojo y bronce.

El acceso, como Vanessa había anticipado, fue pan comido en el momento en que esta presentó las invitaciones que le había facilitado su hermana menor. Sin embargo, Elaine apenas fue consciente de nada más en cuanto sus ojos se posaron en los primeros adornos del interior del edificio. Lo primero que se podía ver, nada más entrar, era un ornamentado recibidor plagado de motivos florales y vegetales. Entre los mismos, como si fueran la savia de aquellas ramas artificiales, fluían cadenas de LED de colores intermitentes que alternaban entre el blanco, el verde y el azul pálido. Bajo las falsas copas y a nivel del suelo, sin embargo, se podían observar también algunos elementos más terrenales. Por ejemplo, un guardarropa y la puerta de un aseo.

Ignorando las muecas de estupor de todas sus amigas, ya que Elaine no era la única que se había quedado extasiada mirando a su alrededor, Vanessa se adentró entonces en el recibidor con el mismo aire que si fuese la dueña del lugar. Con sus botines de tacón de aguja, los pantalones de cuero ajustados, el top y la chaqueta corta con cuello de falso pelo, la mediana de los Lionheart parecía hecha para aquel ambiente. Sus amigas la siguieron casi por instinto hasta el mostrador del guardarropa. Las chicas dejaron las chaquetas allí; en el preciso instante en que la puerta a la sala de juegos del casino, el corazón del "*Fairy Kingdom*", se abría para ellas y las dejaba aún más boquiabiertas.

El suelo era de moqueta tricolor, siguiendo el diseño que ya habían visto en las puertas exteriores de rojos, violáceos y bronceos. Aparte, la tenue

iluminación y el paso de ramas de LED sobre sus cabezas, de igual manera, hacían que incluso los caprichosos dibujos de la mullida superficie danzaran a su paso. Por otra parte, las paredes del amplio salón y el alto techo, casi acabado en cúpula, mantenían el mismo patrón decorativo que el recibidor. Los troncos artificiales se adherían a las paredes de yeso y escayola, ascendiendo hasta formar casi una bóveda vegetal. De esta pendían, como delicados pendientes, cientos de cristales rosados y tallados en forma de hoja. Entre los mismos, tres enormes lámparas de araña aportaban la máxima iluminación, alternando bombillas de los mencionados colores y dando al ambiente un aire incluso más psicodélico.

Entre los árboles, por otra parte, se extendía el verdadero atractivo del casino: mesas de póker y de *blackjack*, ruletas y máquinas tragaperras se alternaban en el amplio espacio disponible, aunque ninguna disposición estaba escogida al azar. Cada puesto de juego estaba situado a una distancia calculada del resto, formando ondas que simulaban una especie de sinuoso laberinto a través del salón. Por el contrario, al fondo y a la izquierda se extendía una barra larga y ricamente adornada con motivos silvestres, conectando con dos plataformas situadas a diferentes alturas que hacían las delicias de aquellos que querían descansar del juego; y, de paso, tomar un trago.

Por otra parte, los empleados que pululaban de acá para allá por el salón también se mimetizaban a la perfección con el entorno. Los camareros vestían como duendes, en tonos verdes y atuendos con pantalones ajustados hasta la rodilla, zapatillas bajas y cortes de pico en las costuras de las camisetitas. Las camareras, por otra parte, vestían conjuntos que combinaban lo ceñido del bodi azul o rosa pálido, según el caso, pero siempre cubierto de purpurina; con minifaldas de vuelo a juego y unos velos cortos que nacían de la espalda y caían hasta la base de los muslos, simulando alas vaporosas. Por último, los y las crupier vestían como elfos del bosque, con trajes verdes y pequeñas capas a juego sujetas con broches en los hombros. Todo parecía sacado de un cuento de hadas o algún mágico universo alternativo. Sin embargo, las chicas apenas habían dado diez pasos hacia el interior, seguidas de otra veintena de jóvenes de distinto género, antes de que un vozarrón se escuchara a sus espaldas, sobresaltándolas:

—Pero ¡dichosos sean mis ojos! ¡Si es Vanessa!

Encuentros en la antesala

La aludida se giró, con lentitud calculada, al tiempo que una discreta sonrisa de bienvenida asomaba a sus labios.

—Señor Zhu —saludó con naturalidad—. ¿Cómo está?

El recién llegado, por su parte, le devolvió el gesto e hizo una inclinación educada de cabeza hacia la muchacha. Las amigas de esta, en cambio, lo observaban con mal disimulada sorpresa. Wan Zhu era un hongkonés enorme y corpulento de unos cuarenta años; mediría cerca de metro noventa y sus músculos de exluchador destacaban bajo la camisa y la chaqueta sin apenas esfuerzo, con cada movimiento que hacía. Quince años atrás, cuando la lucha libre se había declarado práctica ilegal y peligrosa en toda la nación, Zhu había tenido que salir adelante en la vida sin recurrir a sus puños. Y la elección, siguiendo sus aficiones de juventud, había sido regentar un lucrativo casino en la ciudad que lo vio nacer.

—¡Bah! Ya sabes —respondió este a la pregunta de Vanessa, encogiéndose de hombros con cierta falsedad—. El negocio va viento en popa, pero nunca me puedo descuidar o... ¡los tiburones se lanzarán sobre mí!

El hombretón hizo entonces un gesto elocuente ante el cual, dependiendo del caso, las amigas de Vanessa rieron avergonzadas o se refugiaron más tras su espalda. Este último fue el caso de Elaine. Sin embargo, el dueño del *Fairy Kingdom* no pareció reparar en ninguna de sus reacciones mientras la mediana de las hermanas Lionheart atraía de nuevo su atención.

—Lo entiendo —asintió—. Espero que siga tratando tan bien a Bells como siempre —apuntó entonces.

La sonrisa de Zhu se ensanchó antes de convertirse en una breve carcajada.

—¡Por supuesto, querida! —afirmó, con un brillo peculiar en los ojos—. Sin duda, Isabelle es de lo mejor que le ha pasado a este casino en años.

Los clientes la adoran y... Bueno, mi tranquilidad en cuanto a su bienestar sabes que tiene nombre y apellidos rubios... —agregó, señalando a la barra.

Todas las chicas siguieron la dirección indicada con la vista, unas con más curiosidad que otras. Incluso en la distancia, todas ellas pudieron atisbar una cabellera rubia y despeinada que brincaba y corría de un lado a otro al otro lado del ornado mostrador. Su propietario servía bebidas y cócteles con una habilidad que ninguna pudo dejar de apreciar. Vanessa, por su parte, se limitó a asentir con expresión conforme, como si supiera exactamente de lo que hablaba el hombretón. Sin embargo, la conversación se detuvo en ese instante cuando uno de los guardaespaldas de Zhu se acercó y le susurró algo al oído. El mensaje, fuera el que fuese, cambió el rostro del empresario en un segundo. De un momento a otro, este se disculpó con las chicas mostrando una brillante sonrisa y las dejó aclimatarse al ambiente del casino, retirándose hacia el exterior de este. Tras superar el primer momento de estupor, Aera y Erica fueron las primeras que asaltaron a Vanessa con multitud de preguntas emocionadas:

—¡Vanessa! ¿Lo conoces?

—Hala, ¡qué fuerte! ¿Cómo es posible?

—Y, ese chico rubio ¿quién es?

—Sí, ¡tienes que contarnos más!

—Chicas. ¡Chicas! —se zafó Vanessa con elegancia, recomponiendo su atuendo con parsimonia mientras sus amigas la observaban, expectantes; casi como si no fuera consciente de la ansiedad que provocaba la ausencia de respuesta—. Las preguntas, una a una —miró el reloj—. Aún nos queda un buen rato para la sesión de baile. ¿Echamos unas apuestas? —propuso, en cambio.

Aera y Erica, a pesar de morirse por cotillear más sobre Wan Zhu, mostraron su entusiasmo por el juego al unísono y Vivien se limitó a asentir con sequedad. Elaine, por su parte, aún miró a su alrededor durante un par de segundos; antes de musitar, insegura:

—Yo... creo que voy a pedir algo de beber y a sentarme allí —musitó mientras señalaba la barra y los sillones sobre las plataformas elevadas; tratando al mismo tiempo de ignorar los ceños fruncidos o las cejas enarcadas, dependiendo del caso, de sus amigas—. Luego os veo ¿vale?

Casi sin darles ocasión de replicar, la muchacha se acomodó entonces el pequeño bolso sobre el hombro antes de dar unos pasos en la dirección indicada. Sin embargo, una mano sujetando su muñeca unos segundos

después la hizo frenar en seco. Para su sorpresa, Erica estaba justo detrás de ella; pero no parecía querer retenerla, más bien todo lo contrario.

—Voy contigo, El —le confirmó.

Esta miró hacia Vanessa y las otras chicas, que ya se alejaban hacia un puesto de ruleta sin mirar atrás dos veces, y enrojeció sin querer.

—No hace falta que vengas si no quieres, Eri —le aseguró—. En serio. Además ¿no querías saber más acerca de ese chico de la barra?

La futura aspirante a policía sonrió con intención.

—¡Ja! Si hace falta, ya me enteraré después por Aera —aseguró, confiada—. Y no es nada que no pueda adivinar sumando dos y dos... —Ante el estupor de Elaine, sacudió la cabeza y le pasó una mano por la espalda—. Venga. Vamos a pedir algo y nos sentamos tranquilas hasta que empiece el *show*.

Elaine asintió, poco convencida, al tiempo que aquella palabra atraía su atención y volvía a meditar sobre ello, igual que en la cola de entrada. Vanessa había dicho que venían a ver a alguien bailar, y ahora Erica confirmaba que asistirían a un espectáculo. ¿Cómo y cuándo? La joven no tenía respuesta a ello.

Al menos, hasta que avanzaron unos metros más. Cuando estaban a punto de llegar a la primera escalinata corta que conducía al *lounge* del casino, unas puertas oscuras a su derecha se abrieron, sobresaltándola. Al estar en la zona más alejada del casino e iluminadas apenas con algunas luces tenues de colores violáceos y azulados oscuros, Elaine no se había percatado de su existencia hasta ese momento. Del interior salieron entonces casi una cincuentena de personas que hablaban, charlaban y reían animadas. La confusa joven apenas captó algunas palabras de lo que se decía, tras ser instada por Erica a seguir hacia la zona del bar. Sin embargo, sí que escuchó los conceptos “bailarines”, “barra” y “excitante”, lo que redobló el extraño nudo sobre su estómago. ¿En qué diablos había aceptado meterse, saliendo aquella noche?

—Eh ¿estás bien? —le preguntó Erica cuando se sentaron en dos amplios asientos acolchados, viendo que la muchacha rubia estaba algo pálida.

En ese momento, un camarero joven se acercó para preguntar qué querían y la del pelo azul, antes de que Elaine dijese nada, pidió por las dos: una cerveza y una sidra para su amiga.

—Sé que te gustará —aclaró, al ver la mirada inquisitiva de esta.

Elaine, por educación y por costumbre, nunca se había atrevido a beber alcohol; al menos, más allá, del tradicional vino blanco o rosado que se estilaba en la Zona Alta y que casi suponía un pecado no haber probado jamás. Nunca en exceso, por supuesto. Una señorita de buena familia nunca lo hacía, al igual que muchas otras cosas. Sin embargo, si hablaban de otras bebidas, una espontánea Erica le explicó que las sidras eran de lo más suave que existía en el mercado.

—Y ¿tú te pides una cerveza? —se atrevió a preguntar Elaine, casi en tono burlón. A solas con Erica, era como si el resto del mundo desapareciese y pudiese ser quien realmente era, sin temores ni timidez. Si bien era cierto que los Franklin nunca habían tenido la rectitud educativa con sus hijos que los Forest para muchas cosas, Elaine también tenía que reconocer que nunca se sentía tan relajada como cuando estaba con la siempre chispeante Erica. Y eso, por enésima vez, le hacía agradecer que al menos ella la acompañase en aquella extraña noche—. Luego tendrás que conducir y volver...

A lo que su amiga se encogió de hombros con ligereza y replicó:

—¡Bah! Todavía quedan horas, El. —Señaló hacia las extrañas puertas que habían dejado atrás y, ahora, estaban cerradas de nuevo—. Las invitaciones de Isabelle eran para dentro de una hora, casi. Así que tenemos tiempo...

Sin casi pretenderlo, Elaine trató de contener un gemido ante aquella perspectiva de estar esperando tanto rato. Por un instante, al escuchar a Vanessa creía que todo sería mucho más rápido. Pero, por lo visto, no iba a ser así. Cuando trajeron la sidra, unos segundos después, la joven se limitó a aceptarla con un comedido “gracias”. Buscando distraerse, dio el primer sorbo mientras miraba hacia el enorme salón de juegos, sumida en sus tensas reflexiones. En honor a la verdad, aquel sabor agridulce tampoco estaba tan mal, pero eso no era el motivo por el que la joven Forest aún mantenía los labios fruncidos. Por supuesto, debió saber a aquellas alturas que a Erica no se le escapaba nada y más cuando esta abrió la boca para preguntar suavemente:

—Esto es extraño ¿verdad?

Elaine se irguió al sentirse pillada en falso, pero se relajó de inmediato en cuanto comprobó que Erica solo la miraba con cariño genuino, esperando su respuesta. Su amiga rubia trató de poner en orden sus ideas, sin lograrlo del todo. De hecho, sólo consiguió articular:

—Qué diferente es todo...

Erica, avispada, no tuvo más que escuchar entre líneas en aquella respuesta para saber qué cruzaba por aquella rubia cabecita.

—Los tiempos están cambiando, Elaine —afirmó, sin alzar el tono—. Y... nosotras, ahora, somos las adultas responsables de crear nuevos futuros.

La otra muchacha no respondió, sino que se quedó mirando a algún punto indefinido de la sala con la sidra en una mano, el ceño fruncido y los labios apretados. Erica, desde hacía años, sabía casi con exactitud lo que significaba esa pose:

«Te escucho, pero aún necesito decidir qué opino al respecto. De momento, no estoy convencida de lo que me dices, pero no te lo diré todavía».

Por todo ello, quizá, la del pelo azul no insistió más. Pasaron varios minutos en los que ambas jóvenes se quedaron así, sentadas con sus bebidas en la mano, tan solo observando a la gente que iba y venía por los niveles inferiores. La mirada de Elaine, en un momento dado, tornó en dirección a las extrañas puertas oscuras. Reflexionando, de nuevo, sobre qué podrían esconder y sin llegar a ninguna conclusión válida. Desde allí, la muchacha apenas distinguía los finos vinilos pegados sobre las hojas negras; aunque tampoco la tranquilizaba en absoluto ver que se trataba de un hombre y una mujer apoyados en actitud sensual sobre las jambas.

No obstante, antes de que Erica se decidiera por fin a abrir un nuevo tema de conversación más banal y agradable para su mejor amiga, una voz suave y arrastrada resonó a sus espaldas:

—¿Elaine? ¿Elaine Forest?

Como si la hubiesen pinchado, la aludida se giró en el sitio, estupefacta al reconocer quién la llamaba. Un joven elegante de largo cabello teñido de rojo que la observaba, desde medio metro más arriba, con dos enormes ojos rasgados y verdosos.

—¡Ah! ¡Señor Fairmont! ¡Qué sorpresa! —atinó a responder la joven, una vez repuesta.

El citado sonrió e inclinó la cabeza, devolviendo el saludo.

—Ya me parecía que eras tú —comentó, en un nuevo susurro—. Pero, por favor: tutéame. Nos conocemos desde hace tiempo ¿no?

Elaine enrojeció al tiempo que sonreía, avergonzada.

—Claro... Goliath —se corrigió entonces, antes de mirar a su alrededor—. Pero ¿qué haces aquí?

El otro joven, unos años mayor que ella, le dirigió una mirada en la que parecían mezclarse el humor con algo indefinido que Elaine no identificó.

—Bueno... Supongo que lo mismo que todo el mundo ¿no? —hizo un gesto displicente—. Disfrutar un poco de la noche de Daleth. ¿No estás de acuerdo?

La muchacha, por su parte, tragó saliva y se notó enrojecer aún más, sin saber qué responder. Sin embargo, la atención de Goliath se acababa de desviar hacia Erica, lo que le ahorró un poco el tener que admitir por qué estaba ella allí y sentirse aún más abochornada.

—No nos conocemos, creo —dijo el joven, tendiendo la mano a la amiga de Elaine—. Goliath Fairmont.

Erica, volviendo a ser la hija de familia rica en un instante, aceptó los finos dedos del hombre entre los suyos y respondió con elegancia:

—Conozco su reputación, señor Fairmont. Es un verdadero placer. Soy Erica Franklin.

Goliath la observó con una extraña y renovada curiosidad.

—¿Franklin? —repitió—. Por casualidad ¿tiene alguna relación con Jeremiah Franklin, de Franklin & Jones?

Erica, sonriendo con cierta tristeza velada, asintió antes de confirmar:

—Sí. Era mi padre.

El otro joven imitó su gesto, sin poder ocultar en su rostro el aprecio hacia aquel apellido.

—Su padre fue un gran hombre, señorita Franklin. Y un profesional intachable. Lo echaremos de menos durante mucho tiempo. —Erica aceptó el pésame con una educada inclinación de cabeza, sin perder la sonrisa amable. Goliath, por su lado, le devolvió el gesto y se giró de nuevo hacia la joven Forest—. Tengo que retirarme ya, pero ha sido un placer, Elaine. Espero que volvamos a vernos pronto.

—Claro —repuso ella, educada—. Que tengas una buena noche.

—Lo mismo digo. Señorita Franklin...

—Señor Fairmont —repuso Erica, mientras el joven comenzaba a alejarse; seguido de una silenciosa acompañante en la que las chicas apenas habían reparado hasta ese instante. Tampoco se la habían presentado. Su pelo lacio y decolorado hasta las caderas, tapando un vestido oscuro y ajustado hasta las rodillas, fue lo último que vieron de ella; al menos antes

de que la joven de pelo azulado la olvidara de inmediato y se girara hacia Elaine, con los ojos como platos—. ¿Goliath Fairmont? ¿Estás de broma? —exclamó, atónita—. ¿Qué no me has contado?

—¡*Sch!* Baja la voz, Eri —la reconvino Elaine. La otra calló, pero siguió mirándola con la fijeza de un halcón—. No te he ocultado nada. La empresa de Goliath y la de mi familia han sido rivales sanos durante décadas. Ya lo sabes.

—Sí, lo sé —repuso Erica, ya bajando la voz—. Pero... Tal y como te trata... No sé. Parecéis íntimos.

Por supuesto, aquella insinuación provocó que Elaine enrojeciera como una granada madura y por poco no se atragantó con el último sorbo de sidra.

—¿Qué? ¡No! —repuso, conteniendo la tos a duras penas. Cuando por fin pudo respirar, agregó—. Si te soy sincera, apenas lo conozco y es siete años mayor que yo, por el cielo —casi se escandalizó—. Aunque... sí sé que Goliath siempre ha sido muy cercano con la gente. Eso es lo que también da buena reputación a Fairtech. —Se encogió de hombros tras mencionar a la compañía del extraño joven y apartó la vista. Fairtech, como había mencionado, era sin ninguna duda la otra empresa más competitiva y reconocida de Nueva Britania en cuanto a innovación energética. Aunque desde siempre habían estado más centrados en la producción renovable que en la nuclear—. Supongo que lo de hoy ha sido sólo cuestión de protocolo...

—Ya... —murmuró Erica, antes de tomar un sorbo de su cerveza y quedarse mirando las mesas de juego, pensativa.

—De cualquier forma —agregó Elaine—, sé que la desaparición de Guinevere le hizo mucho daño.

Erica, por su parte, contuvo una risita a tiempo.

—Sí. Supongo que el hecho de que tu hermana se fugue con alguien de la farándula no debe ser plato de gusto para ningún “Alto” —se mofó sin maldad, usando a propósito el apelativo que todo el sur de Daleth aplicaba a los ricos y magnates de la Zona Alta—. Ya me entiendes...

Elaine, por su parte y sin saber ella misma muy bien por qué, arrugó el ceño a pesar de saber que bromeaba.

—¡Eri! ¡Esto es serio! —la reprendió entre dientes.

La otra joven rio con más ganas, ya olvidado todo recato e ignorando el tono de regañina.

—¡Vale, vale! Ya sabes que solo bromeaba —repuso, tratando de calmar los ánimos—. Aunque ya sabes lo que opino de estas cosas. Nosotras... ¡Eh! ¡Tú! ¿Qué diablos haces?

Elaine se tensó también al ver que, visto y no visto, ya no estaban solas. Sin que se hubieran percatado, tres chicos desconocidos las habían rodeado en los últimos tres segundos y uno de ellos, más valiente que los demás, había apoyado las manos con los brazos extendidos sobre el reposabrazos del sillón de Erica. La reacción de su amiga, por ello, estaba más que justificada. Sin embargo, el chico no respondió enseguida y los otros dos se situaron detrás de los respectivos asientos de las chicas.

—Vamos, preciosa... —susurró el “líder” del grupo, a pocos centímetros del rostro asqueado de la joven Franklin—. Todos sabemos que quien viene aquí es para pasarlo bien... y vosotras dos estáis muy solas... ¿No te apetece divertirme un rato?

Para desgracia del muchacho, el bofetón llegó visto y no visto; sorprendiendo a casi todos los presentes salvo a Elaine, que ya sabía cómo se las gastaba Erica en casos como este. Por otra parte, al agredido no le debió hacer demasiada gracia. Algo que demostró al recobrarse de inmediato y mirar a Erica con odio evidente, al tiempo que se llevaba una mano a la mejilla afectada.

—¿Qué es lo que haces, zorra? —le espetó, ya perdido cualquier tono seductor en su voz—. ¿Quién te has creído que eres?

Sin esperar respuesta y ante la mirada impasible de la aludida, que no se había vuelto a mover del sitio, el chico se lanzó de nuevo hacia delante como un toro bravo para intentar atraparla. Pero la joven, versada en artes marciales desde hacía bastante tiempo, no tuvo dificultad en esquivarlo. Al contrario, en cuanto llegó a su altura, lo inmovilizó con una llave contra el suelo ante la estupefacción de sus dos acompañantes. Apenas pareció importarle que el vestido se le desgarrara unos centímetros, en el costado de la falda, mientras apoyaba una rodilla sobre su espina dorsal.

—Creo que no sabes con quién te estás metiendo, campeón —le siseó al oído mientras tiraba de su muñeca hacia arriba, tras su espalda. El chico gimió ante el gesto, pero no respondió—, así que yo que tú me lo pensarías dos veces la próxima vez que quieras importunar a dos señoritas distinguidas. ¿Me explico?

El chico, asustado y probablemente incrédulo de que una muchachita vestida de raso lo hubiese tumbado con tanta facilidad, asintió con rapidez;

justo en el instante que unos pasos retumbaban en la escalera y se aproximaban a ellos.

—¡Eh! ¿Qué está ocurriendo aquí? —quiso saber una voz autoritaria.

Erica alzó la vista al escucharlo. Al contemplar a los tres guardias de seguridad, soltó al desgraciado sin prisas y se levantó, ajustándose la falda con tranquilidad.

—Mis disculpas. Estos tres caballeros han intentado propasarse con mi amiga y conmigo —indicó, con irritación audible—. Solo he hecho lo que creía oportuno para evitar males mayores.

Los tres guardias la miraron, incrédulos, antes de ver como el chico del suelo se levantaba con esfuerzo y casi se refugiaba detrás del sillón donde había estado Erica, asustado. Sin embargo, tras varios segundos de estupor en las que toda la actividad del casino pareció detenerse a su alrededor, los tres vigilantes tomaron a los tres alborotadores por los brazos y, tras musitar una disculpa, se los llevaron hacia el exterior. Un segundo después, antes de que Erica o Elaine pudieran preguntarse mutuamente si estaban bien, sus otras tres amigas aparecieron por las escaleras a la velocidad del rayo.

—¡Chicas! ¿Estáis bien? —se preocupó Aera enseguida, inclinándose junto a la muchacha rubia como por instinto—. ¡Erica, tu vestido!

—Estamos bien —repuso esta con sequedad, sin preocuparse apenas del detalle indicado por la chica coreana—. ¿Qué hacéis aquí?

Vanessa soltó una risita gutural que no gustó a Elaine.

—Bueno, digamos que todo el casino te ha visto hacer esa llave. Así que algo me dice que no pasaremos desapercibidas esta noche...

«Maldita sea», rezongó la rubia para sus adentros.

Pero a Erica no parecía importarle.

—Que piensen lo que quieran —replicó. De hecho, cuando su vista se desvió un instante hacia la izquierda de la nuca de Elaine, su rostro cambió como por ensalmo y exclamó, con un nuevo tono excitado—. ¡Eh! ¡Están abriendo ya!

Todas las demás se giraron como una sola ante aquella afirmación, casi olvidando el incidente con los tres chicos. En efecto, las puertas oscuras ya empezaban a abrirse y a dejar entrar a aquellos privilegiados con invitación al misterioso espectáculo. Vanessa enseguida las instó, por tanto, a movilizarse y avanzar hacia la sala contigua; con lo que la joven Forest se limitó a levantarse de su asiento, alisarse la falda del vestido rosa y seguir a las chicas con el mismo ánimo que un cordero camino del matadero.

Magia Salvaje

En el interior del misterioso salón, la penumbra era casi permanente, apenas rota por un tenue resplandor rojizo que parecía impregnar todo. De cualquier forma, a simple vista ya se podía deducir que no era demasiado amplio. Una vez sus ojos se acostumbraron a la extraña iluminación, Elaine comprobó que la zona de asistentes estaba ocupada por diversos sofás y asientos de cuero de aspecto caro. Pero lo que más sorprendió a la muchacha rubia, nada más entrar y en cuanto se adentró cuatro pasos en aquella estancia, fue el escenario que se abría a mano izquierda.

Las tres enormes plataformas circulares se erigían a apenas dos metros de distancia de la primera fila de sofás. La superficie principal, tapizada de algo que parecía linóleo imitando madera, se alzaba hasta más o menos la altura del pecho de Elaine. Sobre ella y coincidiendo con el centro de cada círculo, se erigían sendas barras metálicas; mucho más finas en comparación, pero cuyos extremos se perdían en las alturas de un techo que se alzaba a casi tres metros sobre sus cabezas. Entre los gemidos encantados de sus amigas, Elaine se dejó entonces conducir a su asiento. Demasiado tarde, se dio cuenta de que este se encontraba justo en primera fila, frente a la plataforma central.

—¡Erica! —quiso amonestar a su mejor amiga, teniendo que alzar la voz debido a la algarabía de conversaciones excitadas que se habían alzado a su alrededor en un instante.

Cuando se giró y sus miradas se cruzaron, en cambio, la aludida se limitó a sonreír con picardía y guiñarle un ojo; antes de, al contemplar su cara de circunstancias y casi terror, empujar el hombro de Elaine con el puño sin violencia. Acto seguido, Erica se inclinó para susurrarle:

—No querías que nos fuésemos atrás del todo y perdernos lo mejor ¿verdad?

Como única respuesta, su mejor amiga se limitó a sacudir su melena rubia, poner los ojos en blanco y apartar la vista de nuevo hacia el

escenario. Pero, justo en ese instante, fue como si un velo cayese sobre la sala cuando las luces se atenuaron sin previo aviso; en apenas un par de segundos, dejando a la concurrencia a oscuras. Como era de esperar, algún asistente sin importar el género comenzó a vitorear y a exaltarse más de la cuenta ante la perspectiva del comienzo del espectáculo. Sin embargo, una suave voz femenina emergió entonces de varios altavoces, ocultos en la oscuridad, e hizo caer a la sala en un silencio sepulcral mientras pronunciaba:

“Damas y caballeros. Buenas noches y bienvenidos al espectáculo ‘Magia Salvaje’ del casino ‘Fairy Kingdom’. Les recordamos que, durante el espectáculo, no está permitido filmar ni tomar fotografías. De igual manera y aunque los bailarines se acerquen a ustedes en algún momento del espectáculo, les recordamos que, de acuerdo con la legislación vigente, está estrictamente prohibido realizar cualquier tipo de tocamiento indebido o tener actitudes indecentes con nuestros empleados. La observación de dicho comportamiento provocará la detención del espectáculo y la expulsión de la sala de los infractores.

»Muchas gracias por su atención y que disfruten de la ‘Magia Salvaje’.”

Elaine, estupefacta ante algunas de las frases de aquel anuncio y preguntándose, por enésima vez, dónde se había metido aquella noche, apenas fue entonces consciente de que las luces cambiaban y la música comenzaba a sonar sobre su cabeza. Sólo alzó la misma en el instante en que dos sombras, cinceladas en la tenue luz roja del inicio, se cernieron sobre ella y la obligaron a observarlas con la perplejidad pintada en el rostro.

Eran dos mujeres, eso era evidente. Una de ellas era sin duda más alta que Elaine, con una abundante melena ondulada recogida en una salvaje cola de caballo sobre la cabeza. La otra sería algo más baja de estatura que la joven rubia y su coleta era bastante menos espectacular que la de su compañera. Para Elaine, eran como la noche y el día. Sin embargo, no pudo dejar de apreciar que sus formas, generosas en ambos casos, estaban apenas cubiertas por dos bikinis ceñidos que dejaban bastante poco a la imaginación. Más aún cuando la coreografía comenzó y, en cánon, las dos bailarinas empezaron a ejecutar una serie de movimientos alrededor de sus

respectivas barras; ya fuese sobre el suelo como en el aire, pero sujetándose a las mismas en todo momento. No obstante, Elaine se fijó en que solo usaban las de los extremos. La muchacha pasó entonces a clavar sus ojos oscuros y repentinamente curiosos en la barra central, aún vacía. ¿Dónde estaba la tercera bailarina? Porque, sin duda, aquello confirmaba su teoría de que aquel espectáculo estaba más destinado a aquellos atraídos por el sexo femenino.

En un momento dado, la música cambió, las bailarinas finalizaron la primera coreografía y, casi sin dar tiempo al público a respirar ni a aplaudir—cosa que muchos hicieron con gran entusiasmo—, comenzaron a ejecutar una segunda danza más sensual que la anterior. Donde antes había más técnica, ahora había más ondulación, más lentitud y más poses. Elaine se removió en el asiento, incómoda, al tiempo que comprobaba cómo sus compañeras observaban el espectáculo extasiadas.

«Maldita sea», rezongó la joven para sus adentros, apenas mirando hacia las plataformas y fijando la vista, casi sin quererlo, en algún punto lejano de la madera del escenario. «¿Quién demonios me mandaría a mí a...?»

Su hilo de pensamiento se cortó de golpe en cuanto la música cambió de nuevo, pasando a un ritmo mucho más frenético, y toda la sala emitió un jadeo colectivo como si contuviera la respiración. Solo entonces, casi como si fuera contra su voluntad, Elaine se atrevió a levantar la cabeza unos centímetros; y tuvo que reprimir un grito cuando, de sopetón, una sombra cayó frente a sus ojos a una velocidad inesperada. Sin embargo, la enorme figura que acababa de aparecer tan sólo se quedó aferrada a la barra central; quieta como una estatua mientras se mantenía en una posición ahorquillada donde sus piernas se mantenían rectas en dirección al techo, paralelas a su torso.

Tras la primera impresión, para incredulidad de todo el mundo, el recién llegado descendió despacio de la barra: primero, se aferró con las piernas a la misma. Después, bajó las manos al suelo del escenario; y, por último, hizo un arco de nuevo con el cuerpo hasta posar las plantas de los pies sobre el mismo. En el instante en que aquel extraño gigante se incorporó, Elaine pudo comprobar, con mayor estupor aún si cabía que antes, qué era en realidad aquella criatura salida de las alturas de aquel esperpéntico teatro. Y corroboró por el rabillo del ojo que sus amigas estaban igual de incrédulas que ella.

Mediría cerca de dos metros de altura, a ojo. Sin embargo, su cuerpo fino y atlético casi lo hacía parecer más grande de lo que era. Bajo la nueva luz proyectada desde el fondo del escenario, dejando a los tres bailarines en la sombra para que solo se viera su silueta, Elaine juró que casi podía ver las curvas de cada uno de los músculos de aquel elegante gigantón. Cuando este se movió de nuevo y comenzó a ejecutar una danza individual sobre su barra, alternando movimientos muy sensuales con equilibrios estáticos que dejaron a toda la concurrencia boquiabierta, Elaine se percató, entre aterrada y maravillada, de que no podía apartar la vista de él. Lo que aquel bailarín hacía parecía un juego de siluetas, plasmado sobre el fondo del teatro, más que un simple baile acrobático.

Tras un par de minutos de espectáculo de luces y sombras, las dos bailarinas laterales regresaron entonces al centro del escenario. Bajo una iluminación algo más nítida y de tonos verdosos, los tres ejecutantes se sincronizaron para realizar diversas piruetas imposibles, al ritmo de una música más nueva y frenética que las anteriores. Fue en ese momento, bajo los nuevos focos, cuando Elaine pudo observar de verdad al fascinante bailarín central.

Era un hombre, sin duda alguna. La diferencia con los que había conocido la joven hasta la fecha, y que le hizo entender sin duda a qué se refería Vanessa unas horas antes, era que este tenía el cuerpo grácil y torneado bajo la piel pálida. La cual apenas quedaba oculta por unos bóxeres ajustados de raso rojo intenso y una especie de botas altas, escarlatas, de aspecto flexible. Elaine tragó saliva. Si lo miraba a la cara, esta quedaba medio escondida por una máscara blanca y roja que se asemejaba al rostro de una fiera, lo que casi hizo a la joven apartar la vista de golpe. Se sentía avergonzada, sucia y aterrorizada ante todo lo que estaba sintiendo esa noche. Si tan sólo...

No reaccionó a tiempo. El jadeo apenas contenido, aunque audible a pesar de la música, de todas sus amigas sin excepción hizo que Elaine alzase la cabeza de nuevo. Sorprendida, aunque sólo para encontrarse con una criatura salvaje que la observaba a una distancia mucho más cercana de la que desearía. Sin ser capaz siquiera de hacer reaccionar a sus cuerdas vocales para gritar, Elaine atinó apenas a retroceder por puro instinto. Después, la muchacha se pegó todo lo que pudo a la tela del sofá que tenía a sus espaldas. Durante un momento que se le hizo eterno, sus irises aterrados se clavaron en los pozos oscuros tras las rendijas para los ojos del antifaz;

todo mientras el bailarín parecía esculpido en piedra frente a ella, apenas apoyado con sus largos brazos sobre el asiento de cuero. Sin embargo, al cabo de ese rato infernal, el curioso animal-humano se alejó en dirección a otros sofás, repitiendo el mismo proceso. Las amigas de Elaine, en cuanto se recuperaron de la sorpresa, quisieron felicitarla y chincharla a la vez porque el bailarín la hubiese escogido. Pero esta, aturdida como estaba, sólo era capaz de mantener los ojos clavados en la silueta de él mientras se perdía en la penumbra de la sala.

A partir de ahí y en cuanto los bailarines retornaron a sus plataformas, el espectáculo apenas tardó cinco minutos más en acabar. No obstante, Elaine notaba como si cada segundo le pesase en el pecho, impidiéndole respirar. Al día siguiente, con la cabeza fría, debería hablar en serio con Erica y aquella noche. Ella no estaba hecha para ese ambiente, no podía...

—Eh, El —la llamó entonces su mejor amiga, haciéndola volver a la realidad—. Eh ¿estás bien?

La aludida, sin saber qué responder, se limitó a sacudir la cabeza en un gesto vago. Erica, comprendiendo sin palabras, la ayudó entonces a levantarse. Juntas, ambas siguieron a Vanessa y a las otras dos chicas al exterior. Cuando todas estuvieron fuera, la conversación subió de volumen sin que Elaine lo pretendiera. De nuevo, la felicitaron con envidia porque el bailarín se hubiese acercado justo a ella. Inmersa en su torbellino de emociones interno, Elaine tuvo la cordura justa para asentir, soltar alguna risita y esperar que sus amigas se conformaran con eso en cuanto a su apreciación del espectáculo. En efecto, un minuto después Aera estaba intentando llamar de nuevo la atención de Vanessa para que conociera su opinión, y Erica mantenía una oreja puesta en las chicas y la otra en su mejor amiga.

Vivien, por su parte, enseguida manifestó que se iba a casa y nadie la retuvo. Tan solo una cordial despedida, el agradecimiento por venir y el deseo de que se lo hubiera pasado bien. Elaine, por un instante, estuvo tentada de correr tras ella. Pero algo, quizá el deseo de no decepcionar a Erica más aquella noche, la impelió a quedarse al menos un rato más. Como un corderito, siguió a las chicas cuando quisieron jugar, aunque no apostó, y se tomó una nueva sidra en la barra del casino. Esta le fue servida por aquel misterioso joven de cabello rubio y encrespado que habían visto al entrar allí; por lo visto, era el novio de Isabelle Lionheart, la hermana de Vanessa. Sin embargo, aunque lo intentara, la benjamina de los Forest no podía

ahuyentar su desazón por más que lo intentaba. Quizá por todo esto, a eso de la una de la mañana y apenas media hora tras haber terminado el espectáculo, Elaine anunció con una resolución que extrañó a todas las presentes, que se iba a casa. Erica, como suponía, casi tiró el vaso de soda que tenía en la mano al escucharla.

—Elaine ¿estás segura? —preguntó Aera la primera; extrañada y, al tiempo, preocupada.

Pero fue Erica la que, tras recuperarse, apuró el vaso de soda casi de un trago, lo dejó en la barra y se giró hacia ella con aire decidido.

—Te acompaño, Elaine —le dijo entonces, cogiéndola del brazo y casi arrastrándola hacia la salida en un instante, ante la perplejidad del resto—. ¡*Ciao*, chicas! ¡Nos vemos!

Sin embargo, cuál no fue su sorpresa cuando su mejor amiga, con una sonrisa confiada, se zafó suavemente de su gancho unos pasos más allá y la encaró de frente, ya a una prudente distancia de las otras chicas:

—Elaine ¿qué...?

—Erica, escucha. No te preocupes por mí, de verdad —le indicó—. No quiero arruinarte la fiesta a ti también.

La muchacha de pelo azul hizo un mohín, pillada en falso.

—Elaine, no digas eso, anda.

La aludida meneó la cabeza y contuvo una mueca divertida. Su mejor amiga tenía los ojos brillantes y estaba más exultante de lo normal desde que habían salido de aquel espectáculo de danza. A diferencia del resto de la noche, de repente había parecido olvidarlo todo salvo el hecho de que aquel bailarín escultural existía. Aera, Vanessa y ella no paraban de parlotear al respecto. Elaine sabía que, en el fondo, su interior luchaba por el deber de devolverla a casa sana y salva y el poder quedarse a disfrutar por una vez en sus vidas. Pero ella tampoco quería seguir pareciendo una carga y así lo dejó caer.

—En serio —insistió, sin alzar la voz, antes de bromear—. Vamos, Eri. Estoy segura de que sabré coger un taxi yo sola, a pesar de todo. —Aquello no parecía resolver el dilema de Erica, que la miraba con cara de circunstancias por primera vez en toda la noche. Así que Elaine, armándose de valor y de una extraña solidaridad por su mejor amiga, reiteró—. De verdad. Quédate y disfruta. Te lo has ganado y te lo estás pasando genial. —Sonrió—. Quédate.

En el fondo, no quería arruinarles la fiesta si ellas querían aprovechar la noche. Para Elaine, sencillamente, no era su ambiente y ella sabía que nunca lo sería. Su vida cómoda era poder acurrucarse en el sillón de su terraza de la Torre Forest con un buen libro y un té caliente. O ver una película entre amigas tiradas en el sofá. El ser un “animal nocturno”, como lo llamaban algunos, no iba con ella. De cualquier manera, no pudo evitar conmoverse cuando Erica dijo:

—Vale. Pero avísame en cuanto llegues ¿de acuerdo?

Elaine sonrió y la abrazó.

—Por supuesto. —Y, antes de alejarse, agregó—. ¡Soy la primera que quiere evitarte la ira de mi hermano!

La salida del casino, a aquella hora y a pesar de estar en una avenida concurrida, fue más solitaria de lo que Elaine había imaginado. Tras pasar por el guardarropa, entregar su ficha y coger su americana blanca, la joven emergió a una clásica noche templada y húmeda de Daleth. Sin quererlo, se sintió algo desamparada, pero descartó tales pensamientos de un plumazo:

«Elaine. Ya eres mayorcita para saber moverte. No puede ser tan difícil coger un taxi aquí, aunque sea a estas horas...», se reconvino.

Más confiada y sintiendo que el aire fresco le despejaba las ideas, Elaine sacó entonces el móvil del bolso y abrió la aplicación para buscar la parada más cercana. Para su alivio, estaba en una avenida cercana, a menos de quinientos metros. Dado que las calles de la zona podían ser un poco intrincadas, Elaine comenzó entonces a seguir el mapa y a caminar en la dirección indicada, saliendo de la avenida de casino unos cincuenta metros más allá y girando a la derecha. Sus pasos la adentraron en una calle algo menor, plagada de tiendecitas ya cerradas. Según el mapa, el siguiente giro a la izquierda debería conducirla hasta la parada. Envalentonada, Elaine apretó el paso hacia allí y se adentró, sin dudar, en la nueva calle indicada. Esta era algo más pequeña y oscura que la anterior y parecía ya más residencial que las anteriores. Pero la joven, confiando en su buena suerte, no dudó ni sospechó nada en ningún momento. Al menos, hasta que una voz desagradable y no del todo desconocida resonó a sus espaldas:

—Vaya, vaya. Pero si es la rubita del casino. ¿Dónde está tu guardaespaldas marimacho ahora, preciosa?

Elaine se giró con un grito, pero ya era tarde. Antes de poder reaccionar y sin haberlos visto llegar por su espalda, los tres chicos que habían

intentado acosarlas en el casino la habían rodeado y bloqueaban todas sus vías de escape. Seguramente, la habían seguido hasta allí al verla salir. Y ahora Elaine estaba sola, asustada y a su merced.

El gigante misterioso

«Maldita sea», se lamentó, mientras cerraban el círculo en torno a ella. «¿Por qué he tenido que venir sola?»

En ese instante, acorralada, la muchacha se arrepentía con todas sus fuerzas de haber rechazado volver con Erica. ¿Qué ocurriría si aquellos chicos le hacían daño? ¿Qué pensaría su hermano? La muchacha no se atrevía ni a pensar en todas las posibles consecuencias de un desenlace así, fuera por el motivo que fuese. Así y mientras los chicos se acercaban a ella paso a paso, igual que un círculo de leones a punto de abatirse sobre su presa, la mente de Elaine trataba de elucubrar un plan de escape a toda velocidad. Sus sienes se perlaron de sudor, su pulso se aceleró y comenzó a jadear cuando los tres asaltantes llegaron hasta apenas medio metro de ella.

Solo entonces, cuando uno de ellos le agarró la muñeca con fuerza, la joven consiguió hacer reaccionar por fin a sus cuerdas vocales y chilló con todas sus fuerzas. Sin embargo, un bofetón de otro de los chicos la hizo callar. Al tiempo, Elaine trastabilló y contuvo un gemido cuando sus rodillas golpearon la dura acera, a la vez que la muñeca sujeta por el primer individuo tiraba dolorosamente de ella hacia arriba. El tercero, sin dudarlo un instante, le arrebató el móvil. Y, cuando Elaine quiso volver a protestar, el segundo acosador le tapó la boca con la mano:

—*Schhh* —le susurró, poniéndose en cuclillas para que sus rostros estuvieran a la misma altura—. No te preocupes, rubita... Si no vamos a hacerte nada malo. ¿Verdad, chicos?

Sus compañeros rieron por toda respuesta, lo que solo consiguió que la víctima se echase a temblar con más intensidad mientras maldecía su valentía por enésima vez. Los hombres a su alrededor parecieron encontrar aquello aún más divertido; porque el segundo se arrodilló junto a ella y, un segundo después comenzó a desabrocharse el botón del pantalón.

—Yo que tú soltaba a la señorita, amigo.

Los cuatro presentes se quedaron congelados en el sitio al escuchar aquella grave voz, procedente de unas sombras cercanas. Ciertamente que la calle tenía varias farolas encendidas, pero aún quedaban rincones en penumbra entre las mismas que permitían ocultar a una persona sin problema, como era el caso. Los dos acosadores que seguían de pie miraron a algún punto por detrás de la cabeza de su compañero y este se giró para imitarlos. Elaine apenas se atrevió a alzar la vista. Sin embargo, enseguida oyó cómo el que pretendía forzarla se levantaba, subiéndose de nuevo la cremallera y le espetaba al recién llegado:

—Métete en tus asuntos, imbécil. Este bombón es nuestro.

Ni el chico ni sus compañeros tuvieron tiempo de evitar lo que vino a continuación. Primero, el ambiente alrededor pareció espesarse hasta hacerse irrespirable. Un instante después, una sombra enorme salió de las sombras; y, visto y no visto, asestó un puñetazo en la cara al violador que lo tumbó en el asfalto cuan largo era. Sus dos compañeros, súbitamente aterrados, se quedaron quietos como estatuas mientras observaban a aquella alta figura enfrentándose a ellos. En cuanto esta dio un paso más hacia ellos, el rostro cubierto con una capucha color berenjena, los dos muchachos decidieron que aquel no era su día de suerte y pusieron pies en polvorosa, aterrados.

—Toda para ti, grandullón —le gritó el que justo antes estaba sujetando la muñeca de Elaine. El otro arrojó el móvil junto a ella sin miramientos, logrando que la pantalla se resquebrajase sin remedio ante el impacto con la acera—. ¡Que la disfrutes!

Pasaron varios segundos hasta que los chicos desaparecieron de la vista, tras la primera esquina que encontraron. Pero, incluso después de eso, una asustada Elaine continuaba arrodillada en el suelo, casi acurrucada sobre sí misma y sin atreverse a mirar a su supuesto salvador. O ¿se cumpliría lo que había gritado aquel chico?

—Eh. Eh, señorita. —Para cuando Elaine quiso darse cuenta, el hombre que la había rescatado se había acucillado a su lado y trataba de mirarla a la cara a través de la cortina rubia que le cubría el rostro, todavía inclinado hacia el suelo—. Eh. ¿Estás bien? —preguntó él, en un tono amable que casi la sorprendió, cuando comprobó que había captado su atención—. Tranquila. Ya se han ido.

La joven, aún aterrada, se atrevió entonces a alzar unos centímetros la cabeza y encarar del todo a su salvador. Tenía los ojos de un color rojizo

oscuro, casi como de caramelo intenso. Y, ahora que se había bajado la capucha, Elaine comprobó que tenía el cabello de un extraño tono platino. Un rasgo poco corriente en la sociedad presente, pero que desde hacía algunas décadas se había asumido como parte de la genética heredada de las últimas invasiones nórdicas a Nueva Britania, hacía más de un milenio. Durante muchos siglos se había considerado un color de cabello asociado a los malos augurios y la magia negra, con lo que se había perseguido y asesinado a sus portadores como si fuesen auténticos demonios. Sin embargo, el hombre joven que tenía delante no parecía agresivo, más bien al contrario.

Aun así y todavía en estado de choque, Elaine no supo contestar de buenas a primeras cuando él comentó que el peligro ya había pasado. Había algo involuntario que paralizaba todo su cuerpo y su lengua, sin permitirle responder de buenas a primeras. A duras penas, consiguió asentir con brevedad y el semblante del joven pareció relajarse un poco.

—Menos mal. Esos matones son habituales por aquí, a pesar de ir tan bien vestiditos —explicó—, pero no te preocupes. No volverán.

Elaine tragó saliva, sin saber qué contestar, antes de enfocarle de nuevo, en el momento en que él se levantó. La muchacha contuvo un jadeo involuntario al ver su tamaño: mediría cerca de dos metros, con lo que ella apenas le llegaba por debajo del pecho con la coronilla. Sin embargo, Elaine tuvo una extraña sensación de seguridad con aquel extraño de pelo claro, incluso estando así arrodillada frente a su enorme estatura.

—Vamos, te acompaño a la avenida para que cojas un taxi —la instó él.

El hombre le tendió entonces una mano para ayudarla a levantarse. Sin embargo, un extraño sentimiento de rechazo hacia sentirse rescatada —salido de no sabía dónde y sumado al recuerdo de otro chico sujetándola contra su voluntad— hizo que la joven terminase, tras un par de segundos de duda, alzándose por su propio pie. Con un gemido de impotencia, Elaine tomó el móvil medio roto entre los dedos y contuvo una suave maldición a duras penas. Aquello sí que no iba a tener excusa frente a su hermano mayor. Con seguridad, le esperaba un buen castigo de todas maneras.

El hombretón, por su parte, cuando vio que ella podía mantenerse en pie sin problemas comenzó a alejarse en dirección a la avenida; sin mirar atrás más que una vez y con la brevedad que da asegurarse de si te siguen o no. Tragándose el miedo y el orgullo a partes iguales, con el rostro al rojo vivo y casi sin ser consciente de lo que hacía, Elaine echó a andar tras él casi por

impulso. Ni siquiera se planteó de forma consciente cómo él sabía que ella quería coger un taxi. Tan solo se dejó llevar por sus pasos hasta que las luces de la nueva calle, casi cegadoras en comparación, iluminaron la acera bajo sus pies.

Cuando llegaron por fin a la parada, apenas veinte metros de trayecto desde la salida de la calleja residencial, la joven se situó junto al poste iluminado sin apenas mirar al joven y sumida en sus amargas reflexiones. Sin embargo, no pudo evitar sorprenderse al ver que él se colocaba a su lado, contemplando la calle con indolencia. Elaine apenas se atrevió a preguntarle por qué no se iba y la dejaba sola. Pero él parecía cómodo y no la estaba presionando de ninguna manera para hacer nada. Sin quererlo, la joven lo observó con algo más de curiosidad, pero apartó la vista en cuanto él la sorprendió.

—¿Qué ocurre? —preguntó él con suavidad.

Tenía una preciosa voz de barítono que Elaine, en su estado de nervios, tampoco pudo dejar de apreciar. Era casi relajante. Sin embargo, su timidez y el terrorífico recuerdo de la tentativa de violación anterior, sin nadie más conocido alrededor, provocaron de nuevo que no fuera capaz de responder. En cambio, agachó la cabeza por enésima vez con el rostro como la grana. Al hombre simplemente pareció hacerle gracia su reacción.

—No eres muy habladora ¿eh? —Pero, antes de que ella pudiera responder nada, el joven miró a un punto por encima de su cabeza. Un segundo después alzó la mano con gesto relajado—. ¡Ah! Tu taxi ya está aquí ¿ves?

Curiosa y aún asustada, Elaine se giró despacio para otear en la dirección que él indicaba. En efecto, un vehículo negro con la palabra «TAXI» sobre el techo se aproximaba a buena velocidad, ralentizando y poniendo las luces de peligro al acercarse a la parada. En cuanto frenó junto a ella, el joven le hizo una seña para invitarla a subirse. Elaine, tras dudar un instante sin saber por qué, se decidió a abrir la puerta del asiento de atrás. A tiempo, fue consciente de que aún tenía algo que hacer si no quería quedar como una cretina:

—Oye... —lo llamó. Para su sorpresa, ya había empezado a alejarse de la parada. Cuando él se giró, curioso, ella pronunció con timidez—. Muchas... gracias por acompañarme. Ha sido todo un detalle.

Su salvador, aunque parecía sorprendido por oírla decir tantas palabras seguidas en un momento, se limitó a sonreír y encogerse de hombros con

fluidez.

—Sin problema, señorita —aceptó—. Pero... ten cuidado de vuelta a casa ¿eh?

Ella asintió a su vez, notando sus mejillas arder incluso más que antes, antes de meterse por fin en el taxi con el corazón acelerado.

Unos minutos después, el oscuro vehículo y su ocupante desaparecieron de la vista por una calle lateral. El joven suspiró sin poder evitarlo. Lo cierto es que, habiendo vivido en el sur de Daleth toda su vida, apenas le sorprendía encontrarse abusos y vejaciones en cada esquina; sobre todo, al salir de trabajar como era el caso aquella noche. Sin embargo, el sentimiento de impotencia que percibía en muchos de los casos era insoportable. Quizá, pensaba con amargura, porque le recordaba a su propia situación. Además, aquella chiquilla parecía casi una niña más que alguna de las mujeres que se veían más a menudo por la zona. ¿Una Alta despistada? Sacudió la cabeza. No, seguro que no. Los Altos que se camuflaban entre los sureños para disfrutar un poco de la noche no tenían aquel aspecto tan desvalido ni desorientado. ¿Entonces...?

Su hilo de pensamiento se cortó casi sin quererlo en cuanto llegó a la puerta de su bloque de apartamentos. Estaba situado a unos veinte minutos andando de aquella parada de taxis, en plena Zona Centro. Tampoco era nada fuera de lo normal, sólo una antigua casa señorial adaptada y renovada en forma de bloque de apartamentos de semi lujo. Pero todo eso no fue lo que lo hizo temblar al llegar a la puerta de lo que podría llamar “su hogar”. De hecho, el hombretón solo tuvo que observar el felpudo desplazado junto a la puerta de su piso para intuir que, al menos esa noche, no estaría solo.

Con tiento, el joven de pelo platino sacó la llave del bolsillo de la sudadera y abrió la puerta muy despacio. Como sospechaba, su amante de turno lo estaba esperando frente a la ventana del salón y miraba al exterior con actitud relajada. La luna creciente brillaba en el cielo y sus rayos entraban a través del cristal, desprovisto de cortinas; lo que hacía que el cabello cano del intruso brillase casi como si fuera plateado. Como de costumbre, aquel hombre vestía de camisa y pantalón de traje. Ante él, el recién llegado casi se sentía andrajoso con sus vaqueros y su sudadera oscura. Pero, quisiera o no, ese era el orden del mundo donde vivía.

El inquilino del piso suspiró antes de dar el primer paso hacia el interior; pero no dijo nada mientras se quitaba los zapatos, cerraba tras de sí

y se adentraba con lentitud por el pequeño corredor-recibidor del apartamento. No le apetecía demasiado tener jarana aquella noche, pero sabía por experiencia que si decía que no sería peor. Mucho peor. La gente que controlaba su vida, en el fondo, no se andaba con tonterías para conseguir lo que quería. Y él llevaba los últimos cinco años conviviendo con esa realidad, quisiera o no. Su vida no era suya. Cuando lo escuchó caminar, el intruso se dio la vuelta con la misma lentitud y lo encaró.

—Llegas tarde, Ban —lo regañó, sin alzar la voz, en cuanto su rostro fue visible a la tenue luz de la luna—. ¿Dónde has estado?

Ban, por su parte, mostró media mueca involuntaria.

—Samael —pronunció—. Yo también me alegro de verte.

El otro hombre mostró media mueca sardónica, casi imitando la de él.

—Bueno, sé que... Hace mucho que no paso por aquí, pero solo estoy hasta mañana por la mañana en la ciudad. —Se encogió de hombros—. Luego tendré que irme otras dos semanas. Los negocios, ya sabes. Aunque... —Sonrió con intención—... no creerías que iba a marcharme de Daleth por tanto tiempo sin pasarme a verte antes ¿verdad?

En la penumbra, Ban apretó apenas los labios. Algo en él, sin quererlo, pretendía rebelarse ante aquel ritual tan conocido. Sin embargo, su parte lógica consiguió esconderlo lo suficiente; para que, en vez de protestar, su voz se dejase oír en un susurro:

—Tenía un asunto que resolver antes de subir. Perdona la demora.

Samael asintió, sin cuestionarlo, como si aceptara sus disculpas sin problema. Acto seguido, se acercó y le acarició la barbilla. A pesar de la altura de Ban, el otro hombre lo alcanzaba sin problemas. Como de costumbre, cuando Samael lo besó, el joven se dejó hacer y casi llegó a devolverle el beso con timidez. Pero, como siempre, no sintió absolutamente nada al hacerlo. Era pura rutina y así debía seguir.

—Por cierto, Ban —susurró Samael en un momento dado, cuando sus dedos ya comenzaban a despojar al joven de la sudadera y la camiseta, exponiendo su torso exquisito a la luz lunar. El joven se dejó besar la piel sin rechistar, al tiempo que la costumbre conducía su mano a la entrepierna del otro hombre y comenzaba a acariciarlo. Samael gimió y agregó en su oído, antes de empujarlo de espaldas contra el sofá de cuero—. Goliath te manda recuerdos.

Cinco años atrás...

El chico despertó con un sobresalto cuando aquella cortina de agua helada le cayó sobre la cabeza. De golpe, abrió los ojos y se incorporó, asustado. Sin embargo, la oscuridad era tan intensa a su alrededor como si sus párpados continuasen cerrados. Lo único que percibía era que estaba sentado en una superficie dura, quizá hormigón, y que dicho material se repetía a su espalda en forma de la pared sobre la que se encontraba apoyado.

—Eh, se está despertando —dijo entonces una voz ronca sobre su cabeza.

Como muda respuesta a aquel anuncio, dos siluetas se aproximaron en la penumbra. De golpe, una luz cegadora hizo acto de presencia sobre sus cabezas. Tras parpadear varias veces y acostumbrar su vista a la súbita claridad, el empapado muchacho fue por fin capaz de distinguir a sus acompañantes en aquel momento: el de la izquierda, presumiblemente el dueño de la voz seca era el más corpulento. Tenía la piel aceitunada, el cabello largo y grasiento hasta los hombros y una fea cicatriz sobre el ojo izquierdo. Los recién llegados, en cambio, tenían una constitución más fina y atlética.

La mujer, apenas una chiquilla de su edad estaba situada en el centro del grupo; como rasgos destacados, tenía el cabello rubio muy corto y despeinado, los ojos oscuros y la piel pálida. El tercer hombre, por otro lado, tenía una abundante mata de cabello caoba enmarcando un rostro afilado, solo adornado por un fino bigote. Sus ojos oscuros eran igual de inescrutables que los del resto de sus compañeros y los tres vestían de oscuro. En alguno de sus dedos, sin excepción, refulgía una alianza de oro cuyo grabado Ban no pudo identificar a simple vista, en su aturdimiento. Los cuatro se encontraban en un callejón destartado detrás de un edificio algo vetusto, nada iluminado. La luz que casi había cegado al joven procedía de una lámpara de LED que uno de ellos, presumiblemente, había encendido y colgado de un gancho cercano.

—Hola, Ban —saludó el último, poniendo los pelos de punta al muchacho. ¿Cómo sabía su nombre?—. No tengas miedo. Todo irá bien.

El chico, por supuesto, no creía ni por un instante aquellas palabras.

—Y una mierda, tío —replicó, sin cortarse—. ¿Quién coño sois vosotros? Y ¿dónde estamos?

Ninguno respondió enseguida. Al contrario, el hombretón de su izquierda soltó una risita despectiva ante su osadía y se limitó a meterse las manos en los bolsillos, antes de pronunciar:

—Pues sí que va a ser verdad que el muchacho tiene carácter...

Ban, por su parte, contuvo un escalofrío al escuchar aquello. ¿Qué querían aquella panda de idiotas de él? De pronto, acudieron a su memoria los recuerdos de lo sucedido en la Escuela de Danza. Con ello, el estremecimiento que recorrió su cuerpo fue aún más potente. Sabiendo quién era Valiant, no le costó sumar dos y dos sobre lo que iba a suceder.

«No», pensó. «No me cogerán. No sin luchar».

Con ese pensamiento, sin apenas darse tiempo a dudar y tras comprobar con rapidez que se encontraba libre, sin ningún tipo de atadura, el muchacho se incorporó de un salto y trató de escapar por su izquierda; el único lugar por donde atisbaba algún tipo de luz, allá al final del callejón. No estaba dispuesto a dejarse matar, a pesar de lo ocurrido. No había sido su culpa ¿verdad?

No obstante, debió saber que, en un tres contra uno, helado de frío, tenía todas las de perder. En efecto, un segundo después, algo muy pesado y doloroso se estrelló contra su columna vertebral, haciéndole gritar de dolor y caer de nuevo al suelo cuan largo era. Jadeando y sin tener tiempo de recuperarse, Ban percibió entonces cómo alguien lo sujetaba por los brazos con firmeza, antes de que un tremendo tirón del pelo lo obligase a apretar los dientes para no gritar. A pesar de su gran estatura, casi dos metros, su fuerza no era rival para la de aquel mastodonte de la cicatriz y eso quedó patente en la facilidad con la que lo había tirado al asfalto del callejón. Gimiendo, el muchacho percibió cómo su cabeza ascendía despacio desde el suelo; hasta encontrarse, frente a frente, con el matón de la cicatriz.

—Suél... ta... me —rechinó Ban; angustiado por dentro, pero tratando de no desmoronarse por fuera—. Ca... brón.

Para su mayor desazón, el otro se limitó a sonreír y, en cambio, alzó una mano cerrada como si quisiera asestarle un puñetazo en la cara. Ban tragó saliva y cerró los ojos, preparándose para lo peor. Sin embargo, una voz, suave pero autoritaria, detuvo la escena al resonar a sus espaldas:

—Dolor. Ya es suficiente.

Ante aquello, el tal Dolor pareció reaccionar; puesto que, tras dirigirle una mirada nada agradable al chico, se incorporó, soltó su cabello corto y platinado y, acto seguido, les hizo una seña a los dos que lo sujetaban. Estos, sin aflojar la presa, voltearon entonces al jadeante prisionero hasta que este se encontró frente a frente con su supuesto salvador. Pero, sólo con mirarlo, algo le indicó que nada iba a ser tan fácil como él creía.

Tendría pocos años más que él, apenas unos veinte. Vestía un traje oscuro de tres piezas, camisa blanca impoluta y adornaba el bolsillo superior de su chaqueta con un pañuelo multicolor. Sin embargo, aquello no era lo más impresionante de su interlocutor, sino la larga cabellera teñida de rojo que caía por su espalda hasta casi rozar sus pantorrillas. Un Alto, sin lugar a duda. Por otro lado, sus ojos rasgados, grandes y de un verde intenso no parecían mostrar ninguna emoción mientras observaba al pobre desgraciado que tenía delante.

—Vaya, vaya —susurró entonces el desconocido pelirrojo—. Así que... tú eres el que lo ha hecho ¿no?

Ban tragó saliva y trató, a la desesperada, de librarse por última vez.

—No sé de qué me hablas —susurró, alzando la vista hacia él.

No obstante, debió saber que aquella no era la respuesta correcta. En efecto, unos segundos después, un puño de hierro se clavó en su estómago con la fuerza de una bola de demolición a una muda señal del pelirrojo.

—Haz un poco de memoria, Ban —como un instinto, el aludido se encogió ante el desprecio que rezumaba su nombre, así dicho, en boca de aquel joven—. ¿Estás seguro de que no sabes de qué hablo?

Ban inclinó la cabeza, apretando los labios y cerrando los ojos con fuerza. Hasta la fecha, su labia le había ayudado a salir de muchos problemas, más habiendo crecido en una zona pobre como los suburbios de Daleth. Pero, ahora, algo le decía que era mejor rendirse y luchar un nuevo día. Ya encontraría la forma de escabullirse del castigo, por injusto que fuera. Siempre lo hacía... ¿verdad?

—¿Qué quieres? —trató de espetarle a su interlocutor, aunque solo le salió un susurro ahogado por la falta de respiración.

El joven de pelo largo, por su parte, pareció meditar un instante sobre qué responder. Un tiempo que a Ban se le hizo eterno. Pero lo que jamás hubiera esperado, amarrado como estaba en aquel callejón y esperando casi su sentencia de muerte, era la oferta que escuchó salir de los labios del

extraño pelirrojo. Apenas un susurro que puso todo su mundo del revés en apenas un segundo y lo hizo casi temblar de anticipación.

—Baila para mí.

Perseidas y Caballeros

A las cinco de la mañana de aquella calurosa noche, Porter Davies se encontraba paseando inquieto por el muelle número tres de Daleth. Este se encontraba situado en la orilla sur del Kent, como todas las zonas de carga y descarga de la ciudad. En un momento dado, su vista se detuvo en la orilla contraria, donde brillaban las luces de establecimientos caros y barcos-restaurante de lujo bajo la eterna sombra protectora de las torres empresariales. Bufó y escupió hacia el agua, como enviando una muda señal a todos aquellos esnobs acomodados, mientras retomaba su paseo y miraba su reloj de bolsillo con impaciencia. La lancha no había llegado aún. Por suerte, los que debían recoger el pedido tampoco...

Un silbido agudo y corto frenó en seco sus pasos en ese instante, haciéndole maldecir.

«Mierda. ¿Dónde está ese maldito cargamento?», rezongó con una desazón no exenta de miedo, mientras se giraba y encaraba a los recién llegados.

Eran tres, dos hombres y una mujer de diferentes etnias, pero todos de constitución musculosa debajo de las sudaderas y los pantalones amplios. Las cabezas de los tres, sin excepción, estaban tapadas por grandes capuchas que ocultaban sus rostros. Porter resopló. Para su alivio, en ese instante se escuchó el tenue, aunque inconfundible sonido de una lancha aproximándose a su posición.

—Ya era hora —refunfuñó el intermediario cuando los tres llegaron a su altura.

Allí escondidos entre contenedores varios, que no recogerían hasta mínimo un par de horas después, los reunidos tenían privacidad para realizar el intercambio a salvo de miradas indiscretas. Sin embargo, también los recién llegados parecían nerviosos por acabar y así lo demostró la ronca risa de uno de ellos, la mujer.

—Aquí se llega cuando se puede, pardillo —lo insultó, sin miramientos, antes de hacer una seña con la cabeza hacia la lancha.

Porter, tragándose una respuesta bastante grosera ante aquella desfachatez, optó por ayudar a la lancha a atracar. Desde el fondo de esta, alguien lanzó una soga gruesa y Porter la ató, con pericia de marinero, a un gigantesco amarradero cercano. Sin embargo, antes de que pudieran pasarle el primer paquete, se escuchó un disparo junto al agua.

No fue un estruendo intenso, ya que la pistola llevaba con toda probabilidad un silenciador; pero fue suficiente como para que Porter y los tres recién llegados retrocedieran de un salto, alerta. El conductor de la lancha, por su parte, cayó como un fardo sobre los mandos, con la cabeza horadada por una bala. Su asesino, una figura aún oculta entre las sombras de la propia lancha, se limitó a cogerlo por la espalda del chaquetón de navegación y arrojarlo al agua sin miramientos. Antes de apuntar, o eso intuía Porter, el arma hacia ellos.

Como si fuera un mudo aviso de muerte, el intermediario retrocedió otro par de pasos; sin embargo, sus acompañantes lo ignoraron al tiempo que sacaban las pistolas y pegaban sus tres espaldas en un instante, sin saber a quién más se enfrentaban. Como un solo ente, avanzaron en el sentido del que habían venido mientras miraban en todas direcciones. Sin embargo, su huida se detuvo cuando una figura inmensa se interpuso en su camino; apuntándolos con dos pistolas que, en sus manos, parecían de juguete. Al mismo tiempo, otras tres sombras se asomaron por entre los contenedores, arma en mano. Los cuatro llevaban, a su vez, capuchas que ocultaban sus rasgos.

Por un instante, la tensión en el aire se pudo cortar con un cuchillo. Al menos, hasta que el que parecía el líder de los recién llegados se adelantó dos pasos más y, sin soltar su *Five-seveN*, se levantó la capucha.

—*Deadly* Percival —siseó uno de los tres acorralados—. Tú...

Sin embargo, el otro se limitó a sonreír y apuntarlo con la pistola, lo que calló de golpe al encapuchado.

—Lo siento, chico. —Percival se encogió de hombros—. No es nada personal. Pero *Sir* Héctor está esperando un cargamento de cocaína sin refinar. Algo que, muy amablemente, vosotros habéis traído hasta aquí. Os lo agradezco.

En el grupo se hicieron unos segundos de silencio, como si dudaran sobre qué decir. Al menos hasta que la mujer central replicó, con voz agria:

—Perseidas. Largaos por donde habéis venido si no queréis sufrir la ira del Rey de Daleth.

Ante aquella provocación, por supuesto, Percival se limitó a reír con ganas.

—Qué lástima —pronunció, sin asomo de esta y alzando un poco más la pistola—. Y yo que pensaba que los Caballeros erais más razonables...

—¡Que te den, tío!

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Antes de que el portavoz del trío central pudiese responder o hacer nada, el primero que había identificado a Percival se bajó la capucha de golpe y le apuntó. Tendría unos veinte años, no más, pero sus ojos azules brillaban con ira cuando apretó el gatillo. El disparo sin silenciador de su calibre 33 resonó por entre los contenedores cuando Percival se echó a un lado, esperando la reacción y esquivando la bala por escasos centímetros. En su rabia, el tirador no había apuntado y ese fue su mayor error. Puesto que, un segundo después, uno de los compañeros del Perseida disparó a su vez, dándole en la sien cubierta de rizos oscuros.

Ante la estupefacción de sus compañeros, el chico cayó al suelo como un fardo en un abrir y cerrar de ojos. Acto seguido, sin darles tiempo a reaccionar, se desató el infierno. Las balas volaron entre los presentes. Los dos Caballeros que quedaban en pie, tras disparar y herir de muerte en el pecho a uno de los que los rodeaban, echaron a correr en la misma dirección que antes custodiaba, caracoleando en el estrecho espacio entre contenedores. Un disparo resonó en metal sobre sus cabezas, pero otro se clavó directo en la pantorrilla de la mujer, que lanzó un alarido involuntario al sentir cómo caía al suelo. Aquello, por supuesto, alertó a sus perseguidores. El grandullón de las dos pistolas apareció entonces por una esquina, caminando con parsimonia en dirección al único Caballero que quedaba en pie. Cuyo primer impulso, al verse acorralado, fue alzar su propia arma y tratar de disparar al gigantón.

Sin embargo, la bala silenciada que se coló en ese instante por entre sus costillas lo dejó congelado en el sitio mientras intentaba deducir, estúpidamente, qué había salido mal en aquella operación. Una décima de segundo después, su cuerpo caía al suelo, inerte. Lo siguió otra bala, dirigida a la cabeza de su compañera. Esta resonó al unísono con su grito de dolor por su compañero caído. El silencio que siguió a la muerte del último Caballero fue ominoso. Espeso. Aquella escena de los dos pistoleros enamorados, muertos a los pies de los tres miembros de las Perseidas, casi parecía sacada de una tragedia antigua. *Deadly* Percival, que acababa de guardar la pistola aún caliente en su cartuchera, se acercó entonces al cadáver del desgraciado líder del grupo rival.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó uno de sus subordinados, acercándose. Bajo la tenue luz de las farolas del puerto, su bigote grisáceo brillaba como el acero de un cuchillo—. Y... ¿Artie?

Percival suspiró y miró un instante hacia atrás, enfocando el lugar donde había caído su única baja de la noche. Aquello podía ser un problema...

—Los echaremos a todos al agua, como siempre. Sin excepción —agregó, severo, al ver que incluso el gigantón iba a protestar—. Aunque sea uno de los nuestros, no podemos permitirnos cabos sueltos. Ya lo sabéis.

Tras varios segundos preciosos de duda, los dos subordinados decidieron aceptar la oferta. Cuidando de tocar los cadáveres solo con guantes, el trío fue llevándolos de uno en uno hasta la orilla más próxima. Porter Davies yacía junto al borde del muelle, con la cabeza colgando y un disparo atravesándole el corazón. Artie, por su parte, seguía tirado junto a la esquina del contenedor. El chico tenía los ojos abiertos clavados en algún punto del fiordo y tampoco se movía. No había cumplido más de dieciséis años, pero según sus compañeros había muerto con la cabeza alta. Mientras el del bigote se ocupaba de acercarse a la lancha y confirmar las instrucciones con el nuevo conductor, el gigantón se aproximó para recoger a su compañero caído. Sin embargo, todos se paralizaron al escuchar aquel estridente sonido procedente de la ciudad.

Sirenas de policía acercándose a gran velocidad.

—¡William, date prisa! —le espetó Percival al del bigote, que parecía paralizado de repente—. ¡Joder, date vida! ¡Dumbell! —le espetó al más alto, aún inclinado sobre Artie y con la mirada fija en el puente del Kent, de donde parecía proceder la estridencia con más intensidad—. ¿A qué esperas? ¡Tira al puto niño al mar y larguémonos de aquí!

Dumbell apretó los puños, pero se apresuró a obedecer. No obstante, para cuando quiso acercarse al muelle las luces de los coches-patrulla ya eran casi visibles, por lo que Percival decidió cambiar de táctica. Con un grito imperioso y algo irritado, ordenó a los dos subordinados que soltasen lo que tuvieran entre las manos; después, despidió al de la lancha con instrucciones precisas para camuflar su rastro antes de que se volviesen a encontrar en zona segura. Una vez reunidos, los tres de tierra salieron corriendo por entre los contenedores en dirección al puente, para esconderse bajo su sombra. A pesar de la baja de Artie y la huida precipitada, *Deadly* Percival se consolaba pensando que al menos habían secuestrado la lancha de los Caballeros y su preciada carga. Esa tenía que ser la parte positiva de todo aquello.

«Si no», reflexionó el Perseida, mientras llegaban hasta su escondite en los suburbios, tras una carrera infernal, «esta vida de mierda no merece la pena».

Mientras todo esto sucedía, dos figuras contemplaban el desastre desde un edificio cercano y abandonado desde hacía décadas. Por suerte, ni siquiera los mendigos y vagabundos que merodeaban por la zona habían decidido usarlo como refugio, lo que aportaba discreción a su trabajo. El amanecer incipiente iluminaba apenas sus rostros, parapetados como estaban tras el alféizar de una ventana con los cristales rotos, mientras sus ojos permanecían clavados en los contenedores junto al muelle tres.

—Qué fastidio —comentó entonces, escueta, la mujer de pelo corto y rubio.

Sus primeras palabras en varias horas de vigilancia. Su compañero, un hombre delgado de abundante cabello caoba, se mesó el fino bigote con aire pensativo mientras asentía.

—Desde luego. La tercera en ocho meses. —Se cruzó de brazos, un gesto que hizo relucir el grabado de cabeza de león del anillo dorado de su mano izquierda, bajo la tenue luz de una farola cercana. Acto seguido, se giró para encaminarse a la puerta de la destartada estancia. Un dormitorio que, de seguro, había visto tiempos mejores—. Vamos, Ter. Tenemos que informar al Rey...

La aludida, sin vacilar, se giró entonces para obedecer. Así, los dos vigilantes abandonaron el ruinoso edificio en silencio. Unos minutos después, se subieron al asiento de atrás de un coche negro aparcado a un par de calles de distancia y este arrancó, en silencio, en dirección a la Zona Alta de Daleth. Aquella fatídica mañana tenían un informe urgente que entregar...

Ban se despertó al día siguiente con sensación de derrota. Nada más abrir los ojos, el joven se quedó tendido entre las sábanas y mirando el techo con fijeza. A pesar de que la sesión con Samael de la noche anterior había sido tan intensa como de costumbre y que el hombre era bastante respetuoso, por primera vez en mucho tiempo Ban sentía algo más que simple cansancio físico después de acostarse con él. Por algún motivo, esa mañana los recuerdos retornaron a él con más fuerza de lo habitual mientras el sol se alzaba sobre Daleth, al otro lado de su ventana.

Ya hacía más de cinco años que todo se había torcido. Ban nunca había sido un chico con suerte, más bien todo lo contrario. Desde pequeño siempre había querido bailar, pero su familia le negó cualquier posibilidad. Su padre bebía y su madre no estaba nunca en casa, así que el pequeño Ban no hacía más que meterse en líos. Aunque, por la noche, entrenaba con lo que podía en el cuarto trastero de la pequeña casa familiar de los suburbios del sur de Daleth.

En ocasiones, también se colaba para espiar en la escuela de *ballet* más cercana, justo en el límite del barrio con la Zona Centro. Al menos, hasta que un día lo pillaron y acabó en comisaría con tan solo diez años. Después de llevárselo de vuelta a casa, recibió una paliza de su padre y un sermón de su madre. Al final, harto de la situación, a los catorce Ban decidió largarse de casa. Aunque, por supuesto, malvivir en los suburbios tampoco fue ninguna mejora en su situación. De hecho, aún conservaba una pequeña cicatriz bajo la mandíbula izquierda, resultado de una pelea callejera.

Sin embargo, aquellos años habían endurecido el alma de Ban y lo habían convertido en un ser independiente, capaz de valerse por sí mismo sin ayuda ni apoyo de nadie. O, al menos, eso era lo que se repetía él todos los días al levantarse de su jergón improvisado en cualquier parte. Al margen de todo esto, Ban estuvo alternando trabajos de todo tipo mientras hacía pruebas para intentar entrar a diferentes escuelas y conservatorios, incluso en otras villas cercanas a Daleth. Pero, por mucho talento que tuviese ya entonces y por mucho que se lo dijeran, nunca lo cogieron en ningún sitio de forma permanente. Según los directores, le faltaban medios para costearse los estudios.

Todo empezó a cambiar a los diecisiete años. Un ricachón de medio pelo de la Zona Centro de Daleth lo vio bailar en unas pruebas de acceso a una compañía humilde del sur y le dijo que podía ser su padrino; sin embargo, la condición a cambio del éxito sería tener que hacer de “camello” entre las élites de la danza de la ciudad y alrededores. Al menos, hasta que pudiera pagarse los estudios él mismo. Hasta los dieciocho, Ban lo hizo sin protestar demasiado y callando sobre la mayoría de las cosas que veía entre bambalinas. Al tiempo, el muchacho procuraba aprender todo lo que podía en el aula y soñaba con llegar, un día, a ser un primer bailarín. Sin embargo, un día algo salió mal. Muy mal. Aquel accidente mortal sobre la Escuela de Danza ‘Seven’ del distrito siete-sur, donde se encontraba estudiando y viviendo por recomendación de su padrino, lo obligó a hacer un trato con el diablo para salvar el pellejo.

Por una parte, le ofrecieron lo que siempre había querido: bailar. Sin embargo, había una letra pequeña a ese trato. Una cláusula que, desde aquel día, había condenado para siempre a Ban a ser poco menos que un esclavo de los intereses de un magnate déspota y sus subordinados. Su padrino, por supuesto, desapareció del mapa de un día para otro y Ban no volvió a saber nada de él. Aunque, a esas alturas, si el ricachón estaba vivo o muerto ya le importaba poco o nada.

Así, Ban había aprendido a sobrevivir de otra manera en la ciudad que lo vio nacer: rodeado de comodidades, con un trabajo estable... Pero, en el fondo, sin ser libre. Casi todos los beneficios que generaba bailando iban a parar a las arcas de sus superiores en diferentes porcentajes, quedándole a él una asignación más bien mísera. Pero el joven bailarín asumía desde hacía mucho que no había más que hacer. De hecho, si algún día se le ocurría irse de la lengua sobre todo lo sucedido, el precio a pagar sería demasiado alto.

En una Nueva Britania donde existía la pena de muerte desde antes del final de la famosa Guerra de los Recursos, sus amos lo denunciarían públicamente desde su posición por lo que pasó. Fuese o no culpa suya, sin duda, lo mandarían a la horca. Y no estaba tan loco como para arriesgarse a eso. Casi desde el principio, Ban había optado por hacer lo posible por seguir con vida, aunque fuera un sometido, antes que arriesgarse a luchar por su libertad y morir miserablemente en el intento.

«Mejor así», pensó, con la convicción de años de repetirse el mismo mantra. «Que la gente piense lo que quiera. No hay nada que hacer».

Con esfuerzo y un sonoro bostezo, el hombre se levantó de la cama y se encaminó hacia el baño sin vestirse siquiera. Siendo prácticos, era su único día libre de la semana y no pensaba desperdiciarlo. Perezoso, se aseó, se dio una ducha para despejarse y salió del baño con una toalla alrededor de la cintura y el pelo platino chorreando agua.

Mientras se preparaba algo de desayunar en la elegante cocina americana del pequeño apartamento, el hombre decidió encender la televisión de la pared del fondo por pura rutina. En la pantalla apareció un reportaje ya empezado sobre los sucesos de la noche anterior; nada nuevo, desde el punto de vista de Ban. Sin embargo, una mención en particular le erizó de golpe el vello de la nuca y lo obligó a girarse apenas hacia la pantalla, interesado:

—Esta madrugada se ha producido un tiroteo de consecuencias letales en el muelle tres de la orilla sur de Daleth. Según el informe preliminar, todo apunta a una operación de tráfico de drogas frustrada por un ajuste de cuentas por parte de una banda rival. Aunque se han encontrado diversas marcas de sangre por toda la zona, la única víctima mortal ha sido identificada como Artie Sinkevic, de dieciséis años. A pesar de su juventud, Sinkevic ya había sido detenido en dos ocasiones por escándalo público y robo con intimidación...

Ban bufó. Sinkevic. Para bien o para mal, conocía ese apellido. Pero la sección de sucesos terminó en ese instante, sin más novedades, mientras el joven sacaba un par de huevos fritos con panceta de la sartén. Sin embargo, tras los segundos musicales que anunciaban el retorno de la atención al plató principal, Ban escuchó algo que le provocó un nuevo escalofrío y lo hizo olvidar de golpe al desgraciado de Artie. De hecho y a pesar de sus buenos reflejos, el hombre apenas consiguió retener la sartén en las manos a causa del súbito terror que se apoderó de su cuerpo en una milésima de

segundo; antes de, con el mismo cuidado que si encarara a un gorila de doscientos kilos, alzar la barbilla y clavar la vista en la cara de la presentadora:

—...Gracias, Octavia. Cambiando a asuntos más agradables, anunciamos a nuestros espectadores que este es el momento que estaban esperando. Esta mañana hemos conseguido que una persona muy importante de nuestro país haga un hueco en su apretada agenda para estar con nosotros. Hablamos de Goliath Fairmont, propietario y presidente de Fairtech Industries. Bienvenido, señor Fairmont.

Procurando que las manos no le temblaran más de la cuenta, Ban terminó de servirse el desayuno y se sentó en una de las banquetas de la cocina. Eso sí, sin dejar de mirar el televisor como un ciervo miraría al lobo que lo va a degollar. A pesar de los años, aquellos ojos verdes y ese cabello rojo intenso seguían teniendo ese horrible efecto sobre él y no podía evitarlo.

—Gracias, Martha. Es un placer estar aquí hoy —respondió el entrevistado, cordial.

Martha Wilson, la presentadora del magacín matinal, le dedicó una sonrisa que pretendía ser alentadora.

—La energía nuclear fue la solución después de la Tormenta del Siglo —indicó, dando comienzo a la entrevista—. Pero, ahora, vuelve a haber voces críticas con los residuos que genera. ¿Cuál es la visión de Fairtech a ese respecto?

—Martha, debo serte sincero —respondió enseguida Goliath Fairmont, con un suspiro—. Todos deberíamos buscar un mundo justo y abierto a todo el mundo y todas las mentes, donde la gente no volviera a tener por su seguridad o su supervivencia. La Guerra de los Recursos tras la Tormenta del Siglo es una experiencia que, aunque breve, nunca debemos olvidar como ejemplo de a lo que se puede llegar si no cooperamos e intercambiamos a nivel mundial —explicó, antes de mirar a cámara—. Los pecados del pasado se deben expiar y no repetir.

Ban bufó y reprimió a duras penas una amarga carcajada. En efecto, aquel pedante se estaba ocupando de que él pagase los suyos con intereses. Si no supiese que era casi imposible, diría que el magnate sabía que él lo estaba viendo en aquel instante... y que ese mensaje iba dirigido a él.

—Entonces ¿eso significa que desde Fairtech están a favor de generar energía de alta eficiencia, más limpia? —insistió entonces la presentadora,

recuperando apenas la atención de Ban.

El entrevistado pareció meditar por una centésima de segundo, tan rápido que el bailarín creyó que lo había imaginado. Pero también creía conocerlo lo suficiente, después de un lustro, como para saber que era una reacción plausible en él. Por alguna razón, aquella mañana, Goliath Fairmont estaba nervioso.

—Bueno, naturalmente, igual que todas las empresas de innovación energética de Daleth —respondió este al final—. Aunque siempre hemos sido más pioneros en energía solar, también reconocemos el valor que la energía nuclear todavía tiene respecto a las energías renovables. Eso es indiscutible.

Parecía natural en su respuesta, por lo que Ban prefirió dejarlo correr. En ese momento, la presentadora pareció revisar un instante sus notas, sin apreciar ninguna vacilación real o imaginaria en el magnate.

—Entonces, se podría decir que ahora mismo el procesamiento y reciclaje de residuos nucleares es la clave del futuro energético. ¿Verdad? —quiso saber Wilson.

Ahí, Goliath asintió con total tranquilidad y se giró hacia Martha.

—Sí. La energía nuclear nos ha dado mucho en estas décadas. Pero, como mencionas, no debemos olvidar esa parte más contaminante y desgraciada del proceso —reconoció con pesar en la voz—. Aunque le aseguro que en Fairtech estamos trabajando también para dar con una solución. Desde luego, quien la encontrase se pondría a la cabeza de la innovación en producción de energías en todo el mundo... y es de vital importancia que lo hagamos lo antes posible.

—Se oyen rumores de que el difunto Adam Forest pudo haber dado con la clave del reciclaje de residuos antes de morir... Está a punto de cumplirse un año de su muerte —apuntó entonces Martha Wilson—. ¿Algo que comentar a ese respecto?

—Adam fue un visionario en cuanto al futuro de las energías. Muchas de sus publicaciones impulsaron la investigación en tiempos muy difíciles. —Goliath respondió con rapidez y mostró una sonrisa que a Ban le provocó escalofríos, sin saber por qué—. Toda la comunidad científica le debe mucho. Pero, si de verdad dio con la respuesta al reciclaje de residuos nucleares... —Goliath rio con evidente falsedad, al menos para Ban—. Debo decir que espero con impaciencia conocer los resultados... —Hizo una pausa que al joven bailarín le revolvió las tripas—. A pesar de todo, sé

que este ha sido un año difícil para la familia Forest —admitió acto seguido, cambiando de tema—. Quiero indicar desde aquí que, a pesar de la rivalidad de nuestras empresas, siempre sana por supuesto... —apostilló Goliath, antes de girarse para mirar de nuevo a la cámara—, Fairtech les ofrecerá apoyo siempre que lo necesiten.

—Al igual que está haciendo ahora Kenneth Forest, usted sacó adelante la empresa también con solo veinte años, tras el fallecimiento de su padre.

Goliath pareció tensarse un instante ante la pregunta, pero después asintió con educación.

—Desde la muerte de mi madre cuando yo era apenas un niño, es cierto que mi familia no pasó sus mejores momentos. Pero, cuando Guinevere nos abandonó y Valiant... murió en aquel desgraciado accidente... —Ban soltó un bufido despectivo al escuchar aquello. “Accidente” era la manera políticamente correcta de Goliath Fairmont para mostrarlo a la galería, aunque ni él lo creyese—. Decidí asistir a mi padre en sus últimos momentos y le juré que mantendría su empresa costara lo que costase. Y... Aquí seguimos hoy, siendo casi los primeros proveedores de energía limpia a hogares de toda la Confederación Europea, gracias a nuestras inversiones en paneles solares de alta eficiencia —se enorgulleció—. También esperamos poder dar pronto el salto a un nivel más internacional con algunos prototipos de micro fisión nuclear que hemos diseñado para...

La conversación había derivado hacia temas demasiado técnicos, por lo que Ban optó por apagar la televisión con desagrado.

«Maldito capullo, arrogante e hipócrita», rezongó para sus adentros.

Con disgusto, terminó el desayuno de un bocado, arrojó los cacharros en el fregadero con pocos miramientos y se encaminó hacia su dormitorio para vestirse. Ya recogería, si le apetecía, al volver. Ahora, sólo había una cosa que quería hacer para calmar su agitado corazón.

La entrevista a Goliath le había dejado un nudo en el alma, como siempre que lo veía aparecer. Pero Ban sabía que había algo que ese pedante nunca podría arrebatarse, aunque pasase mil años bajo su asqueroso contrato... y ese era su deseo de bailar. Con ánimos renovados por dicho pensamiento, que siempre era como un bálsamo para su espíritu, Ban se dirigió al armario. Sin pensar demasiado, se enfundó una camiseta de tirantes y la cubrió con una sudadera borgoña, su favorita. Acto seguido, se escondió unas mallas bajo los vaqueros pitillo, se calzó las deportivas, tomó su bolsa de ejercicio y se dirigió a la carrera hacia la puerta del

apartamento. Antes de girar el picaporte, sin embargo, vio de refilón el *post-it* junto a la puerta y se paró a leerlo, aun sabiendo de quién era. A “él” le encantaba hacer esas cosas.

“Cúidate, Ban y no te metas en líos. Nos vemos en quince días. S.”

El aludido resopló antes de arrancar el papelito del muro, hacer una bola con él y lanzarlo hacia la papelera de la cocina. Acertó y sonrió, con orgullo, antes de abrir por fin la puerta y salir al soleado rellano. Cuando, veinte minutos después llegó al trote frente al enorme edificio donde trabajaba, sonrió de nuevo sin casi pretenderlo; olvidando a su vez el mensaje de Samael, y casi la noche anterior, en el mismo segundo en que trasponía la puerta trasera del *Fairy Kingdom*.

Una pasión prohibida

El ascenso por las escaleras de servicio del antiguo teatro, ahora reconvertido en su mayoría en el casino más famoso de Daleth, fue tan rápido e instintivo que Ban apenas fue consciente de haber llegado a su destino hasta que no tuvo la puerta delante. Mientras que la parte delantera del vetusto edificio se había reformado, hacía algo más de diez años, como casino y local de juego y disfrute, la parte trasera se había mantenido más o menos intacta; y, por qué no, a salvo de visitantes irresponsables. O eso era lo que pensaba Ban cada vez que contemplaba los muros deteriorados por el paso del tiempo, los cuadros silenciosos y cubiertos de polvo y las molduras de pan de oro adornando las esquinas.

El teatro de Daleth había acogido grandes obras y artistas de renombre durante los dos siglos previos a la Tormenta. Por aquellos amplios recibidores y por las grandes escalinatas se había paseado la flor y nata de la antigua aristocracia mientras comentaban, frívolos, el espectáculo que acababan de ver. Sin embargo, la Guerra de los Recursos había destruido el antiguo salón de actos, situado donde ahora se emplazaba el *Fairy Kingdom*. En la actualidad el mayor espectáculo que podía verse en el mismo, le gustara más o menos a Ban, era el que él protagonizaba seis noches por semana.

Aun así, una vez a la semana el joven podía olvidarse de que ese otro lado del muro existía. La zona de servicio y las antiguas escaleras que ascendían desde las cocinas aún estaban operativas, sobre todo para abastecer a ciertos clientes más distinguidos del casino; así como sus esporádicas cenas clandestinas en zonas reservadas del edificio. Ban había descubierto hacía un par de años que, si seguía ascendiendo hasta el piso más alto, allí se encontraba un tesoro escondido que pocos valoraban como él.

El antiguo salón de fiestas tendría cerca de diez metros de largo por cinco de ancho, cubriendo casi por completo el costado del ático del antiguo

teatro. Pero lo más hermoso, más allá de los muros decorados con espejos, leones bordados y querubines de escayola, eran las vistas de Daleth que ofrecía el enorme ventanal lateral. Desde allí, con sólo acercarse a apenas un metro del cristal, Ban veía parte del Centro Histórico, el Kent brillando bajo el tímido sol del verano; y, más allá, el puente Ávalon y la Zona Alta de la ciudad.

Angustiado de súbito al recordar la entrevista a Goliath de aquella mañana, Ban apartó la vista de golpe del espectáculo matutino. En cambio, se dirigió hacia su bolsa para prepararse. Con calma, el joven se desvistió hasta quedarse solo con las mallas, descalzo sobre la tarima. Acto seguido, Ban oteó por costumbre el suelo en busca de clavos o astillas traicioneras. Al no encontrar ninguna, el joven cogió entonces su móvil, se colocó los auriculares con goma sobre las orejas e inspiró hondo mientras comenzaba la música. Cuando las primeras notas empezaron a sonar, el joven cerró los ojos, se estiró hacia delante y comenzó la sesión de calentamiento. Durante casi veinte minutos, Ban se limitó a realizar un ritual de flexibilidad necesario para cualquier bailarín, pasando por todas las partes de su cuerpo desde el cuello hasta las plantas de los pies.

Tras terminar abrió los ojos, cambió de canción y se concentró para empezar la primera coreografía. Era una combinación no demasiado compleja, apenas una introducción basada en una música de hacía más de siglo y medio, pero a Ban lo cautivaba por algún motivo. Salto, *chassé*, pirueta doble y *chassé* de nuevo. Diagonal. Salto, pierna atrás y pequeña reverencia con *plié*. Con cada conjunto de movimientos, Ban se sentía volar como nunca en su vida. Aquello era su mundo, era lo que siempre había querido hacer... También sabía de sobra, por otro lado, las críticas que los bailarines masculinos aún sufrían en su día a día. Pero él hacía mucho que procuraba ignorar aquellas estupideces. Si los que criticaban supieran de verdad lo que era aquella sensación de libertad, mientras se movía por un escenario imaginario y dejaba que solo su cuerpo expresara sus sentimientos, callarían para siempre. Estaba seguro de ello.

—Ejem...

Aquel carraspeo pilló a Ban en medio de una pirueta y casi lo hizo trastabillar a causa de la sorpresa. Con el corazón acelerado, el joven bailarín saltó por reflejo para recuperar el equilibrio lo antes posible. En el mismo movimiento, Ban casi se arrancó los auriculares con cierta irritación. No obstante, su rostro palideció cuando vio quién estaba en la puerta.

—Wan Zhu... —susurró, con cierto terror.

Si él conocía su secreto... Se suponía que el joven sólo debía ensayar para su espectáculo, nada más, aunque fuese en su único día libre de la semana. Sin embargo, el dueño del casino no parecía belicoso. Más bien al contrario, su cabeza ladeada demostraba genuina curiosidad.

—Disculpa si te he sorprendido, Ban —le dijo entonces, para mayor estupor del aludido. Este se aproximó unos pasos a su jefe, con cautela, mientras escondía los auriculares en un puño—. Aunque... debí saber que estarías aquí hoy. No me ha fallado el instinto.

Ban frenó de golpe y lo miró con extrañeza.

—¿Lo... sabías? —inquirió, cauto.

Wan Zhu, para su mayor incredulidad, asintió con media sonrisa.

—Ban, sabes que no controlo lo que haces. Pero cuando empecé a escuchar sonidos extraños en la azotea, hace muchos meses, sospeché que quizá eras tú —explicó—. No pongas esa cara. No es la primera vez que te veo bailar *ballet*.

Ban tragó saliva y apartó la mirada.

—Siento las molestias, jefe. Intentaré que no se repita.

Tras esta disculpa, Ban se dirigió hacia su bolsa de deporte, sin perder de vista a Wan Zhu por puro reflejo. El dueño del *Fairy Kingdom*, por otra parte, no pareció afectado por su actitud e incluso emitió una corta risita.

—Ban, a pesar de todo, no soy quién para juzgar lo que haces en tu día libre —le recordó en tono amistoso. Después, hubo un instante de tenso silencio entre los dos; hasta que, por fin, Wan Zhu volvió a abrir la boca para preguntar—. ¿Cómo estás, Ban?

El aludido alzó la cabeza unos centímetros y encaró al asiático, en tensión.

—Bien, jefe —replicó al final, con cierta sequedad, antes de erguirse y ponerse la camiseta en un solo movimiento.

A pesar de todo, odiaba que gente en la que no confiaba del todo lo viera medio desnudo... Salvo que no le quedase otro remedio. Wan Zhu, por su parte, abrió los brazos en un gesto conciliador.

—Venga, Ban. Que no soy Goliath —sonrió el hongkonés, alentador—. Tenemos confianza después de tantos años ¿no?

Ban tragó saliva y, desviando la mirada hacia el ventanal, repuso:

—Pero tienes tratos con él. Prefiero no salir perjudicado —aclaró, sincerándose casi sin pretenderlo—. Sé que lo entiendes...

Como de costumbre en las escasas ocasiones en que tenían aquellas conversaciones, Wan Zhu soltó una carcajada exenta de alegría. En esta ocasión, la acompañó adentrándose unos pasos en la gran sala y cerrando tras de sí.

—En esta ciudad, lo único que podemos hacer los pobres es aprovechar a crecer a la sombra de los ricos —expuso con una extraña naturalidad—. Y, otra cosa no, pero la familia Fairmont siempre ha sido muy generosa conmigo.

Ban lo miró de reojo mientras contenía un gesto sarcástico a duras penas. Todos en el sur sabían que, en sus años de luchador, el principal patrocinador de Wan Zhu había sido Baltazar Fairmont: el padre de Goliath. Las malas lenguas incluso decían que, tras la retirada forzosa de Zhu quince años atrás, fue el propio Baltazar quien le puso a cargo de aquel flamante y nuevo casino. En este caso, tenían razón. Ante su falta de respuesta y el hecho de que Ban había vuelto a clavar la vista en el horizonte de edificios al otro lado del cristal, Wan Zhu lo observó con detenimiento. Al final, resopló en señal de rendición.

—Oye, Ban. A pesar de todo, sabes bien que te aprecio —le recordó, amable. El hombretón, reacio, giró la barbilla unos centímetros para observarlo por el rabillo del ojo—. Eres un gran bailarín y mi mayor fuente de ingresos con tu espectáculo. —El hongkonés, al ver que había captado su atención, se encogió de hombros con algo que parecía inocencia—. ¿Qué más puedo pedir?

Ban apretó los dientes para ocultar, de nuevo, lo irónico que le resultaba todo aquello. Sabía que lo que Wan Zhu decía no era del todo cierto, considerando los trapicheos que se hacían a la sombra de sus tragaperras y el principal motivo de que Goliath y su gente acudiera allí. Pero, como de costumbre, decidió dejarse adular. Además, también sabía por los años que Wan Zhu en el fondo era un crápula, pero con conciencia.

—Estoy bien —repitió, seco, antes de apoyarse contra el alféizar de la ventana en una pose de falsa inocencia.

«Primera norma de los suburbios: siempre protege tu espalda».

Era un hábito que jamás había podido abandonar. Su jefe lo observó con más intensidad si cabía cuando sus miradas se cruzaron.

—He oído que Samael se ha ido dos semanas por negocios —comentó entonces este, como de pasada y cambiando de tema— y que Meredith está aquí.

Ban se tensó como la soga de un ahorcado al escuchar aquello. Meredith. Aquel nombre, sólo de evocarlo, le provocaba arcadas. Una de las subordinadas más peligrosas de Goliath... además de la mano derecha de la familia Fairmont desde hacía años y una viciosa de manual.

—¿Estás seguro? —preguntó en un susurro, por si acaso, no sin cierta esperanza de que solo fuera un rumor.

Pero el asentimiento de Wan Zhu y su respuesta rompieron todos sus castillos en el aire. Por supuesto: su estilo provocador hacía imposible que aquella víbora pasara desapercibida en cualquier esfera que se moviera... Incluyendo sus esporádicas visitas al *Fairy Kingdom*.

—Estuvo anoche en el casino con Goliath. Así que... Sí, del todo.

Ban se tragó una fuerte palabrota apretando los dientes.

«Maldita casualidad», pensó, sin poder evitar un escalofrío.

Wan Zhu, por su parte y casi sabiendo lo que cruzaba por su mente después de tantos años teniéndolo a su servicio, le dirigió una mirada indescifrable.

—Pues... Lo dicho. Ten cuidado. ¿Vale, Ban? —Su rostro se tornó una máscara pétrea cuando añadió—. No quiero perder a dos bailarines en la misma semana...

El aludido, sabiendo a lo que se refería, asintió; sintiéndose, sin quererlo, algo apreciado en el fondo de su alma.

—Créeme, jefe. Hace cinco años que aprendí por las malas lo que sucedía si no tenía cuidado... —aseguró.

No quiso preguntar quién era el segundo bailarín. Aunque, por supuesto, sospechaba de quién se trataba. De cualquier manera, Wan Zhu sacó el tema acto seguido, no sin cierta hiel en la voz:

—Has visto las noticias ¿no? —preguntó, ronco—. El hermano de Deirdre, reventado en el puerto.

Ban tembló de nuevo, sin quererlo: así que su suposición era acertada.

—Sí. Lo he visto.

Wan Zhu asintió con sequedad.

—Bien. Por si acaso, habla con Jill e intentad, entre los dos, ajustar el espectáculo —le pidió, sin violencia, antes de aclarar—. Por unos días, al menos.

Ban frunció los labios con desgana. Jillian Marko era, de los tres *pole dancers*, la más entregada sin duda. A sus treinta y cinco años era, también, la única que estaba en ese escenario por voluntad propia. Quizá por eso, a

veces, la alta bailarina de salvaje cabellera prefería imponer su criterio en las coreografías; sin embargo, por mucho que hubiera rogado a Wan Zhu por ello, el protagonista indiscutible del espectáculo era Ban... y no había más que hablar.

Por otro lado, la pequeña y joven Deirdre Sinkevic, de apenas veintiún años, se plegaba sin rechistar a todo lo que decía Jillian y trataba de no interferir cuando Ban y esta discutían sus diferencias artísticas. En el fondo, el joven bailarín sentía cierta solidaridad hacia ella. La muchacha rubia era una gran bailarina y tenía fuerza muscular y talento para volar sobre la barra. Sin embargo, se encontraba en una situación muy similar a la de él. Y, si Deirdre iba a estar desaparecida un par de días, Ban solo tenía que sumar dos y dos para saber quién era la banda que había perjudicado a sus jefes en esta ocasión: las Perseidas del Cielo Estrellado.

El chico todavía recordaba el día en que Deirdre llegó, tres años atrás. El casino ya había cerrado hacía una hora; pero, por algún motivo, ese día algunos empleados decidieron quedarse un rato más en la zona trasera del edificio. Sin embargo, cualquier ambiente distendido se disipó cuando apareció por la puerta una joven de unos dieciocho años y con signos de haber sido vejada y apaleada sin piedad. Detrás de ella, apenas camuflada en el oscuro callejón, Ban había visto desaparecer la enorme e inconfundible masa de Dolor. Wan Zhu se había hecho cargo enseguida de la muchacha, ordenando al resto que no se inmiscuyeran y más cuando se alzaron las primeras protestas sobre su estado. Como de costumbre, el silencio debía ser la norma para garantizar la supervivencia de todos.

Sin embargo, cuando la recién llegada apareció en el salón de barra americana unos días después, más o menos recuperada y escoltada por el gerente del *Fairy Kingdom*, Ban sintió una inmediata solidaridad por ella. Algo le decía que, en el fondo, estaban en el mismo barco. Si Ban pagaba por la muerte de Valiant, Deirdre lo hacía para mantener a las Perseidas a raya. Aunque sí que era verdad que, desde aquel primer día, la muchacha jamás había hecho comentario alguno al respecto de lo que le había sucedido. Sólo unos días después, de manera muy escueta, el dueño del *Fairy Kingdom* reunió aparte a los que habían visto aquel momento y les explicó que, de aquella manera, tendrían tranquilidad un tiempo y las Perseidas los dejarían en paz. Ella había sido miembro del cártel y había nacido, igual que su hermano menor, a la sombra de las drogas y la violencia. Sin embargo, una operación malograda hizo que la joven se

convirtiera, de forma forzosa, en garantía de paz entre las Perseidas y los Caballeros. La mafia del Rey de Daleth, alias Goliath Fairmont.

No obstante, en este caso y si las noticias eran ciertas, la antigua banda de Deirdre parecía haber olvidado aquella tregua y se habían lanzado de nuevo a la ofensiva.

«¿Un ataque desesperado?», elucubró Ban. «¿Qué ganarán con ello?»

Porque si era para salvar a Deirdre o minar los cimientos de los Caballeros, un asalto a esa escala tan pequeña no era suficiente ni de lejos... Ban apretó los puños con impotencia, como cada vez que rumiaba sobre aquello. El mundo del sur de Daleth se regía, sin duda, por la ley del más fuerte. Y Ban consideraba que había conocido suficientes mafiosos y truhanes en su corta vida para ver, a la legua, que el joven Fairmont los superaba a todos en medios y ambiciones, aun desde la seguridad de su alta Torre en la Zona Alta. Aunque también había rumores de que todo aquel asunto de la mafia de la droga lo había empezado el viejo Baltazar, sin duda la extensión a la que lo había llevado su hijo mediano haría palidecer al anciano en su tumba. Por mucho que pareciese un hombre modelo de cara a la galería, Ban sabía que en el fondo Goliath estaba lleno de oscuridad y despotismo. Y en los bajos fondos de Daleth, una ciudad donde el tráfico de drogas era el segundo negocio más lucrativo después de la innovación, todos habían oído hablar del «Rey»; claro que decir su nombre en voz alta, asociado a algo ilegal, podría conducirte a una muerte lenta y dolorosa en la mayoría de los casos.

El bailarín bufó, no queriendo elucubrar más de la cuenta sobre aquel desgraciado incidente. De cualquier manera, sabía bien lo que podía suceder a continuación: el pago por el fracaso y la pelea con las Perseidas sería, como de costumbre, permitir cebarse con Deirdre a los subordinados de Goliath. Y el que más ganas le tenía a la muchacha, desde siempre, era el bruto de Dolor. De hecho, la muerte de Artie y una entrega sin condición al castigo era, justamente, lo que salvaría la vida de Deirdre en esta ocasión. Si las Perseidas se hubieran salido de verdad con la suya, la joven bailarina ya estaría muerta en una cuneta desde la madrugada por orden del Rey.

En el fondo más hondo de su alma, Ban era el primer consciente de que nadie debería sentirse bien por evadir la muerte a cambio de abusos. Pero el chico también sabía en qué mundo vivía. De ahí que, por milésima vez en aquellos años, Ban optara por acallar aquella molesta conciencia y se limitase a responder, sumiso:

—Sí, jefe. Hablaré con Jill y lo solucionaremos.

Por un instante, el ambiente pareció congelarse entre ambos hombres. Pero, al cabo de ese segundo, Wan Zhu solo asintió de nuevo con sequedad y se giró para irse. Sin embargo, la voz de Ban lo retuvo cuando se alzó de nuevo, para llamarlo:

—¿Wan Zhu?

—¿Sí?

El joven bajó la cabeza, súbitamente inseguro. Su jefe esperaba su respuesta con una mano en el picaporte de la puerta entreabierta, pero aún pasaron un par de segundos hasta que Ban reunió suficiente valor como para abrir la boca de nuevo.

—Espero que... no se pasen con ella —musitó al fin, abatido.

Wan Zhu, por su parte e intuyendo sus pensamientos, resopló y se mesó el escaso pelo de la cabeza. Por supuesto, ambos compartían aquel silencioso sentimiento de impotencia ante lo que se avecinaba sin necesidad de decir mucho más.

—Como siempre, Ban —suspiró al fin, casi en un tono similar al del joven bailarín, antes de salir por la puerta del gran salón de baile—. Yo también lo espero.

El joven lo observó irse entonces con una expresión indescifrable en el rostro, mientras su mente bullía con lo que aquella situación podía acarrear. Sin quererlo y a pesar de la buena disposición de Wan Zhu para permitirle ensayar *ballet*, su ánimo se había enfriado tras sentirse descubierto; y más aún después de saber las últimas noticias sobre Deirdre y Meredith. Aun así, lo único que pudo concluir, mientras recogía para volver a comer a su apartamento y reflexionaba sobre el asunto durante el camino, fue que al menos esta vez no le tocaría pagar las consecuencias de lo que hicieran otros. En sus circunstancias y aunque le costara admitirlo, era un pensamiento casi agradable... ¿Verdad?

Kenneth Forest

A la mañana siguiente, Elaine se despertó de golpe gracias a un extraño e insistente zumbido junto a su cabeza que no parecía dispuesto a darle descanso; al menos, desde hacía un buen rato. Con la misma sensación que si no hubiera dormido en absoluto, Elaine abrió entonces un ojo perezoso y enfocó apenas lo que tenía frente a ella: la almohada, el borde de la cama y, unos centímetros más allá, un aparato brillante danzando sobre la mesilla de noche. Gruñendo por lo bajo, la muchacha alargó los dedos hasta cerrarlos en torno al frío metal del móvil. La rugosidad de las grietas de la pantalla rota le trajo una imagen agridulce a la mente que, en ese instante, no supo identificar. Sin embargo, se incorporó casi de un salto con los ojos como platos en cuanto reconoció el número y la foto que aparecían bajo el malogrado cristal.

«Ups», fue capaz de razonar, antes de que su índice derecho pulsara el botón de descolgar.

—¿Diga? —preguntó, de todas formas.

Teniendo que casi apartarse el auricular de la oreja en cuanto un intenso grito salió del mismo.

—¡Joder, gracias al cielo! ¿Es que querías matarme de un disgusto o qué te pasa? ¿Tú sabes lo que he sufrido esta noche?

Tras reponerse apenas del susto y más despierta a la fuerza, Elaine inspiró hondo.

—Erica...

—¡No, tu hada madrina! —repuso la otra muchacha enseguida, en el mismo tono enfadado, sin apenas darle tiempo a la joven rubia a decir nada más—. Pero ¿qué narices pasó anoche? ¿Dónde demonios te metiste? Yo...

—Erica. Para, por favor —suplicó Elaine, alzando la voz a su vez sin poder contenerse. Mientras su mejor amiga gritaba, los recuerdos de la noche anterior habían empezado a retornar a su memoria a pasos agigantados. No obstante, y a la luz del día, la joven sentía una extraña

calma al respecto. Quizá por ello fue capaz de no derrumbarse de inmediato, a pesar de la regañina de su mejor amiga. De hecho, un segundo después, tras masajearse el puente de la nariz y comprobar por el rabillo del ojo que ya eran las nueve de la mañana, agregó—. Deja de chillar y te explicaré lo que ocurrió ¿vale?

Ante aquella seca petición, al otro lado del teléfono se hizo el silencio como por arte de magia, aunque Elaine todavía oía la respiración agitada de Erica. Al menos, antes de que esta se convirtiera en un hondo suspiro y su amiga casi sollozara:

—Elaine. Ay, Elaine... No sabes lo preocupada que me tenías, en serio te lo digo —gimió la del pelo azul, haciendo que a la joven rubia casi se le partiera el alma—. Yo... No sabía a quién recurrir. No tenía ningún mensaje tuyo y... —Erica hizo una pausa al otro lado que, a Elaine, sin motivo aparente, le puso los pelos de punta—. Ken tampoco sabía dónde estabas, así que...

—Espera, Eri —la cortó aquella de inmediato, sintiendo un sudor frío bajar por su espalda—. Llamaste... ¿a mi hermano?

Su amiga pareció dudar al otro lado, pero al final confirmó sus peores sospechas.

—Y... ¿qué querías que hiciera, El? —La aludida apretó los rasgos, inclinó la barbilla y se obligó a respirar con normalidad. Si Ken lo sabía... —. Yo... Lo siento, cielo —se disculpó Erica a continuación, como si supiera lo que pasaba por su cabeza sólo con su silencio—. Pero... estaba muy preocupada. Si... sé que no tenía que haberte dejado volver sola, pero...

—No te preocupes —la interrumpió entonces Elaine sin brusquedad, conmovida y algo irritada al mismo tiempo. Por un brevísimo instante, su boca quiso abrirse para contarle a Erica lo que había ocurrido de verdad. Pero, a la misma velocidad, una parte de ella se rebeló contra ello. No sólo por no preocupar más a su mejor amiga, que parecía a punto de estallar de desesperación. Fuera ella consciente de ello o no, dicha decisión procedía de un sentimiento poco conocido por la muchacha hasta la fecha, pero que surgió con más fuerza si cabía al escuchar el último comentario de Erica: una súbita rebeldía ante el hecho de que todos la siguieran tomando por una niña desvalida y necesitada de protección—. Yo me ocuparé de lidiar con mi hermano —informó entonces a la chica de pelo azul, que ya parecía

dispuesta a rebatirla de nuevo—. Tranquila, Erica. Seguramente anoche caí rendida y se me olvidó avisarte.

No era del todo mentira. Sin embargo, su respuesta provocó otro tenso, aunque breve, silencio al otro lado.

—Entonces... ¿Estás bien, Eri? ¿Seguro que no te ha pasado nada? — insistió su amiga, al cabo de varios segundos que a Elaine se le hicieron eternos.

Al escucharla, la aludida puso los ojos en blanco casi de forma inconsciente. La lucha entre su parte sincera y amorosa y la recién descubierta parte rebelde se había reanudado en su alma con fiereza; pero, esta vez, Elaine se decantó por la segunda sin apenas pensarlo dos veces.

—Nada en absoluto, Eri. Te lo aseguro. —Sabiendo de todas formas que se movía en aguas peligrosas, la muchacha tragó saliva y se obligó a pensar con cabeza fría, para no cometer un desliz comprometedor—. Cogí un taxi y llegué a casa en nada. Aunque... creo que aún no me he recuperado de mi primera noche fuera —confesó, esta vez con total sinceridad.

La breve risita que llegó por el auricular a continuación indicó a la joven rubia que la tormenta, de momento, había pasado.

—Ay. Si es que estás hecha una novata —bromeó entonces Erica, casi haciendo reír a una turbada Elaine—. Me alegro entonces de que llegases bien. Y... suerte con Ken.

La joven rubia asintió para sí, procurando arrinconar por enésima vez los recuerdos del intento de violación. Sobre todo, porque por alguna razón no era capaz de sacarse de la cabeza a su salvador de ojos caramelo. Pero eso también prefería, de momento, guardárselo para ella.

—Gracias, Eri —le dijo, en cambio—. Hablamos luego ¿de acuerdo?

—Esa es mi chica —la felicitó aquella, antes de agregar—. Aunque, de cualquier manera, juro que la próxima vez no te dejo volver sola. En serio, me sentiré más en paz conmigo misma...

Aunque a su lado rebelde le escociera aquel trato maternal, la parte tierna de Elaine contuvo una risita a duras penas.

—Eres única, Eri. ¿Lo sabías? —la acusó con cariño.

El auricular le devolvió un ruido de evidente orgullo.

—Eso me dicen. Lo dicho. Cuídate ¿vale?

Elaine y ella terminaron entonces de despedirse como de costumbre y la rubia colgó primero. Sin embargo, aún tardó unos segundos en levantarse de la cama. Varios instantes en los que sus ojos se mantuvieron clavados en

el fondo de pantalla: una reina hada, vestida de verde y coronada por un elaborado tocado de flores y astas de ciervo. Ahora, la elegante feérica aparecía desfigurada por las grietas del cristal y, sin quererlo, aquella imagen y el súbito silencio hicieron que todos los recuerdos regresaran a la mente de Elaine con la fuerza de un huracán. Ahí sí que la joven, olvidando toda respuesta racional fuese rebelde o no, tuvo que contener a duras penas un fuerte sollozo que convulsionó todo su cuerpo. Todo mientras se encogía sobre sí misma y dejaba salir, por fin, la tensión acumulada desde la noche anterior. La joven cerró los ojos al sentir que se mareaba y apretó los labios para tratar de contener las náuseas, antes de desistir y correr hacia el baño. Apenas vomitó unos retazos de bilis, teniendo el estómago vacío desde la cena de la noche anterior, pero eso no le hizo sentirse mejor. En la soledad del aseo, arrodillada sobre el frío suelo de mármol, la muchacha se maldijo una y mil veces por ser tan estúpida, infantil y temeraria al mismo tiempo.

Por una parte, no podía creer que hubiese aceptado salir de fiesta con sus amigas al sur la noche anterior; por la otra, no quería concebir que su única noche adulta de verdad, cuando hacía apenas tres meses que había cumplido los dieciocho, casi hubiera resultado en desgracia. A su cabeza acudió de nuevo el recuerdo de aquel amable chico que la había salvado. Elaine sacudió la cabeza con fuerza para ahuyentarlo. Con total seguridad, no lo volvería a ver. Pero era hora de aprender de los errores y ser adulta de verdad. Con esa resolución, Elaine se limpió las lágrimas como pudo mientras inspiraba hondo y procuraba serenarse.

«No eres una niña», se recordó sin piedad. «Actúa en consecuencia».

Algo más decidida, la muchacha se levantó por fin del suelo y encaró a su reflejo, no sin cierto remordimiento. Fuese por el levísimo maquillaje corrido o el pelo revuelto, su estampa era la peor que había tenido en mucho tiempo.

«Casi», pensó con un nudo en el estómago, «desde que papá murió».

No obstante, cuando fue a alzar el cepillo, la joven comprobó con angustia y alivio a partes iguales que la peineta de mariposa seguía sobre su pelo. Lo cierto es que, a pesar de todo, hubiera odiado perderla en la refriega o en el camino. Aunque tampoco era consciente de haberse acostado con ella...

«Debo de haber dormido sobre el lado contrario», pensó con cierta ternura, antes de retirar el broche intacto con cuidado y depositarlo junto al gran espejo frente a ella.

La mariposa de nácar le devolvió un silencioso brillo bajo los focos de LED antes de que Elaine se dedicara, como todas las mañanas, a cepillarse la melena con cuidado. Sin embargo, cuando estaba terminando de hacerlo y esta presentaba ya un aspecto más o menos decente, el estruendo del timbre resonó por todo el apartamento. Elaine casi dejó caer el cepillo del susto. Más tranquila al comprobar que el sonido no se repetía enseguida, la muchacha lo depositó entonces sobre el lavabo con cuidado, se aseó con rapidez y salió del baño al tiempo que se secaba la cara con la toalla. Pero lo que no esperaba la muchacha al abrir era encontrarse a la secretaria de su hermano en el umbral.

—¿Señorita Barrows? —quiso saber, aturdida—. ¿Qué ocurre?

La aludida, por su parte, mantuvo su comedida sonrisa profesional antes de responder:

—Buenos días, señorita Forest. Su hermano me envía a invitarla a desayunar con él en la sala de reuniones del piso cuarenta y cuatro.

Por un instante, Elaine pensó que no había escuchado bien mientras la mirada de la asistente, por inercia, la recorría de arriba abajo. Elaine se maldijo a sí misma por enésima vez al tiempo que enrojecía. Sin embargo, al ver que la señorita Barrows no se movía del sitio y, por el contrario, parecía esperar una respuesta por su parte, sacudió la cabeza y se esforzó por mostrar su mejor sonrisa:

—Gracias, señorita Barrows. Dígle a mi hermano que bajaré en cinco minutos.

La asistente pareció conforme con su respuesta, al tiempo que un brillo de comprensión se abrió paso en sus irises azul mar, antes de darse la vuelta y alejarse por el desierto pasillo. Elaine, casi sin esperar a que desapareciese de la vista, cerró la puerta de golpe tras de sí y se precipitó hacia el armario más próximo. Por supuesto, la peineta no era lo único que no se había quitado al llegar; y el vestido de seda rosa, desgarrado aparte, ahora aparecía arrugado y sin gracia sobre su cuerpo menudo. A ojos de Barrows, seguramente había parecido una pálida uva pasa más que la benjamina de una gran familia.

Elaine sacudió la cabeza mientras se cambiaba de ropa y se ponía un conjunto de pantalón y blusa de mangas abullonadas. Después, se calzó unas bailarinas y se atusó el pelo, asegurando que la melena caía por donde debía. No obstante, antes de salir, la joven se dio un último visto bueno

rápido en el espejo del recibidor. Después, cogió el malogrado móvil y las llaves del apartamento y salió del mismo cerrando tras de sí.

Cierto que todas las viviendas de la Torre Forest –el dúplex del ático, los dos apartamentos del piso de Elaine y los dos del de Ken– se encontraban en zonas fuera del alcance de los empleados de la Torre, hasta de los de mayor graduación. Ascensor privado con clave, vigilancia con cámaras... Pero, por algún motivo, Elaine se sentía más segura cerrando la puerta con llave. Aquel espacio lo había aprendido a valorar como propio, sobre todo desde la muerte de su padre. La joven apretó los labios con súbita tristeza. ¿Por qué esa mañana lo recordaba con tanta nitidez?

Durante los primeros meses, por supuesto, el duelo había sido muy duro. Los miembros de la familia y toda su gente de confianza veía al difunto Adam Forest en cada esquina. Con el tiempo y la obligación del estudio, Elaine había conseguido mantener más a raya los recuerdos y el dolor durante casi todo el curso escolar. Sus jornadas se centraban en el trabajo duro y la disciplina, sin querer pensar en mucho más. De hecho, como decía Erica, apenas salía siquiera con sus amigas, ni para lo más sencillo. Sin embargo, ahora llegaba el verano; y, con él, más tiempo libre. Un período que Elaine, esta vez, no estaba segura de cómo llenar para no caer en la tristeza y la desazón.

«En cuanto pueda, volveré a la biblioteca», decidió la muchacha mientras bajaba en el ascensor familiar.

Cuando salió al rellano del piso cuarenta y cinco, Elaine saludó con educación a los únicos dos directivos que se cruzaron en su camino, por pura costumbre, antes de dirigirse a la escalera que la llevaría a la siguiente planta. Sin quererlo, a pesar de usar el ascensor familiar y privado, algo la impulsaba ahora a no entrar en uno público si no era obligación. Ahuyentando el irracional por qué de esa sensación, la joven saltó casi los últimos cuatro escalones y, una vez en el pasillo, avanzó de memoria hacia la sala de reuniones situada en el costado opuesto de la planta. A ambos lados del pasillo, varios despachos con pared de cristal translúcido dejaban entrever a algunos de sus ocupantes, como cualquier otro viernes por la mañana. Elaine suspiró. Al menos ellos podían distraerse. Sin embargo, toda amargura se disipó para dar paso al nerviosismo cuando por fin entró en la gran sala de reuniones.

Su hermano mayor ya la esperaba allí, mirando por una ventana con las manos a la espalda. Kenneth Forest, “Ken” para sus seres cercanos desde

que su madre lo apodara así con apenas dos años, era espigado sin superar el metro con sesenta y ocho de altura. Su cabello, al contrario que el de Elaine, era de color castaño claro y solía llevarlo muy corto desde niño. Durante la adolescencia, hubo una temporada en que incluso llevó el pelo hasta las orejas y un flequillo tan largo que podía hacerse tupé. Pero, ahora, Ken era una persona diferente. En efecto, en cuanto Elaine cerró tras de sí, el mayor de los dos hermanos se giró hacia ella y esbozó una sonrisa educada que la puso sobre aviso. Por supuesto, no estaba nada contento con lo sucedido. No obstante, la muchacha prefirió conducirse con la mayor naturalidad posible, sin dejar traslucir su tensión. En cambio, se esforzó por dar pie a la conversación.

—Buenos días, hermano —lo saludó, educada, con las manos unidas frente al cuerpo—. ¿Querías verme?

El gesto del aludido pareció ensancharse apenas unos milímetros mientras se acercaba a ella. La alegría no alcanzó sus ojos en ningún momento

—Buenos días, Elaine. ¿Has dormido bien?

Ella asintió, aunque fuera una mentirijilla piadosa.

—Sí. Ayer con las chicas fue agotador, pero estuvo muy bien...

Él, para su sorpresa, asintió con una extraña calma; y, en vez de hacer algún comentario sobre la noche anterior, le indicó a su hermana que tomara asiento junto a un extremo de la mesa ovalada que ocupaba la mayor parte de la sala. Allí, como había anticipado la señorita Barrows, había preparadas varias fuentes de desayuno y una cafetera de la que emanaba un olor delicioso. Elaine obedeció, relajándose un tanto. Quizá estaba preocupándose antes de tiempo...

—¿Cómo te has hecho eso en la muñeca, hermana?

Elaine, que ya estaba sirviendo el café en su taza, casi dejó caer la cafetera de golpe a causa de la sorpresa.

—¿Qué...?

Confundida, no sin antes ocuparse de dejar el pesado instrumento sobre la mesa, la muchacha se observó en la dirección que su hermano señalaba; palideciendo de súbito al comprobar que, en efecto, su muñeca presentaba un desagradable verdugón de varios colores y de entre cinco y siete centímetros de ancho. Por enésima vez aquella mañana, Elaine quiso que se la tragara la tierra.

«Maldita sea».

—Ah... ¿Esto? —atinó a responder al fin, casi escondiendo la mano sobre el regazo y bajo la conveniente mesa de madera barnizada—. Creo que ayer hice algún mal movimiento y me debí hacer daño... No es nada...

Por alguna razón, no quiso confesar de buenas a primeras lo que había sucedido, menos viendo que su hermano parecía molesto ya de entrada con el hecho de que hubiese vuelto sola a casa la noche anterior y no con Erica. Pero su inmediata reacción la dejó aún más clavada en el sitio. Justamente, por la frialdad que impregnaba aquellas cuatro palabras:

—No me mientas, Elaine.

Responsabilidades

Botando en el asiento a causa del susto, Elaine encaró a su hermano en un instante, con la tensión pintada en el rostro. La mirada de él, por otra parte, si antes era severa ahora parecía esculpida en piedra. Elaine casi diría que iba a juego con su voz. Y la muchacha se estremeció con más violencia cuando el joven se incorporó y se inclinó, con una mano apoyada sobre la mesa, para acercar su rostro al de ella hasta que apenas los separaron unos centímetros.

—No voy a preguntártelo más veces —verbalizó despacio, como si ella fuera un poco estúpida—. ¿Qué pasó anoche?

Elaine lo observó, petrificada y casi como si no lo conociese.

—Ken ¿qué...? —balbuceó, insegura.

El joven, por su parte, pareció consciente en ese instante de que estaba intimidándola. Por ello, se irguió unos centímetros para dejarle espacio, pero mantuvo las yemas de los dedos apoyadas en la mesa. Tampoco dejó de mirarla con fijeza en todo momento.

—Bueno, y ¿bien? —insistió, sin alzar la voz, pero con el mismo tono gélido de las veces anteriores.

La joven tragó saliva al tiempo que intentaba, como por instinto, esconder la muñeca herida con el brazo contrario. La marca de su vergüenza. Algo sobre lo que, ahora de seguro, una parte de ella preferiría que Ken no se enterase jamás.

—Ya te lo he dicho —musitó entonces, sin apenas alzar la vista. Sintiendo, con angustia, cómo sus mejillas se caldeaban sin remedio y delataban que quizá no estaba siendo del todo sincera. Por algún motivo, era una pésima mentirosa desde siempre y más cuando era cara a cara. No obstante, algo en ella anticipaba una mayor ira de su hermano si reconocía que casi la habían violado. Por ello, la joven decidió seguir hasta el final con su pantomima y enfrentar, si se daba el caso, lo que tuviese que venir

—. Me hice daño al golpearme con una barandilla en el casino. ¿Qué quieres que te diga?

—¡Silencio!

Sin quererlo, Elaine había llegado a alzar la voz más de lo conveniente en su nerviosismo, pero la orden de Ken la acalló de inmediato. Una tensa quietud se instauró entonces entre los dos hermanos, durante varios segundos que se hicieron eternos. Al menos, hasta que Ken liberó un hondo suspiro y le dio la espalda a medias; dando un par de pasos hacia su antiguo asiento y encarando, de nuevo, la ventana al otro lado de la sala.

—Elaine... —murmuró, en un tono extrañamente paternal que provocó a la aludida un vuelco en el estómago. Sin embargo, el joven tardó aún unos segundos en decidirse a continuar, girándose para encararla—. Escucha, sé que has cumplido dieciocho años —reconoció, dando ciertas esperanzas a la joven. No obstante, sus siguientes palabras las derrumbaron de golpe como si fueran un castillo de naipes—. Pero... quizá por eso deberíamos ser capaces de hablar como dos adultos. ¿No crees? No hace falta gritar.

Sin saber por qué, aquel matiz acerca de su edad y poder hablar entre ellos hizo que algo en Elaine saltara por los aires sin remedio.

—Ya te he dicho que no ha sido nada —rechinó; esta vez sin alzar la voz, pero levantando la vista para mirarlo a los ojos con cierto desafío mal velado—. Y, sí: soy adulta. Así que no entiendo por qué te importa tanto un simple accidente. ¡Sé cuidarme yo sola!

Tarde, la recién florecida rebeldía de Elaine ante el hecho de sentirse tratada como una niña le hizo ver que quizá había cometido un error. El rostro de Ken apenas cambió, pero sus puños se apretaron sobre los costados de su impoluto traje verde oscuro. Cuando volvió a hablar, su voz volvía a ser tan dura como al principio de su conversación.

—Esto no es un juego, Elaine —le espetó, con irritación rezumando en cada palabra—. Eres una Forest, te guste o no. —Un nuevo retortijón ante aquel recordatorio. La familia. El estatus. Conceptos que se confirmaron con la siguiente frase de su hermano mayor—. Eso significa que tienes un apellido y una reputación que mantener, tengas la edad que tengas. Ya está bien de jugar a las princesas de cuento ¿estamos? —Ken se acercó de nuevo y aproximó sus rostros, aunque esta vez no invadió su espacio personal como antes—. Si eres una adulta, demuéstrelame. Pero jamás vuelvas a desafiarme. —Inspiró con fuerza—. Ahora respondes ante mí como cabeza de familia. Así que muéstrame un poco de respeto.

Con cada palabra la joven se sentía más pequeña e insignificante frente a Ken. Tenía ganas de llorar. Quería esconderse bajo su suave colcha de seda y no volver a salir jamás. Aquello no podía ser cierto. Quizá, pensaba su parte más familiar e íntima, lo mejor era confesar todo y asumir las consecuencias... Sin embargo, antes de que la verdad pudiese aflorar a sus labios, aunque sólo fuese por obtener algo que no fuese aquel desprecio, la parte rebelde de Elaine se interpuso de nuevo en el camino de la sinceridad y bloqueó cualquier intento de enmendar su mentira anterior. La parte de su alma que, lo supiera o no, había conservado la esperanza sobre su hermano durante aquel fatídico año y ahora veía sus sueños hechos añicos. Porque, lo quisiera o no, “el estatus” y “el apellido” eran más importantes que todo lo demás ¿verdad?

—¿Qué estás diciendo, Ken? —gimió entonces la joven, al borde de ese llanto que se esforzaba por contener a duras penas—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano? —Tragó saliva antes de espetarle, entre dientes—. No te reconozco.

Ken, por su parte, se limitó a apartarse con un bufido, sacudiendo la cabeza como si a Elaine se le pasase algo esencial por alto y haciendo caso omiso de su tono; o, al menos, eso parecía antes de que hablase de nuevo.

—No, claro. No podía esperar otra cosa —murmuró entonces el joven, para estupor de ella. ¿Qué quería decir? No obstante, antes de poder preguntar siquiera, su siguiente afirmación la dejó clavada en el asiento—. Elaine, lo siento, pero está claro que no puedo confiar en ti. Así que... te quedarás en la Torre hasta que yo lo decida.

—¿Qué? ¡Eso no es justo! —protestó ella, casi sin pensar.

No podía hacerle aquello. Era una adulta ¿no? Sin embargo, Ken parecía muy seguro de su decisión y así lo manifestó.

—Lo sé, pero no me dejas otra opción y tus amigas tampoco. —Y, antes de que ella pudiese agregar nada, reiteró—. Recuerda quién soy, Elaine. Aparte de tu hermano mayor y heredero de esta empresa, soy tu custodio hasta que vayas a la Universidad. —El muchacho apretó los labios, mientras la joven apenas podía reprimir ya una lágrima traicionera derramándose sobre su mejilla—. Sabes lo que eso significa. Se lo prometí a papá en su lecho de muerte y eso para mí es un juramento sagrado. —La encaró con sus ojos color avellana, iguales a los de ella y susurró, como remate—. Espero que reflexiones sobre ello durante estos días.

Elaine sollozó, hundida y herida en lo más hondo de su ser. Porque, quisiera o no, su hermano tenía razón. En el fondo, eso sólo le hacía sentirse más culpable todavía.

—Ken...

Pero, antes de que ella pudiese argüir nada más, él le dio la espalda con brusquedad y zanjó la conversación.

—Sólo hazlo y punto —le ordenó, en un tono que no daba lugar a réplica—. Y, ahora, márchate. Tienes deberes que atender ¿no?

Visto y no visto, a una seña suya la señorita Barrows pareció materializarse junto a Elaine. La joven apenas atinó entonces a girarse hacia la asistente, con expresión confusa, antes de que Ken ordenase a esta última que escoltara a Elaine hasta la residencia Forest sin más dilación. Y esta se dejó conducir con la mirada clavada en sus zapatos y el sabor amargo de la derrota y la culpa atascados en la garganta.

La luz entraba a raudales por los amplios ventanales cuando Elaine por fin traspuso el umbral del ático, el hogar familiar. Tras asegurarse de que la muchacha entraba, la asistente de su hermano desapareció silenciosamente por el pasillo y la joven cerró tras de sí. Con pasos pequeños, casi tímidos, Elaine avanzó por el amplio recibidor de blancas paredes y suelo de parquet caro mientras miraba a su alrededor. Si bien era cierto que los dos hermanos habían obtenido sus respectivos apartamentos privados al cumplir los dieciséis años, como mandaba la tradición familiar de cara a un futuro de duro estudio y carrera prometedora, para Elaine volver a la casa de su infancia tenía un regusto especial y extraño al mismo tiempo. Porque hacía casi dos años que la nostalgia se había transformado en algo mucho más oscuro... y perturbador. Si cerraba los ojos, la joven recordaba los olores a medicamento, los silencios y la estancia siempre a media luz. Pero, desde el trágico fin de Adam Forest, la mansión siempre estaba con las cortinas abiertas de par en par y la enorme estancia de la planta inferior parecía casi un lugar desconocido.

Elaine sacudió la cabeza para descartar aquellos pensamientos amargos. Como había dicho Ken, tenía un deber diario lo quisiera o no durante aquel verano. A cambio, tendría las tardes libres para poder dedicarse a ella; o, como “todos esperaban”, a prepararse los exámenes de Derecho. Suspiró justo antes de subir el primer peldaño de la escalinata central, clavando la mirada por un instante al otro lado del mirador del salón. Un enjambre

silencioso de torres de acero y cristal y, más allá, la costa brillante del sur de Daleth.

«Eres una Forest».

Las palabras de su hermano resonaron en su mente como un latigazo, obligándola a apartar la vista con desazón y los labios apretados de rabia.

«Por mucho que lo parezca, tampoco los de este lado del río tenemos derecho a soñar...», se lamentó, mientras llegaba al rellano del piso superior.

Una vez allí, la joven tomó el primer pasillo corto a mano izquierda y se aproximó con tiento hasta la puerta. Antes de entrar se obligó a inspirar hondo y contar hasta diez. Hacía una semana más o menos que Ken le había encargado aquello, siendo casi más una orden que un ruego personal. Y Elaine, en principio, no se había negado. Al contrario, había aceptado con su mejor disposición. Pero después de la discusión y aquel injusto castigo, Elaine casi sentía la bilis ascender por su garganta ante lo que se le quería antojar pura obligación, al menos aquella mañana. Aunque, como de costumbre, todo sentimiento negativo dio paso a una profunda pena cuando por fin se adentró en la habitación y la contempló.

Como todas las mañanas, Evelyn Forest permanecía tumbada entre las sábanas, aunque ya no estuviese durmiendo. En efecto, a aquella hora del día la mujer ya tenía los ojos verdes abiertos y perdidos en algún punto de la habitación. Elaine suspiró y se sentó a su lado en el borde de la cama, acariciándole con mimo el sedoso cabello, rubio y ondulado:

—Buenos días, mamá.

La aludida, por supuesto, no contestó ni le devolvió siquiera la mirada. En honor a la verdad, como llevaba haciendo casi desde la muerte de su marido. Tras las primeras semanas de histeria, sólo aliviadas con fuertes dosis de ansiolíticos, de repente era como si la antaño risueña Evelyn Forest se hubiese transformado en una estatua viviente. El día que la asistenta la encontró por primera vez tendida entre las sábanas, sin moverse y sin pestañear, hicieron falta casi dos semanas de terapia para que asumiera que la señora de la casa no se había muerto. Sin embargo, salvo por el hecho de que la mujer aún caminaba, comía y dormía, cualquiera la hubiera calificado como difunta en vida.

Al principio del todo, Elaine había tenido otras responsabilidades por ser su último año de estudios. Ken, siendo práctico, había optado por contratar una cuidadora profesional que se ocupara de la enferma. Sin

embargo, hacía tan solo unas semanas que Evelyn, de forma incomprensible, había recaído en el estado de histeria inicial. De hecho, sufrió un ataque de ansiedad tan fuerte y repentino que su acompañante diaria, asustada, salió corriendo de la casa. De hecho, a la pobre mujer no volvieron a verla hasta dos días después, cuando firmó su renuncia frente a Ken. Casualmente, esto último sucedió al tiempo que Elaine hacía su último examen escolar; momento en el que su hermano le informó de que, al menos hasta que encontraran a alguien, ella se ocuparía de atender a su madre. Por suerte, unos días antes habían encontrado a otra profesional que podía venir por las tardes, con lo que Elaine podía volver a su apartamento tras la comida y dedicarse a sus “obligaciones preuniversitarias”.

De cualquier forma y aunque sólo fuese durante la mitad del día, la muchacha apreciaba el poder mantenerse ocupada. En esa ocasión, más que nunca, aunque sólo fuera para que las pesadillas sobre la noche anterior dejaran de acosarla. Además, para la joven siempre había habido algo íntimo y personal en el hecho de cuidar de su madre enferma. En definitiva, se sentía útil y unida a su familia. Y eso, lo admitiese o no, le encantaba.

—Vamos, mamá —instó a Evelyn, tras descorrer las cortinas y dejar la luz entrar en la estancia. Para enfatizar su orden, Elaine tomó a su madre con suavidad del brazo y tiró apenas de ella hacia arriba. Como ya intuía, ante aquella presión la mujer se incorporó con el mismo aire que un autómatas, pero algo era algo. Al menos respondía a estímulos sencillos...— Venga. Vamos a desayunar ¿te parece?

Despacio, Elaine logró sacar a Evelyn de entre las sábanas, ponerla en pie y, con infinito cuidado, conducirla hasta el baño para asearse. Después, ambas se dirigieron hacia el piso inferior, siempre con la hija sosteniendo a la madre. Una vez llegaron a la cocina abierta, Elaine inhaló hondo y se dispuso a preparar un desayuno sencillo.

«Ya es tarde», razonó, no sin cierto sentimiento de culpa. «Mejor que sólo comamos algo ligero, por si acaso».

Al final, el desayuno con Ken había sido tal fracaso que la muchacha no había probado bocado, así que sus tripas seguían rugiendo como un león hambriento. Evelyn, por su parte, cuando la acomodaron frente a la mesa del comedor se quedó allí sentada, sin moverse y con la mirada vacía. Mientras hervía el café, untaba las tostadas y servía zumo natural en una copa de cristal, Elaine procuraba no pensar en la impotencia que le

provocaba ver a su madre así. Pero también sabía que no podía hacer nada más que estar con ella.

Cuando tuvo todo listo, llevó una bandeja cargada hasta la mesa y, después, ayudó a comer a Evelyn con paciencia. El siguiente paso, tras recoger, era duchar a la mujer y vestirla para pasar el día. La joven eligió una sencilla blusa blanca, una falda negra y unas zapatillas planas parecidas a las que llevaba ella. Por último, la muchacha condujo a su madre de nuevo al piso inferior y la acompañó a sentarse en su sillón favorito, junto al mirador. Desde allí, a través de un hueco entre dos torres cercanas, se veía el Kent y casi la otra orilla de Daleth. Con diferencia, aquel era el momento favorito del día de Elaine. Consultó la hora: las once de la mañana. Aún tenían tiempo. Por ello, sin dudarlo, la joven escogió el primer libro de la estantería más cercana y retornó para sentarse junto a su madre. Aquel día, la elección era “Gawain y el caballero verde”. Elaine no pudo evitar sonreír con ternura antes de abrirlo por la primera página.

Al margen de las lecciones en la escuela sobre pasado artúrico, impuestas desde hacía casi tres generaciones para concienciar a la nueva población britana sobre las virtudes de Arturo y sus caballeros, la madre de Elaine siempre había tenido devoción por las leyendas de ese ciclo literario, casi hasta convertirse en su religión de cabecera. De ahí que a su hija la hubiese llamado como la guardiana del Grial y la madre de *Sir* Lanzarote, Elaine. Por otro lado, también era cierto que, desde la reconstrucción de Nueva Britania, aparte de las reminiscencias de la caballerescas artúricas y el bautizo de varias ciudades en ese sentido, Arthur Drake y sus consejeros habían decidido retomar los preceptos de la leyenda en más de un sentido. Los caballeros de la Mesa Redonda del Rey Arturo practicaban los valores de la justicia, equidad, lealtad, integridad, prudencia, generosidad y amabilidad. Y Drake, en su sabiduría, había hecho una base social de aquellos preceptos que todo Alto era educado para aplicar en su vida cotidiana. De hecho, Elaine siempre había creído que justo eso era lo que había conducido a Nueva Britania al esplendor actual.

Sin embargo, rememorar aquello tras la discusión con su hermano hizo que la joven, por un instante, se sintiera de todo menos leal e íntegra a sus seres más cercanos. De hecho, al pensar en sus acusaciones le tembló la voz y casi interrumpió la lectura, pero su madre no hizo alusión a ello. De cualquier forma, aprovechando ese pequeño lapso, Elaine alzó un instante la vista para observar a su madre. Viéndola así con el rostro ladeado, la

mirada clavada en un punto fijo y las manos sobre el regazo, la joven casi quiso pensar que la estaba escuchando de verdad y con atención. Aunque, como otras veces, fue una sensación tan breve que la muchacha prefirió pensar de nuevo que se lo había imaginado. De hecho, seguir leyendo le impidió seguir martillando su cerebro con cierto pensamiento que la acosaba desde la despedida con su hermano. Una pregunta para la que, quisiera o no, aún no tenía una respuesta que le hiciese sentir mejor:

«¿Por qué no he querido contárselo a Ken?»

El peso del deber

«¿Por qué? ¿Por qué?»

Mientras pasaba las páginas y su voz narraba las aventuras de Sir Gawain, Elaine seguía rumiando para sus adentros. Aquella mañana, la rebeldía de no confesar por temor a un castigo severo había parecido la opción más adecuada, dadas las circunstancias. Sin embargo, con cada minuto que pasaba, la joven veía más claro que se encontraba casi en la misma situación que si hubiese reconocido lo ocurrido. O ¿quizá no? Elaine estaba hecha un lío; si no recordaba mal, era la primera vez que hacía algo semejante. Jamás en su vida había sido tan rebelde con algo, ni con lo más nimio de su cotidianidad. Ni a ella ni a Ken los habían enseñado a ser así. De hecho, a toro pasado, su parte lógica le gritaba que había sido una insensata. Y eso le hacía sentirse aún más culpable.

Suspiró aprovechando el cambio de página. Ella y su hermano siempre habían estado muy unidos, desde pequeños. Ken protegía a Elaine de todos los males y ella lo consolaba si sus padres lo regañaban; generalmente, por no ser lo bastante bueno en la escuela o no cumplir con lo que se esperaba de él siendo el primogénito. Pero la muerte del cabeza de familia había vuelto todo del revés.

De un mes para otro, Ken tuvo que convertirse en Adam y ponerse al mando de Forest Energies. Su madre había entrado en estado catatónico. Y ella, la pequeña Elaine, había quedado relegada a un segundo plano. Por un instante, mientras pasaba una nueva hoja del libro, la muchacha alzó la vista hacia su madre y dudó si contarle lo que había sucedido. Evelyn Forest no se había movido de su posición, quieta como una estatua. No obstante, sólo con ver su mirada perdida, Elaine desechó la idea con cierto dolor en el corazón.

«Quién sabe siquiera si puede escucharme», se lamentó en su mente.

Lo cierto era que, en ocasiones, como por las mañanas cuando la instaba a hacer las tareas cotidianas, la mujer parecía reaccionar. Pero su hija menor, cuando estaba más abatida por aquella situación, pensaba que sólo era una cuestión de instinto para sobrevivir; pero que, en el fondo, el interior de Evelyn Forest se había apagado para siempre.

«Mañana hablaré con Ken», decidió entonces, secándose una lágrima traicionera con la manga casi en un acto reflejo.

A pesar de todo, no quería llorar delante de su madre. Si tenía que comportarse como una adulta y lograr así que dejaran de tratarla como una cría, también debía ser fuerte por sus propios medios. Eso le habían dicho siempre.

«Ya he perdido a suficientes miembros de mi familia este año. No puedo permitirme perder otro más...».

Su hilo de reflexión se cortó en ese instante al oír abrirse la puerta de entrada del ático. Como un resorte, Elaine se giró y marcó con el dedo la página que estaba leyendo, todo en uno. Pero se relajó en cuanto vio quién era la recién llegada.

—¡Hola, Irina!

Irina Ivanova, la cuidadora de tarde de Evelyn, les dedicó una blanca y amplia sonrisa nada más girar la primera esquina del salón. Elaine siempre había pensado que tenía un rostro muy agradable, redondo e iluminado por un par de enormes ojos azules claros. A pesar de que de costumbre llevaba el pelo recogido en coleta o trenza, dos mechones rebeldes caían siempre a ambos lados de su frente; lo que, sumado a su pequeño tamaño y su cuerpo atlético, le daba un aspecto casi adolescente. A Elaine le caía muy bien Irina y, además, cuidaba a su madre con mimo desde el primer día. Aunque, si ya estaba allí...

La joven se irguió aún más en el asiento al tiempo que un escalofrío bajaba por su espalda. Como si lo hubiera percibido, su estómago protestó de hambre al mismo tiempo. Pero la joven apenas fue capaz de articular una palabra antes de que Irina, más rápida, abriese el frigorífico y descubriera lo ocurrido.

—¡Pero bueno! ¿Aún no han comido? —la regañó sin acritud, más bien con cierto cariño y diversión a partes iguales.

La aludida, por su parte, notó un cándido rubor ascender a sus mejillas de inmediato y ni siquiera tuvo el tino, como otras veces, de pedirle que la llamase por su nombre. En cambio, la muchacha alargó la mano hacia la

mesilla para coger un marcapáginas y colocarlo entre las hojas de la novela. No obstante, al tomarlo y comprobar cuál era no pudo evitar sonreír con nostalgia. Era casi una obra de arte envuelta en fina red de telaraña que, en su interior, contenía un pergamino adornado con caligrafía del Imperio Chino. Elaine recordaba cuando sus padres le habían traído aquel regalo, hacía más de diez años. Su padre se lo había traducido entonces, pero Elaine jamás había podido olvidar el significado de aquellos extraños símbolos:

“Mantén la fidelidad y la sinceridad como primeros principios”^[1].

La sabiduría de un antiguo filósofo de aquellas tierras remotas de las que Elaine solo había oído hablar. Suspiró. ¿De verdad vivía tan encerrada en su propio universo? Debía de ser así, puesto que Irina fue la siguiente en sacarla de sus ensoñaciones al volver a hablar:

—Vale, veo que Greta ha cocinado para un regimiento esta mañana —comentó para sí, aunque eso logró que Elaine se obligara por fin a levantar el trasero del sillón e ir a ayudarla.

Mientras llegaba a su altura, Irina extrajo una enorme cazuela del frigorífico y la depositó con esfuerzo en la encimera auxiliar del centro de la cocina. Con discreción y cierta vergüenza, Elaine comprobó entonces en el reloj más cercano que ya eran casi las dos de la tarde; con razón parecía que tenía un león en las tripas.

—Perdóname, Irina —se disculpó Elaine con educación, antes de ayudarla a separar las raciones del almuerzo y comenzar a calentarlas al fuego de inducción—. Supongo que la llegada del verano me tiene un poco descolocada...

Irina sacudió la cabeza, aunque la muchacha rubia vio a tiempo una curiosa mueca asomar a sus labios carnosos.

—No pasa nada, señorita Forest —dijo aquella, en cambio, mientras danzaba por la cocina en busca de todos los instrumentos de cocina necesarios para servir—. Además, no se preocupe y siéntese. Yo me ocupo de todo.

—¡Oh, no me importa! —alegó Elaine con sinceridad, acercándose al aparador para coger los platos y los cubiertos—. Me gusta ser de utilidad, en el fondo. Y, por favor, llámame “Elaine”.

El tono había sido más o menos bromista, pero la muchacha hablaba en serio. E Irina pareció apreciarlo cuando, unos minutos después, se acercó a la mesa; y, tras depositar todas las fuentes de guiso y guarniciones frías sobre el mantel, la miró y le dijo:

—Le agradezco su ayuda, señorita. —Como siempre, Irina no se atrevía a tutearla, por mucho que la joven se lo pidiera. Las malditas normas sociales...—. Es una mujer muy valiosa, tanto como su madre.

La aludida, por supuesto, se quedó de una pieza al escuchar aquel halago tan imprevisto.

«Pero... Si Irina apenas conoce a mi madre», pensó, intrigada. «¿Cómo puede saber algo así?».

Porque la cuidadora tenía razón. Si había algo que Elaine recordaba de su madre antes del trágico fallecimiento, era su carácter altruista y dulce, amable y a la vez estricto. Sin embargo, Irina pareció intuir casi sin esfuerzo lo que pasaba por su mente solo con mirarla a la cara. Aunque Elaine descubrió que la había malinterpretado cuando añadió un segundo después, algo más contrita:

—No me mire así, por favor. Lo siento si la he ofendido.

Elaine bajó de la nube de inmediato y negó con la cabeza, casi haciendo volar su rubia melena alrededor.

—¡No! O sea. —Se pasó el pelo por detrás de las orejas, insegura bajo la mirada azul de Irina—. No me has ofendido, ¡por supuesto que no! —la rebatió, conciliadora—. Es solo que... —Su mirada se clavó por un segundo en la estática silueta rubia de Evelyn Forest—. ¿Cómo has sabido...? Ya me entiendes...

Ante lo cual, entendiendo por fin el motivo de su turbación, Irina sonrió más ampliamente y, tomándole una mano, le susurró:

—Porque, señorita Elaine: hay cosas que no hace falta escuchar en palabras para detectarlas a primera vista.

La muchacha, a pesar de todo, no entendió a qué se refería la mujer; pero aquellas palabras tuvieron un curioso efecto reconfortante que le hicieron esbozar una sonrisa. No obstante, y antes de que pudiera verbalizar ningún agradecimiento, la joven esclava se apartó en un instante, rompiendo el contacto sin violencia y encaminándose hacia donde se encontraba la mujer más mayor.

—Buenos días, señora Forest —canturreó, sin respuesta; antes de tomarla por el brazo con tal cuidado que Elaine casi se avergonzó de su

actuación de la mañana, al levantarla de la cama—. Venga, vamos a comer. Que tiene usted una niña que debe andar con la cabeza en chicos últimamente...

La comida transcurrió en absoluta tranquilidad. Irina ayudaba a Evelyn a ingerir cada pequeño bocado de estofado de ternera con curry e hinojo mientras Elaine, con las mejillas encendidas, comía muy despacio y sin despegar la vista del plato. La cuidadora no sabía lo cerca que había estado de acertar en su suposición... Sobre todo, si ese chico tenía los ojos caramelo y el pelo platino. En algún momento, la muchacha estuvo tentada de abofetearse por idiota. ¿Por qué llevaba un rato que no era capaz de sacárselo de la cabeza? Sólo había sido una ayuda para salir de un problema y Elaine dudaba que volviera a verlo alguna vez.

Aun así, cuando por fin se despidió de Irina y su madre para bajar a su apartamento, cerca de las tres de la tarde, la muchacha intentó por todos los medios pensar en otras cosas más prácticas. Sí que era cierto que el verano duraría casi tres meses esta vez, al ser las vacaciones entre el fin de la escuela superior y el comienzo de la universidad; pero Elaine, como le había confiado a Erica, quería ir lo más preparada posible a los exámenes de acceso.

Pensar en su mejor amiga la llevó, casi sin querer, a mirar el móvil mientras bajaba en el ascensor familiar. Casi por costumbre, consultó lo primero el registro de conversaciones en *Chat4All*, o “Chat” a secas para la mayoría de los usuarios. Aquella aplicación de mensajería se había puesto de moda hacía algo menos de una década, pero había hecho despertar a la sociedad a un horizonte de comunicaciones que se creía perdido. Sobre todo, los más ancianos recordaban una época, antes de la Gran Tormenta, donde el contacto digital estaba mucho más extendido. De hecho, existía algo que todos llamaban redes sociales, pero el tiempo y la necesidad de sobrevivir habían hecho que la mayoría de los gobiernos las prohibieran desde casi el inicio de la Guerra de los Recursos.

Elaine recordaba a su abuela narrando cómo, en ciertas plataformas, el odio había surgido con casi más fiereza que en las calles. Un desprecio verbal, arrojadizo y doloroso que, sin quererlo, había roto más familias que la propia contienda. Y, dado que la lucha por sobrevivir de la Humanidad era la prioridad número uno, los políticos no podían permitirse tener más frentes abiertos de los necesarios. Pero, ahora, el Chat parecía ser un primer

paso hacia una nueva comunicación globalizada. Aunque Elaine debía confesar que sólo lo usaba para hablar con sus amistades más cercanas... Ni siquiera lo utilizaba con Ken. ¿Para qué, si vivían en el mismo edificio? Al pensar en él, un retortijón se adueñó de su estómago y sacudió la cabeza con fuerza, tratando de espantar la desazón como fuese. Se había prometido hablar con él y lo haría. Solo necesitaba tiempo para poner sus ideas en orden antes de hacerlo.

Como sospechaba, solo con verificar las notificaciones del móvil descubrió los mensajes entre excitados y angustiados de la joven de pelo azul:

Erica:

Hola!! Cómo va la cosa?

Yuju! Estás ahí?

Oh, espera. Claro, estarás con tu madre. Qué idiota :-)

Bueno, escíbeme cuando puedas, eh? Quiero saber cómo estás!
BESOTES!



Hola? Estás ya por ahí? Qué tal tu madre? :-)

Elaine sacudió la cabeza sin poder reprimir una sonrisa tierna. Y antes de contestar por escrito, tras dejar el bolso en su sitio y arrojar las manolequinas a un rincón, la muchacha optó por tirarse en el sofá y llamar a su mejor amiga por teléfono.

—¡Erica a tus órdenes! —replicó esta al primer tono.

Elaine rio.

—¿Qué? ¿Preparándote para el futuro servicio policial? —la chinchó.

Su amiga la secundó.

—Por supuesto. No es usted la única que tiene que presentarse a duras pruebas en algún momento próximo, señorita. —Elaine rio por lo bajo, al tiempo que aquel apelativo le daba un extraño vuelco al corazón—. Bueno, y... ¿cómo estás? ¿Mejor?

Elaine dudó un instante, igual que aquella mañana y más después de llevar todo el día con “su recuerdo” en la cabeza. ¿Debía contarle lo sucedido? Sin saber por qué, una parte de ella se moría por comentárselo a su mejor amiga. No es que Elaine nunca hubiese tenido interacción con un chico en la escuela o en su ámbito local, desde luego. Pero aquel extraño

salvador había tenido un efecto que ni ella misma era capaz de explicarse. Y tampoco ayudaba el hecho de intentar ahuyentar su recuerdo convenciéndose de que era un “sureño”. Elaine, de hecho, nunca había entrado en las eternas discusiones sobre la diferencia social de norte y sur de Daleth. Pero, en aquel caso, era como si precisamente eso apelara a una parte de su alma que no había explorado con anterioridad. ¿Qué le estaba pasando?

Por otra parte, su lado más tímido y temeroso se oponía a hablarle de ello a Erica por otro buen montón de razones: ¿lo conocía de algo, en realidad? ¿quién le decía que de verdad era algo especial? Además ¿cómo reaccionaría ella si le contara que la había salvado de ser asaltada? Seguramente, se escandalizaría igual que aquella mañana y volvería a lamentar no haberla acompañado a casa, como si necesitase escolta. Una diminuta parte de la joven Forest, en realidad, no quería que Erica se sintiese aún más culpable por algo que había sido cabezonería de la propia Elaine; pero ocultó aquella sensación bajo varias capas de molestia tras recordar también que Erica había llamado a su hermano en caso de urgencia. Eso terminó de decidir a la turbada benjamina a guardar silencio sobre el asunto. En cambio, la joven se decidió a narrarle otro episodio nada placentero: la discusión con Ken de aquella mañana. Por supuesto, Erica se echó las manos a la cabeza al oírlo.

—¡Ay, no! ¡No! ¡Cielos! —se lamentó con sinceridad—. Ahora sí que Ken jamás nos dejará volver a salir juntas. Lo siento tanto, El...

Parecía afectada de verdad y Elaine trató de tranquilizarla.

—Eh, Erica. No te preocupes, anda. Seguro que esto no durará mucho. Además —agregó, convencida—, estoy segura de que si le digo que me acompañas a hablar con tu hermano para los exámenes, no pondrá pega ninguna.

La joven de pelo azul tardó un segundo en contestar, a pesar de aquel mensaje optimista. De hecho, cuando lo hizo, su voz era apenas un susurro cargado de emoción sin aparente relación con lo dicho por Elaine:

—Ken no es el mismo que era ¿verdad?

Elaine tragó saliva, sabiendo de todas formas a qué se refería.

—No, no lo es —confirmó, resoplando con levedad—. Y... la verdad es que no sé qué hacer, Eri. Es... frustrante —lo definió al fin, tras buscar la palabra en su mente—. Siempre hemos estado muy unidos. No sé...

Por enésima vez desde la noche anterior, las lágrimas amenazaron con desbordar sus párpados y Elaine intentó limpiárselas con rapidez. Sin embargo, su fuerte inspiración acto seguido no podía confundir a alguien con el oído de Erica.

—Eh, oye, El. No te preocupes ¿vale? —Hizo una levísima pausa, como si quisiera encontrar la forma de expresarlo—. Cielo, como te dije ayer, los dos habéis pasado un año muy duro. Pero... Estoy segura de que lo solucionaréis ¿de acuerdo? Sigue siendo Ken, el bueno de Ken. —En su voz resonó una sonrisa de aliento que Elaine imitó con gesto agradecido—. Estoy segura de que acabará viendo que está equivocado.

La joven rubia apretó con más fuerza el móvil entre los dedos. La pantalla seguía rota, pero no le importó que las grietas presionaran casi de forma dolorosa contra las yemas de sus dedos cuando pronunció:

—Ojalá tengas razón, Eri —rezó—. Aunque algo me dice que me voy a convertir en la princesa aquella que terminó tirando sus rizos por la ventana para ser rescatada...

Por el auricular llegó una leve risita confiada.

—Anda, créeme. Estoy segura de que uno de nosotros conseguirá pronto sacarte de ahí —le confió en voz baja—. Tú... no te aburras mucho ¿vale? Y... suerte, si consigues hablar con tu hermano. Sé que puedes convencerlo. Al fin y al cabo —su tono se volvió mordaz— ¿no es él el que te dijo que “podíais hablar como adultos”?

Elaine rio. Sí, claro que él lo había dicho. Y, tras las palabras de Erica, la muchacha sintió la confianza renacer en su interior. Era una adulta y se lo pensaba demostrar. Las dos amigas pasaron entonces a comentar temas más banales durante casi una hora entera, hasta que Erica se despidió para ir a su sesión de gimnasio de la tarde. No sin antes hacer un recordatorio a lo mencionado a Elaine: trataría de sacar un hueco en la agenda de Liam para que ambos pudieran hablar de “picar pleitos” a sus anchas. La joven rubia se rio con ganas y la despidió con un par de bromas, no sin antes agradecerle el gesto.

Sin embargo, tras colgar y apartar el móvil a un lado, la joven Forest se quedó durante un buen rato mirando al techo y reflexionando sobre su situación. De ahí que no se diese cuenta de que se había quedado dormida hasta que no despertó media hora después, sobresaltada. Al otro lado de la ventana aún había luz, aunque ya caía la tarde. Pero Elaine ya había tomado

una decisión. Así que, con energías renovadas, se levantó del sofá, se calzó, cogió las llaves y salió del apartamento en busca de su hermano.

Un buen aliado

Para desazón de Elaine, Ken no estuvo disponible ni durante aquella tarde-noche ni en toda la mañana siguiente. Elaine siguió entonces con sus rutinas hasta el mediodía, quedando a la espera siempre de que Barrows la avisase de si su hermano estaba disponible. Sin embargo, las horas pasaban, las noticias no llegaban y Elaine se irritaba cada vez más. Era como si la llegada del verano hubiera traído consigo un extra de trabajo y reuniones que Kenneth Forest no podía esquivar por ningún medio.

El último intento de la joven, ya casi ofendida por su falta de respuesta, se dio después de comer al día siguiente; tras despedirse de su madre y de Irina cuando esta llegó a relevarla. No obstante, Elaine se encontró por trigésima vez con lo mismo. En esa ocasión, su hermano tenía una comida de trabajo que lo mantendría ocupado durante varias horas. Elaine, por su lado, sólo pudo rezongar por lo bajo con todo lo que se le ocurrió mientras retornaba cabizbaja a su apartamento.

«Para altos cargos de la vecindad, siempre tiene tiempo. Pero no para mí», se lamentó, aun sabiendo que no la llevaba a ningún sitio hacerlo.

Si Ken no podía o quería hablar con ella, su encierro podía prolongarse todo lo que él considerase oportuno. Y Elaine temblaba sólo de contemplar una perspectiva semejante. ¿Cuánto podía aguantar su hermano enfadado con ella, ahora que no era el mismo de siempre? Con el corazón encogido y nada más llegar a su habitación, la joven se dirigió casi de inmediato a la pequeña terraza-mirador que tenía en la fachada oeste de la misma. No hacía excesivo calor a pesar de la hora, en pleno apogeo del sol, por lo que Elaine decidió distraerse con su pasatiempo favorito y tratar de olvidar tanta amargura. Sin embargo, apenas llevaba unas pocas páginas leídas de “Los buscadores de conchas” cuando volvió a dejarlo con gesto hastiado. Sin quererlo, pensar en la protagonista, Penelope, le hizo recordar su propia

situación. ¿Por qué algo tan cercano como la familia podía convertirse en algo tan complicado?

El sonido del timbre la distrajo en ese momento, terminando de apartar el libro sin esfuerzo y levantándose de un salto. Elaine se acercó entonces a la puerta con la extraña esperanza de que fuese su hermano quien venía a verla. Pero se quedó de una pieza, al tiempo que otra amplia sonrisa de bienvenida se extendía por su rostro, cuando comprobó quién era su visitante en realidad.

—¡Harvey! —exclamó, echándose las manos al rostro.

El aludido, un chico desgarrado de unos veinte años y pelo rubio revuelto, abrió los brazos en señal de bienvenida.

—¡Hola, princesa! ¿Me echabas de menos?

Elaine, como única respuesta y al borde de un llanto emocionado, se refugió en sus brazos sin pensarlo dos veces.

—¡Harv, has vuelto! —susurró, anonadada—. No puedo creerlo.

—Eh ¡eh! —El recién llegado se separó y la tomó por los hombros, dirigiéndole una sonrisa burlona—. ¿Cómo que “no puedes creerlo”? ¡Pero si sólo me he ido un año! —rio—. ¿Tanto me has añorado? —Elaine fue incapaz de contestar, tal era la mezcla de sentimientos que tenía corriendo por sus venas. Y Harvey debió adivinar que aquel no era el lugar ni el momento más apropiado para discutirlo. Por suerte, venía con un plan—. Venga. Arréglate y me lo cuentas de camino ¿vale?

El semblante de Elaine mudó en un segundo. Desaparecieron las lágrimas y, en cambio, lo observó intrigada.

—¿Qué quieres decir, Harv? ¿De qué hablas? —quiso saber.

Él mostró una sonrisa enigmática.

—Bueno... digamos que he convencido al rey de la torre de que te deje salir un rato a tomar el aire. —Le guiñó un ojo—. Y quién mejor para escoltarte que “¿*Sir Harvey, el recién llegado?*”

Elaine rio sin poder evitarlo.

—Eres único, Harv —lo chinchó—. Pero ¿estás seguro de que no me dirá nada al volver?

Harvey se encogió de hombros, desenfadado.

—Mejor vámonos cuanto antes y que no le dé tiempo a arrepentirse ¿no te parece? —propuso en tono pícaro.

Ante lo cual, Elaine no dudó más. Conteniendo su júbilo a duras penas, la joven se adentró en la casa, relleno su bolsito con lo imprescindible, se

lavó la cara y se recogió dos mechones de pelo con un pasador sobre la nuca rubia. Unos minutos después, ambos reían en el ascensor de descenso de la Torre Forest. Por costumbre, al llegar a la planta baja Elaine quiso dirigirse hacia la recepción para encargar un coche, más aún después de la pésima experiencia de hacía dos noches. Sin embargo, Harvey la retuvo con sorprendente agilidad y le hizo casi detenerse en seco.

—Harv ¿qué ocurre? ¿Por qué me frenas? —quiso saber ella, intrigada.

Pero él se limitó a mostrar una sonrisa pícaro de las suyas y, sin violencia, tiró de ella hacia la puerta de la Torre.

—Vamos, El. Ya eres mayor para que te lleven de un lado a otro ¿no? —la provocó, haciendo que sus mejillas se tiñeran de rojo por enésima vez en aquel día. En ocasiones, Elaine prefería no ser tan transparente para todo el mundo—. Venga. Te prometo que no te arrepentirás.

La joven dudó unos segundos, que se hicieron eternos mientras observaba el mostrador y la puerta de forma alternativa. Sin embargo, ante los ojos rasgados y suplicantes de su mejor amigo, optó por claudicar y dejarse arrastrar al exterior. El día lucía espléndido, con un sol casi cegador, pero los dos jóvenes apenas tardaron diez minutos en llegar a su destino y adentrarse en la sombra. Al menos, Harvey. Elaine, por supuesto, titubeó antes de bajar casi el primer escalón.

—¿El tren, Harvey? —se sorprendió.

Aunque descubrió que, por algún motivo, enfrentarse a aquello a plena luz del día no le daba tanto pavor. Lo cierto era que le avergonzaba reconocer que Harvey, en gran parte, tenía razón: durante toda su vida y exceptuando ocasiones muy contadas, Elaine había sido como un paquete que todo el mundo llevaba de un lado para otro en coche o limusina privada. Las veces que había cogido el transporte público, sin duda, podían contarse con los dedos de una mano.

Pero, ahora, al cumplir los dieciocho años, la joven sentía un curioso cosquilleo al pensar que, por fin, se le permitiría viajar de otra manera sin tantas ataduras. Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Sabría Ken que Harvey pensaba llevarla en tren al centro? Dada su discusión del día anterior, la joven imaginaba que su hermano no estaría muy conforme con ello. Como por instinto, Elaine echó un levísimo vistazo a su espalda, hacia la Torre Forest; antes de, sin pensarlo más, aceptar la mano tendida que Harvey le ofrecía desde unos escalones más abajo. También era cierto que, por primera vez en su vida, esa nueva parte rebelde de sí misma estaba

dispuesta a aceptar que Ken no supiera lo que hacía a cada segundo del día. Y, a su manera, era un pensamiento reconfortante.

El andén estaba bastante desierto a esa hora del día. Como comentó Harvey, al ser fin de semana era lo más habitual, pero también afirmó que así estarían más a sus anchas si cabía. Elaine reflexionaba sobre todo lo que él le contaba mientras esperaban, cuando llegó el tren y durante todo el trayecto.

Harvey Albion era, si Elaine recordaba bien, el primer amigo íntimo que los dos hermanos Forest habían tenido en su vida. De hecho y aunque tenía la edad de Ken, Elaine siempre lo había considerado como otro hermano mayor que siempre la tentaba a hacer alguna que otra travesura infantil. A lo cual, casi siempre, la tímida niña se negaba educadamente mientras le consentía su insistencia con genuino cariño. Por otro lado y aunque era el hijo único de una prestigiosa familia productora de energía eólica, había tenido debilidad por la informática desde que apenas levantaba dos palmos del suelo. Motivo por el cual y aunque sus padres le costase un poco todavía en aceptar su vocación, tan alejada en apariencia de la preciada tradición energética, en aquel segundo año de estudio universitario Harvey se había ido a hacer un intercambio a Londres para ampliar las miras de sus estudios en ingeniería informática avanzada.

La antaño orgullosa capital británica, hogar de la antigua dinastía Windsor y casi centro de referencia mundial, había sufrido una dura decadencia durante la Guerra de los Recursos. La política y el papeleo, casi de un día para otro, se habían dejado engullir por la necesidad de industria y maquinaria que demandaba una situación de crisis nacional e internacional. Por ello, las orillas del gran Támesis habían pasado en pocas décadas de albergar monumentos y atracciones turísticas a desarrollar armamento, obras de ingeniería civil y centros de distribución de maquinaria pesada.

Con los años y la recuperación, parte de esta industria se había modernizado y transformado hacia investigaciones más ligeras, basadas en la robótica y la informática avanzada. Ahora, Londres era una especie de centro pesado rodeado de una corteza de innovación tecnológica. Aunque, por supuesto, seguía conservando un pequeño núcleo tradicional y bohemio en medio de tanta ingeniería industrial. El famoso Soho londinense donde, después de décadas, se había vuelto a concentrar toda la actividad cultural de la ciudad. Una pequeña joya entre la oscuridad y el recuerdo de un pasado reciente, pero demasiado tenebroso para evocarlo.

Aun así, no era todo aquello lo que más fascinaba a Elaine de lo que Harvey le contaba. Sino, por el contrario, la sensación de libertad que desprendían cada una de sus palabras. Las descripciones de la gente, el ambiente... De repente, la muchacha se dio cuenta de que no podía despegar su atención de él por mucho que lo intentara. Sonaba... embriagador. Demasiado bueno para ser cierto. Y muy distinto a lo poco que ella había conocido del mundo exterior en Daleth, a pesar de ser también una gran ciudad. La joven se estremeció, sin quererlo, al recordar entonces lo sucedido dos noches atrás. ¿Cómo podía creer a Harvey, después de aquello?

—Eh ¿estás bien, princesa? —preguntó el rubio, interrumpiéndose, al comprobar que ella palidecía y bajaba el rostro—. ¿Te mareas?

Elaine negó, conmovida por su preocupación, antes de encararlo de nuevo.

—No, no te preocupes. Es solo que... —dudó, mordiéndose el labio y posando sus ojos castaños en el oscuro túnel al otro lado de la ventana. Probablemente, en ese instante estaban pasando por debajo del Kent y a Elaine, sin quererlo, le estresó pensar en el hecho de estar viajando bajo semejante cantidad de agua. Pero se obligó a no dejar traslucir más sus preocupaciones antes de suspirar—. Supongo que el comienzo del verano no ha sido lo que esperaba. Y, ahora... Bueno... —Sonrió con levedad—. Escucharte es casi como oír hablar de otro planeta.

Harvey sonrió con cariño.

—El mundo ahí fuera es diferente a lo que nos han contado, Elaine —le aseguró, casi como si intuyera lo que pasaba por su cabeza—. Créeme: este año ha sido toda una revelación para mí, les guste mis padres o no.

Elaine frunció los labios y se recostó de lado sobre la pared del tren, sin despegar la vista del cristal. Sin quererlo, la mención a los progenitores Albion había removido el dolor reciente de los recuerdos en el fondo de su cerebro.

—Ojalá pudiera creerte —suspiró, abatida y sin dar más pistas de lo que rumiando sus adentros.

Harvey la observó un momento antes de imitarla, aunque con aire más pensativo, antes de demostrar que había intuido a la perfección lo que pasaba por su rubia cabecita.

—No está siendo fácil ¿verdad? —preguntó, suave.

Elaine tragó saliva y negó con la cabeza, rendida.

—No, en absoluto. —Acto seguido, lo encaró con expresión agradecida—. Pero... me alegro de que hayas vuelto.

Él adoptó una pose encantadora.

—Lo que sea. A mandar —afirmó, haciéndole reír.

No obstante, antes de que pudieran decirse nada más, la megafonía del tren informó de que estaban llegando a su parada. “Meathop” era una plaza con tintes mestizos entre modernidad y antigüedad donde, desde hacía casi cuatro décadas, tras reponerse a medias de los estragos de la guerra, se habían asentado comercios más tradicionales para abastecer tanto al sur como al norte de Daleth en épocas de escasez y racionamiento. Carnicerías, panaderías, tiendas de frutas y verduras compartían ahora aquel amplio espacio con modestas tiendas de bisutería y comercios de ropa variada, de todos los tejidos imaginables. Como colofón, en cada esquina había una cafetería que esperaba a los afanosos transeúntes para ayudarlos a tomarse un descanso de las compras. Hacia una de esas, en concreto, los condujo Harvey sin pensarlo dos veces y con los ojos brillando de emoción.

—¡Guau! —exclamó, casi frente a la puerta—. ¡No puedo creer que hayan puesto una aquí! ¡Elaine! —la llamó, excitado; aunque ella estaba apenas a dos metros de distancia, observando el establecimiento con comedido interés—. ¡Tenemos que entrar aquí! ¡Es la mejor franquicia de cafés que he conocido en los últimos años!

Elaine enarcó una ceja divertida.

—Harvey ¿aquí? ¿En serio?

Él asintió con ganas y un brillo en los ojos que la joven conocía bien.

—“Sundrops” —confirmó, repitiendo el flamante nombre del lugar como si en vez de una cafetería fuera un trozo de paraíso terrenal—. El mejor café que has probado, te lo garantizo.

Elaine frunció los labios y le dedicó una mueca sarcástica.

—Harvey, como si tú no te fueras detrás de cualquier cafetera con patas si te dieran la oportunidad... Además... —Encaró de nuevo el establecimiento, insegura—. ¿Aquí no había antes otro café de casi un siglo de antigüedad? ¿Qué ha pasado con él?

Para su sorpresa, el chico rubio se limitó a reírse por lo bajo ante su cándido comentario.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella, siguiendo su humor casi sin quererlo—. ¿Qué he dicho?

Harvey meneó la cabeza.

—Vaya, vaya —canturreó en cambio, mordaz—. ¿Me voy un año y Ken te vuelve a meter ideas estiradas en la cabeza? ¿Qué tiene de malo una cafetería novedosa y mundialmente conocida?

Casi como un reflejo, Elaine torció el gesto y apartó la vista ante aquella pregunta. Sabía a lo que se refería Harvey y, al menos a su parte más conservadora, no le gustaba en absoluto que la juzgaran por sus principios de toda la vida; menos aún a causa del pasado año. ¿Qué tenía de malo, igualmente, un establecimiento de corte clásico? Harvey, por su parte y en apariencia consciente de que había tocado fibra sensible, se puso serio de inmediato y la tomó por los hombros con mimo.

—Oye, sé que este año ha tenido que ser muy duro para vosotros —admitió, antes de componer una mueca de sincero arrepentimiento—. Perdona si he parecido un insensible. Pero... Reconozco que os he echado mucho de menos a los dos, a pesar de todo. Y quiero celebrar mi retorno por todo lo alto.

Elaine, con el corazón aún algo dolorido, se rindió al cabo de unos segundos a sus ojos rasgados y traviesos. Pasara lo que pasase, le costaba estar enfadada con su mejor amigo de infancia durante más de cinco minutos. Aparte de que ella también lo había echado muchísimo de menos.

—Está bien, señor “adicto al café” —lo pinchó de nuevo. A lo que él se limitó a reírse, pero sin acusar el golpe—. Si tú dices que este sitio está bien, tendré que creerte.

Harvey le guiñó un ojo cómplice.

—Confía en mí y no te fíes de las apariencias. Te encantará —aseguró.

Elaine, por su parte, sacudió la cabeza y prefirió no discutir más. Así, algo más segura y permitiendo que Harvey la tomara por los hombros en un gesto amistoso, la muchacha se dejó conducir al interior de la flamante cafetería. Lo que jamás hubiese sospechado, ni en mil años de vida, era la sorpresa que se iba a encontrar allí dentro unos minutos después.

Una confesión y una disculpa

Al contrario de lo que quizá Elaine hubiese esperado, la cadena “Sundrops” de cafeterías tenía un estilo que mezclaba lo clásico y romántico con lo más moderno. Nada más entrar, un enorme mostrador en tonos de madera clara y verde oliva oscura presentaba las opciones en pastelería y tentempiés salados del día. Justo detrás y por encima de la cabeza de los camareros, colgando de la pared de azulejos aguamarina y superando las enormes máquinas de café, *smoothies*, granizados y batidos varios, se extendían cuatro pizarras cuadrangulares. Sobre las cuales, en letra pulcra y redonda, se promocionaban las ofertas de la semana. Anonadada por aquel festival de colores, sonidos alegres y olor a café, todo en uno, Elaine apenas fue consciente de que Harvey la conducía sin prisa hacia el fondo de la cafetería hasta que no tuvo los asientos frente a sí.

Pasado un pequeño pasillo de columnas, jaspeadas a juego con el resto de la ambientación del lugar, un pequeño tramo de escaleras daba paso a la zona más tranquila del local. Ahí, los muros estaban pintados de blanco y las enormes lámparas que colgaban del techo tenían tulipas semitransparentes de vidrio soplado, dejando a la vista enormes bombillas que ahora estaban apagadas. Por toda la estancia, que tenía forma de abanico extendido hacia el interior del edificio, sillas de aspecto mullido se alternaban con pequeños sillones o grandes sofás, sobre todo junto a las grandes ventanas que se abrían a ambos lados de la estancia. El sol entraba a raudales, haciendo caprichosos dibujos sobre las mesas de madera sin barnizar.

A aquella hora temprana del sábado por la tarde había bastante gente, lo lógico para el comienzo del fin de semana. Pero el ambiente distendido y calmo que allí se respiraba casi la transportó a un lugar donde sus preocupaciones –Ken, los asaltantes, sus dudas sobre sí misma– parecían diluirse entre los muros claros que la rodeaban. Así que la joven tampoco protestó una pizca cuando Harvey, tras dudar apenas dos segundos, los

condujo a una de las mesas con sofás situadas a su derecha. Al otro lado del cristal, dalethanos de toda clase y condición iban y venían haciendo sus quehaceres. La plaza se llenaba, con el paso de los minutos, de más y más grupos de jóvenes deseando disfrutar del merecido descanso veraniego. Elaine se mordió el labio cuando la tristeza amenazó con inundar de nuevo su corazón. En parte, envidiaba aquella despreocupación con toda su alma. Pero, por otro lado...

—Bueno ¿qué opinas?

Devuelta de golpe a la realidad, Elaine se giró hacia Harvey ante la pregunta. Este se había sentado con los brazos levantados en pose teatral, como un mago que acaba de ejecutar su mejor truco y espera el aplauso del público. Ante aquella estampa, Elaine contuvo su diversión a duras penas.

—Está bien, está bien —claudicó, sin poder evitar que una pequeña carcajada escapara de entre sus labios. Por suerte, Harvey la coreó de inmediato y Elaine se relajó. ¿Qué esperaba de él, que la conocía como si fueran hermanos de sangre?—. Prometo que no volveré a desconfiar de ti, pero... ¡Baja esos brazos! ¡Para!

Cuando Harvey empezó a hacer gestos cómicos sobre su cabeza con las manos, sin hacer caso de la recomendación, la muchacha soltó una intensa carcajada. Sin quererlo, enseguida se descubrió con las lágrimas rebotando sus ojos. Hacía meses que no recordaba reírse tanto.

—Ay. Hacía siglos que no te veía reír así —dijo entonces Harvey.

Aquello, para bien o para mal, hizo que ella parase casi de golpe, avergonzada por puro impulso. Sin embargo, Elaine aún tuvo que jadear un par de veces antes de recuperar el resuello. Y le costó el doble elevar la voz más allá de un quedo suspiro.

—Ya, lo cierto es que yo tampoco me acuerdo de cuándo lo pasé tan bien por última vez. Yo...

—Vamos, tío. Deja de intentar liarme ¿quieres? No voy a hacerte un favor si sé que luego vas a contárselo a Isabelle con pelos y señales...

Elaine se calló de golpe al escuchar aquella voz y se irguió, tensa como la piel de un tambor. No podía ser...

—¿Elaine? —la llamó Harvey de inmediato, preocupado.

Pero ella lo ignoró. Por el contrario, su mirada se mantuvo clavada en la alta figura de pelo platino que acababa de cruzarse en su campo de visión izquierdo. Al menos, hasta que esta y su acompañante, un joven rubio y

bastante más bajito, se sentaron en una de las mesas centrales situada a varios metros de distancia.

—El —la llamó su mejor amigo de nuevo—. Eh, Elaine...

Ahí, como si descendiera de un extraño sueño, la aludida se atrevió por fin a girarse y encararlo, parpadeando con extrañeza ante los gestos angustiados del chico.

—¿Qué...? Me... ¿Me decías algo, Harv?

Él enarcó una ceja, bajó los brazos y echó un brevísimo vistazo a su espalda antes de suspirar. Si identificó a la primera el motivo de su ansiedad, no lo dijo en voz alta, pero Elaine temió sin quererlo que lo descubriese sin explicación.

—¿Estás bien? —inquirió él entonces, algo angustiado—. Pareces tensa... ¿Va todo bien?

Ella dio un respingo involuntario, enrojeciendo al instante.

—Yo, nada... No es nada —musitó, bajando la vista con azoro y cierto terror involuntario—. Es sólo que...

Harvey, conociéndola desde siempre, se limitó a pronunciar el arco de su ceja levantada al tiempo que parecía relajarse visiblemente.

—¿“Nada”, “no es nada”? —la imitó entonces, algo más guasón, y Elaine casi dejó escapar una sonrisa—. Venga, El... Que nos conocemos. —El joven volvió a mirar a su espalda—. ¿Tiene que ver con...?

La muchacha apretó los labios, inquieta.

—Disimula, por favor. ¿Quieres? —masculló, haciendo un esfuerzo por no seguir su dedo con la mirada.

Harvey, por su parte, alzó las manos en señal de rendición y obedeció, girándose hacia ella y bajando la voz.

—Vale, vale. Pero, entonces ¿he dado en el blanco?

Elaine tragó saliva antes de, muy despacio, asentir ante la mirada rebotante de curiosidad de su mejor amigo.

—Pero, si te lo cuento, prométeme que no se lo dirás a Ken —le rogó en cambio, angustiada, en un hilo de voz. Ambos se habían inclinado tanto que sus rostros casi se rozaban por encima de la mesa—. Por favor.

No se había atrevido a hablar a ninguno de sus seres cercanos de aquello aún. No se sentía preparada. Sobre todo, para no sentirse reprendida de nuevo por ser tan inconsciente e infantil de haber querido volver sola a casa aquella noche. Sin embargo, Harvey sólo esbozó una sonrisa que parecía

comprensiva y se retiró unos centímetros, apoyando los brazos doblados entre el sofá y su nuca.

—Mis labios están sellados, princesa —le aseguró—. Ahora... ¿Vas a tenerme en ascuas toda la tarde o lo vas a soltar?

Elaine, sin quererlo, imitó su mueca. Por dentro seguía aterrada, pero Harv había detectado su tribulación sin pestañear sólo con ver pasar al joven de pelo platino y ella era una pésima mentirosa en persona. Con Erica y Ken había sido extrañamente fácil, por alguna razón. Pero, con él, aun sin quererlo, algo le decía que debía sincerarse aunque sólo fuese por su propia paz interior. Harvey siempre había sido casi como un hermano sin lazos de sangre para Elaine, más incluso que Erica. Así que, tras inspirar en profundidad, la joven descartó a duras penas el terror y se animó a continuar, sin dudarlo más:

—De acuerdo. ¿Ves al chico que hay sentado en una de las mesas centrales? El alto de pelo platino que está de espaldas...

Harvey dirigió una discreta mirada hacia el sitio indicado. Antes de, sin poder reprimirlo, soltar un silbido de admiración por lo bajo.

—Que “si lo veo”, pregunta... Cualquiera no se fijaría en semejante bombón...

—¡Harvey! —lo regañó Elaine entre dientes, interrumpiéndolo—. ¡No empieces!

Su amigo se limitó a encogerse de hombros, burlón.

—Vamos, princesa. ¡No puedes pedirme que no me fije en lo más evidente! —repuso en el mismo tono. Pero, al ver que la chica ponía los ojos en blanco, Harvey soltó una risita y alzó las manos en señal de rendición—. Bueno, bueno... Está bien. Entonces ¿qué decías que tienes que ver tú con ese portento? Ahora sí que no puedes dejarme con la duda...

Elaine le hizo burla y comprobó, con rapidez, que el del pelo platino no se había girado en su dirección ni los había escuchado. Harvey, aparte de su mejor amigo de infancia también era, desde la pubertad, homosexual hasta la médula. Y, aunque la joven lo negase, siempre le había hecho gracia cómo se le iban los ojos detrás de cada par de bíceps musculosos que se cruzaban en su camino. Sin embargo, la situación en aquel momento no era para flirtear. De hecho, a la joven le costó casi encontrar la voz, aunque fuese apenas un susurro, para exponer la siguiente parte de la historia:

—Pues... digamos que hace dos noches, cuando salí del casino y dejé a las chicas allí, yo... —Se mordió el labio con multitud de sentimientos

rugiendo en su interior, antes de bajar la voz aún más—. Me asaltaron unos chicos muy desagradables, pero él me salvó de ellos. —Elaine agachó la mirada, arrepentida y avergonzada en lo más hondo de su ser, tras señalar al gigantón apenas con la barbilla—. Siento no habértelo contado antes, Harv... Pero, es que...

«No sabía que habías vuelto. No sabía a quién recurrir. Me daba tanta vergüenza... Tenía tanto miedo...»

Por costumbre, esperaba un exabrupto, una exclamación. Incluso una regañina por todo lo alto. Sin embargo, como debió suponer conociendo a su amigo, Harvey no la abroncó ni fue su intención en ningún momento. Al contrario, un segundo después, la joven notó sus dedos sobre su brazo; y se dio cuenta, sin querer, de que estaba temblando.

—Elaine. Oh, cielos. Lo siento muchísimo... —susurró entonces Harv. Ella tragó saliva para reprimir las lágrimas y le devolvió una mirada no exenta de temor, derivado de los recuerdos de aquella noche—. Y... créeme que entiendo por qué no quieres que Ken se entere de algo así. La verdad es que... —Harvey se retiró entonces apenas un centímetro, al tiempo que parecía meditar un segundo lo que iba a decir a continuación. Su amiga se atrevió a encararlo con algo más de ganas por debajo de los largos mechones rubios—. Bueno, supongo que la situación tampoco es la ideal en vuestra familia, ahora mismo. No podéis poner más peso sobre vuestros hombros del que ya tenéis...

Elaine frunció el ceño, insegura por un instante de por dónde iban sus reflexiones y sin saber si actuaban a su favor o todo lo contrario. ¿Se habría equivocado en su suposición?

— ¿Qué quieres decir?

Para su alivio, Harvey, al descubrir que quizá estaba pensando en voz alta, se apresuró a explicar:

—No me malinterpretes, princesa, por favor —le pidió, seguramente adivinando lo que pasaba por su cabeza—. Es sólo que... estaba pensando en lo diferente que es todo respecto a cuando me fui a Londres. Por aquel entonces, es cierto que tu padre estaba... Bueno, ya sabes —cerró, sin querer entrar en detalles y Elaine se lo agradeció para sus adentros—. Pero... No recuerdo que Ken estuviese tan... —Harvey hizo un gesto pensativo con la mano—. ¿Cambiado? ¿Reactivo? No sé...

Ella, por su parte, entendió a la perfección a lo que se refería sin necesidad de más palabras y se relajó de inmediato. Aquello corroboraba

sus sospechas, pero apenas le hizo sentir mejor.

—Sí, creo que esos términos serían muy adecuados —corroboró de todas formas, encarando la ventana con expresión meditabunda.

Antes de la muerte de su padre, Ken había sido un hermano y un hijo atento y amable con todos los miembros de la familia, no sólo con ella. Ya entonces, el primogénito Forest decía ser consciente de lo que se esperaba de él cuando su padre no estuviese. Sin embargo, el día del fallecimiento y, sobre todo, el funeral, habían cambiado a su hermano de forma radical. Era como si, tras recibir de verdad todo el peso de la responsabilidad familiar, el antaño afable Kenneth Forest se hubiese convertido en una máquina. Dedicado, en exclusiva, a sacar adelante el último sueño de su padre.

—De todas maneras, siento que tuvieras que pasar por algo así, más en tu primera salida de noche con las chicas... —agregó él entonces, pesaroso, al cabo de varios segundos de incómodo silencio—. Maldita casualidad.

Ella mostró una sonrisa tímida, dándole la razón.

—Gracias, Harvey —repuso. A toro pasado, lamentaba haber dudado de su última reacción. Desde el principio, supo que no se arrepentiría de hablarlo con él. Su mejor amigo nunca prejuzgaba. Primero escuchaba y, después, opinaba con franqueza; algo que Elaine siempre había apreciado en él, en lo bueno y en lo malo. Por primera vez en dos días, la joven sentía un alivio casi patente en su alma al poder comentarlo con alguien cercano sin tapujos y sin temor a verse reprendida a la mínima de cambio—. Por haber vuelto. No sé si lo sabes, pero yo también te he echado muchísimo de menos.

Para su tranquilidad, su mejor amigo sonrió con afecto y le tomó las manos como muestra del mismo. Sin más preguntas, sin necesidad de aclaraciones. Así era él.

—Lo que necesites, princesa. Ya lo sabes. Y, sí. —Hizo una seña a su espalda mientras hablaba—. Que sepas que aún no sé cómo no has invitado a ese bombón a tomarse algo contigo. Ya sabes, en agradecimiento...

—¡Harvey, para! —rio ella por lo bajo, abochornada a más no poder.

De hecho, fue a agregar que “no sabía si ella debería salir con alguien como él”, pero se calló a tiempo. Harvey tampoco añadió una palabra. Elaine miró entonces hacia la zona del mostrador de la cafetería, como si la mención a invitar a alguien hubiera despertado una idea en su cabeza. De hecho, cuando su mejor amigo se quiso levantar por impulso, entendiendo

su muda petición de ir a por alguna bebida caliente, la joven lo sorprendió adelantándose y poniéndole una mano en el hombro.

—No, déjame a mí esta vez, Harv —le pidió, solícita. Y, al ver su confusión, añadió con un guiño—. Me has salvado de mi confinamiento. Es lo menos que puedo hacer.

El joven rubio, tras la sorpresa, se carcajeó con ganas y se sentó de nuevo en su lugar. Por el rabillo del ojo, Elaine vio antes de alejarse cómo Harvey sacaba su portátil discretamente de la bandolera y lo abría, frente a él. La muchacha sacudió la cabeza sin poder reprimir una sonrisa. Incorregible. Así era él y no lo querría diferente por nada del mundo.

En ese momento, la cola para los cafés no estaba demasiado concurrida. Apenas cuatro personas estaban por delante de ella y Elaine, convencida, se situó al final de esta. Sin embargo, lo que no esperaba y casi le hizo dar un brinco en el sitio de la impresión, fue escuchar aquella voz de barítono sobre su cabeza:

—Hola, señorita. Veo que sigues de una pieza.

Muy despacio, Elaine se giró. No, no estaba soñando. Allí estaba él, su salvador del callejón, observándola con media sonrisa y los brazos cruzados desde sus casi dos metros de altura. Aunque hoy, en vez del pelo repelinado hacia atrás lo llevaba crespo y cuidadosamente descolocado alrededor del rostro afilado; y, en lugar de la sudadera, vestía una chaqueta de cuero marrón de mangas hasta los codos sobre una camiseta de color rojo oscuro. Elaine, entre la sorpresa y la inocencia, intentó no fijarse de primeras en cómo se le marcaban los músculos bajo la misma antes de alzar la vista hacia sus ojos caramelo.

—¡Ah! Hola —saludó, cortés—. Qué casualidad...

El hombretón ensanchó la mueca a otra más confiada ante su respuesta y sacudió la cabeza, como si cayera en la cuenta de algo.

—Ya me parecía que eras tú. Desde luego, sí es casualidad —reconoció, encarándola de nuevo con aquellos ojos rojizos e hipnóticos—. Espero que no tuvieras problemas para volver a casa la otra noche.

Demasiado tarde, Elaine notó que sus mejillas habían empezado a arder sin remedio ante aquella alusión. Por un instante, la discusión con Ken y la decepción de sentirse tratada como una niña pequeña rebotaron en su consciencia con fuerza. Así que la joven se limitó a apartar la mirada y pasarse el pelo por detrás de la oreja. Por suerte para ella, también las columnas cercanas al salón la parapetaban del campo de visión de Harvey

en ese momento. Si la veía con aquel chico, las chanzas podían durarle hasta el final del verano, como mínimo.

—Sí, no tuve ningún problema —reconoció entonces en voz baja, sin mirarlo del todo—. Aunque... quería darte las gracias de nuevo por ayudarme... Fuiste muy amable conmigo.

El joven de pelo platino, para su mayor nerviosismo, pareció tomarse su tiempo para responder. Casi por el rabillo del ojo, Elaine comprobó que la observaba. Sin embargo, sólo parecía curioso y en sus ojos no relumbraba el juicio al que la joven estaba acostumbrada por ser quien era. Al final, el desconocido suspiró y respondió, quedo:

—Bah. No fue nada. En serio. —Después, metió las manos en los bolsillos y miró hacia el frente. Cambiando un poco el tono al agregar—. Si te descuidas, esta ciudad de noche puede ser más peligrosa de lo que parece. Y hay lugares muy poco seguros por donde una señorita no debería ir —finalizó, recuperando a medias el tono bromista.

Elaine enrojeció todavía más, pero no pudo evitar reírse por lo bajo.

—Lo tendré presente la próxima vez.

Él mostró media sonrisa.

—De eso no me cabe duda.

Elaine le devolvió el gesto, comedida, antes de que un cómodo silencio se estableciera entre los dos. Avanzaron un par de puestos en la cola sin hablar. Al menos, antes de que el chico volviera a abrir la boca y sorprendiera a Elaine preguntando:

—Entonces... ¿Vienes mucho por aquí?

—Ah... No. Lo cierto es que vengo poco al centro, en general —admitió, honesta—. Y... No conocía esta cafetería.

—Pues... Sin duda este es de los mejores sitios que han abierto últimamente —apuntó él.

—Ah, sí. Es posible...

Elaine, por un instante, no supo qué más decir y se sintió algo estúpida por ello. Pero él se encogió de hombros y, antes de que pudiera responder, una voz jovial captó su atención desde el frente:

—¡Hola! ¿Qué van a querer?

El hombre le hizo un gesto cordial a Elaine para que se adelantara. Ella, por su parte, dudó un instante. Antes de, sacando coraje de no sabía dónde, girarse y decirle:

—¿Qué quieres? Te invito yo.

Para su inquietud, él pareció quedarse congelado en el sitio ante su propuesta y Elaine temió, sin querer, haberlo ofendido de alguna manera. ¿Qué le ocurría? Ella jamás había sido tan atrevida con un desconocido, ni en la Zona Alta. No obstante, la frialdad del momento se disolvió en el instante en que él le mostró una sonrisa que parecía avergonzada y susurró:

—De verdad que no hace falta...

Elaine espiró, algo más tranquila y maldiciéndose por haber dejado volar la imaginación. Sin casi pensarlo, le devolvió el gesto con calidez.

—Venga. Es lo menos que puedo hacer para no quedar como una cretina —se rio con azoro—. Al menos, no como el otro día...

Su salvador aún pareció dudar durante unos segundos que se hicieron eternos. Antes de, por fin, asentir y susurrar, con algo más de ánimo:

—Qué remedio. Pídeme un capuchino, entonces.

Al sonreír, esta vez mostró los dientes y a Elaine le llamó la atención que tenía los colmillos algo más marcados de lo normal. Pero, para su grata sorpresa, no la asustó lo más mínimo.

«Los vampiros no existen», se recordó con sorna.

Aunque aquel detalle lo hacía casi más atractivo si cabía. La joven casi se abofeteó por idiota. ¿Qué diantres estaba pensando? Y tampoco ayudó la idea que cruzó por su cabeza cuando escuchó su petición...

«¿A este chico tan enorme le gusta el capuchino?»

«A lo mejor es más dulce de lo que crees», susurró de súbito una vocecita insidiosa en su cabeza, haciéndole dar un respingo.

Para que no se notara que su cara había alcanzado un rojo casi nuclear, Elaine se volvió hacia la dependienta para pedir el capuchino, un té “Primavera” para ella y un solo con hielo para Harvey. Pagó, entregó su café al amable joven y ambos se dirigieron despacio hacia sus mesas.

—Bueno, señorita. Me alegro de ver que estás bien del todo, entonces —se despidió él unos metros antes de llegar a donde se sentaba Elaine, la primera parada—. Aunque... aún no sé a quién agradecerle el café de hoy.

Elaine se obligó a serenar su pulso mientras sostenía la bandeja de bebidas con las dos manos y le devolvía una educada inclinación de cabeza.

—Me llamo Elaine —expuso, sencilla—. Y ¿tú?

Por los ojos de él pareció cruzar un brillo extraño, que la muchacha no supo si había imaginado o no, antes de que él le devolviese el gesto y pronunciara:

—Encantado, Elaine. Yo soy Ban.

La joven sonrió casi sin pretenderlo y replicó, enfrentando aquellos hechizantes ojos rojizos:

—Lo mismo digo, Ban. Ha sido todo un placer.

Cuestión de confianza

—Y ¿esa sonrisa boba a qué viene?

Ban volvió de golpe al mundo real al llegar a su mesa y ver la sonrisa mordaz que le dirigía Malcolm Griffin, su mejor amigo. Apenas hacía diez segundos que se había separado de Elaine y, por alguna extraña razón, le estaba resultando casi doloroso no girarse para mirarla una vez más. Sin embargo, también por primera vez en mucho tiempo parecía incapaz de mantener su rostro a raya en lo referente a mostrar sus emociones.

—Cierra la boca, tú —le espetó, en cambio, apretando los labios para disimular lo más posible. Sin embargo, no pudo evitar que una de las comisuras se mantuviera alzada en un gesto más irónico—, o acabarás lamentando haberla abierto.

Para su alivio, Malcolm se limitó a reírse por lo bajo y señalar su café, cambiando de tema.

—Así que... ¿Sólo has traído para ti, bribón?

Ban hizo una mueca burlona.

—Pues ve tú a por ello —canturreó, provocador—. Tienes dos piernas igual que todo el mundo.

Malcolm chasqueó la lengua con evidente diversión.

—No he ido yo porque nunca dejas que nadie te invite a nada, Ban —le recordó. Ante aquello, el gigantón procuró camuflar su turbación a toda costa cuando rememoró a Elaine pagando por él. Por suerte, Malcolm no pareció ver su reacción mientras consultaba algo rápido en el móvil—. Con esa manía tuya de pagártelo todo tú...

Manteniendo el rostro estoico, Ban se limitó a curvar de nuevo la comisura derecha en una mueca no exenta de disculpa.

—Sabes que no me gusta deber más favores de los necesarios, colega —le recordó con suavidad—. Ni siquiera a ti.

Malcolm asintió sin violencia, aunque no hizo más alusión a ello. En cambio, un movimiento a la izquierda de su campo de visión pareció captar

su atención en ese instante, haciendo que Ban también voltease la cabeza. Elaine y su acompañante justo se estaban levantando y recogiendo para marcharse, aunque no los miraron dos veces. Pero el alto joven se maldijo cuando su rostro volvió a traicionarlo sólo con observar a la muchacha.

—¡Ajá! —ronroneó Malcolm, a quien no había pasado por alto el leve rubor sobre sus altas y pálidas mejillas, menos todavía cuando Ban se giró de nuevo hacia él con el rostro contraído—. Así que era eso ¿eh, bribón? —se cachondeó el rubio acto seguido—. Y yo que pensaba que era a mí al que le gustaban jovencitas...

—¿Quieres callarte, joder? —siseó Ban, molesto.

Por norma, su rostro era una máscara para todo el mundo. ¿Por qué ahora no podía controlarse? Por suerte, con Malcolm tenía confianza. Pero, y ¿si hubiera sido otra persona? Aquel, por fortuna, no pareció seguir con las bromas; sino que se quedó mirando hacia la cabecera de la cafetería con una expresión concentrada que a Ban, sin quererlo, le puso todo el vello de punta.

—Eh, capi —llamó al rubio por su principal mote, heredado de su época de instituto si Ban tenía que hacer caso a los rumores, mientras chasqueaba los dedos frente a su rostro. El rubio bajó de inmediato de sus reflexiones y lo encaró, sin perder el gesto intrigado—. Deja de mirar el culo a otras chicas, que ya tienes a Isabelle...

Malcolm, por su parte, pareció retornar del todo ante aquel recordatorio y se limitó a sacudir la cabeza con gesto sarcástico.

—No te preocupes, Ban. Esa rubia no es mi tipo para nada —afirmó con convicción—. Aunque... —agregó a continuación, haciendo que Ban se irguiera como un perro de presa— diría que la conozco.

Si Ban no hubiera estado ya tenso a causa de las reacciones previas de su mejor amigo, la rigidez que se adueñó en ese momento de su cuerpo lo hubiera podido convertir de golpe en una estatua. ¿Qué estaba diciendo aquel rubio majadero? Por si acaso, tras el breve lapso que le tomó recobrar algo de compostura interior, el joven de pelo platino chasqueó la lengua; se recostó en su asiento, aparentando una tranquilidad que estaba lejos de sentir, y comentó:

—Venga ya, tío. No puedes conocer a todas las chicas de Daleth, por mucho que la mayoría te ponga ojitos para que les sirvas una copa...

Malcolm soltó una risita entre dientes.

—No seas tan mal pensado, Ban. Es solo que... Juraría que es una de las amigas de Vanessa, justamente. Ya sabes, la hermana de Bells. —Ban tragó saliva al escuchar aquello, pero estaba aún menos preparado para lo que escuchó después—. De hecho, diría que estuvieron todas hace un par de noches en el casino...

Un escalofrío recorrió el espinazo de Ban, haciéndolo temblar de forma visible. ¿Elaine, en el casino? ¿En aquel antro de perdición? ¿Qué tenía alguien como ella que ver con semejante ambiente? ¿Acaso era por eso por lo que estaba en aquel callejón? Pero, si además era amiga de Vanessa, eso significaba casi con certeza que...

«Estúpido ¿acaso te crees que la conoces?»

Ban inspiró hondo ante aquel golpe de conciencia. No, claro que no la conocía. Se habían visto dos veces... ¿Acaso eso significaba algo?

«Como si pudiera», se lamentó casi sin querer para sus adentros. «Además, esos datos te confirman que es una Alta. Espabila».

Aunque Elaine le llamase la atención de forma inexplicable, lo quisiera o no, alguien como ella estaba del todo fuera de su liga. Isabelle, la novia de Malcolm, había sido una Alta en su día; todos lo sabían. Pero también había tenido que renunciar a muchísimas cosas para poder cruzar el Kent. Aun desde su posición de chico de barrio, Ban no podía desear algo así a nadie más, aunque fuera una niña rica del otro lado del fiordo. No era tan egoísta. Por todo esto, el puro instinto de protegerse de cualquier posible pensamiento tentador le hizo susurrar, monocorde:

—Te confundirías, capitán...

El aludido pareció meditar, con las manos en la nuca y la mirada de color esmeralda perdida en algún punto del techo de la cafetería.

—Podría preguntar a Isabelle... —ofreció, casi como si pensara en voz alta.

Pero Ban fue muy tajante en su respuesta.

—No, déjalo.

Malcolm lo encaró con una ceja levantada. Sin embargo, al ver que el rostro del gigantón se había vuelto de piedra tras la taza de capuchino, pareció optar por dejarlo en paz. En cambio, su móvil lo distrajo de nuevo en ese instante. De hecho, el joven rubio captó la atención de Ban cuando gimió con desagrado:

—Oh, joder. Wan Zhu, ya te vale...

—¿Qué ocurre? —quiso saber Ban.

Su mejor amigo se guardó el móvil con hastío en el bolsillo y, para sorpresa del otro, se levantó casi de inmediato del asiento.

—Aquí, nuestro jefe, que necesita que le ayude justo hoy con el inventario de alcohol del almacén —rezongó, con molestia evidente—. ¿No tenía otro momento?

Malcolm compuso un mohín mientras Ban camuflaba una sonrisa jocosa tras el último trago de café. No había muchas cosas que envidiara del trabajo de Mal en el casino; pero, sin duda, los temas de inventario entraban en los últimos puestos de esa lista. Aun así, el hombretón no tuvo reparos en levantarse y acompañar a su amigo hacia el lugar de empleo de ambos, a apenas diez minutos caminando de Sundrops. Dado que el mayor trabajo se daba siempre a partir de la tarde-noche para la mayoría de los empleados, la hora de “fichar” se acercaba de forma irremediable para los dos.

Malcolm, por su lado, pidió un expreso corto para llevar antes de salir a la soleada plaza Meathop. La tarde caía suave sobre los tejados del Centro Histórico de Daleth, dando a los edificios ese primer toque mágico que trae el crepúsculo de verano en la costa de Nueva Britania. Para Ban, era un espectáculo que nunca se cansaba de observar.

—Así que... ¿Samael está fuera por negocios? —preguntó Malcolm en un momento dado, cuando llevaban recorrido la mitad del camino.

Ban suspiró. Con Malcolm era de los pocos con los que podía ser sincero. Desde que el joven rubio lo había visto apaleado hacía cuatro años por negarse a obedecer un requerimiento de uno de los antiguos consejeros de Goliath, también conocía su oscuro secreto. De hecho, sin la amistad y el tesón de Malcolm para ganarse su confianza durante aquellos primeros meses de su segundo año esclavizado, Ban no estaba seguro de si hubiera sobrevivido cuerdo durante tanto tiempo.

—Sí, eso parece —musitó, sin entrar en más detalles.

Malcolm asintió. Antes de agregar, sin malicia alguna:

—Y Meredith está en la ciudad, según he oído.

Ban se tensó, pero no mudó el gesto. Aquella conversación, en el fondo, tenía más información entre líneas que el verdadero contenido de lo dicho en voz alta. No obstante, el comentario de Mal sólo confirmaba su conversación con Wan Zhu del día anterior. Y Ban casi dormía con un ojo abierto a la espera de que Meredith decidiese dar el siguiente paso. En el fondo, la odiaba y lo aterraba a partes iguales.

—Sí. Ya me han dicho que pasó por el casino la otra noche —repuso, lacónico.

Malcolm lo observó desde unos treinta centímetros más abajo, pero no dijo nada más. No era necesario. Ambos compartían aquella secreta preocupación y Ban sabía que, si las cosas se torcían, siempre podría recurrir a Mal. Aunque lo paralizaba el mero hecho de pensar que él pudiera pagar por sus pecados en un descuido. Así que, de momento, se limitaba a sobrellevar su compromiso con los Caballeros lo mejor que podía... Tanto lo visible como lo oculto.

Cuando ambos llegaron por fin a la puerta principal del *Fairy Kingdom*, esta estaba entreabierta. El guardia de seguridad habitual los saludó con educación y afecto, dado el tiempo que llevaban todos trabajando allí. Los LED de las falsas ramas y los troncos aún no se habían encendido en el interior, pero la luz procedente de los grandes ventanales frontales del casino todavía permitía que algo de iluminación natural se adentrara en el gran salón, permitiendo ver con comodidad.

—¡Ah, Malcolm! ¡Ya habéis vuelto! —los recibió entonces una voz jovial, unos metros más allá.

Un segundo después, su portadora apareció con una radiante sonrisa. Tenía el rostro redondo y enmarcado por una cascada de pelo platino, casi del mismo tono que el de Ban. Su sola visión, por supuesto, arrancó una exclamación encantada al pequeño Malcolm, que corrió de inmediato a refugiarse en el abrazo de la joven.

—Mi bella Isabelle ¡tan hermosa como siempre!

Acto seguido, ambos se fundieron frente a Ban en un apasionado beso que sólo pareció incomodar a la muchacha adolescente. Tendría ya unos diecisiete años largos, aunque sus formas generosas y el maquillaje de trabajo le hacían parecer bastante más mayor. Dado que en Nueva Britania se permitía trabajar a partir de los dieciséis, aunque fuese en locales de ocio nocturno como era este caso, Wan Zhu había encontrado una joya en bruto el día que Malcolm le presentó a su flamante novia para que trabajase de camarera en el casino.

—Malcolm, por favor —jadeó Isabelle cuando se separaron, cohibida, antes de girar un enorme ojo azul hacia el tercer presente—. Perdona, Ban —se disculpó, pasándose el pelo por detrás de una oreja y enrojeciendo sin quererlo—. Ya sabes cómo es este hombre cada vez que aparece...

Él rio con ganas. Ciertamente que nunca había llegado a tener una amistad profunda con Isabelle, pero no podía negar que la apreciaba bastante. Era una chica discreta y amable; pero, sobre todo, leal y valiente. Y Ban sabía que ella hacía muy feliz a Malcolm, por muy botarate que este fuese a veces...

—No te preocupes, creo que estoy acostumbrado —bromeó el bailarín—. De todas formas, tengo que ir a ensayar —agregó, señalando al fondo de la sala—, así que vosotros a lo vuestro. ¿Sabes si Jill ha llegado ya, por cierto?

Isabelle asintió, aunque una sombra que Ban conocía bien cruzó por sus ojos azules durante un brevísimo instante. Los dos sabían por qué él no preguntaba por su segunda compañera. El joven le devolvió el gesto. Odiaba lidiar con Jill a solas, pero también era algo contra lo que no podía luchar y lo sabía.

—Pues... Lo dicho. Os veo luego.

Le guiñó un ojo y Isabelle rio a su vez, comedida, antes de que él se girara. Sin embargo, la voz de la muchacha lo retuvo de nuevo un segundo después.

—Ah, por cierto, Ban...

El veinteañero se giró.

—¿Sí?

Para su inquietud momentánea, Isabelle pareció dudar antes de soltar lo que tuviese que decir:

—Pues, que... Una amiga de Vanessa me ha pedido si puedo organizarle una cita contigo... Si... te parece bien, claro.

Ban resopló con discreción por la nariz. Lo que le faltaba, una cita. Aunque, si era una amiga de Vanessa... Su corazón aleteó casi sin que él fuera consciente de ello, maldiciéndose acto seguido. Pero la intervención de Malcolm en ese instante, para su desgracia, sólo añadió leña al fuego:

—¡Ajá! No me lo digas —dijo el rubio, apareciendo como por ensalmo desde detrás de una tragaperras—. ¿No será la rubita del grupo del otro día?

Por un breve instante, Ban sintió un hormigueo homicida ascender por las yemas de sus dedos. Por suerte, sólo la oportuna respuesta de Isabelle le impidió hacer una locura, más teniendo a distancia de brazo la cabellera revuelta de Malcolm.

—Ah. ¿Quién? ¿Elaine? —Ban apretó los labios para camuflar que aquel nombre, dicho en voz alta y en aquel lugar, era como un puñetazo

directo a su el corazón—. No, creo que no —negó entonces Isabelle. Ban estuvo a punto de exhalar con toda la fuerza de sus pulmones, sin ser consciente de que había estado conteniendo la respiración hasta ese instante. Aunque la siguiente pregunta de la joven hizo que casi quisiera que la tierra se los tragase a todos, Malcolm incluido—. ¿Por qué lo preguntas, Mal?

—Da igual —cortó entonces Ban con cierta violencia, camuflando así que estaba aterrado por dentro por la posibilidad de que su mejor amigo se fuera de la lengua—. Sea como sea, no estoy interesado.

Durante aquellos cinco años, había recibido propuestas de citas diversas, pero nunca había aceptado y no iba a empezar ahora. Desde luego, que una de las amigas de Vanessa quisiera salir con él tampoco tenía que significar que esa fuese Elaine, pero la parte prudente de su cerebro le decía que eso era lo mejor. No quería arriesgar la vida de nadie juntándose con un condenado como él. Por otra parte, Ban se sentía extrañamente traicionado por el hecho de que no fuera ella la que lo había pedido. Isabelle, por su parte, lo miró con los ojos como platos y Malcolm frunció el ceño, intrigado por su actitud. Pero el bailarín no se giró ni una sola vez mientras se dirigía hacia la sala de *pole dancing* del fondo del casino y desaparecía al otro lado de las siluetas sensuales de la puerta central. Como Ban imaginaba, Jill lo esperaba sentada sobre el borde de su plataforma.

—Llegas tarde.

Ban hizo una mueca, pero se contuvo de soltar un exabrupto ante aquella regañina tan seca. Sabía que, al menos hasta que Deirdre se recuperase, ambos tendrían que aprender a entenderse a solas. Por ello, tras contar hasta cinco en su mente, Ban se limitó a ladrar un:

—Lo que tú digas. ¿Ensayamos?

Jill apretó los labios. Pero, al ver la mirada pétrea de él, decidió no meterse en batallas que no iba a ganar. Ban aún era el primer bailarín de aquel casino y ambos lo sabían. No obstante, a pesar de que danzar siempre lo relajaba y hacía que el tiempo pasara más rápido, esta vez la tarde pareció hacerse eterna para el joven. Por alguna razón, una parte de él no podía sacarse de la cabeza a Elaine; y eso, antes que tranquilizarlo, lo aterraba de una forma que jamás admitiría en voz alta.

«¿Por qué ella?»

Eso era lo que su cabeza se preguntaba tras cada giro y cada pirueta, sin llegar a ninguna conclusión válida. Casi tres horas después, cuando por fin

acabaron agotados de ensayar y llegó la hora de ir a cenar, Jill recogió enseguida; pero Ban se quedó un instante observando las altas barras de baile mientras se sumía, sin quererlo, en ese mar de reflexiones que intentaba evitar desde que había vuelto a ver a Elaine en Sundrops. Y sus ojos se abrieron como platos cuando por su mente cruzó, sin quererlo, una escena que lo dejó helado en el sitio: un rostro inocente de enormes ojos oscuros y expresión asustada que lo encaraban desde un sofá de cuero rojo. Había sucedido, en efecto, dos noches antes. El propio Ban se había sentido algo decepcionado de despertar aquella reacción en alguien del público, ya que jamás le había ocurrido. Y, ahora que identificaba a su protagonista...

«Ay. Si serás imbécil», se fustigó para sus adentros, mientras se apretaba el puente de la nariz con dos dedos.

Cierto que aquel era uno de sus juegos favoritos desde siempre para el espectáculo, fuera con féminas u hombres. También estaba acostumbrado a tener una legión de seguidores de ambos sexos desde hacía tiempo. Pero, sólo de pensar en el rechazo de Elaine, algo en su interior lo hacía casi querer empequeñecer de vergüenza hasta desaparecer.

«Aunque... diría que esa noche no me reconoció», reflexionó acto seguido, sintiendo un extraño peso en el pecho al hacerlo.

«¿Qué más te da?», le recriminó de nuevo su parte más prudente. «Es una Alta. ¿Qué crees que va a pasar entre vosotros?»

Ban bufó. Por supuesto, tampoco quería hacerse ilusiones. Sabía que, a pesar de todo, era probable que no volviese a verla jamás. Pero eso no mejoró su humor mientras terminaba de trabajar y se dirigía a la parte trasera del casino para cenar algo y prepararse para la noche. El espectáculo debía continuar ¿no?

Sin límites

Nada más salir por la puerta trasera del escenario, Ban escuchó el inconfundible sonido de conversaciones y risas de sus compañeros en el casino. O, mejor dicho, los únicos amigos que tenía desde hacía cuatro años. Ciertamente que pocos de los trabajadores del lugar sabían, en realidad, qué era lo que se escondía bajo los adornos luminosos del falso bosque. Sin embargo, ese pequeño grupo había conseguido crear un núcleo de confianza más sólido de lo que Ban jamás había imaginado. Y casi todo se lo tenían que agradecer a la tierna cabezonería de Malcolm, el mejor amigo y creador de cócteles que el bailarín había conocido.

Sin embargo, sí había algo que al pequeño rubio jamás se le había dado bien. De hecho, el bailarín estuvo a punto de echar a correr por el pasillo hacia la cocina en cuanto los primeros aromas a quemado llegaron a sus fosas nasales. En efecto, cuando sus zancadas por fin lo llevaron a la antesala de la cocina, apenas un pequeño comedor de servicio que sólo usaban ellos de forma regular, el olor a humo empezaba a mezclarse con algo más desagradable. Por ello, Ban no se sorprendió cuando vio a Isabelle aparecer desde el interior y tapándose la nariz con discreción.

—Pero ¡por todos los...! Capi ¿se puede saber qué haces? —increpó Ban al rubio camarero, apenas conteniendo el impulso de imitar a Isabelle.

—¡Ban! —lo saludó el otro joven con alegría. Como aquel sospechaba, Malcolm había intentado hacer la cena para todos por enésima vez en aquel mes—. ¡Qué bien que ya hayas llegado! ¿Me ayudas con este desastre?

Sin poder contenerla, media sonrisa sarcástica asomó a los labios carnosos del bailarín al oír aquello.

—Desde luego, no tienes remedio... Anda, trae —le pidió, casi arrancándole de las manos una sartén que ya tenía algo pegajoso e informe pegado al fondo—. Yo me ocupo.

Malcolm levantó un pulgar y sonrió, disculpándose.

—¡Perfecto! Si es que, como no terminabas de asomar la nariz después del ensayo, no podía dejar a la gente morirse de hambre... —alegó, con falsa inocencia.

El bailarín sacudió la cabeza, camuflando la risa como pudo. Incorregible y siempre jovial, así era su mejor amigo.

—Está bien —aceptó, cogiendo un delantal de un gancho cercano y poniéndoselo sobre la camiseta granate—. Vete a hacerle mimos a Isabelle, anda. Que ya me ocupo yo...

Malcolm mostró una amplia sonrisa que demostraba cuánto le agradaba aquella idea.

—¡Vale! ¡Gracias, Ban!

El hombretón se limitó a asentir con la cabeza mientras sus manos comenzaban, como por instinto, a manipular cacharros, especias y alimentos que encontró en la pequeña nevera de la que disponían. Si poca gente conocía su situación de vida, casi menos era la que sabía cuál era su segundo mayor placer en la vida después de bailar: la cocina.

Dado que casi siempre tenía que arreglárselas por su cuenta desde bien pequeño, Ban había descubierto con apenas diez años que tenía cierto talento culinario. Pero eran pocas las veces que sus padres estaban lo bastante lúcidos para apreciarlo. Durante sus años de calle, tras huir de casa, el enclenque muchacho consiguió algún favor menor a cambio de una comida decente. En un momento dado, Ban incluso logró entrar de pinche durante varios meses en un restaurante. Antes de que descubrieran su edad real, quince años por aquel entonces, y lo echasen a la calle sin miramientos. Pero el joven bailarín siempre había intentado mantener activo su talento, algo que sin duda sus compañeros del *Fairy Kingdom* apreciaban.

—¡Vaya, esto sí que va oliendo mejor! —comentó Isabelle asomando su cabellera casi blanca por la puerta. Ban se giró apenas para devolverle una mueca cómplice que ella imitó—. ¿Qué tenemos hoy?

Ban se encogió de hombros.

—No he podido pillar mucho, pero creo que puedo preparar algo decente. —Y ante la curiosidad evidente de la chica, canturreó en tono conspirador—. Sorpresa...

Isabelle, dándose por vencida, rio por lo bajo y se retiró de la puerta. Sin embargo, ambos escucharon en ese instante el sonido inconfundible de la puerta trasera abriéndose. La novia de Malcolm salió de inmediato al

pasillo para atender a quién llegase a aquellas horas tan extrañas, mientras que Ban retuvo apenas la tentación de asomarse por la ventanita interior de la cocina para curiosear. No obstante, sólo tuvo que escuchar aquel agudo tono de voz juvenil para saber quién era. Sus labios fruncidos, y el hecho de que daba la espalda al comedor, camuflaron una mueca cargada de sorna cuando la recién llegada apareció en la citada estancia para saludar a todos.

—¡Hola, capi! —saludó a Malcolm, alargando la “i” casi a propósito, o eso juraba Ban cada vez que la escuchaba—. ¿Cómo estáis? ¿Cómo va todo?

—¡Hey, Dana! —respondió el primer aludido, acercándose para abrazarla. Dado que la joven medía casi metro ochenta y Malcolm superaba apenas el metro sesenta, dicha escena siempre era de lo más cómica. Pero todos eran camaradas y había suficiente confianza como para no reír, a aquellas alturas—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal han ido las pruebas?

Ante aquello, fue como si la muchacha entre sus brazos dejase caer la máscara de felicidad. En cambio, mostró un gesto compungido mientras se derrumbaba en una silla con el rostro entre las manos.

—¡Ah, Malcolm! ¡Ni preguntes! —casi sollozó—. Menudo desastre...

—¡Ay, no! —clamó Isabelle, angustiada, antes de sentarse a su lado y ponerle una mano en el hombro—. ¿Qué ha ocurrido?

Dana sorbió; alzando la cabeza al mismo tiempo y apartando, con una sola sacudida, el largo flequillo castaño de sus ojos. Desde que la conocían, la joven Dana Mackenzie siempre llevaba el cabello muy corto. Sin embargo, la parte delantera se la dejaba larga para poder crearse una cortina de flequillo sobre el rostro que le daba un aspecto un poco más rompedor. De hecho, ahora le llegaba a tal longitud que pudo pasarse el extremo tras la oreja sin problema, antes de responder:

—Lo de siempre. Que la técnica estaba perfecta, pero que me faltaba pasión...

—No es algo que no pudiera haberte dicho yo...

Los tres sentados en la mesa alzaron la cabeza al mismo tiempo para encarar a quién había hablado. Y la furia, como de costumbre, ascendió a las mejillas de Dana sólo con mirarlo.

—Tú... Cómo no...

Ban hizo una mueca, pasando por alto el posible insulto velado. Entre Dana y él, siempre era así. Mackenzie, desde hacía muchos años, era una familia acomodada del medio Daleth, la zona más tierra adentro de la orilla

sur. Allí, pequeñas y medianas empresas surgían y se desarrollaban a la espera de dar el gran salto al otro lado del Kent. La familia de Dana fabricaba muebles de diseño, algo que los pudientes de la ciudad y alrededores apreciaban y por lo que estaban dispuestos a pagar una fortuna. De ahí que los señores Mackenzie, tras descubrir la vocación de su única hija por el *ballet*, no hubiesen escatimado medios para ayudarla a alcanzar su objetivo. Y era cierto que tenía una técnica impoluta. A ese nivel, hasta Ban admitía que apenas podía competir con ella. Pero, por el otro lado...

—Hola, Dana —la saludó con una sonrisa que pretendía ser amistosa, pero que no pudo evitar tornarse algo lobuna—. Así que no has vuelto a pasar las pruebas de la compañía de *lady* Morgana ¿eh?

Dana apretó los dientes. En ese instante, si el aire hubiese sido sólido, se podía haber cortado con un cuchillo.

—Tú no te metas, *sexy boy* —le espetó, como de costumbre cuando aquella conversación surgía. Ban sabía que pretendía herirlo, pero aquel nuevo apelativo apenas le hizo cosquillas. Como si pudiese...—. No sabes por lo que he tenido que pasar.

Ban bufó algo que casi parecía una risa corta antes de, sin responder a la pataleta, darse la vuelta y volver a entrar a la cocina.

—¿Cena para cuatro, entonces? —gritó a su espalda.

Y, sin pararse a escuchar si contestaban o no, el joven bailarín-cocinero siguió a lo suyo. A medias entre el chisporroteo de las sartenes y el zumbido del extractor, escuchó a escondidas algunos fragmentos de la conversación de Dana con Isabelle. En el fondo, la envidiaba, pero no la compadecía en absoluto. Ella consideraba que él era un bailarín de tercera por bailar sobre una barra americana en un casino, fuese su decisión o no. Dana tenía ciertas nociones de su situación, por supuesto; su amistad de escuela con Malcolm era, en principio, la que le había hecho acercarse al grupo después de una adolescencia plagada de expectativas familiares no cumplidas y acoso escolar reiterado desde los doce años, sólo atajado por la ayuda del rey de la clase. El “capitán” Griffin, rey de los deportes y de meterse en líos por los pasillos del instituto.

Sin embargo, detrás de la magnificencia del *Fairy Kingdom* y dentro de lo que cabía, Dana había encontrado un grupo que la acogía y la entendía. Aunque todos, Malcolm el primero, trataban de mantenerla al margen de lo sórdido lo máximo posible. Entre eso y las buenas migas con Isabelle, estaba claro que había cosas que no habían podido escapar a su

conocimiento por mucho que Ban lo intentase. En honor a la verdad, había llegado a no importarle siquiera. De hecho y en el fondo más profundo, el bailarín no deseaba otra cosa que poder hablar con ella de aquello que los apasionaba a los dos. Pero hasta que Dana no dejase caer su armadura de protección en el “verdadero *ballet*”, él no podía hacer nada más que oír, ver y callar. Aunque reconocía que le hacía gracia aquella negación tozuda que tenía la joven, como él la había pinchado alguna vez, a echarle algo de pasión al asunto y “dejar de bailar estirada como un palo seco”.

La cena, sofrito de cebolla, pimienta, pollo y otras verduras en tiras, estaba prácticamente terminada cuando todos escucharon, de nuevo, cómo alguien llamaba suavemente a la puerta trasera del casino. Tensos, los cuatro presentes intercambiaron sendas miradas de alarma. Al menos, antes de que una resuelta Isabelle decidiera salir a abrir. Con tiento, la muchacha tiró de la puerta hacia dentro, pero sus ojos se dilataron de alegría cuando observó quién estaba allí.

—¡Deirdre! —exclamó, encantada y con una extraña emoción alojada en la voz—. ¡Estás de vuelta!

Ahora sí, hasta Ban saltó como un resorte hacia la puerta para ver a su desaparecida compañera. Como suponía, aún tenía algunos moretones en los brazos y en la cara; como, por ejemplo, el que le deformaba su pequeño rostro desde la ceja hasta el pómulos izquierdo. Pero, en el fondo, el bailarín se alegraba más de lo que querría admitir de verla caminando sola y de una pieza.

—Eh, pequeña —la saludó cuando se acercó—. ¿Cómo estás?

Ella mostró una tímida sonrisa que se desvió debido a la hinchazón parcial que aún sufría.

—Hola, Ban. Estoy mejor, gracias.

Él asintió y le devolvió la muela, comedido, antes de dejarla pasar al comedor.

—Bueno, Ban. ¿Está esa cena lista, o qué? —lo increpó entonces Malcolm, burlón—. ¡Que nos morimos de hambre!

El aludido se limitó a hacerle burla antes de girarse de nuevo hacia Deirdre.

—He preparado algo de cenar para todos —le confió, amable—. ¿Tienes hambre?

Y la joven sólo tuvo que asentir una vez para que Ban se metiera de nuevo en la cocina a servir la cena. Aunque, en el momento en que

Malcolm iba a protestar por las raciones, su mejor amigo lo cortó con un:

—Capi. O cierras la boca, o te juro por lo más sagrado que “tú” te quedas sin cenar. ¿Estamos?

Aún quedaba cerca de una hora para que la primera sesión de Ban diera comienzo, por lo que pudieron degustar la mezcla de carne y verduras con tranquilidad mientras intercambiaban algunas frases banales. En algún momento, la tensión entre Ban y Dana quiso dispararse de nuevo, aunque la joven se cortaba más delante de Deirdre que a solas con el bailarín y este lo agradeció en silencio. Con la pequeña Sinkevic, el hombretón sentía casi el deber de un hermano mayor. Sin embargo, este casi saltó de la silla cuando Malcolm intervino para suavizar los ánimos y soltó, sin avisar:

—Cálmate, Dana. Es que Ban está más tenso de lo normal porque tiene que quedar con una chica...

Controlándose con esfuerzo, tras casi tres segundos enteros, Ban se giró hacia Malcolm con los puños apretados.

—Ni lo sueñes, capi —rechinó, molesto—. Creí que había quedado claro...

Pero su mejor amigo, para su mayor nerviosismo, ni siquiera se disculpó. Al contrario, lo miró largamente con una expresión extraña que le puso los pelos de punta.

—Está bien, Ban —concedió, antes de agregar—. Vamos a echarlo a un pulso ¿te parece?

El bailarín, al que aquella sugerencia había pillado desprevenido, lo observó como si le acabara de hablar en otro idioma.

—¿Disculpa?

Malcolm mostró una mueca confiada que irritó al del pelo platino sin motivo aparente.

—Vamos, Ban. ¿Te parece que hay una forma mejor de solucionar este asunto? Así, estaremos en paz. Si tú ganas, te dejo tranquilito. Si no, sales con la amiga de Vane.

Ban apretó los labios, luchando en su interior por mantener la compostura. Una parte de su ser le pedía dejarlo estar y mandar al cuerno al rubio provocador. Pero la otra, la más orgullosa, le recordaba que pocas veces había perdido un pulso contra el enclenque de Malcolm. Por todo esto, casi no se sorprendió cuando terminó aceptando la proposición y adelantando el brazo zurdo, su lado bueno.

—Hoy con la izquierda ¿eh? —comentó Malcolm—. Está bien, te dejo jugar con ventaja.

Ban mostró los dientes en un gesto casi peligroso.

—Cuando quieras, canijo.

Malcolm lo imitó antes de tomar su mano. Isabelle puso los ojos en blanco, Dana se recostó en su silla con gesto contrariado; y Deirdre, prudente, alejó la suya unos centímetros.

—¿Listo? —preguntó el rubio—. ¡Ya!

Los dos hombres empujaron a la vez, deseando ser el ganador, cada uno por sus motivos. La batalla estuvo bastante igualada durante varios minutos, a pesar de la diferencia de tamaños. Sin embargo, todo se torció cuando Malcolm abrió los ojos como platos y miró hacia la puerta, como si hubiese visto algo aterrador en la espalda de Ban. Este, por supuesto, giró la cabeza de inmediato... perdiendo la concentración y el pulso. Cuando notó sus nudillos golpear la madera, maldijo y se giró furioso hacia Malcolm.

—Ups... Lo siento, Ban. Creo que has perdido —se mofó aquel, sonriendo con aire socarrón.

El bailarín apretó los dientes, conteniendo por enésima vez el deseo de estrangularlo. ¿Qué estaba pasando aquel día? ¿Es que todos se habían vuelto locos? No obstante, antes de que pudiera hacer o decir nada más, su móvil sonó en el bolsillo con un pitido que reconocía bien: la alarma que indicaba que era la hora del espectáculo. Así, más dolorido en el orgullo que en la mano, Ban enfocó a Malcolm con ojos de pedernal y masculló:

—Esta me la pagas, renacuajo.

Acto seguido, el joven arrojó su servilleta y el delantal a un rincón con más violencia de la que pretendía, cogió su bolsa con brusquedad y salió a grandes zancadas hacia el pasillo de servicio del casino. Su camerino estaba al fondo del todo, a la izquierda tras el escenario. Por suerte, no tenía que compartirlo con las chicas, o juraba que Jill hubiese pagado por aquel ultraje sin tener nada que ver. La mujer le caía mal, pero no tanto como para ser un capullo integral con ella. Sin embargo, cuando Ban estaba terminando de prepararse para la actuación, cuál no fue su sorpresa cuando la puerta del estrecho vestidor se abrió unos centímetros a sus espaldas y la cabellera pálida de Isabelle se asomó por el hueco. El bailarín se relajó un tanto al verla, aunque le recordase la humillante derrota a manos de su novio un rato antes.

—Hola —saludó ella, tímida como de costumbre, cuando sus grandes ojos claros asomaron por debajo del largo flequillo—. ¿Se puede?

Tras dudar una décima de segundo, aún algo tenso por costumbre, Ban movió la barbilla con levedad de arriba abajo; pero no dijo esta boca es mía hasta que Isabelle no entró y cerró tras de sí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, sin acritud pero con cierta sequedad velada.

La joven se pasó el pelo por detrás de las orejas y Ban suspiró. A veces, era consciente de que no era la persona más agradable del mundo de puertas para afuera; pero, por suerte, también sabía que la mayoría de sus seres cercanos no se lo tenían en cuenta. Lo de Isabelle, probablemente, era sólo una cuestión de pudor natural.

—No quería molestarte —le aseguró ella con una sonrisa, colocando las manos tras la espalda en un gesto también muy suyo—. Es solo que... —Ban enarcó una ceja silenciosa, invitándola a explicarse, algo que la joven hizo a continuación. Aunque con el semblante algo más serio, cosa que escamó al bailarín—. Bueno, primero, siento que hayas perdido el pulso, aunque te puedo decir que esta amiga de Vanessa es muy simpática. —Ban apretó los labios, pero no la interrumpió—. Pero, eso me lleva a preguntar... ¿Puedo saber...? —La joven pareció dudar antes de encararlo del todo—. ¿Conoces a Elaine, Ban?

Ante aquella mención, fue tal la tensión que se adueñó del cuerpo de él que hasta la muchacha dio un respingo.

—No es asunto tuyo, Isabelle —replicó, quizá con más rudeza de lo que pretendía.

Ella lo observó sin temor, conociendo su temperamento.

—Lo sé. Y no sé si querías oír o no que ella no es quien ha pedido una cita contigo —aventuró. Ban tragó saliva y bajó la cabeza, maldiciéndose por ser tan transparente en aquel asunto. Sin embargo, ante su reacción, Isabelle se limitó a suspirar y apartarse el pelo del rostro—. Yo... Ban, conozco a Elaine —le confió, haciendo que él alzase la cabeza casi como por instinto—. Es una persona sensible y muy dulce. Pero... perdió hace poco a su padre y su madre está muy enferma, así que no me gustaría verla sufrir.

Ban la encaró con los ojos brillantes.

—Jamás haría daño a alguien como ella —le aseguró, ronco—. Antes preferiría morir.

Isabelle mostró una sonrisa comprensiva.

—¿Tenéis mucho contacto? —inquirió, suave y prudente a la vez.

Ban, tras dudar, optó por ser sincero; aunque respondió sin mirarla.

—No. Yo... la salvé de unos matones hace dos noches y... —Se humedeció los labios—. Hoy me la he encontrado de casualidad en Sundrops, cuando he ido con Mal. Pero... nada más.

Isabelle lo miró con la cabeza ladeada y expresión algo tierna, lo que a Ban le provocó un extraño escalofrío.

—Si quieres le puedo dar un recado de tu parte... —sugirió.

Pero el bailarín, por mucho que lo desease, terminó sacudiendo la cabeza en un gesto negativo.

—No. Es igual... —Ahí sí alzó la mirada hacia ella—. Gracias, Isabelle.

La joven pareció dudar un instante, como si quisiera decir algo más, antes de menear la melena en idéntica actitud y abrir de nuevo la puerta.

—Suerte esta noche, Ban. Te estaremos esperando.

El aludido la despidió con un asentimiento, agradecido por sus palabras. Sin embargo, su rostro se convirtió en piedra cuando se giró de nuevo hacia el pequeño espejo del camerino. Despacio, el joven tomó la máscara de animal entre los dedos, pensando en todo lo que representaba. Al ponérsela sobre la nariz, Ban desapareció y su álter ego escarlata apareció. Era el momento de exhibir al animal que llevaba dentro.

La actuación había sido un éxito, como de costumbre. A pesar de la ausencia de Deirdre, que todavía se recuperaba de los moratones y había retornado a su apartamento con Dana tras la cena, Jill y él habían conseguido hacer un buen espectáculo y la gente había salido encantada de las dos sesiones. Sin embargo, Ban sentía un extraño vacío en el pecho que había empezado en el instante en que Malcolm le había ganado aquel pulso. Ahora tendría que salir con aquella Alta petarda por compromiso. Si al menos hubiese sido Elaine... Bufó mientras se cambiaba en el camerino, irritado. Pero se detuvo en seco cuando sacudió sus vaqueros y vio un papelito diminuto caer al suelo desde los mismos.

Curioso, al tiempo que miraba a su alrededor con la tensión pintada en el rostro, Ban se agachó para tomar aquel fragmento entre las manos. Y nada pudo evitar que una sonrisa estúpida asomara a sus labios carnosos cuando comprobó lo que había allí escrito:

*“Solo para ti, porque te mereces
ser feliz:
Chat4All Elaine: @FairyEl314
¡Mucha suerte!
Bells”*

«Maldita brujilla casamentera»

El joven rio para sus adentros mientras terminaba de recoger, se metía el papelito con cuidado en el bolsillo trasero del pantalón y salía del casino. Durante todo el camino a casa, Ban no pudo evitar fantasear con cuándo escribiría a Elaine.

«Mañana», decidió.

Pero ¿cómo? ¿qué le iba a decir? Por primera vez en años, Ban se sentía como un maldito adolescente primerizo. Aunque toda burbuja de felicidad se rompió al llegar a su apartamento y comprobar quién le esperaba allí.

—Hola, Ban —susurró una voz femenina y melosa—. ¿Me has echado de menos?

A tiempo, el joven reprimió la maldición atascada en su garganta y sólo la gritó en su cerebro. Ella no. Esa noche, no.

—Meredith —suspiró, tragándose la bilis como pudo—. ¿Cuándo has llegado?

La mujer se giró cuando él pronunció su nombre. Vestía un vestido escotado de color blanquecino, casi rosado sucio, como de costumbre. Su pelo rubio, decolorado en un vano intento de ser platino artificial, caía lacio sobre sus hombros. La única gracia de este, quizá, era el recto flequillo que le llegaba hasta las oscuras cejas.

«Quizá», recordó Ban con desagrado, «el único pelo que tiene en todo ese cuerpo de víbora».

Meredith sonrió con interés al cazar su mirada recorriéndola en la penumbra.

—Ban, me alegro de verte. —Su mano enguantada señaló una de las banquetas de la cocina con gesto indolente, pero calculado. Todo mientras, sostenía una fusta que el aludido reconoció a su pesar—. Siéntate, por favor. Ponte cómodo.

Ban apretó los labios.

«Como si no fuese mi jodido apartamento», rezongó para sus adentros.

En honor a la verdad, todo lo que tenía era de Goliath, lujos incluidos. Él se limitaba a ganar dinero y entregarlo en su mayoría a los Caballeros, que lo hacían llegar al Rey. A su dueño. Por todo ello, el joven obedeció casi por costumbre y trató de eludir la vista de la sonrisa complacida de aquella mujer despreciable.

—Buen chico —ronroneó Meredith, acercándose y tomándole la barbilla con el extremo de la fusta—. Hoy nos vamos a divertir ¿verdad?

Y, sin darle tiempo a responder, lo besó. El joven, como de costumbre, contuvo una arcada a causa del asco al notar aquellos labios finos y húmedos rozando los suyos. Cuando el primer grillete, escondido en la mano opuesta de Meredith, se cerró en torno a su muñeca, Ban cerró los ojos con fuerza; al mismo tiempo, un rostro angelical de ojos castaños apareció como un fogonazo en su mente. Sin embargo, el joven bailarín se obligó a descartarlo de un plumazo a la vez que se centraba en no sentir nada. Aunque quisiera, no podía negarse a los deseos de los subordinados de Goliath Fairmont y lo sabía. Lo que fuera. Ese había sido el trato...

Así que, cuando la mujer le ordenó ir al dormitorio con un solo gesto de la barbilla, sabiendo lo que eso significaba, Ban obedeció con el rabo entre las piernas. Rezando, como siempre, que la noche pasase lo antes posible. Aunque esta vez no logró quitarse a Elaine de la mente mientras Meredith lo dominaba hasta el amanecer.

Cinco años atrás...

«Bailar».

Aturdido, el joven alzó la vista para cruzarla con la de su contrario. Sus rostros estaban a apenas tres centímetros de distancia y Ban podía incluso apreciar el aroma a perfume floral que el extraño joven despedía. La danza era su mayor sueño... ¿Eso era todo?

—¿Qué? —logró articular, inseguro.

Por suerte para él, el pelirrojo parecía dispuesto a explicarse antes de castigarlo de verdad. O eso creía Ban.

—Es sencillo —expuso aquel con su voz arrastrada, al tiempo que se enderezaba y quedaba de nuevo erguido frente a él—. Tienes una deuda conmigo, Ban, lo creas o no. Una deuda que muchos no dudarían en cobrarse con sangre. —El prisionero tembló, confirmando sus peores sospechas. Pero el misterioso trajeado no había acabado de hablar—. Sin embargo, me siento benevolente, mi querido Ban —expuso, casi provocando que al prisionero se le revolvieran las tripas ante el apelativo, dicho de aquella manera—. Estoy dispuesto a ofrecerte un trato.

Ban tragó saliva con fuerza.

—¿Qué clase de trato?

El joven, para su sorpresa, sonrió por primera vez en todo ese rato y pronunció:

—Te ofrezco bailar a tiempo completo al servicio de un buen amigo. Sin embargo —añadió, viendo que al joven prisionero le brillaban los ojos ante la perspectiva—, aparte del baile, te pongo una condición... —Bajó la voz—. Tendrás que someterte. No importa lo que te pidamos, lo que quieran mis subordinados de ti. Se lo darás. ¿Qué opinas?

Ban inspiró por la nariz, sopesando sus opciones mientras sus ojos se perdían en el asfalto bajo sus rodillas. Someterse... ¿A qué?

—Y... ¿si me niego? —preguntó, en cambio.

El pelirrojo mostró una sonrisa casi paternal que le puso los pelos de punta y ladeó la cabeza antes de responder:

—Entonces... sufrirás. Y nada podrá librarte de ello. Salvo, quizá, una ejecución pública por haber matado a mi hermano menor —lo informó el pelirrojo, con un tono tan desenfadado como inquietante—. ¿Es lo que quieres?

Ban apretó los labios, sin responder enseguida. No sabía cómo. No sabía por qué. Pero, de alguna manera, creía todas y cada una de las palabras de aquel joven trajeado. Los “Altos” tenían el poder para hacer lo que quisieran y el chico que tenía delante encajaba en el modelo. Y Ban no estaba dispuesto a jugarse el pellejo por rebelarse contra el orden establecido, aunque supiera que la muerte de Valiant no había sido culpa suya. Por ello, no se debió sorprender cuando, unos segundos después, su cabeza se movió de arriba abajo... aceptando su destino y lo que tuviera que venir.

Toma de contacto

A la mañana siguiente, como suponía, Ban se levantó dolorido y de bastante peor humor de lo que esperaba. Después de la tarde-noche anterior, que el bailarín hubiera calificado como la mejor en muchos meses, la bruja de turno había hecho su aparición. Recordándole, muy a su pesar, que no era nada más que un juguete. Una marioneta al servicio de los poderosos. Un don nadie.

—Malditos sean todos los Altos, joder —refunfuñó, antes de abrir el grifo de la ducha.

Cuando el agua comenzó a caer sobre su cabeza, cubriéndolo entero unos segundos después, Ban reprimió apenas un gemido de alivio. Acto seguido, el joven abrió la boca al máximo y recogió toda el agua que pudo, enjuagándose y escupiéndola casi de inmediato. Era como si aquel sencillo ritual del agua corriendo sobre su cuerpo se llevase todo el asco que sentía hacia sí mismo... y hacia su torturadora particular.

Meredith. Por mucho que lo pensara, el joven no recordaba haber odiado a nadie tanto como a ella en todos sus años de esclavitud. Y no era porque algunos de los ya difuntos consejeros de Goliath Fairmont no lo hubiesen obligado a hacer cosas muy denigrantes en el último lustro. En general, el consejo de administración de esa familia era como una banda de niños mimados a los que el joven heredero industrial hacía... “concesiones”, de vez en cuando. Y una de ellas consistía en dejar que estos usaran a los deudores como entretenimiento erótico y sexual.

La prostitución, como muchas otras cosas, era un negocio ilegal y muy castigado por la ley de Nueva Britania, tanto el hecho de ejercerla como el proxenetismo. Pero Ban había asumido, más desde su primera paliza por negarse, que aquello también era parte de su trato con Goliath. Sin embargo, este jamás le había exigido estar con él. Salvo contadas ocasiones, el joven magnate apenas se movía de su sede en la Zona Alta. Según él

mismo, verse obligado a hacer lo que otros quisieran era suficiente castigo para Ban.

Aun así, desde hacía un tiempo y más o menos desde la desaparición de Gabaldon, el último consejero en fallecer, Meredith era de las pocas que se ocupaba de que su sumisión se mantuviera en su sitio. Terri, Manuel y Dolor, los que lo habían atrapado aquella maldita vez, apenas tenían contacto con él. De hecho, Dolor prefería la fragilidad de Deirdre antes que tocar a alguien como Ban, al menos en el plano íntimo. Nada que ver con las veces que el joven se había ganado una paliza por desobediencia: desde luego, ahí el matón sabía justo dónde dar para que doliera durante mucho tiempo, te rompiera algo o no.

El caso de Samael, en cambio, era diferente. Si Ban no recordaba mal, el alto cuarentón de pelo cano había entrado al servicio de Goliath tres años atrás. Casi de inmediato, había posado los ojos en él. Sin embargo, aunque a veces era bastante excéntrico, también era el más respetuoso con él a la hora de pedirle según qué cosas. Y tampoco escondía que era homosexual. De hecho, en ocasiones Ban había llegado a pensar que a Samael le importaba de verdad. Al menos, antes de arrojarlo sobre la cama y penetrarlo sin demasiados miramientos. Así, Ban terminó asumiendo sus atenciones como otro suplicio más, fuera por atracción o por morbo, y no como una oportunidad de escapar con alguien que parecía apreciarlo.

Por el contrario, la bruja de pelo desteñido sí que era una dominante de manual. Aparte de su fulgurante carrera en los negocios, en secreto le encantaba llevar a jóvenes inocentes e inexpertos a su apartamento, fueran del estrato social y del sexo que fuesen. Aunque, en el caso de Ban, solía ser ella la que aparecía por su piso sin avisar, como había sucedido la noche anterior. Además, casi siempre aprovechaba cuando Samael estaba fuera, cosa que disgustaba aún más a Ban.

Gracias al cielo, al menos esta vez no se había propasado con él y solo le había exigido lo habitual: darle placer a ella mientras él permanecía atado de pies y manos. Si a ella no le gustaba, lo azotaba con su fusta en la cara y en la espalda hasta conseguir el objetivo deseado. Después, según el día, Meredith decidía penetrarlo con un *strap-on* o lo ataba a la cama y se masturbaba encima de él. Todo ello mientras lo obligaba a tener su propia erección mediante anillos y vibradores y nunca lo dejaba llegar a su propio orgasmo. Con todo aquello, Ban casi empezaba a olvidar lo que suponía

estar con el otro sexo de forma normal; pero era consciente de que, de momento, era lo único que le permitía mantenerse con vida.

Había ocasiones, incluso, en que el bailarín tenía pesadillas con qué sucedería si algún día Meredith decidía ir un paso más allá en sus juegos y hacerle daño de verdad. Para bien o para mal, era algo a lo que de momento no había llegado. Una pequeña parte de su ser, sin quererlo, quería pensar con todas sus fuerzas que Goliath se enfadaría. El cuerpo de Ban, al fin y al cabo, era una fuente de ingresos succulenta en el casino y las entradas del espectáculo no eran nada baratas. Pero, por otro lado, sólo pensar en lo sucedido con Deirdre unos días antes le hacía desechar toda esperanza. No había elegido esa vida, pero el destino no le había dado demasiada opción. Si era la forma de sobrevivir que tenía a partir de aquel momento, que así fuera.

«Que los jodan a todos», rebufó para sus adentros tras salir del agua y secarse, mientras cogía sus vaqueros con rabia y los hacía una bola para lanzarlos a un rincón.

Sin embargo, un extraño crujido procedente de alguna parte de la tela lo hizo detenerse, cauto. ¿Cuál era ese sonido? Con tiento y cierta curiosidad, Ban metió sus largos brazos en las perneras sin encontrar nada. Después, introdujo los dedos en cada bolsillo, cada vez más irritado. ¿Dónde estaba? Pero, al llegar al bolso izquierdo trasero, lo encontró. Un pequeño papelito arrugado que contenía algo garabateado con prisas. Cuando Ban lo abrió del todo y lo leyó, sus ojos se abrieron de par en par y su mandíbula casi se desencajó a causa de la sorpresa. ¿Era posible? Aturdido, el joven se sentó todavía desnudo sobre la esquina del colchón, mientras observaba el papelito con fijeza para asegurarse de que no era un sueño.

«¿Qué hacer?»

Esa era la duda que lo corroía solo con mirar aquel usuario de *Chat4All*. Ban maldijo de nuevo a Meredith por haberle hecho olvidar aquel tesoro, al tiempo que reflexionaba sobre qué paso dar a continuación. Y, a pesar de todo, no debió sorprenderse cuando los dedos de su mano libre atraparon el móvil, que yacía enredado entre las sábanas. Sintiéndose tan nervioso como un colegial en su primer romance y aunque no quisiera pensar en esos términos, Ban buscó en la red la aplicación *Chat4All* y le dio al botoncito azul de “Descargar”. Impaciente, mantuvo los ojos fijos en la pantalla hasta que el mensaje cambió a: “Abrir”. Con dedo tembloroso, accedió al enlace y la aplicación se abrió, acompañada por el sonido de una campanita.

Al pedirle el nombre de usuario, Ban meditó antes de mirarse el interior de la muñeca como por reflejo. Por regla general, durante las actuaciones lo obligaban a llevar muñequeras de adorno, también para tapar aquello. Pero el joven apreciaba aquel pequeño tatuaje encargado en un ataque temprano de rebeldía. Era apenas una silueta, pero el cuerpo oscuro del cuervo era perfectamente identificable. Ban nunca había sido muy estudioso, pero sí recordaba cuando le explicaron en la escuela de dónde venía su nombre: Ban de Benoic, un rey de las leyendas artúricas que, a su vez, estaba inspirado por un antiguo dios llamado Bran y cuyo nombre significaba “cuervo”. Para él, casi había sido un signo y una declaración de intenciones el día que había escogido aquella marca. Y, entonces, supo bien cuál era el pseudónimo que quería en aquella extraña aventura:

@RedRaven23

Su color favorito, su nombre y su edad. ¿Irónico? A saber, pero prefería no pensarlo. Como nombre de usuario puso su nombre, sin más. No era poco común según en qué regiones de Nueva Britania, así que pasaría desapercibido de cualquier manera. Y, gracias al cielo, su móvil era de lo poco en su vida que Goliath no controlaba.

Sin quererlo, una pequeña parte de su mente lo trataba de convencer de que era lo correcto, más cuando introdujo el supuesto usuario de Elaine y apareció el primer resultado. Ban tragó saliva. Tenía que ser ella. Dudó de nuevo, aterrado, mientras otro recuerdo de las leyendas artúricas se intentaba colar en su mente. Ban y Elaine de Benoic, los padres de Lanzarote del Lago. Sacudió la cabeza y procuró centrarse en el presente sin entrar en ñoñerías ni leyendas banales. Más bien, lo que le preocupaba eran dos cosas: uno ¿qué le diría? Y dos, pero no menos importante: ¿qué pasaría si lo rechazaba?

Ban resopló, conteniendo el dolor por anticipado. A esas alturas, sabía que no era posible volver atrás, por mucho que su mañana hubiese comenzado maldiciendo a los vecinos de la orilla norte; con aquella dulce y misteriosa Elaine, su conciencia no se lo permitía. Por lo que, con dedos temblorosos, terminó escribiendo un sencillo mensaje de saludo. Algo que sabía, o esperaba, que ella reconocería como suyo:

Ban:

Hola, señorita.

Cuando sonó el despertador a la mañana siguiente, Elaine abrió los ojos con un curioso aleteo en la boca del estómago y una sonrisa boba en la cara. Aunque el día anterior había empezado con nubarrones negros en su ánimo, el final de aquel había sido un dulce soplo de aire fresco. Y, a pesar de todo, su interior daba saltos de alegría por haber vuelto a encontrarse con su misterioso salvador.

—Ban... —susurró, mirando al techo con expresión soñadora.

«Como los padres de Sir Lanzasote en la leyenda artúrica. Ban y Elaine, reyes de Benoic», susurró una voz maliciosa en su cabeza, haciendo que la joven se tapase la cara con la almohada para ahogar una vergonzosa risita.

«Qué cosas pienso», se amonestó sin acritud, más bien con cierto placer culpable. «Como si de verdad pudiera llegar a salir con alguien como él...».

Lo cierto es que, si lo pensaba en frío, lo primero que acudía a su cabeza es que a Ken le daría un infarto si aquello sucediera, por mucho que a Elaine le corrieran hormigas por todo el cuerpo solo de pensar en aquel joven magnífico de pelo platino y ojos caramelo.

«Menudo placer prohibido^[2] ¿verdad?», ironizó para sí, soltando una risita involuntaria.

Aunque, la joven dejó de reír de inmediato cuando sus reflexiones, un instante después, se desviaron sin quererlo hacia un ejemplo no del todo reciente. A la vez, recordó las palabras de Erica en el casino hacía unas noches:

“Supongo que el hecho de que tu hermana se fugue con alguien de la farándula no debe ser plato de gusto para ningún “Alto”...”

Elaine se estremeció. Guinevere Fairmont. Un escándalo que dio que hablar durante bastantes meses, según la joven recordaba. La primogénita de una rica e influyente familia que decidió escapar de Daleth con un sureño al que amaba con locura; y, en el proceso, destrozó tanto la reputación como el corazón de los suyos.

«En realidad, no sé si yo podría hacerle algo así a Ken», concluyó Elaine para sus adentros, con un suspiro.

Sabía que era cierto. A pesar de todo lo ocurrido en los últimos días, quería con locura a su hermano mayor y jamás desearía verlo sufrir, fuera por el motivo que fuese. De hecho, se habían cruzado por el pasillo de camino a los apartamentos la noche anterior y el momento había sido algo tenso, pero el joven ya no parecía tan enfadado como el día anterior. Ken se interesó con brevedad por su paseo con Harvey y Elaine respondió,

educada, antes de que ambos se retiraran. Y aunque la muchacha intuía que el castigo sólo se había levantado porque salía bajo el ala de su mejor amigo, también agradecía ese pequeño rato de libertad que se le había concedido. De hecho, cuanto más lo pensaba, más se percataba de que quizá había sido una insensata. Bastante preocupación tenía ya Ken como para ocuparse de una rebelde hermana menor ¿verdad?

«La próxima vez, intentaré ser más sincera con él» se prometió.

Por todo esto, antes de levantarse Elaine decidió que, pasara lo que pasase, trataría de no dejarse arrastrar por sus bizarros sentimientos respecto a Ban y pensar con cabeza fría. Había cumplido los dieciocho; el momento de los caprichos adolescentes había pasado y ella tenía una responsabilidad para con su familia. Con ese pensamiento dando vueltas en su cabeza, la joven se encaminó al baño, se aseó y pasó sus cinco minutos de rigor cepillándose el pelo. Finalmente, se dirigió al armario para vestirse con sencillez. Diligente, desayunó mientras curioseaba las noticias del día en el móvil recién reparado.

Esto último había sido cortesía de Harvey durante la tarde anterior, tras conducirla a una pequeña tiendecita de electrónica cercana a Sundrops. Por algún motivo, el joven se entendía muy bien con el dependiente: un chico que no pasaría de los veintiún años y tenía el pelo castaño rapado por un lado de la cabeza. Elaine había contenido una sonrisa al ver el inocente flirteo entre los dos mientras el rapado manipulaba su móvil con extrema delicadeza, cambiando la pantalla rota por una nueva y reluciente. La joven, como de costumbre, había pagado con la cuenta familiar. Desde los dieciséis años, ni Ken ni ella habían tenido restricciones para utilizarla, pero Elaine era de todo menos derrochadora. Por ello, casi ni recordaba el código secreto de su tarjeta cuando fue a usarla. Aparte, cuando el amable chico le aconsejó poner un cristal templado para proteger la pantalla más tiempo, ella aceptó casi sin pensar.

La mañana pasó tranquila, sin sobresaltos y continuando la lectura de todos los días con un título nuevo. Esta vez, era el turno de la dramática historia de “Tristán e Isolda”. Y a Elaine, sin querer, adentrarse en aquella historia volvió a recordarle el caso de Guinevere y los ojos caramelo de Ban, que parecían no querer darle tregua desde el fondo de su consciencia. Lo cierto es que la joven llevaba intentando descartarlos toda la mañana, sin resultado. Y, ahora, el efecto de leer sobre un amor prohibido como el de los

trágicos amantes celtas casi hizo que le diera un vuelco el corazón. Cuando llegó la hora de la comida —esta vez, Elaine se puso una alarma en el móvil por si acaso—, la joven casi agradeció poder cerrar el libro. Mientras servía a su madre y la ayudaba a comer, alternando con pequeños bocados a su propio tenedor, la muchacha se maldecía por ser tan débil. ¿Por qué no podía dejar de pensar en él?

Sus barreras terminaron de derrumbarse apenas una hora después. Tras la llegada de Irina, Elaine se retiró como de costumbre a su apartamento. Dejó el bolso a un lado, se quitó los zapatos y decidió sentarse un rato a leer en el balcón del dormitorio. Sin embargo, antes de que cogiese “Los buscadores de conchas”, la joven tomó el móvil casi por impulso para comprobar si tenía mensajes. Y aquel en concreto la dejó paralizada en el sitio:

Ban:

Hola, señorita.

Elaine se quedó rígida durante varios segundos que se le hicieron eternos, todo mientras sus irises permanecían clavados en aquel inocente mensaje. Con tiento, la joven tragó saliva y se obligó a volver a respirar, mientras su corazón galopaba de una forma desconocida hasta la fecha. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo podía tener él su número? En su interior, la parte racional de su ser le chillaba que lo bloqueara, que no volviera a dejar que se acercase a ella y olvidase que lo conocía. Sin embargo, la rebelde y deseosa de saber más sobre aquel chico le aullaba, en el mismo tono, que cerrase los ojos y se lanzase a contestarle sin pensar. La había salvado en su momento ¿no? No podía tener malas intenciones... Al final, sin sorprenderse, Elaine dejó ganar a la segunda mitad. Y, tras dos instantes de duda, notó sus dedos teclear como si apenas fueran suyos:

Elaine:

Hola. Qué sorpresa

Cuando Ban recibió la respuesta, nada más terminar de comer y mientras descansaba unos minutos antes de salir hacia el casino, tuvo que parpadear varias veces frente a la pantalla para convencerse de que aquello era real. Tras escribir a Elaine por la mañana, al cabo de unos segundos de

tenso espera el joven había arrojado el móvil sobre la cama, irritado y algo avergonzado consigo mismo. ¿Qué esperaba que ocurriera? Que ¿ella corriese a contestarle?

«Es una Alta con otras cosas que hacer que estar pendiente de un muerto de hambre como tú», se fustigó sin piedad mientras desayunaba.

Su tarea para las mañanas laborables, después de eso, solía ser hacer musculación en la habitación auxiliar del apartamento. Un habitáculo que al principio le había parecido innecesario, pero al final había acabado albergando un pequeño remanso de paz y disciplina física. Cuando terminó la sesión, sin embargo, Ban se encontraba casi más nervioso que antes. Como por reflejo, miró el móvil con cierta esperanza al ir a cortar la música de entrenamiento, pero la pantalla le devolvió un silencio casi angustioso. ¿Qué coño le pasaba en la cabeza? ¿Desde cuándo estaba tan pillado por alguien? Ni siquiera lo recordaba... Así, no es de extrañar que la respuesta de Elaine lo pillase con la guardia baja; ni que, en menos de cinco segundos, sus largos dedos se deslizaran sobre el teclado para responder.

Ban:

Sí

Lo cierto es que al final siempre acabamos encontrándonos por sorpresa, no?

Jaja

Nada más enviarlo, el joven quiso abofetearse por imbécil. ¿En serio sólo se le ocurría aquella estupidez? Pero ¡si era él el que había escrito primero! Por supuesto, la primera respuesta escrita de Elaine lo hizo desear hundirse en la tierra para siempre:

Elaine:

Sí, debe de ser eso...

Ban apretó los labios. Aquello había sido una pésima idea... Aunque Elaine no había terminado de hablar y así lo demostró su siguiente mensaje:

Elaine:

Oye, puedo preguntarte algo?

El joven resopló, esperando lo peor, pero respondió con el alma en vilo:

Ban:
Claro, dime

Se produjo un silencio angustioso, de apenas unos segundos, mientras los puntitos que indicaban que ella estaba escribiendo parpadeaban. Entonces, la temida pregunta llegó:

Elaine:
Cómo es que tienes mi número, señorito?

Ban tenía que admitir que, si algo lo pilló desprevenido, fue que la joven rubia usase el mismo apelativo que él usaba con ella. Y quizá fue eso lo que le dio confianza para confesar, sincero:

Ban:
*Digamos que tenemos una amiga en común...
Solo quería saber si todo seguía bien :-)
Espero no haberte molestado*

Elaine estaba como en un sueño. No podía ser y, sin embargo, ahí lo tenía. Era Ban, sin ninguna duda. El chico del callejón, el de la cafetería... Era "él". Y resultaba que tenían una amiga en común. Elaine entrecerró los ojos, tratando de hacer memoria, pero al final desistió. No tenía pistas de quién podía ser. Aun así, sintiéndose temeraria como nunca y arrinconando a la parte que le chillaba que cerrase aquel canal de una vez, escribió:

Elaine:
Hala! En serio?

Él no pareció dudar en responder:

Ban:
Pues sí

Elaine reprimió un gesto malicioso a duras penas, aun sabiendo que no podía verla.

Elaine:

Y... vas a decirme quién es?

Durante unos segundos, el chat quedó en silencio. Elaine temió, por un absurdo momento, haberlo importunado. Aun así, algo en ella sabía que estaba en todo su derecho a preguntar. Para su alivio, él respondió al cabo de ese tiempo con un mensaje críptico y adorable a la vez:

Ban:

*Bueeeno... Digamos que le he prometido no decirlo
Es un secreto entre nosotros ;-)*

Ante aquello, Elaine casi se echó a reír. Vaya, vaya. Así que ese era el juego que iban a llevar ¿eh?

Elaine:

Jaja

Bueno, vale

*Pero dile de mi parte que no me importa que lo haya hecho
Solo... por si se siente culpable ;-)*

Ban:

Jajajajaja

Claro, sí. Se lo diré, de tu parte :-)

Por cierto... Gracias por el café de ayer

Fue todo un detalle

Elaine contuvo una sonrisa tierna, mordiéndose el labio.

Elaine:

No te preocupes, no fue nada.

Espero que estuviese bien, al menos...

Jeje

Ban:

Bastante, la verdad ;-)

Te gustó el sitio?

Ya que era la primera vez que ibas...

Elaine:

Sí! Me encantó, la verdad

Aunque lo cierto es que fue un amigo el que me arrastró hasta allí

Así que... La culpa si me vuelvo adicta es suya :-)

Ban:

xD

Vale

En su defensa diré que tiene buen gusto, tu amigo ;-)

Elaine se rio por lo bajo al pensar, sin quererlo, en lo acertado del comentario acerca del “buen gusto de Harvey”. Si él supiera... Sintiendo sus mejillas arder por culpa de cierta anotación hecha por el citado rubio en la cafetería acerca de Ban, la muchacha respondió:

Elaine:

*Bueno, igual es buena idea que me acompañes tú otro día y así veo
si estoy en lo cierto, jaja*

Tarde, Elaine se percató de que quizá había dado un paso adelante demasiado rápido. ¿Quedar con él? ¿Proponerle salir? ¿Es que se había vuelto loca? Ban, por su lado, estaba tomándose su tiempo en contestar y la joven, por un instante, deseó y temió que le dijese que no. O peor, que no respondiese. Sin embargo, Elaine exhaló casi sin ser consciente todo el aire de sus pulmones, cuando vio los puntitos de “escribiendo” parpadear:

Ban:

Vaya... Esto sí que es toda una sorpresa

Jaja

Su interlocutora quiso tirarse por el balcón de inmediato, tal era el bochorno que sentía. Pero no se movió del sitio antes de preguntar con

timidez:

Elaine:
Por qué lo dices?

Ban:
No, por nada
Supongo que ha sido algo repentino, pero...
Claro, me encantaría que pudiéramos tomarnos un café algún día :-)
Por qué no?

De los nervios, a Elaine casi se le saltaron las lágrimas de alivio al leer aquello:

Elaine:
Genial!
Eso estaría muy bien, sí

Ban:
Pero ya veremos, señorita ;-)
Tendrás que convencerme primero... no crees?
Jeje

Elaine empezó a contestar, picada por aquel juego que no sabía dónde iba a conducirla, pero que resultaba extrañamente adictivo. Si estaban ligando o no, ya poco le importaba en aquel momento. No lo había hecho nunca, para ser sinceros, pero su “yo” rebelde y soñador sentía que no podía pararlo aunque quisiera. Y lo más aterrador era que le encantaba. Sin embargo, el timbre cortó casi en seco sus dedos antes de obligarla a acercarse a la puerta para abrir. ¿Quién podía ser?

Una extraña normalidad

Al otro lado del umbral, una Erica vestida de deporte la esperaba dando golpecitos con el talón sobre el caro suelo de linóleo.

—¡Hola, El! —la saludó, jovial—. ¿Lista para irnos?

Elaine parpadeó, confusa, antes de recordar que había quedado con su mejor amiga para ir a ver a Liam aquella tarde. Erica la recogía, la dejaba con su hermano y luego se iría a entrenar hasta que terminase la reunión.

—¡Eri! Ay, cielos. Casi se me olvida, qué despiste tengo hoy. —Antes de dar tiempo a contestar a la joven de pelo azul, Elaine cogió al vuelo el bolso preparado y cerró la puerta tras de sí—. ¡Vamos!

Tras reponerse, Erica soltó una risita.

—Anda, vamos, despistadilla mía —la chinchó sin maldad—. ¿Qué tal ayer con Harvey, entonces?

Se la veía casi ufana y Elaine sabía por qué era. Después de haber consentido que Harv saliera con ella, no había motivo aparente para que Ken rechazase la esperada cita entre Liam y Elaine. Mientras caminaban hacia el ascensor, no obstante, la joven rubia miró su móvil con discreción y tecleó una despedida rápida para Ban. A pesar de todo, le daba reparo dejarlo así sin más respuesta. Para su desgracia, Erica la pilló guardando el teléfono en el último momento y enarcó una ceja, interesada; pero Elaine se limitó a devolverle un gesto de inocencia angelical. Su mejor amiga meneó la cabeza mientras entraban en el ascensor.

—Tú estás rara, últimamente —comentó, mientras las puertas se cerraban.

Elaine procuró camuflar un respingo antes de sacudir la cabeza para esconder el rostro entre los mechones rubios, colorada como la grana.

—¿Qué? Imaginaciones tuyas...

Erica, para su sorpresa, suspiró con cierto nerviosismo.

—Bueno, también puede ser...

Elaine la encaró.

—Y ¿eso qué significa? —inquirió, sardónica.

La expresión de Erica, como suponía, cambió de golpe antes de acercarse a ella con aire conspirador. Sin embargo, no dijo nada hasta que no estuvieron a solas en el ascensor de personal.

—Elaine. No te lo vas a creer, pero... —susurró, antes de alzar la voz—. ¡Van a presentarme al bailarín del otro día!

La rubia enarcó una ceja, al tiempo que su boca se abría en una “O” incrédula.

—¿En serio? —se maravilló, antes de fruncir el ceño con extrañeza—. Pero... Si no estabas interesada en chicos en los últimos tiempos...

Su mejor amiga bufó, casi como si aquel comentario fuese cosa de un pasado muy lejano.

—Pero ¡por favor! ¿Tú lo viste bien? —Mientras llegaban al aparcamiento de la torre, Erica puso los ojos en blanco con aire teatral—. Lo de ese cuerpo es demasiado...

Elaine se rio sin poder evitarlo. Fuera por lo que fuese, a la joven de pelo azul esta vez le había dado fuerte y ella se alegraba de verla tan feliz.

—Eres incorregible, Eri. ¿Lo sabías?

Su amiga, por toda respuesta, le guiñó un ojo. Justo en el instante en que la campanita de la puerta sonaba, las hojas metálicas se abrían hacia un lado y recibían la fresca brisa del sótano con deleite. El verano apenas acababa de empezar, pero no podían negar que a determinadas horas el calor ya era insufrible. De hecho, en cuanto el coche arrancó, Erica subió el marcador del aire acondicionado sin pensárselo dos veces.

—Entonces ¿cuándo quedas con él? —quiso saber Elaine, intrigada—. Y ¿sabes cómo se llama?

Como había dicho, hacía tiempo que no veía a Erica tan entusiasmada con una cita y le podía la curiosidad. La joven de pelo azul, por su parte, resopló y movió una rodilla con aparente inquietud mientras no despegaba la vista de la carretera.

—Pues... Quedamos mañana por la tarde, si tengo que hacer caso a lo que me ha dicho Vanessa. Y no, no sé cómo se llama, la verdad. Me han propuesto “cita a ciegas”, como quien dice. —Para mayor intriga de su mejor amiga, Erica se mordió el labio y esbozó apenas una sonrisa teñida de nerviosismo—. Espero que al menos esta vez salga bien...

Elaine, de inmediato, supo a qué se refería y bajó la mirada, apenada. Lo de Howie había sido un golpe bajo, sin duda alguna. Pero la muchacha también pensaba que Erica estaba mucho mejor sola que con un rubio de revista que le hacía caso sólo cuando le interesaba. Después de aquello, Elaine también recordaba que Erica había tenido un pequeño y tórrido romance con Aera, pero este acabó pronto dado que el corazón de ambas pertenecía a otras personas. Por suerte, todo terminó en buenos términos y ambas seguían siendo buenas amigas.

—Seguro que todo irá bien, sea como sea —aseguró Elaine, para reconfortarla—. Te lo mereces.

Erica hizo una mueca no exenta de diversión.

—Bueno... También habrá que encontrar uno para ti ¿no?

—¡Erica! ¡Para! —la amonestó Elaine, colorada como un tomate.

La otra se rio con fuerza, haciendo caso omiso de su turbación.

—Vamos, a estas alturas no vas a decirme que no... —la pinchó—. Que ya eres una mujer hecha y derecha...

Elaine se ruborizó al tiempo que la imagen de Ban aparecía como un fogonazo en su cabeza.

—Ahora no sé si es el momento —replicó al fin, mirando por la ventanilla—. Pero... te lo agradezco.

Erica, sabiendo que no había caso y que no sacaría más de Elaine por pura costumbre, lo dejó estar. La joven rubia nunca había estado especialmente atenta a los chicos, centrada en sus estudios y su familia. De hecho, era de las pocas en su grupo de amigas que todavía era virgen. Por supuesto, como todo estudiante de Nueva Britania, Elaine tuvo una educación sexual inclusiva y abierta en la escuela, a partir de la pubertad; pero, aunque la sexualidad libre era algo asumido en la sociedad desde hacía muchas décadas, más después de los cambios sociopolíticos que trajo la Gran Revelación, en la Zona Alta en especial se estilaba la máxima tradicional de “no decir que te andabas acostando con alguien por puro placer”. Y en casa, fuera como fuese, siempre habían insistido en que en ese aspecto se mantuvieran todo lo posible las formas y las apariencias.

Pero, ahora, la primera que empezaba a dudar para sus adentros de su propia afirmación era la propia Elaine. Y lo mejor o lo peor del asunto es que, para ello, le bastaba evocar un par de preciosos ojos caramelo. De hecho, había una parte de su ser que ahora clamaba por tener una actitud más desenfadada en aquel aspecto, igual la tenía Erica aunque también

fuese una Alta. En ese aspecto, su amiga nunca había tenido tampoco el pudor que se le suponía a su rango social, aunque a Elaine jamás le había importado. Pero ahora, con sólo imaginarse a solas con Ban, se le aceleraba el pulso como nunca en su vida y sus fantasías iban mucho más lejos de lo que estaba dispuesta a admitir. Quizá por eso, la joven rubia optó por morderse la lengua por enésima vez en aquella semana sobre aquel misterioso joven, más aún cuando llegaron al complejo que albergaba el bufete y las residencias familiares de Franklin & Jones. Erica, por su parte, apenas tuvo que hacer un breve saludo al guardia de la puerta para que la barrera de seguridad se alzase ante el pequeño Fiat azul.

El diseño del lugar era muy diferente al que tenían en la Torre Forest, donde sólo contaban con un gran edificio central. Sin embargo, lo que ahora Elaine veía frente a sí se dividía en una torre doble, donde se encontraban las oficinas, erigida en medio de dos grandes mansiones de diseño “*chic-ecológico*”. Un estilo que, si bien Elaine nunca se había acostumbrado a él, se había popularizado mucho desde hacía un par de décadas en toda Nueva Britania. Todos los sistemas domésticos funcionaban mediante energías renovables y parte del tejado estaba acristalado, con opción de taparlo a voluntad con techos falsos. Por supuesto, las paredes tenían refuerzos térmicos adaptables para verano o invierno y siempre estaban pintadas de blanco o plata. La de la izquierda, la que Elaine más conocía, era la de su mejor amiga. Sin embargo, el coche en este caso la pasó de largo. En cambio, su conductora rodeó las torres centrales para dirigirse hacia un aparcamiento cubierto exterior.

El ascensor estaba situado justo entre las dos torres del bufete, con paredes transparentes durante todo el trayecto. Dado que casi nunca había subido a los despachos de la empresa familiar de su mejor amiga, Elaine procuró no pensar en la extraña sensación de vértigo al contemplar toda Daleth quedando a sus pies a toda velocidad; aunque también descubrió que no podía apartar la vista aunque quisiera. Era simplemente fascinante ver el lugar donde había nacido con otra perspectiva.

«La visión de los adultos», pensó, no sin cierto placer culpable.

¿Cómo una edad podía cambiar tanto ciertas cosas, pero no otras? Era la pregunta que emergió en su mente mientras salían del ascensor a mitad de la Torre, más o menos, encarando un luminoso pasillo semicircular. El suelo era de madera clara barnizada, a juego con los adornos alrededor de las puertas semi acristaladas de los despachos y las salas de reuniones. Todo en

contraste con los marcos de acero blanco y las cenefas de madera pintada que adornaban las ventanas por el exterior. En el otro extremo del corredor se encontraba su destino: una puerta enteramente de madera, tallada con motivos antiguos que Elaine no reconoció, se entreabría para dar paso a la biblioteca de la torre Franklin. Allí, un joven bajo y fornido de pelo azul claro, similar al de Erica, se inclinaba con aire relajado sobre una mesa llena de papeles y libros.

Sus ojos oscuros se alzaron y se clavaron en las recién llegadas, en cuanto la sonriente benjamina llamó con los nudillos y ambas se adentraron en la sala. Elaine miró a su alrededor de inmediato, extasiada por aquel despliegue de libros tan apabullante. En su casa siempre habían tenido muchos volúmenes, pero la biblioteca Franklin haría palidecer su colección sin esfuerzo alguno.

—¡Hola, hermanita! —saludó Liam Franklin, jovial, antes de girarse hacia la invitada con una educada inclinación—. Bienvenida, Elaine. Me alegro de que hayas podido venir por fin.

La joven le devolvió el gesto.

—Gracias a ti —respondió, educada—. Siento que hayas tenido que venir un domingo a trabajar, eso sí...

Liam le quitó importancia con un gesto de la mano y sin perder la sonrisa.

—Bueno, yo me voy subiendo al gimnasio —indicó entonces Erica, imitando el gesto de su hermano, pero con aire más de disculpa—. Nos vemos en un rato ¿vale, El? Li...

Su hermano le devolvió un gesto jocoso.

—Está bien, canija. ¡Pásalo bien!

La aludida se limitó a sacarle la lengua antes de guiñar un ojo a su mejor amiga y desaparecer por la puerta. Elaine y Liam se rieron por lo bajo antes de volver a encararse.

—Bueno, bienvenida de nuevo, entonces —reiteró el joven—. Y no te preocupes. Hoy tenía que subir de todas formas a revisar una cosa, así que estoy encantado de poder tener un rato para ayudarte —la tranquilizó ante su evidente timidez, antes de señalar una silla. Apenas algo más relajada, Elaine siguió su mano y se sentó con elegancia, dejando el bolso colgado en el respaldo—. Antes de nada ¿quieres algo? ¿Té? ¿Café? —ofreció el joven, solícito, al tiempo que señalaba un llamador de servicio cercano—. Pueden traernos lo que quieras, incluso hoy; así que siéntete libre de pedir.

Elaine sonrió, agradecida.

—Un té. Si tienen, por favor.

Liam esbozó una sonrisa divertida.

—Británica hasta la médula ¿eh?

Elaine se rio, sin ofenderse. Siendo Erica su mejor amiga de infancia, la muchacha también estaba acostumbrada a la alegría eterna de Liam.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podría ser? —replicó, forzando el acento para imitar a los líderes de la nación cuando hablaban por la televisión.

Liam soltó una risita, siguiendo la broma.

—Desde luego. Aunque, ten cuidado en Benwick o acabarás hablando así para siempre. —Ambos rieron de nuevo antes de que Liam tomara el llamador en su mano. No obstante, antes de marcar se giró hacia ella y sugirió—. Por cierto, tengo un té blanco de China que creo que te encantará. ¿Te apetece?

—Vale —asintió ella.

—¿Azúcar?

—Solo un terrón.

Liam la imitó, entonces, antes de marcar el número de servicio.

—Charlie, un té verde de jazmín solo y un blanco con un terrón de azúcar, por favor.

Se escuchó un murmullo de aceptación al otro lado y Liam colgó, satisfecho, antes de girarse hacia Elaine y sentarse en una silla cercana.

—Bueno ¿cómo estáis? —preguntó, lo primero.

Elaine suspiró. Por supuesto, era la pregunta de rigor.

—Bueno, algo sabrás por Erica. Pero... está siendo algo complicado hacernos a esto, aunque ya haya pasado un año...

Liam asintió, sabiendo al cien por cien a qué se refería.

—Perder a un padre es muy difícil, sea en las circunstancias que sean.

Elaine tragó saliva, pero no respondió. Los padres de Erica y Liam habían fallecido de la noche a la mañana, tras un atentado en una recepción benéfica en Camelot tres años atrás. Los responsables habían sido un grupo de rebeldes contra el sistema establecido por Arthur Drake; los cuales, según sus palabras, abogaban por un mundo más igualitario y justo. Pero Elaine no entendía dónde estaba la igualdad si para hacerlo matabas a otras personas que no te habían hecho nada. Por suerte, los habían atrapado a casi todos a las pocas semanas; pero durante ese tiempo Nueva Britania contuvo

la respiración, a la espera de noticias peores. Nadie quería una nueva guerra civil.

—Erica ha sido un gran apoyo, sin duda —reconoció Elaine, de corazón—. Os agradecemos todo lo que habéis hecho por nosotros.

Liam aceptó aquello con un gesto de la cabeza.

—Por cierto... Ya me ha contado Erica que Ken se enfadó contigo la otra noche —apuntó, contrito—. Espero que no fuera grave.

Elaine meneó sus mechones rubios en un gesto inseguro.

—Sí. Aunque... supongo que sólo está preocupado por mí —afirmó entonces, casi sorprendida de su convicción—. En frío, reconozco que fue una temeridad intentar volver yo sola a casa... y sé que Erica se siente fatal por no haberme acompañado.

Liam suspiró, con aire reflexivo.

—Lo cierto es que no puedo decir que comparta lo que hizo Ken —comentó entonces, para ligera sorpresa de la joven—. Pero, justo por lo que dices, creo que puedo comprender sus motivos. Me recuerda a cuando yo tuve que hacer lo mismo que él. También es cierto que tener a Jones por aquí ayudó a que yo pudiera ir a estudiar, pero recuerdo un estrés constante. Y... Por Erica no te preocupes —agregó entonces, para mayor asombro de Elaine—. Creo que en el fondo se alegró de poder disfrutar de aquella noche. Además, sé de buena tinta que en parte la llena de orgullo que dieras ese primer paso de libertad...

Elaine se irguió, intrigada.

—¿En serio?

Liam, para su alivio, sonrió y movió la barbilla de forma afirmativa.

—Todos hemos pasado por esas fases, Elaine —le confió el joven entonces—. No te agobies, de verdad. Por experiencia te digo que, en cuanto lo tenga todo bajo control, Ken volverá a ser el de siempre... y volveréis a estar tan unidos como antes.

La joven, tras unos segundos de duda y lucha interna, se atrevió a esbozar una mueca esperanzada. Ojalá, Liam tuviera razón.

—No sé cómo pagaros todo lo que estáis haciendo por mí —confesó, conmovida—. Gracias, de verdad.

Liam le quitó importancia con un gesto de la mano.

—No te preocupes. Me conformo con que Ken y tú seáis felices. Y, por supuesto, con que tú entres en Benwick y te conviertas en una súper abogada. —Elaine rio, algo azorada, antes de estrechar la mano que Liam le

tendía, como si cerraran un trato—. Bueno... ¿Hablamos de derecho, entonces?

Al cabo de casi tres horas que pasaron en un suspiro para Elaine, Erica regresó del gimnasio ya cambiada y arreglada para salir con un vestido lila precioso, casi a juego con su pelo. Liam y su “aprendiza” se despidieron entonces, bajo promesa de mantenerse en contacto para lo que esta pudiera necesitar, antes de que las dos chicas se encaminasen juntas hacia el ascensor y la salida de la Torre.

—Bueno ¿cómo ha ido? —preguntó Erica con evidente curiosidad.

—Bien, tu hermano es un encanto y me ha ayudado mucho —aseguró Elaine con alegría—. Muchísimas gracias por esto, de verdad.

Su mejor amiga se encogió de hombros.

—Lo que sea necesario... —aseguró, mientras llegaban a la planta baja y las puertas se abrían—. Venga, que vamos a llegar tarde.

—¿Puedo saber adónde me llevas? —inquirió Elaine con cierta ironía, más al ver la emoción pintada en el rostro de su amiga.

—Ah, ya lo verás —replicó la otra chica con aire misterioso, sin volverse.

Aunque Elaine, tras subirse ambas al coche, tardó apenas veinte minutos de trayecto en averiguar la respuesta y se quedó sinceramente boquiabierta. Erica había reservado por sorpresa en el Blue Pearl, uno de los restaurantes más exclusivos de la Golden Shore; el cual, además, tenía balcones para comensales directamente situados sobre el agua del Kent. Hacia allí las dirigió el solícito *maître* cuando la joven de pelo azul dio su apellido, acomodándolas en un mullido asiento esquinero con el respaldo plagado de cojines azules, grises y blancos.

Todos los motivos del restaurante eran marinos, pero de un gusto exquisito: siluetas de animales acuáticos trazadas en vinilo sobre las paredes, bordados de olas plateadas en los asientos... Elaine había estado allí muy pocas veces, sobre todo cuando era más joven, con su madre o su padre en alguna escapada de fin de semana a “las afueras” de la Zona Alta. Pero ahora, sentarse allí con Erica, bajo la luz de la luna y amparadas apenas por las altas farolas encendidas a medio gas, era como estar en un extraño sueño. Las dos amigas, sólo ellas, contra el mundo.

—Bueno ¿qué opinas?

Elaine se giró, queriendo chincharla por un instante y sin maldad.

—Depende. ¿A cuántas chicas has traído ya aquí? —inquirió, mordaz.

Como suponía, Erica casi se atragantó con el vino que les acababan de servir y que ya estaba degustando. Sin embargo, la tos fue rápidamente reemplazada por una sonora carcajada.

—Tú... eres maligna ¿eh? —la reconvino, jadeante—. ¡Me has pillado a traición!

Elaine se rio a su vez.

— ¡Venga, confiesa!

Erica, para su sorpresa, se puso seria de súbito mientras pasaba el dedo por su copa de vino.

—Lo cierto es que... No es un sitio al que haya traído a ninguna cita —miró a su alrededor—. Me trae buenos recuerdos de mis padres... y me da sensación de familiaridad. —Se giró hacia ella—. Me pareció un buen sitio para convertirlo en un lugar de confianza para mi mejor amiga ¿no crees? Al menos, ahora que ya es una mujer de pleno derecho...

Elaine hizo una mueca ante la segunda mención a ese hecho en aquella tarde.

—Tengo tu edad ¿recuerdas? —la amonestó, mordaz.

Erica la imitó, sin mostrar culpabilidad alguna.

—Sabes a qué me refiero, boba. —Elaine se rindió con un suspiro y media sonrisa. Sí, claro que lo sabía. Pero, mirando al Kent, reflexionaba que justo el hecho de ser adulta parecía haber convertido su vida en un torbellino—. Eh ¿qué te preocupa?

La interpelada dudó.

—No lo sé. Supongo que... sólo me da algo de vértigo pensar en el futuro —reconoció al fin, sin despegar la vista del agua.

Erica aprovechó que acababan de traer la comanda para tomar un bocado y meditar su posible réplica. Elaine tenía que admitir, mientras también probaba su primer tenedor, que todo tenía un aspecto exquisito: ostras francesas con guarnición de pepino y manzana verde, salmón en tartar con aguacate y cebolla confitada y una fuente de mariscos variados salteados con vino y pimienta blancos.

—La verdad es que... a todos nos da miedo el futuro, aunque no lo parezca. —Ante la ceja enarcada y cargada de escepticismo de Elaine, su mejor amiga dejó su copa de vino en la mesa y se recostó en su asiento—. No estoy de broma. No eres la única.

La joven rubia resopló casi para sí misma, pero camufló su sentimiento de oposición con un trago de su propia copa.

—¿Conoces los famosos tres preceptos de Benwick? —preguntó entonces, pensativa, aunque su mirada se mantuvo posada en el agua bajo su asiento.

Como suponía, su mejor amiga respondió enseguida y sin vacilar.

—Ambición, resolución y dedicación. Como para no... —protestó, jocosa—. Mi hermanito los recuerda cada día casi al levantarse de la cama, a pesar de llevar un año fuera de allí...

Elaine contuvo una risita a duras penas ante aquella imagen, pero se puso seria enseguida y, esta vez sí, encaró a la del pelo azul con aire comedido.

—Pues... que yo no soy una persona ambiciosa, Erica. Lo sabes.

La otra joven ladeó la cabeza, frunció los labios y entrecerró los ojos, intuyendo de seguro por dónde iban sus pensamientos; pero, al contrario quizá de lo que Elaine esperaba, se volvió a tomar unos segundos de reflexión antes de contestar.

—Bueno... —dijo al cabo de ese tiempo, encogiéndose de hombros con levedad y oteando también las olas bajo sus pies, como si allí pudiera encontrar la inspiración necesaria para seguir—. Tú piensa que... quizá, sólo tienes que descubrir algo que quieras conseguir por encima de todo.

Elaine suspiró.

—Sí, pero... ¿el qué? —quiso saber, derrotada—. Ahora mismo... Bueno, el propio hecho de ir a Benwick a estudiar y quizá poder encontrar una solución a lo que le ocurre a mi madre, pero...

Calló, consciente de que aquello era imposible, antes de hundirse de nuevo en el asiento con pesar. Sin embargo, la mano conciliadora de Erica en su rodilla enseguida la devolvió a la realidad. La joven de pelo azul sonreía con cariño y Elaine, sin apenas dudar, le devolvió el gesto.

—Oye, El. No te agobies ahora por eso, de verdad. Sé que tienes algo que quieres más que cualquier cosa, sólo tienes que encontrarlo —reiteró, al tiempo que la señalaba con su copa de vino, antes de dar un nuevo trago— y tienes todo el verano para pensarlo. Las entrevistas no son hasta noviembre ¿no?

Elaine, a su pesar, tenía que admitir que tenía razón. Sin embargo, había otra cosa que le preocupaba casi más que la propia entrevista: el ensayo de entrada, obligatorio desde hacía treinta años para todos los accesos, hecho a

imagen y semejanza de los existentes en los poderosos Estados Federados del otro lado del océano. Elaine necesitaba escribir un documento que demostrara, primero, su aptitud para el estudio que quería cursar. En este caso, la capacidad de razonar, extraer y aplicar conceptos y normas complejas a una situación dada. Y, por otro lado, que cumpliera con los tres dichosos preceptos de Benwick. Pero Elaine apenas había salido de Daleth, ni casi de su Torre en dieciocho años... ¿Qué podía contar que le diera la preciada plaza? El acceso a la universidad, más allá de lo económico, no era nada sencillo. Apenas entre un diez y quince por ciento de los candidatos eran aceptados cada diciembre para empezar el octubre siguiente, tras seis meses de preparatoria en el mismo campus. Y, durante todo ese tiempo, era casi imperioso empezar a estudiar para asegurarse de llegar a la carrera con preparación suficiente. A Elaine no le había asustado nunca el estudio ni el trabajo duro, pero sabía que eso era un rasgo inherente a casi todos los aspirantes. Lo que diferenciaría, sin duda, sería su experiencia vital. Y ahí era donde podía decantarse la balanza...

—De hecho ¿no va Forest Energies a patentar pronto los resultados de tu padre? —comentó entonces Erica, sacando a la joven de golpe de sus reflexiones al escuchar su apellido—. Sólo es una idea —se apresuró a aclarar su mejor amiga, viendo su sobresalto—. Pero, quién sabe... Siempre puedes preguntar a Ken o a vuestro abogado sobre este asunto...

Elaine frunció los labios, meditando. No había contemplado esa posibilidad. Pero, claro: Erica, siendo hija de letrados, había captado la oportunidad al vuelo. La lástima es que, precisamente, en su bufete no había ningún abogado especializado en asuntos de patentes. Porque a la joven rubia le hubiese encantado poder contar con la familia de su mejor amiga en aquellos tiempos tan convulsos.

—Sí —aceptó al final, con una sonrisa algo más amplia y agradecida hasta la médula—. Gracias, Eri. Eres la mejor. Pensaré sobre ello y hablaré con Ken.

La otra le devolvió una mueca cargada de orgullo y le quitó importancia con una mano. Después de aquello, las dos jóvenes terminaron de cenar hablando de banalidades y sacando, de vez en cuando, el tema de la cita de Erica. Aunque esta, según confesaba, tampoco tenía muchos detalles al respecto aparte de lo que ya le había dicho; sólo que habían quedado en el propio casino poco después de comer. Elaine, por supuesto, se ofreció a ayudar en todo lo que estuviera en su mano y la joven Franklin se lo

agradeció de corazón. Cuando por fin pagaron y decidieron salir, por suerte llevaban un rato bebiendo tónica y la conductora estaba lo bastante lúcida como para ponerse al volante. De hecho, Erica bromeó con el hecho de que si no fuese porque no quería sufrir de nuevo la ira de Ken, insistiría a Elaine para quedarse de juerga hasta más tarde. Pero esta tampoco quería tentar a la suerte. No obstante, no pudo evitar conmoverse de todas maneras cuando, al dejarla en la puerta misma de la Torre, la joven del pelo azul bajó la ventanilla y le dijo:

—Por cierto, Elaine: nadie dice que tener ambiciones en la vida sea malo. Eso recuérdalo siempre ¿vale?

La joven rubia camufló como pudo el rojo de sus mejillas ante aquello, pero aún fue capaz de dirigirle una sincera sonrisa de despedida antes de que Erica se diera la vuelta y saliera de nuevo a la noche dalethana. Elaine se adentró entonces en la silenciosa Torre y cogió el ascensor de personal, meditando mientras ascendía sobre todo lo que había sucedido. Por el camino, aprovechó a sacar el móvil con discreción y verificar si Ban le había contestado a su despedida tan aturullada. Lo cierto es que con la urgencia y el miedo a que Erica la pillara escribiendo cuando no solía hablar con mucha más gente por el Chat, Elaine había escrito un mensaje que, ahora, le provocaba deseos de que se la tragara la tierra de golpe.

Elaine:

Tengo que irme perdona hablamos

Para su alivio, ahí estaba su breve respuesta:

Ban:

Venga, pásalo bien

Hablamos más tarde :-) :-*

Elaine estuvo a punto de saltar de alegría al leerlo. Por mucho que su subconsciente le siguiese gritando que hablar con aquel chico no era buena idea, su lado más soñador no podía evitar fantasear con cada una de sus palabras. Poca gente la había tratado así en toda su vida, pero la muchacha disfrutaba teniendo aquel pequeño secreto por algún motivo que, al menos de forma consciente, aún no era capaz de nombrar.

Tan absorta iba respondiendo al mensaje que, cuando el ascensor se detuvo en una planta antes de la esperada, ni siquiera se dio cuenta. Sólo alzó la cabeza, casi dando un respingo acto seguido, cuando vio quién entraba en el pequeño cubículo.

—¡Ah! Ken...

El aludido, sorprendido a su vez al verla allí, casi frenó en seco en el umbral de la puerta. Aunque se repuso en cuanto las hojas se cerraron tras su espalda.

—Elaine. Qué... sorpresa. No esperaba encontrarte... Vaya, a estas horas.

Parecía confundido de verdad. Sin embargo, su hermana menor procuró mantener la serenidad mientras llegaban hasta el piso cuarenta y cinco.

—Me acaba de dejar Erica en la puerta —expuso, con un tono desapasionado que casi ni ella reconoció y, por añadidura, sin mirarlo a la cara. Sus ojos, casi como un impulso, se clavaron en el metal de la puerta del ascensor—. Así que ya estoy en casa.

Por el rabillo del ojo, hubiese jurado que su hermano tragaba saliva con fuerza y agachaba la cabeza, pero no podía jurarlo.

—Me alegro —dijo él entonces.

Lo hizo en un tono tan bajo que Elaine apenas lo escuchó, pero que rezumaba un sentimiento que tampoco identificó. En ese momento, el ascensor marcó “45” en el piloto, las puertas se abrieron y los dos hermanos cruzaron despacio el rellano hacia el ascensor familiar. Al alzar la mano al unísono para meter la clave, sus dedos se rozaron por una décima de segundo. Pero ambos se retiraron enseguida, apartando la vista. Al final, fue Ken el que metió los números con agilidad. Acto seguido, la puerta se abrió sin ruido frente a ellos y el joven franqueó el paso a Elaine, que obedeció con la cabeza gacha. Por suerte, había sido lo bastante rápida para esconder el móvil en el bolso antes de que Ken reparase en él; pero se moría por mirarlo de nuevo y meterse en ese mundo en el que sólo existían dulces ojos de caramelo, no hermanos punitivos ni estúpidas normas sociales.

—Por cierto, los experimentos de papá van muy bien... —comentó entonces Ken, justo antes de que llegaran a su piso, el anterior al de Elaine, haciéndole alzar apenas la cabeza—. Pensé que... te gustaría saberlo —agregó, cuando las puertas se abrieron.

Al escuchar aquello, la muchacha procuró camuflar el dolor que le provocaba que le hablaran de su padre, aunque fuera alguien de su sangre,

antes de asentir sin convicción.

—Sí, me alegro.

Forzó una sonrisa no exenta de cansancio real. En el fondo, Elaine sólo quería llegar a su cama después de un día de emociones intensas. ¿Por qué había tenido que cruzarse con Ken? Él, sin embargo, no pareció percatarse de sus sentimientos. Aunque fue muy cortés y casi amable cuando pronunció:

—Buenas noches, El.

Ella tragó saliva al escuchar su diminutivo en sus labios, pero tuvo entereza suficiente para murmurar, a través de la melena rubia:

—Buenas noches, hermano.

Y ahí terminó el intercambio, quisieran ambos dar un paso más allá o no. Ken desapareció por el pasillo, las puertas se cerraron y el ascensor siguió hasta el piso de Elaine. Esta vez, aunque fuera un temor infundado, la muchacha se aseguró de estar en su apartamento antes de mirar el móvil. El encuentro con su hermano mayor le había dejado un regusto amargo en la garganta. Pero el hecho de comprobar, además, que Ban no le había escrito más allá hizo que la joven casi tuviese ganas de llorar. Casi arrojando el bolso y los zapatos a un rincón, la joven se preparó para acostarse sin dejar de sentir un hondo agujero en donde debería tener el corazón. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

Cuando por fin se metió en la cama, miró el móvil por última vez con ínfima esperanza; pero esta se desvaneció tan pronto como vio que la única que había escrito era Erica para decirle que había llegado a casa. Elaine no pudo evitar que una lágrima traicionera se escapase de sus párpados ya cerrados. Antes de que su consciencia se deslizase, por fin, hacia un mundo de sueños extraños e incomprensibles en los que Ban, Ken, Erica y sus padres se mezclaban en un torbellino sin fin.

Anhelos imposibles

Cuando se levantó al día siguiente, Elaine sentía todo el cuerpo dolorido, pero no parecía una sensación desagradable. Al contrario, era como si hubiera podido descansar de verdad por primera vez en muchas noches. No obstante, el despertar trajo consigo todos los recuerdos del día anterior igual que si se tratase de una marabunta. Elaine se tapó el rostro con la almohada, abrumada, mientras se obligaba a respirar con normalidad. Nervios, culpabilidad, anticipación, emoción, nostalgia... Todas aquellas sensaciones parecían girar dentro de su cuerpo, formando una espiral desde su cerebro hasta su estómago que casi le provocó náuseas. Colocándose las manos en el vientre, la muchacha cerró los ojos y se obligó a respirar con normalidad como pudo. Era un truco que su madre le había enseñado y no solía fallar: inspira tres segundos, aguanta tres segundos, exhala en tres segundos. Diez veces. Como suponía, al cabo de ese intervalo, Elaine se sentía algo más relajada y se atrevió a retirar la tela que la cubría, alargando de inmediato la mano hacia la mesilla. Y casi salió de un brinco de entre las sábanas cuando vio su notificación:

Ban:

Hola!

Perdona, estaba trabajando y no he podido mirar el móvil

Duerme bien y hablamos mañana :-)

La muchacha jadeó, con el corazón acelerado. ¿Estaba soñando? Como hacía cuando era pequeña, se pellizcó el brazo con discreción; pero casi gimió cuando este gesto le provocó un dolor y una marca rojiza en el antebrazo. Indecisa, miró de nuevo hacia el móvil y el icono del bocadillo azul del Chat. ¿Era posible que...? Por si acaso, la joven se animó a contestar enseguida:

Elaine:
*Buenos días
Cómo estás?*

Mientras aguardaba su respuesta, la joven se levantó por fin de la cama y se dirigió hacia el aseo. Cuando volvió y vio una nueva barrita blanca en la pantalla de bloqueo, además, Elaine se retorció con un placer desconocido antes de animarse a abrir el mensaje.

Ban:
*Hola, señorita
Muy bien y tú?*

La joven inspiró hondo, con las mariposas todavía revoloteando en el estómago, y se encaminó hacia la cocina sin dejar de teclear.

Elaine:
Bien. Siento haberte dejado así ayer

Dejar el móvil en la encimera. Cafetera. Desayuno. Una nueva notificación que casi la hizo lanzarse sobre la mesa para mirarla:

Ban:
No te preocupes. No voy a juzgarte por ello, créeme ;-)

Elaine:
*No seas tonto. Es sólo que no me gusta dejar a la gente con la
palabra en la boca*

Ante aquel mensaje, Ban no respondió enseguida y Elaine temió haber dicho algo inconveniente. Pero casi se le cayó el móvil de las manos cuando comprobó que empezaba a vibrar y en la pantalla aparecía un símbolo de llamada. La joven lo miró con el corazón al galope, sin saber qué hacer. No era desconocido para ella que por el Chat se podían hacer llamadas, pero... ¿Qué debía hacer? Al final, la parte deseosa de volver a oír la voz de Ban ganó la partida y su pulgar deslizó el marcador verde antes de acercarse el teléfono a la oreja.

—¿Diga? —respondió en voz baja.

—Ajá, sospechas confirmadas —repuso una voz jovial de barítono al otro lado, haciéndola estremecer.

—Tonto ¿qué dices? —lo amonestó sin maldad y casi sin pensar—. ¿Qué sospechas?

Para su tranquilidad, Ban se rio por lo bajo al otro lado.

—Bueno, sólo quería comprobar si era cierto lo que acababas de decir... —murmuró, de una manera que casi parecía un ronroneo y puso a Elaine todo el vello de punta—. Pero veo que es verdad.

La joven sacudió la cabeza, temblando casi sin ser consciente de ello.

—¿Elaine? —llamó Ban de nuevo, ante su falta de respuesta.

—Sí, perdona... —La muchacha sacudió la cabeza, tratando de centrarse y no actuar de forma tan adolescente—. Es que... confieso que me has pillado por sorpresa. No esperaba que me llamaras...

—¿Te incomoda? —quiso saber él, al cabo de un breve lapso de silencio.

Casi parecía inseguro y Elaine se apresuró a sacarlo de su error. ¿Incomodarla? ¿Estaba loco?

—¡No, claro que no! —reaccionó, notando sus mejillas arder y agradeciendo que no pudiera verla—. En realidad, no soy muy de mensajes y prefiero hablar directamente, si puedo...

Ban repitió aquella risita encantadora.

—Lo cierto es que yo... tampoco estaba seguro de esto —confesó él de inmediato—. Pero... ¡qué coj...! ¡Diantres! —se corrigió de golpe, haciendo que Elaine casi se echase a reír. ¿Acababa de contener una palabrota por hablar con ella? ¿En serio?—. Perdón. Sólo quería decir que prefería hablar directamente contigo, también —explicó—. Perdona si ha sido muy intrusivo.

—¡Para nada! ¡No te preocupes! —respondió Elaine, casi mordiéndose los carrillos para evitar la risa ante aquel alarde de cándida sinceridad—. Pero... como te comentaba, entiendo lo que quieres decir. Al final el Chat es muy frío.

—Sí, justo eso —confirmó Ban, en un tono que sonaba bastante más tranquilo y que a Elaine le resultó casi tierno—. Así que... ¿ayer tenías mucho lío?

Elaine dio un trago a su té y miró por la ventana hacia una mañana espléndida.

—Sí. Lo dicho, perdona la despedida tan brusca...

—No te preocupes. Espero que todo esté bien.

—Sí... Bueno, en realidad, salí con una amiga. —A Elaine le pareció escuchar una risita animosa al otro lado y se mordió el labio—. La pobre está como loca porque le han propuesto una cita medio a ciegas para esta tarde, en realidad.

Tras esa frase, hubo otra serie de segundos de súbito silencio que extrañaron a Elaine. Pero Ban respondió enseguida en el mismo tono de antes y la muchacha pensó que eran imaginaciones suyas.

—Interesante. Seguro que lo pasa genial.

Elaine rio aprovechando que él no podía verla.

—Sabiendo lo poco en el mercado que estaba últimamente, este le ha tenido que dar fuerte... Aunque supongo que me mantendrá informada de todo, como de costumbre. De hecho, está tan nerviosa que me ha pedido que la acompañe hoy hasta el sitio de la cita... —rio de nuevo, sin poder evitarlo—. Así que imagínate.

Sin embargo, su comentario sólo generó otro misterioso silencio al otro lado. Elaine frunció el ceño aún más si cabía. ¿Qué estaba sucediendo? Pero la siguiente pregunta de Ban y el tono tan bajo que utilizó casi la hicieron estremecer de dulzura, olvidando toda reticencia:

—¿Sois muy cercanas?

Elaine reflexionó por un instante, removiendo la taza con la cuchara.

—Casi como hermanas —confesó al fin, aunque algo en aquella pregunta parecía seguir fuera de lugar, a pesar de todo—. ¿Por qué lo preguntas?

De nuevo otro pequeño lapso y, entonces, Ban soltó un suspiro que parecía mezclado con una risita y que Elaine no supo cómo interpretar.

—Curiosidad, nada más —comentó, en un tono que despejó un poco sus dudas. Aquel tono grave pero cadencioso que tenía hacía que a Elaine se le dispararan todas las señales internas femeninas sólo de escucharlo, pero jamás lo confesaría en voz alta—. Oye, tengo que dejarte ahora —agregó él entonces—. ¿Te parece si... hablamos esta tarde-noche?

—Claro —respondió ella, algo triste por dentro porque se acabase aquella primera conversación—. Yo también tengo cosas que hacer. Luego hablamos ¿vale?

—No me lo perdería —murmuró Ban al otro lado, haciéndole contener un suspiro a duras penas—. Hasta luego, señorita...

—Adiós...

Cuando Ban colgó, se quedó mirando el móvil durante unos segundos. Preguntándose, en el fondo, si no estaba actuando como el imbécil que se había jurado no ser hacía mucho. Pero era irremediable: en cuanto evocaba aquel cabello rubio y esos ojos avellana, perdía la cabeza quisiera o no.

«Idiota», se amonestó por enésima vez en los últimos tres días. «Despierta de una puñetera vez a la realidad. “Tú” realidad».

Sin embargo, por mucho que se esforzó por concentrarse en otras cosas durante toda la mañana, la imagen de Elaine y su primera conversación por teléfono volvían una y otra vez a su cabeza. Tras desayunar y hacer algo de ejercicio en el gimnasio del apartamento como de costumbre, el bailarín decidió comer algo rápido, pero sano; e ir al casino a esperar a “su cita”. Aunque su turno fuera “de tarde-noche”, sí que era verdad que en ocasiones Wan Zhu le dejaba gestionar su tiempo de ensayo sin cortapisas en los días laborables; siempre y cuando llegase a sus sesiones de espectáculo como un reloj. Aunque, en honor a la verdad, había algo en él que aquel día no agradecía esa libertad en absoluto.

«Maldito Malcolm», gruñó para sí, molesto.

También era verdad que no pensaba salir más de una vez con la otra amiga de Vanessa, por compromiso, pero tampoco era estúpido. Si su cita era, en efecto, amiga a su vez de Elaine, tenían que habérselo contado. Y ella le había dicho que una amiga que era “casi como una hermana para ella” iba a tener una cita, aunque no le había dicho cómo se llamaba. Al pensarlo, Ban se estremeció con violencia: y ¿si su cita era justo “esa amiga”? ¿Por qué Elaine no le había preguntado directamente? ¿Acaso...?

—Imbécil. Piensas demasiado para tu propio bien —se amonestó de inmediato, tratando de alejar aquellas incómodas reflexiones de su cabeza.

«¿Qué me está pasando?», se preguntaba, en cambio, una y otra vez.

El problema era que al evocar a Elaine, por un lado, se odiaba por tener tanta debilidad ante aquellos ojos de avellana; pero, al mismo tiempo, su recuerdo le provocaba un dulce escalofrío que creía olvidado desde hacía años. Aunque estuviese fuera de su alcance y Ban fuese consciente de ello, cierta parte oculta de su ser clamaba desde hacía más de un lustro porque alguien como ella se fijase en él. No podía negarlo.

Sacudió la cabeza, incrédulo. Siempre le había hecho gracia cómo Jill y Deirdre, por ejemplo, volcaban sus atenciones en Wan Zhu; que, sin ser un

Alto, tenía suficiente dinero casi para serlo. Ban, a pesar de todo, siempre había entendido un poco sus aspiraciones. En un mundo como el suyo, donde la línea entre ricos y pobres estaba tan marcada, saltar de un lado a otro y ascender en la escala era cuestión de habilidad y suerte. Si el destino estaba contigo, el trato podía ser beneficioso para ambas partes. Y, aun así, Ban seguía negándose a intentar salir del hoyo de aquella manera. Bastante tenía ya con la letra pequeña de su trato con Goliath...

Además, una parte de él se rebelaba sin dudarlo ante la mera posibilidad de intentar camelarse e implicar a Elaine para medrar. Era curioso: habían cruzado apenas cuatro palabras. Pero, casi desde que la vio, Ban había notado algo diferente abriéndose paso en su pecho sólo con oír su voz. En un mundo donde todo el mundo engañaba, robaba y mataba por ser más que el resto; donde todo estaba recubierto por tintes, joyas falsas y peores intenciones, aquella muchacha rubia parecía sacada de otro planeta. Tranquila, natural y sencilla.

A veces, cuando hablaba con ella casi quería poder arrancarse el corazón para seguir sin sentir nada, como llevaba haciendo cinco años. Si Elaine sufría por su culpa no se lo perdonaría nunca. Aunque le hubiese encantado oírla de nuevo aquella mañana, una parte de él era consciente de que no podía ofrecerle más que amistad si no quería ponerla en peligro. Fuera como fuese, el bailarín tenía clara su situación. Y aquella descartaba con toda certeza cualquier posible relación con Elaine, aparte de intercambiar algún que otro mensaje. Incluso aunque algo en el fondo de su ser deseara más.

«A lo mejor si me ve hoy con su amiga, decide alejarse ella...», se intentó convencer, mientras entraba por la puerta frontal del casino.

Aunque, por supuesto, con aquella reflexión sólo logró sentirse como un cretino integral.

—Hola, Ban —saludó Malcolm desde la barra, tan alegre como siempre, en cuanto lo vio aparecer—. ¡Qué temprano!

—Lo mismo digo. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Malcolm hizo un mohín de disgusto.

—Uf. Bueno, digamos que el inventario de la barra no ha terminado aún y he preferido venir antes de la hora...

—¿Aún no? Mira que sois lentos... —lo regañó Ban, sin maldad.

—Sí, tú riéte que no tienes que hacerlo —refunfuñó Malcolm, aunque enseguida se inclinó sobre la barra con actitud solícita—. ¿Has comido?

¿Quieres un café?

—Sí. Un irlandés, por favor... Creo que hoy lo voy a necesitar.

Malcolm lo observó de lado ante su comentario, de una forma que hizo estremecer a Ban mientras se sentaba en uno de los taburetes.

—Por cierto... ¿Has sabido algo de Meredith en los últimos días? —inquirió, cambiando de tema.

Pero Ban se tensó casi por instinto y miró a su alrededor, temiendo que hubiese más empleados del casino por allí a horas tempranas para el horario laboral.

—No digas su nombre muy alto, imbécil —masculló, de cualquier forma, inclinándose hacia su amigo—. Vosotros lo sabéis, pero no quiero que se entere el resto del casino de que soy el chapero de esa zorra. O eso, o seguro que me meto en líos.

Malcolm le dirigió una mirada extraña.

—Pues... Si quieres preocuparte más, de vez en cuando pasa por aquí a deshora y la oigo pregonar con sus íntimas que te mete en su cama —le confió, sin ápice de humor—. Pensé que lo sabías...

Ban apretó los dientes. Joder, qué difícil se lo ponían a veces para no saltar y estrangular a alguien. No, claro que no lo sabía, pero eso sólo lo enfurecía y hacía que odiase más a aquella abusadora de pelo sin color.

—Mierda... —se limitó a mascullar, mirando el fondo de su vaso y sin atreverse a encarar de nuevo a Malcolm.

Si era sincero consigo mismo, más que la posible denuncia por prostitución o similar, en su fuero interno y más rebelde el bailarín esclavo prefería que el hecho de ser el juguete de aquella despreciable mujer quedase entre los muros de su dormitorio. Bastante tenía ya que aguantar, como para que la gente hablase.

—Lo cierto es que... me da rabia, Ban —dijo entonces Malcolm, obligándolo a levantar la cabeza—. Te mereces algo mejor que el hecho de que te traten como a un trapo.

Ante aquel apoyo tan franco, el bailarín no pudo evitar esbozar una mueca agradecida, no exenta de cierta amargura.

—Gracias, amigo. —Le dio un trago pensativo a su café con licor, su favorito cuando no quería pensar—. Para bien o para mal, al menos Samael me trata bien...

Malcolm hizo un gesto vago con el cuerpo, como si estuviese de acuerdo con él sólo a medias, pero no insistió. En cambio, sus ojos verdes

brillaron de golpe con un aire malicioso, que Ban también conocía, en cuanto sus miradas se cruzaron de nuevo.

—Y, hablando de cosas más felices... ¿Has “conectado” ya con Elaine?
—quiso saber el camarero.

Ban frunció los labios, sardónico.

—Y ¿a ti que te importa, capi?

El otro le devolvió el gesto con idéntica actitud.

—Vamos, Ban. Que nos conocemos...

Con disimulo, el bailarín apretó los dientes y maldijo a Isabelle para sus adentros con poca convicción; en el fondo, notó que no le disgustaba que su mejor amigo supiera que hablaba con la muchacha de pelo rubio. Y dado que la noche anterior aquel había librado, no había podido asaltarlo hasta ese momento.

—Como te pongas pesado, me voy a ensayar ya antes de la cita... —lo amenazó, mordaz.

Malcolm, sin achantarse, sólo se rio y siguió contando botellas bajo la barra mientras hablaba.

—Vale. Pero recuerda ducharte antes de que llegue, entonces.

Ban le hizo burla, aun sabiendo que él no lo estaba mirando, antes de apurar su café. Sin darse cuenta, la mano le temblaba como a un colegial y procuró serenarse. Ese maldito pulso...

—Oye, Ban. Piénsalo así —intentó animarlo entonces el artífice de todo aquel circo, sin asomo de burla, mientras se incorporaba de nuevo y recolocaba algunas bebidas en el estante a su espalda—. No te comprometes a nada quedar una tarde con esta chica y lo sabes. Relájate —le aconsejó, antes de guiñarle un ojo pícaro—. Además, igual viene acompañada y puedes ver a tu rubita...

Ban se irguió, tenso como la cuerda de un violín mientras recordaba lo mencionado por Elaine aquella mañana. Una parte de su ser deseaba con todas sus fuerzas que no se diera esa casualidad. Pero, por si acaso, se limitó a taladrar a Malcolm con la mirada para hacerle saber lo que pensaba.

—Capi. Como se te ocurra irte de la lengua con el tema de Elaine cuando esta chica llegue... —lo conminó, ronco.

—*Tranquiiilo*, Ban —canturreó el otro, sin apenas inmutarse y sonriendo, conciliador—. Bastante me ha costado que salgas con alguien como para arruinarlo.

Ban inspiró hondo.

«Como si no supieras por qué lo hago», pensó para sí, amargo.

—Además —siguió Malcolm—, si aparte quieres hablar con otras chicas, es asunto tuyo...

Le guiñó un ojo de nuevo y el bailarín bufó, incómodo con aquella conversación, al tiempo que se daba la vuelta para levantarse. Pero, entonces, las vio. Al lado de la chica de pelo azul que acababa de entrar en el casino caminaba una joven que Ban hubiera reconocido en cualquier parte. Y esa certeza fue como si el mundo se hundiera bajo sus pies mientras ambas se giraban, como a cámara lenta, hacia donde él estaba.

A la hora indicada, Elaine y Erica llegaron frente a la puerta del *Fairy Kingdom* y un extraño escalofrío recorrió a la rubia sin que pudiese evitarlo. Aquel lugar, aunque fuese a plena luz del día y no de noche, seguía provocándole sentimientos encontrados. Cuanto antes acabase allí, antes podría irse a la biblioteca un rato y empezar a leer sobre derecho de patentes. Ese mediodía, tras la recomendación de Erica, había conseguido localizar a la abogada que llevaba el tema para los Forest y esta le había recomendado algunos títulos; aparte de, por supuesto, ofrecerle su ayuda si la necesitaba.

El frescor del recibidor, en cuanto traspusieron la puerta, fue un bálsamo frente al calor del exterior; aparte de despertar de nuevo la mente de Elaine a la realidad. Los LED de las ramas falsas estaban apagados, dando al lugar un aspecto mucho menos llamativo que durante las horas de máxima audiencia. Las dos muchachas indicaron entonces al guardia de seguridad que venían a ver a Isabelle y, tras desaparecer unos instantes tras la puerta del fondo de la pequeña estancia, el hombretón volvió con una jovencita de pelo platino que ambas conocían desde hacía tiempo.

—¡Isabelle! —la saludó Erica, encantada, antes de recibir ambas un abrazo de la muchacha—. Dichosos los ojos ¿hace cuánto que no te veía?

—¡Hola, Erica! —repuso esta, encantadora como de costumbre—. Mucho, sí que es cierto. Aunque Vanessa no para de hablar de vosotras...

—¡Ja! Me imagino —comentó la del pelo azul, risueña—. Tenemos mucho cariño a tu hermana, que lo sepas...

Mientras hablaban, las tres jóvenes se adentraron por fin en el casino. Allí los esperaba otro trío de figuras. La primera a la derecha era una chica estilizada de formas generosas y corto cabello castaño. La segunda, tras la

barra, medía cerca de metro sesenta y tenía el cabello rubio y revoltoso tapando dos agudos ojos verdes. Y la tercera figura dio un vuelco al corazón de Elaine en cuanto posó los ojos en ella. Sin que pudiera evitarlo, sus labios pronunciaron su nombre:

—Ban...

Como era obvio, Erica se giró nada más oírla; y, de inmediato, volvió la atención hacia el desconocido de pelo platino. Pero cuál no fue su mayor sorpresa cuando Isabelle, justamente, lo llamó para que se acercara a ellas. Este lo hizo casi como a cámara lenta, mirando primero a la joven rubia como si no existiese nadie más en la sala.

—Elaine. Hola.

Cuando pronunció su nombre, la aludida quiso morir allí mismo. Más en el instante que todos, sin excepción, clavaron los ojos en ella; al tiempo que la muchacha deseaba que todo fuese una horrible pesadilla. De repente, las piezas empezaron a encajar en su cabeza a velocidad de vértigo. Para cuando quiso darse cuenta, se había hecho un silencio sepulcral y espeso entre los presentes, que intercambiaban miradas estupefactas entre ellos cada medio segundo. Al final, sintiéndose algo mareada, Elaine decidió dar el primer paso y abrir la boca; rompiendo la tensión del momento como quien rasga un velo con un cuchillo:

—Bueno, yo... Os dejo. —Como si aquel leve balbuceo hubiese tenido poderes mágicos, los demás parecieron volver entonces a la vida. La joven, por su parte, apartó la vista, sin atreverse a mirar a nadie a la cara antes de murmurar—. Que lo paséis bien.

Tras ella, escuchó un jadeo que casi había aprendido ya a conocer, aunque sólo lo hubiese oído a través del teléfono. Pero fue tan breve, antes de que la voz de Isabelle presentando a Ban y a Erica de manera formal se dejase oír, que Elaine apenas esperó un instante más antes de salir con prisas por la puerta del casino. Con el alma en vilo y, sin apenas ser consciente de ello, con el corazón hecho añicos.

—¡Elaine, espera!

La muchacha tragó saliva y se limpió una lágrima indiscreta, que había escapado de sus párpados sin remedio, antes de girarse. Ya había salido del edificio y había avanzado unos cuantos metros; pero, para su desazón, quien la alcanzaba en aquel instante antes de girar la esquina oeste del casino era alguien que no esperaba.

—Eh. Hola, Isabelle. ¿Qué ocurre?

La otra muchacha, por su parte, pareció sopesar sus palabras antes de decidirse a preguntar:

—¿Estás bien? ¿Va todo... bien?

Elaine tragó saliva y se mordió el labio antes de negar con la cabeza.

—No ha sido un buen año, como sabrás... —resumió, sin responder directamente a lo que Isabelle quería decir.

Esta, por su parte, mostró una mueca comprensiva antes de recuperar la expresión contrita que tenía antes.

—Sabes... a qué me refiero, Elaine. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

La joven rubia la observó con cautela, tratando de intuir por dónde quería ir Isabelle. ¿Cómo encajaba ella en aquel puzle? Pero, entonces, lo supo.

—¿Le diste tú mi número a Ban, Isabelle? —La muchacha de pelo platino, tras dudar apenas un segundo, asintió con cierta tristeza. Pero Elaine, sin poder evitarlo, sonrió a medias—. Bueno, aun así... Gracias. Ha sido genial poder hablar con él, de todas maneras...

—Elaine —la llamó la del pelo platino, cuando aquella ya se giraba de nuevo para irse—. No lo juzgues ¿de acuerdo? No lo hagas. Si quieres culpar a alguien, culpame a mí.

Elaine entrecerró los ojos, queriendo enfadarse. Pero el aturdimiento sólo le permitió preguntar, en un susurro:

—Y ¿por qué iba a culparte a ti?

Isabelle tragó saliva y se acercó más, abrazándose el torso con los brazos en pose avergonzada.

—Porque no supe cuánto le importabas a Ban hasta después de haber concertado la cita con Erica. Si lo hubiese sabido... Yo... Lo siento —finalizó, encarándola apenas con sus grandes ojos azules.

Elaine, por su parte, inspiró hondo, sin querer oír más de aquello. En el fondo, sabía que era una actitud infantil; pero no podía concebir a Ban saliendo con su mejor amiga y, a la vez, que fuera cierto que ella le importaba. En ese instante, simplemente, no era capaz.

—Adiós, Isabelle —se despidió al fin, zanjando el tema sin violencia—. Ha sido un placer verte.

La joven rubia se giró entonces de manera definitiva y se alejó sin mirar atrás. Sin embargo, tras girar la primera esquina y desaparecer de la vista de la benjamina Lionheart, Elaine no pudo contener el llanto por más tiempo. Así, la tristeza la acompañó durante toda la tarde. Tras llamar al chófer

particular de la familia para que fuese a recogerla, dado que era el único medio de transporte que Ken le consentía si viajaba sola a partir de aquella fatídica noche, Elaine regresó a casa sin despegar los labios en todo el trayecto y sumida en sus amargas reflexiones. Aunque llegó cerca de la hora de cenar, apenas tenía estómago para comer dos bocados de la cena que Greta siempre les dejaba preparada en la nevera por la mañana, tras limpiar los apartamentos. La desolación se mezclaba con las lágrimas mientras Elaine, sin quererlo, miraba el móvil de vez en cuando para comprobar si tenía algún mensaje. De hecho, sobre las nueve le llegó un mensaje de Ban; pero casi optó por no leerlo cuando sintió que sus palabras solo lograban herirla, unidas al recuerdo de él frente a Erica.

Ban:

Hola, señorita

Espero que estés bien

Caray, no esperaba verte hoy en el casino, supuse que...

En fin, no importa

Ahora tengo que irme a trabajar pero... podemos hablar mañana?

Un beso

Elaine estuvo a punto de tirar el móvil por la terraza, sintiéndose estúpida. Una y otra vez, como un martillo pilón, la pregunta de “¿Por qué se había fijado en él?” machacaba su cerebro sin piedad. Ni siquiera cuando decidió ponerse a ver una de sus series favoritas en la televisión pudo concentrarse en lo que sucedía en la pantalla. Así, al filo de las once de la noche, cuando por fin decidió acostarse agotada y llorosa, Elaine tomó una decisión de la que esperaba no arrepentirse. Y esa era olvidar a Ban de una vez por todas.

Parte 2 - Apuesta

No puedo remediarlo

A la mañana siguiente, Elaine se despertó sin necesidad de que le sonase la alarma y con un bonito dolor de cabeza, resultado de no haber dormido apenas. Durante varios minutos, tras abrir los ojos la muchacha se mantuvo con la vista fija en el techo, al tiempo que la luz del amanecer empezaba a iluminar su dormitorio con una tonalidad entre anaranjada y violácea que casi la deprimió más. Odiaba esos dos colores.

Con tiento, alargó la mano para consultar la hora y, de paso, ver si había tenido algún mensaje nuevo. Ban no había insistido después de su tierno mensaje de la noche anterior, aunque a la joven ahora le revolvía el estómago sólo el hecho de leer aquellas frases. Pero lo que más le preocupaba no era eso. Erica no había dado señales de vida aún y eso era raro. Por rutina, ambas amigas se daban los buenos días y las buenas noches. Sin embargo, Elaine recordó que ella tampoco le había escrito la noche anterior. Sintiéndose algo culpable y tratando, por enésima vez, de arrinconar sus propios sentimientos respecto a Ban, Elaine tecleó un rápido mensaje a su mejor amiga:

Elaine:

Hola!

Perdona no haberte escrito anoche

Espero que todo fuese bien con Ban

Un besito

Algo más en paz consigo misma, la muchacha se levantó entonces para comenzar su rutina diaria. Sin embargo, cuál no fue su estupor cuando, al ir a mirar el móvil de nuevo mientras desayunaba, se encontró con varios mensajes que no esperaba... de la misma Erica:

Eri:

Anda, mira quién se digna a escribir después de todo...

Pues nada, que sepas que ese imbécil me ha dado largas

Que no le intereso, dice

Supongo que, por supuesto, estaría muy ocupado apuñalándome por la espalda con mi mejor amiga, no crees?

Atónita a más no poder, Elaine tuvo que releer el mensaje varias veces para asegurarse de que lo había entendido bien.

«Pero ¿qué narices...?»

Aquello no era normal en absoluto. Erica y ella, que recordase, no habían hablado así jamás. De ahí que, decidida del todo a solucionar aquel entuerto de una vez por todas, la joven Forest cogiese el móvil y marcase el número de su mejor amiga sin pensárselo dos veces. La muchacha esperó, paciente, hasta casi el último tono. Cuando ya iba a colgar, no sin cierta irritación, la voz de la otra muchacha se escuchó por el auricular.

—¿Qué quieres?

Seca. Directa. Como una patada al estómago. Elaine, de primeras, no supo casi ni reaccionar a aquel saludo tan brusco. Pero Erica tampoco se retiró del auricular, por lo que la joven terminó reuniendo valor para responder:

—Hola... Ah... Eri ¿qué...? ¿Qué ocurre? ¿De qué me hablas?

Al otro lado sonó un bufido tan cargado de desprecio que Elaine casi se cayó de la banqueta del susto. ¿Qué estaba ocurriendo?

—¿Qué pasa? ¿Acaso tienes ganas de que te cuente con pelos y señales lo que ocurrió con tu “querido Ban”? —se burló, en un tono que a la joven rubia casi le provocó ganas de colgar de golpe—. Porque lo conoces muy bien ¿no?

Elaine, por su parte, no podía creer lo que estaba oyendo y, sin quererlo, notó todo el rencor de la noche anterior emergiendo como una ola asesina en su interior. Para cuando quiso detenerlo, era demasiado tarde.

—Pero ¿qué demonios estás diciendo, Erica? Ban y yo no tenemos ningún tipo de relación —se escandalizó, sincera—. Lo conocí de casualidad hace... tiempo, pero no hay nada entre nosotros.

Sin apenas pretenderlo, Elaine volvió a morderse la lengua sobre por qué ella y Ban se conocían. Si Erica ya estaba enfadada, dicha explicación

sólo echaría más leña al fuego y Elaine prefería no tentar a su suerte, a pesar de lo incrédula que ya estaba por aquella llamada.

—Solo digo que podías habérmelo contado —rebufó Erica de inmediato; ignorante de lo que pasaba por su mente, pero cabreada como una hidra de todas maneras—. Y ¿“de casualidad”? ¿Dónde diantre conocería alguien como tú a alguien como él?

Elaine se encogió como por instinto ante aquel dardo directo.

“Alguien como ella”.

“Alguien como él”.

Boqueó, incapaz de contestar a la primera. Fuera como fuese, las malditas jerarquías sociales nunca habían significado nada para las dos muchachas. ¿Por qué lo usaba ahora como arma arrojadiza contra ella? ¿Qué le estaba pasando? ¿Dónde estaba su mejor amiga?

—Erica... —susurró, conteniendo el dolor en su voz cómo fue capaz, pero sin lograrlo del todo—. Escúchame. Tú nunca me dijiste cómo se llamaba él y Ban jamás me contó que tenía una cita contigo. ¿Cómo iba a saberlo? —casi aulló, desesperada y al borde del llanto—. Ha sido todo un tremendo malentendido y lo siento, pero...

Para su mayor congoja, Erica la interrumpió de golpe con una carcajada desdeñosa y alzando la voz a su vez.

—¡Oh, claro! Como si fuera tan fácil encontrar a chicos atléticos de dos metros de alto en Daleth —se mofó, haciendo que Elaine se encogiera aún más sobre sí misma—. ¿Te crees que soy idiota, Elaine? ¡Lo siento, no cuela!

La joven rubia intentó calmarse por todos los medios, apoyando los codos en la encimera de la cocina y la frente sobre la palma de la mano. No podía ser, aquello no podía estar pasando de verdad. Sin embargo, parecía real, “muy” real. Con lentitud, la joven cerró los ojos, se esforzó en respirar con normalidad y respondió, procurando bajar el tono a un volumen normal:

—Erica, escucha: sé que no quieres oír esto, pero creo que estás siendo muy injusta conmigo. —Inspiró hondo ante el nuevo bufido de la otra joven, pero esta vez no se arredró y repitió—. Ha sido un malentendido y punto. No tienes por qué ponerte así.

Después de aquello, para mayor agobio de Elaine, se produjo un silencio espeso al otro lado del teléfono; tan peligroso a oídos de la joven

Forest como una bomba a punto de estallar. En efecto, el golpe de gracia por parte de Erica no se hizo esperar:

—Desde luego, eres única, Elaine —la acusó, en un tono que la aludida casi sintió algo romperse dentro de ella—. Pero única de verdad. Gracias por arruinar mi única oportunidad de pasar página con Howie —le espetó su mejor amiga con acidez, para terminar—. Espero que lo recuerdes el día que dejes florecer tus esperanzas y te las destrocen igual que a mí.

Dicho esto, Erica colgó sin más. Dejando a Elaine pasmada, nerviosa y al borde de un llanto que no se hizo esperar en cuanto apartó el auricular de su oreja. No podía ser. No quería creerlo. ¿Eri y ella, peleadas? ¿Por un chico, además? La joven rubia no podía concebirlo siquiera. Aquello se salía casi de cualquier esquema de vida que hubiera podido contemplar. Pero algo le decía que, a partir de esa conversación, su relación jamás volvería a ser la misma. Elaine suspiró y trató de terminar de desayunar como pudo, aunque había perdido casi todo el apetito después de la discusión. Casi como un autómatas, la muchacha se duchó, se aseó, se vistió y se encaminó hacia el ático Forest como todas las mañanas.

Al ser más temprano que otros días, la joven esta vez se cruzó al llegar con la alegre Greta, que salía de hacer la limpieza en ese momento. Pero, cuando esta le preguntó a qué venía esa cara de plantita pocha, Elaine le dio una respuesta evasiva. La asistenta pareció no quedar muy conforme, pero tenía mucho trabajo en los demás pisos. Por ello, ambas mujeres se despidieron con cordialidad antes de que la benjamina Forest entrase en el hogar familiar.

La rutina no tuvo nada de diferente con respecto a otros días. Levantar a Evelyn, asearla, darle de desayunar y llevarla a su sillón favorito. Sin embargo, cuando Elaine estaba dispuesta a retomar la lectura de aquel día, “Lanzarote del Lago”, una vibración en su bolsillo la distrajo y le hizo cerrar de nuevo la novela, esperanzada porque fuese un mensaje de Erica. Pero, para su irritación y emoción a partes iguales, era de Ban.

«No puede ser», rezongó Elaine para sus adentros, hastiada. «Lo que me faltaba»

Ban:

Eh. Buenos días, señorita

Va todo bien?

Al principio, Elaine estuvo tentada de no contestarle. La sensatez le chillaba que hacerlo sería como traicionar a Erica todavía más, esta vez de frente y sin ambages. Y la joven Forest no estaba dispuesta a seguir cavando la tumba de aquella amistad tan preciada. Aun así, tenía que reconocer que el siguiente mensaje del bailarín la dejó con la curiosidad royendo sus entrañas.

Ban:

Anda, que... No hay manera de que nos encontremos de forma normal, eh?

Además, algo me dice que ayer te puse en un compromiso

Lo siento mucho

Elaine bufó, casi temblando de la inseguridad que la corroía por dentro. No debía, sabía que no. No obstante, la insistencia de Ban mediante una sencilla pregunta que llegó apenas un minuto después, estuvo a punto de tumbar todas las murallas emocionales de la joven de un solo golpe.

Ban:

Podemos hablar?

Elaine dudó, tensa. ¿Debía contestarle? O, mejor ¿debería decirle que sabía que Erica había hablado con ella de que Ban no quería salir con la joven de pelo azul nunca más? No, prefería no precipitarse. Que él le diese todas las explicaciones que quisiera, si le apetecía. Al fin y al cabo ¿quién era ella para meterse en su vida? ¿Qué era ella, en realidad, para él? Probablemente, sólo otra chica más de todas las que de seguro tenía tras su estela. ¿A cuántas más habría roto el corazón como a Erica?

Así, sin reunir tampoco el valor para responder y enfrentarlo, Elaine terminó por dejar el teléfono sobre la mesita auxiliar y volver a abrir la historia del Príncipe del Lago. Pero casi maldijo en voz alta cuando el dichoso aparato comenzó a vibrar con más insistencia. La estaba llamando. Elaine resopló y observó el móvil con sentimientos encontrados. ¿Qué hacer? Cuando la vibración cesó, la joven suspiró, aliviada de no haber tenido que tomar la decisión. Sin embargo, cuando la segunda llamada surgió apenas cinco segundos después, Elaine se rindió a la evidencia. Cerró el libro, lo dejó sobre las rodillas de su madre, se disculpó con ella en

voz baja y tomó el móvil en la mano; alejándose unos metros hacia el mirador antes de descolgar.

—¿Diga?

—Eh, hola —saludó él enseguida—. No estaba seguro de si me ibas a coger...

Elaine, casi sin ser consciente de ello, se tragó una réplica bastante dura. En cambio, musitó:

—Ya, yo tampoco estaba segura. Oye, Ban... —prosiguió, envalentonada—. Yo... Lo siento, pero no deberíamos estar haciendo esto —le indicó suave, pero firme—. No es justo para Erica y los dos lo sabemos.

Ante aquello, para mayor ansiedad de Elaine, se hizo un silencio sepulcral al otro lado. Al menos, antes de que Ban susurrara con seriedad mortal:

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

Elaine inspiró con fuerza.

—Hemos discutido —confesó al final, con la voz ronca—. Y... No ha sido nada agradable, créeme.

Ban resopló al otro lado.

—Oh, joder. Lo siento. Y perdón por el vocabulario.

Aquella disculpa tan sincera, sobre todo a causa de la palabrota, hubiese hecho sonreír a Elaine si no estuviese tan destrozada por dentro en ese instante.

—Lo dices como si jamás hubiese escuchado una palabra subida de tono —murmuró entonces, sin poder evitar un punto de ironía en su voz.

Ban soltó una risita corta exenta de alegría.

—Seguro que menos que yo en mi día a día —aseguró, antes de ponerse más serio todavía—. Pero... Oye, yo... De verdad que lo siento si me he interpuesto de alguna manera entre Erica y tú. No era mi intención.

Elaine se mordió la lengua a tiempo, sobre todo porque aquella confesión la había pillado por sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

Ban pareció tomarse unos segundos para responder mientras Elaine sólo le escuchaba respirar. Cuando volvió a hablar, sin embargo, había bajado la voz a un tono que la muchacha casi tuvo que esforzarse para oírlo:

—La verdad es que ayer... ya me pareció que la situación estaba algo tensa en el casino cuando... Bueno, aparte, si se me ocurría mencionarte en

algún momento durante la tarde, creo que a Erica le sentaba bastante mal... —suspiró con hondura—. Joder, menudo lío... ¡Perdón! En fin, es que yo no esperaba... Yo...

El joven calló de golpe, como si no supiera qué más decir. Parecía realmente afectado y Elaine apenas quería pensar a qué se estaba refiriendo, mientras sentía que algo en ella se derretía sin remedio ante su tribulación. Desde luego, cuando se lo proponía, Ban podía ser el hombre más adorable del planeta. Pero, por si acaso, Elaine decidió cortar por lo sano. Incluso aunque no existiera nada real entre ellos dos... ¿había posibilidad, siquiera?

—Bueno, no le des más vueltas —intentó tranquilizarlo entonces, interrumpiendo su balbuceo sin violencia—. De cualquier forma, Erica es mi mejor amiga y no quiero que sufra, de ninguna manera. Así que... yo tampoco quiero interponerme entre vosotros.

Al otro lado resonó de nuevo esa pequeña risa, aunque parecía más teñida de amargura en esta ocasión.

—Ya... —susurró Ban, casi como si solo pensara en voz alta—. Aun así, no sé si te habrá contado que no... estoy interesado en salir con ella en el futuro.

Elaine inspiró de nuevo con más fuerza si cabía. Así que era cierto. Pero ¿por qué? Esa era la pregunta clave. Y no es que Erica no tuviese atributos de sobra para atraer a quien quisiera...

—Sí, me lo ha dicho —reconoció—. Pero...

«¿Por qué no me dijiste que eras tú su cita, cuando te lo conté?», era la pregunta que le quemaba en la lengua.

Aunque sabía que, si lo decía, quedaría como una chismosa y eso era algo que odiaba de otras mujeres. Él era libre de salir con quien quisiera y ellos dos, en el fondo, no eran nada; apenas sí se conocían. Y, aun así... a Elaine le seguía doliendo la conversación con Erica de aquella mañana temprano, cuando ella le había acusado de no contarle que se conocían. Pero ¿cómo, si no sabía que el misterioso bailarín era él? ¿No se suponía que su cita había sido casi a ciegas? Que Elaine recordara, sólo supieron sus nombres cuando se encontraron en el casino, pero...

La joven suspiró, rendida. Lo cierto era que estaba hecha un lío y no sabía qué pensar. Aparte de esa molesta vocecita en su cabeza que le decía que tenía que haberle hablado a Erica del asalto de la noche del casino, pero Elaine sentía aún más terror ahora si cabía a confesárselo. Quedaría como una niñata y una cría que sólo miraba por sí misma. Por otra parte, también

había algo en su fondo más profundo que hubiera querido estar en el lugar de Erica la tarde anterior. Y esa parte, quizá, era la que más la aterraba y excitaba a partes iguales.

—¿Pero...? —insistió Ban, al cabo de un par de segundos. Y, al ver que ella seguía sin responder, agregó en un tono algo más angustiado—. Elaine ¿estás ahí?

—¿Qué? Sí, perdona. Estaba... —Elaine intentó inventarse una excusa para no quedar como una idiota, bajando de las nubes en un instante—. Sólo asegurándome de que mi madre está bien. Es... complicado.

Ban hizo un sonido triste al otro lado del auricular.

—Sí, creo que algo sé de situaciones complicadas.

Elaine tragó saliva.

—¿Por qué... no me contaste que eras tú, Ban?

Ya estaba, lo había dicho. El joven, por su parte, pareció tomarse su tiempo para responder antes de inspirar hondo y susurrar:

—Es... complicado, también.

Elaine hizo una mueca. Así que lo había entendido, pero no pensaba responder claro. ¿En serio iban a jugar a ese juego?

—¿No te gusta salir con chicas? —indagó, entonces, pensando que quizá era homosexual.

Desde luego, eso podría explicar que alguien no sucumbiera ante la despampanante Erica. Pero la respuesta evasiva que Ban le dio a continuación casi picó más su curiosidad:

—No es eso. Es... complicado —repitió, como si eso explicara todo. Al menos, antes de agregar—. Digamos que no soy... el chico ideal.

Elaine se mordió la lengua a tiempo para no decirle que, en realidad, era bastante adorable. De hecho, al salir del casino, por un instante y entre lágrimas de dolor, casi le hizo gracia saber que aquel dulce muchacho de ojos caramelo que la tenía en las nubes era en realidad un bailarín nocturno. Sin embargo, Elaine aún no era capaz de darle nombre a ese sentimiento que se alojaba en su pecho cada vez que hablaba con él. Y no estaba segura, después de todos los acontecimientos y las conversaciones de las últimas veinticuatro horas, de si de verdad quería hacerlo.

—No digas bobadas —lo contradijo, de todas formas—. Además, Erica y tú pegáis muy bien juntos... ¿Por qué no darle una oportunidad?

Esta vez, para su sorpresa Ban se rio con más ganas.

—Hagamos una cosa. Si te cuento lo que pasó en realidad y por qué acepté quedar con ella ¿podremos seguir hablando como hasta ahora?

Elaine sintió las mejillas arder. En el fondo, aquel chico conseguía dar en sus puntos débiles sin esfuerzo.

—Está bien —aceptó, algo a regañadientes—. Soy toda oídos.

Ban le confesó entonces, para su pasmo absoluto, que sólo había aceptado salir con Erica porque su mejor amigo, el novio de Isabelle, lo había retado a un pulso y había hecho trampas para ganar. Elaine casi se echó a reír cuando él terminó el relato, de lo atónita que estaba, pero se contuvo cuando él agregó que tampoco supo quién era la misteriosa mujer a la que iba a conocer hasta el día anterior. En ese instante, la joven apretó los labios al notar un nudo apretando su estómago. ¿Eran celos?

—Erica es muy buena chica —murmuró, cándida; intentando de nuevo convencerlo de que siguiera la relación, pero tratando de descartar al tiempo esa tenaza al rojo vivo que parecía estar ciñendo sus entrañas sólo de imaginarlos juntos—. Créeme que, si le das una oportunidad, no te defraudará.

Ban resopló al otro lado, aunque con cierto humor.

—Es una lástima, porque no me atrae en absoluto —confesó entonces, haciendo a Elaine erguirse con interés—. En fin, sí: es buena chica y tal. Pero...

—¿Pero...?

Si hubiera podido, la joven se hubiese arrancado de golpe las mariposas que aquella vacilación le provocaba en el estómago. Ban, por su parte, se quedó en silencio un instante al otro lado antes de responder.

—No es mi tipo, vamos a dejarlo así.

Elaine enarcó una ceja, encarando la ciudad al otro lado de la ventana. ¿Qué quería decir?

—Y ¿cuál es tu tipo? —preguntó, casi sin pensar en ello.

Para su sorpresa, Ban liberó lo que parecía ser un extraño gruñido al otro lado que la muchacha no supo interpretar.

—¿Por qué quieres saberlo? —la tanteó entonces, haciendo que la joven dudase.

—Bueno, supongo que sólo es curiosidad, pero podría entender que no quisieras decírmelo. —Él, por su parte, tampoco dijo nada más y, durante otro breve lapso, un nuevo silencio tenso e incómodo se instaló entre ambos—. ¿Ban? ¿E...? ¿Estás ahí?

Un suspiro casi inaudible y, acto seguido, su voz melodiosa de barítono se dejó escuchar de nuevo.

—Sí, sigo aquí.

Elaine se mordió el labio, hecha un lío desde hacía rato, pero sin ser capaz de soltar el auricular. Por alguna razón, necesitaba seguir oyendo su voz.

—¿He dicho algo que te molestara? —quiso saber entonces.

Para su mayor estupor, el rio con ganas casi de inmediato.

—¡No, claro que no! Es sólo que... —Ban pareció dudar al otro lado—. Bah, no importa. Supongo que prefiero hablar estas cosas en persona, pero entiendo que no está la situación muy tranquila como para que tú y yo... ya sabes...

A Elaine se le secó la boca de golpe, al tiempo que un extraño nudo se apoderaba de su estómago. Salir con Ban ¿en serio? Pero ¿qué diría Erica? Aunque él la hubiese rechazado, Elaine se sentía como si la estuviera apuñalando por la espalda, ahora de verdad. ¿Qué hacer?

«Bueno, quedar para aclarar las cosas no te compromete a nada ¿no?», susurró entonces su parte razonable y, también, más deseosa de quedar con Ban. «Es lo que hacen dos adultos responsables».

Elaine suspiró, no del todo segura; pero percibiendo, de alguna manera, que era lo correcto. Aunque, para responder, sólo logró balbucear un:

—Oh, ah... Bueno, si estás libre esta tarde...

Una suave risita al otro lado casi aumentó el rubor sobre las mejillas de la muchacha. Sin saber cómo, la tormenta había pasado y ahora la situación entre ambos parecía haber vuelto a la normalidad. Y Elaine, por un instante, lamentó haber decidido dejar de hablar con él durante el arrebato de la noche anterior. Aunque quisiera, no podía resistirse y lo sabía.

—Tendría que organizarme —repuso entonces Ban, provocando a la joven una extraña alegría—, pero... Sí, podría después de comer. De hecho, conozco un sitio súper tranquilo cerca de la orilla del Kent donde podremos hablar y dar un paseo. —Elaine procuró serenar su corazón antes de aceptar, a su vez, aquella propuesta—. De acuerdo. Pues... ¿Te parece sobre las dos y media en Meathop, frente al Sundrops?

—Claro. Nos vemos allí. Hasta luego, Ban.

—Hasta luego, señorita. Nos vemos.

El resto de la mañana pasó para Elaine como en una nube. Aunque la parte más leal a Erica se lo reprochara, el lado de su ser enganchado a Ban casi le hizo olvidar la discusión de aquella mañana. Además ¿no iban a aclarar las cosas? Aunque no fuese exactamente lo que la joven deseaba, o creía desear, quizá ser amigos podría ser un buen comienzo. Al fin y al cabo ¿qué sabían el uno del otro? A la muchacha, sin dudarlo, le mordía la curiosidad conocer más cosas sobre él. Tan diferente a ella en todo... Era como una nueva aventura.

Cuando terminó de comer, una entusiasmada Elaine se despidió de Irina y su madre y salió casi a la carrera del ático. Con tan mala suerte que por poco no se dio de bruces con su hermano mayor, que aguardaba en el umbral.

—¡Elaine! —la reprendió él, asustado.

La aludida frenó a tiempo, retrocediendo un par de pasos para encararlo.

—¡Ken! —jadeó, incrédula. ¿Desde cuándo su hermano subía a aquellas horas?—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

El joven, para su mayor intriga, se pasó la mano por el corto cabello castaño con aire inseguro antes de atreverse a contestar.

—¿Tienes un momento? —le preguntó a su hermana. Tenía un brillo en los ojos que Elaine no recordaba haberle visto en demasiadas ocasiones; pero que, irremediablemente, le llamó la atención—. Quiero enseñarte algo importante.

La joven lo miró con la cabeza ladeada, sin saber muy bien qué decir.

—¿Qué es? —inquirió, por si acaso y sin poder disimular cierta curiosidad.

A lo que Ken hizo algo que llevaba casi dos años sin hacer. La cogió de la mano, mostró media mueca misteriosa y le susurró:

—¿Confías en mí, hermanita? —Esta, picada por el juego, asintió. Y Ken, antes de tirar de ella hacia el ascensor, añadió—. Genial. Porque, créeme: esto no te va a decepcionar en absoluto.

Alguien en quien confiar

El pasillo al que Ken la condujo, situado en la planta veinte de la Torre Forest, Elaine recordaba haberlo pisado en contadas ocasiones a lo largo de su vida. Las señales de peligro, riesgo nuclear y toxicidad radiactiva, repartidas cada escasos metros sobre las diferentes puertas cerradas a cal y canto, habían constituido siempre un elemento disuasorio para los dos pequeños Forest. Sin embargo, ahora Ken era su padre, como quien diría; por tanto, tenía acceso libre a aquellas dependencias a las que antes ambos apenas podían asomar la nariz.

Aun así, Elaine no se sentía del todo cómoda en aquel lugar, mientras contenía por enésima vez el impulso de preguntar a su hermano mayor qué era lo que estaban haciendo allí. Unos metros más allá, este se detuvo frente a una puerta doble, marcada con las consabidas señales de riesgo radiactivo. Elaine se situó tras él con el corazón en un puño. Ken llamó con los nudillos muy suavemente y, unos segundos después, una cabeza morena y rizada asomó por el hueco. Al comprobar quiénes eran los visitantes, su interlocutor se inclinó con respeto ante la cabeza de la empresa.

—Señor Forest —lo saludó, como correspondía—. Bienvenido.

—Gracias, Sayid. ¿Está listo?

El hombre moreno asintió, no sin antes dirigirle también un educado saludo a Elaine.

—Señorita Forest.

Ella le devolvió el gesto, sin apenas despegar los labios. Sayid los condujo entonces al interior de las puertas dobles, donde se abría una pequeña antesala oscura y atestada de armarios cerrados. Las únicas salidas visibles eran la puerta que dejaban atrás y otra, acristalada, que quedaba frente a ellos y daba a quién sabía dónde. Elaine notó una ligera ansiedad antes de que Sayid, moviéndose con la agilidad que da la experiencia, les entregara un traje de protección a cada uno de los hermanos y los instase a ponérselo. La muchacha resopló antes de obedecer, comprobando cómo su hermano la miraba por el rabillo del ojo. Elaine contuvo una mueca contrariada mientras terminaba de enfundarse aquel trasto ortopédico, pensando sin querer en que iba a llegar tarde a su cita. ¡Ban! ¿La estaría esperando? Dentro de aquella carcasa plástica, con los guantes y todo, la

joven no podía siquiera mirar el reloj. Maldijo para sus adentros con nerviosismo mientras Sayid, como detalle final, les entregaba a ambos la última pieza del mono: el casco con revestimiento metálico.

Elaine tragó saliva antes de metérselo por la cabeza e hizo un esfuerzo por respirar con normalidad. El traje era engorroso y olía a sudor, quizá de la persona que lo había utilizado antes que ella. Pero, cuando vio que su hermano seguía a Sayid sin rechistar a través de la misteriosa puerta acristalada, tras meter esta una clave en un teclado lateral a la misma, Elaine bufó y optó por hacer lo mismo. Entrar en aquella sala no le hacía ninguna gracia, de cualquier forma; tan sólo el brillo que había atisbado un rato antes en los ojos de Ken, frente al ático, la hacía seguir adelante y tratar de elucubrar sobre qué le aguardaba más allá.

Al otro lado del vidrio doble, los dos jóvenes Forest y Sayid se encontraron entonces en un compartimento estanco; el cual se llenó, en un instante, de una nube gaseosa desinfectante. Elaine contuvo la respiración casi por instinto, pero Sayid la tranquilizó tras ver su tensa postura:

—Tranquila, señorita Forest. Al igual que muchas otras cosas, este producto no entrará en el traje.

Elaine asintió, aunque no se explicaba cómo podía oírlo de forma tan nítida embutida en aquel armatoste. No obstante, como si hubiera leído sus pensamientos, Sayid se tocó el aparato negro y diminuto junto a la base del cuello del traje y la muchacha casi quiso abofetearse por idiota: comunicación inalámbrica, claro. La joven bajó la cabeza, avergonzada por ser tan infantil y predecible, al tiempo que otra puerta acristalada se abría frente a ellos. Al otro lado, un laboratorio de tamaño medio se mostró ante sus ojos. En el interior sólo había otra persona trabajando, enfundada en su traje y afanada en observar algo a través de un gran microscopio. Sayid los guio hasta allí.

—Theresa —llamó a la científica bajo el traje. Esta levantó la cabeza y mostró una blanca sonrisa en su rostro del color del chocolate espeso—. ¿Está listo?

La mujer se tomó un instante para activar su micro radio y poder así comunicarse con todos en la sala al mismo tiempo.

—Se están portando muy bien hoy —anunció, no sin cierto orgullo mal disimulado, antes de apartarse con una zancada e indicar a los recién llegados que podían aproximarse.

Los dos obedecieron despacio. Pero Elaine se quedó pasmada cuando, en vez de adelantarse él, Ken le cedió el paso en el último momento. Lucía una sonrisa indescifrable tras el visor del casco y Elaine enarcó una ceja de muda interrogación.

—Vamos, míralo —la instó entonces su hermano—. Era esto lo que quería enseñarte.

La joven dudó un instante, mirando de manera alternativa a los tres adultos a su alrededor. Sin embargo, ante la muda insistencia de todos ellos, se giró con el alma en vilo y se aproximó al microscopio; sin saber qué se iba a encontrar, pero sin anticipar tampoco lo que iba a ver al otro lado.

La placa en sí no parecía tener nada de especial: un fondo de cultivo enriquecido de color azulado transparente y diminutas formas que se movían sobre su superficie. Sin embargo, estas explotaban, cada pocos segundos, en curiosas estelas de luz entre blanquecina y violeta que permanecían activas durante varios segundos. Al tiempo, una especie de sustancia de color borgoña distribuida por la placa parecía ir desapareciendo de forma gradual. Era como si...

Atónita, Elaine se levantó casi de golpe para encarar a su hermano. Este seguía sonriendo y, ahora, la joven creía entender por qué.

—Ken... —susurró, emocionada—. Esto...

Su hermano asintió, cruzó una mirada con Theresa y Sayid y, finalmente, pronunció:

—Sí, Elaine. Es una realidad. El sueño de papá... —puntualizó, con la voz quebrada de emoción, acercándose para tomar las manos que ella le tendía— se ha hecho realidad.

Cuando salieron por fin del laboratorio, pocos minutos después, a Elaine casi le temblaban las manos de excitación. Por un instante, había olvidado a Ban, a Erica, a su madre... Todo, sólo para centrarse en aquella expresión de felicidad que su hermano mantenía en el rostro. Si recordaba bien, hacía muchos meses que la muchacha no veía a Ken tan pletórico por algo. Mientras se quitaban los trajes, los dos jóvenes apenas podían evitar lanzarse miradas elocuentes y casi reír por lo bajo, tal era la emoción que recorría sus cuerpos. Elaine, por un instante, meditó aprovechar el momento para tener una conversación larga con su hermano y disculparse de una vez por todas. No obstante, el momento pasó en el instante en que ambos

salieron de la sala y, para desazón de la primera, se encontraron a la asistente de su hermano plantada junto al umbral con expresión severa.

—Barrows. ¿Qué ocurre? —quiso saber Ken, tras despedirse con educación de Sayid y mientras Elaine hacía otro tanto.

La asistente, por su parte, se limitó a tender al joven una carpetilla en la que no parecía caber otro documento más. Ken lo observó con una expresión rara en el rostro, como si acabase de retornar de golpe del mundo de los sueños; al menos, antes de hojearlo por encima. Un instante después, se lo devolvió a Barrows con firmeza. Ahora él también tenía una expresión severa que a Elaine le hizo añorar la alegría del laboratorio. Pero la vida seguía y así lo demostró la siguiente frase de Ken:

—Dícales a los miembros del consejo que subiré enseguida. Este retraso es imperdonable, pido disculpas por ello.

Su hermana lo observó preocupada, pero él apenas se giró para mirarla mientras enfilaba el pasillo hacia el ascensor. Elaine lo siguió, ya que no tenía más remedio que salir por el mismo lugar que él de aquel pasillo. Sin embargo, cuando Ken ya se iba a adentrar en el pequeño transporte, el hecho de que Elaine no lo siguiera lo hizo girarse de golpe; casi como si acabase de caer en la cuenta de que ella seguía allí.

—El. ¿No vienes?

“El”.

De nuevo. ¿Cuánto hacía que no la llamaba así, con aquel cariño? La joven sacudió la cabeza en un gesto negativo; no solo para responder a la pregunta sino también para liberarse cuanto antes de aquella sensación amarga que la corroía por dentro.

—Tengo que salir a un recado con Clarence. Ve a tu reunión —expuso con sencillez—. Volveré pronto, te lo prometo.

Ken pareció dudar, pero al final asintió con sencillez y se despidió de ella, sin más discusión. Cuando las puertas se cerraron frente a ella, Elaine estuvo tentada de dejarse caer en la pared opuesta, exhausta. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil con Ken? Por un instante, junto al microscopio, la muchacha había vuelto a sentir algo que llevaba meses sin percibir: el cariño entre los dos hermanos. Intacto. Puro, como siempre. Pero la vida seguía ¿verdad? Y Elaine se preguntaba, no sin congoja, si el tiempo no terminaría de romper su relación con Ken para siempre. Aunque su tristeza se transformó casi en histeria cuando comprobó que ya eran las dos de la tarde. A la carrera, entró al ascensor en cuanto este abrió las puertas y

taconeó sobre el suelo con impaciencia durante todo el trayecto hacia la planta baja de la Torre. Tenía que encontrar a su chófer y llegar al centro antes de las dos y media. Por suerte, el bueno de Clarence Baxter estaba en su puesto cuando ella llegó y no dudó en arrancar el coche en cuanto se lo solicitaron.

«Maldita sea», rezongó Elaine para sí mientras enfilaban la Avenida Macintosh.

Porque, pensaba, si no estaba allí a la hora indicada ¿Ban la esperaría? Aparte de que odiaba ser impuntual, por el bien de su corazón, Elaine rezaba con todas sus fuerzas porque él siguiese allí cuando ella llegara.

El gimnasio de Grial, el distrito donde Vanessa vivía con su familia, estaba atestado a aquella hora de la tarde. Y eso que, para la mayoría de los asistentes, era probable que el almuerzo sólo acabase de terminar. Claro que, siendo entre semana, muchos de ellos aprovechaban ese pequeño rato entre horas de trabajo para ejercitarse un poco. Vanessa suspiró. No los envidiaba. De hecho, esperaba que su trabajo no terminase siendo una rutina de oficina tan aburrida...

—¡Vane!

La aludida se giró, al tiempo que cerraba su taquilla y veía a Erica acercarse desde el otro lado del vestuario.

—¡Hola! —la saludó con camaradería—. ¿Lista para una sesión intensa?

Para su sorpresa, una Erica que otros días hubiera aprobado el plan sin dudar, esa vez sólo mostró un gesto indefinido antes de empezar a dejar las cosas en otra taquilla cercana.

—¡Eh! ¿Va todo bien? —quiso saber la joven de pelo morado, sentándose en el banco más cercano a su amiga.

Erica, por su parte, tardó unos segundos en contestar mientras se cambiaba sin pudor frente a ella.

—Vanessa. ¿Tú sabes cuánto se conocen Elaine y Ban?

La aludida frunció el ceño, tratando de ubicar el segundo nombre. Cuando lo hizo, su gesto se tornó en genuina sorpresa.

—¿Elaine con Ban? ¿Con el bailarín? —Y, ante el asentimiento contrito de Erica, puso los ojos en blanco—. ¡Por favor, tía! Pero... ¡Si son la noche y el día! ¿De qué se van a conocer? —casi rio, de no ser porque Erica

permanecía mortalmente seria frente a ella—. Además ¿no estabas saliendo tú con él? ¿Qué ha pasado?

La muchacha de pelo azul suspiró mientras se ponía el top de entrenamiento y se ajustaba las mallas.

—Ese idiota me dio largas esa misma tarde —musitó con amargura evidente, sin mirar a su amiga. La cual, decir que estaba perpleja ante aquello era quedarse muy corto—. Además, sé que se conocen —prosiguió Erica, girándose con expresión dura—. Cuando Elaine me acompañó a la cita se saludaron con una familiaridad que tendrías que haberlo visto.

Vanessa enarcó una ceja, tratando sin éxito de encajar todas las piezas en su cerebro. ¿Cómo era posible? Aunque, si lo hubiera sabido... ¿Hubiera mediado por Erica? Sacudió la cabeza. Fuera como fuese, no tenía respuesta, pero odiaba ver a la siempre optimista benjamina Franklin con tal expresión de funeral en la cara.

—Oye, y ¿por qué no le preguntas a ella? —tanteó, nada más salir ambas al pasillo de los vestuarios, mientras se encaminaban hacia la sala de máquinas.

Sin embargo, Erica negó con cierta tozudez que a Vanessa le escamó.

—Porque no quiero —refunfuñó su amiga—. No me ha contado nada de cómo se conocieron, no me habló de él y dice que es que “no sabía que era el bailarín del casino” —agregó, en un tono que apenas daba lugar a dudas sobre cómo se sentía al respecto—. Pero no quiero creerlo. ¿Por qué no me contaría algo así?

Vanessa suspiró, creyendo entender por fin cuál era el dilema. El eterno cliché: dos amigas peleadas por el mismo hombre. Y, a pesar de que lo intentaba, la joven de pelo oscuro no podía ponerse de parte de ninguna de las dos. Aun así, para tratar de tranquilizar a una atribulada Erica, le prometió:

—Hablaré con Bells a ver qué puedo averiguar ¿vale? Tú no te preocupes. Te mereces un hombre que te quiera, no un idiota que no ve lo que vales...

Le guiñó un ojo camarada y, como suponía, su amiga esbozó una pequeña sonrisa de agradecimiento al escucharla. Aunque Vanessa percibió, durante toda la sesión, que Erica seguía teniendo la cabeza en otro sitio. Y la joven Lionheart se juró que, fuera como fuese, averiguaría la verdad sobre aquel entuerto. Vaya que sí. Al fin y al cabo, tenía sus medios al otro lado del fiordo ¿no?

Ban no recordaba haber estado tan nervioso en toda su vida. Ni siquiera estaba seguro de qué estaba haciendo. Aunque su subconsciente le chillaba que no era lo que debía, que únicamente pondría en peligro a Elaine y volvería a hacer daño a alguien sin quererlo, de repente su cerebro consciente solo podía pensar en una cosa: volver a verla, girándose para mirarlo con aquellos ojos castaños y enormes. Sabía que no estaba bien, que no debía hacer algo así en sus circunstancias. Pero era como si una fuerza invisible tirara de él y lo obligase a dar un paso adelante cada vez que oía su voz, o cuando veía su nombre en el Chat.

Tras colgar y durante toda la mañana, el joven apenas pudo concentrarse en el ejercicio físico. De hecho, el colmo fue cuando no se le quemó la comida por muy poco, cosa que casi nunca le ocurría. Eso... y la estúpida sonrisa que no podía borrar de su rostro por mucho que lo intentara. De hecho, Ban se sorprendió tarareando y casi improvisando pasos por el apartamento mientras se preparaba para salir. Al ser consciente, ni siquiera fue capaz de insultarse por dentro para dejar de hacerlo, la única manera que tenía otras veces de mantener la cabeza centrada. Ese día, fuera como fuese, su cuerpo no era suyo... Y no había forma de aliviarlo si no era teniendo a Elaine delante. ¿Se estaría enamorando?

«No seas imbécil».

Esta vez sí, la imprecación llegó sin avisar y Ban sacudió la cabeza, incrédulo de que semejantes ideas se le pasaran por la cabeza.

«Confórmate con que te dirija la palabra, cabezón», se recordó por enésima vez en los últimos días; más cuando por fin salió del apartamento, bajó las escaleras y sintió el calor del verano sobre su pálida piel.

Cerró los ojos y trató de serenarse. Hablar. Amigos. Esas eran las palabras clave para su relación con Elaine si no quería que nadie saliera herido, por lo que se las repitió como un mantra durante los quince minutos de trayecto de su casa al Sundrops. Elaine no podría corresponder jamás a alguien como él y Ban no quería verla sufrir por su culpa. Aunque esa convicción, tan arraigada durante el breve paseo, se desmoronó de nuevo como un castillo de naipes en cuanto la vio aparecer.

Cuando Clarence por fin aparcó, a escasos metros de la esquina del Sundrops de Meathop, Elaine exhaló todo el aire de sus pulmones al comprobar en el reloj del coche que apenas llegaba cinco minutos tarde.

Pero su respiración se volvió a cortar de golpe en cuanto vio, aún a través de la ventanilla, una figura alta y pálida aparecer por un lateral de la cafetería. Ban llevaba una camiseta oscura ceñida y una chaqueta roja de fino cuero, a juego con los pantalones. Su cabello estaba tan crespo como siempre, aunque parecía haber vuelto a darle ese toque de gomina que lo hacía parecer despeinado sin estarlo. Elaine tragó saliva antes de abrir la puerta, indicar a Clarence que lo avisaría cuando estuviera lista para volver y, después, salir a la plaza. Por un instante, la muchacha se sintió algo sosa con sus pantalones azul cielo hasta la rodilla y su sencilla blusa blanca; pero todo sentimiento de vergüenza se esfumó en cuanto él la vio y sonrió con afecto. Con las mejillas ardiendo por otro millón de motivos, Elaine cruzó entonces al trote hasta donde estaba él y esbozó una mueca de disculpa.

—¡Hola! Siento llegar tarde.

—¡Eh! No te preocupes. Yo también acabo de llegar. —La joven se mordió la lengua a tiempo para no confesar que lo había visto—. Oye ¿qué opinas si pedimos algo para llevar y vamos al sitio que te dije esta mañana? —dijo entonces Ban, señalando a la cafetería a sus espaldas—. Hace un día estupendo. Tranquila: tu chófer puede quedarse por aquí, no está lejos.

Elaine palideció de golpe, antes de que su rostro se pusiera de un rojo casi tan intenso como el de la ropa de él.

—¿Q...? ¿Qué...?

Él, para su alivio, sólo mostró una sonrisa sin asomo de burla.

—Te he visto bajar del coche, señorita. O ¿qué crees? —su mueca se ensanchó, esta vez con un punto de ironía—. No es que se vean muchos *Rolls* en estos tiempos y menos en el sur de Daleth...

Elaine estuvo a punto de hacer un puchero y cruzarse de brazos como una niña pequeña, pero se contuvo a tiempo mientras entraban en Sundrops y se encaminaban hacia el mostrador de los cafés. Por suerte, no había mucha gente y enseguida pudieron pedir dos capuchinos para llevar. Ban enarcó una ceja en su dirección al escucharla pedir lo mismo que él. Elaine, por su lado, se sintió lo bastante valiente como para devolverle el gesto. Ban pareció rendirse ante aquello y se rio, apartando la mirada hacia el expositor de pasteles. Y ¿era rubor eso que tenía sobre las mejillas o era sólo un efecto de la luz sobre su rostro?

—Bueno, entonces... ¿qué más sabes de mí, señorito? —le preguntó Elaine, sin querer pensar en si ella había provocado ese efecto en él, tras pagar y mientras salían de la cafetería.

Ban, por su parte, pareció reflexionar antes de responder, de nuevo con el rostro pálido impoluto. Elaine pensó que, en efecto, el tinte rojizo que había creído atisbar había sido producto de su imaginación.

—Veamos... si eres amiga de Vanessa e Isabelle, eres de otro lado del fiordo ¿me equivoco? —aventuró entonces el alto bailarín—. Igual que Erica.

Elaine procuró mantenerse estoica cuando aquel nombre le produjo un nudo en el estómago.

—*Touché* —replicó; aquella era una expresión que ahora casi sólo usaba la gente de la Zona Alta, pero a Ban le arrancó una extraña sonrisa—. Aunque... Erica te confieso que es la más valiente de todas nosotras.

Le costaba pronunciar su nombre sin recordar la discusión de aquella mañana y la sensación de traición que seguía alojada en su vientre, pero Ban parecía tranquilo al respecto.

—Y ¿eso por qué? —quiso saber, en cambio.

Ahí sí que a Elaine se le escapó una sonrisa nostálgica. ¿Cuántas veces no habían hablado de ello en todos esos años?

—Pues, porque... quiere ser policía en Camelot.

—Ah, sí. Me lo dijo —confirmó entonces Ban, dando un trago a su café y relamiéndose acto seguido. Elaine procuró camuflar el escalofrío de extraña atracción que le provocó aquel simple gesto, su lengua pasando sobre aquellos sensuales labios carnosos—. Desde luego, los tiene bien puestos —dijo él acto seguido, bajándola de su ensoñación en un segundo—. Y ¿tú qué quieres hacer?

Elaine respiró hondo.

—Me encantaría estudiar en Benwick, la verdad. Derecho —admitió unos segundos después, comedida—. Pero... es muy difícil entrar, así que supongo que tendré que prepararme bien.

—Ajá. Conque, tenemos aquí un pequeño cerebritito ¿eh?

Elaine casi se atragantó con el café que estaba tomando en ese instante y se giró de golpe, con el gesto algo contrariado.

—¡No te rías! —lo riñó, aunque se echó a reír cuando él lo hizo.

—¡Es broma, mujer!

Notando los labios húmedos, Elaine se los limpió discretamente con un pañuelo de su bolso. Ban, por su lado, había vuelto a fijar la vista al frente.

—Ojalá todos pudiéramos llegar hasta ahí —comentó él entonces, haciendo que la joven lo mirase con mayor curiosidad si cabía.

Sin embargo, Ban se acababa de detener y, por un instante, no le prestó atención. Se encontraban frente a la entrada de un parque lleno de árboles más o menos frondosos y que discurría, en gran parte, paralelo al Kent. Elaine siguió su mirada y, cuando él se giró en su dirección con un brillo peculiar en los ojos, la joven casi estuvo tentada de sonreír. Visto así, aun con su estatura, tenía la cara de un crío a punto de hacer una trastada.

—Mira, justo es aquí donde quería traerte —confesó Ban en ese preciso momento, para mayor perplejidad de Elaine, señalando el parque—. ¿Has estado alguna vez?

La joven dudó, mordiéndose el labio. ¿Debía confesar que era una Alta con todas las de la ley, lo que implicaba que no conocía la mayor parte de aquella orilla del fiordo? Para bien o para mal, Ban no esperó a su respuesta. De hecho, como hizo el día del callejón, enseguida se giró y se adentró en el lugar como si la cosa no fuese con él. Tras dudar apenas una décima de segundo, Elaine se apresuró a trotar hasta llegar junto a él. Por suerte, Ban frenó en cuanto percibió que ella se ponía a su altura y ambos terminaron su café en silencio, tan sólo caminando bajo los altos álamos que flanqueaban la vereda asfaltada y observando el pacífico bosquecillo que se extendía su alrededor. Aunque hacía sol, entre los árboles corría una suave brisa que hacía muy agradable el paseo. A su alrededor caminaban a su vez familias, parejas e incluso se cruzaron con algún corredor que aprovechaba la sombra para no sudar demasiado. Pero cuando Elaine vio que Ban se desviaba unos metros y, al cabo de unos treinta pasos, frenaba cerca de unos parterres de flores muy cuidados y podados en forma de pequeños laberintos, la joven intuyó que las sorpresas de esa tarde sólo acababan de empezar.

—Bueno, pues... —dijo él entonces, señalando a su alrededor con un brazo—. Sé bienvenida a la parte más bonita del parque Gorlois.

Saltos de fe

Al aproximarse más, Elaine contempló boquiabierta aquel pequeño rincón florido sin creérselo del todo. Acostumbrada al acero y el cristal de la Zona Alta, aquello era como un remanso natural y precioso escondido a plena vista. Ban sugirió entonces que se sentaran a la sombra de un gran castaño que tenían a pocos pasos de distancia. Sin embargo, cuando la joven fue a obedecer, él le pidió que esperara un instante; antes de, para su estupor, quitarse la chaqueta y tenderla en el suelo.

—Sería una lástima que te manches esos pantalones tan bonitos —arguyó con media sonrisa, justo antes de dejarse caer sobre la hierba cuan largo era y apoyar las manos bajo la nuca.

Elaine aún dudó un par de segundos, indecisa; pero, al ver que él no iba a insistir y que la oferta seguía en pie, decidió que no perdía nada y apoyó el trasero con infinito cuidado sobre la tela interior de la chaqueta.

—Gracias, Ban —le dijo, educada. Él se giró hacia ella, pero su rostro apenas mostraba nada que no fuese aquel amago de sonrisa que Elaine estaba empezando a conocer y adorar—. Este lugar es precioso —comentó entonces, haciendo que él asintiera—. ¿Vienes mucho?

El hombretón se encogió de hombros.

—Sólo cuando quiero estar tranquilo —respondió, críptico. Pero, antes de que Elaine pudiese comentar nada al respecto, preguntó—. Entonces... ¿Erica se enfadó mucho contigo?

Elaine se apartó el pelo del rostro y se mordió el labio, dubitativa.

—Un poco —reconoció, dolida—. Sobre todo, porque no le había contado que nos conocíamos.

—Ajá. Y ¿puedo preguntar por qué?

Touché, de nuevo. Elaine torció el morro y apartó la vista, enrojeciendo sin remedio. Al principio, había sonado muy bien confesarle aquello a Ban. Pero debió suponer que no le haría especial gracia saber que ocultaba su relación por las buenas, fuera la que fuese.

—Lo cierto es que... —musitó, sin atreverse a mover un músculo en su dirección— no quise hablarle de la noche que nos conocimos.

Si hubiera mirado bien, Elaine hubiera comprobado el gesto de profunda extrañeza que se apoderó del rostro de Ban.

—Y ¿eso? —insistió, sin violencia—. Llegaste bien a casa ¿no?

Elaine asintió con un suspiro y jugueteó con una brizna de hierba entre dos dedos, sin saber cómo explicárselo.

—Supongo que no me atrevía a confesar que la noche que salimos por primera vez, al querer volver a casa sola, casi me violan... —reconoció al final, notando las mejillas al rojo vivo. No esperaba que aquel encuentro fuera así y los recuerdos del asalto aún la perseguían en sus pesadillas—. Aunque... tú fueras un ángel salvador en este caso —agregó, girándose para encararlo.

Sin embargo, la sonrisilla sarcástica que se acababa de extender por el rostro de Ban casi le hizo lamentar no haberse mordido la lengua.

—Vaya, vaya... —ronroneó él entonces—. Así que... Te avergüenzas de mí ¿eh?

La palidez súbita que se apoderó del rostro de Elaine debió ser tan elocuente que Ban explotó en una sincera carcajada.

—¿Qué? ¡No! —consiguió atinar por fin a responder la pobre muchacha, que estaba pasando cada dos por tres de la vergüenza al terror de que su acompañante pensara lo que no era—. ¿Por qué? ¿Cómo...? O sea...

Para su mayor bochorno, Ban seguía retorciéndose de risa en el suelo y tardó casi medio minuto más en serenarse. Al menos, lo justo para jadear:

—Jod... Leche. Que ¡era broma, Elaine! —intentó tranquilizarla, aunque ella mantuvo el gesto retorcido de contrariedad durante un buen rato—. Ay, perdona... Hacía demasiado tiempo que no tenía la oportunidad de tomarle el pelo así a nadie. —El ceño de Elaine se acentuó y Ban puso cara de corderito degollado—. Venga ¿me perdonas? Anda...

La joven, aunque lo intentó, no consiguió resistirse por mucho más a aquellos ojos rasgados y rojizos que le rogaban desde el suelo cubierto de suave hierba. Mirarlo era tan hipnótico...

—Está bien —concedió, sonriendo casi sin querer al ver que él esbozaba una mueca encantada y volvía a tumbarse en su posición anterior—. Aunque tampoco sabía que eras el bailarín del *Fairy Kingdom* —contraatacó Elaine entonces, cayendo en la cuenta de aquel detalle y mirándolo con elocuencia—. ¿Por qué no me lo contaste tú?

—Supongo que no surgió la oportunidad —contestó Ban con un encogimiento de hombros, casi como si no se diera por aludido ante la pregunta—. Pero a mí me sorprende más que entre amigas no os contéis las cosas. Suena... casi antinatural.

Elaine inspiró con fuerza. Sí, lo era. ¿A quién quería engañar?

—Lo cierto es que a veces estoy cansada de que me traten como a una niña, de no poder ir a ningún lado sola —admitió al cabo de unos segundos, en los que ambos permanecieron con la mirada clavada en algún punto del parque. Sin embargo, ante aquella declaración Ban giró la cabeza hacia ella, prestando atención—. Y sentía que, si lo contaba, volverían a volcarse sobre mí. Y... no quería.

La joven era consciente, a toro pasado, de lo infantil que sonaba. Pero... Desde hacía días, sobre todo desde que había conocido a Ban, sentía que había algo en ella que quería salir del molde y dejar de regirse por las mismas normas que había conocido toda su vida. Claro que si se lo confesaba tal cual quedaría como una idiota. El joven, por su parte, la observó largamente tras escuchar su confesión y, al contrario de lo que Elaine esperaba, no pareció juzgarla. Cuando despegó los labios, de hecho, su voz surgió en un hilo de voz tan bajo que la muchacha casi pensó que estaba pensando en voz alta, más que hablando con ella:

—Bueno, estoy seguro de que tu familia se preocupa de verdad por ti. —El bailarín desvió la vista unos centímetros y la dejó perderse en la espesura de árboles que los rodeaban, como si meditara sobre algo—. Créeme, yo hubiera dado lo que fuera por tener algo así...

—¿De dónde eras? —quiso saber ella, interesada.

Pero él hizo una mueca rara antes de negar con la cabeza.

—Créeme que prefieres no saberlo —respondió entonces, de vuelta al tono despreocupado, aunque únicamente logró intrigar más a Elaine—. Sólo te diré que... salir adelante solo en la vida es muy duro y te cuesta confiar en la gente.

La joven se estremeció sin quererlo.

—Y... ¿en mí confías? —preguntó, vacilante.

Para su alivio, la mueca de Ban cambió a un gesto mucho más amable cuando la encaró de nuevo.

—No me has dado motivos para no hacerlo. ¿Verdad?

Elaine se ruborizó. Confesaba que aquella respuesta la había conmovido, pero no quería pensar aún en todo lo que Ban estaba

consiguiendo hacerle sentir aquella tarde. En resumen, le gustaba cómo actuaba con ella. La escuchaba, tomaba en consideración lo que decía y pensaba, bromeaba con ella... Para Elaine, después de tantos meses de sentirse como un objeto de porcelana, era un soplo de aire fresco percibir que alguien la trataba como un ser de carne y hueso.

—Espero que no —respondió al final, pasándose el pelo por detrás de la oreja como si eso ocultara su turbación—. También supongo que desde que mi padre murió las cosas han cambiado mucho para mí, y no veo las cosas igual que antes...

Ban la miró con intensidad.

—¿Te llevabas bien con él? —preguntó con suavidad.

Elaine asintió, volviendo a enredar los dedos en la hierba con cierta nostalgia.

—Sí, éramos una familia muy unida. Mi padre era el que solía abogar por el esfuerzo y la superación, mientras que mi madre siempre ha sido la gran seguidora de la ética y los valores artúricos. —Elaine sonrió casi sin quererlo—. Eran buenos tiempos.

—Lo siento.

La joven lo miró, con cierta sorpresa y emoción a partes iguales.

—Gracias. No ha sido un año fácil.

Ban hizo un gesto comprensivo, pero no añadió nada más. Los dos se quedaron entonces en silencio durante varios minutos, sólo disfrutando del paisaje. Al menos, hasta que Elaine abrió la boca para preguntar, no sin cierto apuro:

—Entonces... ¿Cómo es bailar en el casino más famoso de Daleth?

Un extraño brillo se apoderó de los ojos ambarinos de él al encararla.

—Bueno, no es tan magnífico ni tan exclusivo como pueda sonar... —respondió, como con cautela, antes de morderse el labio en un gesto inseguro y pronunciar—. Oye... por cierto... Quería decirte que... siento haberte asustado... el otro día.

Elaine se irguió, tensa.

—¿Qué quieres decir?

Ban inspiró por la nariz.

—Que... sé que estuviste en el casino el otro día con Erica y tus amigas y... —Bajó la voz—. Siento si te asusté durante la actuación.

Elaine contuvo un gemido al tiempo que, bajo la melena rubia, sus mejillas alcanzaban un tono rojo nuclear.

—¿Qué...?! ¡Ah...! Bueno, esto... ¿Cómo...?

“...podrías acordarte de alguien como yo?”, quiso decir.

Pero, en cambio, susurró con cierta incredulidad:

—¿...sabías que estaba allí?

Ban se rio con suavidad, como si a la muchacha se le pasase algo esencial por alto.

—Malcolm, el novio de Isabelle, me dijo que recordaba haberos visto esa noche en el casino; cuando ella me comentó que Erica quería salir conmigo —explicó. Elaine agachó la cabeza, sintiendo las mejillas arder y evitando a propósito sus iris de caramelo—. Pero, de cualquier manera... ¿Cómo voy a olvidar el hecho de acercarme a una chica preciosa que, por otro lado, tenía pinta de no saber dónde meterse?

La aludida se quedó rígida en el sitio, mientras su corazón palpitaba al galope. ¿Acababa de decir que era “preciosa”? ¿Lo había oído bien? Buscando serenarse sin lograrlo del todo, la muchacha se recostó contra el tronco del castaño a su espalda, con la vista perdida en algún punto del follaje.

—Qué vergüenza... —susurró, antes de mirarlo apenas de reojo. Él, por su parte, seguía observándola sin asomo de burla—. Debiste de pensar que era una idiota... Pero... reconozco que nunca ha sido mi ambiente.

Ban mostró una sonrisa comprensiva.

—No voy a juzgarte, Elaine. Jamás me atrevería —dijo entonces, para sorpresa de la joven. No era la respuesta que esperaba—. Aunque... a lo mejor no quieres que te relacionen conmigo, entonces. ¿No?

Ante aquello, Elaine casi se incorporó de golpe y lo encaró, seria.

—¿Qué dices, Ban? ¿Por qué iba a querer eso? —casi jadeó, incrédula, mientras él no dejaba de mirarla con cierta intriga burlona—. Tú... eres sincero, amable y tranquilo. Además, tienes talento para bailar y estoy segura de que te cogerían en cualquier compañía del mundo.

Elaine tomó aire de golpe, siendo consciente de que había soltado todo el discurso de corrido y sintiéndose algo avergonzada. Sin darse apenas cuenta, acababa de confesarle un secreto que podía hacer a ambos cruzar una línea peligrosa... Algo que, no obstante, Elaine se moría por hacer. Pero ella misma se sorprendió más cuando, ante la mención de la compañía de danza, una brevísima sombra cruzó por el rostro de Ban. Aunque también fue tan rápida que aquella creyó habérsela imaginado.

—Te agradezco tus palabras, Elaine —susurró él entonces, sin dejar de mirarla—. Aunque... —dudó, de una manera que la joven no entendió en ese momento—. Bah, es mejor que lo dejemos estar así —sentenció al final, apartando la vista hacia los parterres y sin dar más explicación.

La chica, por supuesto, enarcó una ceja interrogante ante aquel cambio de tema tan brusco. ¿Qué acababa de ocurrir? ¿Qué le ocultaba Ban?

—Pero, entonces... —aventuró, insegura.

Sin embargo, para su mayor estupor, él la interrumpió entonces con un suave gesto de la mano y apartando la mirada.

—Quizá el casino no es lo mejor que puedo tener ahora mismo —expuso, en un tono de voz que puso el vello de punta a Elaine sin motivo aparente—, pero por ahora me basta.

La joven, a pesar de rabiar por dentro con el deseo de saber más sobre él, entendió sin palabras que quizá no era un tema en el que debiera indagar. ¿Por qué? Quizá algún día lo descubriese. Sin embargo, cuando él miró el móvil y se irguió de golpe con expresión preocupada, Elaine comprendió que quizá su primer encuentro estaba llegando a su fin. No sin sentir una punzada en el corazón, quizá fruto de pensar que ella había provocado aquella reacción tan brusca en él un minuto antes, Elaine se levantó y le tendió la chaqueta sin apenas mirarlo. Sin embargo, cuando lo hizo, él le dio las gracias; y la joven comprobó con sólo girarse un poco que él volvía a lucir media sonrisa, sin dejar de observarla. La muchacha, en medio de su nerviosismo, trató de terminar la cita con toda la dignidad que fue capaz y echó a andar tras él cuando él lo hizo. Los dos caminaron en silencio de vuelta a Meathop, donde Clarence seguía esperando pacientemente aparcado junto a la esquina, y Elaine se giró hacia Ban cuando aún faltaban unos metros, deteniéndose ambos.

—Bueno... —dudó—. Yo... Espero que podamos volver a vernos otro día.

—Claro —repuso él, con naturalidad. Apenas quedaba rastro de la aparente incomodidad de un rato antes en el parque, hablando de su trabajo, y Elaine prefirió pensar que casi había sido producto de su desbocada imaginación—. Siento que tengamos que despedirnos, pero... ahora debería ensayar antes del espectáculo de la noche —explicó con candor, nada parecido a su cerrazón del parque—. Te escribo luego ¿vale? —Inclinó la cabeza y sonrió como siempre—. Nos vemos, señorita...

Elaine, por su parte, le devolvió la sonrisa y se despidió con un floreo de la mano; antes de girarse ella misma para dirigirse hacia la berlina negra que la aguardaba unos metros más allá. Clarence encendió el motor cuando la vio llegar por el retrovisor, pero Elaine aún se detuvo un momento junto a la puerta trasera para observar la enorme figura roja que se alejaba por la plaza. Casi como si hubiera sido una señal, él se giró en ese instante. Sus miradas se cruzaron, Elaine notó el rubor ascender a su rostro; con rapidez, se metió en el asiento trasero del coche.

—¿Lo ha pasado bien, señorita? —preguntó Clarence, mientras arrancaba.

Elaine tragó saliva y miró por la ventana opuesta a la que daba a la plaza, con el rostro de un rojo intenso.

—Muy bien, Clarence —repuso al chófer, en cambio, sin vacilar—. Ha sido una tarde muy provechosa.

«No te haces una idea...», pensó acto seguido.

Todo mientras se hundía en el asiento y, sin mirar hacia atrás dos veces, dejaba que su mente divagara por todo lo sucedido en las últimas horas. Lo cierto es que Elaine se sentía mucho más tranquila después de haber hablado las cosas cara a cara con Ban; y, a pesar de las leves reticencias que había observado, se alegraba de haberlo conocido un poco mejor. Como sospechaba, él no parecía especialmente receptivo a las atenciones femeninas y Elaine podía convivir con ello, a pesar de desear algo más en su fondo más profundo. Aunque sus esperanzas de que hubiese algo más ya habían comenzado a decaer, pasada la emoción de los primeros días, de cualquier forma ahora Elaine también empezaba a ver a Ban como otro elemento clave en su vida: un posible aliado fuera de los muros de la aburrida Zona Alta. Alguien que podría enseñarle de verdad qué se sentía al vivir fuera del cascarón de oro que llevaba protegiéndola toda su vida. Y era una perspectiva alentadora.

«Ya llegará alguien con quien sí disfrutar del futuro como pareja», pensaba intentando consolarse. «Pero, mientras tanto, quiero poder seguir hablando con Ban. Quiero vivir la vida como una persona normal».

Lo que no sospechaba ninguno de los dos es que esa amistad podría verse abocada muy pronto a una amarga conclusión. Puesto que alguien que no esperaban los había visto aquella tarde y había enviado una foto a cierta destinataria interesada, de momento, en que aquellos dos no volvieran a verse más... No, si ella podía evitarlo.

«No. No... No, este tampoco».

Goliath Fairmont bufó y arrojó la carpeta con cierto hastío sobre la mesa de reuniones. La noche había caído hacía rato al otro lado del ventanal y la Torre Fairmont se encontraba ya desierta de empleados, pero él hacía días que no podía dormir y sabía por qué era.

Suspirando, se levantó del sillón presidencial y se encaminó hacia el mirador con las manos a la espalda, meditando. Si lo pensaba, era cierto que no tenía demasiado de qué quejarse. Las finanzas de la empresa iban bien; tenía gente leal a su alrededor, aunque fuesen muchos menos que antaño y... “lo otro”, bueno, no iba del todo mal. Sin embargo, una llama de duda seguía alojada en su corazón siempre que rumiaba sobre todo aquello.

—Gol —escuchó entonces susurrar a su espalda, girándose sin violencia para encontrarse con el tardío visitante. Aunque debió suponer quién sería—. Disculpa. ¿Te molesto?

A los labios finos del joven magnate asomó una leve sonrisa complacida, casi sin querer.

—Zachary —saludó al recién llegado.

El informático estrella de Fairtech, Zachary Griffin, tendría unos veinte años. Sin embargo y a pesar de su juventud, aquel joven había resultado ser el mejor descubrimiento de la empresa en los últimos dieciocho meses. Con sólo dos años de formación profesional en informática, había conseguido superar a muchos ingenieros procedentes de la mejor escuela superior de Londres. Goliath había oído hablar de él a través de uno de sus antiguos consejeros, conocedor indirecto de su talento. Y, a pesar de ser un sureño de clase media, el joven Fairmont había decidido arriesgarse. Además, su rostro juvenil, enmarcado por aquella mata de pelo oscuro y revoltoso, le daba un aspecto travieso que a Goliath le provocaba escalofríos de placer sólo con cruzarse con él por los pasillos. Hasta la fecha, el magnate no tenía motivos de queja con él... Ni en público ni en privado.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —lo regañó, amable—. Es tarde.

El aludido, por su parte, apenas inclinó la cabeza como un crío reprendido por una trastada leve; antes de alzarla de nuevo con un brillo peculiar en sus ojos negros como el carbón, algo que llamó poderosamente la atención del magnate, aceleró su corazón y le provocó un escalofrío; esta vez, bastante poco placentero. ¿Podía ser que...?

—Lo dicho: perdona que te moleste a estas horas —reiteró Zachary, aproximándose hasta que ambos quedaron bañados bajo la suave luz procedente del exterior del edificio. Su expresión, a pesar de todo, era seria y el hombre de pelo rojo temió de nuevo lo que eso significaba—. Pero creí que debías saberlo —le tendió una pequeña carpetilla que Goliath tomó de inmediato entre sus finos dedos. Mientras la abría para ojear el contenido, su interlocutor agregó—. Ken Forest lo ha conseguido —hizo una pausa tras confirmar sus sospechas y el joven Fairmont alzó la vista para encararlo, tenso. Su informático parecía realmente turbado—. Han dado con la solución.

Goliath suspiró, irritado, pero no respondió enseguida. Antes de hacerlo, bajó de nuevo los ojos hacia la información que le había entregado el otro joven y meditó con el ceño fruncido. Si era cierto que los Forest por fin habían dado con la solución del reciclaje de residuos nucleares, esta vez sin duda alguna, más les valía darse prisa en Fairtech para averiguar qué era y replicarlo. Goliath nunca había renegado de la importancia y la ética del negocio familiar de energía solar, pero también sabía lo que costaba conseguir el poder en Daleth. Y quien diese con la clave de la eliminación de residuos nucleares, sin duda, se pondría a la cabeza de todos ellos aunque no se tratase de una energía renovable. En cuanto a eficiencia, pocas cosas competían con la “Gran Revelación” energética que había salvado al mundo del caos. Eso cualquier idiota de la Zona Alta lo sabía.

—Está bien, Zach —murmuró al final, mirando de nuevo a su subordinado y mientras trataba de mantener a raya su contrariedad por todos los medios—. Te agradezco que me hayas dado esta información tan pronto. Tendremos que trabajar en ello, pero estoy seguro de que saldremos adelante.

El aludido pareció exhalar de forma casi imperceptible y Goliath, sin querer, sonrió antes de acercarse para besarlo. El joven informático temía su reacción, sabiendo lo importante que aquel asunto era para el magnate, y este no podía culparlo. Pero, cuando el empleado de Fairtech se dejó besar sin esfuerzo, ambos permanecieron durante varios segundos abrazados; tan sólo reconociendo el interior de la boca del otro bajo la pálida luz de la luna. Al menos, hasta que alguien más llamó a la puerta acristalada de la sala de reuniones, haciendo que se separasen de un salto por costumbre.

A aquella distancia, considerando el tamaño de la estancia y la penumbra, el recién llegado no podía distinguirlos con claridad; pero

Goliath por norma prefería no correr riesgos de que lo encontrasen con su amante en situaciones, digamos, “no profesionales”. Así, sabiendo que verían su silueta moverse, el magnate hizo una seña hacia la puerta y, unos segundos después, entraron dos figuras silenciosas que se aproximaron hasta estar a pocos metros de distancia: Terri y Manuel, su cuerpo de inteligencia dentro y fuera de los muros de la Torre. Zachary, tímido por naturaleza, estuvo a punto de recoger su informe y dirigirse al exterior de la sala, pero un gesto imperioso de Goliath lo retuvo en el sitio. Todo mientras este seguía mirando a los dos recién llegados. Como todos los más cercanos al dueño de la empresa, estos conocían la relación de ambos, pero no tenían permitido hacer alusión a ello bajo pena de castigos severos.

—Y ¿bien? —quiso saber su jefe aun intuyendo que la respuesta no le iba a gustar, dados los rostros contraídos de ambos—. ¿Cómo ha ido?

Ante la mirada que cruzaron, el magnate se impacientó al tiempo que apretaba los puños a la espalda. De nuevo, no eran buenas noticias y así lo proclamó Terri, con su cabeza rubia inclinada hacia el suelo:

—Las Perseidas sabían que llegábamos, mi Rey. Abandonaron el almacén y el piso franco poco antes. Conseguimos perseguir a uno que estaba cerca, pero... se lanzó al Kent en cuanto tuvo la oportunidad.

Su líder apretó los dientes, irritado. ¿Cómo era posible que ese pez escurridizo de *Sir* Héctor acabase siempre tomándoles la delantera? Sumado al éxito de los Forest, era una noticia aún peor. Significaba que Goliath no tenía el control de Daleth como creía... y odiaba esa sensación.

—¿Hemos conseguido, al menos, quedarnos con algo de su alijo?

Manuel y Terri se miraron de nuevo antes de que la mujer rubia respondiese de nuevo:

—Habían dejado algunas cajas, pero no estamos seguros de que el material esté utilizable...

Goliath apretó los labios. No era mucho, pero algo era algo. Harían lo posible por sacar adelante el botín, fuera como fuese.

—Peinad la zona —ordenó en cambio, seco, a lo que los dos consejeros asintieron sin dudar—. Quiero encontrar a esa anguila apestosa y estrujarla hasta que confiese. Entended que no me apetece tener que seguir bailando al son que marca ese pedante de Héctor. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor.

—Bien.

Goliath los despidió con un gesto displicente de la mano . Cuando desaparecieron, se apoyó en el borde de la mesa. Sus nudillos se pusieron blancos mientras las manos lo aferraban, tratando de contener la ira a duras penas. Lo único que pareció paliar aquella impotencia, unos segundos después, fue la figura de Zachary acercándose hasta que sus rostros estuvieron a escasos centímetros de distancia.

—Deberías librarte de una vez de esos incompetentes —susurró el chico, entonces, pasándole un dedo bajo la barbilla.

Goliath alzó la cabeza ante su presión y lo encaró con sus ojos verde esmeralda, soltando una risita acto seguido.

—Mi querido Zach —susurró, en un tono que sólo reservaba para él—. Y ¿qué haría entonces si echo a todos los consejeros incompetentes de Fairtech?

Como intuía, Zachary sonrió con la cabeza ladeada, al tiempo que tomaba entre sus dedos el fichero que el magnate había estado valorando cuando él llegó.

—Me tienes a mí —murmuró, con la misma convicción que todas las veces que habían mantenido aquella conversación—. No necesitas a nadie más. Los Caballeros podrían ser nuestros, sólo nuestros.

Goliath sonrió, casi conmovido por aquel alarde de lealtad. Aunque, como de costumbre, guardó a buen recaudo el pinchazo de celos que le provocó la mención del “nosotros”. La mafia de los Caballeros era competencia exclusiva de los Fairmont y eso, aunque apreciase a Zachary, no lo cambiaría ni por él. A pesar de todo, en ocasiones, hasta el propio Goliath querría creer que no necesitaba a nadie más que a Zach. Pero, era tan joven... Él nunca lo entendería. No podía.

—Zach, Zach —lo llamó, cariñoso, antes de acariciarle la mejilla y acercar más su rostro al de él, como quien mima a un hijo complaciente—. Adoro tu lealtad, pero sabes que estas cosas llevan tiempo. —El aludido hizo una mueca de ligera decepción antes de que Goliath volviese a besarlo con más intención que antes—. Pero... —agregó el joven de pelo escarlata cuando se separó de él— ya sabes lo que puedes hacer para que me lo piense ¿verdad?

Zachary sonrió, captando la intención y siguiendo el juego. Goliath, por su parte, se enderezó con expresión triunfal. Aquel truco nunca fallaba.

—Sí, mi Rey —ronroneó su empleado y amante, arrodillándose frente a él y desabrochando el pantalón del traje casi en el mismo movimiento.

Era una situación arriesgada; pero, en aquella ocasión, hasta el magnate disfrutó de la adrenalina corriendo por sus venas ante la perspectiva de que pudieran pillarlos en algún momento. Y en aquella sala de reuniones, mientras Zachary lo hacía disfrutar con su boca y su lengua como de costumbre, Goliath se juró que no le importaba cuánto costara: la fórmula Forest sería suya. Zachary lo ayudaría a enterarse de todo lo necesario mediante sus virus infiltrados en las bases de datos de Forest Energies. Y, cuando se cansara de sus atenciones... Goliath lo devolvería con su familia o haría que él se fuese por su propia voluntad. Zachary era un buen chico y un amante entregado, pero no tenía madera de consejero. Y el magnate, en su nebulosa de placer y mientras se dejaba ir con un hondo gemido, rezó por enésima vez porque el chico se diera cuenta de aquel hecho antes de que tuvieran que tomarse medidas drásticas...

Dime la verdad

Elaine se despertó al día siguiente con una sensación de paz interior que no recordaba haber disfrutado desde hacía mucho tiempo. Había dormido del tirón, acunada al acostarse por un cariñoso mensaje de Ban por el Chat en el que le deseaba felices sueños. Así, tras estirarse frente a la ventana y casi trotar por la casa mientras se preparaba para una nueva jornada, Elaine encontraba difícil no dejar volar su imaginación. Se había prometido mil veces que no lo haría, pero... ¡Era tan difícil cuando él parecía estar tan pendiente de ella! Aunque sólo fuesen esos pequeños detalles o mensajes, la muchacha disfrutaba recreándose en cada uno de ellos y prefería, en sus ratos más prácticos, consolarse con la sensación de tener a alguien que le hacía sonreír. Sólo con eso, la amargura de todo aquel año parecía diluirse un poco en algún pozo lejano de su subconsciente, dando a Elaine energías renovadas para seguir adelante.

Así, con la cabeza en las nubes y una sonrisa perenne, el día se pasó en un suspiro. A eso del mediodía, justo antes de comer, Harvey la llamó para proponerle salir aquella tarde. La joven, no sin cierta culpabilidad repentina, le confesó que pensaba bajar a la biblioteca del Centro para hojear un libro que le habían prestado sobre derecho de patentes; sin embargo, cuál no fue su alegría cuando él aseguró que le parecía un plan estupendo.

—Supongo que lo aprenderás con el tiempo, pero no te creas que por estar en la universidad te vas a librar de trabajar en verano... —bromeó y Elaine se rio, poniendo los ojos en blanco.

Por supuesto, como todo neo-británico, la joven Forest conocía las costumbres educativas del país y recordaba bien las lecciones sobre qué ocurría tras finalizar la escuela. Para los nuevos líderes, el aprendizaje y el trabajo diarios eran un pilar que ayudaba a no caer en la pereza y despertaba la mente. De ahí que escolares y universitarios, sin excepción, nunca tuvieran tres meses de puro asueto entre un curso y otro. Salvo, como era el caso de Elaine, en el período de transición de una enseñanza a otra.

—En serio, debería empezar ya la entrega de verano si quiero hacer algo medianamente decente —prosiguió entonces Harvey, en un tono que la joven casi pensó que la estaba sermoneando sin maldad—. Así que, princesa: si tú vas a la biblioteca, yo voy también. Al menos eso me obligará a no dejarlo para el último momento ¿no crees?

Sin apenas ser capaz de contener su entusiasmo, Elaine aceptó entonces el trato y ambos decidieron encontrarse en la puerta de la Torre, como de costumbre. Sin embargo, pasada la hora de la comida y cuando Elaine ya bajaba a su apartamento para prepararse, esta recibió un mensaje que la hizo casi frenar en seco en medio del pasillo. Al notar la vibración, pensó que se trataría de Harvey con alguna broma, o Ban con sus habituales saludos de “Hola, señorita. ¿Qué tal?”. Pero la sangre pareció congelarse en sus venas cuando, en cambio, vio que el mensaje era de Erica. Pero lo peor eran las dos líneas que había justo debajo de la imagen adjunta. Una foto de ella y Ban despidiéndose en Meathop el día anterior:

Eri:

Vaya, vaya... no tienes nada que contarme? ¬¬

Ah no, espera. Que no lo conocías apenas...

Con el corazón acelerado, en vez de contestar, Elaine se guardó el teléfono en el bolso y se adentró en el apartamento con manos temblorosas. Cerró tras de sí con violencia, arrojó el bolso a un lado y, sin apenas pensar, se lanzó hacia el lavabo más cercano. El mareo no dio lugar a arcada, por suerte, pero Elaine sentía todo su cuerpo temblar de puro pánico. ¿Qué significaba aquella foto? ¿Quién la había seguido? ¿Por qué...? Cerró los ojos, sin respuesta, mientras obligaba a su agitado corazón a calmarse. No hubiera sabido decir cuánto estuvo allí, con la cabeza gacha y los dedos aferrados a la porcelana del lavabo, cuando escuchó un zumbido que conocía procedente del recibidor. Elaine tragó saliva y se obligó a incorporarse, con el corazón en un puño. La estaban llamando. ¿Sería Erica? No quería discutir, ese día no. Todo estaba saliendo tan bien... Sin embargo, le pudo la curiosidad. Así que, con paso lento, salió del baño antes de encaminarse hacia el salón. El teléfono dejó de vibrar un instante y, acto seguido, volvió a recomenzar el ciclo. Con mano temblorosa, nada más llegar junto al bolsito, Elaine sacó el aparato y casi exhaló de golpe al ver quién era.

—¿Diga? —respondió, tratando de respirar de nuevo con normalidad.

—¿El, estás bien? —preguntó Harvey al otro lado—. Estoy aquí abajo ya, sólo quería comprobar que no me había equivocado de hora...

Elaine casi se rio de puro nerviosismo mientras observaba el reloj más cercano. En efecto, era la hora que habían acordado.

—Bajo enseguida —prometió—. Dame un minuto.

La muchacha colgó y se dirigió de nuevo al baño, para asegurarse que todo rastro de ansiedad desaparecía de su rostro con un lavado de cara y un poco de brillo de labios. Acto seguido, se precipitó hacia su dormitorio para coger una bandolera y meter todo lo imprescindible, incluyendo el libro sobre patentes. Aprisa, salió entonces del apartamento, cerró tras de sí y bajó en los ascensores. En un momento dado, decidió mirar de nuevo el móvil y volvió a releer el mensaje de Erica. ¿Qué se le cruzaba por la cabeza para escribirle algo así? Como por impulso, Elaine decidió contestar con brevedad. No iba a quedar como una descastada ¿no?

Elaine:

Hola

Nos vamos Harv y yo a estudiar a la biblioteca

No tienes de qué preocuparte

Un beso

—¿Estás lista? —la recibió él, con su eterna sonrisa, nada más trasponer ella las puertas acristaladas de la Torre. Pero su gesto cambió en un instante en cuanto la miró dos veces a la cara—. Eh ¿va todo bien?

Elaine suspiró, pero no respondió enseguida. En cambio, en cuanto estuvieron montados en el electrotrén, le mostró la foto enviada por Erica. Harvey arrugó el gesto de inmediato con aparente incredulidad.

—Pero ¿qué...? —arrancó, antes de poner los ojos en blanco—. ¿A santo de qué te manda esta foto? ¿Es que está tonta?

Su acompañante se mordió el labio, insegura, mientras volvía a mirar la foto.

—Quizá... Hice mal en quedar con él —aventuró.

Pero Harvey mostró su disconformidad de inmediato con una seca negación de cabeza.

—Elaine, no puedes culparte por quedar con otra gente que no sea de tu círculo. No es sano.

La joven, a regañadientes, le contó entonces lo sucedido entre ella, su mejor amiga y Ban. Pero, para su sorpresa, Harvey se mantuvo en sus trece.

—Bueno, Erica no tiene por qué protestar si tú tienes relación con un chico que no quiere salir con ella —razonó—. Menuda infantil...

Elaine se apoyó contra la pared, perdiendo la mirada en el otro lado del vagón mientras rumiaba.

—Yo sólo... quedé con él porque necesitaba saber... lo que pensaba —musitó, abatida—. Quería oírsele decir en persona, pero...

—¿“Pero...”? Elaine, dime una cosa. —Harvey la obligó sin violencia a girarse hacia él y mirarlo a los ojos—. ¿Te quedaste más tranquila después de hablar y quedar con él? —La joven dudó durante apenas un segundo, antes de asentir pesadamente con la cabeza—. Pues entonces, El, no lo dudes —le pidió su amigo, haciendo que ella alzase la vista de nuevo—. Si te gusta ese chico, no dejes de pelear por él. Además, por lo que me has contado —añadió, alentador—, no parece mal tipo.

Elaine casi se rio, contagiada de su súbito optimismo.

—Es un encanto —admitió, justo en el instante en que las puertas del tren se abrían en su parada. Esta vez, su destino se encontraba en la colina de “Gladhill”, un área de Daleth algo más elevada que el resto y donde estudiantes y otros jóvenes aprovechaban a pasar muchas de las tardes de verano—. Aunque... —agregó Elaine entonces, cuando ya se veía el edificio de la biblioteca a unos cincuenta metros de distancia— me dio la impresión de que él no quería más que hablar conmigo...

Harvey, por su parte, mostró una mueca mordaz que casi hizo concebir esperanzas a la muchacha.

—Querida, en el amor nunca des nada por sentado. Además...

—¡Elaine!

Como resortes, ambos amigos brincaron ante aquel grito y se giraron, intrigados. Pero apenas tuvieron que esperar dos segundos para ver aparecer a dos siluetas que, para bien o para mal, conocían bien. La aludida, sintiendo la sangre helarse de nuevo en sus venas, tuvo que contener el impulso de refugiarse tras Harvey al ver a una furibunda Erica aproximarse a la carrera.

—¡Tú! —la increpó la de pelo azul, cuando apenas le quedaban dos zancadas para alcanzarla—. Ven aquí, hija de perra...

—¡Erica! —la increpó Harvey, frenándola casi de milagro al apoyarle los brazos en los hombros.

Para suerte de todos, ella obedeció sin dar otro paso. Los cuatro presentes, tras la llegada de una Vanessa que tiró hacia atrás de su compañera de ejercicio en cuanto llegó a su altura, sólo se miraron unos a otros con cierto desafío. En especial, las antaño mejores amigas.

—Erica —preguntó entonces Elaine, temerosa de la expresión de la otra muchacha—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás así?

La aludida, tras enarcar una ceja incrédula, soltó una risa corta que casi sonó a ladrido antes de señalar a la joven rubia.

—Que ¿“por qué”? —se mofó, como si Elaine realmente hubiese dicho algo gracioso—. Porque me has traicionado, tú. Eso es lo que pasa. Claro. Ahora entiendo por qué Ban no quería volver a quedar conmigo... ¡Si te tenía a ti camelándotelo! ¿Qué iba a hacer yo?

Elaine tragó saliva. ¿No le había explicado lo sucedido durante su discusión del día anterior?

—Erica, lo siento en el alma. Pero...

—¿Que “lo sientes”? —repitió la aludida, cortando de golpe y como si no diese crédito—. Según Isabelle, Ban sólo habla de ti. Y ¿dices que “lo sientes”? —sorbió, con unas pequeñas lágrimas asomando a sus párpados que hicieron a Elaine sentirse aún peor persona—. ¿Desde cuándo, El? —Sacudió la cabeza—. Cielos. Es que... esto no me lo esperaba de ti...

La otra muchacha se enervó sin poder evitarlo.

—Ban y yo sólo somos amigos —rechinó, aunque aquello pareció hacer más pronunciado el ceño de la joven de pelo azulado—. No hay nada más.

—Y, a mí ¿qué? —replicó Erica, sin atender a razones—. Por el cielo, Elaine. Tú fuiste la primera que no quería ir al casino, me lo dijiste aquella noche. —Sorbió de nuevo, meneando la cabeza—. Detestabas la idea de ir a ver un espectáculo como ese... y ¿ahora no te importa?

Elaine apretó los labios.

—Erica, sé lo que te dije y lo que opinaba de salir aquella noche —le confirmó. Sin embargo, antes de que pudiera replicar, prosiguió—. Pero... me he dado cuenta de que Ban es una persona maravillosa. De los pocos que me escuchan de verdad. —Ante aquello, Erica retrocedió con evidente dolor y Elaine intuyó por qué, pero sentía que no podía parar en su argumentación—. Y lo sé: jamás esperaba fijarme en un bailarín erótico... Pero... —Se humedeció los labios—. No soy quién para juzgarlo. Ni tú tampoco.

—¡Yo nunca lo he juzgado, estúpida! —estalló Erica, sin poder reprimir más las lágrimas—. Lo único que me duele es que esté colado precisamente por la única amiga que jamás se hubiese fijado dos veces en él.

Ante aquella declaración, Elaine se quedó como paralizada en el sitio, sin saber qué hacer. ¿Ban, “colado” por ella? Pero... si nunca le había dado ninguna indicación al respecto...

“¿Cómo voy a olvidar el acercarme a una chica preciosa que tenía pinta de no saber dónde meterse?”

Elaine casi botó en el sitio al recordar aquella frase y jadeó. No podía ser, no podía haber estado tan ciega. ¿O sí? En su empeño de creer que Ban no quería estar con ella ¿quizá había asumido mal...?

—Erica, yo... —logró balbucear, al cabo de unos segundos en el que el mundo pareció paralizarse alrededor.

Sin embargo, fue Harvey el que intervino esta vez, interrumpiéndola antes de que dijese nada.

—Déjala en paz ¿vale, Erica? —increpó a la joven, interponiéndose entre las dos amigas y clavando una mirada dura en la de pelo azul—. Si Elaine quiere estar con Ban es asunto de ella, no tuyo.

Como a cámara lenta, la del pelo azul desvió entonces la mirada desde el rostro contraído de Elaine a los iris oscuros y pétreos de Harvey. Sin embargo, no se amedrentó al rechinar:

—Tú no te metas, Harv. Esto es entre ella y yo. ¿Te enteras?

Pero el gesto del chico no varió un ápice cuando le susurró:

—Lárgate, Erica. Ahora.

La aludida se irguió, desafiante.

—O ¿qué?

—Bueno, ya está bien, Eri —la cortó entonces Vanessa, a la que todos los presentes parecían haber olvidado, cogiendo del codo a su amiga de pelo azul. Esta se giró de golpe con expresión airada y aturdida, todo en uno—. Vámonos. Por favor.

El ambiente, por unos segundos, pareció hacerse sólido mientras Erica se debatía visiblemente entre seguir la discusión y claudicar frente a Vanessa. Al final, aunque no sin antes dirigir una mirada de profunda decepción a Elaine, la atacante se giró para irse. La de pelo morado, por su parte, se limitó a contemplar a la muchacha rubia con expresión indescifrable durante apenas un segundo. Al menos, antes de seguir a la otra joven y marcharse ambas por dónde habían venido.

Harvey y Elaine se quedaron entonces solos en medio del paseo que llevaba a la biblioteca, rodeados de algún que otro curioso que los observaba al pasar: mudos testigos de una escena que la benjamina Forest jamás imaginó protagonizar. La cabeza le daba vueltas mientras mantenía los ojos fijos en la espalda de las dos corredoras que se alejaban. Su respiración se aceleraba más y más por momentos y sólo las manos de Harvey sujetando sus hombros lograron hacerla reaccionar a tiempo. Muy despacio, la muchacha alzó la vista hacia él, sin enfocarlo del todo. Pero la tristeza que sentía debía ser patente en cada curva de su rostro. Porque él, casi de inmediato, sonrió y la abrazó.

—Ven aquí, anda —la arrulló—. Ya está ¿vale? Ya ha pasado todo. Venga...

Elaine trataba de creerlo, aunque le estaba costando un esfuerzo soberano. Inspiró y espiró varias veces, procurando serenarse. Sin embargo, cuando la frase de Erica sobre Ban volvió a cruzar por su mente con la fuerza de un latigazo, la joven se apartó sin brusquedad de Harvey. Casi al mismo tiempo, su mirada se desvió hacia los edificios más cercanos y el lejano brillo del Kent, un poco más allá. De repente, una idea se acababa de alojar con firmeza en la mente de Elaine. Algo que, conforme pasaban los segundos, más peso parecía tener en su corazón. Tenía que hacerlo.

—¿Elaine? —La llamó Harvey, preocupado, cuando vio que la joven se alejaba en dirección opuesta a la de la biblioteca. Consciente de golpe de que lo estaba abandonando, la aludida se giró y lo encaró—. ¿Va todo bien? —quiso saber él—. Estás muy pálida.

La muchacha, tras dudar apenas un segundo, asintió con ojos brillantes de decisión.

—Sí, estoy bien. Sólo... Necesito hacer algo antes de estudiar ¿vale? No me esperes. —Ante la expresión escéptica e insegura de Harvey, añadió con media sonrisa—. Todo irá bien, confía en mí.

Tras sopesarlo, el chico decidió claudicar e imitó su mueca.

—Está bien. Te cubriré si Ken llama. ¿Vale?

Ella sonrió con más ganas.

—¡Eres el mejor, Harv! —gritó, antes de echar a correr.

Desde la biblioteca, el recorrido hasta el *Fairy Kingdom* era cuesta abajo, con lo que a Elaine le costó poco más de diez minutos alcanzar su destino. La bandolera con el pesado libro que había cogido prestado de la abogada de la empresa le golpeaba la cadera sin descanso al correr, pero no

le importaba. De hecho, Elaine olvidó todo dolor, al tiempo que creía que el corazón se le iba a salir del pecho, en cuanto vio a la alta figura rodeando la esquina del casino y encaminándose hacia la puerta. La joven inspiró hondo, buscando calmar su alocado corazón, antes de seguir corriendo y gritar su nombre.

—¡Ban!

Como era de esperar, él se giró de golpe, sorprendido porque alguien lo llamase de aquel modo. Pero su ceño se frunció en cuanto la joven llegó a su altura y él vio su rostro acalorado.

—Elaine! —la recibió, inseguro, mirando a su alrededor acto seguido—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? —Al verla tan nerviosa, el hombretón le hizo levantar el rostro con una mano. Sus ojos parecían preñados de auténtica preocupación cuando preguntó, en voz más suave—. ¿Qué te pasa, pequeña? Estás como temblando...

Elaine tragó saliva y sacudió la cabeza, tratando de poner en orden sus ideas. Al tiempo, se retiró unos centímetros y apartó la barbilla de su mano sin violencia. En su estado, el contacto con su piel podía hacer que diese un paso en falso antes de estar segura de lo que ocurría. Pero no quería que aquello sucediese en medio de la calle y menos enfrente del casino. Necesitaban... privacidad, si iban a dar el paso ¿no?

—¿Podemos hablar? —pidió, con la voz algo ronca—. A solas.

Ban observó un segundo el casino, indeciso. Por la hora, Elaine suponía que iba a ensayar, pero también necesitaba estar segura de lo que él sentía. No podía vivir con esa incertidumbre. Sin embargo, ante la ansiedad de la muchacha, Ban pareció aceptar.

—Está bien. —Acto seguido, la tomó de la mano y la instó a seguirlo—. Ven, vamos al Gorlois. Allí estaremos tranquilos ¿vale?

Elaine, aún aturdida y con el corazón al galope, lo siguió con docilidad y sin soltar su mano en todo el recorrido hasta el citado parque. Una vez allí, Ban no la condujo al castaño de la última vez, sino a un pequeño recoveco situado más al oeste. Allí, la pareja se encontró rodeada de setos en un espacio circular con algunos bancos distribuidos estratégicamente por todo el perímetro. La muchacha casi temblaba de anticipación, sin saber si estaba preparada aún para declararse pero deseando hacerlo con todas sus fuerzas. Era un salto difícil, pero... ¿Quién dijo miedo, si Ban la correspondía?

—A ver, sentémonos aquí —indicó él, solícito, antes de acomodarse juntos en uno de los asientos—. ¿Qué ha pasado? Pareces... triste.

Elaine tragó saliva. La discusión con Erica le quemaba por dentro casi tanto como la incertidumbre, pero decidió confesar la parte mala lo primero de todo.

—Siento haberte abordado así, pero... —Se mordió el labio, insegura—. Erica ha venido a verme hoy a la biblioteca y... Necesitaba hablar contigo de ello.

Ban enarcó una ceja no exenta de inquietud.

—Y ¿qué te ha dicho, si puede saberse?

Elaine inclinó la barbilla, casi ocultando el rostro entre los mechones rubios.

—Digamos que... algunas cosas que no eran demasiado agradables. Pero, además... —Inspiró por la nariz—. Yo... Ella...

La joven se interrumpió, sintiendo que el peso de aquella situación estaba pudiendo con sus nervios y sin evitar sollozar. Ban, de inmediato, la rodeó con un brazo.

—Eh, eh... Vamos, desahógate y cuéntamelo. Estoy aquí.

Elaine trató de serenarse, reconfortada por su abrazo.

—Erica... me ha dicho que... no quieres salir con ella porque... —En ese instante alzó la barbilla—... te gusta otra persona... ¿Es... cierto?

A su lado, Ban pareció tensarse y se retiró unos centímetros; pero no dejó de rodearla con el brazo cuando preguntó, casi con estupor y un ligero timbre nervioso que Elaine no identificó del todo:

—Y ¿Erica ha venido a verte sólo para decirte eso?

La joven, en su tribulación, asintió despacio. Era el momento de la verdad.

—Ban... —susurró, en un tono agudo pero comedido, tan bajo que el aludido se tuvo que inclinar un poco más para escucharla bien—. ¿Soy...? ¿Soy yo... esa persona?

Elaine no necesitó alzar la cabeza para intuir, de forma algo dolorosa por otra parte, que había dado en el clavo. Su acompañante se puso rígido de súbito, apartó el brazo que la rodeaba y enterró la cabeza entre las manos con expresión turbia.

—¿Ban? —repitió ella, apenas enfocándolo por el rabillo del ojo.

Él, por su parte, aún tardó unos segundos en responder que a Elaine se le hicieron eternos. Sin embargo, cuando lo hizo, la muchacha no supo si

sentirse la persona más afortunada o la más desgraciada del mundo.

—Sí, lo eres. Pero... Joder, lo siento, Elaine. —Ban la encaró en ese instante con expresión de profunda tristeza—. Esto no tenía que haber pasado.

De primeras, la joven no supo ni qué responder a aquello. O sea, que él se sentía atraído por ella, pero lo suyo no podía ser. ¿Entonces...?

—¿Por qué? —quiso saber, aturullada y sin entender qué estaba sucediendo—. Ban, yo...

—Elaine —la interrumpió sin brusquedad, esta vez sí, encarándola—. Sólo te traeré problemas, créeme... Yo...

Pero Elaine ya no lo escuchaba. En su cabeza, sólo martilleaba un pensamiento. Un recuerdo. Una frase dicha no hacía mucho por uno de sus mejores amigos:

“Si te gusta ese chico, lucha por estar con él”.

Así, antes de que él pudiera decir nada más, Elaine notó cómo su cuerpo se alzaba unos centímetros. Casi sin ser consciente ella misma de lo que estaba haciendo, sus manos se movieron, sus dedos acariciaron la mandíbula afilada de él y sus rostros se acercaron. Cuando sus labios rozaron los de él con timidez, pero con firmeza y desesperación al mismo tiempo, Elaine cerró los ojos y se dejó llevar. Ban, por su parte, se quedó quieto como una estatua durante un par de segundos. Sólo entonces, pareció querer devolverle el beso; abriendo apenas los labios, pero lo justo para que la joven pudiese notar la humedad del interior durante un maravilloso instante.

Sin embargo, su reacción de rechazo fue casi inmediata. De un momento a otro, Ban se retiró, sujetó las muñecas de Elaine sin violencia y la empujó unos centímetros hacia atrás. Cuando la joven abrió los ojos, apenas fue consciente de que estaban llenos de lágrimas mientras encaraban un mar de caramelo líquido que ahora se le antojaba árido cual desierto.

—Elaine... —suspiró él, con dolor en la voz—. No... No puedo. Lo siento de verdad. Pero... No podemos hacer esto. Perdóname.

La joven se quedó como paralizada durante un instante, mirándolo aún con fijeza y sintiendo un maremoto de sentimientos apoderándose de su interior. No sabía lo que había ocurrido con certeza, pero sí tenía clara una cosa: el rechazo de Ban, reflejado en sus ojos rojizos, dolía como una lanza clavada en el corazón. Quizá por eso su reacción fue incluso más ruda de lo que esperaba. Cuando Elaine se zafó de las manos del joven, todavía

rodeando sus muñecas, su cuerpo se levantó del banco y la muchacha lo encaró de frente. Él apartó la mirada de inmediato, pero ella no se amedrentó antes de explotar:

—¿Sabes, Ban? No puedo creerme que haya llegado a confiar en alguien como tú —le espetó sin cortapisas, casi con desprecio. El odio a los sureños que le habían inculcado toda su vida y al que ella jamás había querido sucumbir, surgía ahora a borbotones de entre sus labios como la lava de un volcán furioso. Y lo peor es que, quisiera o no, no podía pararlo. Él no alzó la mirada al escuchar todo aquello, sino que mantuvo los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha—. Nadie ¡nadie! Debería interponerse entre dos mejores amigas como lo has hecho tú. Así que, enhorabuena —concluyó Elaine, con acidez—: has conseguido dejarme sin nadie en quien fiarme en esta ciudad. Espero que estés orgulloso de ello.

Y, antes de que él pudiese siquiera hacer un gesto, la joven se dio la vuelta para alejarse a la carrera entre los setos. Pero Elaine se negó a derramar una sola lágrima hasta que no estuvo, casi media hora después y tras llamar a Clarence para que fuese a recogerla junto al Kent, a salvo entre las paredes de su apartamento de la Torre Forest.

Aquella noche, tras el trabajo, Ban volvió a casa sintiéndose como una basura. Durante toda la actuación, a pesar de que había intentado obviarlo, el rostro dolorido de Elaine se le había presentado una y otra vez para atormentarlo. Ese instante fatídico en que el bailarín, a pesar de estar deseando perderse en aquellos labios rosados y maravillosos, había tenido la sensatez suficiente como para echarse atrás. No podía hacerle eso a Elaine. Se lo había jurado. Pero, entonces ¿por qué se sentía como una mierda sólo de recordar lo ocurrido? Sin embargo, la respuesta, buscada o no, la recibió en cuanto traspuso el umbral de su apartamento y un desagradable perfume alcanzó sus fosas nasales.

«No, joder. Ella otra vez, no», bufó para sus adentros, camuflando el desagrado como pudo mientras cerraba la puerta tras él.

Al escuchar el sonido del cerrojo, Meredith se giró despacio desde su posición junto a la ventana del fondo del salón.

—Hola, Ban. Cuánto tiempo.

El hombretón hizo una mueca cargada de ironía, dado que la mujer había acudido hacía apenas unos días a verlo, pero no respondió. Ella, por

su parte, ignoró ese hecho con naturalidad y alzó una mano casual. Ban tembló sin quererlo al ver los grilletes que sostenía en ella.

—He oído que les gustaste a las amigas de Isabelle el otro día —ronroneó entonces Meredith, provocando un nuevo escalofrío al joven.

«¿Sabe quién es Elaine?», se preguntó, aterrado.

Si era así...

—Y ¿a ti qué más te da? —le espetó, en cambio y casi sin pensar.

Estaba enfadado, sobre todo consigo mismo, así que lo último que quería era tener que aguantar a aquella estúpida con ínfulas. Esta, por su parte, soltó una risotada, como si de verdad le divirtiera que él se pusiera belicoso.

—Ban. Ban —lo llamó, acercándose unos pasos—. Puedes decir lo que quieras. Pero... sabes que eres mío.

Meredith se relamió de una manera que a Ban casi le recordó a una serpiente anticipando el momento de asfixiar a su presa. Por primera vez en mucho tiempo, el joven sintió la necesidad de reprimir las arcadas, al tiempo que el recuerdo de la sonrisa de Elaine cruzaba por su mente con dolorosa lucidez.

—Y... ¿Si me niego? —preguntó el bailarín, aun conociendo la respuesta.

La risa de la dominadora, por supuesto, no se hizo esperar esta vez y fue mucho más despectiva que antes.

—Ay. Ya hemos hablado de esto, querido —pronunció, como quien habla a un niño pequeño y rebelde—. Si te niegas... sufrirás. Ya lo sabes.

Ban apretó los dientes. Por alguna razón, aquella noche se sentía valiente para enfrentar a Meredith... Y que fuera lo que tuviese que ser. Algo en él se negaba a volver a sufrir bajo su yugo ni una noche más.

—No puedes hacerme nada, Meredith. No sin comprometer los ingresos de Goliath. Ya lo sabes.

Recordaba haber escuchado, de tapadillo y de tanto en cuanto, hablar a Wan Zhu en esos términos. Sin embargo, la nueva carcajada de Meredith rompió parte de sus esperanzas... De nuevo.

—¡Por favor, Ban! Que ¿“tú” le das dinero? —se mofó la consejera de Fairtech, mirándolo de reojo. Al ver que él seguía serio y cruzado de brazos, la mujer alzó la mano despacio y le acarició el borde de la mandíbula con la fusta que llevaba escondida a la espalda hasta un segundo antes—. Si es así, querido, créeme: yo le doy mucho más de lo que tú jamás

te atreverías a soñar. —Su tono era peligroso, bajo y cadencioso, casi como el baile de un reptil venenoso. Ban tragó saliva mientras hacía lo posible por no apartarse ante el roce del cuero—. Soy más importante para Goliath que un ser insignificante como tú, Ban. Y... cuanto antes lo asumas, mejor. ¿No crees?

Acto seguido, la fusta se apoyó sobre su hombro con una intención que no daba lugar a dudas. Ban se sentó en la banqueta, casi por inercia, antes de que Meredith diera el siguiente paso y acercara sus labios a los de él. Al principio, Ban trató de resignarse como de costumbre e ignorar el asco que le provocaba aquella mujer. Sin embargo, aquella noche, una nueva sensación se cruzó en el camino. Unos labios más suaves, sinceros y deseosos. Un cabello rubio brillando al sol y unos ojos oscuros suplicándole algo más que su amistad. Aquello hizo que Ban, por primera vez en mucho tiempo, no pudiese reprimir más las arcadas y se apartase de Meredith de golpe, casi empujándola hacia atrás de la propia inercia del movimiento. Tras recuperarse de la sorpresa, la mujer se irguió con expresión contrariada y lo abofeteó con la mano abierta, tras dejar los grilletes a un lado.

—¿Quién te has creído que eres, insecto? —Acto seguido, lo tomó por la barbilla y lo obligó a mirarla—. No eres nada, no eres nadie... ¡Eres mío! ¿Me oyes?

A lo que el esclavo, apenas consciente de lo que hacía y poseído por un sentimiento mucho más potente que la complacencia, se zafó y la empujó hacia atrás. Meredith trastabilló, aunque evitó caer al aferrarse con dos manos al respaldo del sofá más cercano.

—Déjame en paz, mujer —rechinó Ban, con odio rezumando en cada palabra—. Ya está bien de tus juegos estúpidos.

La mujer lo miró de hito en hito, sin moverse apenas del sitio. Parecía sopesar qué hacer a continuación y, por un instante, el bailarín rezó porque sólo cogiera sus cosas y se largase de allí. Para su alegría parcial, la mujer primero se incorporó y, después, lo observó con cara de asco.

—No te soporto cuando te pones así, querido —le escupió. Antes de, para mayor alivio de Ban, coger su bolso de juguetes y dirigirse hacia la puerta. Sin embargo, la mujer frenó un instante al pasar por su lado y le siseó, haciéndolo estremecer—. Piensa bien lo que te conviene, Ban. O acabarás metido en líos...

Y, dicho esto, la dominadora salió del apartamento dando un portazo. Tras salir del estupor momentáneo, sin querer creerse que de verdad la

situación le hubiera salido a favor, Ban reprimió un nuevo escalofrío al razonar que posiblemente acababa de abrir la puerta a algo muy peligroso para él. Pero, por algún motivo, se sentía... bien. Algo le decía que por primera vez en años había hecho lo correcto, vinieran las consecuencias que viniesen. En aquel momento, iluminado bajo la luz de la luna y a solas en el salón de su apartamento, el joven sentía que estaba dispuesto a afrontar lo que fuese con tal de salir de aquella situación. Y lo primero que haría cuando lo lograra sería, sin dudarlo, tratar de ganarse de nuevo el amor de Elaine a toda costa. Si es que no era demasiado tarde, claro...

Promesas difíciles

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, Elaine no recordaba haber sentido tal desazón en muchos meses. Confusa, se dio cuenta de que la tarde anterior había caído rendida de llorar en el sofá, sin siquiera despertarse para cenar. Quizá por eso las tripas le rugían como un león hambriento, a aquellas horas. Por contra, la muchacha también sentía un nudo en la garganta que le impedía casi pensar en probar bocado. Cuando el recuerdo del parque volvió como un huracán, Elaine se rozó los labios con los dedos antes de echarse a llorar de nuevo sin remedio. ¿Qué había salido tan mal?

«Estúpida», se increpó sin piedad. «Por tu mala cabeza y tu tozudez te has quedado con nadie de quien fiarte...».

En aquel momento, Elaine echaba de menos con locura a Erica y sus consejos. Pero, cuando por fin miró el móvil, la joven sólo vio un mensaje de Harvey cargado de preocupación y algo de optimismo. La tarde anterior no había llegado casi a explicarle lo sucedido, ni siquiera por el Chat. No se sentía capaz. Pero, ahora, se sentía la peor amiga del mundo... De nuevo. Pensó en llamarlo; pero, en el fondo, no tenía ganas de hablar con nadie. Al final, optó por teclear un breve saludo:

Elaine:
Hola, Harv

Él, como debió suponer, respondió casi de inmediato:

Harvey:
Hey! Cómo estás, princesa?

Esta vez, Elaine estuvo tentada de nuevo de no contestar, pero acabó claudicando con una respuesta vaga.

Elaine:

*No del todo bien. Pero... te cuento esta tarde, vale?
Siento haberte dejado tirado así ayer*

Harv:

*Vaya, me dejas en ascuas :-(
Pero bueno, seré paciente y esperaré
Y no te preocupes, no te voy a regañar por “abandonarme” ;-)
Jeje
Eso sí, llámame en cuanto necesites, eh?
Que aquí estamos, para lo que haga falta...*

Elaine sonrió sin poder evitarlo. Desde luego, lo llamaría después de comer y se desahogaría con él. Seguro que, después de eso, vería todo más claro. Sin embargo, en ese instante fue el timbre del apartamento el que atrajo su atención y la hizo fruncir el ceño. Intrigada, la muchacha se aproximó a la puerta; pero su rostro se arrugó aún más al ver a la estirada de Barrows esperando al otro lado.

—Buenos días, señorita Forest —la saludó esta.

—Hola, señorita Barrows —respondió ella, educada—. ¿Qué hace aquí?

—Su hermano quiere invitarla a desayunar —indicó la asistente.

Elaine, por su lado, torció el gesto sin esfuerzo cuando la mera idea le aumentó el nudo en el estómago.

—Lo siento, señorita Barrows —se disculpó de inmediato—. Dígle que hoy no me encuentro bien y subiré directamente a ver a mi madre. Pero... muchas gracias por la invitación.

Casi sin esperar la respuesta de la mujer, Elaine le dio con la puerta en las narices y se dirigió a su dormitorio para vestirse y asearse. Tenía ojeras, el pelo revuelto y una palidez cadavérica, pero sabía cómo solucionarlo. Tras lavarse la cara, cepillarse el cabello a conciencia y aplicarse apenas una base de maquillaje, Elaine se vistió de forma más sencilla que nunca, antes de dirigirse hacia el piso más alto de la Torre. Una vez allí, la mañana transcurrió como cualquier otra, mientras Elaine trataba de centrarse en ayudar a su madre en todo lo posible. Así, al menos, conseguía mantener la mente ocupada y el dolor de su propia soledad se hacía menos patente. Aunque no pudo evitar descartar a medias el “Lanzarote del Lago” en cuanto recordó, con dolor, quiénes eran sus progenitores.

«Ban y Elaine de Benoic. Desde luego, el destino tiene un sentido del humor muy macabro...».

Buscando cambiar de ámbito, la joven intentó buscar algo más contemporáneo y se decidió por “Orgullo y Prejuicio”, de Jane Austen. Y aunque la historia de Elizabeth y el señor Darcy le devolvía algunos fogonazos de su propia relación con Ban, la lectura era bastante más soportable en sus circunstancias.

Para la hora del almuerzo, Greta había dejado preparada una fuente de patatas gratinadas con cebolla, uno de los platos favoritos de Elaine; pero la joven apenas probó cuatro bocados. Para bien o para mal, seguía sintiendo el estómago cerrado por la decepción. Por ello, prefirió concentrarse en dar de comer a Evelyn con todo el cariño y cuidado del mundo. Cuando Irina llegó por fin, la joven se despidió de ambas como cualquier otro día y se encaminó a su apartamento. Sin embargo, al encontrarse de nuevo en la soledad del amplio salón, el peso de la tristeza quiso volver a adueñarse de su corazón. Elaine se dejó caer como por reflejo en el sofá, encarando el ventanal que se abría más allá. El mar de torres y rascacielos al otro lado la distrajo durante un buen rato, mientras su mente divagaba sin cortapisas. Sin embargo, no derramó una sola lágrima. De hecho, eso salvó la situación cuando, unos minutos más tarde, tuvo que ir a abrir la puerta. Habían llamado al timbre y cuál no fue su sorpresa cuando comprobó que el visitante, en esta ocasión, era su hermano mayor.

—¿Ken? ¿Qué haces aquí?

—Ah, hola, Elaine —la saludó él; educado, pero con cierto afecto que la aludida no esperaba—. ¿Cómo estás?

Aturdida, la joven parpadeó un par de veces antes de recordar su conversación con Barrows de aquella mañana.

—Oh... Bueno, bastante mejor. Aún tengo el estómago un poco revuelto, pero ya me encuentro mucho más entera —expuso, mostrando la sonrisa más convincente que fue capaz.

Ken, por su parte, en vez de irse enseguida como ella deseaba se quedó allí unos segundos más. Su ceño estaba algo fruncido, como si reflexionara sobre lo que le acababan de decir.

—¿Necesitas... ? ¿Quieres que avise a la doctora Patel?

Elaine suspiró, conteniendo el impulso de poner los ojos en blanco por muy poco. En el fondo, una pequeña parte de su ser se conmovía ante la

preocupación de Ken, como si aquel resquicio fuese justo lo que devolvería su relación a la normalidad. Sin embargo, las decepciones con Erica y Ban de los últimos días habían cubierto su ánimo de una serie de nubes negras difíciles de disipar. De ahí que dicha ternura fraternal no lograra salir a la luz, aunque quisiera. En cambio, la joven meneó la cabeza y empujó apenas la puerta del apartamento, como dando por terminada la conversación:

—Estoy bien, de verdad. No hace falta que llames al médico —le indicó—. Me quedaré en casa esta tarde estudiando ¿vale?

Si la muchacha no hubiese estado tan deseosa de quedarse sola, quizá hubiese atisbado el leve brillo de culpa que se adueñó de los ojos oscuros de Kenneth Forest cuando escuchó aquello y vio que ella empezaba a ocultarse tras la puerta. Sin embargo, ante su rechazo, el joven se limitó a asentir en señal de rendición; y repuso, no sin cierta ronquera en la voz:

—Vale, genial. Espero que te mejores. —Se dio la vuelta para irse y Elaine empezó a cerrar de nuevo. Sin embargo, cuando él se giró y la llamó de nuevo, la muchacha frenó el gesto de golpe y lo miró, interrogante—. El... ¿Sabes que... puedes contar conmigo si lo necesitas, verdad? Estaré disponible si quieres hablar.

La aludida frunció los labios para contener una mueca de escepticismo. Como si fuese cierto...

—Claro —mintió, casi por inercia—. Buena tarde, hermano.

Él alzó una mano para despedirse.

—Que descanses, Elaine.

La joven lo vio entonces irse por el pasillo, vigilando hasta que desapareció por la esquina junto al ascensor. Sólo entonces, aquella se permitió cerrar por fin la puerta y dejarse caer sobre la misma con un hondo suspiro. Sin darse cuenta, había estado conteniendo casi la respiración durante todo aquel extraño diálogo con Ken. Sacudió la cabeza con irritación al recordar sus palabras. Que ¿“estaría disponible si quería hablar”? ¿En serio?

«¿Cuántas veces lo he necesitado a lo largo de este año y no estaba para mí?», rechinó mentalmente, apretando los puños; todo mientras se dirigía de nuevo hacia el sofá y se sentaba, cruzada de brazos y piernas.

Por primera vez en mucho tiempo, Elaine estaba enfadada de verdad. Quería gritar, llorar y zarandear a su hermano hasta que se diera cuenta de cuánto lo había añorado. Frustrada, inclinó la cabeza hasta apoyarla entre los nudillos, al tiempo que las lágrimas retornaban a sus ojos por enésima

vez aquella semana. ¿Por qué era todo tan complicado...? No obstante, una vibración junto a su muslo derecho la distrajo en ese momento de su tristeza. ¿Quién sería? Por un absurdo momento, Elaine pudo incluso desear que se tratase de Ban... O de Erica, ya puestos. Pero se trataba de Harvey. Aun así, la muchacha no dudó en descolgar al instante a su mejor amigo, sintiendo que el llanto remitía como por ensalmo.

—Harv... —saludó, afectiva.

—Eh, princesa. ¿Cómo estás? —se interesó él, en el mismo tono.

Ella torció el gesto, sin saber cómo expresarlo.

—Bueno, he estado mejor —reconoció al fin, sincera, recostándose sobre el mullido respaldo del *chaise longue*—. Pero se me pasará, seguro.

Harvey hizo un ruido de aprobación al otro lado.

—Esa es mi chica —la felicitó, arrancando una sonrisa involuntaria a la muchacha. A veces esta pensaba que, si no supiera que él era homosexual hasta la médula, habría caído en sus brazos hace mucho tiempo. Harv era así de encantador, pero además era sincero como pocos—. Entonces ¿no ha pasado tu hermano por ahí?

Elaine enarcó una ceja suspicaz.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió, burlona.

Aunque estuviesen al teléfono, la muchacha casi pudo intuir la sonrisa maliciosa extendiéndose por el rostro de su mejor amigo mientras respondía:

—¡Oh, nada! Intuición. Eso... y que me ha escrito Ken hace apenas cinco minutos por si “yo” podía averiguar qué te pasaba. —Elaine bufó y puso los ojos en blanco, pero no respondió. En cambio, un extraño nudo se adueñó de su corazón cuando Harvey agregó, en voz muy baja—. Está preocupado por ti ¿sabes?

La muchacha resopló de nuevo, hastiada.

—Estoy bien —aseguró, quizá más cortante de lo que pretendía, antes de reiterar—. Se me pasará.

El rubio informático hizo un sonido indescifrable al otro lado, pero no insistió, como de costumbre. En cambio, pasó a preguntar por un tema que Elaine temía sin remedio:

—Bueno, entonces... ¿Has tenido noticias de Ban? ¿Qué pasó ayer?

Elaine inspiró con fuerza, obligándose a no llorar cuando aquella pregunta destapó los recuerdos de la tarde anterior con violencia. Sin embargo, cuando Harvey la llamó de nuevo por el auricular, no sin cierta

angustia en la voz, la joven decidió sincerarse. Conteniendo el llanto a duras penas, narró a su mejor amigo lo ocurrido con pelos y señales: desde el momento en que lo había abandonado en la biblioteca hasta que Clarence fue a recogerla. Al final del relato, aunque lo intentó, Elaine no pudo evitar que varias lágrimas traidoras humedecieran sus mejillas y el teléfono que tenía pegado a la oreja.

—Ay, pequeña —se compadeció Harvey, cuando terminó de hablar—. Lo siento mucho, de verdad que sí. Aunque, piensa que quizá es que no es el hombre para ti... —Aquella frase, aunque no fuese la intención del muchacho, sólo intensificó el llanto de Elaine. Por ello, este se apresuró a añadir—. Vamos. Oye, que acabas de empezar a salir del cascarón, El. Es normal equivocarse de vez en cuando.

—Y ¿si no consigo nunca un hombre que me quiera como soy, Harv? —se lamentó, desesperada.

Pero Harvey había vivido alguna que otra ruptura en aquellos años y sabía que aquella sólo era una fase por la que todos, quisieran o no, habían pasado alguna vez.

—Eh, oye. Tu príncipe llegará, Elaine. No lo dudes. Sólo... Tienes que aprender a tener paciencia —le aconsejó, cariñoso—. Si no lo sabré yo, que aún lo estoy buscando...

Elaine casi se rio ante aquella última frase, dicha en un tono bastante burlón. Si lo pensaba en frío, era muy probable que Harvey tuviera razón. Pero su ánimo se ensombreció de inmediato cuando reflexionó que, en su caso, le encantaría que ese “príncipe” fuese Ban. Y, de momento, su dolido corazón no quería o podía contemplar otra opción. Pero optó por no decir nada de esto en voz alta. Aun en su despecho, Elaine era consciente de que si lo hacía, parecería aún más infantil. Harv tenía razón: debía empezar a pasar página cuanto antes y olvidarse de algo que, en el fondo, nunca había llegado a ser. ¿Qué le estaba pasando a su racionalidad, últimamente? Sin embargo, antes de que la temida palabra emergiera a la superficie de su consciencia en forma de respuesta, la voz de su mejor amigo la atrajo de nuevo a la conversación:

—¿Te dio al menos un motivo para no querer disfrutar de tu compañía? —quiso saber entonces Harvey, solícito—. ¿Alguna excusa creíble, al menos?

Elaine se obligó a dejar de llorar y pensar con claridad. Al final, negó con la cabeza.

—No exactamente —admitió, derrotada, tras devanarse los sesos con los recuerdos del día anterior—. Sólo me dijo que... no podíamos hacerlo.

«Pero pareció besarme de vuelta... o eso quise creer», pensó, sintiéndose aún más confusa.

—Uy ¿crees entonces que yo tendría alguna posibilidad? —se emocionó Harvey de inmediato, guasón.

Aquella pregunta, sin dudarlo, arrancó una sonora carcajada a Elaine.

—Bueno, quién sabe... —lo coreó ella, contagiada de una pizca de su humor y entendiendo sin problemas a qué se refería—. A lo mejor es por eso por lo que no quiere estar con chicas. Pero —dudó justo después, cayendo en la cuenta de algo— me dijo que yo le gustaba... —Elaine enterró la cara entre las manos, confundida—. *Argh*. No entiendo nada, de verdad....

—Bueno, puede que sea bisexual, pero esté comprometido —elucubró entonces Harvey—. Lo cierto es que, visto lo visto y a pesar de todo, parece un chico críptico... Qué chasco...

De repente, una idea incómoda se instaló en la mente de Elaine, haciéndola estremecer.

—Crees que... ¿es de esos que juegan con todas y no se deciden por ninguna? —preguntó en voz muy baja, como si casi le diese vergüenza expresarlo en voz alta.

Pero lo que no esperaba era el bufido casi despectivo que salió de la boca de Harvey al instante.

—Pasas demasiado tiempo con Erica y Vanessa —la regañó sin maldad—. ¿Quién dice que él sea eso?

Elaine, por su parte, sintió la bilis ascender desde el estómago al escuchar aquellas dos menciones.

—La echo de menos —repuso, dolida, sin contestar a su pregunta—. A las dos, en realidad.

Harvey, quizá consciente de que se había pasado un poco de la raya, adoptó un nuevo tono más suave y pronunció, para tranquilizarla:

—Dale un tiempo a Eri, seguro que podréis volver a entenderos. Y más si aquí “el amigo” os ha sacado a las dos de su partida amorosa... —agregó con sorna.

Elaine, a regañadientes, esbozó una sonrisa.

—¿Crees que todo volverá a ser como era antes? —aventuró, esperanzada.

—¡Claro que sí! —la alentó él, sin dudarlo—. Ya lo verás. Y aquí estaremos todos para apoyarte en lo que necesites —le recordó.

Elaine soltó una risita agradecida.

—Gracias, Harv.

—De nada —repuso este, como si no fuera con él—. Oye, tengo que dejarte. Ayer pude darle un empujón a la entrega y creo que quiero ver si aprovecho la tarde. ¿Te vienes a la biblioteca?

La muchacha notó el nudo de su estómago haciéndose más denso antes de negarse sin violencia.

—Hoy me quedo en casa, Harv —le explicó—. Pero... gracias por la oferta.

—De nada —repitió él, más jovial—. Pero mantenme informado de todo ¿eh?

Elaine rio de nuevo, conmovida.

—Claro que sí. Nos vemos pronto ¿vale?

—¡Eso está hecho, princesa! ¡Hasta pronto!

Tras la despedida, la joven colgó y apartó el móvil de su oreja. Sin embargo, cuando lo hizo, el gesto se congeló a medio camino mientras sus ojos se clavaban en las notificaciones recibidas.

Elaine tembló. No podía ser. Y, a pesar de todo, la muchacha casi sintió la desesperación correr por sus venas mientras sus dedos, como si tuvieran voluntad propia, abrían el *Chat4All* y sus ojos leían aquella lista de mensajes que parecía interminable.

Ban:

Hola Elaine

Joder no sé ni cómo hacer esto

Bueno, casi ni pienso en no decir palabrotas así que imagínate...

En fin, yo... Quería decirte que lo siento mucho

Siento cómo te traté ayer

Me encanta estar contigo, de verdad

Pero... No puedo ofrecerte más de momento

Me encantaría que pudiéramos seguir hablando como hasta ahora

Podemos hablar?

Cuando Elaine vio sus mensajes, estuvo a punto de borrar su número de lo despechada que se sentía. Sin embargo, la conversación con Harvey y sus

dulces consejos hicieron que, simplemente, la muchacha se quedase observando aquellas líneas como si no pudiese creerlo. Cuando por fin se recobró del choque, unos segundos después, la joven Forest chequeó con rapidez las horas de recepción, indicadas junto a los mensajes. Ban había empezado a escribir sobre las diez de la mañana y había alternado los envíos hasta aquel momento, pasadas las tres de la tarde. No obstante, como si lo hubiese invocado, Ban empezó a escribirle de nuevo en ese momento:

Ban:

Joder, la he vuelto a liar, verdad?

Elaine, yo...

Ayer me pillaste por sorpresa, de verdad. No supe reaccionar

Joder, tengo que explicarte muchas cosas, pero no sé ni por dónde empezar

Sobre todo es para que no salgas perjudicada, entiéndelo

No te conviene estar con alguien como yo

Por favor, llámame

A medida que leía, mensaje a mensaje y línea a línea, Elaine se sentía más perdida. ¿Qué quería decir Ban con todo aquello? ¿De qué estaba hablando? ¿Perjudicada? ¿Qué estaban, en una película de mafiosos?

Sacudió la cabeza. No, no quería creerlo. Y, decididamente, no pensaba llamarlo. Algo en aquello, a pesar de su incredulidad, le hacía razonar que era mejor mantenerse a distancia de Ban. No quería sufrir más, no por culpa de un chico al que apenas conocía y que la había alejado así de su mejor amiga. De ahí que, dispuesta a mantener su silencio todo lo posible, Elaine optase entonces por dejar el móvil tirado en el sofá y, en cambio, se encaminase hacia el balcón del dormitorio para leer. Por primera vez en días, sumergirse en las desventuras de Penelope Stern bajo la pluma de Rosamund Pilcher logró evadirla de sus preocupaciones y el mundo exterior. No quería saber nada de nadie, sólo encerrarse en su mundo interior y sanar las heridas del alma mediante la literatura. Hasta la fecha, había sido un truco casi infalible.

Sin embargo, a eso de las seis de la tarde, el estómago comenzó a protestar y Elaine se rindió a la necesidad de cenar algo. Por costumbre, echó un vistazo al móvil para ver si tenía alguna notificación. Y cuál no fue su sorpresa al ver que tenía no una, sino cuatro llamadas perdidas de Ban.

Pero lo que hizo aletear el corazón de la muchacha como un colibrí fue, justamente, la última notificación de la barra superior.

“Tiene un mensaje de voz en *Chat4All* de ‘**Ban**’”.

Elaine se estremeció, indecisa, mientras una maldición pugnaba por salir de sus labios apretados. Cuando resonó en su mente, la joven casi bufó, incrédula. ¿De verdad él había llegado a tener semejante influencia en ella? Si dejaba a un lado el dolor, casi tenía que admitir que era hasta gracioso.

«¿Qué hago?», reflexionó, sosteniendo el móvil con una mano y con la mirada fija en la notificación.

Al menos, antes de que una voz que se parecía de manera sospechosa a la de Harvey le susurraba, ladina:

«¿Qué pierdes por escucharlo, boba? Si te mueres por oír su voz...»

En el fondo, Elaine sabía que era cierto, aunque quisiera negarlo. Algo en ella seguía queriendo dejarse caer en el abismo y la marea de sentimientos que la invadía sólo con ver su nombre. De ahí que no se sorprendiera lo más mínimo cuando, un segundo después, el dedo se deslizó sobre la notificación para abrirla.

“Hola, Elaine. Escucha. Sé que no me quieres coger el teléfono y créeme que entiendo el por qué. Pero, yo... Quiero poder seguir hablando contigo y viéndote, aunque de momento no pueda ofrecerte nada más allá de mi amistad. Eres... de las pocas personas que aprecio fuera del ambiente del trabajo. Aunque... No, qué estupidez, claro. Supongo que no te interesa que te relacionen con alguien como yo. Eso también puedo entenderlo y, si no quieres verme más, lo aceptaré. Aunque me duela. Pero necesito que me lo digas, Elaine. Te sonará estúpido, pero... No puedo vivir con esa incertidumbre. Por favor, llámame.”

Cuando el mensaje terminó, Elaine exhaló en profundidad, expulsando todo el aire que estaba reprimiendo sin apenas darse cuenta. Seguía hecha un lío, pero una parte de su corazón admitía que estaba dispuesta a darle una oportunidad. Al fin y al cabo, era lo que había llegado a esperar de él antes de que todo se precipitase ¿verdad? Así, con un dedo aún tembloroso, la joven sucumbió por fin a sus instintos y pulsó el símbolo del auricular junto al nombre de Ban. Por algún motivo, no le sorprendió que él descolgase casi a la primera:

—¿Diga? —resonó su voz, no exenta de una esperanza mal disimulada.

Elaine inspiró con fuerza. Cielos, cuánto echaba de menos escucharlo.

—Hola, Ban. Soy yo.

Tras el saludo, él se quedó en silencio al otro lado y Elaine se obligó a ser paciente y esperar lo que él tuviese que decir. Aunque, cuando él volvió a hablar, su tono denotaba un alivio que pilló a la joven casi desprevenida:

—Lo cierto es que... no sabes cuánto me alegro de que me hayas llamado —confesó—. Soy un idiota, Elaine, de verdad. Sé que estás muy enfadada conmigo. Pero... es lo que le dije a Erica. Ahora mismo... No puedo permitirme estar con nadie. Y... No quiero que salgas perjudicada por mi culpa.

Elaine quería creer cada una de sus palabras y, en el fondo, la conmovía su aparente franqueza al disculparse. Pero no quería volver a sufrir. Por ello, aún dudó antes de atreverse a replicar, en voz muy baja:

—Ban ¿puedo preguntarte algo?

—Dispara —repuso él, enseguida, con voz confiada.

La joven inspiró hondo.

—Eres... ¿gay?

Durante varios segundos, se hizo un silencio ominoso al otro lado del teléfono que hizo a Elaine temer lo peor; al menos, antes de oírse una leve carcajada que la hizo enrojecer hasta la punta de las orejas.

—Por favor... De todas las preguntas del mundo y ¿solo se te ocurre esa? —Parecía incrédulo, pero sin atisbo de maldad—. Perdón. Reconozco que no me lo esperaba... ¿Por...? ¿Por qué quieres saberlo?

Parecía confundido de verdad y Elaine trató de tragarse su vergüenza como pudo. No era una pregunta complicada ni inusual, más bien al contrario en la sociedad en la que ambos vivían. Y, aun así, a la muchacha le costó encontrar la forma de expresarlo:

—Bueno, podría ser un motivo como cualquier otro por el que no quisieras salir con nosotras... —arguyó al final, intentando que su voz sonara lo menos cargada de reproche posible—. No es tan poco corriente.

Ban suspiró al otro lado.

—Bueno, ya que preguntas, te lo diré: en realidad, soy bisexual —confesó sin ambages. Antes de agregar, en tono críptico—. Aunque, créeme: eso no tiene nada que ver ahora mismo.

Elaine procuró serenarse, aprovechando que él no podía verla. Así que Harvey tenía razón, en parte. Pero eso no respondía a su pregunta.

—No... estás... ¿saliendo con otro hombre?

Ban pareció dudar antes de responder.

—No... No exactamente.

—¿Otra mujer? —insistió Elaine, sin poder contenerse.

Para su mayor exasperación, Ban volvió a tomarse unos segundos para responder.

—No, Elaine. Yo... Joder, esto es complicado de explicar...

La joven inspiró, decidida a no dejarse apartar de nuevo por el mismo argumento.

—Cuéntamelo —le pidió, sin violencia—. Ban, quiero poder ayudarte. De verdad.

La muchacha había sido del todo sincera, a pesar de las circunstancias. No había podido evitarlo. Pero, de nuevo, como primera respuesta se encontró ese silencio tenso al otro lado que empezaba a detestar.

—Mira que eres cabezota ¿eh, señorita? —susurró él entonces, desarmándola por completo con aquel apelativo. Elaine apretó los labios, irritada todavía, pero no respondió a la provocación. Odiaba que la conociese tan bien. Aunque tenía que admitir que su siguiente frase la dejó aún más clavada en el sitio—. Te propongo un trato. Pasado mañana tengo la noche libre. ¿Qué opinas si te llevo a cenar a un italiano estupendo que conozco en el Centro? Prometo contarte todo lo que esté en mi mano sin ponerte en riesgo.

Elaine, sin quererlo y a pesar de que su pulso acababa de acelerarse a velocidad de galope, se tensó al escuchar la última frase. Porque algo le hacía sospechar que ahí estaba la clave de todo.

—¿En riesgo? —repitió—. ¿Qué quieres decir, Ban?

Este, por su parte, respondió con sencillez y sin dar detalles:

—Lo entenderás cuando lo sepas. ¿De acuerdo? Es lo único que puedo decirte... —Hizo una pequeña pausa y agregó, como una súplica—. Confía en mí ¿vale?

Elaine apretó los labios; aún contrariada, pero también curiosa por saber lo que él tenía que explicarle. Sin quererlo, la joven intuía que se estaba aproximando a un terreno peligroso que Ban había mostrado a muy poca gente. De nuevo, la joven e inexperta Forest sopesó si no se estaba metiendo en algo muy turbio, digno de la mejor película de acción de todos los tiempos. Pero, a pesar de ello, tampoco dudó un instante más antes de aceptar su proposición.

—Y, Ban... —lo llamó, antes de que colgaran, tras concretar los detalles del sitio y la hora.

—¿Sí?

Elaine tragó saliva.

—Gracias.

Él, para su intriga, se limitó a soltar una pequeña risa cargada de amargura al otro lado.

—No me las des aún, Elaine... Créeme, ojalá esto no haga que quieras alejarte de mí para siempre...

La joven contuvo un escalofrío mientras sacudía la cabeza.

—Ban, en serio. No puedo creer que sea tan terrible. —Él bufó al otro lado con escepticismo, pero la muchacha estaba convencida. Fuera lo que fuese, lo superarían. Y ella estaba dispuesta a escucharlo hasta el final—. Todo irá bien ¿de acuerdo? Aceptaré lo que me tengas que decir.

El joven suspiró por el auricular.

—Nos vemos el sábado, señorita —repuso, evasivo, pero tan cariñoso como siempre—. Cuídate mucho ¿de acuerdo?

Elaine sonrió sin quererlo.

—Lo mismo digo, Ban. Hasta el sábado.

—Adiós.

Aquella noche, la oscuridad caía ya al otro lado de las ventanas del despacho de Goliath Fairmont en la Torre Fairtech cuando este recibió una visita que no esperaba. En cuanto la mujer cerró tras de sí, entrando en la amplia oficina sin anunciarse siquiera, el joven magnate suspiró y giró la gran silla para encararla.

—Meredith —la saludó—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Aunque apenas lo demostraba, la mujer parecía alterada. Ese brillo peligroso en los ojos oscuros, los puños apretados junto a las caderas y la tensión de su mandíbula indicaban a Goliath que algo grave había sucedido. Sin embargo, este no presionó a su subordinada y esperó, paciente, a que ella respondiese.

—He venido en cuanto he podido —manifestó la mujer, con evidente irritación, antes de acomodarse sin pudor en uno de los asientos reservados a los visitantes y cruzar una pierna sobre la otra—. Tengo algo que contarte, Goliath. Algo que no te va a hacer ni la más mínima gracia.

El aludido enarcó una ceja, expectante.

—Y ¿qué es?

Meredith apretó los labios.

—El caso es... que Ban me rechazó, anoche —rechinó—. Tienes que hacer algo, Gol. Me lo debes.

El aludido, por su parte, se limitó a acentuar su gesto anterior antes de apoyar los codos sobre el escritorio con un suspiro. No, desde luego que no eran buenas noticias. Pero ¿por qué ahora, después de tantos años?

—No te debo nada, Meredith —le recordó, cortante, a pesar de todo. La mujer se irguió, pero no replicó. Goliath, mientras tanto, se concedió unos segundos para meditar con la barbilla sobre los dedos entrelazados—. Aunque... Es cierto que Ban sabe a lo que se expone por hacer esa clase de cosas —La encaró, volteando apenas la mirada hacia ella—. ¿Te ha dicho por qué?

Meredith soltó una carcajada corta y amarga, como si aquello fuese gracioso.

—No, claro que no —escupió, con despecho evidente—. ¿Qué crees? ¿Que un muerto de hambre como él encima se va a dignar a decirme por qué no quiere acostarse conmigo? —bufó—. Por favor...

Goliath asintió, aunque sin querer darle del todo la razón a la mujer. Lo cierto era que aceptaba la presencia de Meredith en su consejo desde los tiempos del difunto Baltazar porque era eficaz... Tanto en la logística visible de la empresa como en la oculta. Pero, en honor a la verdad, a veces le costaba soportar su perenne altanería. Suspiró de forma casi imperceptible, dispuesto a replicar. Sin embargo, Meredith se adelantó antes de que él respondiera:

—Ese chico se está yendo por el mal camino, querido Goliath —insistió, con voz venenosa—. Está perdiendo... Sumisión. Algo está pasando y no me gusta nada.

El magnate, ahora sí, no podía menos que darle la razón. Había pasado mucho tiempo desde la última vez, en efecto. Pero, quizá por eso, su principal deudor estaba empezando a perder la noción de cuál era su responsabilidad... El poder desquitarse con él mantenía a raya a sus consejeros menos “ortodoxos”, digamos, y más fogosos; pero sí que era verdad que también se había convertido en una succulenta y exclusiva fuente de ingresos. Y quizá eso se le había subido a la cabeza... tanto como a Goliath el dulce placer de contar sus ganancias todos los meses. Pero su

posición dependía, también, de que el orden se mantuviera inalterable en los estratos inferiores de su imperio.

—¿Qué sugieres? —inquirió entonces, recostándose en su sillón y clavando dos profundos ojos verdes en su interlocutora.

La sonrisa de Meredith, por otra parte, se ensanchó al escuchar aquello.

—Que Ban vea lo que puede ocurrir por enfrentarse a nosotros. Por negarse —alzó las manos con elocuencia—. Ese fue el trato ¿no?

Goliath movió la cabeza afirmativamente.

—Está bien —aceptó—, haz que Dolor y su gente se ocupen.

Meredith lo miró, sorprendida por aquella declaración. Goliath intuía que no era lo que esperaba, por supuesto, pero no le importaba. Tanto en Fairtech como en los Caballeros, mandaba él y no había más que hablar. La mujer pareció entender, aparte de todo, que aquel era el final de la conversación; puesto que se levantó de inmediato y se dirigió con toda la dignidad posible hacia la puerta.

—Y, Mer... —agregó Goliath con voz arrastrada, cuando ella ya tenía una mano en el picaporte.

—¿Sí?

El magnate, entonces, mostró una sonrisa mucho más peligrosa.

—Asegúrate de cumplir con tu parte en la entrega del domingo —le advirtió. Con placer, vio que el rostro de la mujer se contorsionaba unos milímetros antes de volver a mostrar un gesto neutro—. El cargamento de nuestro socio danés tiene que salir sin problemas... y sin que las malditas Perseidas se interpongan ¿entendido?

Meredith asintió de inmediato y sonrió con algo más de maligna coquetería:

—Todo cristalino, querido. Te mantendré informado.

—Bien. Eso compensará las pérdidas hasta que Ban pueda volver a subirse a un escenario.... —Goliath volvió a tomar los papeles que estaba hojeando antes de la interrupción y la despidió con un gesto de la mano—. Gracias, Mer. Puedes irte.

Sin embargo, en cuanto la mujer desapareció de la vista, el millonario apartó de nuevo los documentos y se quedó meditando, vuelto hacia el ventanal que se abría en la trasera del despacho. Si bien era cierto que desde su trato, Ban solo se había salido de la línea algunas veces durante el primer año y hasta aprender la lección, Goliath lamentaba tener que tomar de nuevo una decisión que lo bajaría del escenario por unos días. Por ello, todo

tenía que salir bien en la entrega... Por el bien de todos, el joven pelirrojo esperaba que Meredith cumpliera con su parte. Y, por supuesto, que las malditas Perseidas no volviesen a inmiscuirse donde no las llamaban. Si era así, Meredith debía saberlo: no era Ban el único que pagaría muy caro el atrevimiento...

No hay vuelta atrás

Al día siguiente, Ban se levantó ilusionado como un niño pequeño el día de su cumpleaños. Era como si, a pesar de que las tareas del día eran del todo cotidianas, nadie pudiera robarle la sonrisa de la cara. A lo que contribuía el alivio de saber que no había perdido a Elaine, a pesar de todo. Por supuesto, el bailarín no era ningún estúpido; sólo de recordar lo sucedido dos noches antes con Meredith, la parte más sometida de sí mismo temblaba con anticipar lo que podía suceder. Había rechazado las atenciones de un consejero de Goliath y eso, desde hacía cinco años, siempre había tenido consecuencias. Y aun así, el joven no podía dejar de sentir la dicha corriendo por sus venas. Por la tarde, cuando por fin se dirigió al casino para la sesión habitual de ensayo con Deirdre y Jill, ni siquiera los ladridos despechados de esta última consiguieron minar un ápice su ánimo. Mientras su cuerpo se aferraba a la barra de metal y fluía a su alrededor, pirueta tras pirueta y giro tras giro, su mente se recreaba en un rostro precioso de ojos avellana que casi parecía impulsar sus movimientos con más energía. Tanto que, al terminar, hasta Jill tuvo que admitir que ese día él parecía especialmente motivado.

El joven trató de esconder el rubor de sus mejillas al escuchar aquello, sintiéndose pillado en falso por alguien en quien no confiaba, pero la mujer no parecía belicosa. Si no hubiese estado tan despistado, Ban hubiese jurado que hasta había un punto de admiración en su mirada cuando se despidieron. Sin embargo, se obligó a no darle más vueltas mientras salía por la puerta trasera hacia las cocinas. Y los gritos que oyó nada más pisar el pasillo lo distrajeron del todo de cualquier otro pensamiento, bueno o malo:

—¡Malcolm, no seas cabezota! ¡Sigue siendo tu hermano! —exclamó Isabelle, claramente escandalizada—. ¡Vuelve aquí!

—Y ¿qué más dará? —respondió el aludido, en el mismo tono—. ¡Como si no lo fuera, mientras siga al servicio de ese idiota! ¿Crees que me

gusta verlo ahí metido?

—¡Sé que no, pero es su decisión! ¡Tú no tienes la culpa! —escuchó Ban decir a su novia, con evidente dolor en la voz.

Sin embargo, el que apareció por la esquina en ese instante fue el mismo Malcolm. Girándose acto seguido para, a gritos, increpar a la otra joven:

—¡No entiendes nada, Bells! ¿Me oyes? ¡Nada!

Y mientras Ban escuchaba claramente el sollozo de ella, aún oculta por el muro y a pesar de la distancia, este vio también con el corazón encogido cómo Malcolm abría la puerta de la calle de golpe y cerraba de un portazo tras de sí. El bailarín dudó, sin saber muy bien a quién asistir primero como buen amigo. Al fin y al cabo y aunque no lo demostrase siempre, apreciaba mucho a ambos y odiaba verlos pelear. Y, justo porque aquella escena no era algo habitual hasta dónde Ban sabía, el joven optó por mediar. Al menos, esta vez.

Cuando el bailarín abrió con tiento la puerta trasera del *Fairy Kingdom*, Malcolm estaba ahí, caminando como un gato enjaulado de un lado a otro. Sin embargo, frenó en seco con tensión en el rostro cuando lo vio aparecer, antes de resoplar y cruzarse de brazos.

—Ban. Hola —lo saludó, sin afecto y dándole la espalda acto seguido.

—*Hey*, colega —repuso este, procurando no achantarse—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Malcolm lo encaró apenas por el rabillo del ojo.

—¿Qué has oído?

Ban hizo un gesto vago con la cabeza.

—No mucho —reconoció—. Aunque... diría que hablabais de Zach ¿me equivoco? —Nada más atisbar el ramalazo de dolor que cruzó los rasgos de Malcolm, el joven supo que había dado en el clavo—. Venga, cuéntame —lo invitó, apoyándose contra el muro de ladrillo desconchado y cerrando la puerta tras de sí con cuidado—. ¿Qué ha pasado esta vez?

Mal resopló, golpeando nerviosamente el suelo con el pie mientras parecía buscar las palabras adecuadas.

—Esta mañana he discutido con Zachary —confesó al final, con voz agria—. Pero, es que... ¡Ese estúpido no se da cuenta de lo que está haciendo!

Ban frunció el ceño, conteniendo un escalofrío al entender entre líneas lo que el otro quería decir.

—¿Sigue... con... Goliath?

Le costó un esfuerzo pronunciar el nombre, pero se desazonó más aún al ver el agotado asentimiento de Malcolm.

—Sí, exacto —le confirmó, pesaroso, antes de sacudir la cabeza con hastío—. No lo entiendo, Ban. ¿Qué ve en él?

El aludido contuvo una mueca amarga. Como si él lo supiese...

—Algo me dice que Zach es igual de esclavo que yo —aventuró, aunque comprobó enseguida que no era lo que Malcolm quería oír—. Quizá sólo está intentando llegar alto en Fairtech y no tiene otros medios...

Malcolm hizo un mohín de disgusto.

—Por favor, Ban. Encima no te pongas de su parte —le espetó, despectivo—. Sólo me faltaba eso.

—No me pongo de parte de nadie, capi —renegó Ban, sin perder la calma—. Pero... también es posible que Zach tampoco esté ahí por voluntad propia. O sí, pero que no quiera hacerte daño. ¿No crees?

Ante aquello, Malcolm lo observó largamente. Ban le devolvió la mirada. Sabía que su mejor amigo había captado a la perfección el doble fondo de sus palabras y así lo demostró el bufido de unos segundos después.

—No lo sé, Ban —admitió entonces, alzando las manos en señal de rendición—. Ojalá lo supiera. Sólo sé que no quiero que esté ahí, y punto. No quiero a ese cerdo cerca de mi hermano nunca más.

Ban contuvo una mueca ante la tozudez de su amigo. Desde luego, podía compartir su desazón: acercarse a Goliath, fuera como fuese, era un negocio peligroso. Y peor aún si era por voluntad propia. Pero de puertas para afuera, aún con la confianza y la cercanía, era algo difícil de entender... O de asumir. Goliath Fairmont, en general, se tomaba muy mal un “no” por respuesta.

Sin embargo, el bailarín optó por no argüir nada más. Sabía que, si Malcolm no se daba cuenta por sí mismo de que tenía que tomar una decisión delicada con Zachary, nadie podría hacérselo ver. Los dos amigos se quedaron entonces en silencio durante varios minutos, observando el atardecer sobre los edificios cercanos. Al menos, hasta que Malcolm inspiró hondo y se giró hacia él con una expresión algo más traviesa en el rostro.

—Así que... ¿vas a sacar a Elaine a cenar? —preguntó entonces.

Ban sonrió como un idiota sin poder evitarlo.

—Sí. Creo que... quiero hacer las cosas bien —admitió, sintiendo un agradable calor en el pecho al pensar en ello—. Es que... Es fantástica, tío.

No te haces una idea.

Malcolm chasqueó la lengua con diversión.

—Bueno, si es la mitad de buena de lo que he escuchado decir a Vanessa alguna vez, entonces creo que sí me hago una idea.

El bailarín se mordió el labio, súbitamente avergonzado. A veces olvidaba que, por algún misterioso motivo, su cita del día siguiente y él estaban conectados de antemano.

—Ban... —lo llamó entonces Malcolm, atrayendo de nuevo su atención, antes de soltar una carcajada—. Pero ¡si te nos estás enamorando!

Tarde, el joven más alto se percató de que, quizá, su rostro lo había traicionado más de la cuenta sin que fuese consciente. Pero tenía que admitir que era pensar en Elaine y era como si todo su cuerpo se disparase en todas direcciones. Sí, quizá Malcolm tenía razón. No quería... pero se había enamorado de Elaine.

—¡No lo grites, imbécil! —lo increpó entre dientes de todas formas, atrayéndolo hacia sí por la camiseta y bajando la voz hasta que fue un susurro—. Sólo me faltaría que se enterara más gente de la cuenta de que ella existe... —Su amigo hizo un gesto de cremallera sobre los labios y Ban, resoplando con cierta conformidad, lo soltó de nuevo—. Aunque... te confieso que espero que ahora no me diga ella que no...

Malcolm, por su parte, soltó una risita pícara.

—Caerá en tus brazos, lo sé. Aunque —el rubio se puso serio de golpe—, si sales con Elaine ¿qué ocurre con el trato con Goliath?

Ban suspiró. Esa parte todavía lo acosaba en todos y cada uno de sus sueños de futuro con Elaine, amenazando de forma invisible con dar con ellos al traste si Ban se desviaba un milímetro de la línea marcada.

—Creo que... puedo arreglarlo —afirmó en voz baja, humedeciéndose los labios—. Necesito tiempo, pero...

—¿Confías en que Meredith no volverá? —incidió Malcolm entonces. Por supuesto, aquella mención pilló desprevenido a un Ban que saltó como un resorte al oírla—. No sé, Ban. En fin, sé lo ilusionado que estás y me encanta verte así. Pero... —Malcolm hizo un gesto de inseguridad con los hombros que al bailarín le puso los pelos de punta—. Me parece arriesgado, nada más...

Reprimiendo la amargura como pudo y sabiendo de sobra a qué se refería Malcolm, el hombretón gruñó y se apoyó más contra el muro del casino, apartando la vista.

—Y ¿qué hago? ¿Pierdo a Elaine? —rezongó, con hiel en la voz, antes de alzarla con desesperación—. ¿Otra persona más a la que no puedo meter en mi vida por si acaba con el cuello roto contra una jodida bañera? —Pateó una lata cercana, irritado y se metió las manos en los bolsillos mientras caminaba de un lado a otro con nerviosismo—. ¡No es justo, joder!

—Eh, Ban. Yo estoy de tu parte, lo sabes —trató de calmarlo Malcolm, conciliador. Cuando su mejor amigo se giró para encararlo, el rubio pudo ver la rabia sorda que lo consumía sólo con mirarlo a los ojos—. No creo que debas perder a Elaine esta vez, claro que no —agregó con suavidad, acercándose a él un par de pasos como quien camina hacia un animal acorralado. Ban se irguió, atento, pero no respondió—. Escucha, colega: esa chica te ha devuelto lo que nadie ha logrado en estos años, y esas son las ganas de vivir y de seguir luchando por tu libertad. —Malcolm sonrió con franqueza y Ban, tras unos segundos de duda, le devolvió un gesto tenso, pero más próximo a la esperanza que al enfado—. Sé que lo conseguirás, amigo. Sólo... ten mucho cuidado ¿de acuerdo? Y... —Se señaló, más sonriente aún— ¡aquí nos tienes si nos necesitas! Lo sabes ¿verdad?

Ban, ya pasada la tormenta, soltó una carcajada incrédula ante aquel alarde.

—Anda, capi. Mejor que te reserves tanto consejo narcisista y vayas a arreglar las cosas con tu novia. Estoy seguro de que, si usas los mismos trucos que conmigo, caerá rendida a tus pies.

Malcolm sacudió la cabeza, aunque cierta tristeza pareció relucir en sus ojos verdes cuando encaró la puerta trasera del *Fairy Kingdom*.

—Qué remedio... —suspiró, no sin cierto aire teatral, antes de mirar una última vez a su mejor amigo—. ¿Estarás bien, entonces?

El bailarín sonrió con cierta confianza.

—Claro. Ahora entro a haceros la cena, tortolitos. Prometo tener un banquete digno de una reconciliación.

Malcolm lo miró con cierto reproche.

—Ban, no tienes que obligarte a cocinar siempre para nosotros. ¿Lo sabes?

El del pelo platino soltó una risotada, camuflando así una ligera vergüenza.

—Bueno... Mientras me sigas trayendo buen género, siempre será un placer. Aunque tú no tengas ni idea de cocinar.

El rubio le hizo burla, sin maldad.

—Eres demasiado bueno, Ban —le gritó antes de desaparecer por la puerta—. ¡Suerte la de Elaine!

Mientras desaparecía, el aludido rio de nuevo entre dientes. Incorregible, así era el bueno de Malcolm. Sin embargo, el rostro del bailarín se ensombreció ligeramente cuando su mirada se posó en un cielo que ya oscurecía. Pensando, sin quererlo, en si su mejor amigo no tendría razón... y todo aquello no sería una maldita locura. Su corazón le decía que era lo correcto, pero su cabeza le chillaba que frenase antes de cometer un error mayor.

Aunque lo intentó, Ban no logró desprenderse de aquella doble sensación durante toda la noche. La cena transcurrió como siempre, con tranquilidad y camaradería. Aunque Ban, a veces, percibía que sobraba en el comedor. Sobre todo cuando Isabelle y Malcolm empezaron a hacerse carantoñas de forma cada vez más frecuente. No obstante, cuando Ban ya decidió retirarse al camerino, entre incómodo y deseoso de estar a solas con sus pensamientos, Isabelle lo retuvo por una muñeca en el mismo umbral de la puerta de la sala de estar.

—Espera un momento, Ban. Necesito hablar contigo. ¿Puede ser?

El joven se giró en medio del pasillo y la encaró sin violencia.

—¿Qué ocurre?

Isabelle pareció dudar.

—Quería pedirte... Aunque sé que ella no te lo dirá nunca, pero...

—Ban frunció el ceño, intuyendo a qué se refería—. ¿Podrías echar una mano a Dana con las pruebas de acceso a la compañía de Morgana?

Por instinto, Ban sacudió la cabeza en un gesto negativo casi antes de que Isabelle acabase la frase.

—Dana no quiere mi ayuda, Bells. Deberías saberlo.

La joven frunció los labios.

—Ban, los dos sabemos que no es cuestión de no querer... Ambos sois grandes bailarines y ella debería verlo...

Pero el joven la interrumpió sin brusquedad con sólo alzar una mano.

—Isabelle, te agradezco que pienses en mí. Pero... —Se encogió de hombros—, Dana ya me ha dejado claro que no soy lo bastante “bueno” para su concepto de baile. Así que...

La joven de pelo platino tragó saliva.

—Igual... ese es el problema.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Ban, empezando a ponerse nervioso.

Había perdido más tiempo del que quería cenando y hablando con sus amigos y la hora del espectáculo se aproximaba. Isabelle tenía el día libre, así que no tenía prisa. Aun así, el joven tampoco se esperaba la respuesta que recibió a continuación.

—Tú haces vibrar a la gente, Ban —le recordó ella, aproximándose otro par de pasos antes de enrojecer con violencia—. Y... no creo que sea sólo porque bailes en ropa interior.

Pasado el estupor, el halagado hombretón se rio entre dientes.

—Bueno, eso seguro que tiene que ver... —bromeó, aunque el comentario había despertado un cálido sentimiento en su corazón al que no sabía dar nombre.

Isabelle, por su parte, le sonrió con más confianza antes de agregar:

—Malcolm y yo te hemos visto ensayar sin aditivos, Ban. Sabemos de lo que eres capaz... Y si Dana no quiere verlo, creo que habrá que abrirle los ojos. Por su propio bien.

Ban se rio, sin asomo de burla, ante aquella declaración tan sincera.

—¿Te hago sentir cosas, Bells? Que no se entere Mal...

Como imaginaba, el rostro de la joven alcanzó un tono escarlata en menos que canta un gallo.

—¿Q...? ¿Qué...? ¡Ban, no seas tonto, por favor!

El aludido, por su parte, se limitó a soltar una nueva carcajada.

—Está bien, está bien... Quedará entre nosotros, pues.

Isabelle pretendió hacer un puchero, aunque le salió regular y acabó casi mordiéndose los carrillos por no reír.

—Bueno... Eso mejor se lo dejo a Elaine ¿no crees? —comentó entonces con desparpajo, antes de girarse para dar por zanjada la conversación. Así, dio la espalda al rostro ahora encarnado del mismo Ban antes de añadir, más comedida—. Sólo... piénsatelo ¿vale?

El bailarín, apenas recuperado de verse pillado en falso de aquella manera, terminó bufando y aceptando a regañadientes. El bailarín no vio la sonrisa eufórica de Isabelle mientras ambos se alejaban en direcciones opuestas del pasillo. Sin embargo, cuando entró en el camerino y contempló el papelito que había colgado hacía varios días en el borde del espejo, el joven no pudo evitar que la emoción retornara a su pecho. Tanto que, aquella noche, al terminar los dos espectáculos hubiera jurado que jamás había bailado con tantas ganas en toda su vida.

El día de la cena, Elaine se despertó sintiendo todo su cuerpo temblar de anticipación. Su sonrisa era amplia, su cabello parecía brillar más que nunca y los mensajes de Ban en el móvil volvían a ser tan cariñosos como siempre. La joven, por supuesto, seguía sin querer hacerse ilusiones sobre lo que podría suceder entre los dos... Pero algo, como una diminuta llama de esperanza, le recordaba que él le había confesado su atracción. ¿Podría significar eso que, en un futuro...?

«No tengas prisa», se recomendó por enésima vez en las últimas treinta y seis horas. «Si tiene que llegar, llegará».

Lo cierto es que, dada la poca propensión de Elaine al coqueteo y a buscar pareja, la joven pensaba que tampoco le urgía dar el paso con Ban. Aunque su corazón clamase por ello y el recuerdo breve de los labios del joven en los suyos le quemase las entrañas, la muchacha prefería no precipitarse para evitar sufrir. Ya había comprobado lo que podía suceder por hacerlo... y no pensaba cometer dos veces el mismo error.

En ese momento, cuando ya casi estaba saliendo por la puerta del apartamento para ir a ver a su madre, el móvil vibró de nuevo y Elaine sintió su corazón explotar de ternura. Desde la pantalla del Chat, dos pajaritos de color verde y gris la observaban desde un alféizar desconocido, apenas cubierto por una cortina de color gris perla.

Elaine:

¡Cotorras! ¡Vaya! hacía mil años que no veía un par ♥

Ban:

Sí...Creo que se va notando que es verano, jaja

Además, estas dos andan por aquí cada poco

Si las vuelvo a ver, te mando más fotos, vale? ;-)

Elaine:

Claro _ Me encantaría

Aunque, es curioso, porque dicen que son invasoras

Ban:

Jajaja. Yo que sé ^_^u

Será cosa del famoso cambio climático ese

Elaine tuvo que contenerse para no reír, incrédula por un instante. El cambio climático era algo que ya existía antes de la Guerra de los Recursos; sólo mediante el empuje de la innovación tecnológica se había conseguido paliar su avance en el último siglo. Pero la geología decía que, a la larga, el proceso sería inevitable de todas maneras.

Elaine:

Sí, eso será... jajaja

Ban:

Ríete, listilla :-P

No todos hemos tenido tus oportunidades de aprender

La aludida contuvo una risita antes de lanzarse a responder, ya saliendo del ascensor en el piso más alto de la Torre.

Elaine:

Bueno, yo nunca he dicho que tenga nada en contra del otro lado del río

Más bien, al contrario ;-)

Coqueteaba y sabía que se movía en una cuerda floja muy precaria. Pero casi chilló de alegría cuando, al parecer, él le siguió el juego.

Ban:

Vaya, vaya...

Si tenemos aquí a una Alta que no le teme al mal...

Elaine:

No si ese mal eres tú :-)

Dudó un instante y, entonces, añadió:

Elaine:

Ban, yo...

Tengo muchas ganas de verte

Solo quería que lo supieras

Ban:

*Y yo a ti, pequeña mía
No te haces una idea*

Elaine gritó de emoción y se derrumbó contra la pared ante aquel mensaje, derritiéndose casi de manera literal. ¿Cómo podía ser tan encantador y, según él, tan peligroso? ¡Si era todo dulzura! Por un segundo, por el cerebro de la joven se cruzó una absurda idea sobre que él fuese un secuestrador, o algo parecido. Pero enseguida lo desechó junto a sus inculcados prejuicios de vida. Si Ban quería llevársela, había tenido más oportunidades en el pasado y no lo había hecho... ¿Verdad?

«Él no es así», se convenció, tozuda. «Esta noche quedará todo aclarado».

Y con ese dulce pensamiento, Elaine se preparó para un día que, esperaba, se hiciera menos largo de lo que se le antojaba hasta volver a ver a Ban.

A eso de las seis de la tarde, Ban se encontraba canturreando y arreglándose delante del espejo del dormitorio. Por primera vez en muchos años, se preparaba para salir con una chica. Pero, esta vez, se sumaba el hecho de que no era una mujer cualquiera. Era una Alta y Ban, a pesar de todo, quería estar lo más presentable posible para ella. Tras dudar durante casi media hora entre la escasa colección de camisas que tenía en el armario, al final se decidió por un ejemplar de manga corta y color burdeos, a juego con unos chinos oscuros y los zapatos recién limpios. Por suerte, a pesar de sus circunstancias, los Caballeros y su Rey se aseguraban de que tuviese suficiente variedad de atuendos como para no levantar sospechas, en caso de que tuviera que acudir a algún lugar diferente al trabajo de todos los días. Por primera vez, Ban lo agradecía.

Cuando por fin salió del apartamento, el bailarín se atusó una última vez el pelo revuelto con gomina en el espejo de la entrada del bloque; y, con una sonrisa confiada, salió a la agradable tarde-noche veraniega. No había quedado con Elaine hasta las ocho y media, pero quería pasar por el casino a saludar a Malcolm y tomarse algo antes de dirigirse al lugar de la cita. En cuanto llegó, su amigo lo saludó con cariño y sorpresa a partes iguales.

—¡Hola, Romeo! ¿Qué haces aquí a estas horas?

Ban sonrió y le pidió un café irlandés.

—Quería pasar a ver cómo estabas —reconoció, sincero—. ¿Has hablado con Isabelle algo más?

Malcolm, para su alivio, mostró una mueca relajada.

—Sí, desde luego. La cena de ayer fue todo un acierto...

El bailarín se rio.

—Me alegro. Ya sabes, cuando lo necesites...

Malcolm lo coreó y le sirvió el café, al que el bailarín dio un profundo trago.

—¿Nervioso?

—Un poco, hace mucho que no hago esto —reconoció.

El rubio asintió, comprensivo. Aunque, de inmediato, su rostro cambió a una expresión de sorpresa.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Ban, viendo que él se giraba de inmediato y rebuscaba bajo la barra. Pero se extrañó aún más cuando comprobó que el joven rubio sacaba un sobre de color crema y se lo tendía, con expresión mucho menos amistosa—. ¿Qué es esto?

Para su mayor nerviosismo, Malcolm se encogió de hombros con ignorancia.

—No tengo ni idea. Ha venido antes un tipo engominado a traer esto para ti... Si no llegas a venir, casi se me olvida.

Ban frunció el ceño, contemplando el sobre con recelo. Sin embargo, la curiosidad pudo con él y terminó rasgando el papel con rapidez, buscando acabar con aquello cuanto antes. Algo en él intuía lo que se iba a encontrar. En efecto, su gesto se oscureció aún más cuando leyó las pulcras letras negras garabateadas en la nota interior:

“Esquina de Barlow con Cinderport. Hoy, 7 p.m.”.

Ban lo observó con detenimiento, confundido. El lugar estaba casi en las barriadas de Daleth. Que recordase, hacía años que no iba por allí, aunque no cabía duda de que la nota procedía de sus superiores. Seguramente, sabrían que pasaría por el casino aunque fuese su día libre, pero no podía venir en peor momento. ¿Un encargo? Quizá, puesto que no podía tratarse de Meredith para castigarlo. Ella jamás viajaba tan tierra adentro, a zonas tan pobres; no si podía controlarlo en su apartamento. Pero eso tampoco lo tranquilizaba del todo. Hacía tiempo que ningún consejero

de Goliath le encargaba “transporte de mercancías peligrosas”, por llamarlo de alguna manera. Y esto tenía toda la pinta de responder a esa descripción.

—¿Lo has visto? —preguntó a Malcolm, por si acaso—. ¿Qué aspecto tenía?

El rubio reflexionó.

—Pelo caoba, bigotillo y cara de acelga —describió.

«Manuel», reconoció Ban.

Malcolm, por su parte, no parecía conocerlo. Mejor para él. A pesar de la relación de Zachary y Goliath, cuanto menos supiera de esa gentuza mejor. Aunque era raro. Él nunca lo “pedía” y muy pocas veces le había hecho algún encargo peliagudo para la mafia. Ban suspiró, sintiendo de nuevo el pinchazo de alarma en el estómago. ¿Podría ser que lo enviaran a él? Por un momento, el instinto de Ban le planteó huir. Aunque rápidamente razonó que, si no se presentaba a la cita, de cualquier manera sería mucho peor. Y no podía comprometer a Elaine, supieran o no de su existencia. Si le hacían algo para dar con él...

Suspiró, derrotado. Como se temía, era mucho pedir que no hubiera consecuencias hiciera lo que hiciese. No sin tensión, Ban tomó una decisión: iría, vería qué necesitaba Manuel de él y, con suerte, aún le daría tiempo a llegar a su cita con Elaine. El del pelo caoba no era del equipo físico y, aunque en su primer encuentro estaba allí, Ban no recordaba haber vuelto a verlo jamás en uno de sus castigos. En realidad, apenas habían tenido relación aquellos cinco años.

Así, tras despedirse de Malcolm y que este le deseara suerte, Ban salió trotando del casino y se encaminó a grandes zancadas hacia la zona indicada. Si la represalia no se salía de madre, seguramente podría llegar a la cita en el restaurante... Por si acaso, pensó en enviarle un mensaje a la muchacha para indicarle que tenía algo que hacer antes de ir, pero acabó desechándolo mientras se volvía a guardar el móvil en el bolsillo. Llegaría, estaba seguro. No había razón para preocuparla más de la cuenta. Pero, después, nada podría detener su declaración de amor.

Cuando el joven llegó a la esquina indicada, empezaba a caer la noche sobre los edificios de alrededor. Casas de aspecto pobre y descuidado que Ban hacía mucho tiempo que no veía. Le traían malos recuerdos. Sin embargo, su atención se desvió de inmediato cuando Manuel lo llamó desde el asiento del conductor de un coche cercano. Dudando todavía de si aquello era del todo buena idea, el bailarín se aproximó.

—Hola, Ban.

—Manuel.

El del pelo caoba parecía sereno y relajado.

—Venga, súbete al coche, Ban. Tengo que hablar contigo de una cosa.

—Ante la reticencia de este, Manuel sonrió bajo su bigote y alzó las manos con gesto inocente—. De verdad, no te tomará mucho tiempo. Ya sabes que yo no estoy apenas metido en “esas cosas”...

Ban, a pesar de que el hombre sonaba convincente, aún dudó dos segundos antes de aceptar la invitación, rendido a la evidencia. Así, con paso cuidadoso, rodeó el vehículo; abrió la puerta y se sentó, acomodando su gran tamaño al habitáculo como pudo. Tras cerrar, se giró de inmediato hacia Manuel:

—Está bien. Ya estoy aquí. ¿Qué quieres?

Sin embargo, la expresión de su interlocutor ahora parecía mostrar una profunda lástima; y Ban se maldijo para sus adentros cuando adivinó, no sin cierto enfado, que había caído en la trampa como un conejo. Aunque apenas tuvo tiempo de abrir la boca antes de que una aguja se clavase en su cuello, procedente del asiento de atrás, y el joven cayese en la inconsciencia.

«Mierda», fue lo único capaz de pensar antes de que la oscuridad se lo llevase.

Aquella noche, Elaine casi pensó que el corazón le iba a estallar cuando la tenue iluminación del restaurante “Settimo Pecato” apareció ante ella. Al tiempo que Clarence se detenía junto a la acera, a pocos metros de distancia de la puerta, Elaine se atusó la falda del vestido como por impulso mientras sentía las manos temblar sin control a causa de los nervios. En cuanto el coche frenó del todo, la joven empujó la puerta para salir y le indicó a Clarence que esperase por allí cerca, como de costumbre. El anciano chófer asintió de inmediato y le deseó que se divirtiera. La muchacha contuvo una mueca de ilusión máxima ante aquella voluntad, compartiéndola a gritos en su interior, antes de subir a la acera y encaminarse con pasitos cortos hacia la puerta del restaurante italiano.

Una vez allí, preguntó por una reserva a nombre de Ban para dos, con lo que enseguida la condujeron hacia una mesita junto a la ventana. Los manteles de tela y las velas en el centro le daban a todo un aspecto tan romántico que Elaine creía que se iba a desmayar. A Ken, por supuesto, no le había contado que iba a salir con un chico del sur. Su excusa para poder

escapar aquella noche había sido decir que iba a cenar con Harvey en el centro, en connivencia con él. Entre aquello y la mención de Clarence, su hermano mayor no se había podido negar.

En parte, a Elaine le daba un poco de lástima tener que mentirle así. Pero, como siempre, se prometía que le contaría todo en cuanto las cosas estuvieran más seguras. Sin quererlo, sus esperanzas habían renacido, más sabiendo que Ban tenía deseos de verla también a ella. La amargura por haber perdido a Erica en el camino seguía pesando como una losa en el corazón de la joven; pero, en un momento como aquel, sus fantasías casi ahogaban aquella sensación y le hacían sentirse como si flotara.

No obstante, al cabo de un rato de espera, la muchacha empezó a mirar el reloj cada vez con más insistencia. Ban se retrasaba, los minutos avanzaban y él no aparecía. Varias veces, algún camarero se acercó a preguntarle si quería pedir ya. No sin cierta ansiedad creciente, ella contestaba siempre que su acompañante tenía que llegar. Para pasar mejor la espera, la joven sí pidió una jarra de agua que casi se bebió entera durante la primera hora de espera. Con el paso de los minutos, las esperanzas de Elaine habían comenzado a decaer de forma gradual, hasta el punto de provocarle ganas de llorar. Se sentía estúpida, allí sentada esperando sola mientras la gente iba y venía a su alrededor, algunos incluso mirándola con cierta lástima.

Por todo ello, a eso de las diez de la noche y cuando la afluencia empezaba a reducirse, estando próxima la hora del cierre, Elaine decidió con todo el dolor de su corazón que no iba a esperar más. Ban le había dado plantón, estaba claro. Y la joven no quería pensar en cómo esa certeza desgarraba su corazón mientras salía del restaurante, avergonzada, y buscaba a Clarence entre los coches aparcados en las cercanías. En cuanto reconoció el Rolls Royce, Elaine corrió hacia allí y se metió casi sin pensar en el asiento trasero.

—¿Qué ocurre, señorita? ¿Va todo bien? —quiso saber el chófer, girándose con evidente preocupación.

Ella, sin disimular ya su congoja, sacudió la cabeza y sorbió antes de ordenarle que volvieran a casa sin más dilación. Sin perder la expresión contrita, Clarence se giró de nuevo y obedeció sin rechistar. Aunque, ya a medio camino de la Torre Forest, sí dejó oír su voz en algo que pretendía ser un leve consuelo:

—Si me lo permite, señorita. Ese hombre, sea quien sea, no la merece.

Elaine, que lloraba en silencio acurrucada en el asiento trasero, giró apenas la cabeza hacia él cuando lo escuchó.

—Gracias, Clarence —sorbió, sincera—. Eres todo un encanto.

El chófer se tocó la frente en signo de aceptación.

—Por usted y su hermano, señorita, lo que sea.

Elaine se abrazó el cuerpo, sin responder, y el conductor tampoco añadió nada más. Sin embargo, la muchacha le agradeció de nuevo toda su ayuda cuando aparcaron en la Torre. Clarence reiteró su disponibilidad y se retiró a su pequeña residencia bajo el rascacielos, terminado su turno en principio por aquella noche. Sin embargo, antes de subir a su apartamento, Elaine se giró sin quererlo en dirección al Kent. No sabía qué esperaba ver o encontrar, pero la vista sólo le devolvió un amargo recuerdo que la hizo llorar a mares durante todo el camino de ascenso hacia su habitación.

Silencio

Cuando Ban recobró de nuevo la consciencia, lo primero que percibió fue que su cuerpo estaba apoyado boca abajo sobre algo suave y mullido. Sábanas. Por un instante, el hombretón pensó que todo lo sucedido en los días anteriores había sido un extraño sueño, que estaba en su apartamento y jamás se había rebelado contra Meredith. La vida seguía. Sin embargo, sus ojos se abrieron de golpe a causa del terror cuando, al ir a moverse, sus brazos y piernas no le respondieron. Afinando la vista y tratando de combatir un intenso dolor de cabeza a duras penas, Ban logró distinguir a lo lejos la silueta de las correas que sujetaban sus muñecas, al menos la izquierda. Puesto que, en cuanto quiso girar la cabeza hacia el lado opuesto, una mano empujó de nuevo su rostro contra el colchón. Aquel aroma denso y empalagoso...

—Vaya, vaya. Si ya estás despierto, querido...

Ban notó de inmediato el intenso escalofrío que azotó su cuerpo de pies a cabeza al escucharla. Meredith. La mujer se sentó entonces sobre la cama y, de inmediato, tiró del pelo platino hacia arriba; obligando a su propietario a mirarla a la cara. Este ignoró el dolor en el cuello a causa de aquella postura tan antinatural, pero le sostuvo la mirada con fijeza mientras ella sonreía, triunfal y peligrosa.

—Sabes dónde estás ¿verdad, Ban?

Este, siguiendo el suave movimiento de su mano libre, rotó los ojos para tratar de ubicarse. Desde luego, aquel esperpento de dormitorio no era el suyo. Con un nuevo estremecimiento, lo entendió: lo habían llevado a casa de Meredith.

—¿Qué quieres? —siseó él, aún frente a frente.

Ella, para su mayor terror, se limitó a ladear la cabeza sin dejar de sonreír de aquella forma tan odiosa. Antes de, sin previo aviso, soltarle la cabellera y dejar caer su rostro con pesadez sobre el colchón. Ban gruñó, tratando de moverse de nuevo. Sin embargo, ahora era algo más consciente

de su postura real y tampoco era algo que lo tranquilizase lo más mínimo. De alguna manera, Meredith se las había arreglado para desnudarlo y arrodillarlo frente a los pies de la cama, atando sus brazos y piernas al mueble de tal forma que creasen una cruz y su torso quedase apoyado contra las sábanas. Por supuesto, aquello dejaba a Ban totalmente indefenso en la zona perineal. Y el bailarín, entre maldiciones y palabrotas para sus adentros por ser tan descuidado, temía que sus peores pesadillas terminasen haciéndose realidad aquella noche.

Quizá por todo aquello, al joven no le sorprendió del todo que su forcejeo recibiera, a cambio, un rápido y doloroso golpe cruzando su espalda. Ban se quedó quieto de inmediato, inseguro y apretando los dientes. Aquello, fuera lo que fuese, quemaba. Pero, cuando el azote se repitió, el bailarín se obligó a tensar el gesto y aguantar lo que fuese necesario. No obstante, debió saber que alguien como Meredith no se conformaría sólo con azotarlo. Para ella, humillar a sus sumisos era como un deporte. Ban se obligó a abrir los ojos cuando el cuero rozó su barbilla y la dominadora lo obligó de nuevo a alzar la vista. En la mano, para horror del joven, sostenía una especie de látigo corto de una sola cola, fina y dañina como una víbora. Y la base de esta estaba apoyada justo sobre su nuez.

—¿Te gusta mi nuevo juguete, Ban? —ronroneó Meredith, maligna hasta la médula—. Lo he comprado hace poco. No sabía cuándo lo iba a poder estrenar, pero... Mira por dónde, tú me has dado la excusa perfecta.

Acto seguido, sin darle tiempo a reaccionar siquiera a aquella amenaza velada, Meredith lo soltó de nuevo y el látigo silbó sobre su espalda una tercera vez, arrancándole un gáñido sin que pudiese evitarlo.

—¿Sabes? Me imaginaba que no sospecharías nada si enviaba a Manu...—se rio ella, mientras comenzaba a azotarlo de forma más rítmica—. Al fin y al cabo, siempre ha sido el calladito del grupo ¿verdad? —Su azote se volvió más agresivo al tiempo que su tono de voz cambiaba a otro más acorde—. Bastardo... —susurró Meredith entonces, casi al compás del silbido del látigo—. ¿Quién te has creído que eres, insecto? —Después de aquella pregunta, el siguiente latigazo arrancó un agudo grito de dolor a Ban, aún amarrado e indefenso frente a ella—. Eso, grita, maldito —siseó la mujer, en un tono que casi parecía reflejar disfrute por hacer aquello—. Vas a sufrir, Ban. Nadie me dice que no y se va de rositas. Así que... ¡Chilla como el cerdo que eres!

El aludido apretó los dientes, terco y sin querer darle el placer a aquel monstruo desteñido, pero se rindió sin remedio ante una nueva salva de azotes que lo hicieron casi querer desmayarse. Sin embargo, al cabo de varios latigazos más frente a los que Ban apenas pudo contener varios aullidos de auténtica agonía, notando incluso cómo la carne empezaba a abrirse en su espalda y pequeños regueros de sangre descendían por la misma, Meredith se detuvo sin razón aparente. El prisionero, aguantando el dolor a duras penas y con todo el cuerpo temblando, trató de girar la cabeza para ver qué ocurría. Pero un latigazo a escasos centímetros de la mejilla lo obligó a desistir y a enterrar la cara en la sábana, asustado como pocas veces en su vida. Sí que era cierto que, durante aquellos cinco años, había llegado a ver y hacer de todo por complacer a los diferentes consejeros de Goliath. Pero, sin duda, Meredith se llevaba la palma en desprecio y agresividad.

De hecho, cuando Ban notó algo súbito, frío y casi viscoso deslizarse por su perineo, casi gimió en voz alta. Sin ver, intuyó el momento en que Meredith se situó entre sus muslos abiertos. Sin embargo, las lágrimas y el primer grito de pura desesperación no surgieron hasta que el consolador, unido al cinturón de la mujer, no entró hasta el fondo sin apenas preámbulo. Así, mientras aquella horrible fémica lo violaba sin piedad y seguía azotando su cuerpo con aquel látigo ardiente, Ban sólo pudo enterrar el rostro y sus gritos en las caras sábanas. Rezando, sin descanso y por primera vez en muchos años de esclavitud, porque aquella tortura se acabase de una vez por todas.

El *Fairy Kingdom* lucía limpio y brillante como pocas veces en aquella noche, pero Malcolm apenas se fijaba en las luces y el *glamour*. Aquel día, parecía haber una fiesta particular cerca de donde él se encontraba, con lo que las bebidas salían de sus manos cada dos por tres. El *barman* del casino se sentía como una máquina de hacer cócteles, pero no le importaba. No aquella noche. Por algún motivo, a pesar de que sabía que Ban estaba disfrutando de una cena romántica con Elaine, algo acosaba su subconsciente y le decía que no era todo tan hermoso como parecía. Sin quererlo, a ratos recordaba su conversación del día anterior con su mejor amigo y trataba de encontrar el resquicio que le diera la respuesta a aquella desazón. Aunque esta sólo se acentuó cuando, al girarse para buscar una botella de ginebra en un momento dado, los vio.

Caminaban uno al lado del otro, pero apenas se rozaban. Sus trajes a juego y sus cabellos peinados hacia atrás, uno en coleta y el otro con gomina, los hacían parecer dos extraños agentes secretos de las películas de antaño. Pero eso no fue lo que hizo que a Malcolm se le encogiese el corazón. ¿Por qué habían escogido justo esa noche para aparecer por el casino?

—Ah, señor Griffin —lo saludó Goliath al llegar a su altura, mientras se sentaba en una banqueta y Zachary lo imitaba en silencio—. Cuánto tiempo.

El camarero, conteniendo las ganas de replicar algo muy desagradable, se tragó su orgullo a tiempo. Susurrando, en cambio y con la garganta de lija:

—Señor Fairmont. Desde luego, hacía mucho tiempo...

De inmediato, la vista de Malcolm voló con brevedad hacia su hermano menor. Pero este le devolvió un gesto plano que sólo lo puso de peor humor. La discusión de la mañana anterior aún estaba reciente para ambos, pero ninguno estaba dispuesto a dar su brazo a torcer... Al menos, de momento. Goliath, por su parte, parecía estar en su salsa con aquella guerra silenciosa librándose junto a él.

—¿Me pones un *vodka* seco, por favor, Malcolm? —le indicó entonces Goliath, con un gesto vago de la mano y llamándolo a propósito por su nombre de pila. El otro joven, apretando los dientes, obedeció—. Gracias. Zach ¿tú quieres algo?

El aludido negó de inmediato con la cabeza, comedido, aunque no dejó de observar a su hermano por el rabillo del ojo en todo momento. Este, incómodo, decidió retirarse tras el fin de la comanda y darles la espalda, queriendo ignorar su presencia allí. Sin embargo, se irguió de inmediato con un escalofrío cuando escuchó a Goliath decir:

—Vaya, es una lástima que hayamos venido justo el día que Ban no baila ¿no es cierto?

Como a cámara lenta, Malcolm se giró hasta encarar de nuevo a los dos trajeados. Como imaginaba, el magnate le devolvió la mirada en cuanto vio que había captado su atención.

—Aunque... —agregó entonces, desviando la vista como si en realidad no se dirigiera a Malcolm, pero con cierta malicia rezumando en su voz— lo cierto es que vamos a tener que esperar unos días para volver a verlo en acción...

El camarero, por supuesto, se quedó paralizado en el sitio ante aquella declaración. Al mismo tiempo, su intuición se hizo más clara y se maldijo por no haber sido capaz de preverlo. Casi sin ser consciente de lo que hacía, Malcolm soltó el trapo a un lado con violencia, se esforzó por dejar la botella que aferraba con la mano derecha en la barra sin romperla; y, acto seguido, se enfrentó de nuevo a Goliath:

—¿Qué ha querido decir con eso, señor Fairmont? —susurró entre dientes, sin preocuparle que él fuese el artífice de toda aquella pesadilla—. ¿Dónde está Ban ahora mismo?

A lo que el millonario, sin perder la compostura, bajó su vaso de *vodka* recién apurado y lo taladró con dos ojos verdes en los que no había asomo de arrepentimiento:

—Tenga cuidado, señor Griffin. O acabará como su amigo —amenazó, sin alzar la voz—. No es lo que quiere ¿verdad?

Malcolm, por su parte, retrocedió con el corazón acelerado y sintiendo que le faltaba el aire. La cabeza le daba vueltas con aquella respuesta. No podía ser... ¿o sí? No, no podía quedarse allí de brazos cruzados esperando a saber más. Así que, ante la pétrea mirada de Zachary y su amante y la aturdida de otros parroquianos de la barra, el rubio camarero se dio la vuelta de inmediato y echó a correr hacia el exterior del casino. Por suerte o por desgracia, Wan Zhu no estaba por los alrededores y eso permitió al joven salir del edificio sin represalias inmediatas. No obstante, alguien que no esperaba lo retuvo antes de que pudiese echar a correr. Una persona a la que el rubio, en ese instante, detestaba con todo su ser.

—¡Malcolm!

El aludido, al notar su mano trajeada sobre la muñeca y ver su rostro de luna, se zafó con más violencia de la necesaria y lo encaró, furibundo.

—¡No me toques, bastardo! ¡Déjame en paz!

—¡Escúchame, hermano, por una vez en tu vida! —suplicó Zachary, también a gritos, mientras Malcolm ya empezaba a retroceder por la acera y a alejarse de él—. ¿Estás loco? —clamó entonces el más joven, sacudiendo su cabeza morena—. ¡Si vas, te harán algo a ti también!

El mayor lo fulminó con la mirada, deseando por un instante arrojarse sobre él y estrangularlo.

—Tú no eres mi hermano —sentenció entonces, entre dientes, antes de advertirle—. ¡No te acerques a mí, Zachary! ¿Me oyes? ¡Vete al cuerno! ¡Tú y todos tus engolados de mierda!

Y, sin esperar respuesta, Malcolm Griffin echó a correr calle arriba, ni siquiera preocupado por ir vestido aún con el uniforme de duende del casino. Jadeando, el joven no se detuvo hasta que no estuvo frente a la puerta de Ban. Primero, llamó al timbre, angustiado. Por suerte, una pareja salió por el portal al cabo de unos minutos y, ante su genuina sorpresa, el joven rubio se coló con agilidad hacia el interior. Una vez allí, subió los escalones de dos en dos hasta llegar, jadeante, al rellano de su mejor amigo.

La puerta de su apartamento, lo sabía por alguna vez que lo había visitado, era la del centro. Angustiado y sin preocuparse de llamar la atención más que de costumbre, Malcolm aporreó la madera con desesperación. Pero, fuera como fuese, Ban no estaba en casa. En efecto, la vecina salió al poco rato de escuchar sus golpes, intrigada. Cuando él le preguntó si había visto al alto vecino de pelo claro, ella le confirmó sus peores temores:

—Oh, joven. Lo cierto es que sé que ha salido a eso de las seis, pero no lo he vuelto a ver aparecer... De todas formas, es un chico amable, pero un poco raro...

Tragándose una réplica cortante ante aquel prejuicio y agradeciendo, en cambio, la información, Malcolm voló de nuevo escaleras abajo del edificio con el corazón en un puño. ¿Dónde podía estar Ban? ¿Adónde se lo habrían llevado? Sin embargo, en cuanto pisó la calle y escuchó una ambulancia en la distancia, sin saber por qué, el joven rubio echó a correr en esa dirección con la ansiedad aprisionando su garganta de forma muy dolorosa. Ojalá no se equivocase... O sí. Todo dependía de lo que se encontrara al llegar a donde estaba su mejor amigo.

Cuando Meredith decidió por fin que lo había castigado lo suficiente, Ban había perdido ya la noción del tiempo hacía un buen rato. Medio desmayado por el intenso dolor que recorría cada milímetro de su dorso, desde la nuca hasta la base del pene, el joven sólo intuyó que todo había acabado cuando sintió sus muñecas y rodillas liberarse por fin de los amarres que lo sujetaban a la cama. Con un sollozo involuntario, el hombretón se deslizó entonces hasta quedar acurrucado frente a los pies de la cama, sin ser capaz de moverse un centímetro y rogando porque aquel fuego del averno desapareciese de su cuerpo de una vez. No obstante, el golpe de un fardo de tela sobre el rostro lo devolvió de inmediato a la realidad y lo obligó a alzar la vista, humillado y confundido como pocas

veces en su vida. Tras la violación, Meredith se había quitado el arnés y se había sentado en un cómodo butacón cercano, sin vestirse siquiera ni soltar el latiguillo de su mano; observando al esclavo con evidente superioridad pintada en sus rasgos afilados mientras lo mantenía alzado en el aire junto a ella, como una amenaza velada.

—No me mires así, Ban —le pidió ella cuando sus miradas se cruzaron, como si de verdad le fastidiara aquella situación—. Tú solito te lo has buscado ¿no crees?

El joven apartó la vista, sin atreverse siquiera a responder. El castigo reciente había sido un duro varapalo a su orgullo y su ego, no podía negarlo. Así que prefería que las cosas se quedaran así, al menos de momento. Si pudiera, se vengaría de ella. Pero, como debió saber antes de siquiera pensar en rechazarla, el mundo no funcionaba así.

Con tiento para no empeorar las heridas y apretando los dientes para mantener a raya el dolor, Ban se arrastró junto a la cama en un intento lamentable de vestirse de nuevo. Cuando lo logró por fin, casi quince minutos después, Meredith no se había movido del sitio. El joven intentó entonces ponerse en pie, sujetándose sobre la cama, pero le costó casi tres intentos mantener un equilibrio más o menos decente. Las piernas le temblaban, aparte de que no podía cerrarlas del todo y su andar era algo errático. Sumado al hecho de que sentía pequeños hilos calientes y espesos cayendo por su espalda cada poco rato, el bailarín sentía como un milagro el poder siquiera avanzar hacia el exterior del dormitorio.

—Tienes tus cosas en la puerta, Ban —dijo entonces Meredith, como de pasada. Sin embargo, aún de reojo él atisbó el brillo peligroso de sus ojos cuando agregó—. Hasta la próxima, querido. Y... espero que llegues bien a casa...

El exterior del bloque de apartamentos de lujo estaba oscuro, más de lo que quizá Ban hubiese esperado de la vivienda de un Caballero si hubiese estado más lúcido. El lejano rumor del Kent llegaba a sus oídos, pero no conseguía identificar con exactitud de dónde procedía. De hecho, su única intención en aquel instante era mantenerse consciente el tiempo suficiente como para llegar a su propia residencia de una pieza. De primeras, tampoco estaba del todo seguro de dónde se encontraba. Sin embargo, apenas medio minuto después de callejear sin rumbo fijo, vio la esquina de un edificio que le resultaba familiar y avanzó hacia allí arrastrando los pies. Se aproximaba

a su zona del Centro, pero no debía despistarse. Mientras caminaba, algunos transeúntes cruzaban a ratos a su alrededor y lo observaban con extrañeza. Dado que sus heridas estaban bajo su camisa burdeos y sus pantalones, su caminar sólo parecía el de un borracho... y Ban no pensaba sacar a nadie de su error si podía evitarlo.

Sin embargo, tras errar durante varios minutos, al pasar junto a un callejón sin apenas iluminación y situado a mano derecha en una parte de la calle nada concurrida, una sombra lo asaltó desde las sombras y tiró de él hacia la oscuridad sin apenas esfuerzo. Para cuando Ban fue consciente de lo que estaba ocurriendo de verdad, embebido como estaba en su dolor físico y emocional, se encontró echado en el duro suelo mientras profería un grito desgarrador. Pero también intuyó que aquella terrible noche no había hecho más que empezar cuando vio el rostro de Dolor inclinarse sobre él.

El matón llevaba una linterna de mano entre los dedos, que encendió lo justo para que Ban lo identificase, antes de que la primera patada se estrellase contra el costillar del bailarín. Y este, durante apenas un momento de lucidez, mientras los golpes comenzaban a llover sin piedad sobre su cuerpo, tuvo claro lo que iba a ocurrir. Aquella noche, después de cinco años... por fin iba a pagar sus pecados con la vida. Y una parte de él, en el fondo, creía merecerlo por imbécil.

La ambulancia sonaba cerca, más cuanto más se aproximaba Malcolm al lugar del accidente. Como sospechaba, estaba en plena Zona Media de Daleth, más cerca del fiordo pero no tan lejos como suponía del apartamento de Ban. Con el alma en vilo, el joven camarero recorrió entonces los últimos metros hasta donde se encontraban las luces de la ambulancia. Y el corazón casi se le paró cuando vio a dos figuras vestidas de azul oscuro y reflectante inclinadas sobre una figura tendida en el suelo.

—¡Ban! —aulló Malcolm, sin poder contenerse.

No obstante, cuando llegó al final del cordón de curiosos, una enfermera lo frenó sin violencia, pero con firmeza.

—No puede pasar, señor. Este es el lugar de un accidente.

El joven camarero exhaló todo el aire de sus pulmones casi sin darse cuenta. Accidente. O sea, que...

—¿Está...? —sollozó, sintiendo un alivio involuntario mientras echaba un rápido vistazo al enorme herido unos metros más allá. Por entre los trajes de los paramédicos podía ver detalles que le confirmaban que el del

suelo era Ban, lo que sólo incrementaba su angustia a velocidad de vértigo—. ¿Está vivo?

Para su tranquilidad definitiva, la enfermera asintió, aunque su semblante era serio.

—¿Es usted familia?

Malcolm, que había vuelto a posar la mirada en Ban, sacudió la cabeza como por instinto.

—No. No tiene —mintió, a medias. En el fondo, “ellos” eran su familia—. Soy... su mejor amigo.

—¿Sabe qué ha podido pasar?

Malcolm negó de nuevo, aunque por dentro bullera con múltiples teorías.

—No, pero... Cuando vi la ambulancia, me temí lo peor.

La enfermera lo contempló un instante, como si no supiera si creerlo, antes de asentir con más naturalidad e indicarle a Malcolm que si quería podía esperar junto a la ambulancia.

—Si quiere acompañarlo al hospital, se lo permito —le indicó. Al ver su expresión extrañada, añadió en tono más suave—. Necesitaremos alguien que lo ingrese.

Dudando apenas por una centésima de segundo, el joven rubio aceptó la propuesta. Así, esperó con nerviosismo a que los sanitarios subieran a Ban a la camilla. Dado que le habían retirado la camisa para poder efectuar los primeros auxilios, Malcolm contuvo una fuerte maldición cuando observó los moratones que su mejor amigo tenía distribuidos por la cara, los hombros y el pecho; lo poco que no estaba tapado por la manta o la máscara de oxígeno. Como un reflejo, el rubio tomó una mano al bailarín en cuanto cerraron las puertas y se la apretó con fuerza. Como si hubiese sido una muda señal y para su mayor alivio, Ban se removió, inspiró con esfuerzo y entreabrió los ojos.

—Mal... —susurró al reconocerlo, ronco, en un hilo de voz que su amigo casi no estaba seguro de haber oído bien.

—Eh, amigo —respondió aquel; en el mismo tono y procurando mantener las lágrimas de alivio e impotencia a raya, todo en uno—. ¿Estás bien?

Ban, por su parte, apenas atinó a menear la cabeza en un gesto negativo. Al menos, antes de susurrar tres palabras que encogieron el alma de Malcolm hasta límites insospechados:

—Elaine... Lo... siento...

—¡Ban! ¡Eh, Ban! —lo llamó su amigo, angustiado, al ver que volvía a cerrar los ojos.

Pero el bailarín parecía haber perdido el conocimiento de nuevo, para su desazón. Sólo su pecho, moviéndose arriba y abajo a duras penas, indicaba que seguía vivo de momento. Y Malcolm se juró, mientras la ambulancia corría hacia el hospital con la sirena de urgencias a todo volumen, que vengaría a Ban con todo lo que tenía si no salía de esta. Por Elaine, por él... Y por todos los que querían a ambos.

La familia que haces

Aquella noche, Elaine tuvo pesadillas. En su sueño, corría de nuevo por un callejón oscuro y sus tres acosadores de la velada de la graduación la perseguían, riéndose y susurrando las cosas obscenas que le harían cuando la atraparan. Elaine tropezó en un momento dado, cayendo al suelo cuan larga era. Sus perseguidores estaban muy cerca y la joven sollozó, deseando despertar sin conseguirlo. ¿Había ocurrido todo lo de la semana anterior, o sólo fue un bonito sueño? A esas alturas, la joven no conseguía discernir con certeza lo real de lo onírico. Sólo sabía que, si se quedaba allí, sufriría. Mucho.

No obstante, al girarse descubrió a lo lejos una figura que conocía. Con un soberano esfuerzo, Elaine consiguió levantarse del suelo y empezar a avanzar hacia él. Pero su desesperación aumentó cuando, en vez de acercarse, él se alejó más a cada paso que ella daba. La chica intentó llamarlo, pero de su garganta apenas salió un susurro en la oscuridad. Su andar era lento y pesado y se sentía incapaz de correr, como si tuviera plomo enredado en los tobillos. Cuando sus tres perseguidores la aferraron por las muñecas, sin remedio, Elaine escuchó un sonido agudo y penetrante mezclado con su propio aullido de terror. Entonces, se despertó.

Con el corazón al galope, la muchacha se incorporó en la cama con los ojos abiertos como platos, asustada y sin saber casi dónde estaba. Sin embargo, enseguida se percató de que se encontraba en su cama, a salvo en su apartamento de la Torre Forest. Cuando los recuerdos de la noche anterior se mezclaron con los retazos de memoria de la reciente pesadilla, Elaine jadeó y se abrazó el cuerpo, notando la ansiedad ascender inexorable por su garganta. Pero dicho golpe de adrenalina pareció cortarse de súbito cuando escuchó un sonido que no esperaba.

Alguien estaba llamando al timbre.

Despistada, la muchacha alargó la mano a tientas para alcanzar el móvil, que se había quedado sobre la mesilla. Las cuatro de la mañana. No

obstante, aquello no fue lo que hizo que un sudor frío bajase por su espalda de inmediato, sino la cantidad de llamadas perdidas de Isabelle que tenía. Cuando a continuación sonaron varios golpes fuertes en la puerta del apartamento, Elaine se decidió por fin a bajar de un salto de entre las sábanas y correr hacia la misma. Sospechando, sin quererlo, que algo horrible había pasado en las últimas cuatro horas. Pero apenas le dio tiempo a razonar sobre ello antes de que, nada más entreabrir la puerta, se mostrase ante ella un espectáculo que no esperaba bajo ningún concepto.

—¡Joder, por fin! —estalló una Erica más despierta que ella, sin bajar la voz a pesar de la hora—. ¡Menos mal que te has levantado!

—Erica... —susurró Elaine, frotándose los ojos como si aquello pudiera hacer la situación más real y menos extravagante—. ¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí...? Tú...

—No hay tiempo para respuestas, ahora —cortó la otra muchacha, adentrándose en el apartamento acto seguido como si fuese su propia casa—. Vístete, tenemos que irnos.

Elaine, recobrando un mínimo de lucidez mientras se dejaba conducir al dormitorio como un corderito, atinó a preguntar:

—Ir... ¿adónde?

Pero la fría respuesta de su antigua mejor amiga la dejó en el sitio.

—Te lo explicaré de camino. Vamos, vístete.

La joven rubia se estremeció. Sin embargo, ante la mirada cargada de malos augurios de la benjamina Franklin, optó por obedecer sin rechistar. Diez minutos después, las dos muchachas volaban en el ascensor hacia el coche de Erica, aparcado frente a la puerta de la Torre Forest. En cuanto estuvieron sentadas dentro del mismo y la conductora arrancó, una aturdida Elaine no pudo contenerse más:

—Eri. En serio ¿qué ha pasado? —exigió saber, mirándola directamente.

La aludida no despegó la vista de la carretera y tampoco respondió enseguida. No obstante, cuando llegaron a la Avenida Macintosh, susurró:

—Ban está en el hospital.

Elaine, aún en su nebulosa entre el sueño y la realidad, apenas pudo contener un gemido, tapándose la boca con las manos.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

Erica se removió en el asiento, casi con incomodidad.

—Le han dado una paliza —confesó entonces, en un hilo de voz pero que Elaine escuchó a la perfección. Mientras los ojos de esta última se llenaban de lágrimas sin remedio, la conductora prosiguió en tono monocorde—. Isabelle me pidió que te avisara, puesto que no le cogías el teléfono...

La joven Forest, en su estupor mezclado con horror, aún fue capaz de entender el mensaje entre líneas. Y, aunque aquello significaba que Erica seguía algo enfadada con ella por el asunto de Ban, se lo agradeció. La muchacha del pelo azul, por su parte, se limitó a sacudir la cabeza y hacer un gesto con la mano como si no tuviese importancia; pero no volvió a despegar los labios en lo que restaba de trayecto. Cuando llegaron por fin al *Three Sisters*, el hospital más grande de Daleth y situado en la mitad menos lujosa de la Zona Centro, Elaine casi tuvo que contener el impulso de echar a correr hacia el interior con el alma en vilo. Qué estúpida había sido... Ban no le había dado plantón. Ahora, cruzando las puertas acristaladas y avanzando por aquel pasillo de fuerte olor medicamentoso, Elaine sólo podía arrepentirse de todo lo que había dudado de él durante las horas anteriores a aquel fatídico momento.

Cuando doblaron la esquina que llevaba a la recepción, varias figuras se giraron y se acercaron a ellas con rostro compungido. Isabelle, un chico rubio al que Elaine no conocía más que de vista y que intuyó que era Malcolm, el mejor amigo de Ban; así como el enorme dueño del *Fairy Kingdom*, Wan Zhu. Al principio, Elaine se quedó algo rezagada tras la estela de Erica, pero se relajó en cuanto la joven Lionheart se acercó y la abrazó con fuerza. La joven rubia, tras un breve instante de vacilación, se refugió sin dudar en aquel gesto mientras reprimía apenas las lágrimas.

—Bells...

—Elaine... Menos mal que has podido venir.

La joven se apartó unos centímetros, encarándola con angustia evidente.

—¿Cómo está?

Isabelle tragó saliva, pero sonrió entre sus propias lágrimas.

—Vivo, que es lo que importa —musitó, aunque eso apenas tranquilizó a la recién llegada—. Entró al quirófano al poco de llegar, pero aún estamos esperando noticias...

Sin ser capaz de soportarlo más, la joven rubia sollozó y Isabelle la rodeó de nuevo con un brazo, antes de acompañarla a sentarse en un banco cercano. Malcolm, por su parte, paseaba de un lado a otro del pasillo con

aire de animal encerrado. Fue entonces cuando Erica dejó oír su voz por primera vez:

—¿Qué ha ocurrido con el casino? Si estáis todos aquí...

La joven Forest, interesada y súbitamente consciente de que allí estaban gran parte de los empleados principales del citado establecimiento, alzó la cabeza. Sorprendiendo una mirada indescifrable entre Isabelle y Wan Zhu antes de que la primera contestase, en voz queda:

—Hemos cerrado ya, por suerte. Aunque a Malcolm y a mí nos han cubierto desde casi medianoche, cuando él acompañó a Ban hasta aquí...

—Sí, aunque el chaval dejó una buena liada... —rezongó el hongkonés, ignorando a propósito la mirada ardiente que le dedicó el aludido.

—Y ¿qué querías que hiciera, Wan Zhu? —le espetó este a su jefe, sin preocuparse ni de dónde estaban ni de quién era él—. ¿Quedarme a ver cómo esos dos payasos me lo restregaban por la cara?

«¿Esos dos...? ¿Quiénes?» se preguntó Elaine con un escalofrío.

Al mismo tiempo, Isabelle susurró el nombre de su novio en tono de advertencia. Pero el dueño del *Fairy Kingdom* se limitó a dirigirla una torva mirada al *barman*. Al menos, antes de girar de inmediato, aunque con suma brevedad, hacia la joven Forest. Esta se tensó, sin ser capaz de descifrar aquel gesto, menos todavía cuando creyó atisbar cierto desdén en el mismo.

«¿Qué diantre le ha podido pasar a Ban?», se preguntó con amargura.

Erica había dicho que había sido una paliza. Pero ¿cómo de grave, si llevaba cuatro horas en el quirófano? Elaine tragó saliva y estuvo a punto de apartar la vista. Pero, en ese instante, sus ojos se cruzaron con una mirada verde esmeralda cargada de significado bajo unos desordenados mechones rubios oscuros. La joven, como por impulso, le devolvió una queda sonrisa a Malcolm para expresar su mudo agradecimiento. Por un segundo, la expresión del joven pareció suavizarse aún más, aceptando su gesto. Pero mudó de nuevo en cuanto una voz resonó unos metros más allá. Mencionando un nombre conocido que a Elaine, sin quererlo, le puso el pulso a mil por hora:

—¿Familiares de Ban Reeves?

Como un solo ser, los cinco presentes se aproximaron al médico vestido de quirófano que se aproximaba por el otro lado del pasillo. Sin embargo, fue sólo Malcolm el que se adelantó para responder:

—Somos nosotros —le confió, aunque Elaine no entendió por qué. Durante un segundo, la parte racional de su mente se percató de una

posible, pero dolorosa verdad: ¿Ban no... tenía más familia que ellos?—. ¿Cómo está?

En su aturdimiento, la descorazonada muchacha aún atinó a escuchar la compleja respuesta:

—Bueno, diría que su buena constitución muscular lo ha librado de tener varias fracturas bastante aparatosas, aunque los moratones tardarán en desaparecer. La intervención se ha alargado porque tenía sangrados internos y hemos tenido que retirarle el bazo. No se preocupen —agregó acto seguido, ante la ansiedad evidente de sus interlocutores—. Tendrá que tomar algunas precauciones a partir de ahora, pero podrá vivir sin problema.

Elaine tragó saliva y cerró los ojos, tratando en vano de procesar toda la información al mismo tiempo. Por lo menos, la tranquilizaba saber que Ban estaba vivo. Pero lo que el doctor agregó después estuvo a punto de detener su corazón de golpe.

—Aunque... diría que lo peor que ha sufrido el señor Reeves ha sido el desgarro rectal.

Conteniendo la respiración, diez pares de ojos incrédulos lo enfocaron de inmediato con más intensidad si cabía.

—¿Desgarro... rectal? —fue capaz de repetir Malcolm, atónito y asqueado al mismo tiempo.

Cuando el médico asintió, Wan Zhu liberó una palabrota bastante sonora sobre sus cabezas, pero nadie lo increpó por decirlo delante de Erica y Elaine, como hubiera sido habitual. No era el momento.

—Parece ser que el señor Reeves ha sido víctima de algún tipo de violación en las últimas horas —explicó entonces el buen doctor, mirando al joven rubio con una expresión no exenta de disgusto—. O, en el peor de los casos, algún tipo de agresión sexual con violencia. Los latigazos de la espalda hemos podido arreglarlos por microcirugía sin problema, pero me temo que la otra lesión tomará algo más de tiempo en cicatrizar...

«Violación. Agresión sexual. Violencia. Latigazos.».

Aquellas cinco palabras golpearon la conciencia de Elaine con la fuerza de una maza. La joven trataba de procesarlo todo, juntando las piezas en su cabeza. Pero la imagen que veía al hacerlo casi le daba ganas de vomitar. De hecho, sólo se dio cuenta de que estaba a punto de dar con las rodillas en el suelo cuando Erica gritó su nombre y la sujetó con firmeza contra su cuerpo. A tiempo, la futura aspirante a policía consiguió enderezar a la

aturdida muchacha y obligarla a sentarse en una silla, con la cabeza entre las rodillas.

—Tranquila, El. Respira ¿de acuerdo? —le pidió, con una voz tan suave como la seda y nada parecida a la que había usado en sus últimos encuentros. La aludida trató de obedecer, siguiendo también los trucos de tranquilización aprendidos de su madre, mientras todo a su alrededor parecía girar de manera vertiginosa—. Eso es... Respira hondo... Muy bien...

Inspiración. Espiración. Inspirar. Espirar. Tras varios ciclos de repetir ese ritual, con los ojos cerrados y la frente tocando la tela de los pantalones, poco a poco Elaine notó que se iba recuperando del espanto. Mientras tanto, sus oídos empezaron a captar retazos de las conversaciones a su alrededor y la joven hizo un esfuerzo por mantener la calma, al tiempo que oía cosas que jamás esperaba escuchar.

—Bueno, al menos sabemos que está vivo y saldrá de esta...

—Sí. Pero eso le pasa por meterse en donde no le llaman. Y lo sabes.

—No me jodas, Wan Zhu —restalló entonces la voz de Malcolm, como un látigo, en el silencioso pasillo—. Seguro que la culpa es de esa bruja de Meredith. Siempre con sus fetiches y sus gilipollices...

—Cierra la puta boca, Malcolm —le gruñó Wan Zhu de inmediato, interrumpiéndolo.

De hecho, había usado un tono tan brusco que atrajo la atención de las tres chicas sin remedio. La única que parecía entender a qué se refería el empresario era Isabelle, puesto que presentaba un brillo peculiar en la mirada. Y Elaine, sin quererlo, temió lo que pudiera suceder a continuación. Malcolm, por su parte, no parecía asustado. Más bien todo lo contrario.

—O ¿qué? ¡Estoy cansado, Wan Zhu! —gritó entonces, con rabia evidente—. Ningún ser humano merece que le hagan esto...

—Que, te calles... —lo amenazó de nuevo su jefe, perdiendo visiblemente la paciencia.

—Y ¡menos por algo que no hizo! —completó Malcolm a voz en grito, ignorándolo.

Ante aquello, Wan Zhu pareció perder del todo los papeles; puesto que, de inmediato, su enorme puño voló hasta el rostro del joven rubio, arrojándolo al suelo por la fuerza del impacto. Isabelle gritó y se echó de inmediato sobre su novio, increpando al hongkonés. Por suerte o por

desgracia, dos guardias de seguridad apostados en las cercanías llegaron enseguida al oír el alboroto y eso evitó un mal mayor.

—¡Eh! ¡Usted! ¡Aléjese del chico!

—Está todo bien, agentes —clamó Malcolm, levantándose del suelo con ayuda de Isabelle y frotándose la mejilla con molestia. Wan Zhu, de cualquier forma, obedeció retrocediendo unos pasos—. Somos familia, no hay problema.

Los guardias, por supuesto, los observaron a los cinco de hito en hito mientras trataban de sacar los parentescos sin conseguirlo. Sin embargo, ante la mirada firme de Malcolm, los dos decidieron retirarse por el momento. No sin antes dirigir una advertencia a Wan Zhu a la que este repuso con una mueca, pero sin reaccionar más allá. Isabelle y Erica, por su parte, volvieron a centrar su atención en Elaine, que lo observaba todo con expresión perdida desde su asiento.

—Elaine ¿estás bien? ¿Quieres algo? —preguntó entonces Isabelle, solícita. Ante el gesto negativo aunque vago de la joven, la muchacha de pelo platino le apretó una mano en señal de ánimo—. Todo irá bien, El, ya lo verás.

Esta se mordió el labio, todavía tratando de procesar todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Quién...? ¿...le haría algo así? —susurró, casi para sí misma.

El nombre de Meredith, mencionado por Malcolm un rato antes, no le decía nada. Y, además, Ban medía casi dos metros. ¿Cómo habían podido con él, y menos una mujer?

—Créeme, es mejor no pensarlo —respondió entonces Isabelle, críptica. Elaine la encaró, insegura de qué significaba eso, pero la muchacha se limitó a sacudir la cabeza y apartarse—. Es mejor no pensarlo... —repitió, sentándose a su lado.

La joven rubia, sin resignarse a que aquello fuese todo lo que podían hacer por Ban, arguyó entonces:

—Deberíamos denunciarlo...

Sin embargo, como uno solo, cuatro pares de ojos se clavaron entonces en ella con expresiones muy diferentes reflejadas en sus portadores. Aunque, el que contestó fue Wan Zhu, en un tono tan rudo como el dirigido a Malcolm y que hizo a Elaine estremecerse:

—Tú no te metas, niña. Sólo le complicarás la vida aún más al pobre chico...

—Wan Zhu, basta —lo amonestó Isabelle de inmediato. Acto seguido, se giró hacia Elaine y le pasó un brazo por los hombros—. Eh ¿quieres venir a la cafetería? —le preguntó entonces, con bastante más dulzura. La joven alzó la vista, casi sin verla, y la camarera sonrió—. Venga, nos vendrá bien tomar algo caliente y allí estaremos tranquilas...

Al agregar esto último, le dirigió una mirada dura al hongkonés. Este, al darse por aludido, bufó y se giró para alejarse hacia la salida del hospital; rezongando, eso sí, algo que sonó a “mujeres...”. Pero, cuando Elaine aceptó el ofrecimiento de un buen té caliente, Isabelle y casi los otros tres presentes olvidaron por un rato al exluchador. Malcolm decidió quedarse en la recepción y Erica optó por hacerle compañía. Elaine, tras dudar un segundo, prefirió no insistir en que la joven de pelo azul las siguiera a Isabelle y a ella. Intuía, a pesar de todo, que las heridas de su propia lucha de amistad aún no se habían cerrado del todo. Pero la joven rubia prefirió darle el tiempo que necesitara mientras ella intentaba, por todos los medios, salir de aquel laberinto mental en el que vivía desde hacía algunas horas. Desde que sabía que Ban luchaba por sobrevivir con todas sus fuerzas.

—Ven, sentémonos aquí —le indicó Isabelle, una vez dentro del amplio espacio de la cafetería, haciendo que Elaine se sentase sin protestar en una silla.

De hecho, esta estaba tan conmovida que no tuvo fuerzas ni para resistirse. Aunque, cuando Isabelle le preguntó qué quería beber, fue capaz de pedir una tila en apenas un hilo de voz. La otra muchacha sonrió y se encaminó hacia el mostrador. Volviendo, menos de diez minutos después, con dos tazas humeantes de líquido coloreado en las manos.

—Aquí lo tienes —le indicó a Elaine, amable, antes de sentarse a su lado. Esta le dio las gracias, comedida—. ¿Cómo estás? —quiso saber entonces Isabelle, solícita.

La aludida dio varias vueltas a su infusión con la cucharita, insegura, antes de menear la cabeza. ¿A quién quería engañar? No estaba bien. Tenía tal lío en la cabeza que creía que se iba a desmayar de verdad de un momento a otro. Pero, al cabo de unos segundos, fue capaz de murmurar:

—Isabelle... ¿Tú...? —Se humedeció los labios antes de encararla—. ¿Sabías en qué estaba metido Ban?

Por el rostro de la camarera cruzó un ramalazo de comprensión que encogió aún más el corazón de Elaine, confirmando sus sospechas. Sin embargo, aquella no confesó como ella esperaba.

—Aunque me gustaría contártelo, es algo que le corresponde a él hacer —reconoció, en cambio, para desazón de la más mayor—. Pero... sí que te digo que me da rabia —agregó entonces Isabelle, dando un leve puñetazo en la mesa y con los ojos azules chispeando de ira.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elaine, interesada.

Isabelle, tras unos segundos en los que pareció no estar segura de cómo contestar a aquello, resopló y se giró hacia la otra chica con aire de rendición.

—Está bien, te lo contaré. Lo cierto es que... Hace sólo un par de años que conozco a Ban, pero te confieso una cosa: pocas veces lo he visto tan ilusionado con algo, como cuando tú salías en la conversación.

Los ojos de Elaine se abrieron de par en par a causa de la sorpresa.

—¿En serio?

Isabelle asintió, con la mirada brillante.

—Si te digo la verdad, era bastante gracioso ver cómo se ponía rojo si alguno de nosotros te mencionaba de pasada delante de él.

Elaine sacudió la cabeza, incrédula, aunque tampoco pudo reprimir una risita sólo de imaginarse la escena.

—Vamos, no puede ser... —renegó, divertida.

—Lo es —corroboró la del pelo platino, con aire convencido y media sonrisa cómplice—. Yo diría que... le gustas más de lo que nunca admitirá, El. Y sé que tú lo sabes también.

La aludida suspiró, fijando la mirada en el fondo de su taza de tila. La joven Lionheart tenía razón, no podía negarlo. Pero ¿podría ser? Entonces ¿qué era lo que fallaba entre ellos? Probablemente, aquello que Isabelle no quería contarle; y sólo Ban podía, o debía, aclararle. Inspiró hondo. Sería paciente y esperaría a preguntarle a él...

—¿Qué debo hacer, Bells? —preguntó de todas maneras, franca—. ¿Qué harías tú?

La otra joven, por su parte, alargó una mano para apretarle la rodilla en un gesto confiado.

—Espera a que él despierte y habla con él, sin prisas y con dulzura —le recomendó. Y, ante el evidente azoro de la rubia, agregó con una sonrisa—. Vamos... Sabiendo cómo habla de ti, créeme: acabará aceptando salir contigo cuando todo esto se solucione. Ya lo verás.

—¿Fue... muy difícil para ti? —quiso saber Elaine, entonces—. Salir de... ya sabes...

Isabelle meditó, sabiendo a qué se refería.

—Un poco, lo admito —repuso al fin—. Aunque... ya te habrás dado cuenta de que las diferencias sociales en Daleth es una cuestión de puro prejuicio, arrastrado durante mucho tiempo. Pero... Cuanto más estoy con Malcolm, más me doy cuenta de que la Zona Alta y el sur sólo son límites marcados por los que temen lo que no conocen y no quieren perder su poder y su posición... Aunque, claro, es mi opinión —agregó Isabelle, al parecer siendo consciente de golpe de con quién hablaba.

Elaine, contrario a lo que la joven camarera pudiera pensar, tragó saliva y agachó la cabeza ante su respuesta. En el fondo, era consciente de cuánta razón tenía aquella y qué ciega había querido estar ella durante todo ese tiempo.

—Supongo que Ken jamás consentiría algo así para mí... —musitó, descorazonada, a pesar de todo—. Él es... bueno, muy rígido para estas cosas.

Sin embargo, la joven rubia se sorprendió cuando Isabelle le apretó la mano y le dirigió una sonrisa alentadora bajo el flequillo platino.

—Elaine. Si Ken te quiere de verdad, créeme: lo entenderá y te apoyará —aseguró.

La aludida la observó, atónita e insegura. ¿De verdad era posible?

—¿Tú... crees? —susurró, con apenas una llamita de esperanza latiendo en su pecho. Isabelle, por su parte, asintió con convicción y la joven Forest sonrió de vuelta, algo más esperanzada—. Qué buena eres, Bells.

La aludida se ruborizó ante el cumplido y trató de quitarle importancia, con lo que ambas acabaron riendo como las dos adolescentes que aún eran, mientras Isabelle seguía dando algunos detalles del comportamiento de enamorado de Ban. Sin embargo, la joven de pelo platino se puso seria de inmediato cuando su móvil vibró un par de minutos después y la joven vio el mensaje que acababa de recibir.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Elaine.

Ante la pregunta, el rostro de la otra muchacha cambió por ensalmo. De golpe, una sonrisa aliviada se había apoderado del mismo y, mientras tomaba a la muchacha rubia de la mano para instarla a levantarse, Isabelle pronunció:

—Vamos. Malcolm me acaba de decir que Ban ya está en planta. Habitación cuatrocientos cinco.

Así que, con el corazón acelerado, Elaine se dejó conducir fuera de la cafetería a los ascensores. Rezando, casi sin quererlo, porque su ángel salvador despertase cuanto antes. Ella, se juró, estaría a su lado para recibirlo cuando lo hiciera y nadie podría impedirlo.

La habitación donde lo habían ingresado se encontraba en la cuarta planta del hospital. Nada más salir del ascensor, a mano derecha, una amplia cristalera recién pulida mostraba ya los reflejos de un suave amanecer sobre el Kent. Los edificios de la zona más oriental y cercana al hospital comenzaban ya a teñirse de ocre y rosado. Los tejados cubiertos de pararrayos de las zonas más humildes y alejadas en dirección sur, por su parte, refulgían como joyas cuando los primeros rayos del sol los rozaban. Y la Zona Alta, al otro lado del fiordo...

Elaine apartó la vista al observarla, sintiéndose algo desplazada sin quererlo junto a aquella buena gente que esperaba en el pasillo. Pero todo se diluyó cuando vio la sonrisa confiada que les dirigió Malcolm a las dos recién llegadas en cuanto aparecieron. Aunque todos eran conscientes de que, de momento, lo peor había pasado, la joven Forest también intuía que nadie respiraría tranquilo hasta que Ban abriera por fin los ojos.

—¿Alguna novedad? —quiso saber entonces Isabelle, sentándose junto a su novio y cogiéndole las manos con ternura.

Este, por su parte, negó con la cabeza sin despegar los labios. Wan Zhu se mantenía alejado de ellos, apoyado contra la pared con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Elaine, por su parte, dudó un momento antes de sentarse junto a Erica, comedida. La joven de pelo azul apenas levantó la cabeza para recibirla, manteniendo los codos apoyados en las rodillas y la actitud tensa.

—Hola, Eri —saludó Elaine, insegura.

Al principio, dudó que ella fuese a responder. Sin embargo, se sorprendió cuando la muchacha lo hizo con un quedo:

—Hola.

Después de eso, no obstante, ambas se quedaron en silencio. Una calma tensa parecía haber ocupado el pasillo donde ellos se encontraban, separados por varios metros de distancia del siguiente grupo de gente que esperaba para poder ver a un ser querido. Así, durante más de tres horas, los cinco presentes apenas cruzaron cuatro palabras entre ellos o con las enfermeras que venían a ver cómo se encontraba el recién operado. En

ningún momento, a pesar de que Malcolm y Isabelle rogaron más de una vez, los dejaron entrar a verlo. Entre cabezadas, dada la falta de sueño, Elaine intentaba no desesperar. Aunque debía admitir que le estaba costando un esfuerzo soberano.

Tanto que, cuando percibió que estaba a punto de derrumbarse por cuarta vez sobre el hombro de Erica y a pesar de que esta no hizo alusión al respecto, la muchacha rubia optó por levantarse y caminar un poco. Así, quizá, conseguiría liberar algo la angustia que la corroía por dentro. Sin embargo, en ese instante, Elaine atisbó una sombra por el rabillo del ojo y se giró en esa dirección. Del ascensor salió entonces una figura que le sonaba vagamente, pero que Isabelle recibió con una sonrisa y los brazos abiertos en cuanto la vio aparecer.

—¡Dana!

Una bomba de relojería

Nada más llegar a su altura, las dos amigas se fundieron en un cariñoso abrazo no exento de lágrimas. Al menos, antes de que la recién llegada preguntara, con evidente angustia:

—¡Ay, Isabelle! He venido en cuanto he podido y he visto tus mensajes. ¿Cómo está?

La joven de pelo platino pasó entonces a explicarle a la tal Dana lo que había ocurrido. Y, mientras tanto, Elaine no podía dejar de observarla con mal disimulado recelo. Por un absurdo instante, se preguntó qué hacía otra mujer joven viniendo a ver a Ban al hospital. Pero, cuando Isabelle se giró para presentársela, la muchacha rubia hizo un soberano esfuerzo por mantener una expresión neutra en el rostro.

—Elaine, esta es Dana... Dana, esta es Elaine.

La recién llegada hizo un asentimiento con su cabeza de corta cabellera castaña, como si ya supiese quién era.

—Sí, te recuerdo del día que viniste al casino acompañando a Erica. ¡Hola, Eri, por cierto! —saludó sin alzar la voz, a lo que la aludida respondió con una sonrisa cortés. La muchacha rubia notó un retortijón al ver también aquello, pero no dijo esta boca es mía y dejó que Dana siguiese hablando. Sólo que su siguiente comentario la dejó casi clavada en el sitio—. Ay, Elaine, lo siento muchísimo. Espero de corazón que Ban se recupere pronto. —Y, ante su mayor estupor, agregó—. No es justo que os hagan esto... No ahora.

Elaine se quedó rígida. ¿Qué quería decir? Sin embargo, el que intervino en ese punto fue Malcolm, en un tono mordaz que casi parecía fuera de lugar:

—Vaya, Dana. Y yo pensando que no lo soportabas...

La aludida clavó una ardiente mirada azul zafiro en el joven rubio.

—¡Capitán! Que no me guste cómo baila no significa que no tenga sentimientos. Por amor del cielo...

—Dana, espera... —la interrumpió entonces Elaine, algo perdida—. Perdona... Pero ¿qué has querido decir antes? —Y, ante el gesto interrogante de la del pelo corto, aclaró—. Quiero decir... Te lo agradezco, pero... Ban y yo... En fin... No somos nada... Sólo amigos...

Entonces, la joven de pelo corto alzó las dos cejas con expresión de evidente sorpresa y, despacio, se giró hacia Isabelle.

—Bells, pero... ¿No me dijiste que...?

La camarera, obviamente pillada en falso, enrojeció antes de negar con la cabeza.

—Hasta donde sé, Ban no tuvo oportunidad de llegar a ese punto... —confesó, con la voz teñida de cierta tristeza que hizo estremecer a Elaine.

—¿A qué punto? —inquirió esta, entonces, con el corazón acelerado. Sin saber si la respuesta le iba a gustar, pero deseando confirmar sus sospechas de una vez por todas—. ¿Isabelle?

La aludida, para su desesperación, pareció dudar de nuevo, como si no supiera qué contestar de buenas a primeras. Sin embargo, cuando Dana tomó la palabra, Elaine creyó que se iba a desmayar:

—Pues que, hasta donde sabemos, Ban se iba a declarar anoche cuando te viera en el restaurante...

La joven rubia exhaló de golpe todo el aire de sus pulmones. ¿Qué estaban diciendo? ¿Ban, declarándose? Pero ¡si no quería salir con ella! ¡Ni con nadie, ya puestos! Sintiendo que le faltaba el resuello, Elaine se tapó el rostro con una mano y se apoyó en el muro más cercano, mareada. Lo que provocó, por supuesto, que Dana y Isabelle se lanzaran sobre ella.

—¡El! ¿Estás bien? —susurró la segunda, antes de dirigirse con reproche hacia la primera chica—. Dana...

Esta hizo un gesto de incompreensión.

—¿Qué... ? Pero, si yo...

—Bueno, ya está bien. Dejadla respirar.

Tras aquel corte tan brusco, dicho por quién nadie esperaba, una Elaine aún aturdida vio entonces cómo Erica aparecía en escena, apartando a las otras dos muchachas como si fueran moscas molestas y haciéndolas retroceder al mismo tiempo.

—¿Estás bien, Elaine?

La aludida, tratando de enfocar algo a más de cinco centímetros de distancia, asintió.

—Eri...

—Sí, soy yo —repuso esta, pasándole un brazo por los hombros—. Vamos, deberíamos irnos ya...

Ante aquello, la joven Forest sí que reaccionó como si la hubieran pinchado y se irguió, fijando la vista en la joven de pelo azul.

—¿Qué...? —protestó, incrédula—. Pero... ¡No! Ban...

Erica suspiró con impaciencia. Isabelle, por su parte, se acercó con aire más comedido que antes:

—¿Qué ocurre, Erica? ¿Os vais?

La aludida asintió, antes de mirar a Elaine con elocuencia.

—El, son las ocho pasadas de la mañana —le recordó.

Y ahí, entre la falta de sueño y la mezcla de sensaciones, la muchacha recordó y se tensó.

—Mi madre...

Erica asintió.

—Exacto.

—¡Eh! ¿Qué sucede? —quiso saber también Dana, asomando la nariz entre las dos jóvenes.

—Nada, Dana. Es sólo que... tengo que cuidar de mi madre todas las mañanas —repuso Elaine entonces, más recuperada—. ¿Puedo...? —preguntó, dudosa—. ¿Puedo volver esta tarde?

—¡Claro! —replicó Isabelle, ya pasada la tensión previa y mostrando una amplia sonrisa—. Aquí estaremos. —Miró a Erica de una forma especial—. Os avisaré si hay cambios ¿vale?

Tanto la del pelo azul como su antaño mejor amiga asintieron, conformes. Sin embargo, tras despedirse, ninguna abrió la boca casi en todo el trayecto de vuelta a la Torre Forest. A pesar de haber dormido también muy poco, Erica parecía lo bastante lúcida para conducir, aunque Elaine terminó durmiendo durante casi la mitad del trayecto. Cuando la otra joven la despertó con suavidad, ya en el aparcamiento, la rubia brincó sin quererlo en el asiento y miró a su alrededor con cierta desorientación.

—Ya hemos llegado —indicó Erica, bajándose del coche—. ¿Vamos?

Elaine la observó un instante, confundida, antes de imitarla y cerrar tras de sí.

—¡Eri, espera! —la llamó cuando ella ya había echado a andar hacia la Torre—. ¿Qué...?

“¿...estás haciendo?”, quiso preguntar.

Sin embargo, la otra chica pareció entender sin necesidad de palabras y se encogió de hombros para quitarle importancia.

—Si no te importa, prefiero quedarme contigo hasta la hora de volver al hospital —pronunció acto seguido. Y, ante la cara de evidente perplejidad de una Elaine falta de sueño, añadió—. Vamos. Las dos hemos dormido poco y ahora mismo tú no estás como para que te dejen sola... ¿No crees?

En su tono, a pesar de las palabras empleadas, no había animosidad ni menosprecio alguno. Y Elaine, a pesar de que nunca le había preocupado estar sola, ni siquiera en aquel trance, se conmovió sin quererlo ante dicho alarde de cariño. ¿Podría ser que aquel duro golpe del destino las reconciliase por fin?

—Vale —aceptó al final, aunque en su voz se hizo patente el intenso cansancio sin que pudiese evitarlo—. Si a ti no te importa, claro...

Con cierto regocijo interno, Elaine vio cómo Erica sonreía con calidez ante aquello mientras ambas seguían su camino hacia los ascensores de empleados.

—Claro. Para eso están las amigas ¿no?

Tras aquel primer acercamiento, la primera parte de la mañana transcurrió más pacífica y rutinaria que nunca. Mientras Elaine se dirigía a levantar a su madre de la cama, Erica se encargó de preparar un desayuno tan completo que dejó atónita a la joven rubia en cuanto lo vio. De repente, descubría otra faceta de su amiga en la que apenas se había fijado en aquellos años. Claro que también hacía tiempo que dejaron de seguir el sagrado ritual de las fiestas de pijamas en casa de una u otra, mucho antes incluso de que Adam enfermase. ¿Cuándo había empezado a cambiar todo tanto? Elaine lo sospechaba, pero no quería pensar mucho en ello. Puesto que sólo sería otro varapalo a la base de sus principios... y ya iban unos cuantos en las últimas dos semanas.

Cuando llegó el momento de ayudar a su madre a desayunar, la muchacha casi agradeció poder, por un buen rato, olvidarse de aquellas reflexiones agridulces. Su cabeza seguía girando como un tiovivo con el asunto de aquel dulce gigantón que le había robado el corazón y, ahora, se encontraba luchando por su vida en el hospital. Cerca del final de la

comida, una diminuta lágrima quiso escaparse de sus párpados al evocar las últimas doce horas de su vida, pero hizo un esfuerzo soberano por no correr a limpiarla; en cambio, dejó caer la gota hasta su barbilla mientras se concentraba en sostener la taza de té contra los labios de su madre. Erica, por su parte, no dijo ni media palabra. Aunque sí que era cierto que no la perdió de vista en ningún momento, por el rabillo del ojo, hasta que no terminaron las tres de desayunar.

—Bueno ¿qué hacemos hoy? —preguntó la joven de pelo azul cuando recogieron, como si nada ocurriese aparte de la rutina.

Elaine meditó, tratando a su vez de arrinconar la amargura por todos los medios.

—Hoy hace un día muy bueno —determinó entonces, mirando por el ventanal del salón hacia el claro cielo azul que se atisbaba al otro lado, entre las torres—. ¿Por qué no subimos a la terraza superior a tomar el sol? Hace días que no llevo a mamá allí y creo que le vendrá bien —arguyó, no sin cierta culpabilidad.

Pero Erica pareció apreciar el plan, a juzgar por su rápido asentimiento y la expresión interesada en su rostro; por lo que ambas jóvenes se afanaron acto seguido en conducir a Evelyn Forest al citado lugar. Tras ascender casi tres tramos de escaleras y siendo el último apenas un estrecho corredor ascendente, las tres emergieron a una soleada superficie de unos quince metros de superficie, con baranda de cristal rodeando todo el perímetro, desde donde podía contemplarse prácticamente todo Daleth. A Erica parecieron brillarle los ojos con nostalgia al acercarse un poco más a la barandilla y otear el horizonte, aunque Elaine podía entender bien por qué. Ella misma llevaba mucho sin subir y, en honor a la verdad, la paz que se respiraba era incomparable.

—Ven, mamá —instó a Evelyn con suavidad, tirando un poco de su brazo para conducirla a unas hamacas cercanas—. Siéntate aquí. Eso es.

Cuando la madre Forest estuvo bien acomodada, Elaine abrió una pequeña sombrilla sobre sus cabezas e hizo lo propio en el asiento perpendicular, junto a su cabeza. Erica, por su lado, se repantigó a los pocos segundos en una tercera hamaca, situada justo en paralelo a Evelyn. Las mujeres formaban tres lados de un cuadrado, una forma perfecta de verse unas a otras y hablar sin problemas. Y, aun así, la primera voz tardó todavía unos minutos en hacerse oír.

—Gracias, Erica —susurró Elaine, sincera, girándose hacia su amiga; sin embargo, su mano se distrajo colocándole el rubio cabello a su madre sobre los cojines, antes de añadir—. Por todo.

Su amiga la miró, antes de desviar momentáneamente la vista hacia Evelyn. Al final, se encogió de hombros con naturalidad.

—No hay de qué, ya lo sabes... —Se mordió el labio—. Aunque... Sí que había algo que quería aprovechar a decirte, Elaine. Ahora que... estamos a solas. —La aludida miró de reojo a su madre y Erica puso los ojos en blanco, teatral—. Bueno, chica. Me has entendido.

La joven Forest se rio por lo bajo sin poder evitarlo.

—Dispara —la invitó de inmediato, sin acritud.

Erica, a pesar de todo, parecía bastante turbada y Elaine se preguntó por qué durante un instante. Sin embargo, fue la primera aliviada al escuchar lo siguiente que salió de la boca de su antaño mejor amiga:

—Pues, yo... quería decirte que siento todo lo que ha pasado en estos días de atrás entre nosotras. Yo... —La joven respiró hondo—. No me porté bien contigo y creo que te hice daño por unos celos que no debía tener. Aunque... —agregó, apuntándola con un dedo exento de acusación real—. Me tenías que haber avisado de que conocías a semejante maromo ¿me oyes?

Elaine se rio con más fuerza, también liberando la tensión que sin saberlo llevaba acumulando desde que ambas discutieron por primera vez. Era genial volver a tener a Erica a su lado y sentir que, al menos, eso volvía a su cauce. No podía pedir más en aquel momento tan complicado de su vida.

—Lo sé... y soy consciente de que no hice bien —reconoció, avergonzada—. Pero... fue todo tan repentino, que... —dudó, casi notando las lágrimas de emoción y lástima ascendiendo a sus ojos de nuevo—. Cielos. Es que... es tan buena persona, Erica. Y... me ha abierto los ojos a un mundo que jamás imaginé conocer. —Con una mano, la joven rubia abarcó lo que las rodeaba; un mar de cristal y metal que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, casi—. Esto no es todo a lo que podría aspirar, y... sólo ahora me doy cuenta de ello.

Abrumada, Elaine apartó la vista y apoyó el rostro en una mano. Pero la alzó de inmediato al escuchar la pregunta que surgió de los labios de Erica a los cinco segundos:

—Lo quieres ¿verdad, El?

La aludida parpadeó, sin saber de primeras qué contestar a aquello. ¿Estaba enamorada de él? Al final, se rindió a la evidencia. Sí, claro que lo estaba. De ahí que, poco después, acabase asintiendo despacio y sin querer encarar a su acompañante. Esta, por su parte, no dejó de contemplarla en todo ese rato con una expresión más serena de lo que Elaine esperaba.

—¿Sabes? También tengo que confesarte algo, El —agregó entonces Erica, tras varios segundos de incómodo silencio entre las dos. La apelada se giró, curiosa—. Cuando... salí por primera vez con Ban, reconozco que al principio sólo fue por la atracción física. —En ese punto, Erica volvió a poner los ojos en blanco y Elaine no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa divertida—. Pero... en las pocas horas que estuve con él me pareció un chico especial... En el mejor de los sentidos. —De inmediato, la muchacha de pelo azul se puso más seria que nunca y añadió, en un susurro algo avergonzado—. Por eso... creo que me enfadé tanto cuando pensé que él se fijaba más en ti. Porque... bueno ¿qué chica no querría encontrar a un chico alto, guapo, con un cuerpo de infarto; y que, además, fuese buena persona? —resopló, sin poder reprimir un punto de ironía en su voz—. Desde luego, te ha tocado la lotería si consigues salir con él, Elaine.

Esta última, a pesar de sentirse halagada, también compuso un gesto preocupado cuando escuchó el mensaje entre líneas de la última frase.

—Quiero entender qué le ocurre, Erica —confesó, apenada—. Sé que él no es así. No es de los que se meterían en líos por voluntad propia.

—Yo también lo creo. Tengo esa sensación, al menos —corroboró Erica, pensativa—. Pero si él no quiere abrirse, Elaine, déjalo estar. ¿De acuerdo? —Su amiga la encaró, curiosa—. A veces intentamos darlo todo por la otra persona olvidándonos de nosotros mismos —explicó entonces Erica—, queriendo incluso que cambien las cosas. Pero eso tampoco es bueno a la larga. No te mereces vivir así.

Elaine ladeó la cabeza, aún más intrigada por aquel súbito alarde de sabiduría de su recuperada amiga.

—Eso es muy sabio, Erica —la alabó—. Y muy cierto, la verdad.

La del pelo azul mostró un leve gesto de orgullo.

—Lo aprendí de Liam —admitió, antes de parecer sumirse de nuevo en turbias reflexiones—. ¿Sabes? Aunque es cierto que perder a mis padres fue un golpe muy duro, a mi madre no la recuerdo con especial cariño.

—Y ¿eso por qué? —quiso saber Elaine.

A pesar de los años, Erica y ella no habían hablado demasiado de aquello. Pero Elaine recordaba que la señora Franklin era siempre una mujer encantadora. La benjamina de dicha familia, por otro lado, pareció buscar las palabras antes de contestar.

—Mi madre era una persona dinámica, vital y entregada a los demás, seguro que te acuerdas. —Elaine asintió—. Pero... de puertas para adentro, yo nunca era suficiente para ella. Quería serlo, por supuesto. Complacerla en todo lo que deseara para poder ganarme más su afecto... —Erica dudó y Elaine sintió un nudo en el corazón. ¿Por qué Eri le contaba aquello en ese preciso momento? Sin embargo, no tuvo que esperar mucho para saberlo, sobre todo cuando su amiga agregó—. Al menos, hasta el día en que dejé de hacerlo. Quería ser yo misma y decidí que, si alguien quería algo de mí, tenía que aceptarme como yo era. Como lo has hecho siempre tú —alabó a Elaine, haciendo que esta casi se ruborizase—. En definitiva, la moraleja que aprendí fue que no puedes cambiar a la gente, aunque quieras. Incluso aunque parezca que eso te devolverá la paz y la serenidad en tu vida. —Erica le dirigió una mirada cargada de madurez que Elaine no le había visto nunca y sentenció, sin brusquedad y en voz muy baja—. Cada uno somos como somos. Y no hay más vuelta de hoja.

Su amiga rubia la observó de hito en hito, viendo sin querer a una nueva Erica. Alguien que se mostraba fuerte e independiente frente a todo y a todos, pero en el fondo sólo buscaba que alguien la comprendiese y quisiese como ella era. Al final, Elaine y ella no iban a ser tan diferentes... y quizá por eso siempre se habían llevado tan bien.

—Mi padre siempre decía que la auténtica lealtad no es estar siempre disponible para lo que quieran los demás, pero sí hacerlo cuando más te necesiten —dijo entonces la joven Forest, casi pensando en voz alta, antes de encarar de nuevo a su amiga de pelo azul—. Supongo que esa también es una forma de verlo. ¿No?

Erica sonrió con franqueza, dando su opinión sin palabras. Al menos, antes de reiterar:

—Siento todo lo ocurrido, El. De verdad.

—Y yo —corroboró esta, sonriendo con afecto. Justo después, se inclinó hacia delante y tendió una mano a su la joven Franklin—. ¿Amigas para siempre? —preguntó entonces, con expresión divertida.

A lo que la otra aceptó el apretón con ganas y aseguró, sin soltarla:

—Desde luego. Hasta que la muerte nos separe...

Cuando llegó la hora de comer, casi pilló desprevenidas a las dos nuevas mejores amigas. Mientras Evelyn descansaba al sol, ambas se habían dedicado a ponerse al día de todo lo sucedido en la última semana que llevaban sin hablar. Erica le contó que Vanessa se estaba planteando mudarse con ella a Camelot cuando convocaran las plazas de policía y Elaine le habló de Harvey y su intercambio en Londres. Ban, por otro lado, fue un tema que apenas tocaron durante aquel intervalo. Sin embargo, cuando terminaron de almorzar y bajaron de nuevo al coche para que Elaine pudiese ir al hospital sin levantar sospechas, Erica le preguntó:

—¿Nerviosa?

Su amiga asintió sin apenas dudarlo.

—Mucho, pero espero que esto salga bien.

«Sobre todo si lo que dijo Dana era verdad...» pensó, esperanzada.

Y, al cruzar una nueva mirada con Erica, intuyó que ambas pensaban lo mismo.

El trayecto se hizo más largo que durante la madrugada por el tráfico de aquella hora. La gente aprovechaba la tarde del domingo, libre para muchas familias en la Zona Alta, para dirigirse a las diferentes zonas de ocio del barrio; ya fuese las tiendas junto al Kent o los grandes complejos comerciales del extrarradio norte. Elaine mantuvo la vista clavada al otro lado de la ventanilla durante todo el trayecto, ensayando casi lo que le diría a Ban cuando lo viese. Pero, cuando llegaron a la planta cuarta del hospital y les dijeron que estaba despierto, la muchacha pensó que se le iba a salir el corazón; al tiempo que todos los argumentos parecían diluirse con rapidez en su mente. Erica, avergonzada, se percató sólo entonces de que Isabelle le había escrito para decirle a eso de la una de la tarde que Ban ya estaba consciente. Pero Elaine apenas la escuchaba, manteniendo la vista fija en la puerta de la habitación de su amado. Porque ya no tenía sentido negar lo evidente. Lo amaba y deseaba abrazarlo y besarle más que nada en el mundo.

—¿Estás lista, Elaine? —preguntó entonces Isabelle, casi sin poder disimular su propia emoción.

—¿Ha... dicho algo? —quiso saber la joven, dudosa—. ¿Ha... preguntado...? Ya sabes...

Para su ligera desazón, la del pelo platino negó con la cabeza y cierta tristeza en el rostro. Pero el guiño que le dirigió Dana, confiada, fue lo que

terminó de impulsar a la joven rubia a girar el picaporte, con los dedos temblorosos de anticipación.

Era una estancia individual y pequeña, más considerando el tamaño de Ban en comparación. La cortina de lamas sobre la ventana, situada al otro lado de la habitación estaba retirada y permitía al sol entrar e iluminar al enfermo. Al cual, sin duda alguna, se le abrieron los ojos al máximo al verla aparecer. Elaine hizo lo posible porque las rodillas no le temblaran de forma visible cuando sus miradas se cruzaron. La intensidad de la de él era casi aterradora mientras la joven daba pasitos pequeños hacia la cama. A pesar de la baja estatura de esta, el hecho de que el torso de Ban estuviese unos centímetros inclinado hacia arriba y con almohadas tras la espalda permitía que sus cabezas estuvieran casi a la misma altura.

—Elaine —susurró él, con evidente incredulidad pero sin siquiera alargar una mano hacia ella—. ¿Qué haces aquí?

Ella tragó saliva, tratando de evitar que su vista se desviase hacia los moratones que su amado aún lucía en los brazos y en el rostro. En particular, el morado bajo el pómulo izquierdo la hizo estremecer sólo de pensar quién se lo habría hecho y cómo, pero procuró no dejarse llevar por el pánico y mantener la cabeza fría todo lo posible mientras lo encaraba despacio.

—He venido a verte en cuanto supe lo ocurrido —reconoció.

A tiempo, aferró el bolso con fuerza para reprimir el impulso de acariciarle el pelo, la mano... Lo que fuera. Ban, por su lado, echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados en cuanto escuchó aquello, siseando una palabrota entre dientes.

—Mierda. La cena... —se lamentó entonces, en voz un poco más alta.

—No te preocupes por eso —le aconsejó ella—. Lo importante ahora es que estés bien.

Sin poder remediarlo, su mano derecha se lanzó como por instinto a rozar la de él. Pero cuál no fue la sorpresa de la joven cuando él se retiró de inmediato.

—¿Por qué estás aquí, Elaine? —preguntó, ronco y sin mirarla.

Elaine, aún extrañada y algo dolida por su reacción, atinó a murmurar:

—¿Cómo? Pues... por ti, claro.

¿Por qué otra razón sería? Sin embargo, la sensación de que algo iba muy mal se acrecentó cuando él volvió a abrir la boca y casi gruñó:

—No deberías haber venido.

Elaine se quedó sinceramente boquiabierta; pero no movió un músculo al preguntar, insegura:

—¿Qué quieres decir?

Sólo entonces, Ban la encaró por fin y Elaine casi quiso salir corriendo al ver la dureza de su expresión.

—Elaine, tú no perteneces a este mundo —le recordó el enfermo, en un tono que ella no recordaba haberle oído nunca. Al menos, antes de voltear de nuevo la vista al techo y agregar—. No puedes cambiar las cosas.

Casi parecía como si estuviera explicando algo a un niño pequeño; y, sin quererlo, a Elaine aquello le dolió. Odiaba que la trataran de aquella forma y él lo sabía. Aun así, tuvo la entereza para balbucear:

—No te entiendo. Yo... quiero estar a tu lado, Ban. —Él cerró los ojos con fuerza, pero no la interrumpió. Sólo entonces, Elaine se envalentonó para decirle, por fin, lo que llevaba tanto tiempo quemando sus entrañas—. Me da igual lo que digas, o el peligro que creas que corro a tu lado. —La joven tragó con fuerza para deshacer el nudo de su garganta, que se apretaba a pasos agigantados con la falta de reacción de él. Pero, a pesar de todo, no pudo contener un par de lágrimas traicioneras cuando susurró—. Quiero estar contigo....

Ban, para mayor dolor de su corazón, negó con la cabeza antes de abrir los ojos por fin y encararla:

—Elaine, sólo te traeré problemas... —susurró, en un tono que casi sonaba a culpabilidad.

Pero la joven ya había tomado una decisión y esta vez ni siquiera él podría detenerla. Ya era tarde para echarse atrás.

—No me importa ¿me oyes? —reiteró, enfatizando sus palabras con un gesto negativo de la cabeza—. Eres... una de las pocas personas que me escucha de verdad y no me hace sentir como un vulgar objeto caro. —Se estaba derrumbando y no quería hacerlo, pero apenas contuvo un sollozo al concluir—. No quiero perderte.

Pero Ban, tras mirarla con intensidad durante un par de segundos en los que el mundo pareció detenerse a su alrededor, sacudió la cabeza y apartó la vista hacia la ventana casi con violencia.

—Lárgate, Elaine —le espetó entonces, en un tono que tampoco le había oído hasta la fecha, pero que le puso los pelos de punta y cortó su llanto de golpe, asustándola—. Refúgiate en tu torre y no vuelvas a acercarte a mí si no quieres salir perjudicada. ¿Estamos?

La joven, por supuesto, se quedó de piedra ante aquella expulsión tan ruda. ¿Qué demonios estaba diciendo ahora Ban? ¿No se suponía que quería declararse? Porque aquello distaba kilómetros de ser nada parecido. Y ¿dónde estaba el chico amable, educado y cariñoso con el que llevaba hablando casi una semana? Aunque, claro; en ese instante Elaine se percató de que, a pesar de todo, sólo lo conocía de apenas diez días atrás... Si es que lo conocía en absoluto. Visto lo visto, estaba claro que no.

—Vete al cuerno, Ban —le espetó entonces, desgarrada por dentro por sus palabras—. No te mereces otra cosa.

Y, sintiéndose aún más estúpida que el día del parque, la muchacha se levantó de la banqueta de golpe y se recolocó el bolso con manos temblorosas. Antes de, con toda la dignidad que fue capaz, salir de la habitación. Por todo esto, Elaine no vio la lágrima que cayó por la mejilla de Ban mientras este mantenía los ojos clavados en el horizonte de Daleth, al otro lado de la ventana. Pero ya no había vuelta atrás. Así, casi ignorando a los presentes y apenas despidiéndose de Isabelle y Dana, la joven Forest se alejó por el pasillo a grandes zancadas. Justo en el instante en que Erica volvía con cafés para todos. No obstante, al ver el rostro de su amiga, casi los dejó caer del susto y tuvo que hacer equilibrios para conseguir recuperarlos.

—¿Elaine? —preguntó, al tiempo que Isabelle llegaba para ayudarla con los vasos calientes—. ¿Va todo bien?

A lo que su mejor amiga repuso, en apenas un hilo de voz y sin mirarla a la cara:

—Me voy, Erica. No tengo nada más que hacer aquí.

La del pelo azul, como de costumbre, leyó en su rostro como en un libro abierto a pesar de todo Pero, esta vez, no dudó sobre lo que tenía que hacer. Así que, tras pasarle todos los cafés a Isabelle y negar con la cabeza ante la muda pregunta de sus ojos claros, la aspirante a policía se ajustó el bolso a su vez, esbozó una sonrisa de disculpa y se llevó a Elaine de allí con suavidad. Esta última apenas miró atrás mientras Erica le pasaba un brazo consolador por los hombros y ambas se encaminaban, ascensor mediante, al exterior del hospital. Como Elaine le había dicho a Ban unos días atrás, nadie debería interponerse entre dos mejores amigas y, a partir de ahora, Elaine pensaba mantener aquello a rajatabla. Le doliese olvidar a Ban o no.

Por otro lado, la escena del pasillo de la cuarta planta del *Three Sisters* permaneció congelada durante varios segundos, dado lo inesperado de la reacción de Elaine. En el fondo, todos los presentes —Wan Zhu ya había vuelto al casino y sólo quedaban Malcolm, Isabelle y Dana haciendo compañía al herido—, casi esperaban entrar por accidente en la habitación y encontrarlos besándose con pasión. Desde luego, ninguno anticipaba una Elaine llorosa que se marchaba a toda prisa, tras salir dando un portazo. De ahí que las dos féminas presentes, tras intercambiar una mirada cómplice entre ellas y sin darle tiempo al único hombre del pasillo a decir esta boca es mía, se giraran de inmediato hacia la habitación y entrasen como una tromba sin avisar. Ban, como era lógico, se sobresaltó ligeramente al escuchar la puerta, pero hizo una mueca de disgusto al comprobar que eran ellas dos. Por una décima de segundo, había rezado porque fuese Elaine, pero no osó decirlo en voz alta.

—¿Qué puñetas hacéis vosotras aquí? —les espetó, molesto.

Sin embargo, la mirada ardiente que le dirigieron ambas casi lo obligó a encogerse entre las sábanas, anticipando lo peor.

—¿Qué ha pasado, Ban? —masculló Isabelle, muy despacio.

Su actitud parecía la de un luchador a punto de lanzarse sobre otro para estrangularlo. Y Ban, en su dolor interno y mental, intuyó a la perfección a qué se debía.

—Le he dicho que se fuera —manifestó, tratando de aparentar una serenidad que no sentía ni de lejos—. No quiero que esté aquí.

—¿Qué?! Ban, es que... ¿estás loco? —lo increpó Dana, abandonada toda prudencia y aproximándose dos pasos—. ¿Es que esa maldita paliza te ha afectado a la sesera también? O ¿qué?

Ban, picado en lo más hondo de su alma, se irguió unos centímetros para enfrentar a la bailarina.

—Tú a callar, palo seco. Vuélvete a tus ensayos de niña pija y déjame en paz.

—¡Ban, no seas borde! —lo regañó Isabelle, furiosa a su vez—. ¿Es que no tienes educación o qué te pasa?

—No, es igual. Déjalo, Bells —repuso Dana, cortante, antes de dirigirle una mirada cargada de desprecio al enfermo—. Eres un maldito cabezota, Ban —siseó—. Que te jodan.

Ban la miró de vuelta, con el rostro tenso y los ojos duros como pedernal.

—¡Lo mismo te digo, estúpida!

Dana, sin siquiera girarse a contestar, salió del dormitorio con un bufido y pegando un portazo que hizo temblar las paredes. Tras dos segundos de tensa espera, Isabelle aplaudió con clara ironía y se giró de nuevo hacia él.

—Bravo, Ban —lo felicitó, ácida, cruzándose de brazos—. Eres único haciendo amigos ¿eh?

—Lo mismo me da —ladró él, antes de apartar la vista hacia la ventana—. Lárgate tú también, Isabelle.

—No —se plantó ella, haciendo que volviera a mirarla—. Me da igual lo que digas, Ban. Elaine es la primera mujer que has amado en mucho tiempo. Y ¿estás dispuesto a perderla?

Ban apretó los dientes.

—Cierra... la... boca —rechinó—. No sabes de lo que hablas...

La joven obedeció y tragó saliva, aunque su expresión no se suavizó. A Ban le estaba costando un esfuerzo soberano mantener sus sentimientos a raya y ella no estaba ayudando. Menos todavía cuando le dijo, con terrible frialdad:

—No. Pero sé que te arrepentirás. —Y, cuando se giró para irse, antes de salir por la puerta, agregó—. No eres el único que lo arriesga todo en esta relación, Ban. Piensa en ello ¿quieres?

La puerta se cerró con violencia a sus espaldas, dejando un nuevo y ominoso silencio en la habitación. Y Ban, tras quedarse solo, se maldijo para sus adentros una y mil veces con todas sus fuerzas. Porque, joder, si Isabelle no tenía razón... Pero no lo admitiría ni loco en voz alta: no si la integridad de Elaine estaba en juego. Si algo le pasara a ella, Ban lo juraba: prefería morir antes que vivir con esa carga sobre su conciencia.

Cambio de aires

Aquella noche sin luna, la oscuridad era densa como el petróleo alrededor del pequeño coche que aguardaba junto a la esquina de Fistool con Paddleman, bajo el pantalán elevado de Snippetbrick. Los olores a putrefacción procedentes de un canal cercano, profundos y desagradables, hicieron que la ocupante del asiento trasero del vehículo arrugase la nariz nada más captarlo. El lugar de la entrega, a diferencia de otras veces, había sido determinado por el cliente al que debían enviar el género. Y Meredith maldecía una decisión que los aproximaba a la zona más pobre sin duda de Daleth. Claro que, con aquella maniobra y tras enviar señales confusas a las Perseidas para que no se inmiscuyeran, los Caballeros se asegurarían una transacción más limpia que la última...

«Mejor así», pensó Meredith arrugando el gesto al recordar lo sucedido una semana antes, junto al Puente Ávalon. «Con este no podemos permitirnos un error semejante».

Según su valoración profesional y aun siendo una operación de pequeña escala, la mujer sabía a la perfección que no debían, ni podían arriesgar tanto. Pero, en aquella ocasión, Goliath se había sentido confiado por primera vez en mucho tiempo... y lo habían pagado caro. Inquieta, la mujer de pelo claro se removió en el asiento y consultó su caro reloj de pulsera, semioculto bajo la manga del ceñido vestido y la gran boa de plumas que llevaba enroscada al torso. ¿Dónde estaban las malditas lanchas? Aquella operación debía salir bien, su posición y su reputación dependían de ello más que nunca... Sin embargo, como si su pensamiento los hubiera invocado, el sonido de varios motores bajos reverberó sobre las aguas en ese instante. Unos segundos después, sus propietarias hicieron acto de presencia tras un recodo cercano.

Eran tres, precediendo a un yate de mediano tamaño y pintado de color oscuro. Tan bien camuflado estaba que Meredith, incluso con su experiencia

traficando, no lo vio hasta que los focos de su coche no se encendieron e iluminaron parte del casco. Esa era también la señal para que los dos camiones cargados de droga, que aguardaban bajo otro parapeto cercano, arrancaran y se aproximasen al lugar del intercambio. Al ver bajar al que parecía el capitán del yate, así como a tres tripulantes de las respectivas lanchas, Meredith hizo un gesto significativo a su chófer. Acto seguido, salió con petulancia del coche. Despacio, mientras los hombres y mujeres reunidos frente al muelle recibían a los conductores de los camiones y estos empezaban a dar las órdenes del desembarco, Meredith se aproximó. Cuando el capitán la vio, la saludó con educación y ella le devolvió una sonrisa por protocolo.

—El señor Hansen estará muy complacido —comentó el hombre, con un suave acento extranjero y los ojos grises clavados en uno de los camiones cercanos—. ¿Está todo?

Meredith mostró una mueca confiada para ocultar su desprecio por aquel hombrecillo. ¿Cómo podía dudar?

—Los treinta barriles de “Azul” que el Rey le prometió más diez barriles de “Verde”, como muestra de buena voluntad.

El capitán, tras abrir los ojos al máximo a causa de la sorpresa, soltó un silbido admirado. Y no era para menos: desde hacía un par de décadas, aquellas dos sustancias se usaban para fabricar las drogas más exclusivas del mercado.

—Desde luego, el Rey es muy generoso.

—Y ¿el dinero? ¿Dónde está? —quiso saber entonces Meredith, disimulando su impaciencia con una sonrisa forzada.

El capitán, como si acabase de recordar aquel detalle, hizo señas de inmediato a dos de los tripulantes de las lanchas y estos se afanaron en sacar algo de una de las lanchas. Al cabo de un par de minutos, Meredith tuvo frente a sí los dos maletines prometidos.

—Dos millones de nuevas libras, como acordamos.

Meredith, desconfiada por naturaleza, se agachó para abrir los maletines y comprobar, en efecto, que el dinero estaba allí sólo con vistazo. No lo tocó, sabía que no debía por puro protocolo de los Caballeros. El dinero sólo lo tocaba Goliath. Sin embargo, Meredith sabía contar de memoria hacía mucho, así como calcular la cantidad sólo con atisbar los primeros fardos. Por tanto, al minuto cerró los maletines con una sonrisa satisfecha, antes de volver a encarar al capitán.

—El señor Hansen también es muy generoso —ronroneó, paseando la vista por los operarios que movían las cajas desde los camiones a la borda del barco, ayudándose para subirlas de grúas que manipulaban desde la misma—. Estoy segura de que tendremos una relación muy fructífera.

El capitán tocó el ala de su gorra, coincidiendo sin palabras. Ya faltaba muy poco género que cargar y Meredith, al ver la última caja ascender hacia el yate, decidió que era el momento idóneo para abandonar aquel escondite fétido y volver a la comodidad de su apartamento. Sólo de recordar su noche anterior con Ban, escalofríos de placer azotaban todo su cuerpo. Apenas podía contener las ganas de tenerlo a su disposición pronto para una nueva sesión... Hubiera aprendido la lección o no, aquello había sido lo que siempre había soñado y pensaba repetir. Vaya que sí.

Tras hacer un gesto imperioso para que uno de sus subordinados cogiera los maletines del dinero y dedicarle un nuevo asentimiento al capitán, que este devolvió, Meredith se giró para dirigirse hacia el coche. Sin embargo, su mirada periférica captó algo en ese instante que la hizo frenar en seco. Con el corazón aleteando de alarma, Meredith se giró muy despacio para comprobar si lo había visto bien. Si era así, significaba que acababa de cometer un error garrafal. Por si acaso, Meredith se volvió del todo en la dirección que había visto ese gesto particular. Un juego de manos sólo propio de una banda rival, pero a la que conocía de sobra y maldecía todas las noches. Para su mayor angustia, sus peores sospechas se confirmaron un segundo después. Justo cuando el yate se puso en marcha y, aparte de todo, este mostró un sello en el casco que Meredith no había visto desde su anterior posición: tres estrellas de siete puntas sobre un cuadrilátero perfecto.

—¡Alto! —gritó de inmediato, señalando a los barcos, como si así pudiera frenarlos—. ¡Deteneos!

Pero el capitán se limitó a devolverle un gesto de falsa disculpa, seguido de la misma seña que Meredith había detectado unos segundos antes en una de las lanchas. Después, el hombre movió la mano como por casualidad junto al muro de la cabina del yate; momento en que los maletines de las seiscientas mil libras saltaron por los aires sin que nadie pudiera evitarlo. De hecho, todo sucedió tan rápido que Meredith, aterrada por muchos motivos, apenas tuvo tiempo de arrojarse al suelo antes de que la onda expansiva pasara a escasos centímetros sobre su piel. Al tiempo, notó el fuego de la explosión rozando apenas su piel. La mujer cerró los ojos ante

el efecto doble del calor y la onda expansiva, notando cómo esta última además la hacía rodar un par de metros sobre el duro hormigón del muelle. Aturdida, cuando todo pasó, trató de levantarse lo antes posible. Pero, en cuanto lo hizo, apenas pudo contener un agudo grito de rabia. Los barcos se habían ido. Las Perseidas, de alguna manera, se la habían vuelto a jugar. Y, esta vez, Meredith había perdido el cargamento y el pago. Todo en uno.

Furiosa y temblorosa, tanto de rabia como de terror por lo que haría Goliath cuando se enterase, la mujer consiguió a duras penas ponerse en pie sobre sus tacones. Acto seguido, caminó con lentitud hacia el lugar de la explosión. Cuando llegó, trató de contener una arcada; tapándose la boca con la mano al observar algunos de los fragmentos del antiguo subordinado que portaba los maletines, desparramados por el suelo. Donde antes había estado el hombre, ahora apenas quedaba un gran charco de sangre, carne quemada y cenizas.

Otros camaradas, tras reponerse asimismo del efecto del explosivo, volvían a acercarse al lugar del malogrado intercambio, maldiciendo entre dientes al ver la suerte de su camarada. Pero Meredith los cortó de inmediato con una simple orden.

—¡Silencio, todos vosotros! ¡Recoged este desastre y vámonos! —ordenó, apartando la vista del macabro escenario—. ¡Vamos!

Sus secuaces obedecieron sin pensarlo dos veces y sin atreverse a contradecir a la jefa de la operación. Sin embargo, cuando esta también vio por el rabillo del ojo a dos figuras conocidas moviéndose en las sombras de la calle que sobrevolaba el muelle, apretó los puños y llamó a dos de sus peleles. Mientras las siluetas se alejaban de nuevo hacia Daleth, apenas iluminadas por el resplandor de una farola ajada y cercana, les susurró:

—Tengo un nuevo trabajo para vosotros. —Señaló la calle en lo alto—. Quiero que estas noticias no lleguen a Goliath antes de que yo lo decida ¿estamos?

—Sí, señora.

Ambos asintieron y, unos minutos después, sus formas se perdieron en la penumbra de alrededor. Meredith, por su parte, al ver que el resto de los presentes estaban preparados para irse, trotó hacia el coche y se metió en el interior. Sin dejar de maldecir a su suerte, a Héctor y a todos los gusanos a su servicio hasta que no estuvo a salvo en la soledad de su apartamento. Quizá una sesión con sus juguetes le daría la lucidez que necesitaría para enfrentarse al día siguiente. Había fallado una vez, pero no volvería a haber

una segunda... Fuera por el Rey o por ella misma, Meredith no aceptaba nunca una derrota. Y, mientras se daba placer de una dolorosa forma que nunca había probado, juró que pensaba demostrarlo. Costara lo que costase.

—Elaine... El... Despierta, dormilona. Ya es de día...

Arrullada por aquella suave voz, la aludida salió poco a poco de un sueño tormentoso y poco reparador. La joven Forest notaba la cabeza pesada, la boca pastosa y el cuerpo como si tuviera alfileres clavados en cada músculo. Cuando por fin abrió los ojos, en cambio, fue capaz de esbozar una diminuta sonrisa al ver a Erica sentada junto al borde de la cama. Después de mucho tiempo, su mejor amiga se había quedado a dormir con ella aquella noche.

—Eri —gruñó, antes de bostezar con ganas—. ¿Qué hora es?

La joven de pelo azul consultó de inmediato su móvil.

—Poco más de las ocho. Venga, te estoy preparando el desayuno —le indicó—. Asíate y vístete ¿vale? Hay que subir a ver a tu madre.

Elaine, aún embotada, asintió sin ganas antes de tratar de incorporarse sobre el colchón y bajar los pies al suelo. Frente a ella, la ventana le devolvía un paisaje gris, con el cielo cubierto de nubes que amenazaban lluvia de un momento a otro. Algo desorientada, la muchacha oteó a su alrededor. Por un momento, fue como si no reconociese del todo dónde estaba. Pero, cuando sus ojos se posaron por fin en su móvil, silencioso sobre la mesilla, todos los recuerdos retornaron de golpe a ella y le hicieron encogerse sobre sí misma, gimiendo. Por eso Erica estaba allí. Tras el desastre del día anterior y tratar de consolarla durante toda la tarde, Elaine había caído rendida de llorar en la cama y su amiga se había quedado velándola, siempre a su lado.

La muchacha de pelo azul, que ya se dirigía hacia el pasillo al ver que Elaine se levantaba por su propio pie, volvió de inmediato a su lado y la sostuvo contra su pecho en un abrir y cerrar de ojos.

—¡El, eh! —la llamó, al tiempo que el primer sollozo convulsionaba el cuerpo de su mejor amiga. Erica entonces comenzó a acariciarle el largo cabello rubio y apoyó la mejilla sobre su coronilla mientras aquella daba rienda suelta a gritos a un dolor inimaginable hasta la fecha—. Venga, ya está... Ya pasó, Elaine... Estoy aquí...

Sin embargo, a la joven rubia aún le costó varios minutos serenarse lo suficiente para pronunciar:

—¿Por qué, Eri? ¿Por qué a mí?

Sin que lo viera, su amiga puso los ojos en blanco sin acritud y suspiró, sabiendo lo que cruzaba por su mente.

—Oye, El. Mírame —la instó, sin violencia. Cuando sus miradas se cruzaron, anegada en lágrimas la de la benjamina Forest y determinada la de la Franklin, esta última prosiguió—. Es normal. Esto que sientes... es totalmente normal. ¿Vale? No le des más vueltas. Sólo te harás más daño a ti misma...

Elaine sorbió.

—Duele mucho, Erica —sollozó.

—Lo sé, pero pasará.

—No puedo soportarlo.

—Sí, sí puedes —insistió su mejor amiga, firme pero dulce—. Mal que bien, todos hemos estado ahí alguna vez... Yo también sé lo que se siente.

Elaine pareció entonces ser consciente de su último arrebató y apartó la vista, avergonzada.

—Estoy muy confusa, Erica —gimió, enterrando la cara entre las manos—. Maldita sea. Ojalá nunca me hubiera salvado... Yo...

—¿Salvado? ¿De qué hablas? —preguntó entonces Erica, con intriga y preocupación evidentes.

La joven rubia, por su parte, recordó entonces como en un mal sueño que jamás le había hablado de aquello a Erica, ni siquiera cuando se habían disculpado la mañana anterior en la azotea. De hecho, eso fue lo que las distanció en primer lugar, por su tozudez. ¿Cómo había podido olvidarlo?

—Yo... Lo cierto es que me da mucha vergüenza confesártelo y más a estas alturas... —admitió, bajando la voz al máximo a causa del inmenso bochorno—. Pero...

—¿Pero...? —sonrió Erica, alentadora, para su sorpresa—. Vamos, sabes que puedes contarme lo que sea y no me voy a enfadar. De hecho —soltó una risita burlona—, prefiero eso y sé que tú también....

Elaine, sabiendo de qué hablaba, sonrió con azoro evidente.

—¿Prometes no juzgarme?

Erica puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo lo he hecho, boba? Exceptuando... Ya sabes. Y no voy a cometer el mismo error dos veces ¿vale?

Mientras hablaba, repitió el gesto en un momento dado, como si a ella también le diese cierto azoro reconocer que se había equivocado. Su mejor

amiga meneó la cabeza, quitándole importancia sin dudar. No obstante, acto seguido Elaine le narró, con detalle, lo ocurrido la noche del casino tras salir ella sola a coger un taxi. Erica, por supuesto, abrió mucho los ojos a causa del espanto y pareció tentada de regañarla, pero se contuvo a tiempo. En cambio, frunció los labios y esperó a que Elaine terminase su exposición antes de decir nada.

—Pero... Serás cabeza loca —la reconvino entonces sin maldad, más bien con inquietud fraternal—. El ¿por qué no nos dijiste nada lo ocurrido?

La cuestionada sacudió la cabeza con más fuerza y apretó los puños sobre las rodillas, apartando la vista. No había querido confesar que sí se lo había contado a Harvey cuando vieron a Ban en Sundrops por primera vez, pero también recordaba el motivo por el cual había guardado silencio ante ella y Ken. Y aún había una parte de ella que quería mantener esa seguridad en sí misma, costara lo que costase.

—Pues, porque... estoy harta de sentirme tratada como una niña pequeña, Erica —protestó en consecuencia, tozuda. No obstante, al comprobar la expresión casi culpable de la aludida, suavizó su tono hasta que sólo fue un susurro—. No quiero que os sigáis preocupando como si no pudiera hacer nada por mí misma, Eri. Sé que soy capaz de hacerlo.

—Pero... ¡Qué boba! —respondió la aludida, meneando sus cortos mechones azules con ternura y evidente alivio—. ¿Cómo íbamos a juzgarte por algo así? Elaine, sólo nos preocupamos por ti porque te queremos con locura... —le recordó, sin enfado—. Harvey, Ken, yo... ¿No lo ves?

Elaine sorbió, al tiempo que las lágrimas buscaban volver a rebasar sus párpados. Esta vez, a causa del alivio y la vergüenza de haber actuado de forma tan alocada con aquellos que sólo pensaban en su bienestar. Y, también, porque acababa de recordar cierta conversación con Ban que hubiera preferido mantener oculta en lo más profundo de su ser... junto al resto de recuerdos.

—Eso me dijo “él”. Que, al menos, yo tenía una familia que me quería... —admitió en voz alta, no obstante, sintiendo que el corazón se le desgarraba sólo con evocar su sonrisa.

¿De verdad era tan doloroso enamorarse de alguien? Por suerte, Erica tenía más experiencia en casos similares y enseguida supo reaccionar, tomándola por la barbilla.

—Eh, oye. No pienses más en ello ¿vale? —le recomendó, como si le leyese la mente y tomándole de inmediato el rostro entre las manos—.

Métete esto en la cabeza, Elaine: no es culpa tuya —le indicó con dulzura infinita—. Tú lo has hecho lo mejor que has podido y él te ha cerrado la puerta por su propio egoísmo. Pero nos tienes a nosotros... —reiteró, apartándose unos centímetros y señalándose—. Tienes a Harv, me tienes a mí; y, aunque no lo creas, tienes también a Ken... —Elaine sonrió un poco más, agradecida, y Erica le devolvió el gesto antes de palmear sus manos y hacerle señas hacia el exterior del dormitorio—. Venga. Vamos a atender a tu mami. Y, después, tú y yo vamos a dar un mega paseo por la Golden Avenue. ¿Vale?

Elaine, apenas despierta todavía y con el estómago rugiendo, hizo un mohín de todas formas al escuchar aquello. La Golden Avenue era, junto a la Golden Shore y en paralelo a esta misma, la parte más elegante y glamurosa de aquella orilla sin lugar a duda.

—¿De compras, Eri? ¿En serio? —inquirió, sarcástica—. Vamos, sabes que las detesto...

A lo que su amiga, para su mayor perplejidad y diversión a partes iguales, guiñó un ojo y respondió con falso tono escandalizado:

—Por favor, El. ¿Un verano sin armario nuevo? ¿Dónde se ha visto eso en la Zona Alta?

El acento de los poderosos, aparte, había sido forzado hasta el extremo y Elaine casi se sorprendió riendo con ganas ante aquella pantomima. Pero, al ver que Erica sonreía acto seguido y le tendía una mano amistosa, la muchacha optó por aceptar el plan y dejarse conducir durante el resto del día. Porque, si algo había cierto desde siempre, es que cuando Eri se proponía ser una mejor amiga convincente... Nadie podía detenerla. Y Elaine era justo lo que necesitaba en aquel momento.

Así, los días pasaron, la semana avanzó y la joven empezó a olvidar a Ban muy poco a poco. Aunque a veces seguía llorando por las noches, a solas en su apartamento, la muchacha siempre tenía por las mañanas algún mensaje de Harv o Eri que la hacían sonreír. Incluso Vanessa volvió a escribirle, alegando que Isabelle le había contado todo y que estaba alucinando. Elaine apenas le contestó, no queriendo pensar en su hermana menor ni lo que eso conllevaba. Harvey y ella también retomaron la rutina de bajar a la biblioteca, a lo que se unió Erica el segundo día alegando que quería empezar a indagar sobre las pruebas teóricas. Pero, lo que ninguno esperaba era lo que se encontraron al cuarto día en la misma puerta del lugar de estudio.

Como cada lunes, Goliath había convocado su clásica reunión de consejeros a las tres en punto de la tarde. Sin embargo, el mismo magnate sintió un flujo desagradable ascender a su garganta cuando comprobó que, en vez de los nueve de siempre, ahora sólo cuatro estaban disponibles para acudir a la cita. Zachary era el sexto asistente, sentado a la derecha del presidente de Fairtech y encargado de tomar las notas. En ocasiones como aquella, Goliath prefería usarlo a él de secretario de las reuniones en vez de a su asistente habitual. Si Zachary tenía poca madera de por sí para ser un Caballero, el otro joven al que de vez en cuando encargaba tareas administrativas ni siquiera alcanzaba el baremo necesario. Con sus ademanes nerviosos y su eterno peloteo, Goliath a veces se preguntaba por qué no lo había despedido ya. Por suerte, Zachary aliviaba todas sus preocupaciones cada noche en la cama y trabajando a su lado durante el día, con lo que el joven Fairmont podía olvidar todas aquellas minucias sociales hasta el momento de retornar a su oficina.

—Bienvenidos —saludó a los cuatro consejeros cuando aparecieron por la puerta y se dirigieron hacia sus asientos. Al magnate, además, le agradó ver que todos llevaban puestos sus anillos dorados del león, como siempre: el signo velado y discreto de su poder—. Gracias por acudir a esta reunión, como siempre. Esta tarde, tenemos algunos temas importantes que tratar sobre la mesa...

—Disculpad.

Ante aquella interrupción, Goliath alzó la cabeza de inmediato en dirección a la puerta. Pero su gesto irritado se tornó en genuina sorpresa cuando comprobó quién era el recién llegado.

—Samael —lo saludó, sin afecto, pero con cierta calidez—. Bienvenido, no te esperábamos hasta el lunes.

El Caballero encargado de las negociaciones inclinó su cabeza canosa en señal de disculpa, al tiempo que sonreía con evidente orgullo.

—El trabajo en Bogotá se dio mejor de lo previsto. No había necesidad de alargar más mi estancia —afirmó, mientras se sentaba al lado de Meredith—. Hola, Mer. ¿Qué tal?

La mujer, por su parte, le dirigió una mirada envenenada.

—Samael —repuso, seca, antes de girarse de nuevo hacia Goliath—. ¿Decías, mi Rey?

El aludido entrecerró los ojos, sin estar seguro del todo de a qué se debía la tensión entre sus dos consejeros. Sin embargo, decidió dejarlo estar; en cambio, aceptó la invitación de Meredith para proseguir.

—Bueno, ya que lo preguntas, Mer —La mirada del joven Fairmont cambió en un instante, convirtiéndose sus iris casi en dos piedras de penetrante color verdoso—. ¿Por qué no hablamos del fiasco de la operación de esta madrugada?

Meredith tragó saliva y procuró mantenerse estoica mientras lo encaraba.

—Las Perseidas... —empezó, pero Goliath la interrumpió al sacudir la cabeza.

—Me dijiste que, esta vez, habías creado la distracción perfecta —rebatí, volviendo a encararla con expresión pétrea—. ¿Qué ocurrió? ¿Volvieron a escurrirse?

La acusada inclinó la barbilla, como si su tono de burla hubiera sido casi un bofetón real.

—Yo... No sé qué ocurrió ni por qué tenían nuestro barco... —se excusó—. Yo...

Sin embargo, esta vez, el fuerte golpe que dio Goliath en la mesa fue el que la silenció con brusquedad. Meredith contuvo entonces el impulso de encogerse sobre el asiento. Sobre todo cuando el Rey se levantó y se inclinó sobre la mesa, los ojos rabiosos y la mueca furibunda:

—¡No te admito excusas, Meredith! ¿Me oyes? —la increpó entonces, ya sin preocuparse de bajar la voz y delante del resto de consejeros, para mayor escarnio—. Teníamos un trato —le recordó a la mujer, que apenas se atrevía a mirarlo por el rabillo del ojo—. Yo te dejaba ocuparte de Ban y el pedido salía sin problemas. Pero ¡no, claro! —estalló, sin que nadie mediase ni media palabra para interrumpirlo, ni siquiera la acusada—. Aparte de todo, tenías que divertirte de lo lindo antes de pasarle el juguete roto a Dolor como yo te ordené ¿verdad? —Señaló al mencionado gigante, pero este no movió un músculo. Su mirada de piedra estaba fija en la mujer—. ¿Sabes lo que me has costado con tu estúpida venganza personal, Meredith? ¿Lo sabes?

—Goliath, eso no... —trató de protestar ella, pero aquello sólo pareció encenderlo más.

—¡No me repliques, maldita bruja! —la insultó, callándola de nuevo y haciendo que su mirada volviese a clavarse en la madera pulida de la mesa

de reuniones—. Te lo creerás o no, Meredith. Pero ¿te has parado a pensar en lo que gana ese chico todas las noches y por qué lo gana? Te lo diré... ¡Porque baila medio desnudo en una jodida barra americana! Y, te lo creas o no, eso da mucho dinero. ¡Más del que crees!

—Ban... ¿no puede bailar? —intervino entonces Samael, sin alzar la voz.

Goliath en su furia, alzó de inmediato la cabeza al escuchar aquello y estuvo a punto de soltar un nuevo exabrupto. Sin embargo, se contuvo a tiempo y terminó contestando, en un tono algo más moderado:

—No, Samael —le confirmó. El hombretón pareció tensarse en el asiento, pero no replicó. Goliath agregó—. Aquí la señorita decidió que, como castigo por rechazarla y antes de que Dolor se ocupase de él, era divertido azotarlo con un látigo mientras se lo follaba por detrás hasta reventarlo. ¿No es así, Mer?

La aludida no despegó la vista de la mesa, pero su mirada se tornó desafiante cuando replicó:

—No se merecía otra cosa...

Ante aquello, para sorpresa de todos, el propio Goliath se aproximó y la abofeteó.

—Por suerte, los médicos le han dicho a Wan Zhu que pueden disimular las cicatrices de la espalda sin demasiado problema... Con lo que Ban podrá volver a bailar algún día sin que se note tu destrozo —siseó, enfadado—. Pero eso es lo único que te salva de que te arranque el pellejo a tiras yo mismo. Nadie juega con mi dinero, sea como sea. ¿Te ha quedado claro?

La mujer, alzó la vista para encararlo con la poca pizca de orgullo que le quedaba rielando en sus ojos oscuros.

—Vete al cuerno, Goliath —rechinó. Después, para sorpresa de todos, se levantó de golpe y lo enfrentó de pie; asegurándose, por si acaso, de quedarse junto al lado opuesto de la silla y que esta estuviese entre ellos por precaución—. Si valoras más a una rata que a alguien como yo, entonces no tenemos nada que hablar... —le espetó entonces, ofendida—. Eso sí me queda claro.

Por unos segundos, ambos se sostuvieron la mirada sin decir nada más. La tensión podía cortarse con un cuchillo en la sala. Al menos hasta que Goliath respiró hondo, retrocedió un paso para estupor de la propia consejera y pronunció:

—Tienes razón, Meredith. Por eso mismo estás despedida.

La mujer, tras recuperarse de la sorpresa en una décima de segundo, lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—¿Disculpa?

El magnate, por su lado, no mudó el gesto al reiterar:

—Que ya no eres parte de mi consejo... Ni de Fairtech. —Mientras se giraba a medias para volver a su silla, Goliath hizo un gesto vago de despedida con la mano—. Lárgate.

Meredith apretó los dientes, furibunda.

—No puedes hacerme esto...

El joven Fairmont se giró con calma al oírlo y le dedicó una sonrisa desagradable.

—¿Oh? Bueno ¿prefieres que le diga a Dolor que te eche, entonces?

Tocada y hundida. Meredith se irguió, vigilando al mentado por el rabillo del ojo, antes de optar por claudicar y darse la vuelta para irse. Sin embargo, la voz arrastrada de Goliath la retuvo a medio camino:

—Por cierto, Meredith. —La mujer frenó en seco y se giró de nuevo. Temblando de forma visible cuando dos anillos de bronce ensangrentados, grabados con una pequeña garra en lugar de la cabeza del rey de la sabana, rodaron hacia el centro de la mesa—. Tus subordinados a los que mandaste buscar a Manu y a Ter... Bueno...

Pillada en falso, Meredith apartó la vista con enfado.

—Esto no quedará así, Goliath. Le contaré a todo el mundo lo que haces.

El magnate le devolvió una sonrisa paternal.

—No lo harás, si sabes lo que te conviene —repuso, en un susurro venenoso—. Sólo... vete antes de que me arrepienta de dejarte con vida. ¿Quieres?

Meredith apretó los puños y miró a sus antiguos compañeros, uno por uno; quizá esperando ver cierta comprensión. Pero al no encontrar nada más que frialdad, estupor y algo de odio, sobre todo en Samael, la mujer optó por claudicar y dar media vuelta. Sin embargo, antes de salir por la puerta acristalada, se giró y siseó:

—Te arrepentirás de esto, Goliath. Recuerda mis palabras.

El aludido, por toda respuesta, hizo un gesto displicente sin mirarla mientras retomaba su asiento en la cabecera de la mesa. Sin embargo, sólo

cuando la mujer de pelo decolorado desapareció de la vista, el magnate se giró hacia Samael con bastante más interés:

—Bueno, querido Samael. Cuéntanos. ¿Qué tal nuestro nuevo socio en Colombia?

La noche había caído ya sobre Daleth cuando una humillada Meredith terminó de subir todos sus enseres al taxi que la esperaba, aparcado a pocos metros de la puerta de la Torre Fairtech. La mujer se sentía ultrajada como pocas veces en su vida. Pero su humor no mejoró al cruzarse con la alta figura que la esperaba, al doblar la primera esquina del complejo empresarial.

—Hola, Mer.

—Samael... —rechinó ella, sin apenas mirarlo.

—¿Me echabas de menos? —inquirió él, en un tono suave como la seda del que Meredith desconfió de inmediato.

—Así que has vuelto —comentó, ignorando su pregunta, al tiempo que hacía una mueca burlona—. Qué conveniente... ¿No?

Él le devolvió una sonrisa confiada.

—Desde luego... Aunque... he oído que has estado maltratando a mi joya particular... —Su tono pareció volverse más peligroso en ese instante—. ¿Es cierto?

Meredith alzó la barbilla, desafiante.

—No se comportó como debía. Y ya sabes lo que eso significa...

Samael, por su parte, meneó su cabeza canosa con una intención que la mujer no identificó del todo.

—Quizá si fueras amable con él... —sugirió entonces el hombretón, mirándola de nuevo—, todos saldríamos ganando ¿no crees?

Meredith, por supuesto, emitió un bufido cargado de desprecio al oír aquello.

—¿Amable? —repitió, como si no hubiera oído bien—. Por favor, Samael. Soy más “amable” con él de lo que esa escoria despreciable merece.

Su tono había sido el mismo que hubiera usado con alguien corto de entendederas, pero el interpelado se limitó a poner los ojos en blanco e ignorarlo.

—Sí, pero eso no te da derecho a maltratar las fuentes de ingresos de Goliath de esa manera... —le recordó con suavidad, en cambio—. Creí que

eso también lo sabías. Más después de... Ya sabes.

Meredith apretó los labios, captando la indirecta.

—Eso no es asunto tuyo.

Samael mostró media sonrisa algo condescendiente.

—Lo que tú digas, pero sabes que tengo razón. Lo del fiasco del envío no te ha ayudado en nada y Goliath tiene más poder y dinero del que tú nunca soñarás. —Por un instante, el hombretón pareció meditar lo que decir. Al menos, antes de agregar en voz queda—. Quizá... Te convenga retirarte de lo público una temporada, Mer. No estás en tu mejor momento. Y eso te ayudará a reflexionar...

Meredith apretó los labios ante aquella regañina de aire paternal.

—Mira, Samael. Tú haz lo que quieras con tu chaperó, mientras aún lo tengas —le espetó con acidez—. Pero, a mí, déjame en paz.

—Será un placer, con tal de que tú no vuelvas a ponerle las manos encima —repuso él, sin ocultar ya su disgusto, mientras ella lo pasaba de largo para alcanzar el taxi. Ante aquella amenaza velada, la mujer se giró para dirigirle una mirada dura. Pero él apenas se la devolvió antes de girarse y empezar a alejarse por la avenida, en dirección contraria—. Hasta nunca, Meredith...

Te lo suplico

Al quinto día tras la paliza, los médicos consideraron que Ban estaba lo bastante recuperado de sus heridas como para mandarlo a casa; aunque también le indicaron que necesitaría revisiones semanales, sobre todo de la parte del digestivo. Ignorando el desagrado que le provocaba sólo el hecho de plantearse obedecer y deseando irse cuando antes de aquel lugar apestoso, tras desayunar, apenas el chico recogió sus pocas pertenencias; se vistió con la muda limpia que sus amigos le habían traído hacía un par de días para sustituir la ajada camisa y los pantalones ensangrentados con los que ingresó, y salió de la habitación a toda la velocidad que su estado le permitía. A pesar de lo avanzado de los sistemas médicos y de que le hubieran asegurado que todo estaba en orden, Ban seguía sintiéndose como si Dolor acabase de darle la paliza más dura de su vida el día anterior y no hacía casi una semana. Pero parte de la amargura se diluyó cuando vio una cabellera rubia y despeinada esperándolo junto a la recepción de la planta baja.

Aquella mañana algo nublada, Malcolm lo esperaba para acompañarlo a casa. De todos sus compañeros y amigos, tras la bronca con Dana e Isabelle, también era el único que se había acercado todos los días para verlo y hablar con él. Trataban temas variados, sobre todo banalidades y cotilleos del casino, pero su mejor amigo procuraba siempre eludir el asunto de Elaine. Y Ban, en parte, lo agradecía. Visto en frío, era consciente de que se había comportado como un capullo integral. Pero, por otro lado, un rincón en su mente se sentía más tranquilo sabiendo que ella seguiría a salvo lejos de él. Y, aunque le hacía daño, al menos era un pensamiento soportable.

Cuando Malcolm lo dejó solo en su apartamento un buen rato después, bajo promesa de verse un día de esos, Ban aún dudó unos segundos antes de superar el recibidor y adentrarse en el salón. Sintiendo extraño, el joven

oteó alrededor, casi como si no reconociese lo que veía. Despacio, caminó hasta el mostrador de la cocina americana y dejó el móvil, la cartera y las llaves. Por suerte, después de la paliza los Caballeros aún le habían permitido conservarlos y seguían a buen recaudo en la recepción del hospital cuando los solicitó aquella mañana.

Acto seguido, acarició distraídamente la superficie, casi como si fuera de cristal. Su mirada se desvió hacia el sofá, después hacia la sala del gimnasio; y, por último, hacia la ventana. En aquel instante, dos pajaritos de color verde gris lo observaban desde el alféizar. Y, sin quererlo, aquel simple hecho le estrujó el corazón sin remedio. Así, antes de ser consciente casi de lo que hacía, el chico se lanzó hacia la ventana y los espantó con un grito desgarrador. En cuanto se fueron, Ban sentía tal ira que lanzó un puñetazo hacia el respaldo del sofá, con más saña que puntería. Cuando gritó de dolor, percibió que quizá había forzado un tendón, pero eso sólo lo puso más furioso. El hombre pasó entonces a arrojar los cojines que encontró a mano hacia la cocina, grandes y pequeños por igual. Un vaso cercano saltó en pedazos, la sartén recién fregada voló por los aires y se partió en dos al golpear el suelo; y el frutero, siempre colocado en la encimera, se hizo añicos al caer al suelo, desparramando su contenido por toda la estancia.

Ban observó todo esto, como si se tratase de un mal sueño. Al menos, antes de que un hondo arrepentimiento sustituyese a la ira ciega que lo acababa de dominar. Así, el joven se dejó caer contra la pared más cercana, mientras estallaba en un llanto desesperado sin poder remediarlo. A la mierda Goliath y su baile; al infierno todo si no podía tener a la única persona que quería en su vida. No podía aguantarlo más. Había tratado de cerrar los ojos todo aquel tiempo a la dura realidad, convenciéndose de que era lo que tenía que ser. Pero, de repente, había llegado una luz salvadora que le había abierto los ojos. Y, ahora, Ban ya no sabía cómo seguir adelante sin sentirse el mayor de los fracasados.

No obstante, al cabo de unos cuantos minutos de disgusto y cuando por fin se repuso y recobró algo de lucidez, el bailarín tomó una decisión. Había alguien con quien tenía que hablar... Cuanto antes mejor. No podía quedarse de brazos cruzados mientras todo el mundo pretendía decidir por él lo que tenía que hacer... Por puro ego, Ban quería ser capaz de más. Así que, famélico después del magro desayuno del hospital, Ban comió algo rápido; recogió el desastre en el que se había convertido su salón comedor,

se duchó, se vistió de la forma más presentable que fue capaz y salió del apartamento sin mirar atrás. Cuando llegó al casino, eran cerca de las dos y media de la tarde y había muy poco movimiento de empleados. Sin embargo, sí había una figura en la barra a la que reconoció. Cuando ella lo vio, su postura se tensó y dejó de limpiar el vaso que tenía en la mano, pero no abrió la boca. Ban se acercó despacio, manteniendo la cabeza gacha en señal de sumisión y sabiendo que se merecía lo que ella quisiera decirle. Al fin y al cabo, su última conversación había sido bastante desastrosa...

—Hola, Bells —la saludó, cortés—. Cuanto tiempo.

Ella dejó el vaso con cuidado en la barra, sin dejar de observar al bailarín con fijeza.

—Hola, Ban —respondió, monocorde—. Veo que ya estás mejor.

—Sí, me han dado hoy el alta —le confirmó él, mientras se sentaba en una de las banquetas.

—Me alegro —musitó ella, apartando la vista y con clara expresión de que aquello no era cierto.

Después, se alejó para seguir limpiando y Ban suspiró; sabiendo que se merecía aquel trato por idiota, pero decidido a arreglar las cosas en serio por primera vez en mucho tiempo.

—Isabelle —la llamó.

Ella se giró, con el rostro plano.

—¿Qué quieres, Ban? —preguntó, sin ápice de calidez.

Él le sostuvo la mirada, tratando de parecer lo más arrepentido posible en el exterior. Como suponía, no le costó demasiado.

—Lo primero, pedirte perdón —indicó, sin alzar la voz—. Sé que me porté como un cabrón en el hospital y... lo siento mucho.

Isabelle lo miró de hito en hito, los iris azules fríos como el hielo. Al menos, antes de suspirar y retirarlos con aire abatido.

—No sé si es a mí a quien le debes la mayor disculpa —lo corrigió, en tono severo—. Pero, bueno... Te lo acepto.

Ban resopló, conteniendo su propia desazón a duras penas.

—¿Cómo está?

Isabelle apenas alzó la cabeza para responder.

—¿Quién, Dana? Bastante molesta, pero se le pasará.

No era lo que Ban esperaba y sabía que Isabelle era consciente de ello. Aun así, con tiento, el joven optó por insistir sin violencia:

—Sabes a quién me refiero.

—No sé de qué me hablas —replicó la camarera sin asomo de duda, apartando la vista.

—Isabelle, por favor —suplicó él.

Ante aquello y viendo de reojo su rostro retorcido de dolor, el corazón de la joven pareció ablandarse un poco.

—Le hiciste muchísimo daño ¿sabes? —susurró, acercándose un par de pasos y sirviéndole, para su sorpresa, un café irlandés aparecido de la nada.

Ban tragó saliva, agachando la cabeza aún más para que Isabelle no viera el profundo dolor reflejado en su rostro; todo mientras aceptaba en silencio aquella aparente oferta de paz. No la esperaba, pero le daba cierto coraje para proseguir.

—Si te sirve... No me he arrepentido tanto de nada en toda mi vida —admitió, avergonzado hasta la médula—. ¿Te lo ha contado?

Para bien o para mal, Isabelle meneó la cabeza en un gesto de negación.

—No, hace días que no hablo con ella —lo informó—. Pero... me entero de cosas por Vanessa —dejó caer, mirándolo con más intención.

El bailarín asintió, intuyendo que la conversación iba por buen camino. Con mucho cuidado y notando aún la mano dolorida por el ataque de ira en el apartamento, Ban dio un leve trago al café y agradeció el calor del licor bajando por su garganta. No era un adicto al alcohol, pero un trago de vez en cuando lo ayudaba a centrarse.

—¿Puedo preguntarte algo, Isabelle? —preguntó al cabo de un rato de silencio.

Aunque ella ya se había alejado para seguir ordenando la barra, se detuvo y se giró hacia él al escucharlo.

—Claro.

Ban tragó saliva antes de decidirse a preguntar:

—¿Por qué me diste su contacto aquella noche?

Un tenso silencio pareció instaurarse entre los dos ante aquella pregunta. Pero al joven le alegró ver que Isabelle, pasado ese tiempo, se relajó e incluso le mostró una pequeña sonrisa de camaradería.

—Porque lo creas o no, sigues siendo un ser humano, Ban —respondió entonces, haciéndole estremecer—. Incluso aunque otros quieran convencerte de lo contrario. Y, como todos nosotros, tienes derecho a elegir en la vida sin que te lo impongan todo.

Ban le devolvió el gesto sin esfuerzo, aunque en su caso iba algo cargado de cierta amargura.

—Los dos sabemos que ahora mismo eso no es posible —le indicó, conmovido a pesar de todo—. Pero... Gracias.

Isabelle asintió y mostró una pequeña sonrisa más confiada.

—Entonces ¿vas a ir a buscarla? —preguntó.

Ban detectó la evidente emoción en su voz sin mirarla. En cambio, observó con atención el fondo de su vaso de café irlandés mientras se convencía de su respuesta.

—Qué remedio... —resopló al fin, alzando la cabeza para encararla—. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

Isabelle meditó un instante.

—No con certeza —admitió—, pero Vanessa dice que casi todas las tardes va a la biblioteca con un amigo.

«Un amigo...»

Tragándose con esfuerzo unos súbitos celos, desconocidos hasta la fecha, al escuchar aquella mención Ban se esforzó por centrarse y preguntar la confirmación de otra de sus sospechas: la localización de dicha biblioteca.

—¿Gladhill?

Isabelle asintió, confirmando su suposición, aunque ladeando la cabeza con cierta curiosidad acto seguido.

—¿Qué vas a decirle?

Ban frunció los labios, inseguro.

—No lo sé —reconoció en voz baja—. Pero... Soy un imbécil y sé que la cagué en el hospital, y que en el fondo no quería decir muchas de las cosas que dije...

—Sí que es cierto que metiste algo la pata, eso no te lo niego —corroboró ella, aunque sin acritud alguna. De hecho, su expresión algo severa también mostraba más cariño del que el bailarín esperaba—. Ban... Elaine te quiere muchísimo y quiere ser parte de tu vida —le recordó—. ¿Por qué no darle una oportunidad?

Ban suspiró, tratando de ocultar la quemazón interna que le provocaba reconocer aquel hecho.

—Eso es lo que ella me dijo —le confió, eludiendo la pregunta a propósito—. Aunque... No sé cómo hacerlo sin arriesgarme a que la maten... —agregó, apretándose el puente de la nariz con dos dedos—. O algo peor.

—Mi padre siempre solía decir: “el que no arriesga, no gana” —citó Isabelle, comprensiva.

—También puede perderlo todo —la rebatió el bailarín, aunque sabía que era él quien había perdido la partida.

Su amiga se acercó y le apretó una mano con cariño. Tras un segundo de duda, el bailarín le devolvió el gesto.

—Elaine no necesita tu protección, Ban —apuntó la joven, inclinándose hacia él en actitud confiada—. Es mayorcita para saber lo que hace.

Ban tragó para deshacer el nudo de terror que aún se ceñía a su garganta sólo de pensar en todo lo que podría salir mal.

—No soportaría perderla —casi gimió, abrumado y asustado como pocas veces en su vida.

Pero Isabelle no pensaba rendirse, y así lo demostró su mirada decidida cuando se irguió y pronunció:

—Pues eso, díselo cuando la veas.

Ban, rendido, acabó esbozando media sonrisa confiada.

—Lo haré —aseguró entonces, antes de apurar el vaso de café y levantarse para irse—. Gracias, Bells.

Ella alzó una mano para despedirse con cariño.

—No la lées esta vez ¿de acuerdo? —le advirtió, con un guiño—. Se te acaban las opciones...

Ban soltó una ácida carcajada.

—No me lo digas dos veces. Soy consciente de ello —aseguró.

Isabelle sonrió.

—Suerte, Ban. Te estaremos esperando.

Las nubes seguían circulando por el cielo a aquella hora de la tarde, cuando el joven bailarín por fin terminó de ascender la colina hasta Gladhill. No era un sitio al que hubiese acudido muchas veces en sus veintitrés años, pero todo el mundo conocía el inmenso edificio de ladrillo rojo y tejados de brillante pizarra donde estudiantes de todo Daleth acudían para preparar sus exámenes y entregas. En el fondo, una parte de Ban deseaba haber sido uno de ellos; pero, tras tanto tiempo de buscar su propia forma de salir adelante, el joven se había llegado a convencer de que nunca sería su sitio. Aunque la figura rubia que acababa de aparecer rodeando la esquina norte de los jardines que circundaban la biblioteca, acompañada por el mismo chico de pelo alborotado que estaba con ella aquel día en

Sundrops, hacía tiempo que parecía dinamitar todas sus convicciones con sólo una mirada.

Ban respiró hondo y esperó, con paciencia, a que los dos estudiantes pasaran cerca de donde él estaba. El chico fue el primero que se percató de su presencia, tensándose y llamando con el dedo a su acompañante femenina. Esta, que se había adelantado un par de pasos, se volvió entonces con gesto intrigado, pero su rostro cambió de inmediato a una intensa palidez cuando su mirada se cruzó con la del bailarín. Y, aunque a este le rompió el corazón ver el rechazo en los ojos avellana de ella, se obligó a seguir con su plan.

—Hola, Elaine —pronunció, con toda la calma que fue capaz.

Dado que él se había apoyado en un árbol próximo al camino y ella estaba sobre el asfalto de este, había aún un par de metros de insoportable distancia entre los dos. Sin embargo, ninguno se movió un centímetro del sitio después de aquel saludo. Ban vio entonces cómo el amigo de Elaine la llamaba, sin saber qué estaba ocurriendo y mientras alternaba la mirada entre ambos. La joven, tras parpadear un par de veces como si despertase de un sueño extraño, se giró hacia él y le dijo que fuese entrando; que ella iría enseguida. Cuando él se fue, algo a regañadientes, ella tornó de nuevo hacia Ban con expresión neutra. Este se esforzó por imitarla, aunque su interior bullía por un millón de motivos diferentes que no sabía cuánto más podría reprimir.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, más seca de lo que él hubiese deseado.

—Quería verte —admitió el joven, sintiéndose estúpido acto seguido cuando comprobó cómo ella apretaba la mandíbula—. Yo... me estaba volviendo loco y... lo necesitaba...

Elaine, para su angustia, se limitó a entrecerrar los ojos como si no lo creyese en absoluto.

—Fuiste tú el que me dijo que no me volviera a acercarme a ti —le recordó con dolorosa acidez—. Por mi parte, estoy intentando cumplir con mi palabra.

Acto seguido, la joven se dio la vuelta para irse y Ban sintió, sin remedio, que la perdía. Así, decidió ser lo más sincero posible y pronunció, casi de corrido:

—También creo que esa es una de las mayores meteduras de pata que he tenido nunca con alguien que me importa. —Esto hizo, por suerte, que

Elaine volviese a encararlo y Ban concluyó—. Créeme, no he tenido pocas en estos años, como para no reconocer cuando la he fastidiado en condiciones...

Con aquella declaración, el bailarín esperaba que al menos su expresión se suavizara. Pero el gesto de Elaine se volvió casi más pétreo, al tiempo que una sombra de cansancio cruzaba por el mismo, cuando preguntó:

—¿Qué quieres, Ban?

Él se mordió el labio, nervioso y deseoso de arrancar una reacción más amable de la mujer que lo volvía loco.

—Sé que estás dolida conmigo y no te culpo, tienes todo el derecho del mundo —reconoció, agachando la cabeza y mirándola sólo a través del flequillo con expresión sinceramente arrepentida—. Pero... quería decirte que lo siento, de verdad. Y que... ojalá pudiese volver atrás en el tiempo para borrar lo que te dije, pero no puedo.

Ante su sorpresa, Elaine suspiró y negó con la cabeza de inmediato, pero no cambió apenas la expresión.

—No importa —aseguró, entonces, aunque él no la creyó—. Es agua pasada.

—Sí, sí importa... —insistió él, humedeciéndose los labios acto seguido—. “Tú” me importas, Elaine.

—Ban... De verdad que no te guardo rencor por lo que hiciste —reiteró ella, haciendo que a él se le clavase algo invisible y muy desagradable en el corazón—. Supongo que... es mejor así.

Pero él sacudió la cabeza con vehemencia. Se negaba a perderla, fuera como fuese. No podría soportarlo y, sólo ahora, era consciente de ello.

—Estoy muy jodido, eso no es una sorpresa para ti —admitió, tenso, aunque ambos sabían que no sólo se refería a su estado físico reciente—. Pero... me da la impresión de que, sin ti, este mundo es un puñetero infierno. No puedo vivir así...

—Entonces ¿por qué me rechazaste en el hospital? —preguntó Elaine, interrumpiéndolo. Cuando el bailarín alzó la vista, alertado por su tono lloroso, vio que su rostro había cambiado. Ahora, donde antes no había nada, unas leves líneas de dolor se reflejaban sin remedio—. ¿Qué te da tanto miedo, Ban?

Este jadeó, acobardado por instinto.

—Elaine, de verdad que no puedo contártelo. Créeme, sólo te haría sufrir y, seguramente, me juzgarías por ello... —Sacudió la cabeza,

derrotado—. Joder, soy un desastre...

Durante casi medio minuto, ambos se quedaron en un tenso silencio, frente a frente y sin mirarse apenas. Pero ninguno parecía capaz de dar un paso fuera de aquella situación. Al menos, hasta que la voz cansada de Elaine rompió el silencio y obligó al bailarín a alzar la vista, clavada en el suelo, hacia ella:

—Ban... Yo... no voy a juzgarte, pero tampoco puedo hacer nada por ti si no me dejas —confesó la joven, ya sin rastro de animosidad en su voz—. Por eso creo que... es mejor que esto se acabe antes de que de verdad nos hagamos daño mutuamente. ¿No crees?

Él resopló. Y, cuando la muchacha ya se daba la vuelta para volver a irse, quizá de forma definitiva, el joven se atrevió a dar dos pasos y la retuvo por la muñeca sin violencia.

—Elaine, por favor —rogó, desesperado.

Ella se giró y tiró apenas para zafarse de su presa, algo que no logró.

—Ban, no... —reculó, apartando la vista.

—Elaine, no te vayas —suplicó—. No sin escuchar todo lo que tengo que decirte. —Casi como un impulso, el chico hincó una rodilla frente a ella para que sus cabezas quedaran a una altura más próxima. Todo sin soltar esa mano que parecía seda bajo sus dedos callosos de bailar en la barra del casino. Ella tampoco trató de apartarse en aquella ocasión y sólo lo miró, con recelo, mientras él seguía dejando hablar a su corazón por primera vez en muchos años—. Te lo confieso: me gustas mucho, muchísimo. Jamás he sentido por nadie lo que siento por ti, pero... No quiero que te veas envuelta en algo que te puede perjudicar tanto. —Tomó aire—. Yo... no me lo perdonaría jamás. —El joven inclinó la cabeza, sumiso; pero, al ver su falta de reacción, finalmente se apartó y comenzó a levantarse, sintiéndose más idiota que nunca—. Sólo quería que lo supieras, Elaine. Aunque nunca puedas perdonarme... Tenía que decírtelo.

—Ban... —lo llamó ella.

Y, aunque detuvo su movimiento como por ensalmo, él apenas se giró antes de proseguir:

—También he venido a decirte que quiero seguir viéndote y hablando contigo, si me lo permites. Eres... de lo mejor que me ha pasado nunca —admitió, sincero, mientras sus miradas se cruzaban de nuevo—. Dame esa oportunidad al menos, Elaine. Y, si algún día... Bueno... Lo cierto es

que prefiero arreglar mis asuntos un poco antes de... Ya sabes. Dar ese paso. Pero me encantaría poder hacerlo... Algún día.

Después de aquella declaración sin ambages, Ban calló y esperó con el corazón encogido a que ella lo tomara o lo dejara. Si esta vez la mujer de sus sueños decidía que no quería saber nada más de él, trataría de asumirlo como fuera... Aunque una pequeña parte de su ser se moriría sin remedio si eso pasaba.

Elaine, por su parte, no podía creer lo que estaba oyendo. Se había jurado olvidar a Ban y pasar página. Pero, de repente, ahí estaba él diciendo que quería seguir cerca de ella. Por el contrario, no quería contarle qué le daba tanto miedo. Ante su última afirmación, la joven ladeó la cabeza, pero no respondió. En el fondo, aunque seguía dolida con él, una parte de ella estaba tan segura como el primer día de querer ayudarlo. De cualquier manera, tampoco quería pensar mucho en todo lo que él acababa de confesarle, aunque diese la razón a Dana y a Isabelle. Por mucho que lo deseara, empezaba a sentirse prudente en cuanto a sus sentimientos. Y así lo demostró a continuación cuando repuso:

—Cuenta conmigo para lo que necesites. Y, si algún día quieres contarme qué te ocurre, aquí estaré también —agregó, procurando que la voz no sonara demasiado cargada de amargura.

No lo logró del todo, pero optó por mantener la cabeza alta, así como contener a duras penas la ola de emociones que le provocó su sonrisa agradecida. Después de aquello, Ban decidió irse por fin, tras verbalizar también un “gracias” que sonó bastante sincero y decirle que no la molestaría más por ese día. Cuando le dio la espalda y se alejó, Elaine lo observó irse por entre los jardines con sentimientos encontrados batallando en su pecho. Por mucho que le doliese, si Ban no quería decirle la verdad, ella no podía hacer nada por él. Pero también esperaba que él no tardase mucho tiempo en darse cuenta de ello... o Elaine tendría que tomar una decisión que les rompería el corazón a los dos. Como había dicho Erica: no puedes vivir siempre intentando complacer a los demás. Pero, como decía su padre, la verdadera lealtad era estar cuando más te necesitaran. Y algo en ella también quería poder estar para Ban, si él se lo permitía...

Con todas esas dudas dando vueltas en su cerebro, aunque lo intentó, la joven no logró concentrarse en el estudio durante toda la tarde. Cada dos por tres, un par de ojos caramelo cargados de arrepentimiento volvían a ella

para atormentarla, así como sus palabras. Harvey, por su lado, sólo le preguntó qué ocurría cuando ya salieron de la biblioteca, varias horas después. Elaine, por supuesto, le narró lo sucedido punto por punto, pero el chico se mostró entre reservado e ilusionado; lo cual, aunque no del todo inesperado viniendo de él, dejó a la joven rubia aún más confundida sobre qué pasos debía dar a continuación.

Cuando regresó a la Torre, la muchacha cenó algo por puro impulso y, después, se sentó en el sofá para tratar de distraerse con alguna película o serie en línea. Sin embargo, mientras mantenía un hemisferio cerebral en la pantalla, el otro se centró en escribir a Erica y contarle lo ocurrido. Cuando esta la llamó, Elaine detuvo la emisión sin esfuerzo y descolgó casi al mismo tiempo:

—¡Hola, El!

—Hola, Eri.

—Entonces ¿qué me estás contando? Que... ¿Ban se presentó en la biblioteca y se declaró? ¿Vas en serio?

Con cada pregunta, el tono emocionado de la joven fue subiendo de volumen y Elaine casi se echó a reír. Su mejor amiga casi parecía más eufórica con las noticias que ella misma, pero la muchacha rubia seguía sin querer hacerse ilusiones.

—Sí, del todo... Te confieso que he estado a punto de desmayarme cuando lo he visto ahí plantado... —Las dos chicas rieron y Elaine puso los ojos en blanco—. ¿Te puedes creer que en un momento dado se arrodilló para suplicarme que lo perdonase?

De no haber apartado el auricular a tiempo, el chillido de incredulidad de Erica que resonó a través de aquel le hubiese dejado sorda.

—¿Qué me dices? ¡Me estás dejando a cuadros, tía! —se maravilló con sinceridad—. ¡No puede ser! Aunque... si ha hecho eso, también es que está bastante recuperado ¿no? ¿Cómo le viste?

Elaine suspiró.

—Bueno... Aún tenía alguna marca en la cara y en los brazos, pero parecía bastante más entero. Eso es cierto —confesó, jugueteando con un mechón de pelo mientras reflexionaba—. No sé, Erica. No sé qué hacer...

—Por favor, esa monada no puede quedarse sola por ahí, El... —se lamentó la aludida, haciendo que la rubia se pusiera roja como una granada.

—¡Para, Eri! —la reconvino, aunque soltó una risita algo cohibida al mismo tiempo—. Deberías detener mis fantasías, no alentarlas...

—¡Está bien, está bien! —concedió la otra joven, bajando la voz—. Aunque, lo cierto es que... a pesar de todo, te diría que tuvieras cuidado, Elaine.

La aludida enarcó una ceja.

—Y ese cambio súbito de parecer ¿a qué viene? —quiso saber, insegura de querer saber la respuesta.

—No me malinterpretes —le pidió Erica; en un tono menos burlón, pero conciliador—. No digo que él sea peligroso, al contrario. Es todo un bombón por dentro y por fuera, y te lo está demostrando. —Elaine notó las mejillas arder con más fuerza, pero no la interrumpió. Porque sospechaba que la parte mala estaba por llegar—. Sólo digo que tengas cuidado... con los que parece que vigilan su vida. Esa tal Meredith, sea quien sea, parece peligrosa. —Elaine se estremeció al recordar también ese nombre y lo que, quizá, le había hecho a Ban—. Así que, aunque lo perdones y, quién sabe, salgas con él en algún momento, yo que tú tendría cuidado con la gente que quizá controla sus pasos. Sobre todo —agregó con afecto—, para que no te pase nada a ti ¿vale? Ninguno podríamos vivir con eso...

Elaine inspiró con los ojos cerrados, sin responder, aunque notando de inmediato cómo un doloroso latigazo de culpabilidad azotaba su cuerpo. ¿Cuántas veces le había dado Ban ese argumento para que se alejara de él? Y ¿cuántas veces se había negado ella a escucharlo? Quizá, más de las que debería; pero, si lo pensaba en frío, eran también menos de las que querría hacerlo. Y así se lo expuso a su mejor amiga tras varios segundos de cómodo silencio

—Lo cierto es que... no tengo miedo, Eri —admitió, más sincera que nunca—. Será una estupidez, pero... Quiero apostar por él. “Sé” —recalcó, al escucharla resoplar con suavidad al otro lado, aunque era obvio que lo hacía por pura cautela— que puedo hacerlo.

Para su sorpresa y ligera vergüenza, Erica soltó una risita al otro lado.

—Ay, pequeña El —la llamó, en cambio, con afecto—. ¿Cuándo te has hecho tan mayor?

La aludida la coreó sin poder evitarlo.

—Será la edad ¿no? —Ambas soltaron una carcajada cómplice al tiempo, antes de que Elaine recordase algo—. Oye, entonces... ¿Quieres venirte mañana a dormir y ver una peli? Como en los viejos tiempos. Y, esta vez, bien —anotó, recordando ambas la última vez que Erica había dormido con ella.

Para su alivio, la otra muchacha aceptó sin dudar.

—¡Claro! Mañana me paso a eso de las ocho, pedimos comida y nos tiramos en el sofá. ¿Plan?

—Plan —confirmó Elaine, con una sonrisa—. Hasta mañana, Eri. Y gracias.

— ¡No hay de qué! ¡Hasta mañana, tortolita!

—¡Eri!

—Bueno, bueno... Que ¡era broma, mujer!

Cuando Ban decidió por fin volver a su apartamento, el sol empezaba ya a caer hacia el horizonte y la cercana desembocadura del Kent. Tras dejar a Elaine, el joven no tenía ganas de encerrarse en casa, por lo que prefirió ir a dar un largo paseo por el Gorlois. De cualquier manera, podía estar sólo con sus pensamientos, pero se sentía mucho menos asfixiado que entre las cuatro paredes de un salón que ni siquiera era suyo por derecho. Durante la caminata, el joven reflexionó en serio sobre su situación casi por primera vez en cinco años. Mientras observaba el lago plagado de patos y pequeñas barquitas de recreo, los parterres floridos, las rosaledas y los frondosos bosquecillos, recordando asimismo su primera cita allí con Elaine, no dejaba de darle vueltas a la idea de si él mismo podía haber cambiado algo su situación, de haber querido. Abatido, siempre llegaba a la misma conclusión: no por sus medios, eso estaba claro. Quisiera o no, seguía siendo un chico de barrio; el cual, para bien o para mal, si no fuera por ese maldito de Goliath Fairmont tampoco tendría dónde caerse muerto desde hacía tiempo. Sin embargo, ahora algo en su pecho se rebelaba contra el hecho de seguir siendo un pelele en manos de aquel magnate y sus títeres. De repente, sonaba mejor la idea de intentar cortar los hilos que lo manipulaban y ser libre de nuevo, aunque fuese en el barro. Pero, descorazonado, se daba cuenta también de que no tenía nadie a quien pedirle algo así sin hacer que lo mataran en el intento. Fuera como fuese, debía encontrar la forma de hacer aquello por sí mismo.

Tan absorto iba en sus reflexiones, incluso cuando metió la llave por pura costumbre para abrir la puerta del piso, que no fue consciente de que había alguien más en el interior hasta que casi no se dio de bruces con él. Sobresaltado, Ban dio un brinco instintivo hacia atrás; mientras el desconocido, o no, apuraba su vaso de agua y alzaba la mirada hacia él.

—Samael... —jadeó en cuanto lo reconoció, con un escalofrío.

El intruso, por su parte, se limitó a encararlo con aparente tranquilidad.

—Hola, Ban —lo saludó—. Cuánto tiempo.

Esta vez el canoso consejero se había quedado junto a la encimera de la cocina en vez de frente a la ventana del salón, de ahí que el sometido casi no lo hubiese visto al llegar. La penumbra lo ocultaba. Pero eso no fue lo que aterró más al bailarín.

«Joder. Justo ahora, no», pensó, descorazonado.

—Estás aquí —constató, en cambio, procurando camuflar sus reticencias al máximo en un tono neutro—. ¿Qué tal el viaje?

—Productivo, aunque muy largo —repuso Samael, sin darle más importancia. Sin embargo, cuando le pasó un dedo por la mandíbula y Ban se tensó de forma visible, el rostro del consejero pareció cargarse de inquietud—. ¿Cómo estás? —preguntó de inmediato, en tono suave y retirando la mano, para sorpresa del bailarín.

—Estoy bien —mintió este, sin mirarlo a los ojos y deseando acabar con aquello cuanto antes—. ¿Qué te apetece hacer hoy?

Después de la última experiencia, a pesar de haberse reconciliado a medias con Elaine, algo en Ban acababa de poner el piloto automático sólo con ver a su otro amante ocasional. El recuerdo de su reciente paliza, lo quisiera o no, aún estaba lo bastante fresco como para que el joven pensara dos veces antes de volver a rechazar a un Caballero; fuera por causa de su amada o no. Sin embargo, Samael no respondió enseguida. En cambio, lo contempló de arriba abajo con una expresión que hizo estremecer al joven esclavo con un sentimiento indefinido. Pero, al final y para su ligera sorpresa, el consejero sacudió la cabeza y se giró para alejarse un paso de él.

—No te preocupes por hoy, chico —susurró entonces, de perfil y sin mirarlo. El bailarín, por supuesto, se quedó todavía más de piedra si cabía; pero optó por guardar un prudente silencio mientras Samael proseguía—. Sé lo que ha ocurrido y no te creas que no me da rabia. —Como para enfatizar sus palabras, se giró y Ban intuyó un brillo extraño en sus ojos oscuros—. Meredith jamás debió tratarte de esa manera. —El joven suspiró e inclinó la cabeza, tratando de camuflar su disgusto por todos los medios a pesar de que tampoco entendía del todo su actitud. Seguía siendo un Caballero ¿no? ¿Cómo no defendía a su compañera? Aquello sonaba muy raro, pero Samael parecía tranquilo. De hecho, lo demostró cuando, un segundo después, le levantó la barbilla con un dedo para mirarlo frente a

frente con dos serenos ojos de carbón—. Pero... no te preocupes ¿de acuerdo? —le confió entonces, con media sonrisa que Ban tampoco entendió de primeras—. Meredith ya no podrá hacerte daño. No sin consecuencias.

El bailarín se quedó rígido en el sitio, notando su corazón bombear con cierta ilusión al escuchar aquello a pesar de todo.

—Y, eso ¿por qué? —quiso saber, sin alzar la voz.

Samael mostró un gesto casi compasivo, lo que despertó una curiosa esperanza en su pecho.

—Porque Goliath ha tenido el buen tino de expulsarla de su círculo de confianza —explicó justo a continuación, para mayor impresión del joven rubio platino—. En fin, supongo que la última... “operación” no le salió del todo bien... y ha tenido que pagar las consecuencias.

Ban tragó saliva, sin atreverse casi a hacer ningún gesto que denotara una pizca su alivio por aquella noticia. Seguía algo escamado en el fondo por la actitud relajada del Caballero frente a él, pero una extraña nebulosa de euforia difuminaba toda sensación de peligro en su mente sólo de pensar que Meredith era agua pasada. No obstante...

—Y... Ahora ¿qué ocurrirá? —inquirió, sin variar el tono anterior, por precaución.

A pesar de todo, temía la respuesta. Sin embargo, su pulso se aceleró de nuevo cuando Samael volvió a decirle algo que no esperaba. Todo tras apartarse y otear a su alrededor, como si buscara una contestación invisible a aquella sencilla pregunta en los rincones del pequeño salón.

—Tú, de momento, mejórate. No estamos en el mejor período y Goliath necesitará que vuelvas a bailar en cuanto puedas. —Al escuchar eso, Ban volvió a tragar con fuerza, intuyendo lo que significaba a pesar de las demás buenas noticias. Como respuesta, se limitó a asentir sumisamente—. Lo demás... puede esperar.

Más intrigado todavía, el bailarín alzó la vista unos centímetros y lo encaró con temor desde debajo del flequillo claro.

—¿Qué quieres decir, Samael? —preguntó, no sin cierta timidez que no necesitó fingir.

Ante eso, el consejero mostró de nuevo esa extraña sonrisa que el bailarín no descifraba de ninguna manera.

—Esta noche sólo quería comprobar que estabas bien, Ban —le susurró entonces, acariciándole de nuevo el mentón, pero sin besarlo ni nada

parecido—. Descansa y disfruta de un merecido reposo. ¿De acuerdo?

El joven, aturdido, apenas fue capaz de reaccionar ante aquella sugerencia tan poco común, viniese de parte del Caballero que fuera. Aun así, cuando Samael ya se dirigía hacia la puerta del piso, aquel aún tuvo la suficiente lucidez como para preguntar, temeroso:

—Samael... ¿Tomarás tú... el relevo de Meredith?

Por supuesto, el consejero sabía a qué se refería. Ban, de nuevo, ansiaba y temía la respuesta. El dolor de su último castigo pareció ascender como un fantasma molesto por las cicatrices de su espalda, ya prácticamente invisibles. Ban no sabía si sobreviviría a otra sesión así, fuera como fuese. Samael, por su parte, se detuvo en medio del recibidor sin girarse al escuchar aquello. Pero la respuesta, proferida en apenas un susurro varios tensos segundos después, no satisfizo en absoluto a un Ban más inseguro que nunca de su situación vital. Y, hasta que no se fue a dormir aquella noche, el joven no pudo sacarse de la cabeza aquella frase; tan sencilla, pero al tiempo tan cargada de significados ocultos:

—Descansa, Ban. Estaremos en contacto.

El río a su cauce

Aquel tercer viernes del verano amaneció gris y tormentoso al otro lado de la ventana. Sin embargo, Elaine jamás recordaba haber sudado tanto en toda su vida. A eso de las siete y media de la mañana, antes siquiera de que sonase su alarma del móvil, la joven abrió los ojos casi de golpe; y permaneció durante varios minutos jadeando, con la mirada clavada en el techo pintado de azul de su dormitorio.

Había tenido un sueño muy extraño. Intenso, pero erótico como pocos en su vida. Y lo peor, o lo mejor de todo, es que había sido con “él”.

«¿Por qué ahora?», se preguntó, sin resuello.

Se suponía que seguía algo molesta con él por su indecisión, o eso quería creer. Pero sus pensamientos más ocultos, esos que siempre mantenía reprimidos en el fondo de su alma desde que su niñez había empezado a transformarse en mujer, parecían haberse estimulado más de la cuenta sólo con volver a verlo el día anterior. Y, Elaine sin haber amado ni deseado nunca a nadie con tanta intensidad, temía todavía a esa parte de sí misma. Sobre todo, porque ¿qué diría cualquiera que la conociese si supiese que albergaba semejante lujuria en su interior? En casa siempre les habían inculcado la indecencia que algo así podía suponer. En la Zona Alta nadie pregonaba algo así a los cuatro vientos. No era lo correcto.

Mientras las enseñanzas familiares giraban en su cabeza como un tiovivo, en contradicción a lo que había sentido hasta apenas unos minutos antes, Elaine cerró los ojos y procuró por todos los medios no pensar en ello; tratando en cambio de relajarse y recobrar la cordura. Sin embargo, así sólo consiguió que las imágenes volvieran más nítidas a su cerebro. Así que, con un bufido y el corazón aún al galope, más si cabía, la joven abrió de nuevo los párpados y encaró el exterior de su ventana con hastío.

La lluvia caía con fuerza sobre el cristal, la mesa y las sillas de la terraza. Por un instante, Elaine temió por “Los buscadores de conchas”;

pero luego recordó que lo había guardado en la cajonera lateral de la terraza y se relajó, dejando que su cuerpo se derrumbara de nuevo sobre el colchón. El repiqueteo del agua, sin quererlo, parecía ayudar a tranquilizar sus nervios. De hecho, al levantarse y abatir la puerta de la terraza, la muchacha agradeció el súbito frescor que se coló por la pequeña rendija y permaneció unos segundos junto a la misma.

Poco a poco fue notando cómo la brisa aliviaba el intenso calor de su cuerpo, pero la joven Forest enseguida percibió que su pijama y su ropa interior no estaban sólo mojados de sudor. Así que, sintiendo las mejillas arder y agradeciendo no vivir con nadie más que pudiera verla en aquella tesitura, Elaine se encaminó de inmediato hacia la ducha. El agua corriente calmó también sus ánimos al recorrer su pelo y su cuerpo, pero la muchacha no podía dejar de meditar sobre lo que había soñado por mucho que lo intentase. Y no ayudaba la suave presión que percibía en su zona íntima cada vez que lo hacía.

«Despierta», se azuzó cuando salió por fin del agua, mientras cepillaba la melena húmeda con cuidado. «¿Quién sabe siquiera si eso puede llegar a pasar alguna vez?».

Elaine ejercitó su respiración como de costumbre mientras se terminaba de aseo y secar el cabello, procurando serenarse de una vez. Si lo pensaba en frío, pasara lo que pasase, ni debía ni podía precipitarse. No sabía cuántas veces se lo había repetido en las últimas semanas, pero algo en ella parecía reticente a cumplir con ello sólo con evocar los suaves ojos caramelo de Ban. Tenía que ser paciente y no dejarse arrastrar por las pasiones, como siempre le habían inculcado sus padres; salvo, claro, que estas tuvieran un beneficio visible en el horizonte. Y Elaine aún no sabía si el bailarín del *Fairy Kingdom* entraba en esa categoría o no.

«Así me ahorraría decepciones», pensó, con cierta amargura, antes de encaminarse hacia la mesilla para coger el móvil y llevárselo a la cocina. «Esperaré a que él dé el primer paso», decidió.

Sin embargo, aunque aquel fuese su deseo, la joven casi dejó caer el teléfono al suelo cuando, al llegar a la cocina y mirar la pantalla, encontró su primer mensaje en las notificaciones:

Ban:

Hola, señorita

Elaine jadeó con fuerza, dudosa. De golpe, las imágenes de la noche retornaron, inundando su mente. Por ello, la joven dejó el móvil sobre la mesa casi con violencia, anegando cualquier otro posible propósito que hubiera surgido en los últimos minutos. ¿Qué le estaba ocurriendo? No quería pensar así en él, no aún. Es más, la muchacha desearía no seguir sintiendo el recuerdo onírico de su piel bajo los dedos ni lo que ese Ban imaginario le había hecho sentir. Pero ahí estaba.

“No puedo vivir sin ti”.

Esa había sido la frase que le había hecho perder el control, antes de despertarse. Avergonzada de sí misma y sin apenas pensarlo, optó por no contestar. En cambio, se focalizó en preparar un desayuno ligero y subir enseguida a ayudar a su madre. Tenía que conseguirlo, pasara lo que pasase. Necesitaba eliminar la imagen de su cuerpo sobre el de ella antes de hacer alguna locura de la que pudiera arrepentirse, más pronto o más tarde.

No obstante, ni estar con la pobre Evelyn durante toda la mañana la liberó de mantener una parte de su cabeza ocupada en Ban. De hecho, si no supiera que era imposible tenía incluso la sensación involuntaria de que su madre la juzgaba en silencio por tener aquellos pensamientos tan... ¿Sucios? Por otra parte y conforme pasaban las horas, sin quererlo, Elaine se arrepentía más y más de haber reaccionado de forma tan infantil y no haberle dado señales de vida al pobre bailarín en toda la mañana. En el fondo, sabía que se moría por volver a hablar con él. ¿Sería muy tarde para responderle? Pero ¿qué pensaría de ella si se enteraba de...? La joven, abrumada por las dudas, no se atrevía ni siquiera a mirar el móvil; tanto por miedo tanto a caer en la tentación de escribirle y acabar confesando todo, como por terror a que él no volviese a escribirle... O peor, que se hubiera enfadado con ella también.

Cuando por fin pasó la hora de comer e Irina llegó para relevarla, hasta esta pareció darse cuenta de que tenía cierta calentura en el cuerpo sólo con mirarla a la cara. Solícita, la cuidadora le preguntó si tenía fiebre o si necesitaba algo. Pero la muchacha se zafó con toda la amabilidad que fue capaz antes de, con la cabeza gacha, volver a bajar a su apartamento y no alzar la vista del suelo hasta que no cerró la puerta a sus espaldas. Una vez allí, por algún impulso desconocido, la joven sí se atrevió a mirar el móvil. Y la frase que vio allí reflejada casi le partió el corazón en dos; haciéndole olvidar cualquier impulso erótico y cargándola, en cambio, de una súbita ternura hacia él:

Ban:

Sigues de morros conmigo, eh? :-)

Bueno, supongo que me lo merezco por imbécil...

El mensaje, para su alivio, era relativamente reciente; de apenas media hora antes. Así que Elaine, como si sus dedos tuvieran vida propia, se apresuró a contestar:

Elaine:

Perdona, tenía que estar con mi madre por la mañana

Qué tonto, no digas esas cosas!

Y no, no estoy enfadada contigo ;-) No tanto, al menos

Ahora, la muchacha casi se sentía mal por no haberle escrito en toda la mañana. Por un instante, el terrible impulso de contarle su sueño quiso hacerse un hueco en su mente, pero Elaine lo descartó de un plumazo con un escalofrío. No habían llegado siquiera a ese paso, más bien estaban en el extremo contrario de la línea. De cualquier manera, la joven se relajó en cuanto vio que él escribía de vuelta apenas dos minutos después:

Ban:

:-D

Genial! _

Acto seguido, el joven adjuntó a su mensaje una pegatina virtual de dos criaturas adorables dándose un abrazo, una de las muchas que había disponibles en la aplicación. Pero, al verla, Elaine tan sólo quiso derretirse de amor en un instante.

Ban:

Fíjate, he descubierto estas cosas que no sabía que estaban aquí y me recuerdan a ti...

Qué tontería, eh?

Su interlocutora contuvo una risita a duras penas antes de responder:

Elaine:

*Jajajaja, qué va. No es ninguna tontería
La verdad es que hay pegatinas muy graciosas*

Le devolvió una de una oveja mostrando un corazoncito entre las patas delanteras y agregó:

Elaine:

Y... Me alegro de que pienses en mí, supongo ;-)

Ban:

Jajajaja

Bueno, sé que no lo dices del todo de verdad, señorita

*Pero eres como un hadita que no para de revolotear por mi cerebro
cada dos por tres, que lo sepas ;-)*

El mensaje iba acompañado, de nuevo, de una pequeña pegatina con forma de hada en pose traviesa. Elaine meneó la cabeza con evidente diversión.

Elaine:

*No sé si debería decirlo, pero tú también lo haces
Señor bailarín ^_^*

Tras la frase, añadió a su vez un dibujo pregenerado de un chico vestido de traje, bailando con un brazo apuntando al cielo. La respuesta de Ban, para bien o para mal, no se hizo esperar:

Ban:

Me alegra saberlo, la verdad

Eso significa que aún tengo alguna oportunidad, no? 8-)

Elaine respondió casi por instinto, conteniendo las ganas de chillar de emoción. ¿De verdad estaba proponiéndole lo que creía?

Elaine:

Qué tonto eres!

Eso no lo dudaría jamás

Súbitamente consciente de lo que acababa de decir, la joven contuvo la respiración, palideciendo de golpe. ¿Habría sido demasiado directa, sin quererlo? Sin embargo, la respuesta de él resultó de lo más críptica. De nuevo.

Ban:

Uf, Elaine

Qué difícil me lo pones...

La joven se estremeció, maldiciéndose por ser tan impulsiva, antes de que sus dedos volaran sobre el teclado:

Elaine:

El qué?

Ban comenzó a escribir enseguida, para su alivio. Pero la muchacha no estaba preparada para lo que leyó a continuación:

Ban:

Resistirme a querer estar contigo, qué va a ser? :-)

No puedo evitarlo

Me atraes cual imán, señorita

La joven soltó de golpe todo el aire de sus pulmones, derrumbándose sobre el sofá con una sonrisa boba en el rostro.

Elaine:

Bueno... Aún tenemos una conversación pendiente para resolverlo

No? ;-)

El tanteo no daba lugar a dudas. Y, para su alegría, él respondió con todo su encanto:

Ban:

Muy cierto O.o

*Aunque... Tengo que darle una vuelta a ver cómo puedo compensarte esa pifia tan enorme de la última vez :-/
Lo siento muchísimo*

Elaine:

*Ban, no hace falta que compenses nada, de verdad...
Yo... Soy consciente de lo que pasó y yo sí que lo siento :-(
Te encuentras bien?*

Ban:

*Bah, no te preocupes
Y sí, estoy bastante mejor, gracias por preguntar :-P
También es verdad que quizá tenga buenas noticias en ese sentido...*

Elaine:

En serio? Y de qué se trata? O.o

Ban:

*Paciencia, pequeña. Prometo contártelo pronto
Y sí, lo sé, ya he prometido eso antes D-:
Pero esta vez espero poder mantener mi promesa, vale? Confía en mí*

Elaine:

Jaja, está bien

La joven se hubiera tirado toda la tarde hablando con él si no fuera porque alguien venía de visita y tuvo que ir a abrir, preguntándose quién sería. Pero le alegró ver que se trataba de un Harvey que venía de visita sorpresa.

—Hola, princesa. ¿Te pilló en mal momento?

—¡No, claro que no! ¿Qué haces aquí?

El chico se encogió de hombros con desgana.

—Me aburría en casa y pensé que, con el día tan feo que hacía, podíamos hacer algo aquí. Y, ya sabes... —agregó, con una mueca que incluía cierta súplica velada—. Tu hermano siempre está liado...

Elaine puso los ojos en blanco ante su pantomima, pero lo invitó a pasar sin dudar un instante.

—Acomódate, por favor —le indicó—. De hecho, si quieres voy a cambiarme y bajamos a la sala de estudio de la planta cuarenta y cinco. ¿Te parece? Allí estaremos más cómodos.

Harvey sonrió, con los ojos brillantes de ganas.

—Me parece un plan genial. Aquí te espero.

La joven lo imitó, antes de correr al dormitorio a cambiarse. Sin embargo, esta vez recordó escribir a Ban para informarle de que no iba a poder hablar en un rato:

Elaine:

Oye, Ban

Ahora tengo cosas que hacer pero... Hablamos luego?

Ban:

Claro!

Prometo que se me ocurrirá algo para compensarte, entonces :-P

Hasta luego, señorita!

Elaine:

Hasta luego!

Elaine se guardó el móvil en el bolsillo del vaquero, casi a medio cambiar, antes de ponerse una blusa, coger su manual de patentes y salir a buscar a Harvey. La jornada de estudio pasó casi como cualquier otra de los días anteriores, en silencio sólo interrumpido por algún breve intercambio o descanso para beber agua junto al bidón reciclado de la esquina de la sala. Sin embargo, la quemazón de volver a coger el móvil para escribir a Ban no abandonó a Elaine hasta bien entrada la tarde-noche. Cuando, cerca de las siete, Erica llegó para “relevar” a Harv, como ella decía, el chico se despidió sin problema y ambas amigas se dispusieron a pasar una noche de chicas en toda regla.

—¡Hola, Ban! ¿Qué haces aquí?

—Hola, colega —saludó el bailarín de vuelta a su mejor amigo, ya trajinando tras la barra aunque fueran aún las tres de la tarde.

Aquel viernes, a pesar de necesitar reposo, Ban no pudo evitar acercarse al casino a ver a sus amigos. O, al menos, ese era su principal argumento.

Porque otra parte de él se moría, sin saber por qué, por volver a subirse al escenario y bailar como si no hubiera un mañana.

—He venido a ensayar, a ver qué tal se me da... —explicó, ante la mirada curiosa del otro joven—. ¿Sabes si... Jill y Deirdre están hoy aquí?

Estar toda la mañana esperando que Elaine contestase a sus mensajes había sido casi una tortura física, pero Ban no podía estar más feliz de que las cosas volvieran a su cauce. Y quería celebrarlo intentando volver a hacer lo que más le gustaba. Malcolm, en cambio, lo observó con cierto escepticismo al oír aquello.

—Sí, las chicas están —repuso, de entrada, aunque el recelo en su rostro no desapareció en ningún momento—. ¿Estás seguro, Ban? A ver si vas a hacerte daño... —lo reconvino.

Contrario a lo esperado, el aludido mostró una sonrisa confiada.

—Vamos, capitán. Como si cuatro golpes de nada pudieran frenarme...

Y era más o menos cierto. Se encontraba bien y, al menos, ya podía digerir y respirar con normalidad desde que había salido del hospital. Aunque... Ir al baño seguía siendo un incordio. A pesar de que las cicatrices externas ya estaban cerradas casi del todo, no era así en el caso de todas las internas. De ahí que la sangre siguiera goteando a ratos al más mínimo esfuerzo y Ban empezase a estar muy harto de ello.

—No tendrá que ver en ese entusiasmo el hecho de que has vuelto a hablar con Elaine ¿verdad? —inquirió entonces Malcolm, mordaz.

Ban enarcó una ceja en su dirección, con idéntico humor, aunque todo su cuerpo tembló de anticipación al escuchar aquel nombre. Joder, cómo la echaba de menos. Esta vez, el bailarín se había prometido tener el máximo cuidado en los próximos pasos a dar con ella. Sólo eso, y ni siquiera lo sabía con certeza, garantizaría la seguridad de ambos. Pero quería hacerlo.

—Vaya. Veo que las noticias vuelan... —comentó, no obstante, saliéndose por la tangente y acusando sin palabras a Isabelle por irse de la lengua.

Malcolm, en apariencia sin darse por aludido, mostró una amplia sonrisa de falsa inocencia.

—Hay veces que saber convencer a tu novia de cosas tiene sus ventajas... —bromeó, haciendo que el bailarín sacudiera la cabeza, incrédulo.

—Eres incorregible —lo amonestó, con cierta sorna.

—Lo sé. Pero, bueno... Entonces ¿estáis bien? —insistió Malcolm.

Ignorando la pulla y, en cambio, centrado en conseguir la información que le interesaba. Ban asintió con sencillez, pero también media sonrisa de ilusión que no pudo reprimir.

—Eso parece. Pero, mejor... ¡dejaré que Isabelle te lo cuente cuando se entere! ¿No? —lo chinchó, echándose a reír con fuerza cuando vio un desencanto inmediato pintarse en la cara del rubio.

—¡Ban! —protestó este, con un mohín, mientras el otro se alejaba ya hacia la sala de baile con expresión jocosa—. ¡Oye! ¡Eso no es justo!

El otro joven, sin responder, se limitó entonces a despedirse con un gesto militar de la mano, antes de adentrarse por las puertas dobles. Como sospechaba, dos personas estaban ya allí calentando, pero ambas frenaron en seco nada más verlo aparecer.

—Hola, Ban —saludaron, cada una a su manera. Después, Jill inquirió, sin pasión alguna—. ¿Qué haces aquí?

El aludido enarcó una ceja.

—¿A ti qué te parece? —replicó, burlón, sin dejar de avanzar hacia el escenario.

La mujer entrecerró los ojos, como si su actitud la irritase, pero no abrió la boca de nuevo hasta que él no estuvo casi subido al escenario.

—He oído que te dieron una paliza el otro día —anotó, gélida, la vista clavada en su altura—. Y ¿vienes a ensayar?

—No es asunto tuyo —le ladró Ban de mala manera, hastiado como de costumbre por su actitud pedante—. Sigue siendo mi trabajo y vendré cuando me dé la gana.

—Lo que tú digas, pero que te hayas metido en líos ha repercutido en mi sueldo durante varios días, así que supongo que algo sí es “asunto mío”.

Ban la ignoró, no sin sentir cierto placer culpable cuando escuchó que su falta había bajado los ingresos del casino, antes de dirigirse hacia la barra central con tranquilidad.

—¿Vas a entrenar en tu estado? —insistió Jill, con evidente pasmo, al ver cómo él se desvestía hasta quedarse sólo en mallas y camiseta interior y empezaba a calentar.

Ahí, azotado por su tono entre compasivo y despectivo, Ban se giró y la encaró con dureza en la mirada.

—¿Te importa? —siseó, en un tono que no daba lugar a réplicas.

—Ban, no deberías forzar —insistió entonces Deirdre, cauta y tímida como siempre. El aludido se volvió apenas para dirigirle un gesto más

suave que a su compañera—. De verdad. Jill y yo nos apañamos....

—Tú cierra la boca, Dei —le espetó la aludida.

Ban le mostró una sonrisa confiada a la segunda bailarina tras obligar a Jill a callar con sólo una mirada.

—No te preocupes, Deirdre. Estoy bien, de verdad.

Sin embargo, aunque las chicas no volvieron a decir nada, Ban notaba los efectos tanto de la violación como de los golpes en su cuerpo dolorido. Su flexibilidad se había reducido, apenas era capaz de abrir las piernas más de ciento veinte grados en ninguna dirección y, en algún momento, hasta el resuello parecía fallarle.

«Mierda», se maldijo.

Sobre todo cuando, por quinta vez, trató de subir a un “Ala Delta Cerrado”, una de las posturas en realidad más sencillas que conocía, y un doloroso tirón entre las nalgas casi lo hizo caer de la barra. A tiempo, Ban consiguió mantener el agarre de una mano en el metal y aterrizar sobre el pie más cercano al suelo, pero Deirdre y Jill se detuvieron de inmediato para asistirlo en caso necesario.

—¿Estás bien? —preguntó la primera, insegura.

Sin embargo, antes de que Ban pudiese siquiera atinar una réplica, otra voz junto a la puerta principal de la sala atrajo de golpe la atención de los tres:

—Chicas, largo de aquí. Ahora.

Las aludidas se pusieron rígidas en cuanto vieron a su jefe recortado en el umbral, puesto que nadie lo había escuchado llegar. Pero, ante su mirada pétrea, ambas tuvieron el buen tino de no replicar y, en cambio, recoger enseguida sus cosas y desaparecer por la puerta en un santiamén. Sólo entonces, Wan Zhu cerró tras de sí y miró a Ban con cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber, seco y directo como el golpe de un cuchillo.

El bailarín, sin asustarse más de la cuenta, le sostuvo la mirada con calma.

—Me han dado el alta —expuso, sencillo—, me moría de aburrimiento en casa y quería probar si estaba listo para volver.

Como suponía, su jefe soltó un bufido, claramente en desacuerdo. Pero Ban no mudó el gesto ni se movió un milímetro del sitio.

—Claro, porque que te abran el culo como a un cerdo y te pulan la espalda a latigazos no es nada ¿verdad? —refunfuñó, dando justo en el

punto candente.

Aunque también es cierto que Ban pudo escuchar un leve atisbo de preocupación real en su voz. Y eso, sin quererlo, lo reconfortó.

—Gracias por tu inquietud, Wan Zhu —le dijo entonces, haciendo que el jefe lo encarase con mayor interés. Quizá no era lo que esperaba, pero el bailarín había sido cien por cien sincero—. Estoy bien, de verdad. Sólo necesito volver a entrenar, eso es todo... Y recuperar el tiempo perdido.

El hongkonés resopló con evidente inseguridad, pero no replicó de inmediato. Ambos hombres se quedaron entonces frente a frente: el asiático, con las manos apoyadas en un asiento cercano. Ban, de pie sobre el escenario y con una mano en la barra.

—Así que... Meredith ¿eh? —tanteó el primero, al cabo de un rato de incómodo silencio.

Ban contuvo un escalofrío antes de asentir. Wan Zhu, como si eso confirmara sus sospechas, bufó de nuevo y se mesó el escaso cabello que le quedaba sobre la cabeza.

—Te has enterado entonces, supongo...

El bailarín entrecerró los ojos, sin descifrar su tono del todo, pero con un escalofrío ascendiendo por su espina dorsal. ¿Sabría Wan Zhu que Samael había ido a verlo?

—¿A qué te refieres? —preguntó, cauto.

El hongkonés, por toda respuesta, se cruzó de brazos.

—Que le han dado boleto de... tú ya sabes quién —agregó, unos segundos después.

Ban exhaló con suavidad.

—Sí, me lo han dicho —le confirmó, sin dar más detalles.

Por supuesto, Wan Zhu lo escrutó mientras trataba de descifrar el significado oculto de aquellas cinco palabras. Pero Ban no pensaba decir más en voz alta. En el fondo, intuía, los dos sabían de quién hablaban.

—Bueno, pues de cualquier manera quiero que sepas que “yo” —recalcó Wan Zhu, señalándose para captar la atención del bailarín— no voy a dejarte volver de momento ¿estamos? No estás en condiciones...

—Y ¿eso por qué? —quiso saber su empleado, no sin cierta ansiedad.

Por supuesto, su parte más temerosa intuía que cuanto más retrasara su retorno, peor podía ser para todos y Goliath no era justo una persona paciente. Pero su jefe sólo le devolvió una enigmática sonrisa antes de contestar:

—Bueno... No puedo perder a mi mejor bailarín por unas prisas ¿verdad, Ban? Y sé que eso los de arriba también lo saben....

El aludido frunció el ceño, sin saber qué decir ante aquel alarde de aprecio y la mención indirecta de que no se preocupase por los Caballeros más de la cuenta. Sin embargo, Wan Zhu no agregó nada más hasta que no llegó de nuevo a la puerta de la sala.

—Vete a casa, Ban. ¿De acuerdo? —le indicó entonces—. Nosotros nos ocupamos de todo.

El aludido enarcó una ceja, aún sin tenerlas todas consigo.

—¿Estás seguro?

Wan Zhu asintió y el bailarín dudó durante varios segundos que parecieron horas. Al mismo tiempo, su jefe desapareció tras las puertas dobles que daban a la sala de juego y volvió a dejarlo solo bajo los focos. Ban, muy despacio y mientras rumiaba lo sucedido, se giró entonces y oteó a su alrededor.

El escenario que llevaba viéndolo actuar durante cinco años, a sus ojos, parecía de repente un lugar extraño... y, a la vez, más atractivo que nunca. Sin quererlo, una parte de él se negaba a bajar de allí, a pesar de las condiciones que se daban entre bambalinas. O, peor aún, sólo con cruzar la puerta exterior del casino y salir de nuevo al mundo real. En el fondo, Ban sabía que aquel pacto con el diablo había sido, en parte, un sueño hecho realidad. Pero, de puertas para adentro todos, o casi todos, sabían qué ocurría si no se cumplía con la parte acordada. Deirdre, él... Ban a veces incluso se preguntaba cuánta gente, en otras partes de Nueva Britania o de Daleth, estaría sufriendo el mismo castigo que ellos dos.

Lo más sorprendente era que, en la mayoría de los casos, la gente de a pie veía aparecer a Goliath Fairmont en las noticias de distintos medios y todos pensaban que sólo era una joven promesa que estaba llegando más alto que muchos otros. En realidad nadie sabía qué tipo de persona era, sólo aquellos que alguna vez habían caído bajo su yugo. Pero, ahora, algo en Ban quería luchar contra ello. Quería pelear por su libertad. Y el joven, lo quisiera o no, conocía a la perfección el origen de aquel poderoso deseo. Alguien a quien tenía que llamar aquella noche, sin duda, para intentar verla lo antes posible. Porque Ban, tras todo lo ocurrido, tenía una cosa muy clara: cuanto antes la tuviera entre sus brazos, antes lograría reunir el valor para romper su pacto de una vez por todas.

—Toma, Elaine. ¿Quieres fideos *thai*?

—Claro. ¿Quieres tú de estas... “cosas” con arroz y mango?

La joven rio, azorada, antes de alargar el plato a su mejor amiga por encima de la mesita de café frente al sofá y coger, con poca maña, el cuenco de finos fideos salteados que esta le alargaba. El nombre de aquel plato era impronunciable, como la mayoría de lo que habían pedido, pero no importaba. Elaine se sentía dichosa por primera vez en meses, casi diría que años. Dos mejores amigas, comida tailandesa a domicilio y una película boba con la que pasar el rato mientras cotilleaban... ¿Se podía pedir más?

—Así que... —masticó Erica, terminando de tragar aquella especie de *nigiri* pegajoso y pasarlo con un trago de cerveza de botellín. Las había comprado expresamente antes de ir allí, pero Elaine seguía negándose a beber aquel brebaje amargo. Según Erica, mejor para ella— ¿el bombón ha vuelto a dar señales de vida?

Elaine inspiró hondo, escondiendo parte de su rostro colorado por detrás del cuenco de pasta con verduras.

—Sí, me ha escrito esta mañana... Aunque al pobre lo he dejado sin respuesta hasta la hora de comer.

—¡Oh, Elaine! —fingió escandalizarse Erica—. Bueno, te digo algo: después de las idas y venidas que ha tenido contigo, tampoco se merece otra cosa...

—¡Erica, no seas mala! —la regañó la rubia.

Aunque apenas pudo contener la risa cuando su amiga negó con los palillos frente a su rostro.

—No, señorita. Esto es así —sentenció, con convicción patente, sin dejar de masticar al mismo tiempo y resultando de lo más cómica—. No puedes estar dándole a un hombre todo lo que quiere, cuando lo quiere y estar todo el día detrás de él. —Erica tragó, se metió otra bola de arroz entre los labios y masticó con calma antes de proseguir, también con la boca aún medio llena—. Que él también tendrá que trabajárselo un poco... Oye, pero ¿a qué viene esa cara tan colorada que tienes?

Tarde, Elaine se percató de que sus mejillas ardían como un reactor nuclear, a pesar de haber tratado de camuflarlo por todos los medios. Si algo odiaba de sí misma por norma, era justo eso: cómo su rostro la delataba quisiera o no en la peor de las situaciones. Pero es que, sin quererlo, las imágenes de su sueño habían retornado con energía a su cerebro tras aquella tentadora declaración de Erica... y debió saber que esta no se daría por

vencida. Menos todavía cuando la joven de pelo azul casi soltó los palillos de golpe, se acercó de un salto por el sofá y la escrutó con la misma intensidad que lo haría un felino acechando a su presa.

—Oh, oh. El...

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

Erica entrecerró los ojos con aire de sospecha.

—Tú... Hay algo que no me estás contando...

Elaine tragó saliva. Los detalles más vívidos de su tórrido sueño seguían dando vueltas en su mente. Pero, por algún motivo, no estaba segura de querer compartirlo con ella... Ni con nadie, en realidad. Porque... Por enésima vez: ¿cómo reaccionaría si se enterase, ella o cualquiera de la Zona Alta? La indecisa muchacha lo sentía casi como si fuese un escándalo mayúsculo. Sin embargo, ante su mirada persistente y su insistencia con diferentes palabras y sugerencias, Elaine al final optó por claudicar. Al fin y al cabo ¿no se había jurado no volver a ocultarle nada a su mejor amiga? Fuera como fuese, algo le decía que ella lo entendería. Así, se armó de valor y susurró.

—Vale, te lo cuento. Pero ¿me prometes que no se lo dirás a nadie?

Erica, tras lograr parte de su objetivo, se apartó unos centímetros y pasó a sentarse con las piernas cruzadas, expectante.

—Soy toda oídos. Y nunca he roto una promesa semejante —le recordó, sin acritud—. Así que... ¡Desembucha!

Elaine inspiró hondo, soltando una risita ante la expresión sin poder evitarlo.

—Pues, que... Yo... he... soñado con él esta noche —confesó al fin, en un hilo de voz que parecía decirlo todo.

De hecho, la reacción de Erica no se hizo esperar. De un momento a otro, su rostro cambió de la atención a una absoluta perplejidad; sus ojos se abrieron como platos y se echó las manos a los labios para contener un gemido de anticipación.

—¿Qué dices? ¡Cuenta, cuenta! —la instó, con ojos brillantes—. ¿Era un sueño romántico, o más bien...?

La joven rubia tragó saliva mientras jugueteaba con un mechón de pelo. Ahí venía la parte difícil.

—No... sé hasta qué punto estoy preparada para hablar de algo así... —reconoció, abochornada a más no poder.

Por otra parte, los labios de su mejor amiga formaron una “O” casi perfecta cuando esta escuchó entre líneas sin esfuerzo.

—Venga ya... ¿tan salvaje? —indagó, sin alzar la voz. Tras dudar lo que pareció una eternidad, Elaine asintió y Erica soltó una fuerte carcajada—. ¡Oh, por favor...! Necesito saber más, lo siento...

—Baja la voz —le pidió entonces la interrogada en un susurro, señalando de forma elocuente hacia el suelo—. Que sólo me falta que se entere... quién tú y yo sabemos.

Pero Erica se limitó a sacudir la cabeza y, en cambio, mirarla de una forma que hizo estremecer a la joven rubia.

—Elaine, ¡lo dices como si el resto del mundo no tuviera esas cuestiones! —susurró, obedeciendo con el tono de voz, pero sin perder la expresión morbosa—. Vamos, no puedes avergonzarte de tener sueños húmedos y menos con semejante criatura divina...

—¿Qué quieres decir? —preguntó la muchacha, enarcando una ceja y conteniendo un escalofrío de placer al escucharla, todo en uno.

Su mejor amiga, por su parte, se mordió el labio como si estuviera reprimiendo la risa.

—Pues que... Todo el mundo tiene fantasías, El —expuso, con extraña naturalidad—. Aunque no lo digan en voz alta. ¡Diría que hasta tu hermano!

La joven rubia rodó los ojos, burlona e incrédula al mismo tiempo. ¿Ken, con fantasías?

—Erica, una cosa es lo que nos explicaron a todos en el colegio y, otra... —empezó. Pero calló cuando observó la manera en que la joven de pelo azul la encaraba, con la cabeza ladeada y media sonrisa—. ¿Qué?

Erica resopló como si la respuesta fuese evidente.

—Elaine ¿qué crees que usa la gente para aplicar “lo que nos enseñaron en el colegio”? —preguntó entonces.

Tras tratar de averiguar la respuesta a esa pregunta en su mente, la aludida sacudió la cabeza, ignorante y confundida.

—Eso no tiene sentido... —arguyó, aunque sin demasiada convicción.

Erica, por su parte, enarcó una ceja antes de mirarla de arriba abajo; de una forma que Elaine, sin quererlo, se sintió algo expuesta. Pero casi brincó en el sitio de la sorpresa cuando escuchó su siguiente pregunta:

—El. ¿Tú te aplicas esas enseñanzas de educación sexual, de vez en cuando?

La joven rubia se irguió, sin saber a dónde iba a parar aquella pregunta y sintiendo que estaba en terreno más seguro.

—Sí, claro —declaró al final, convencida—. ¿Quién no?

Erica hizo una mueca indefinida.

—O sea, que te tocas como todas nosotras —aclaró, por si acaso.

Elaine asintió con calma.

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver con que yo sueñe con Ban? —inquirió, aún algo perdida.

—¿Te da miedo acostarte con un hombre? —preguntó entonces Erica, inmisericorde.

—¿Qué? ¡No! —saltó Elaine de inmediato, incrédula de que su amiga saliera por ahí.

—¿Entonces? —insistió esta, para desesperación de la anfitriona.

—No... No sé, Eri —reconoció la rubia al cabo de un rato, confusa y dándose cuenta de que era verdad. En el fondo, no tenía respuesta racional a su terror a expresar sus deseos en voz alta—. Supongo que... tanto tiempo viviendo así, con la apariencia y las buenas costumbres, yo... No me gustaría que nadie se enterase de que tengo... —bajó la voz hasta que fue casi inaudible—. “Sueños eróticos”.

Para su extrañeza, Erica la contempló entonces con increíble afecto; aunque Elaine mantuvo la mirada fija en su plato sin terminar de fideos que ya se enfriaba en su regazo. Sí que era cierto que, a pesar de todo lo inculcado a todas ellas, tanto Erica como Vanessa y alguna de sus otras amigas no tenían reparo en intercambiar experiencias entre ellas respecto al sexo; algo que, fuera como fuese, Elaine nunca había compartido ni aprobado del todo. Sin embargo, tras todas las emociones que Ban había llegado a provocarles desde que lo conoció, la joven Forest empezaba a plantearse sin quererlo si no sería, en efecto, cuestión de puro prejuicio. En el fondo, la aterraba y excitaba al mismo tiempo de una forma que ni ella era capaz de explicarse. Al menos, hasta que Erica volvió a hablar y preguntó, en un tono de voz suave como la seda:

—El, cariño. ¿Puedo darte un consejo?

—Claro —aceptó la aludida, sin pensar siquiera.

Para su mayor tranquilidad, la expresión de Erica se dulcificó aún más antes de agregar:

—Primero, tus sueños son tuyos y de nadie más. Y, segundo, si algún día sales con Ban... En condiciones, ya me entiendes —recalcó, y Elaine

supo de qué hablaba—. Hazme caso y nunca temas decirle lo que piensas de estas cosas ¿de acuerdo?

Elaine se tensó como por instinto. ¿Hablar de sexo... con Ban?

—Erica ¿qué...?

—El —la interrumpió ella, sin violencia—. Aquí arriba —mientras hablaba, señaló a su alrededor y hacia el mar de torres al otro lado de la ventana—, se prodiga la apariencia. Tú y yo lo sabemos, siempre nos lo han dicho. A todas y todos los que procedemos de buenas familias en esta ciudad. Pero, créeme: sea como sea, siempre serás mucho más feliz si tienes a alguien al lado en quien puedas confiar plenamente y sin prejuicio ninguno. —Sonrió con cariño—. En todos los aspectos de tu vida. ¿Me entiendes?

Tras un segundo de duda, Elaine asintió despacio.

—Eri, yo... —empezó.

Sin embargo, la súbita vibración del móvil a su lado la sobresaltó. Tan absorta habían estado en su noche de chicas que Elaine, por primera vez en horas, apenas lo había consultado. Tenía algún que otro saludo de Ban; pero ahora la estaba llamando por sorpresa. La joven palideció, acobardada y mirando alternativamente la pantalla y a Erica. Pero su amiga tenía claro lo que debía suceder y así lo expuso, con expresión de urgencia:

—Pero ¿qué haces ahí parada? —la increpó, empujándole la mano del teléfono hacia la oreja—. ¡Cógelo!

—¿Estás segura?

Erica la miró con súbita severidad.

—Confianza, Elaine. ¿Recuerdas?

La temblorosa muchacha la miró durante varios segundos, indecisa. Pero, al ver cómo su excitada amiga la instaba a responder sin dilación, aquella terminó claudicando y descolgando el teléfono con el corazón encogido de puro nerviosismo:

—Hola, Ban. ¿Qué tal?

PARTE 3 - Premio

Choque de voluntades

—¡Hola, señorita! —resonó de inmediato la voz de barítono de él, arrancándole una sonrisa—. ¿Molesto? ¿Puedes hablar?

—Claro, no molestas para nada —le confió ella, dándole la espalda a propósito a su mejor amiga; más cuando esta empezó a gesticular en su dirección de forma exagerada—. Aquí estamos Erica y yo cenando juntas en casa. Noche de chicas, nada especial.

—¿Oh? Así que habéis hecho las paces ¿eh? —se alegró Ban al otro lado. Por su tono de voz, parecía del todo sincero—. Dale recuerdos de mi parte.

Elaine rio con timidez.

—Sí, está todo arreglado —confirmó, antes de girarse para mirar de reojo a una Erica que la observaba con una expectación rayana en lo absurdo.

La joven rubia tapó entonces el micrófono del teléfono y transmitió el mensaje, apenas vocalizando las palabras con los labios. Su mejor amiga lo captó de inmediato y prueba de ello fueron sus ojos y su boca abiertos al máximo. Cuando la de pelo azul se tapó la cara con un cojín en señal de vergüenza, la benjamina Forest contuvo una carcajada de pura diversión y volvió a liberar el micrófono.

—¿Elaine? ¿Estás ahí? —escuchó entonces.

—Sí, sigo aquí —aseguró ella, antes de sonreír con malicia y otear a una Erica que parecía a punto de saltar del sofá en su dirección—. Eri dice que te los envía de vuelta, por cierto. —Ignorando la mueca de alarma de la otra muchacha, la muchacha prosiguió la conversación. Aunque apoyó la espalda en el frío cristal del mirador, encarando así a aquella y pudiendo transmitirle todo lo que pasaba por mímica—. Y, tú ¿cómo estás?

—Bien, bastante mejor —reconoció él, para su tranquilidad—. Casi no me duele nada... De hecho...

Ban hizo una pausa y Elaine se enderezó, curiosa.

—¿Sí? —lo invitó a seguir.

El chico, por su parte, parecía casi avergonzado cuando respondió:

—Bueno, quería contarte que hoy he vuelto a ensayar en el casino...

—¡No me digas! —se ilusionó ella sin esfuerzo—. Y ¿cómo ha ido?

Ban, con voz algo más animada, pasó entonces a relatarle un poco cómo sus compañeras se habían quedado alucinadas de verlo allí; pero que, dentro de lo posible, el ensayo no había ido mal.

—Aún tengo que recuperar algo de flexibilidad, pero tengo confianza —aseguró.

—Me alegro —respondió Elaine, honesta—, de verdad que sí.

—Gracias. Oye... No quiero robarte más tiempo —le dijo entonces Ban. Elaine hizo una mueca que levantó aún más expectación morbosa en Erica, pero le dejó continuar—. Sólo te llamaba esta noche porque lo he estado pensando... y querría saber si estarías disponible para comer mañana... conmigo.

Su tono había sido tan tímido y comedido que Elaine podía haberse derretido de ternura contra la ventana, nada más escuchar su proposición. Sin embargo, había un detalle de aquel maravilloso plan que la hizo erguirse de inmediato, angustiada.

—Ah... ¿Para comer? —repitió, insegura, cruzando una mirada tensa con Erica—. Bueno... yo... Lo cierto es que no estoy segura de que pueda —admitió, con inmensa pena—. Es que...

Su disculpa, sin embargo, se cortó de golpe en cuanto alguien arrancó el móvil de su mano en un abrir y cerrar de ojos. Atónita, Elaine vio entonces cómo Erica, aparecida junto a ella en un santiamén, alejaba el auricular de su propietaria y se lo ponía sobre la oreja:

—¡Hola, Ban! —saludó, ignorando el súbito terror de la joven Forest ante lo que pudiera pasar—. Disculpa. Necesito tener un minutito con tu chica y ahora mismo te la paso de vuelta ¿vale?

Y, ante el estupor de la aludida, Erica Franklin silenció el auricular mediante un pequeño botoncito con el dibujo de un micrófono. Después, se giró de inmediato hacia su mejor amiga, con cara de circunstancias.

—¿Qué haces? —se molestó la rubia.

—Pero ¿tú estás mal de la cabeza, chica? —la acusó Erica, en cambio, sin más preámbulo y sin responder a la pregunta—. ¿Qué estás haciendo “tú”, cabeza loca?

Elaine sacudió la cabeza, confundida.

—Eri, no puedo salir a comer y tú lo sabes —protestó débilmente—. Mi madre...

Pero la joven de pelo azul la silenció de inmediato con sólo alzar un dedo frente a sus labios.

—¡Ah, ah, ah! No se te ocurra decirme que vas a dejar de salir con ese bombón para cuidar de mamá. No, no te lo permito —reiteró, al ver el gesto fruncido de irritación de Elaine—. Tú te vas a comer con Ban y a mí me dejas el cuidado de tu madre. Y ya está...

La joven rubia dudó, a pesar de que aquella solución le daba la llave de libertad que estaba deseando tener desde el momento en que él le había propuesto aquel plan.

—Pero... —gimió de nuevo, sin demasiada convicción.

—No hay “peros” —la rebatió Erica de inmediato, dejando claro que había perdido la partida mientras le tendía el móvil de nuevo, con gesto severo—. Las dos sabemos que, si no haces esto, te arrepentirás.

Elaine la miró a los ojos, como si aquella muda y última súplica pudiera hacer cambiar de opinión a su mejor amiga. Pero debió saber que no sería nada convincente, sobre todo desde el momento en que ni ella misma quería negarse. Así, tras un hondo suspiro y procurando que no le temblaran las manos, Elaine quitó el silenciador y volvió a ponerse el móvil sobre la oreja para contestar a Ban.

—Perdona, ya estoy de vuelta.

—¿Va todo bien? —quiso saber él, no sin cierto agobio filtrado en su voz.

—Sí, sí. Lo siento si Eri ha sido algo brusca —se disculpó la joven, avergonzada y taladrando con la mirada a una Erica que parecía más pagada de sí misma que nunca—. Entonces... ¿mañana?

—Sí, si puedes...

Elaine inspiró hondo, reuniendo el valor necesario casi sin pretenderlo.

—Sí, puedo —le confirmó, exhalando. Para su sorpresa, su voz sonó del todo convencida cuando preguntó, a continuación—. ¿Dónde quieres ir?

—¿Qué opinas de ir al mismo italiano de la última vez? Lo sé, no soy de lo más original, pero...

—¡Oh, no! ¡Claro que podemos ir ahí! —interrumpió Elaine enseguida, encantada por la propuesta—. De lo poco que vi, me pareció que todo tenía una pinta estupenda...

Al otro lado, se escuchó un jadeo apenas mezclado con una risita que a la joven la conmovió. ¿Estaba preocupado por lo que ella quería?

—De acuerdo —dijo entonces Ban, sin más discusión, pero confirmando sus sospechas apenas mediante la alegría que parecía filtrarse por el auricular—. ¿Sobre la una, entonces?

Elaine asintió para sí.

—Vale. Ahí estaré.

—Y yo... Esta vez lo prometo —aseguró él, arrancándole a la joven una sonrisa—. Créeme, la comida te gustará tanto o más que el sitio...

La joven contuvo una tierna risita.

—No lo dudo. Hasta mañana, Ban...

—Hasta mañana... ¡Ah, por cierto! Dile a Erica de mi parte que nunca te vuelva a soltar como amiga ¿eh? —bromeó el bailarín.

La joven apenas pudo morderse los carrillos a tiempo para no reír ante aquella declaración. Sin embargo, le prometió hacerlo antes de colgar casi con pereza. No quería dejar de oír su voz. Pero el interés inmediato de Erica por saber todos los detalles de la llamada palió un poco esa añoranza; todo mientras ambas intercambiaban, elucubraban y reían acerca de la cita del día siguiente con la complicidad que da una verdadera y sólida amistad.

Al día siguiente, tras pasar toda la mañana nervioso como un gato enjaulado y costarle decidir hasta lo que iba a ponerse para Elaine, Ban se aseguró como pudo de ser lo más puntual posible para su cita en el ‘Settimo Pecato’. Tras años de sequía romántica, el joven se sentía tímido como nunca, pero a la vez confiado. Sobre todo, no quería anticipar lo que podía suceder aquella tarde si aquel ángel rubio y él decidían por fin dar el primer paso en serio hacia una relación más... “íntima”, digamos. Pero no pudo evitar que el corazón le diese un vuelco cuando por fin vio bajarse a Elaine del eterno *Rolls* familiar. Estaba tan elegante con aquel sencillo vestido verde de algodón, las bailarinas a juego y el pelo apenas recogido por una discreta peineta, que Ban notó secarse su boca al verla, mientras el corazón parecía querer estallar en su pecho. A sus ojos, parecía la princesa de un sueño hecho realidad; y el bailarín, a pesar de todo, aún dudaba de que alguien como ella se pudiera haber fijado en él.

—Eh. Hola —la saludó, en cuanto Elaine llegó a su altura.

—Hola. Siento el posible retraso —se disculpó la joven, encantadora como siempre.

Ya no había atisbo de temor o recelo en sus ojos, no como el día de Gladhill o su despedida del hospital. Ban, con esperanzas más renovadas que nunca, tuvo que contener el impulso de abrazarla mientras sonreía con fingida confianza.

—No te preocupes. Al menos esta vez he podido llegar —bromeó.

Por el rabillo del ojo y mientras la invitaba a dirigirse hacia el interior del italiano, el joven vio cómo ella se mordía el labio. Por enésima vez, Ban lamentó no haber acudido la noche en que todo se torció. Con suerte, si era verdad lo que le habían dicho tanto Samael como Wan Zhu, sus responsabilidades con los consejeros de Goliath se mantendrían en espera durante un tiempo. Pero Ban quería hacerse las ilusiones justas mientras sus ojos no podían apartarse de aquella preciosa y brillante cabellera rubia. El bailarín se obligó a respirar con normalidad; algo a lo que ayudó la aparición de la *maître*, una despampanante mujer de pelo corto oscuro y ojos felinos.

—¿Mesa para dos? —preguntó.

—Sí —repuso Ban—. A nombre de Reeves. Por precaución —informó a Elaine cuando estuvieron sentados, casi en la misma mesa que colocaron a la joven en la primera y malograda cita—. Ya que, la última vez, con el nombre...

Ella asintió, sin mostrar acritud alguna en el rostro, pero con gesto de saber de lo que él hablaba. Sin embargo, la joven no preguntó nada hasta que no hubieron mirado la carta y pedido ambos la comida y la bebida.

—Entonces ¿vas a contarme por fin qué ocurre? —se lanzó, en cuanto los camareros se alejaron—. ¿Cuál es ese “gran secreto” del que no podías hablarme hasta ahora?

Su tono, a pesar del inciso, no había sido crítico. Aun así, Ban dudó por enésima vez en aquella semana sobre si de verdad era buena idea hacer aquello. Era la primera ocasión que relataba aquello a otra persona por pura voluntad propia, o al menos a alguien que no fuese del sur de Daleth y no supiera que algo turbio sucedía entre las paredes del *Fairy Kingdom*. Por todo ello, apenas sabía por dónde empezar.

—Antes de contarte nada, quiero que sepas que no siempre he sido... como soy ahora. De más joven... Bueno, tenía que arreglármelas como podía —resumió, sin querer entrar en detalles escabrosos e innecesarios—. Pero... lo primero que quiero que sepas es que por esto que vas a escuchar, sobre todo en los últimos años, no he salido con absolutamente nadie. —Por

los ojos de Elaine cruzó un brillo de temor que Ban conocía bien, pero sabía que ya no podía detenerse—. No quiero poner en peligro a alguien que me importa... —Tragó saliva—. ¿Lo entiendes?

Elaine, al cabo de unos segundos de mirarlo con fijeza, asintió despacio y se humedeció los labios.

—Lo entiendo —le confirmó— y también soy consciente de que yo misma te he pedido saber más sobre esto. Así que... Estoy dispuesta a asumir lo que sea. De verdad.

Ban esbozó una sonrisa, agradecida y diminuta, antes de volver a ponerse serio.

—Tengo una deuda importante que saldar —reconoció de entrada.

La joven ladeó la cabeza con gesto intrigado.

—¿Necesitas dinero?

Ante su cándida pregunta, Ban casi tuvo que contener una carcajada amarga. Ojalá fuera tan simple...

—No, pequeña. Yo... —dudó, sin atreverse aún a hablarle de Valiant. Quizá, algún día; pero todavía le costaba mencionarlo sin revivir con detalle el momento de su muerte—. Esto es algo que el dinero no puede pagar... —expuso al fin.

Como suponía, el rostro de Elaine pasó a mostrar cierta confusión.

—No te entiendo —admitió.

Ban resopló. Iba a ser difícil sólo contarle las partes menos controvertidas, más en un restaurante del centro donde cualquier espía de Goliath podía estar pegando la oreja a su conversación. Sólo lo salvó que trajeran su comida en ese momento. Para él, escalope de buey con guarnición de verduras y para ella, raviolis de espárragos con tomate y pesto. El joven esperó a que ambos tomaran el primer bocado antes de preguntar, en voz aún más baja:

—¿Conoces a los Caballeros, Elaine? —Como suponía, la joven negó con expresión de absoluta ignorancia—. Son una mafia local. Bastante peligrosa.

Elaine frunció el ceño.

—¿Una mafia? —repitió, con evidente incredulidad. Y, ante el asentimiento pesaroso de Ban, agregó—. Pero... No lo entiendo. Me refiero... ¿Qué relación puede tener alguien como tú con esa clase de gente?

Ban enarcó una ceja, sin dejar de sentirse profundamente halagado por su escepticismo.

—¿Alguien como yo? —repitió, sin saber tampoco si había entendido bien su tono.

Elaine tragó saliva, como si dudara sobre qué contestar. Pero, cuando lo hizo, el joven creyó que podría lanzarse a besarla allí mismo.

—Ban, tú eres bueno, amable, honrado y un gran bailarín —le recordó, arrancándole una sonrisa involuntaria que escondió a duras penas su auténtico deseo—. Pero... Si lo he entendido bien y es con ellos que... Ya sabes... —zanjó, sin entrar en detalles. Ban lo agradeció en silencio, conmovido a pesar de todo de que ella hubiera comprendido su situación a la primera—. Lo que tampoco termino de concebir cómo has podido acabar arriesgándote a que una... “mafia” —repitió, como si de verdad no creyese en esa posibilidad— te envíe al hospital de una paliza si no haces lo que ellos quieren. —La joven sacudió entonces su preciosa cabellera, con el gesto arrugado, y sentenció—. Es de locos.

Ban esbozó una sonrisa triste, procurando serenar los frenéticos latidos de su corazón ante todos aquellos alardes de aprecio hacia su persona. ¿Acaso alguien lo había tratado alguna vez con semejante comprensión, fuera de las dos o tres personas de su círculo más íntimo? Si era así, desde luego Elaine se llevaba la palma.

—Es lo que les pasa a los chicos del sur, como yo —suspiró, tras tragar un bocado que le ayudó a disimular los nervios—. A veces, el talento no te lleva tan lejos como el dinero...

Hubiera querido morderse la lengua, pero no había podido evitarlo y aquel comentario se había escapado de entre sus labios sin remedio. Aunque, si la joven se ofendió por aquella mención involuntaria al estatus, no lo dejó translucir. Parecía molesta, sí. Pero su siguiente declaración demostró que era por otro motivo mucho más profundo. El cual, sin quererlo, conmovió a Ban hasta la médula:

—Me niego a creerlo, Ban. Tener a alguien así... Es muy cruel.

El bailarín aprovechó a tragar de nuevo para contener un gesto amargo.

—Es la realidad del sur, Elaine —expuso, aun deseando poder borrar aquella dura certeza de la faz de la Tierra—. Hay cosas que no se pueden cambiar.

Pero ella negó de nuevo, tozuda.

—Todos merecemos una oportunidad para brillar, Ban —le indicó, cruzada de brazos. Al menos, antes de que su rostro cambiase y la muchacha pareciese recordar algo—. Y... ¿Wan Zhu?

—¿Qué pasa con él? —inquirió Ban con suavidad.

—Pues, no sé... ¿No puede ayudarte?

El bailarín mostró de nuevo una sonrisa cargada de afecto.

—Wan ya hace suficiente por mí —le aseguró—. En realidad, me protege todo lo que puede. De hecho —rio entre dientes—, me ha jurado que no me deja volver a subirme a la barra hasta que no me recupere del todo. Así que imagínate...

Un atisbo de sonrisa asomó a los labios de Elaine, pero aún no parecía muy convencida. Sin embargo, cuando terminaron de comer en silencio, ella hizo algo que él no esperaba: acercándose con cuidado, le tomó la mano por encima de la mesa. Él se tensó un instante, pero después le devolvió el apretón con sincero cariño.

—Ban... Me encantaría ayudarte, lo sabes —reiteró la joven entonces, mirándolo a los ojos—. Pero... no puedo hacerlo si no me dejas estar a tu lado. Y quiero estarlo.

Ban suspiró, sintiendo cómo su amor por ella crecía a pasos agigantados en su pecho.

—¿Qué podrías hacer por mí, señorita? No quiero que te hagan daño —susurró, sin ápice de sarcasmo, mientras acariciaba el dorso de sus suaves dedos con el pulgar.

Elaine, para su mayor emoción, no se amedrentó; en cambio, mostró enseguida media sonrisa confiada.

—No soy tan blandita como parezco ¿eh? —bromeó, haciendo que Ban se contagiara y riera por lo bajo.

—No, desde luego que no —corroboró, antes de ponerse serio y clavar la vista en sus manos entrelazadas—. De hecho, no sé ni cómo sigues aceptando verme cuando me he comportado como un capullo contigo.

Elaine lo miró con una ternura que el joven jamás soñó merecer.

—Lo cierto es que... Creo que ahora entiendo un poco mejor lo que hacías... y por qué lo hacías —admitió, antes de mirarlo con ironía—. Pero creo que también has tenido el efecto contrario al deseado ¿no es así? —lo pinchó, antes de volver a observarlo con dulzura y mientras los colores ascendían sin remedio a sus altos pómulos—. Encontraremos una solución ¿de acuerdo? —le prometió—. Confía en mí.

Él acarició sus nudillos de nuevo.

—Siento no poder contarte más, Elaine —se disculpó, sincero y deseando poder abrir del todo su corazón, aunque no fuese el momento ni el lugar—. Pero... tienen oídos en todas partes. Y no quiero darles motivos para que te toquen un pelo —aseguró, mordiéndose el labio—. No podría perdonarme algo así.

Para su alivio, Elaine asintió con naturalidad.

—Te entiendo. Y... No te preocupes —le aconsejó, antes de sonreír con intención—. Me alegro de que al menos podamos seguir viéndonos de vez en cuando ¿no?

Ban la imitó con ganas.

—No te haces una idea de lo que me alegra a mí.

La comida estaba siendo de lo más dulce y relajada. A pesar de la confesión sobre los Caballeros y lo que eso podía suponer para Ban, Elaine se sentía como en una nube mientras se perdía cada poco en aquellos ojos de caramelo que la observaban en todo momento. Y lo más agradable era que lo hacían como si ella fuese un ser de carne y hueso y no un simple adorno, al contrario que mucha de la gente que había conocido a lo largo de su vida. De hecho, sólo de pensar en todo lo malo que había llegado a cruzar por su mente aquella noche; cuando él no acudió a la anterior cita y después, al darse cuenta de lo equivocada que estaba, a Elaine le daban ganas de estrellar la cabeza contra la mesa por estúpida.

Sin embargo, la anticipación por saber lo que él tuviera que contarle había estado royendo sus entrañas durante toda la mañana, más incluso que el hambre; y, ahora, después de escucharlo se sentía sumida en un mar de dudas y preguntas. Pero no era una sensación desagradable. Algo le decía que, fuera como fuese, Ban estaba dispuesto por fin a abrirse a ella y la joven no podía estar más segura de su decisión de apostar por él.

En un momento dado, también recordó con un escalofrío el estado en el que le habían dejado unos días antes y el nombre de Meredith, sin quererlo, resonó en su mente como un latigazo. Tras pensarlo en frío, Elaine se juró que, pasara lo que pasase, haría lo que fuera por vengarse de esa mujer. Que ¿estaba relacionada con la mafia? Bueno, eso no sería un problema. Harvey era un estupendo *hacker* desde siempre, así que seguro que podrían averiguar algo más sobre ella en un abrir y cerrar de ojos.

A la hora de pedir los postres, Ban le preguntó entonces por ella. Elaine, a pesar de todo, no quiso dar grandes detalles. Sabía que podía ser aún más sincera, pero sin mencionar su apellido se sentía... más libre. Más auténtica. Y, sobre todo, más cercana a Ban.

—Nunca me has dicho a qué se dedican —tanteó el interesado.

Elaine hizo una mueca.

—Energía nuclear, cómo no —ironizó, poniendo los ojos en blanco. La pregunta en este caso era fácil—. Me guste más o menos, es la carrera por excelencia desde la última gran guerra. Así que...

—Suená divertido —comentó Ban, aunque la joven detectó la ironía sin esfuerzo.

—No lo es —le aseguró, cómplice—. De hecho, resulta aburrido cuando sabes cómo funciona. Y tiene muchos riesgos —reconoció la joven entonces, con pesar mal disimulado. Pensar en ello le traía malos recuerdos que prefería mantener algo aparcados, al menos de momento—. Pero parece que, en estos tiempos, lo único que importa es llegar más lejos que los demás sin importar qué hacer para conseguirlo —agregó, no obstante, sin poder disimular su rabia—. Sin importar el coste...

—Bueno, creo que ese pensamiento no sólo funciona para los Altos —apuntó Ban, para su sorpresa—. Esa teoría... es moneda de cambio en todas partes.

—Puede que tengas razón —suspiró Elaine, sacudiendo apenas la cabeza para descartar un doloroso pensamiento. No obstante, apenas se sorprendió cuando esa idea terminó verbalizada en sus labios como si expulsara bilis amarga—. Aunque... en nuestro caso, creo que esa ambición le costó la vida a mi padre.

Elaine bajó la vista, pero Ban pareció observarla con más intensidad si cabía.

—Y ¿eso? ¿Qué ocurrió? —preguntó, con calidez.

La joven tragó saliva, procurando mantener las emociones a raya.

—Cáncer —musitó al fin, en voz ronca. Al menos, antes de alzar la vista hacia él y explicar—. Creemos que... fue por la radiación mientras trabajaba en sus experimentos. De ahí que...

Elaine se mordió el labio y calló, incapaz de seguir. Pero la reconfortó sentir, de inmediato, los dedos de Ban apretándose sobre los suyos.

—Lo siento mucho.

Elaine hizo un gesto para quitarle importancia, aunque agradecía aquellas condolencias más de lo que quería admitir.

—La que me preocupa en realidad es mi madre, ahora mismo —suspiró entonces, intentando cambiar de tema y serenarse.

Por lo visto, a Ban no le molestó el viraje de la conversación. Menos cuando preguntó, con suavidad:

—Me has dicho alguna vez que tenías que cuidar de ella ¿no?

Elaine asintió camuflando una sonrisa encantada; recordaba aquella mención en sus primeras conversaciones. Pero era como la primera vez hubiese sido hacía años, no dos semanas escasas.

—Catarsis autónoma, lo llaman —explicó entonces, refiriéndose a la enfermedad de Evelyn en un tono más sereno—. Mi madre no es capaz de moverse ni hacer nada por sí misma, prácticamente. Los únicos movimientos que tiene son reflejos. Y... tampoco reacciona si le hablas o... si pretendes que responda, o te mire a la cara. Es como... si estuviera viva, pero sin estarlo. —La joven respiró hondo, reflexionando—. Supongo que perder a mi padre fue el peor golpe emocional de su vida —confesó, al cabo de unos segundos—. Recuerdo que se querían con locura y siempre estaban juntos, hasta casi para trabajar...

Ban hizo una mueca comprensiva y le acarició los dedos de nuevo en mudo consuelo.

—Lo siento —reiteró. Antes de añadir, para dulce sobresalto de la joven—. Y perdona si hoy te la he liado un poco con eso... No quería entrometerme, de verdad.

Elaine sonrió, conciliadora.

—Gracias. Y... No importa —le aseguró—. Erica me aseguró que se ocuparía de cubrirme en caso necesario...

—Es una buena amiga.

—Desde luego —confirmó ella.

Después de aquello, ambos se quedaron un buen rato en un cómodo silencio, sólo mirando por la ventana. Al menos, hasta que Elaine volvió a hablar:

—Lo cierto es que... No lo entiendo. ¿Por qué los... “Altos”, como los llamáis vosotros, odian tanto el sur? —quiso saber entonces, ante la evidente sorpresa de Ban.

—No tenemos vuestros medios. Y perdón si el apelativo te ha ofendido, antes —se disculpó, visiblemente avergonzado—. La costumbre.

—No me ofendes, no te preocupes. En realidad, tengo que admitir que también he oído ese apelativo en la mentada Zona —lo tranquilizó Elaine de inmediato, sonriendo y haciendo que él la imitase, aunque con expresión aún contrita—. Pero, aun así, sigo creyendo que eso no debería ser un impedimento. Mi padre, aunque fuese un Alto con todas las de la ley en muchas cosas, recuerdo que también soñaba con un mundo más justo e igualitario —relató, nostálgica—. De hecho... decía que si daba con la clave del reciclaje, querría que todo el mundo pudiese compartirla y salir adelante unidos, sin importar quién fuese.

—Todo un idealista ¿eh? Empezaba a preguntarme a quién habrías salido en la familia...

—¡Oye! ¡No te burles! —pidió la joven, aun sabiendo que bromeaba y con las mejillas ardiendo.

Ban, por su parte, sacudió la cabeza y alzó las manos en señal de aparente rendición.

—¡No me burlo! —aseveró, sincero, aunque sin dejar de sonreír—. En realidad, te admiro, Elaine: eres muy buena persona y das todo por los demás sin prejuicios ni miedo alguno. —Al comprobar que ella enrojecía con más intensidad, su gesto se tiñó de timidez, antes de alargar de nuevo la mano hacia ella. Elaine no dudó en volver a entrelazar sus dedos con los de él sobre la mesa—. La verdad es que... Ojalá hubiese más gente en el mundo como tú.

La joven, halagada hasta el extremo, apartó la vista casi sin quererlo. Sentía que, si él la miraba a los ojos en aquel momento, vería todo el maremoto de sentimientos que corría por sus venas. Pero al hacerlo se fijó, de forma fortuita, en el pequeño tatuaje de la muñeca de Ban; aunque este pretendiese esconderlo apenas bajo una ajada pulsera de cuero.

—Oye. Y ¿ese símbolo? —preguntó, curiosa.

Ban siguió su mirada y, por alguna razón, sus mejillas pálidas parecieron adoptar de nuevo un ligero tono rojizo.

—Ah, bueno... —rio, como si le diese vergüenza que lo hubiese descubierto—. Sólo es... un tatuaje que me hice hace mil años. Llámalo “rebeldía adolescente” —se chanceó.

El joven hizo entonces un gesto para restarle importancia, pero no reculó cuando la joven le giró muy despacio la mano, para analizar el diseño con más detalle. Cuando Elaine descubrió qué era en realidad aquella pequeña figura, abrió los ojos con genuina sorpresa y sonrió.

—Bran... —susurró. Y, ante su ceja enarcada, agregó—. La leyenda del dios Bran ¿no? ¿Es por eso por lo que te tatuaste un cuervo?

Orgullosa, vio cómo él sonreía con algo que parecía cierto ego mal disimulado.

—Buen ojo, señorita —la alabó—. ¿Cómo lo has sabido?

Ella se encogió de hombros.

—Mis “oportunidades”, supongo—repuso, mordaz.

Él rio con fuerza.

—*Touché* —la imitó, burlón; haciendo que ella frunciera el ceño, sarcástica. No obstante, al ver que los dedos de la joven también acariciaban la vieja pulsera, agregó acto seguido—. Ese es un recuerdo de mi madre. No es que las cosas fueran geniales en casa, más bien al contrario —reconoció—. Pero... admito que se la robé en un momento de pataleta. Qué quieres —alegó, cuando vio que ella lo miraba con falso reproche—. Me gustaba y ella no lo usaba... ¡Para mí! —El joven hizo un gesto como si robase algo imaginario en el aire. La joven sacudió la cabeza, incrédula pero enternecida en parte por aquel recuerdo. Sin quererlo, su mano libre acarició la peineta sobre su pelo y vio que Ban seguía su gesto con la mirada—. ¿Otra joya birlada a una madre? —preguntó entonces él, aunque sin asomo de burla.

Elaine, por su parte, negó con la nostalgia pintada en el rostro.

—En realidad, esto fue un regalo de la mía por mi dieciséis cumpleaños —le confió—. Es mi peineta favorita.

Ban sonrió, comprensivo.

—Es preciosa.

—Gracias.

De repente, ante aquel intercambio fue como si algo cambiase entre los dos; sin quererlo, ambos sintieron un escalofrío ascender por sus espaldas casi al mismo tiempo y sus manos se soltaron como si se dieran calambre. Sus rostros se colorearon de rojo mientras apartaban la vista el uno del otro y callaban, inseguros. Tras varios segundos, Ban carraspeó y sugirió pedir la cuenta. Elaine, aun intuyendo por dónde podían ir todas aquellas señales, aceptó. Ambos esperaron entonces, sumidos en una extraña tensión, a que los camareros trajeran el pago. En este caso, Ban no se dejó invitar e insistió en pagar él, con lo que Elaine terminó por claudicar sin demasiado esfuerzo. Era cierto que tampoco estaba segura de cuántos ingresos le quedarían a por su baile, si la mafia estaba encima de él, pero en esta

ocasión prefirió no preguntar. La situación, fuera como fuese, era tan idílica que parecía un sueño hecho realidad y ella sólo se dejaba llevar por él.

De cualquier forma, el momento más álgido de aquella comida llegó cuando ambos salieron de nuevo al exterior. Por alguna razón, la mano izquierda de Ban se había apoyado en la base de la espalda de Elaine al instarla a salir del restaurante; pero el hecho de que sus dedos siguieran ahí un rato después de emerger a la acera hacía que la joven notase los nervios a flor de piel. Cuando se giró hacia Ban para despedirse, sorprendió una mirada intensa en sus ojos de caramelo y se estremeció. Los dos parecieron quedarse un instante congelados en el tiempo, sólo mirándose con fijeza. Sus cabezas distaban unos treinta centímetros en altura la una de la otra; pero, cuando Elaine vio que los labios de él descendían muy despacio hacia ella, optó por cerrar los ojos y dejarse llevar. No había nada que deseara más en el mundo que besar a Ban y, si no se equivocaba, estaba a punto de conseguirlo... De nuevo.

Sin embargo, cuál no fue su enfado cuando, antes de que llegara el ansiado momento, un claxon sonó tras su espalda, alertándolos. La pareja se separó como por impulso, mirando hacia la fuente del sonido con sentimientos encontrados. Sin embargo, cuando Elaine vio bajar a Clarence del coche, estuvo a punto de soltar un improperio y regañarlo por ser tan inoportuno. Aunque su rostro contraído por la preocupación la hizo olvidar toda su animosidad de golpe, más aún cuando el chófer pronunció:

—Señorita, tenemos que irnos. Su hermano quiere verla de inmediato.

Elaine, reticente, se giró por un instante hacia Ban. Pero este asintió enseguida con media sonrisa comprensiva que a la joven casi le dolió más que la interrupción. No obstante, su humor mejoró un poco cuando él se acercó, le acarició la mejilla con una mano y le besó el dorso de la opuesta. Cuando se incorporó, además, Ban sonreía de tal forma que Elaine pensó que se iba a derretir:

—Hasta pronto, señorita —le deseó con cariño, demorando el hecho de soltar sus dedos hasta el último momento antes de separarse—. Llega bien a casa ¿vale?

La aludida, radiante de felicidad a pesar de todo, asintió con rapidez antes de despedirse con un gesto de la mano y adentrarse en el coche. Sin embargo, en cuanto Clarence arrancó y mientras volaban a través de Daleth en dirección a la Torre Forest, Elaine no podía concebir qué podía ser tan

importante como para haber interrumpido la mejor velada de su vida... Para su desgracia, no tardaría en averiguarlo de la peor de las maneras.

No puedo más

Cuando el coche estacionó frente a la Torre Forest, para mayor inquietud de Elaine, Barrows estaba esperando a escasos metros de distancia de la puerta del aparcamiento. Su rostro estaba tan plano como siempre, pero eso no tranquilizó a la joven en absoluto. Tras despedirse del chófer y saludar a la asistente con educación, ambas mujeres tomaron el ascensor que las llevaría hasta la sala de reuniones de la planta cuarenta y cuatro. Un lugar que, sin quererlo, traía muy malos recuerdos a la benjamina de la familia.

Ken se encontraba junto a la ventana, dándoles la espalda y con las manos enlazadas sobre la misma en actitud reflexiva. En cuanto Elaine se adentró por la puerta de cristal, flanqueada por la mujer morena, el hermano mayor se giró. En cuanto vio su expresión rígida, la muchacha quiso salir corriendo de inmediato.

—Gracias, señorita Barrows —despidió aquel a su ayudante. Y, cuando esta se retiró, el joven se giró hacia la otra Forest sin mudar el gesto—. Elaine.

—Hermano. ¿Para qué me has hecho llamar? —quiso saber ella, procurando mostrarse lo más serena posible.

Él, como si no la hubiera escuchado, caminó despacio en su dirección. Sólo entonces, la muchacha se dio cuenta de que llevaba algo en las manos. Unas finas láminas brillantes que casi pararon el corazón de Elaine cuando las lanzó frente a ella, sobre la mesa, y ella vio lo que había allí reflejado. Aquellas tres fotos mostraban momentos de Ban y ella cuando se habían encontrado en el Settimo Pecato, unas horas antes. Y su actitud, Elaine era consciente de ello, no daba lugar a dudas sobre su cercanía. Por la misma razón, la joven intuía por qué su hermano estaba tan molesto.

—Esperaba que me explicaras esto —expuso Ken, desapasionado, confirmando sus sospechas. Ella se negó a responder enseguida, mientras

separaba apenas las fotografías con dedos temblorosos y las escrutaba, pálida como una muerta—. ¿Por qué me has mentado, Elaine?

La joven tragó saliva. En parte, se sentía algo avergonzada de haberse escabullido. Esperaba que, al menos, no hubiesen castigado a su mejor amiga en exceso por cubrirla apenas una hora. Pero, como esta había dicho, ni podía ni quería negarse a ver a Ban una vez más. Y ahora estaba más convencida que nunca de que había merecido la pena.

—¿Dónde está Erica? —preguntó, temerosa y eludiendo la pregunta.

—Ya se ha ido a casa —replicó él, cortante—. En cuanto Irina llegó, la vi salir del ascensor como si huyera de algo. Y, poco después, es cuando me llegaron estas fotos.

Elaine jadeó a causa de una súbita ira. ¿Quién podía haberle hecho aquello y, además, tener tan mal gusto de ir a contárselo al instante a Ken? No obstante, al contemplar la cara contraída de su hermano mayor, algo le indicó que primero debía lidiar la batalla que tenía ante sí... Después, ya vería cómo encontraba el resto de las respuestas a aquella anónima traición por su cuenta.

—Ken, está bien —admitió entonces, cansina, mientras se erguía para encararlo del todo con expresión arrepentida—. Siento no haberte dicho que había quedado con un amigo a comer...

—¿Un amigo? —repitió él, masticando despacio cada palabra con una ira que la joven no vio venir y cortó su discurso de golpe. Al menos, antes de cambiar en tono a uno algo más temeroso—. Elaine ¿acaso sabes dónde te estás metiendo?

—¿Qué tienes en contra de Ban? —lo acusó ella, molesta.

—Lo primero, que es un sureño —replicó Ken, sin vacilar—. Y, lo segundo... —Meneó la cabeza con obvia incredulidad—. ¿No sabes para quién trabaja? ¿De verdad?

Un escalofrío recorrió la espalda de Elaine de punta a punta. ¿Sabía quiénes eran los Caballeros?

—¿De qué me hablas? —susurró, por si acaso estaba equivocada.

Ken, por su parte, tamborileó sobre la mesa con los dedos antes de responder, impaciente:

—Hace una hora escasa ha venido una mujer a verme. Una tal señorita Glauben. ¿Te suena? —Elaine sacudió la cabeza de inmediato, con la extrañeza pintada en el rostro—. Bueno, no importa. La cuestión es que me ha enseñado estas fotos y me ha contado que te estabas viendo con ese...

“sureño” —dijo, con desprecio—. Resulta que tu “amigo” trabaja para Goliath Fairmont, Elaine. ¿A que eso sí te dice algo? —La palidez de Elaine debió ser lo bastante elocuente para que Ken estallara—. ¡Exacto! ¡Fairtech! ¡Uno de nuestros mayores rivales en la carrera energética en esta ciudad! Y ¿me dices que no sabías nada?

—¡Ban no trabaja en Fairtech! —lo rebatió ella de inmediato—. Ban es... —dudó, pero al final se decidió a confesar—. Es el bailarín principal en el *Fairy Kingdom*, para tu información.

El rostro de Ken no tuvo precio ante aquella declaración.

—Un bailarín de casino... —repitió, como si no lo creyera, antes de resoplar con fuerza y poner los ojos en blanco—. Por favor, Elaine. Esto se pone mejor por momentos...

—Ban es una bellísima persona, Ken —rechinó la joven tras su espalda. Cuando él la encaró con obvio escepticismo, Elaine se obligó a controlarse para no salir corriendo de la sala mientras agregaba—. Y... es el mejor hombre que he conocido en mi vida.

Su hermano palideció de forma visible ante aquel comentario. Elaine, sin quererlo, intuyó que parte de este lo había ofendido. Sin embargo, Ken no contestó enseguida. Al contrario, pareció meditar durante unos segundos antes de suspirar con un cansancio que a la joven le puso los pelos de punta.

—Elaine... —la llamó, en tono agotado—. Lo cierto es que, de todo lo que había pensado, esto no me lo esperaba... De verdad.

—Hermano, confía en mí. Por favor... —suplicó ella—. No sé por qué esa mujer te ha dicho eso, pero...

Pero él negó de inmediato con la cabeza y, en cambio, le mostró una mirada pétrea.

—Para, Elaine. Por favor —declaró, seco—. Me da igual si es cierto o no lo que me han dicho. Pero esto no deja lugar a dudas. —Señaló las fotos mientras hablaba, encogiendo el corazón de su hermana menor a cada palabra—. Sea como sea, lo siento, pero no pienso consentir que mancilles así el nombre de la familia. No cuando hemos sufrido tanto y nos ha costado tanto salir adelante.

Elaine jadeó, incrédula, recordando una situación muy similar de apenas dos semanas atrás. Creía que aquello estaba superado, pero claramente se equivocaba.

«Otra vez no. Esto no».

—¿Qué estás diciendo?

Ken la encaró sin emoción alguna en el rostro.

—Recoge tus cosas —le indicó, ignorando su pregunta—. Te vas a ir a Trebes unos días a reflexionar.

—¿Qué? —se escandalizó la aludida—. ¡No! ¡Me niego!

—¡Sí, Elaine! —insistió él, rudo—. Y ¡no te atrevas a replicarme! —la amenazó, alzando la voz un poco más—. Soy la cabeza de esta empresa, de esta familia. Y si me obligas a tomar medidas drásticas para que todo no se vaya por el desagüe ¡lo haré!

Ella sollozó, sin poder creer que aquello estuviera sucediendo de verdad.

—Te odio —le espetó, entre dientes—. Eres insoportable.

Él, por su parte, apenas reaccionó ante aquello. Al menos, antes de tender la mano hacia ella.

—El móvil —pidió, sin lugar a excusas.

—No —rechazó ella, temiendo lo que viniese después.

Pero la mirada de Ken, para su mayor temor, se tornó aún más oscura.

—No me obligues, Elaine —le pidió, bajando de nuevo el tono, pero sin perder el deje déspota—, o tendré que pedir que venga seguridad a quitártelo por la fuerza.

La joven tragó saliva y lo observó, anonadada. Aquel no era su hermano, no el que ella conocía. Sin embargo, al ver que su semblante no mudaba un ápice, se rindió y puso el aparato sobre los dedos del joven.

—Avisaré a Clarence para que te lleve en media hora —le indicó este entonces, como quien constata un hecho irrefutable—. Coge lo que consideres necesario para quedarte allí una temporada.

—¿Qué pasa con mamá? —quiso saber Elaine, esperando por un momento que aquello hiciera recular a Ken en su decisión.

—Hablaré con Greta —repuso él, no obstante y para su mayor desazón—. Ella se ocupará de mamá hasta que vuelvas.

Elaine, derrotada, se dejó entonces conducir de vuelta a su apartamento, flanqueada como siempre por la asistente de su hermano. Sin embargo, las lágrimas no dejaron de caer desde sus ojos desde que salió del despacho hasta que Clarence aparcó, cuarenta minutos después, frente a su nueva cárcel temporal.

Al día siguiente, la mañana amaneció tan espléndida que Ban no se sorprendió al recibir una propuesta de Malcolm para salir poco después. El

propósito era pasear con Isabelle y Dana por el Gorlois. Y, aunque al joven no le hacía demasiada gracia salir con la estirada bailarina, por su mejor amigo y su novia aceptó sin pensarlo más. Desde la tarde anterior, necesitaba no tener excusas para pensar o creía que iba a volverse loco.

Mientras caminaban, charlaban y reían, la sombra de los árboles permitía refugiarse del intenso calor del sol. Pensar en ello, justamente, hizo que Ban escrutase el móvil por enésima vez desde la tarde anterior. Por alguna razón, Elaine había dejado de contestarle a los mensajes desde que se habían separado y el temor a que le hubiese pasado algo lo carcomía por dentro sin piedad. Sin quererlo, se sentía culpable hasta el extremo al pensar que su confesión en el italiano la había afectado hasta el punto de hacerla desaparecer. Pero tampoco había habido noticias de que ninguna Alta fuese echada en falta en las últimas horas. Aun así, aquello sólo acrecentaba su ansiedad.

—Eh ¿estás bien? —preguntó Isabelle, rezagándose para ponerse a su altura.

Malcolm y Dana los precedían, charlando de sus propios temas. Así, los dos de detrás tenían cierta intimidad para hablar entre ellos. Sincero, Ban sacudió la cabeza con fuerza en respuesta, con la vista aún clavada en la pantalla.

—Estoy preocupado, Bells —le confesó, en un hilo de voz, antes de preguntar con esperanza—. ¿Has sabido algo de Vanessa?

Para su desazón, la muchacha meneó su melena platino, aunque con la impotencia pintada en sus delicados rasgos faciales.

—Aún no. Creo que ha intentado hablar con Erica y esta, a su vez, trató de contactar con el hermano de Elaine —explicó, apenada—. Pero no ha habido suerte.

Ban retorció los labios.

—¿Crees que le ha pasado algo? —musitó, angustiado—. No es normal en ella no contestar, o tardar tanto...

«O quizá se ha dado cuenta de que no le mereces la pena», lo azotó una voz insidiosa en su cabeza, a la que procuró ignorar por todos los medios.

—Oye, Ban. Seguro que todo está bien —intentó animarlo la joven de ojos azules—, ya lo verás.

—Sí —corroboró Malcolm, que a pesar de todo llevaba una oreja pegada a la conversación en todo momento, antes de elegir una zona despejada de hierba cercana e invitarlos a todos a sentarse. Se encontraban

en una sección apartada frente al lago central del Gorlois y la escena era casi idílica. Pero Ban no apreció nada de eso mientras sus ojos se clavaban con intensidad en su mejor amigo—. Tranquilo, Romeo. Seguro que tu chica tiene la nariz metida en otra cosa y se le ha pasado contestar...

—Capitán, otro chiste como ese y vas al agua de cabeza —gruñó el bailarín sin pensar, molesto.

—¡Ban! —lo regañó Dana.

Y, aunque el aludido sabía que se había pasado en su reacción, la ignoró sin quitar la vista de encima al rubio. Este, por su parte, se limitó a silbar mientras se recostaba sobre la hierba con las manos debajo de la cabeza.

—Bueno, bueno. Pues ¡sí que estás susceptible hoy! —lo acusó, sin asomo de burla.

El bailarín, por puro impulso, se incorporó con rabia para lanzarse sobre su amigo y hacerle cerrar aquella bocaza como fuese. Sin embargo, antes de que pudiese siquiera acercarse medio metro, la voz de Isabelle los retuvo a todos en el sitio.

—¿Vanessa? —Con el corazón acelerado, Ban se giró despacio hasta comprobar que la joven se llevaba el móvil a la oreja—. ¿Cómo? ¿Estás segura?

Olvidada su molestia contra Malcolm, el joven más alto se sentó de inmediato junto a Isabelle con expresión angustiada. Y su humor no mejoró cuando vio que, pregunta a pregunta y comentario a comentario, el semblante de aquella cambiaba paulatinamente de la sorpresa a la irritación.

—Ajá... ¿Qué? ... Pero ¿cómo...? ¡Oh, por favor! ¿Es que Ken no tiene sentimientos o qué le pasa?... Ajá... *Ok*, no te preocupes. Encontraremos una solución. Claro. Adiós.

—¿Y bien? —preguntaron los otros tres, casi al unísono, para sobresalto de la muchacha.

—Yo... —arrancó, insegura, al sentir tres pares de ojos clavados en su rostro—. Era Vanessa. —De inmediato, se giró hacia Ban y este temió lo peor—. Resulta que... ha conseguido hablar con el hermano mayor de Elaine.

Ban sintió un escalofrío bajar por su espalda.

—¿Y? ¿Dónde está? —exigió saber, sin atender a nada más.

Isabelle apretó los labios y, de golpe, su propia expresión pareció cambiar a un intenso enfado. Pero no contra Ban.

—Pues... Resulta que ese desgraciado ha decidido que Elaine se tenía que ir de “retiro estudiantil” —recalcó las dos palabras con desdén—, pero no quiere decirle a nadie adónde la ha enviado.

Ban cerró los puños hasta clavarle las uñas en las palmas. Conteniéndose a duras penas, con los dientes apretados, para no soltar una palabrota y salir corriendo del parque. No sabía dónde estaba el hermano de su amada, pero le daba igual. No pararía hasta encontrarla. Sin embargo, quien sorprendió a todos saltando como un resorte en aquel instante fue una furibunda Dana:

—Pero... y ¿ese imbécil quién se ha creído que es? —exclamó, casi levantándose de un salto—. ¿Acaso piensa que puede controlar todo lo que desea sólo por ser un Alto? O ¿qué?

—Bueno —repuso Isabelle, prudente—. Si recuerdo bien, Ken lleva al mando de la empresa familiar desde hace casi un año, cuando murió su padre... —explicó—. Y, según Vanessa, por testamento tiene potestad sobre Elaine hasta que vaya a la universidad. O eso es lo que ella ha oído...

Ban recordaba cuando Elaine le había hablado, con mucha tristeza, sobre la muerte de su padre y la situación de su familia. Así, casi sin quererlo, odió todavía más a aquel engreído por controlarla de esa manera: casi como si ella no tuviera derecho a opinar ni a decidir por sí misma. Qué ciego había estado... Cuando ella le había hablado de sentirse como una persona de carne y hueso con él, siempre pensó que exageraba. Y ahora podía ser demasiado tarde para sacarla de ahí.

—Me da igual —sentenció acto seguido Dana, tozuda—. Ser el cabeza de familia no te da derecho a ser un déspota. —Como para enfatizar sus palabras y para estupor de los presentes, la joven se incorporó entonces del todo y, ya en pie, tendió la mano a Isabelle con expresión decidida—. Vamos, Bells.

—¿Qué? ¿A... dónde, Dana?

—¿Adónde va a ser? —exclamó la bailarina, como si fuera obvio—. A dejarle claro a ese pedante que no puede hacer lo que le plazca con alguien tan bueno como Elaine.

Aun dentro de su enfado, Ban no pudo dejar de agradecer el gesto de la joven Mackenzie. Sin embargo, antes de poder levantarse también y decir que los acompañaba, un gesto de aquella lo frenó en seco.

—¡Ah, no! Chicos, vosotros os quedáis aquí.

—¿Qué? ¿Por qué? —protestó el más alto, deseando ayudar.

Pero, ante la pregunta, Dana sonrió con coquetería y le guiñó un ojo. Al menos, antes de ronronear:

—Por favor, Ban. No es por nada, pero... ¿Qué hay del toque femenino para estas cosas?

—Bells ¿tú estás segura de esto? —preguntó Dana, ajustándose la falda por enésima vez, mientras el pequeño Seat volaba en dirección a la Zona Alta.

El vestido de tonos violáceos que le había prestado Isabelle en su casa, por donde habían pasado a vestirse antes de ir a ver al presidente de Forest Energies, le ajustaba más de lo que le gustaría en la zona del pecho y las caderas. Sin embargo, no se había atrevido a contradecir a Isabelle cuando esta le había asegurado que le favorecía y resaltaba sus ojos. La otra muchacha, por su parte, apenas despegó la vista de la carretera mientras ambas cruzaban el Kent a gran velocidad. Tan solo asintió con sequedad y pronunció:

—Hace mucho tiempo que no tengo tanta vestimenta... “acorde”, digamos, a donde nací —puntualizó—. Pero creo que con eso pasarás desapercibida. Tú confía en mí y todo saldrá bien.

Dana se volvió a remover en el asiento, incómoda. La joven Lionheart había optado por un conjunto de seda color azul cielo, pantalón amplio y camiseta ceñida de cuello alto. Los adornos nacarados de este último y las mangas, según cómo se moviera Isabelle, parecían prolongaciones de su propio pelo platino, que llevaba recogido en un moño prieto. Su atuendo, dicho sea de paso, parecía algo más cómodo. Aunque también era cierto que Dana, teniendo formas tan generosas como las de Isabelle o más, medía casi diez centímetros más que ella. De ahí, seguramente, que el vestido le apretase en sitios bastante incómodos de su anatomía y le quedase más corto de lo deseable.

Nerviosa, Dana suspiró y apartó la mirada. No se lo había dicho a Isabelle, de tan segura que estaba de su plan cuando lo planteó, pero se sentía algo desplazada sólo de pensar que se iba a encontrar con un Alto de ahí a pocos minutos. Si bien era cierto que los Mackenzie eran de la zona media acomodada de Daleth, los del otro lado del río seguían mirándolos con el mismo desdén que al resto. Pero le había perdido la lengua y, ahora, era tarde para arrepentirse. De hecho, su incomodidad sólo se acrecentó cuando terminaron de serpentear por las elegantes autopistas urbanas, más

de veinte minutos después; entonces, Isabelle enfiló la entrada de uno de los complejos empresariales del lugar. Dentro de aquella nube de edificios, la Torre Forest no era la más alta del lugar; pero, sin duda, tenía elegancia en esas leves curvas que apenas suavizaban la cuadratura del edificio.

—¿Identificación? —preguntó el guardia de seguridad, sacando a la bailarina clásica de sus ensoñaciones y obligándola a prestar atención a lo que sucedía a nivel del suelo.

Isabelle, por su lado, compuso una mueca encantadora que Dana apenas le había visto en aquellos dos años; y pronunció, segura de sí misma:

—Oh, perdón. Me temo que vengo sin cita y se trata de una urgencia. —Aleteó las pestañas con coquetería—. ¿Podría indicarle al señor Forest que la señorita Lionheart ha venido a verlo, por favor?

Para mayor sorpresa de Dana, o no, el rostro del guardia cambió de inmediato del escepticismo al reconocimiento en cuanto escuchó su apellido. Tanto que, en apenas un par de segundos, se apartó y levantó la barrera accionando un botón cercano.

—Por supuesto, señorita Lionheart. Ahora mismo lo aviso de que está usted aquí —le indicó, junto con una seña para que avanzara—. Por favor...

—¡Muchas gracias!

Isabelle le dedicó una última sonrisa al guardia antes de girar el rostro y cruzar la barrera, sin mirar atrás ni una sola vez. Ahora, su expresión era tan seria que casi daba miedo y Dana apenas se atrevió a preguntar hasta que no estuvieron en los ascensores, pasada la recepción y la indicación de que venían a ver al presidente de la compañía.

—Vaya, Bells...

Para su alivio, la joven retomó la sonrisa amable en cuanto se giró hacia ella.

—¡Oh! Lo siento, Dana. Hace mucho que no hago esto... Espero no haberte asustado.

Su amiga, en cambio, emitió un silbido de admiración que claramente denegaba la disculpa.

—Guau... Reconozco que no conocía esta faceta de ti... Pero ¡me encanta! —aseguró, riendo.

Isabelle la imitó.

—Gracias, Dana. Aunque espero no tener que usarla muchas más veces —aseveró, justo en el instante en que se abría la puerta de la planta cuarenta y cinco.

Su destino era el despacho de Ken. Cuando las dos muchachas salieron al pulido rellano, dudaron sólo un instante antes de que la ex Alta las guiara hasta una adornada puerta de cristal translúcido. Sobre una placa discreta, se leía:

“Kenneth Forest, presidente”.

—¿Lista? —preguntó Isabelle, con un guiño.

—No lo sé —dudó Dana, mirando a su amiga y a la puerta, más insegura que nunca—. Y... ¿tú?

Ante lo cual, la del pelo platino se limitó a llamar a la puerta con los nudillos y una sonrisa confiada. Al instante se escuchó un: “adelante”. Por ello y con expresión decidida, Isabelle Lionheart echó mano al picaporte y empujó el cristal de inmediato con infinito cuidado. Al otro lado, las dos jóvenes se encontraron entonces con un despacho más pequeño de lo que quizá hubiesen esperado, cubierto por una enorme estantería en el lado derecho y ocupado por una gran mesa de roble en el centro. Sentado frente a esta, a la izquierda de las dos jóvenes, se encontraba un muchacho de unos veinte años, cabello castaño y dos profundos ojos avellana que se abrieron de par en par al verlas llegar.

—¿Isabelle? —preguntó, al cabo de unos segundos de tenso silencio, como si le engañase la vista.

La aludida, sin amedrentarse, se adelantó y lo encaró por encima del escritorio con los brazos en jarras.

—Cuánto tiempo, Ken. ¿Qué ocurre? —lo interrogó entonces, sin asomo de calidez—. ¿Esperabas a otra persona?

Ante el gesto apenas perceptible que cruzó el rostro del joven millonario, Dana sospechó que así era. Y, de golpe, la certeza llegó a su mente y le hizo morderse los carrillos con fuerza para no reír. Aquel engreído esperaba a Vanessa o a Madeleine. Jamás hubiera creído que Isabelle, “la descarriada”, tendría las narices de aparecer por su torre. Bueno, pues ahí la tenía; y la muchacha no tenía una actitud precisamente amistosa. Aun así, cuál no fue la sorpresa de la muda espectadora cuando, casi sin mirarla dos veces a ella, Kenneth Forest —o Ken, como lo llamaba Isabelle— se levantó de la silla y las enfrentó de brazos cruzados. Eso sí, a una distancia prudencial y aún parapetado por su gran escritorio.

—Confieso que sí, me sorprende verte “a ti” aquí, Isabelle —replicó entonces el veinteañero, con expresión en apariencia relajada, pero

marcando a propósito el pronombre dirigido a la joven y usando un tono no exento de cierto fastidio—. ¿Qué quieres? No tengo mucho tiempo...

Ante lo cual, Isabelle sí que dejó caer del todo la máscara de amabilidad y niña rica que había mostrado en todo el camino desde la garita hasta allí. En un instante, su rostro se tornó casi rojo de ira y apuntó al presidente Forest con un dedo acusador, todo en uno.

—Vengo porque sé que le has limitado las comunicaciones a Elaine y ninguno hemos conseguido localizarla hasta ahora —lo acusó. Y, ante su terrible pasividad, añadió con tristeza—. ¿Acaso te parece justo para ella? ¡Contesta!

Kenneth frunció los labios, sin dejar de mirarla con fijeza, pero sin inmutarse en apariencia por su ira.

—Aprecio tu preocupación por mi hermana, Isabelle —declaró. en cambio y en un tono que desmentía del todo aquella afirmación—. Pero... Elaine no es asunto tuyo. Yo soy el que vela por su bienestar —indicó, mientras comenzaba a pasear hacia el ventanal con aire de aparente despreocupación—. Entiéndelo. Elaine tiene que pensar en su futuro y no pienso dejar que marque la reputación de esta familia saliendo con un... sureño.

Ante aquel apelativo, dicho de esa forma tan despectiva propia de los Altos más encastados, ambas muchachas se quedaron boquiabiertas al mismo tiempo. Por supuesto, aunque ahora las dos fueran de un estrato medio, les dolía igual que a cualquiera sentirse tratadas como seres inferiores. Sin embargo, antes de que Isabelle pudiese siquiera replicar, una sombra violeta la pasó de largo y se encaró con Kenneth Forest a un metro escaso de distancia. Considerando que el joven era de la estatura de Isabelle si no unos centímetros más bajo, y de no ser por la tensión que impregnaba cada centímetro cúbico del ambiente, la escena podía haber sido casi cómica.

—Mira, niñato engreído, no sé quién te has creído que eres —le espetó entonces Dana desde su altura, ni corta ni perezosa—; pero a tu propia hermana jamás deberías tratarla así. Ha sufrido más de lo que nadie debería y por eso se merece una oportunidad con la persona a la que quiere. ¿Te enteras?

Tras reponerse de la evidente sorpresa de ver a una joven enorme, curvilínea y embutida en un ceñido vestido berenjena, aparte de con claro aire de proceder del otro lado del Kent, Kenneth Forest se irguió con toda la

dignidad que pudo reunir y retrocedió un paso sin aire de amedrentarse por su actitud. Por el contrario, encaró a la joven bailarina desde una distancia más prudente mientras se ajustaba la impoluta camisa; y, después, carraspeó con aire de suficiencia:

—Y ¿tú eres...? —preguntó, igual que si no le importase lo más mínimo.

Dana, por supuesto, apretó los puños ante aquel descaro y lo fulminó con la mirada.

—Alguien que se preocupa por Elaine —replicó, como si él fuese estúpido—. ¿Te importa?

El millonario, al escuchar aquello y abandonada toda cortesía de un plumazo, tensó la mandíbula y la taladró a su vez con la mirada, rojo de ira:

—¿Una niña sin escrúpulos como tú sabe “lo que es mejor para ella”? —se mofó—. Eso es nuevo, la verdad. Pero no lo creo —aseguró en el mismo tono. Dana tenía ganas de abofetearlo, pero se contuvo a tiempo mientras ambos se enfrentaban a corta distancia—. Así que lárgate por donde has venido y déjanos hablar a los que tenemos algo que decir.

—Mira, ricachón de pacotilla —lo insultó ella entonces, sin dar muestras de haberse ofendido aunque fuese así—. Ban es uno de los mejores hombres que he conocido jamás, así que ¡no te atrevas a decir que no sé de qué hablo! —estalló.

Sin embargo, para su sorpresa, aquella mención pareció cambiar el humor del millonario como por ensalmo. De repente, su postura se relajó, sus ojos se entrecerraron y su rostro mostró una frialdad aún más aterradora.

—Conque, Ban ¿eh? —repitió el joven, en un tono donde se filtraba el desprecio como el agua por la fisura de una cañería vieja; lenta e imponente—. Sí, he oído hablar de él...

—Ken, por favor... —intervino entonces Isabelle, haciendo retroceder a Dana con un suave gesto—. Elaine no se merece esto y tú lo sabes. Por favor...

El aludido, por su parte, se limitó a sostenerle una mirada fría como el hielo, aunque sus mejillas seguían luciendo un tono rojo encendido resultado del enfado anterior.

—Isabelle, marchaos ahora —la invitó entonces, ya con una voz más monocorde que denotaba el fin irremediable de la conversación—. Antes de que llame a seguridad —aclaró. Y, ante el desencanto evidente de las dos jóvenes, añadió—. Lo siento. Pero mi decisión es firme. Podéis marcharos.

—¡Eres un...! —se lanzó Dana de inmediato hacia delante, queriendo alcanzarlo.

Por suerte, Isabelle fue más rápida y la retuvo enseguida por un brazo, tirando de ella hacia atrás.

—Dana ¡no! —la amonestó en un susurro—. No merece la pena con gente así —le indicó, dirigiendo una ácida mirada a Ken mientras lo hacía. Tras mirarlo con dureza pintada en sus ojos de zafiro, su amiga se recolocó el vestido sobre las curvas y retrocedió un paso, obediente—. Nos vamos, Ken —anunció entonces Isabelle, no sin cierto pesar—. Aunque... te lo advierto, Elaine aún te quiere y te respeta... —le avisó—. Pero... sigue así y perderás a tu única hermana para siempre. Créeme que sé de lo que hablo.

Dicho esto, mientras Dana aún lo observaba de reojo con todo el desprecio del que era capaz, ambas muchachas se dispusieron a retirarse del despacho con profunda decepción. Sin embargo, antes de que cruzaran la mitad del pasillo en dirección al ascensor, una voz a sus espaldas las dejó congeladas en el sitio:

—¡Isabelle! Espera.

—Vaya, vaya. ¡Qué fácil ha sido convencerlo entre las dos! ¿verdad?

—Vamos, Dana. ¡Si en realidad no te quitaba los ojos de encima! Así ¡cualquiera!

Las dos chicas se rieron con picardía mientras Isabelle seguía conduciendo con suavidad por aquella carretera plagada de curvas y rodeada del característico y frondoso bosque húmedo de la región de Daleth-Trebes, donde se encontraban. Después de que Ken, por algún súbito cambio de parecer, optara por confesarles que Elaine se encontraba recluida en la casa de campo familiar, situada a unas cuarenta millas al noreste de Daleth, las dos jóvenes habían vuelto a toda velocidad a buscar a los dos chicos. Malcolm había escrito a Isabelle, indicándole que iban a irse al casino a esperarlas. Una vez allí y tras comer los cuatro en la cocina trasera del mismo, sin querer revelar demasiados detalles aún de lo que Ken les había contado sobre el lugar de retiro de Elaine, la camarera y la bailarina tomaron a un Ban más nervioso y receloso que en toda su vida y se lo llevaron hasta el pequeño coche de la primera; por supuesto, bajo promesa de darle una grata sorpresa y sin decirle exactamente adónde se dirigían.

—Además... —agregó Dana en ese momento, con clara admiración—. ¡Bells! ¿Por qué no me habías dicho nunca que Elaine era una Forest? ¡Desde luego, no tiene nada que ver con ese estirado de Kenneth! ¡Menuda pieza!

El nudo que apretaba el estómago de Ban a causa de la ansiedad por ver a Elaine se tensó todavía más al escuchar su apellido, pero el joven no despegó los labios siquiera para preguntar si aquello era cierto. De golpe, ante aquella mención, otras piezas que creía olvidadas en el fondo de su mente acudieron para completar, un poco más, la imagen de fondo de la joven que le quitaba el sueño. La entrevista con Goliath de unas semanas atrás retornó con la fuerza de un huracán. La mención a Adam Forest. Kenneth. La carrera nuclear. Cuando eso entroncó con lo que Elaine le había confesado en el italiano, Ban pensó que la cabeza le iba a explotar.

«Si serás imbécil», se amonestó.

¿Cómo no había sido capaz de asociarlo a la primera? Si pudiera, les pediría dar la vuelta en ese mismo instante. Una pequeña parte de sí mismo, quizá la más sensata, le chillaba que él no pertenecía a ese mundo, que todo lo que creía poder conseguir con ella le venía grande. Pero su corazón, sin escuchar ni una palabra de esa supuesta conciencia, le suplicaba seguir hasta el final. El joven sacudió la cabeza y apretó los dientes, rabioso consigo mismo y con el mundo que lo había visto nacer. Se sentía... pobre. Desharrapado. Indigno casi de alguien de la altura de ella. Y más estúpido que nunca. Le recordaba a una historia que escuchó de niño sobre una princesa y un mendigo que llegaron a enamorarse y a luchar por su amor contra viento y marea. Pero aquello era el mundo real, no un cuento de hadas.

De cualquier manera, el joven mantuvo los labios fruncidos en todo momento, sin despegarlos para nada, hasta que no atisbaron el primer resquicio de la mansión Forest en la distancia. La elegante casa señorial, pintada por entero de un color claro propio de siglos pasados y con todos los frisos, ventanas y puertas decoradas en blanco, parecía casi un lugar de ensueño. La parte frontal estaba ocupada por un amplio terreno de césped bien cuidado, atravesado sólo por un amplio camino de grava que desembocaba en una explanada semicircular frente a la puerta principal. El resto de los lados del edificio parecían cubiertos a su vez de un ligero bosque de árboles variados; aunque la zona trasera parecía albergar otro jardín, oculto mediante setos y parterres florales estratégicamente podados.

Cuando por fin llegaron frente al porche frontal, Isabelle derrapó con levedad antes de que un mayordomo se acercase a toda velocidad desde una esquina, al tiempo que ellos tres se bajaban del vehículo. El sirviente echó un vistazo algo temeroso a Ban al comprobar su estatura y su ropa más sencilla que la de sus acompañantes; pero, tras anunciar Isabelle que era ella la que venía a ver a Elaine, su semblante se relajó. De cualquier manera, antes casi de que ninguno de ellos pudiese dirigirse hacia la casa, la puerta frontal se abrió de golpe y los tres recién llegados vieron enseguida a una figura rubia y menuda saliendo por la misma. Jadeante, esta se detuvo en el umbral, sus ojos brillando de incredulidad y de emoción a partes iguales. Ban notó su corazón latir con fuerza al observar a Elaine allí plantada, con su sencilla blusa blanca y la falda azul claro. Si hubiera sido por él, hubiese corrido de inmediato a abrazarla y a perderse en el suave olor de su piel hasta que el mundo se acabase. Pero la expresión severa con la que lo escrutaba el mayordomo lo disuadió, así que el joven optó por quedarse apoyado sobre su puerta del coche. Mientras tanto, Isabelle y Dana desplegaron todo su encanto frente a ellos y se aproximaron a la radiante anfitriona sin que nadie las detuviera.

—Hola, Elaine —saludó la primera.

—Hola —replicó esta, acercándose despacio a su vez y mirándolos de manera alternativa a los tres—. Está bien, Carlton —le indicó justo entonces al mayordomo, que se retiró de inmediato, aunque sin reprimir una mirada de ligera desconfianza hacia los visitantes. Cuando desapareció, la joven Forest pareció relajarse y casi sonrió con evidente emoción—. Pero ¿qué hacéis aquí? —Alzó la vista por un momento hacia Ban—. ¿Cómo habéis conseguido dar conmigo?

Dana, por su parte, hizo un gesto displicente con la mano y sacó pecho como un pavo real.

—Bah, no fue difícil —aseguró—. Sólo nos plantamos delante de tu hermano y le dijimos que no podía tenerte aquí oculta e incomunicada para siempre. Y, ¡mira!

Elaine asintió, aunque parecía del todo incrédula ante aquella situación. Aunque, cuando Dana y Isabelle se percataron de que la muchacha no dejaba de mirar a Ban cada dos por tres, ambas parecieron decidir que su presencia estaba de más.

—Ejem... Creo que os dejamos solos —carraspeó Isabelle, casi en tono de disculpa—. ¿Crees que podrán servirnos algo fresco en la sala de estar,

Elaine?

—Claro. Pasad y sentíos como en casa —les indicó esta. Y, cuando desaparecieron por la puerta, se giró hacia Ban y este se aproximó por fin—. Hola —saludó la joven, con una risita nerviosa.

Él, por su parte, se tragó sus impulsos al notar la distancia prudencial que ella mantenía. En cambio, mostró una sonrisa avergonzada.

—Hola, señorita.

—Ban... ¿Por qué has venido? —preguntó entonces ella, en un tono mucho más cauteloso.

El aludido contuvo una mueca. Como si no supiera ya el motivo... ¿no? ¿A qué venía su aparente recelo?

—¿Ha ocurrido algo? —insistió ella, ante su silencio.

Reprimiéndose más que nunca, él la observó con una intensidad casi aterradora.

—¿No te alegras de verme? —insinuó con suavidad.

Para su alivio, Elaine sonrió enseguida con aire conciliador.

—Sí, claro que sí, tonto —lo reprendió, cariñosa—. Pero...

Ban tragó saliva y se mesó el pelo; consciente de que algo no iba como debía, pero sin saber identificarlo de buenas a primeras.

—En fin, yo... digamos que cuando vi que dejaste de contestar los mensajes... me preocupé —confesó, quedo—. Yo... sólo quería saber cómo estabas...

«Y verte», quiso añadir, pero se contuvo.

Por alguna razón, Elaine estaba distante y Ban se moría por saber por qué. Pero la joven también parecía tener la extraña habilidad de entender sin palabras. Porque, un segundo, después, se acercó y le rozó la mano con dulzura.

—Ven. Vamos a un sitio más tranquilo —le indicó.

Para su mayor confusión, el bailarín vio entonces cómo ella lo pasaba de largo, sin soltar sus dedos, y tiraba de él para conducirlo hacia el bosquecillo que rodeaba la mansión. Momento en que el joven, con el corazón a mil por hora, decidió claudicar y dejarse llevar. ¿Habría llegado por fin el momento de la verdad entre ellos?

La última pieza

Después de aquello, ambos caminaron en silencio durante lo que pareció una eternidad, a través de los árboles; al menos, hasta que llegaron a una pequeña playa frente a una laguna oculta entre la foresta. Elaine se sentó entonces bajo una de las grandes hayas que bordeaban el agua y lo invitó a hacer lo mismo a su lado. El hombre obedeció sin rechistar. Durante un rato, ambos se quedaron apoyados contra el tronco y mirando hacia el agua, aunque mantuvieron las manos entrelazadas.

—Te he echado de menos, Elaine —susurró él entonces.

No se atrevía a acercarse más por miedo a asustarla, o algo parecido. De repente, temblaba como un colegial ante la idea de pasar a mayores con ella, aunque lo deseara. La muchacha se giró para mirarlo, sin mostrar juicio alguno en sus ojos avellana. Tras un segundo, le apretó la mano y sonrió con algo que parecía cansancio velado.

—Siento haberos preocupado —confesó acto seguido, bajando la vista—. Pero... Mi hermano se quedó con mi móvil y aquí no tengo nada donde conectarme, así que... No podía deciros dónde estaba. —Ban se contuvo a duras penas de decir que casi había montado en cólera cuando descubrió que ese pedante era quien la había alejado de él. Que, si hubiese sabido quién era, se hubiera plantado él mismo en la puerta de la Torre Forest para exigir que le devolvieran a su princesa. Pero calló sin esfuerzo cuando Elaine agregó—. Mi hermano dice que vino una mujer a verlo, Ban. Y... —se detuvo, claramente insegura— le trajo fotos de nosotros en el ‘Settimo Pecato’.

El joven se tensó, elucubrando sin quererlo y conteniendo un escalofrío de terror. ¿Quién podía haber hecho algo así? ¿Habrían descubierto Goliath y los suyos su relación con Elaine?

«Pero ¿por qué ahora?»

—¿Te dijo qué aspecto tenía ella? —preguntó, sólo para descartar sus sospechas.

Sin embargo, aunque Elaine negó con la cabeza, la respuesta verbal que dio a continuación confirmó sus peores temores.

—Sólo que se apellidaba... Glaube, o Golbe...

—Glauben —le confirmó él, con sequedad.

—¿Sabes quién es? —susurró ella.

Había cierto recelo en su voz que a Ban lo escamó, pero el terror de imaginar que Elaine conocía a aquella mujer le ponía los pelos de punta. Así que, ante su rostro preocupado, el joven tragó saliva, asintió y susurró:

—Se llama Meredith... —La joven brincó de inmediato en el sitio al escuchar el nombre y Ban se interrumpió, temeroso—. ¿Elaine? ¿Estás bien?

—¿Ella? —susurró esta última, sin responder.

El terror en su voz, por supuesto, no pasó desapercibido para Ban y podía haberse comparado con el suyo, sólo de evocar a Meredith acercándose a Elaine más de lo necesario. Con todo aquello, no sabía si le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación; pero, aun así, procuró controlar el temblor de sus manos y sus cuerdas vocales antes de preguntar, en un tono apenas audible:

—¿La conoces?

Para su alivio, Elaine negó con la cabeza. Pero no lo tranquilizó en absoluto lo que expuso acto seguido:

—Oí a Malcolm mencionarla en el hospital. Decía que... ella te había hecho...

La joven pareció incapaz de vocalizarlo, aunque el hombre lo entendió sin problemas. Odiando a Meredith más que nunca, bufó antes de acariciar por instinto la frágil mano de ella, aún sujeta entre sus dedos.

—Sí, fue ella —le confirmó. Elaine jadeó a causa del horror, pero no dijo nada—. Es una mujer muy peligrosa y es... “era” —se corrigió Ban— un Caballero... Pero ya no puede hacerme nada. Te lo prometo —aseguró con más dulzura, al ver su expresión aterrada, antes de ponerse serio de nuevo. Sólo de ver el nerviosismo de Elaine, hasta sus propios demonios parecían hacerse pequeños en comparación—. ¿Qué más le dijo a tu hermano?

La joven pareció hacer memoria, a pesar de que seguía pálida como una sábana.

—Le dijo que yo estaba saliendo con alguien de Fairtech —expuso, en voz débil—. Ken, por supuesto, se lo tomó como una ofensa a la empresa y

como si yo estuviera siendo desleal a la familia o algo así...

Ban contuvo el impulso de poner los ojos en blanco. Menudo capullo estirado le prometía el futuro también como cuñado, si todo salía bien.

—Y ¿qué le dijiste tú? —quiso saber.

El joven no quería pensar en que todo aquello se les iba de las manos. Que, en cualquier momento, la magia se rompería y los dos volverían a estar separados por la barrera invisible de las malditas clases sociales. Elaine, por su parte, sacudió la cabeza tras varios segundos de reflexión. Y Ban se sintió algo más calmado con su respuesta:

—Le dije que era imposible. Cuando me preguntó por ti, sólo pude decirle la verdad. Que eras un gran bailarín y de los mejores hombres que había conocido. —Ban mostró media sonrisa, entre agradecida y angustiada—. Pero... Admito que aquello sólo pareció enfurecerlo más; y, al final, me envió aquí. —La joven hizo una pausa, en la que no dejó de mirarlo, antes de lanzar la pregunta que el bailarín más temía en el mundo—. Ban... ¿conoces de algo a los Fairmont, por casualidad?

El interrogado inspiró hondo. Así que era eso lo que la inquietaba. Y significaba, para bien o para mal, que había llegado el momento de la verdad. Entre aquellos árboles, a salvo de toda mirada indiscreta, Ban sintió que debía confesar por fin a Elaine todo lo que llevaba escondiéndole desde que la conoció. Y, sin embargo...

—Antes de contestar a eso, debo preguntarte algo yo a ti.

—Lo que sea —aseguró ella.

Ban la miró con fijeza.

—¿Cuánto conoces “tú” a los Fairmont? —inquirió, sin alzar la voz.

Elaine pareció dudar, de verdad, al tiempo que fruncía el ceño de manera adorable.

—No mucho, es cierto —admitió al fin—. Fairtech siempre ha sido competidora de mi familia, aunque se dedicasen más a energías renovables; y, bueno, en la Zona Alta casi todo el mundo se ha cruzado alguna vez... Aunque, ahora, es cierto que sólo queda Goliath al mando de la empresa. —Ban contuvo un estremecimiento, el rostro apretado para camuflar toda emoción, mientras ella lo encaraba de nuevo con sincero interés—. Y... ¿tú?

—Elaine... ¿Confías en mí? —preguntó Ban.

—Sí, del todo —le aseguró ella, esta vez sin vacilar—. ¿Por qué?

Él, por su parte, bajó la voz para responder hasta que apenas fue un susurro.

—De nuevo, esto es algo de lo que jamás en la vida he hablado a nadie, Elaine. Y... Sé que te lo digo siempre, pero no quiero que te veas perjudicada —le recordó, serio—. ¿De acuerdo?

Ella inspiró con fuerza. Ban era consciente de que le faltaba esa dolorosa pieza en el rompecabezas de su vida, al menos para entender a qué se enfrentaba; pero sólo ahora, entre la paz de los árboles y lejos de todo, se atrevía por fin a confesárselo. Por doloroso que fuese para ella aceptar que uno de los suyos...

—Sea lo que sea, te ayudaré en todo lo que pueda —prometió ella entonces, en apariencia serena.

Ban la tomó por la barbilla con dulzura, pero firme.

—Elaine, escúchame —reiteró, enlazando su mirada con la de ella para enfatizar sus palabras—. Necesito que me prometas que lo que voy a contarte nunca, jamás, llegará a oídos de Goliath Fairmont.

Los ojos de ella, como sospechaba, se abrieron al máximo con sospecha y cierto horror al escuchar aquello.

—Ban... Me estás asustando —admitió en un hilo de voz, sin apartar la vista.

El hombretón, por su parte, sólo mostró una sonrisa triste antes de explicar:

—Si Goliath se entera de que te he hablado de esto, créeme: te matará —le indicó, sin poder ocultar en su voz lo mucho que odiaba esa perspectiva—. Y, después, se asegurará de que yo viva con esa culpa hasta que él decida que he cumplido mi condena. —Ban se humedeció los labios, alzando las manos enlazadas de ambos hasta depositarlas sobre su corazón; y se sumergió de nuevo en sus ojos color avellana antes de declarar—. Jamás podría perdonarme que te pasara nada malo. Y... ese es el principal motivo por el que no quería involucrarme contigo, aunque seas lo más irresistible del mundo. ¿Lo entiendes?

Elaine tragó saliva con el rostro contraído de preocupación, aunque se conmovió claramente ante su último halago.

—Ban, yo preferiría morir antes que traicionarte —pronunció entonces, con la voz rota, pero también con clara voluntad de afrontar lo que fuese—. Por favor. Te escucho.

El joven resopló, cogiendo fuerzas para lo que se avecinaba, y soltó su rostro antes de girarse hacia la laguna y fijar la vista en las oscuras aguas.

—En parte, a tu hermano Ken no le mintieron —reconoció de entrada, sin alzar la voz—. Goliath Fairmont es muy amigo de Wan Zhu, el jefe del casino donde bailo... y antiguo protegido de Baltazar Fairmont. Este fue el que le consiguió el *Fairy Kingdom* a Wan y, desde entonces, Baltazar y su hijo lo han usado... como tapadera.

—Como tapadera ¿de qué? —quiso saber ella, intrigada.

Ban resopló con suavidad.

—Blanqueo de dinero. Drogas, Elaine —aclaró; y, ante el estupor de la joven, agregó—. Sí, me temo que Goliath no es de los que se conforma con hacer dinero de forma legal...

—Pero... ¡Eso no tendría sentido! —protestó ella, como él supuso que haría—. Fairtech es la segunda empresa en facturación casi de toda Nueva Britania. Hasta Forest Energies le va a la zaga, queramos o no. ¿Por qué...?

—No lo sé, Elaine —admitió Ban, pesaroso y deseando borrar su inquietud como fuese—. Pero sí que sé una cosa, aunque no te guste oírlo... y es que Goliath es el líder de los Caballeros. Igual que su padre lo fue antes que él.

Como imaginaba, al escuchar aquello Elaine se tapó la boca, horrorizada.

—¿Qué? —preguntó al fin, en un susurro apenas audible.

Ban no se atrevió a acercarse un centímetro antes de responder, en voz queda:

—Es su líder en la sombra, sí. Lo sé —admitió acto seguido—, supongo que no es algo que en la Zona Alta quedase bien oír...

La joven sacudió la cabeza, incrédula, pero no rebatió al bailarín de nuevo. De repente, su expresión se había tornado más reflexiva, como si tratase de encajar todas las piezas sin conseguirlo. Él quería abrazarla y decirle que todo estaría bien, que todo tenía sentido... Pero no podía hacerlo. Era algo que ella tenía que saber, aunque le doliese. Y, en base a eso, decidir qué pasos quería dar a continuación... fuese junto a él o no.

—Pero, entonces... ¿qué te hizo a ti? —preguntó Elaine al cabo de varios segundos, confusa—. O... ¿qué hiciste tú?

La muchacha sacudió la cabeza de inmediato tras la segunda cuestión, como si no pudiese siquiera contemplarla. Después, lo miró a los ojos de tal forma que el joven creyó que se iba a derretir de amor allí mismo. Con

tiento, el bailarín pasó entonces a resumir en detalle toda su infancia y adolescencia, tratando de omitir lo más escabroso y abriendo su corazón del todo, incluso más de lo que había hecho en el italiano. Le habló de sus padres, de cómo se escapó de casa y de cómo sobrevivió como pudo mientras se pagaba los estudios de ballet. Cuando llegó cerca de los diecisiete años, aumentó la cantidad de detalles y le habló de la Escuela de Danza ‘*Seven*’, de su maestro, de sus compañeros... Y de “él”.

—Valiant Fairmont era un niño rico que, de entrada, sólo quería rebelarse contra su familia. Era un buen chaval y un magnífico bailarín, pero Goliath sabía cómo mantenerlo atado, aunque él no quisiera —Tragó saliva—. Incitado por su padre y más desde la escapada de Guinevere, Goliath enganchó a su hermano menor a la cocaína refinada que llegaba regularmente de la Confederación Europea. Valiant, a pesar de todo, no tenía una voluntad muy fuerte; y, sin darse cuenta de que su hermano mayor lo hacía para controlarlo, cayó en la adicción en cuestión de semanas.

»Aparte, a veces su familia lo usaba como camello, para mover droga de un lado a otro. —Elaine asintió, al parecer comprendiendo sin problemas lo que eso significaba—. Yo intentaba sacarlo de ahí. De hecho, conseguí librarlo de más de una represalia por parte de los Caballeros cuando se intentó negar a hacer su voluntad —admitió Ban, no sin cierto orgullo—. En aquella época yo sólo sabía de ellos lo que cualquiera, viniendo de la zona mala de Daleth, pero fui conociendo muchos detalles con los años —aseguró a la perpleja muchacha, antes de volver a ponerse serio—. De cualquier manera, cuando por fin parecía que todo iba a salir bien, Valiant recayó. Una tarde-noche... lo encontré en el baño del apartamento que había sobre la Escuela. Allí el maestro Zev tenía dormitorios que nos cedía a los que teníamos menos recursos, pero Valiant ese día estaba justo tratando de esconder un pequeño alijo junto a la bañera. Además, le noté enseguida que iba colocado. Si el maestro se enteraba, lo expulsaría para siempre y yo no podía consentirlo: Valiant no se merecía caer más bajo en el infierno por la codicia de su hermano mayor. Así que, cuando traté de frenarlo, discutimos y nos pegamos fuerte, no te haces una idea —aseguró, meneando la cabeza ante el recuerdo sin poder evitar la nostalgia y la incredulidad de que aquello hubiese sucedido—. Pero, en un momento dado, cuando él quiso venir a por mí —agregó, sintiendo el nudo en la garganta ascender. Aquí venía lo más duro— lo esquivé, resbaló sobre un charco de agua y...

Sintiéndose incapaz de seguir, Ban calló de golpe, enterrando la cara entre las manos. Pero alzó apenas la cabeza cuando Elaine, unos segundos después, le puso una mano comprensiva en el hombro.

—Lo siento muchísimo, Ban —susurró entonces muy cerca de su piel, a una distancia casi insoportable en sus circunstancias y ya sin rastro de dudas en su voz—. Es... horrible.

El hombre sorbió, conteniendo las lágrimas a duras penas así como el impulso de rodearla con sus brazos y perderse en el suave aroma de su piel hasta que el mundo terminase.

—De lo demás... Puedes hacerte una idea —prosiguió entonces, casi como si no la hubiese escuchado y sumergido en los recuerdos, a pesar de todo—. Los Caballeros me encontraron en la escena del crimen y, sin dudarlo, me acusaron de haber matado a Valiant. —Elaine se tapó la boca de nuevo, conteniendo un gemido de angustia; pero no lo interrumpió y, por el contrario, se mantuvo muy cerca de su hombro izquierdo mientras él hablaba—. Y... ahí es cuando de verdad conocí a Goliath. Se presentó frente a mí el día que sus consejeros me pillaron y me dijo que, si no quería ir a la cárcel y que me colgaran por asesinato, me daría la oportunidad de bailar a tiempo completo. Claro que, a cambio, debía conceder en todo lo que me pidiera su gente de confianza —agregó el hombre, no sin amargura—. Si me negaba, me castigarían... Y así lo han hecho durante cinco años.

Tras terminar la exposición, ambos se quedaron durante un buen rato en silencio. La joven lo miraba con fijeza, como si le costara procesar todo lo que Ban acababa de contarle. Y el hombre suponía que aún le costaría digerirlo un tiempo... Casi tanto como a él asumir su condición, hacía ya casi un lustro.

—Entonces... ¿Te negaste a hacer lo que Meredith quería? —preguntó Elaine con cautela, tras casi un minuto de reloj.

Ban, sin mirarla, se humedeció los labios y asintió despacio.

—Meredith era una de las consejeras de Goliath, tanto en Fairtech como en la mafia. Por norma, no solía salirse de exigirme... lo “estándar”, digamos —expuso, sin entrar en detalles. Aunque, por la mirada casi asqueada de Elaine, supo que esta había adivinado rápido a qué se refería y se sintió casi más sucio por ello—. Pero supongo que esa noche, en su despecho de haberse visto rechazada, esa víbora quiso sacar tajada de mi cuerpo antes de que Dolor y el resto me castigaran de verdad.

—Ay, Ban —musitó entonces Elaine, lanzándose a abrazarlo por puro impulso y ya rompiendo toda distancia entre los dos. Tras la sorpresa inicial, el joven la acogió entre sus brazos con infinita delicadeza y la rodeó por completo, hundiendo la nariz sin pudor en su lacio cabello rubio—. No debiste arriesgarte a algo así. Podían haberte matado... ¿Por qué hiciste semejante locura? —sollozó ella contra su hombro—. ¿Por qué?

Ante aquella pregunta tan cándida, Ban sonrió a espaldas de la joven y, después, la apartó unos centímetros para poder mirarla frente a frente. Llegado el momento de la confesión, su lengua no dudó un instante.

—Supongo que no pude evitarlo —se disculpó, ante su carita de desconcierto y las ligeras lágrimas sobre sus párpados, fruto de la incredulidad—. Al menos... no después de haber rozado el paraíso esa misma tarde en tus labios. ¿No crees?

Su mirada estaba tan cargada de intenciones que el joven, entre sus brazos, percibió sin problema el estremecimiento de Elaine al escuchar aquello. La muchacha parecía paralizada de lo atónita que estaba, mientras su cerebro procesaba despacio lo que acababan de decirle. Aunque sus ojos empañados revelaban un deseo oculto que parecía coincidir con el suyo. Y Ban, en aquel instante, sintió que ya no podía resistir el impulso de dar un paso más allá.

Así, con mucho cuidado, el hombre la atrajo hacia sí y rozó sus labios con timidez. Fue algo tenue, suave como el tacto de un ave recién nacida. Al menos antes de que la boca de Ban empezara a deslizarse muy despacio sobre la de Elaine, cubriéndola de pequeños y castos besos. Para su deleite, la joven se los devolvió enseguida con cierta torpeza. Algo le decía al hombretón que ella apenas había besado a nadie más en toda su vida, pero no por ello se detuvo ni se retiró. Al contrario, eso sólo lo convertía en algo todavía más especial. Y el bailarín no pensaba renunciar a ello nunca más. Así, mientras descubrían los secretos de los labios del otro, el arrullo del agua y la suave brisa eran los únicos sonidos a su alrededor, creando una especie de burbuja mágica para los dos amantes. Todo mientras, esta vez sí, ambos se entregaban el uno al otro como si no existiera nada más. De hecho, cuando se separaron, al cabo de casi un minuto que se hizo demasiado corto, Elaine jadeaba como si acabara de correr una maratón y Ban hacía otro tanto. A través de la ropa, el joven casi podía notar su corazón aleteando al unísono con el suyo.

—Ban... —susurró ella, incrédula, aunque claramente feliz—. Pero... ¿Qué...?

Él sonrió y le acarició la mandíbula con el índice, mirándola con infinita dulzura.

—¿Qué ocurre, Elaine? —preguntó, sin presionar.

La aludida tragó saliva de forma visible, aunque su rostro distaba de mostrar temor alguno. Más bien, reflejaba una intensa emoción.

—Que... yo... creí que... tú... —balbuceó—, dijiste que...

La joven se estaba aturullando y Ban intuía por qué. Pero este se limitó a sacudir la cabeza con gesto confiado antes de acunar su mejilla con una mano y pronunciar, sincero hasta la médula:

—Elaine, vamos. Llevo soñando con volver a besarte desde que te lanzaste en el Gorlois. —Acto seguido, sin darle tiempo a reaccionar, rozó de nuevo sus labios con algo más de pasión; y le agradó ver que ella, a pesar de todo, le devolvía el gesto con ganas—. Y, por mucho que maldiga a tu chófer por habérmelo impedido el día del italiano, ahora sí que no pienso dejar escapar esa boca que me vuelve loco. Cueste lo que cueste —gruñó con deleite y los ojos cerrados contra su barbilla, haciendo que ella temblara de anticipación entre sus brazos y gimiera por lo bajo. Ban empezaba a adorar ese sonido, pero quería ir paso a paso—. ¿Me oyes?

Por toda respuesta, ella sonrió y asintió con ganas antes de que sus labios se volvieran a unir, deseosos. Sus bocas bailaban la una sobre la otra sin prisa, pero sin pausa, como si fuera parte de una coreografía aprendida y cada vez con más coordinación. Tras el primer tanteo de beso con lengua, la mano de Ban ascendió para acariciar la rubia melena de Elaine mientras ella gemía con algo más de fuerza, rendida a él. Las manos de la joven se apoyaron en su pecho y, después, ascendieron despacio hacia su mandíbula afilada, rozando con ternura la pequeña cicatriz bajo la misma. Finalmente, sus dedos se enredaron en los primeros mechones de pelo crespo y Ban jadeó entre sus labios, jurando que hubiese eternizado aquel instante. Mientras una mano abrazaba su cuerpo menudo, la otra sostenía su rostro con ternura. Era tan pequeña, tan dulce; tan frágil a simple vista... El bailarín aún no lo había admitido en voz alta; pero por dentro se juraba que haría lo que fuera por aquel ángel de ojos castaños que se apretaba contra él y lo hacía volar con sus pequeños besos.

Ninguno de los dos fue consciente de cuánto tiempo pasaron así: besándose, mirándose y susurrándose ternuras al oído como si alguien más

pudiera escucharlos en aquel rincón. Pero la magia se rompió ligeramente cuando escucharon el suave ruido de un coche circulando sobre grava, en la distancia. La tarde caía ya con pereza sobre la laguna, sin ser aún demasiado tarde, pero ambos habían perdido casi la noción del tiempo que llevaban allí sentados. No obstante, algo le decía a Ban que era la hora de irse y volver al mundo real... Al menos, de momento. Elaine, por su parte, se irguió y trató de adivinar quién era a través de los árboles. Pero la distancia a la mansión hacía casi imposible adivinarlo, incluso siendo buena conocedora del lugar. Así que Ban optó por ser el aguafiestas en este caso, abogando por la prudencia.

—Vamos, señorita —la instó—. Es hora de volver.

Ella lo miró con un pequeño puchero, pero no rechistó al ver la serenidad de sus ojos caramelo. Los dos jóvenes se levantaron entonces casi a la vez, sin dejar de abrazarse, antes de avanzar muy juntos por la foresta de vuelta al caserón Forest. Cuando estaban a punto de alcanzarla, Elaine se tensó junto a Ban cuando una figura oscura apareció por una de las esquinas. Sin embargo, ambos se relajaron un tanto en cuanto identificaron al chófer de la chica. Aunque su expresión angustiada no era nada tranquilizadora.

—¡Señorita! ¡Menos mal que la encuentro! —exclamó el hombre de piel oscura, sin alzar la voz—. Ya me empezaba a preocupar.

—¿Qué ocurre, Clarence? —quiso saber ella, antes de tensarse y palidecer—. Y ¿qué haces aquí?

El conductor dirigió una rápida mirada a Ban antes de decidirse a contestar. El bailarín le devolvió un gesto neutro, pero la muchacha no le quitó la vista de encima hasta que no abrió la boca.

—Su hermano está en el salón, señorita —anunció, para terror inicial de la muchacha—. Y algo me dice que más vale que el señorito —agregó, señalando a Ban sin acritud— se vaya por detrás hacia el coche y espere allí a las señoritas que están dentro de la casa, si usted me entiende...

—Claro, lo comprendo —aseguró ella, antes de girarse hacia su amado—. ¿Estarás bien, Ban?

Este mostró una sonrisa confiada de inmediato antes de acariciarle la mejilla con afecto.

—Tú ocúpate de distraer a tu hermano y yo me encargo del resto ¿vale?

Elaine sonrió a su vez y lo abrazó con fuerza. Él le devolvió el gesto de inmediato, permaneciendo ambos enlazados durante apenas cinco segundos

que parecieron un suspiro. Sin embargo, antes de irse, él se inclinó para besarla con dulzura, antes de desaparecer de la vista rodeando el jardín trasero.

—¿Está segura de esto, señorita?

Elaine dio un respingo y se volvió para encarar al silencioso espectador de la escena. En su burbuja de primer amor, casi había olvidado que Clarence seguía ahí. No obstante, tampoco pudo evitar que una sonrisa inmensa se extendiese por su rostro cuando respondió:

—Más que nada en este mundo, Clarence. No lo dudes.

El chófer imitó su gesto de manera mucho más comedida, aunque dando a entender que se alegraba de ello. Pero también agregó, con aire contrito:

—Por si acaso... Arréglese un poco, señorita. Que tiene los labios hinchados...

Avergonzada de súbito, Elaine se rozó la mentada zona del cuerpo antes de reírse casi sin poder evitarlo. Ahora, ni siquiera el hecho de enfrentarse a Ken parecía tener la capacidad de hundir su ánimo.

—Gracias, Clarence —le dijo al chófer, a pesar de todo, mientras mantenía la boca a salvo tras sus dedos—. Vamos. No podemos hacer esperar al señor Forest ¿verdad?

Ken estaba en el salón, conversando con Isabelle y Dana, cuando Elaine por fin se adentró en la mansión. Tras escabullirse al aseo de la planta inferior y tratar de esconder los posibles rastros de aquella tarde maravillosa bajo un ligero toque de maquillaje, la joven salió disparada hacia donde estaban los demás.

—¡Hermano! —fingió sorprenderse, al entrar por la puerta de la gran sala de estar—. ¿Qué haces aquí?

Por un instante, Kenneth Forest la observó con ojos entrecerrados de sospecha y Elaine pensó que los habían pillado. Sin embargo, Isabelle salió enseguida al paso, salvando la situación:

—¡Ah, Elaine! Justo a tiempo —la recibió, como si llevaran juntas toda la tarde—. Qué casualidad que has tenido que ir al aseo justo cuando ha llegado tu hermano ¿verdad?

La aludida procuró camuflar la diversión a duras penas, tapándose la boca de nuevo y emitiendo apenas una risita educada y a todas luces inocente.

—¡Ah, sí! ¡Desde luego!

—Bueno, creo que entonces os dejamos solos para que habléis —comentó Dana de inmediato, tras cruzar una breve mirada cómplice con la joven anfitriona desde la espalda de Isabelle—. Ha sido una mañana estupenda. Muchas gracias por invitarnos.

—¡El placer ha sido mío! —aseguró Elaine, siguiendo la pantomima—. Por favor, volved cuando queráis ¿vale?

Por el rabillo del ojo, la joven vio que Ken torcía el gesto y gruñía algo por lo bajo. Pero, para su sorpresa, todo rastro de animosidad desapareció cuando Dana se inclinó para despedirse de él.

—Adiós, señor Forest, y muchísimas gracias por todo —pronunció, con una educación tan exquisita que hasta Elaine se quedó clavada en el sitio—. Espero que podamos volver a vernos pronto.

El rostro de Ken, contrario a lo que Elaine pudiera haber esperado, se puso pálido de golpe. Al menos, antes de que el joven musitara algo que parecía aceptar su despedida y las dos nuevas amigas de la muchacha rubia desaparecieran por la puerta en dirección a la entrada de la mansión. Elaine las acompañó, rogando a Kenneth que lo esperase en la sala. Este asintió con sequedad, sin mirarla, pero con un súbito tono rojizo sobre las mejillas que no estaba ahí antes. Sin querer pensar mucho en lo que eso significaba y aún enfadada con él, en el fondo, su hermana menor dijo adiós entonces a Isabelle y Dana. Elaine se desazonó apenas al no ver a Ban de entrada; pero, en cuanto la conductora encajó la llave en su sitio y las puertas se desbloquearon, la joven rubia se relajó en cuanto atisbó una sombra moverse dentro de la parte trasera del coche. Cuando su rostro se dibujó junto al cristal, Elaine sonrió y lo despidió con un gesto discreto de la mano. Él le lanzó un beso con la punta de los dedos antes de que Isabelle arrancase.

Elaine, por su lado, aún permaneció unos segundos en el umbral mientras el pequeño Seat se alejaba por el camino, sintiendo una dicha que no había conocido jamás. Sin embargo, en cuanto cerró tras de sí y se encaminó de nuevo al salón, la sorprendió ver que su hermano ya no estaba allí. Curiosa, la joven lo buscó por la planta baja durante un minuto entero. Antes de encontrarlo, casi de casualidad, junto a uno de los ventanales del comedor. Esta estancia, para alivio de la muchacha, daba a la parte trasera de la casa, al jardín rodeado de setos. La suave luz anaranjada del atardecer caía ya sobre los mismos, anticipando un anochecer que aún tardaría en

llegar, pero los suaves candelabros laterales eléctricos del comedor ya estaban encendidos.

Aun así, toda melancolía se disipó en el cuerpo de Elaine al instante en cuanto comprobó la seriedad en el rostro de Ken. El cual se giró sin prisa en cuanto ella se adentró unos pasos en la sala apenas iluminada. Desde el fondo de esta, un suave olor a guiso revoloteó hasta las fosas nasales de la muchacha, haciendo rugir sus tripas. Aunque eso significara que Ken había pedido que les preparasen una cena más o menos temprana, Elaine fue incapaz de decir nada antes de que él preguntara:

—¿Ya se han ido?

Lo había pronunciado con una extraña sencillez, casi con cierta curiosidad que Elaine no pasó por alto. Pero, tras la dulzura de las últimas horas, fue como si aquella sencilla frase rompiera la burbuja mágica en la que la joven llevaba sumida desde que había besado a Ban por última vez, hacía algunos minutos. Haciendo que, sin quererlo, su dolor por el trato de Ken en las semanas pasadas regresara con fuerza.

—¿Qué quieres? —preguntó ella, con súbita frialdad.

Sin embargo, él la dejó algo atónita cuando, en vez de enfadarse como siempre, alzó las manos en señal de rendición.

—Oye, El. Estás molesta conmigo y puedo entender por qué. ¿De acuerdo? —se disculpó, haciendo que ella enarcara una ceja suspicaz sin poder evitarlo—. Sobrerreaccioné y te pido perdón por ello.

Elaine lo escrutó con cuidado, sin saber qué pensar que aquel repentino cambio de actitud. Al menos, después del circo que le había montado el día anterior en la Torre.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —se atrevió a preguntar, no obstante.

Para su ligero recelo, Kenneth Forest mostró una pequeña sonrisa cómplice, casi conciliadora.

—¿Podemos... sentarnos a cenar como en los viejos tiempos? —propuso—. Y ¿hablar como dos adultos? Te prometo que esta vez te escucharé. Palabra de Forest.

Elaine no contestó enseguida, aunque aquel último juramento la estremeció. Jurar algo sobre el apellido familiar iba más allá de cualquier compromiso normal, al menos para ellos. Y la joven, mientras optaba por aceptar la oferta y sentarse en silencio frente a la gran mesa, se preguntó por

qué lo habría usado Ken justo en aquel momento. Aunque sospechaba que no tardaría en averiguarlo.

—Está bien —admitió, en cuanto él la imitó—. ¿Quieres explicarme entonces qué ha sucedido, hermano?

La pregunta había sido menos agria incluso de lo que la joven pretendía, pero el ligero rubor que ascendió a las mejillas de él en cuanto la escuchó hizo aumentar las sospechas de Elaine. ¿Qué le ocurría a Ken, al siempre estoico y regio Kenneth Forest, aquella tarde?

—Elaine. Yo... Bueno... —dudó sin mirarla y, en cambio, encarando la ventana—. Lo primero que quería pedirte es perdón por haber sido tan duro contigo en estos días. Yo... No quiero que te enfades conmigo.

«No lo estás consiguiendo», quiso replicar ella, pero se contuvo a tiempo.

—No importa, es agua pasada —le aseguró, tragándose la molestia como pudo. Quisiera o no, cuando su hermano claudicaba, ella siempre tenía debilidad por él—. Aunque... Sigo sin entender qué tienes en contra de mis amigos —agregó, sin poder contenerse.

Ahí sí, Ken se giró hacia ella y la observó detenidamente, como si meditara qué contestar.

—No tengo nada en contra de tus amigos, Elaine —replicó con calma.

Lo quisiera o no, ella escuchó su ligera duda y bufó, hastiada.

—Vamos, hermano. Los dos sabemos que eso no es cierto —objetó, vehemente—. No te gusta Isabelle, Dana... —Dudó—. Y mejor no hablemos de Ban...

Ante la mención de él, como suponía, su hermano se irguió en la silla con rostro alarmado. Sin embargo, su reacción fue muy distinta a la que la muchacha esperaba tras aquel movimiento.

—Elaine, yo... En fin... Son sureños —dijo al final, mesándose el pelo, sin todo el desprecio que la joven podía esperar. De hecho, parecía confuso—. ¿Qué quieres que te diga?

La joven se contuvo para poner los ojos en blanco ante aquella pregunta tan absurda. Pero, de repente, una imagen reciente cruzó por su cabeza y observó a su hermano, sospechando. No estaba segura, pero... ¿Podría ser que...?

—Hermano, son iguales que nosotros —lo contradijo, no sin cierto dolor en la voz—. ¿Por qué no puedes verlo?

Ken, por su parte, resopló con clara inseguridad antes de volver a encararla.

—Sí, lo sé. Eso es lo que dicen —comentó, sin acritud, aunque a Elaine le molestó percibir que no creía apenas en ello—. Pero... Entiéndeme, El. No quiero que acabes como... Ya sabes...

Tragó saliva y Elaine procuró evitar que el dolor se reflejase en su rostro al escuchar aquello. Por supuesto, sabía a quién se refería.

—Guinevere —pronunció, seca—. ¿Te refieres a eso? —Ken asintió despacio con aire de pesar y Elaine sintió que no podía aguantarlo más. Que la comparasen con una Fairmont, más aun sabiendo lo que ahora sabía de esa familia, hacía que le hirviera la sangre. Aunque, en el fondo, ella misma percibiese que estaba siguiendo el mismo camino... y era la primera que desearía no tener que tomar la misma decisión final—. Ken. Ban es buena persona —lo contradijo, gélida—. E Isabelle, que te recuerdo que también era una Alta en su día. —La mandíbula de Ken se tensó, pero no la interrumpió—. Y su novio, y Dana... Aunque sean “sureños”, según tú —se burló acto seguido—, ellos me aprecian más que mucha gente de la Zona Alta. Pero supongo que alguien como tú no puede verlo, con los ojos vendados como los tienes...

Iracunda, la joven dejó la frase en el aire mientras se levantaba de golpe y se encaminaba a la puerta, sin soportar mirarlo un segundo más. Pero, para su desespero, Ken la retuvo de inmediato por la muñeca en cuanto dio tres pasos hacia la puerta. Elaine intentó zafarse, súbitamente aterrada; pero frenó en seco al contemplar un inesperado arrepentimiento en el rostro de su hermano.

—Elaine. Espera, por favor —le pidió él, sin enfado alguno—. No te vayas.

La joven, escéptica y dolida a partes iguales, no aceptó enseguida.

—Dame una buena razón para quedarme —replicó, camuflando su incomodidad como pudo tras un tono rígido y desapasionado—. O no lo haré.

Ken, por su parte, suspiró antes de soltar su muñeca con suavidad.

—Siento si te he ofendido, El —manifestó, en tono quedo. Ella, a pesar de su primer impulso de huir, se quedó, esperando una explicación—. Pero... A pesar de todo, sí hay algo que quería contarte. ¿Me lo permites, al menos?

El joven la observó entonces con una extraña intensidad y Elaine dudó; en parte convencida por su serenidad, en parte intrigada por las noticias que le acababa de prometer.

—Está bien —aceptó al cabo de un par de tensos segundos, cruzándose de brazos—. ¿Qué quieres?

Su hermano, por toda respuesta, la invitó de nuevo a sentarse y Elaine obedeció a regañadientes. Justo en ese momento, el cocinero de la mansión Forest hizo acto de presencia desde la cocina. Mario Bertaglio era un italiano altísimo y más orondo que nadie que la joven hubiese conocido jamás. Sin embargo, sus manos creaban verdaderos manjares cada vez que se plantaba ante sus fogones. Buena muestra de ello era el delicioso olor que salía de la fuente de berenjenas rellenas de carne y verduras, aderezadas con especias exóticas, que acababa de poner frente a los dos hermanos. Estos agradecieron el servicio al chef cuando este sirvió y les deseó un ‘*Buon appetito*’, antes de desaparecer de nuevo hacia las cocinas del fondo este de la casa.

—Y ¿bien? —se interesó Elaine, una vez solos Ken y ella.

El joven, antes de contestar, probó su plato con tiento. Al decidir que estaba aceptable de temperatura y sabor, masticó con paciencia. Sólo entonces se giró hacia su hermana.

—Esto es exquisito —le indicó, a lo que la joven probó también su porción sin disimular su impaciencia. Desde luego, estaba delicioso, pero Elaine Forest no se había quedado allí sentada sólo por el banquete—. He venido a decirte que ya he decidido el día de lanzamiento del descubrimiento de papá —la informó él entonces.

La muchacha, por supuesto, abrió los ojos como platos a causa de la emoción. Desde luego y aunque el recuerdo del difunto progenitor aún pesara como una losa en sus corazones, era una muy buena noticia.

—¿Aprovecharás el aniversario? —quiso saber la benjamina entonces, cauta. Y, ante la mirada curiosa de su hermano, aclaró—. Sólo es una idea. Pero... pensé que sería un buen momento para hacerlo...

Ken, para su alivio, mostró una pequeña sonrisa cómplice, dando a entender que también había pensado en ello.

—Muy aguda, hermanita —la felicitó, sincero—. Desde luego, creo que esa sería la mejor opción. Y, bueno... Por supuesto, me gustaría que estuvieras allí. A mi lado.

Elaine tragó saliva, emocionada sin quererlo por aquella oferta y notando su enfado diluirse casi sin esfuerzo en el fondo de su mente.

—Claro —susurró, al cabo de unos segundos, conmovida—. Me encantaría.

La sonrisa de su hermano se ensanchó.

—Genial. ¿Querrás...? Ya sabes ¿decir unas palabras...?

La joven asintió de inmediato, sin dudarlo. Dada la relación tan cercana que tenía con Adam en vida, casi le hubiese ofendido que su hermano no le pidiese algo así... o lo hubiese hecho por su cuenta y riesgo. Por fortuna, había cosas que ambos aún podían entender del otro sin necesidad de palabras. Y eso, en el fondo, daba esperanzas a Elaine acerca de que Ken pudiera volver a ser el mismo de antes. Los dos hermanos terminaron de comer en silencio, sólo acompañados por el sonido de los insectos crepusculares que revoloteaban por el jardín a sus espaldas y el lejano rumor del agua de la piscina moviéndose en la brisa. Sin embargo, cuando trajeron el postre, pequeños hojaldres rellenos de crema, Elaine no pudo contenerse más.

—Lo echo mucho de menos ¿sabes?

Ken detuvo un bocado a medio camino al escuchar aquello y dejó de nuevo el hojaldre en el plato, antes de suspirar con idéntica nostalgia.

—Sí. Yo también... —reconoció, antes de dirigirle una mirada que la joven no supo interpretar—. Está siendo muy difícil, Elaine. La empresa, la gente... suspiró—. Siento si... he sido un poco duro estos días de atrás contigo.

Ella tragó saliva y apartó la mirada, sobre todo cuando los besos de Ban de aquella tarde volvieron a su mente con fuerza. Por un instante, un potente sentimiento fraternal quiso empujarla a revelarles a Ken lo ocurrido; pero, como las últimas veces, su oculta rebeldía la obligó a reprimirlo. Él se estaba sincerando y disculpando, pero ella empezaba a ser consciente de cuándo sí y cuándo no tentar a su suerte. Todo podía ser que sólo fuese un momento de debilidad, así que era mejor no arriesgarse ¿no?

—No pasa nada, hermano —le confió, en cambio—. Puedo entender que la presión de tener la empresa sobre tus hombros no tiene que ser fácil. Y... yo... también siento si he podido decepcionarte en algún momento.

Ken mostró una sonrisa agradecida.

—Gracias, El. Aunque... con esto también quería decirte que... puedes volver a la Torre cuando quieras —le anunció, para ilusión de ella—. Y...

quiero que sepas que... —Tragó saliva y Elaine se preparó para algo difícil. Pero no estaba lista para lo que escuchó—... también puedes salir con Isabelle y Dana cuando quieras ¿vale? No tengo oposición a ello.

Elaine entrecerró los ojos cuando detectó un ligerísimo cambio de timbre en la mención a la segunda joven, pero fue tan rápido que pensó que se lo había imaginado. Confirmaba sus sospechas de hacía unas horas en la sala de estar, pero no quería elucubrar sin tener confirmación de sus labios. Por todo ello, la muchacha optó por camuflar su curiosidad tras una máscara de genuina emoción y agradecérselo de corazón. Ken había omitido a Ban de la ecuación, por supuesto, pero su relación sentimental era una parte en la que Elaine prefería apostar en solitario hasta que pudiese mostrar a su hermano que no había nada que temer. Aunque, cuando ambos ya se levantaban y los dos se dirigían hacia la puerta, la joven tuvo un resquicio de valor para agregar:

—Por cierto, Ken. Si puedo salir con Bells y Dana, quiero informarte de que es probable que Ban venga también... —dejó caer. Como suponía, su hermano frunció el ceño de inmediato, pero la joven no se amedrentó antes de concluir—. Sólo para que lo tengas en cuenta.

Era una apuesta arriesgada y lo sabía. Por un instante, Elaine esperó un nuevo castigo o la retirada de la opción de volver a la Torre ante la mera mención del bailarín. Sin embargo, algo en Ken parecía haber cambiado de verdad en las últimas casi treinta y seis horas. Porque, sin aspavientos, pero con cierta derrota en la voz, rezongó:

—Como quieras, Elaine. Al fin y al cabo, ya eres adulta ¿no? Puedes hacer lo que quieras.

Elaine enarcó las cejas, incrédula ante aquella declaración tan diferente a las de los últimos días.

«En serio ¿qué le pasa hoy?», pensó, sin respuesta.

—Vaya... Gracias, Ken —repuso, en cambio, sin fingir un ápice lo feliz que le hacía su respuesta—. Me alegra mucho.

Él mostró una mueca indefinida.

—No es nada —aseguró, sin pasión en la voz—, pero... Ten cuidado ¿vale?

La muchacha se estremeció con levedad, recordando sin querer lo que le había contado Ban de los Caballeros. Algo que, por otra parte, no revelaría bajo ningún concepto.

—Claro —respondió, camuflando los pensamientos oscuros tras una cálida sonrisa—. Gracias, hermano. Mañana nos vemos en la Torre, si te parece.

Él alzó una mano para despedirse y asintió.

—Hasta mañana entonces, hermanita. Allí te esperaré.

—¡Ah! Por cierto, Ken... —recordó entonces Elaine. El joven, que ya se había alejado un par de pasos, se giró con expresión intrigada. La muchacha, por su parte, sólo compuso una sonrisa de completa inocencia mientras extendía la mano y preguntaba—. ¿Me lo devuelves, por favor?

Su hermano se tensó un instante, sobre todo al entender de qué hablaba. Pero, llegados a aquel punto, ambos parecían saber que no tenía sentido seguir manteniéndola incomunicada. De ahí que, unos segundos después, un Ken colorado como la grana echara mano al bolsillo y le entregase el móvil sin más protesta.

—Úsalo bien ¿de acuerdo?

La muchacha contuvo un salto de júbilo, limitándose a sonreír en agradecimiento.

—Claro. Adiós, hermano —lo despidió con candor—. Nos vemos mañana.

Sin más discusión, Ken asintió y la joven vio entonces cómo él salía de la mansión y se dirigía hacia el coche que Clarence mantenía aparcado en un costado de la explanada frontal de la casa. Sin embargo, cuando por fin se alejaron por el camino y desaparecieron tras los primeros árboles en sombra, Elaine no pudo contenerlo más. Dio un enorme salto, acompañado de un agudo grito de emoción, antes de correr hacia la sala de estar. Se moría por contarle las novedades a Ban por el Chat y, por qué no admitirlo, volver a verlo pronto. Necesitaba comprobar que lo sucedido aquel día no había sido ningún sueño, aunque lo pareciese.

«Pero, por favor», rezó, no sin cierto humor. «Que esta vez sea en circunstancias más relajadas...»

Límites insospechados

Al sonar las dos de la mañana en un reloj cercano, la brasa de un cigarrillo se encendió en aquella remota esquina de los suburbios de Daleth. Su portador dejó que el brillo iluminase apenas sus ojos oscuros y almendrados antes de arrojar la colilla al suelo y apagarla con un taconazo impaciente.

«Por Deirdre», se recordó, con amargura. «Para arrancarla por fin de las manos de esos matones sin escrúpulos».

Por ella, sin duda, habían decidido lanzar aquella operación tan delicada. Con un poco de suerte, funcionaría durante el tiempo suficiente para que ella pudiese escapar de sus carceleros y llegar a un lugar seguro. Se había garantizado un método en clave para que le llegaran los mensajes sin que Goliath sospechara nada. No estaban seguros de hasta qué punto el magnate espiaba a su joven prisionera, pero aquellos que estaban metidos en la droga sabían que toda precaución siempre era poca. Y más considerando que, desde el fiasco de la operación con el “Gran Hansen”, el Rey andaba más que nunca con la mosca detrás de la oreja.

En un momento dado, cuando Percival ya se impacientaba de más por tener que estar de pie esperando en aquel rincón maloliente, la primera señal que esperaban llegó casi sin avisar. Por una esquina cercana llegó trotando un adolescente, con el pelo en cresta y ropa desarrapada propia de los suburbios más pobres. Sin mirar mucho a los lados, apenas los breves vistazos que todo sureño tenía grabados en la sangre por pura precaución, el chico se acercó entonces a la casa que el Perseida tenía frente a sí. Apenas una pequeña estructura de dos pisos y ladrillo visto carcomido, igual que las de alrededor.

Al alcanzar la puerta, el muchacho llamó con los nudillos y una cadencia específica. Unos segundos después, una figura rubia, desgarrada y sucia salió al umbral y chocó la mano con él. Parecía una chica, tan flaca

como él, pero que saltó con sorprendente agilidad los escalones frontales de la casita antes de que el chico se deslizara hacia el interior. En ese instante, *Deadly* Percival comprobó la hora en su reloj de pulsera antes de girarse hacia la izquierda. Desde la penumbra del callejón, apenas un metro por detrás de él, Dumbell se mantenía con la espalda apoyada en el sucio muro y la vista clavada en la casa objetivo. El alijo de los Caballeros. Según *Sir* Héctor, la distracción perfecta. Era el momento del espectáculo.

Con discreción, Percival movió dos dedos con una secuencia específica. Dumbell se giró apenas hacia él, observando sus gestos. Entonces, como un autómatas que acabase de despertar, se movió hasta juntar las muñecas en paralelo. Tras un segundo, las apretó entre sí. En respuesta, apenas un tenue brillo salió de entre ellas, procedente de las pulseras magnéticas que llevaba ocultas bajo las mangas; junto con un levísimo sonido magnético que indicaba que la señal para sus aliados estaba en camino. En efecto, los dos mafiosos no tuvieron que aguardar mucho hasta escuchar los primeros disparos, procedentes de un par de calles a su derecha. El plan había comenzado y sus compañeros habían lanzado el cebo.

Los dos adolescentes, que se habían quedado departiendo un instante con la puerta entreabierta, miraron hacia el lugar del siniestro con atención. Al escucharse también los primeros gritos de dolor, presumiblemente de sus camaradas, ambos jóvenes intercambiaron una mirada y el de la cresta llamó a alguien que había en el interior; pidiendo ayuda y alegando que estaban asaltando su zona de control. Un instante después, dos adultos salieron de la casa y corrieron, armas en mano, hacia donde se escuchaba el tiroteo. Los dos adolescentes los siguieron de inmediato, casi dejando la puerta sin cerrar, y Percival sonrió para sí. En parte, se alegraba de no tener que matar a dos críos aquella noche; menos todavía considerando que le habían dejado el escenario a pedir de boca.

A una muda señal por su parte, los dos Perseidas corrieron de inmediato hacia la casa, agazapados y alerta a cualquier movimiento o sonido aparte del tiroteo. Nada más alcanzar la puerta, empujaron con rudeza para entrar. Como sospechaban, el alijo no había quedado desprotegido a pesar de la distracción, pero no les preocupaba. Dumbell enseguida alzó su escopeta y disparó a uno de los camellos que salió a defender la planta baja, antes de adentrarse en el salón y hacer lo propio con el único ocupante de este: un joven de piel oscura que no llegaba a los dieciocho años. Percival, por su

parte, subió enseguida al piso superior con el rifle cargado al hombro, ojo avizor a cualquier sonido o apariciones inesperadas.

Cuando casi estaba en el rellano superior, en efecto, salió una mujer pelirroja a enfrentarlo; pero, tras esquivar el primer disparo de su pistola militar, el Perseida no tuvo piedad y abrió fuego de inmediato hacia su pecho. La fémica Caballero se derrumbó enseguida contra una esquina, barbotando sangre con la mirada perdida y casi muerta. Percival, ignorándola, avanzó entonces por el piso superior. Apenas un pasillo estrecho, un aseo mugriento y dos habitaciones minúsculas ocupaban aquella planta, pero no se confi6. Al menos, hasta que abrió el segundo dormitorio y se encontró a un niño de unos diez años y rasgos mestizos acurrucado contra una esquina, casi parapetado tras los pies de la pequeña cama de muelles.

Conteniendo el impulso de adrenalina que lo instaba a apretar el gatillo de una vez, Percival respiró hondo y bajó el arma unos centímetros. Estaba claro que aquel crío no era una amenaza, sólo había que ver su cara de terror. Y él, por principio, prefería no matar menores aunque fuesen de una banda rival. De ahí que, tras decirle al niño que no se moviese en un rato, el mafioso se diese la vuelta y siguiera su camino hacia el fondo del pasillo. Allí, la brisa se colaba por debajo de la vieja madera de una puerta que chirrió al abrirse, dando paso a una pequeña terraza sobre el edificio. Percival inspiró hondo y salió, oteando por prudencia a su alrededor. Sin embargo, al comprobar que todo estaba en orden, su mirada se desvió de inmediato hacia el noroeste. Con un poco de suerte, Deirdre ya estaría lista. Así que, con una mano que hubiese deseado que no temblase tanto por la anticipación, *Deadly* Percival sacó la pistola de bengalas de su chaqueta, la alzó y disparó al aire. No obstante, el Perseida apenas tuvo tiempo ni de maravillarse en cómo aquel fuego de esperanza ascendía en la noche. Puesto que, al tiempo que él apretaba el gatillo, un dolor lacerante le atravesó el hombro contrario y le hizo encogerse de inmediato, con expresión sorprendida.

El niño mestizo de la habitación, desaparecido todo rastro de temor de su rostro, lo encaraba ahora con una frialdad pasmosa mientras lo apuntaba con un revólver de calibre cuarenta y cinco. *Deadly* Percival lo contempló durante varios segundos, at6nito y súbitamente consciente de lo que acababa de suceder. Aunque su estupor se transformó en un terror helado cuando una figura gigantesca apareció desde las sombras tras el pequeño.

—Hola, Percival —saludó el recién llegado.

El aludido hizo una mueca, conteniendo el sufrimiento causado por el balazo del hombro por todos los medios.

—Dolor. ¿Cómo te va? —saludó, con los dientes apretados.

—Mejor que a ti, por lo que veo —repuso el matón, mirándolo de lado.

—¿Todavía violando a jovencitas inocentes? —lo atacó Percival, sin camuflar una pizca su rencor.

El gigantón se rio entre dientes, sin asomo de diversión.

—Bueno, sólo de vez en cuando —admitió—. Reconozco que tu exnovia es toda una profesional. Cuando le apetece, claro —comentó, como si hablara del tiempo e ignorando la mueca de dolor genuino de Percival al escuchar aquello—. Y ¿tú? ¿Qué intentabas hacer esta vez?

—A ti qué te importa —le espetó el Perseida, en un tono que rezumaba odio.

Dolor, para su desgracia, ni se inmutó.

—Lo mismo que a ti, me imagino —comentó, encogiéndose de hombros con aparente desgana. Al menos, antes de mirarlo con una intención que hizo temblar a Percival—. O... ¿debo suponer que Deirdre no te preocupa?

Ante aquello, el Perseida ya sí que abrió mucho los ojos y apretó los dientes, temiendo el significado velado de sus palabras.

—No la volverás a tocar, miserable —lo amenazó, a pesar de todo.

Dolor se rio con angustiosa sinceridad.

—Para bien o para mal, en algo estamos de acuerdo —apostilló—. Lo siento, Percy.

Este se quedó rígido ante aquella inesperada, pero terrorífica, disculpa, así como ante el hecho de que él usase aquel diminutivo con él. Fuera como fuese, tenía un mal presentimiento.

—¿Qué...? —balbució, apenas.

Pero el disparo que escuchó a sus espaldas, en la lejanía, le dio la dolorosa respuesta a aquella pregunta formulada apenas en su cabeza. Eso y la mirada desdeñosa de Dolor cuando sus ojos se volvieron a encontrar. No era posible. El plan buscaba distraer a los que vigilaban a Deirdre, para que ella pudiese huir. ¿Qué había pasado?

—No... —jadeó Percival, sintiendo la ansiedad palpar en sus venas a velocidad de vértigo—. No...

Dolor, por su parte, sólo chasqueó la lengua con aparente indolencia.

—Lo siento, Percy —repitió, aunque por su tono casi podía haber estado diciéndole que iba a llover al día siguiente—. No es nada personal.

Y, después, el enorme puño del sicario cayó sobre el rostro del Perseida y todo se volvió borroso a su alrededor. Sin embargo, este aún tuvo un último pensamiento de triste despedida hacia su antigua amada antes de que la oscuridad se lo llevase del todo.

Aquella mañana, Ban se despertó sobresaltado a causa del insistente zumbido del móvil. Por algún motivo, tras estar gran parte de la tarde-noche anterior hablando con Elaine, había olvidado silenciarlo para dormir; y, ahora, alguien había decidido hacerle de despertador. Aún somnoliento, Ban apenas atinó a comprobar con extrañeza que apenas eran las seis y media de la mañana, antes de descolgar con un sonoro bostezo:

—¿Diga?

—¿Ban? Soy Wan Zhu.

El aludido casi saltó de la cama al escuchar la voz de su jefe, despejado de golpe por una súbita e indefinida sensación de angustia.

—¿Wan Zhu? —repitió, inseguro y frotándose los ojos para terminar de despertarse—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué llamas a estas horas?

—Lo sabrás cuando llegues al casino, maldito holgazán. —Ban frunció el ceño, pero no discutió. Sabía que esa era la forma habitual del buen exluchador para demostrar su afecto, pero tampoco alivió del todo el fuerte nudo de ansiedad que acababa de atenazar su estómago—. Necesito hablar contigo, Mal y Bells enseguida. Ha ocurrido algo muy grave.

El corazón de Ban pareció pararse por un segundo.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber, en un susurro y sin querer pensar que algo le había sucedido a Elaine.

Sin embargo, para su tranquilidad parcial, Wan Zhu sólo dijo un nombre muy alejado de sus sospechas:

—Deirdre. Vamos, te espero aquí en menos de media hora —le indicó el gerente del *Fairy Kingdom*, seco—, así que mueve el culo.

Más tranquilo, aunque intrigado de todas formas por qué podría haber sucedido y sin perder la sensación de incomodidad que llevaba acosándolo desde que había cogido el teléfono, Ban se duchó y vistió a toda velocidad antes de salir corriendo de su apartamento. A zancada ligera, el bailarín llegó en menos de quince minutos a la puerta del casino. Pero, al encontrarla cerrada, supuso que a aquellas horas debía entrar por detrás. En

efecto: al hacerlo, encontró enseguida a Wan Zhu, Malcolm y Isabelle sentados en el comedor alrededor de una cafetera caliente.

—Ban, ya estás aquí —lo recibió su mejor amigo, sin alegría alguna.

El aludido asintió, se dejó caer en una silla y aceptó la oferta de la joven camarera sentada a su lado para tomar un café solo bien cargado. Pero justo cuando se terminaba de echar tres terrones de azúcar, por costumbre si tomaba expreso, Wan Zhu se aclaró la garganta para hablar y atrajo toda su atención.

—Bueno. Chicos. Querida —los saludó a los tres—. Supongo que os preguntáis por qué os he reunido a vosotros tres esta mañana temprano, pero creo que sois los únicos que conocéis los secretos tras los muros de este casino...

—Al grano, Wan —lo cortó Malcolm, impaciente—. ¿Qué ha pasado?

Sin embargo, a Ban no le gustó nada la mirada que le dirigió el aludido antes de responder. Porque el brillo en sus ojos lo hizo temblar, adivinando lo que iba a soltar casi antes de que lo verbalizara.

—Han matado a Deirdre.

Sus tres interlocutores palidecieron, abriendo los ojos al máximo. Las mandíbulas de los chicos se desencajaron apenas, mientras que Isabelle se tapó la boca para contener un gemido.

—¿Cómo ha sido? —gruñó Ban, ronco, cuando fue capaz de recuperar la movilidad de sus cuerdas vocales.

Wan Zhu, por su parte, los miró alternativamente antes de decidirse a contestar.

—Un tiro en la cabeza —explicó, con simpleza—. Limpio, por lo que tengo entendido. Debía estar huyendo cuando la cazaron, si tengo que hacer caso a lo poco que Dolor me ha dado entender.

Ban frunció el ceño, sin querer saber en el fondo más detalles sobre el asunto. En el fondo, se hacía una idea de lo sucedido; pero también sentía esa quemazón de prudencia en las entrañas que le decía que, justamente, él era el que menos estaba en posición de opinar.

—Joder... —masculló, apurando su expreso dulce como si eso pudiera llevarse la amargura de su voz—. Está la cosa mal ¿eh?

Wan Zhu asintió, sin aspavientos.

—Aunque esa no es la peor noticia —agregó, lúgubre.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Malcolm.

Su jefe lo miró largamente.

—No podemos cerrar —confesó, al cabo de varios segundos muy tensos.

Por supuesto, las reacciones airadas no se hicieron esperar.

—¿Qué? ¡No! —protestó Ban, sin disimular su ira en esta ocasión.

—¡No pueden hacer eso! —se escandalizó Malcolm, acompasado a la reacción de su mejor amigo.

—¡Sí pueden! —los atajó Wan Zhu, severo, casi de inmediato—. O ¿crees que a mí me gusta esta situación, rubito?

—No es justo —rechinó Isabelle, con los párpados rebosantes ya de lágrimas por toda aquella situación—. No la pagues con él. Sabes que es cierto.

Wan Zhu, tras observarla con gesto apenado, suspiró.

—Nada es justo, pequeña. Pero es lo que hay.

Ban, por su parte, no replicó más, aunque rabiaba por dentro. Quisieran o no, bajo la fama de prestigio de Daleth, había otro mundo del que nadie hablaba. Un cosmos donde primaba la supervivencia del más fuerte mientras se mantenían las apariencias de cara a la galería. Pero, como decía Wan Zhu, no había mucho que ellos, simples hormiguitas, pudiesen hacer... Fuese justo o no. Y Deirdre no era precisamente la que merecía pagar por semejante mundo de mierda.

No obstante, tras terminar de desayunar y a pesar del nudo en el estómago, provocado por un duelo más agudo de lo que hubiese incluso imaginado por aquella muchacha rubia e inocente, Ban notó su móvil vibrar en el bolsillo con insistencia y eso distrajo sus pensamientos en un instante. Había percibido algunos de los roces de los minutos anteriores, alegrándose interiormente al suponer que sería Elaine, pero ahora parecía que la joven lo estaba llamando. Aunque lo aliviase saber que estaba bien, todavía había una voz en su cabeza que le comparaba a Deirdre y a Elaine sin que quisiera, lo que sólo le generaba una profunda desazón. Por ello, Ban dudó antes de dejarlo sonar hasta el final. No descolgó en ningún momento; primero de todo, tenía un favor que pedirle a Wan-Zhu. Algo a lo que, dadas las circunstancias, esperaba que no se negara o Ban habría muchas cosas que no le perdonaría después de aquel día... Aquella petición era lo mínimo que le podían dejar hacer. Por Deirdre... y por todos ellos.

Cuando Elaine se despertó, lo hizo arropada por la suave luz del sol entrando por la ventana y el lejano rumor de los criados, ya trabajando y

limpiando desde muy temprano. Sí que era cierto que sólo venían cuando la casa estaba ocupada, normalmente durante los veranos y ocasiones especiales; pero Elaine hacía años que había empezado a conocerlos a todos por su nombre y, a veces, casi le daba lástima no poder vivir siempre allí. Desde luego, la tranquilidad que se respiraba en aquel lugar de la campiña neo-británica no se encontraba fácilmente en Daleth...

Pensar en la ciudad le hizo añorar a Ban, aunque su recuerdo sólo conseguía que una sonrisa se extendiese por su rostro y que el corazón le brincase como un cervatillo recién nacido. Nada más despertarse, la joven le envió un dulce mensaje de ‘Buenos días’, antes de disponerse a recoger para volver a la Torre Forest. Elaine no podía estar más emocionada por regresar en aquella ocasión, a pesar de todo. Sin embargo, su alegría se fue diluyendo con el paso de los minutos; más aún, pasada la primera hora tras despertarse. Eran casi las ocho y Ban no respondía a ninguno de sus mensajes. Cautamente, lo llamó, pero se cortó al poco rato sin respuesta y Elaine notó una súbita ansiedad creciendo en su pecho. ¿Podría ser que le hubiese sucedido algo? Lo cierto es que, si no fuese porque recordaba de manera muy vívida el roce de sus labios, la joven hubiese pensado que el día anterior sólo había sido un glorioso sueño.

Para comprobar que no lo era, sólo por si acaso, la muchacha llamó a su hermano. Sorprendida, descubrió que estaba disponible y él le confirmó enseguida que podía regresar, como hablaron el día anterior. No obstante, en cuanto él preguntó si iba todo bien, Elaine contestó que sí con rapidez y casi colgó de inmediato; sintiendo su corazón encogerse sin quererlo. Por un instante, temió que Goliath hubiese averiguado que Ban le había contado todo y que le hubiesen hecho algo en represalia. ¿Estaría bien?

«Estúpida. Él sabrá lo que hace ¿no?», la reconvino una vocecita en su cabeza.

Elaine suspiró, sin respuesta y optó por distraerse recogiendo sus cosas para retornar a la Torre Forest, así como llamar a Clarence para que fuese a recogerla. Cuando lo hizo, miró el móvil por enésima vez. Y creyó que se iba a desmayar cuando vio que el bailarín la llamaba en ese instante.

—¿Ban? —lo recibió, angustiada.

—Hola, señorita —repuso él, en un tono no exento de disculpa—. Perdona no haberte contestado hasta ahora.

Elaine estuvo a punto de gritar de puro alivio, aunque se contuvo a tiempo. Las acusaciones por tenerla tan inquieta se agolpaban en su mente

una tras otra; pero consiguió reprimirlas antes de preguntar, en un hilo de voz:

—Ban ¿qué ocurre?

—Eh. No es nada, no tienes que preocuparte —la calmó él enseguida—. Sólo... Estábamos muy liados y no podía cogerte... Perdóname.

Elaine meneó la cabeza, más tranquila pero sin pasar por alto el plural.

—No pasa nada, pero... ¿“Estábamos”? —repitió. Al tiempo, se dio cuenta de que parecía una novia celosa y se obligó a serenarse y preguntar, en tono más suave—. ¿Qué ha ocurrido, Ban?

—Tranquila, estoy solo con Mal y Bells —le explicó él, casi como si hubiera leído su mente y haciendo que la joven se maldijera por pensar ciertas cosas—. Yo... Bueno... Ha muerto una de mis compañeras de baile —dijo entonces Ban, captando su atención de golpe.

Elaine se quedó paralizada un instante, con la boca seca. ¿Una de sus compañeras...? ¿Quién...? Por un momento, la muchacha recordó a las dos bailarinas que acompañaban a Ban durante la actuación y contuvo un jadeo de horror, abandonado ya todo recelo.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó, insegura de si quería saber o no la respuesta.

En el fondo, se consolaba al saber que Ban estaba bien, pero aquella noticia no era nada tranquilizadora. Menos todavía cuando escuchó la respuesta de él:

—De un tiro en la cabeza, dicen.

Elaine se tapó la boca, reprimiendo un gemido apenas entre los dedos. Sólo de imaginarse la escena, la cabeza le daba vueltas y tenía que obligarse a respirar.

—Ban... Yo... —susurró.

Pero, para su extrañeza, él repuso enseguida con una firmeza desconocida para la joven.

—”Tú” —remarcó— quédate en la Torre o en la mansión, Elaine. ¿Me oyes? No te muevas de ahí, de momento.

Ella apretó los labios, enfadada de golpe por sentirse reprendida como una niña pequeña por quien menos lo esperaba.

—Pero... —protestó, con cierta debilidad generada por el estupor.

—No hay “peros”, Elaine —la rebatió de inmediato; sin violencia, pero igual de firme que antes—. Por favor —suplicó, con aire agotado. Y ante el silencio entre molesto y angustiado de ella, agregó, como si le leyera la

mente—. Mi amor, escúchame. Esto es justo de lo que te hablé el otro día ¿vale? Por favor —repitió, en tono mucho más amoroso—. Tú mantente al margen y yo estaré tranquilo ¿de acuerdo? Sólo... haz eso por mí.

Sin más necesidad de palabras, ella comprendió al instante y asintió para sí. Por un instante, en su euforia de volver a oírlo, había olvidado parte de lo que todo su trasfondo implicaba.

—Vale... —aceptó, sin rechistar más—. Aunque, Ban...

—Dime.

Elaine sonrió para sí y bajó la voz.

—Nunca me habías llamado así —le indicó, tímida.

Para su mayor azoro, él liberó una pequeña risita divertida.

—Así... ¿Cómo, señorita? —quiso saber.

La joven se mordió el labio, enrojeciendo al otro lado del auricular y agradeciendo que no pudiese verla. No sabía por qué... pero adoraba ese nuevo y tierno mote de apenas dos palabras.

—Creo que ya lo sabes —apuntó, evasiva y coqueta a la vez.

Él se rio de nuevo; sin maldad, pero dando a entender que era cierto.

—Bueno, no puedo llamarte algo que no eres ¿verdad? —susurró, haciendo que un placentero nudo se enroscase en la base del estómago de la joven—. Aunque... también me gustaría poder hacerlo en otras circunstancias.

Elaine notó su corazón acelerarse, pero no replicó que ella también deseaba que eso fuese así.

—Ten mucho cuidado ¿vale? —le deseó, en cambio, no sin cierto temor filtrándose en su voz.

—Siempre —le aseguró él—. Adiós, señorita. Te llamaré en cuanto todo esté más tranquilo. Lo prometo.

Elaine respiró tranquila.

—Vale. Hasta luego, Ban.

—Adiós... mi amor.

Elaine soltó una risita encantada, colgando casi de inmediato para que él no la escuchase por pura vergüenza. En ese momento, la bocina del Rolls Royce resonó en el exterior y la joven llevó hacia allí su ligero equipaje. Aunque, cuando Clarence preguntó con media sonrisa a qué venía esa cara tan sonrosada, Elaine sólo pudo pedirle que arrancase enseguida; sin apenas poder camuflar una sonrisa soñadora que la acompañó durante todo el trayecto de vuelta a Daleth.

—Entonces... ¿Estamos de acuerdo, señor “Rey”?

Goliath, complacido, asintió frente a la pantalla del video-comunicador.

—Por supuesto, señor Augusto. Ha sido un placer hacer negocios con usted.

El colombiano de la pantalla mostró una blanca sonrisa bajo su sombrero de ala corta.

—No hay problema, amigo. Todo lo que usted necesite, ya sabe, acá en La Hacienda se lo servimos —indicó aquel con desenvoltura— El paquete debería llegar en unos cuatro días, si todo va como suele, así que no se preocupe.

El joven Fairmont sonrió con más interés.

—Me alegra oírlo. Cerraremos el pago entonces de dos millones y medio de pesos colombianos, medio millón de nuevas libras, a la salida del producto —apuntó—. Y el resto a la llegada.

Augusto asintió, conforme.

—Así se hará. Y no se inquiete, que nosotros protegemos muy bien nuestras mercancías —le aseguró.

—No lo dudo. Estaremos en contacto.

El colombiano hizo un gesto con la mano.

—Vaya con el cielo, hermano.

Tras devolverle la despedida de rigor, Goliath colgó, satisfecho, antes de cruzar los dedos sobre la mesa y recostarse en el asiento presidencial de su sala de reuniones. Si aquella operación salía bien, desde luego los sacaría del bache en que los había dejado Meredith. Sólo era un pequeño tropiezo y Fairtech tenía dinero de sobra para costear las pérdidas, pero Goliath odiaba fallar.

—¿Necesitas algo más, jefe? —preguntó entonces Samael, que había permanecido de pie tras el respaldo durante toda la reunión.

Goliath se irguió y negó despacio con la cabeza, sin mirarlo.

—No. Gracias, Samael. Ha sido una reunión muy productiva... —El magnate se interrumpió casi antes de que su consejero llegase a dar un paso, alertado por el leve chirrido de la puerta acristalada de la sala abriéndose. Pero ambos se relajaron, al tiempo que una sonrisa más amistosa asomaba los finos labios de Goliath, cuando Zachary Griffin se adentró en la estancia y avanzó hacia ellos—. Ah, Zachary. ¿Ya tienes los resultados que te pedí?

El joven informático asintió incluso antes de llegar a su altura. Sin embargo, al empresario lo escamó la oscuridad que marcaba sus rasgos mientras lo hacía y le tendía un pequeño archivador relleno con varios documentos grapados.

—Aquí los tienes, jefe —le indicó—. Como sospechábamos, Kenneth Forest quiere presentar los resultados de su padre en el aniversario de la muerte. —Goliath arrugó el gesto. No obstante, antes de que pudiese siquiera hojear los documentos que su informático le presentaba, otro elemento entró en su campo de visión de la mano de su amante en la sombra—. También he encontrado esto bajo tu puerta del despacho. Creo que te interesará. —Goliath tomó el sobre abierto que le tendían con tiento, antes de enarcar una ceja interrogante hacia el joven—. Ya estaba abierto —aclaró este, entendiendo la muda pregunta sin esfuerzo—. No estaba sellado de ninguna manera. Sólo... estaba pasado bajo el dintel.

El empresario dudó, con los labios fruncidos y tratando de decidir si Zachary le mentía o no. Sin embargo, los ojos oscuros del joven no parecían esconder nada; al contrario, su rostro mostraba cierta preocupación. De ahí que Goliath se decidiera a sacar el contenido del sobre con dos dedos. Sin embargo, nada más ver lo que era, lo dejó caer como si quemase.

—Pero ¿qué...? —gruñó, apoyando las fotografías con más calma sobre la mesa y escrutándolas con el rostro desencajado de incredulidad. Al menos, antes de alzar la vista con evidente curiosidad hacia Zachary—. ¿Qué es esto?

El informático se encogió de hombros con respeto.

—No tengo ni idea. Apareció bajo tu puerta...

—¿Esa no es la hija de Adam Forest? —preguntó entonces Samael, inclinándose a su vez sobre la mesa.

Goliath, conteniendo su irritación, asintió despacio. Sus ojos volvieron a clavarse en la imagen de Ban en actitud cariñosa con aquella muchacha, frente a un restaurante italiano, mientras trataba de no pensar en por qué no se había enterado de aquella relación hasta ahora. Despacio, cogió las fotos y les dio la vuelta, buscando la razón de aquel regalo. Pero su enfado sólo aumentó cuando vio aquel mensaje escrito en pulcras letras negras sobre fondo translúcido:

“Para que veas que te sigo siendo leal hasta la muerte, querido”

M.

Sin poder contenerse, Goliath dio un puñetazo en la mesa, para sorpresa de sus dos acompañantes.

—¿Jefe? ¿Qué ocurre? —preguntó Samael, sin levantar la voz.

Zachary abrió la boca también, con rostro angustiado, pero la cerró en cuanto el millonario alzó la cabeza hacia él para taladrarlo con la mirada.

—Griffin. Tráeme a Manuel y Terri ahora mismo —ordenó, en un tono que sólo usaba cuando estaba muy enfadado—. Sin excusas.

El informático pareció dudar apenas una décima de segundo antes de correr hacia el exterior de la sala e ir a cumplir aquel mandato, sin atreverse a replicar. Mientras Samael y él esperaban, en silencio, Goliath seguía dando vueltas a lo que aquello podía significar. Y su rostro pétreo no varió un ápice cuando sus responsables de inteligencia por fin aparecieron por la puerta de la sala de reuniones, casi diez minutos después.

—Manuel. Terri —los saludó, monocorde.

Estos, por su parte, se inclinaron respetuosamente con las manos frente al pecho. El símbolo de los Caballeros.

—¿Nos has mandado llamar? —preguntó el hombre de pelo caoba, sin alzar la voz.

Por toda respuesta, Goliath empujó las fotos hacia ellos. Después, recuperó su posición, recostado sobre el asiento y con las yemas de los dedos juntas en el aire.

—¿Qué es esto, jefe? —preguntó Manuel con infinita educación al cabo de un minuto de reloj, en el que Terri y él escrutaron las fotos por delante y por detrás.

Goliath, por su parte, contuvo una mueca impaciente.

—Esperaba que vosotros me lo dijerais —indicó, con voz suave. Los dos interpelados cruzaron una mirada que no gustó al millonario, por lo que insistió con peligrosa amabilidad—. O ¿vais a decirme que no sabíais esto?

Tras cruzar una nueva mirada entre ellos, algo más alarmada en apariencia, la mujer de pelo rubio y corto se adelantó para responder, sumisa:

—En realidad, sí sabíamos que a Ban se le ha visto en alguna ocasión saliendo con la hermana pequeña de Kenneth Forest...

Goliath apretó los labios, conteniéndose para no escupirle un improperio.

—Y ¿por qué no me lo dijisteis? —inquirió, tenso.

Manuel no varió un ápice la expresión serena al contestar:

—No era relevante, jefe.

El magnate estuvo tentado, por un instante, de saltar sobre su subordinado y estrangularlo. Que ¿“no era relevante” que su esclavo predilecto saliese con la competencia? ¿Es que estaba tonto? Sin embargo, la voz cadenciosa de Samael sobre su cabeza lo frenó a tiempo, captando su atención y calmando los ánimos:

—Manuel tiene razón —arguyó, sin alzar el tono—. Ban no tiene más restricción de libertad que plegarse a nuestros deseos ¿no es cierto?

Goliath contuvo una mueca de desdén, sabiendo que tenía razón a pesar de todo.

—Eso me da igual, Samael —le espetó, de todos modos, irritado—. Por mucho aprecio que le tengas a ese chapero de medio pelo, si sale con la benjamina de los Forest... ¿Por qué a nadie se le ocurre comentármelo?

Terri y Manuel inclinaron la cabeza, sumisos.

—Lo sentimos, jefe. No volverá a suceder.

—¡Oh! No pasa nada —ironizó Goliath—. Pero... ¿no crees que tal y como están las cosas, podría haber sido una baza estupenda para sacar información de Forest Energies? ¡No, claro! —estalló, haciendo retroceder a todos en la sala—. ¡Sólo son los que van a ponerse a la cabeza en la carrera energética, y todo por vuestra ineptitud!

—De hecho, hay otra mala noticia en ese sentido.... —intervino Terri, comedida. La mujer no solía hablar mucho, pero esta vez parecía dispuesta a cooperar. Goliath se giró hacia ella con mirada ardiente, pero no le dijo nada. Sólo lo invitó a continuar con un seco asentimiento—. Meredith ha ido a hablar con Kenneth Forest.

Furibundo, el millonario apretó los dientes mientras miraba las fotos de reojo. Eso confirmaba sus sospechas sobre la firma, pero no sabía si quería estar seguro de ello o su paciencia no resistiría más.

—¿Y? —inquirió, entre dientes—. ¿Qué quieres decir con eso?

Terri miró entonces a Manuel y este tomó la palabra:

—Ese mismo día, el de las fotos, la hija pequeña de los Forest salió a comer con Ban como se ve. Es cierto. Pero, mientras tanto, tenemos un vigilante que asegura haber visto a Meredith acercarse a la Torre Forest, aunque intentó disfrazarse. El problema es que, después de volver a la

Torre, la benjamina no regresó en dos días, que hayamos observado. Sin embargo, sí lo hizo la pequeña de los Lionheart.

—¿La descarriada? ¿Isabelle?—preguntó Goliath, con una ceja enarcada.

—Sí —le confirmó su líder de inteligencia—. La misma que trabaja en el casino...

—Al grano, Manuel —lo cortó su jefe, inquieto—. ¿Qué quieres decir con todo esto?

El consejero se irguió.

—No he podido confirmarlo aún —aseguró, en voz baja—, pero diría que Kenneth Forest sabe que su hermana se ve con nuestro bailarín. Y todo por culpa de Meredith.

Goliath rio con brevedad y cierta amargura velada.

—Sí, conozco el sentimiento que debe correr por sus venas ahora mismo —ironizó—. Pero, entonces... Como decía, si Ban tiene relación con los Forest y estos ya lo saben, no podemos usarlo para saber más de primera mano sobre los resultados de Adam Forest—rechinó con la vista clavada en las fotos, molesto con Meredith hasta límites insospechados—. Y eso es un problema para nuestros planes de futuro.

—Sin duda, es un cabo suelto —apuntó Manuel—. Sabe demasiado y, como se le ocurra soltar algo que no debe a la hija de los Forest...

—Matémoslo de una vez.

La voz grave que acababa de resonar desde un rincón sobresaltó a casi todos los presentes salvo a Samael y Goliath, que ya sabían que estaba allí. Manuel y Terri se giraron para observar a Dolor con temor, mientras este se incorporaba y avanzaba, procedente de las sombras, hasta situarse tras el respaldo del líder de los Caballeros.

—Tú siempre tan sutil, Dolor —se mofó Samael de inmediato, sin maldad, pero rompiendo la tensión del momento en un instante. Después, ignorando el rostro ceñudo del gigantón, el negociador se inclinó junto a Goliath—. Si quieres hundir a los Forest, mi Rey, sí que puedes usar a Ban todavía.

El aludido se giró con media sonrisa sardónica.

—Tú siempre has tenido debilidad por él, Samael —incidió, meloso, antes de mirarlo con más detenimiento—. ¿Alguna sugerencia?

El aludido, por su parte, se incorporó y comenzó a caminar de un lado a otro, con los labios fruncidos en aire pensativo.

—Lo cierto es que... A pesar del aprecio que le tengo, no esperaba que se fuese por el mal camino —admitió, generando una pequeña sonrisa complacida a Goliath—. Pero... Yo no soy esa bruta de Meredith. Sé que la discreción es fundamental para mantener nuestro negocio a flote —aseguró, antes de sonreír también con patente malicia—. Con lo que mi sugerencia sería hacerle quedar como una mala influencia para alguien como la hija menor del gran Adam Forest.

Goliath ladeó la cabeza.

—Continúa —lo invitó.

—Después de la trágica, pero necesaria muerte de Deirdre es posible que la policía empiece a husmear más de la cuenta e incluso las Perseidas se vuelvan más agresivas. —Dolor soltó un bufido mezclado con risa despectiva, pero Samael lo ignoró—. Tenemos que desviar la atención hacia algo, o alguien, que levante sospechas; pero como un elemento dañino para nosotros. —Cruzó una mirada significativa con Goliath y se inclinó hacia su oído—. Coge a Ban, airea sus trapos sucios del pasado en el sur y pónselo en bandeja a Kenneth Forest. Y dile que, si no te entrega su patente, hundirás su empresa sin necesidad de mover un dedo. Sólo con que estas fotos lleguen a la prensa...

Samael dejó la frase en el aire, pero su jefe lo entendió a la primera y meditó antes de asentir, conforme.

—Es una buena idea —corroboró, también mostrando media sonrisa taimada y acariciando las fotos frente a él con un dedo huesudo mientras lo hacía—. De hecho... Creo que tengo el plan perfecto para ello. Terri, Dolor y Manuel, quedaos un momento— indicó entonces—. El resto, podéis iros. Muchas gracias por todo.

Mientras Zachary y Samael obedecían sin rechistar, el millonario recordó sin querer cuando Guinevere se fue con aquel patético feriante; lo que aquello supuso para la reputación de la familia y la empresa. Y ¿por qué no usar esa desesperación sobre el estirado y pedante Kenneth, más aún cuando podían tener argumentos de sobra sobre Ban? Sería una pena perderlo para el casino si las cosas se torcían, por supuesto. Pero una parte de Goliath empezaba a sentir que era el momento de cobrarse su venganza por Valiant de una vez por todas.

«Al fin y al cabo», meditó, taimado, cuando sólo él y sus subordinados quedaron en la sala para discutir los detalles de su idea. «Meredith aún tiene una deuda que saldar... ¿Verdad?»

La calma que precede a la tormenta

Por costumbre, aquella mañana Elaine subió a ver a Evelyn nada más llegar a la Torre. Greta, que aún estaba responsabilizada del cuidado de la mujer hasta el mediodía, le agradeció haber vuelto; aunque también se mostró bastante enfadada con su hermano por haberle asignado trabajo extra. Elaine le dijo con una sonrisa agradecida que no se preocupara, que a partir de ese momento todo iría bien y ella se ocuparía de todo. Aun así, aunque la joven enseguida se sentó a leer con su madre junto al mirador como de costumbre, Greta optó por quedarse hasta la hora de comer. Algo que, para alegría de la recién llegada, resultó en la preparación de comida en el momento en vez de tener algo refrigerado desde por la mañana, para variar. La joven lo agradeció en silencio, devorando casi con ansia su plato de caritas con pimienta y maíz a la cayena. Aunque, a pesar de la falta de educación que suponía, tampoco podía dejar de mirar el móvil cada vez con más frecuencia ante la ausencia de mensajes de Ban. Sin embargo, cuando la joven por fin bajó a su apartamento, no pudo contenerse más.

Elaine:

Hola, cómo va todo?

Ya estoy en la Torre

Para su agrado, Ban esta vez contestó casi de inmediato con su alegría habitual.

Ban:

Hey, señorita

Me alegro, espero que todo esté bien con Ken

Elaine:

Sí, todo en orden

Me preguntaba si... Podrías quedar hoy?

La petición quizá era algo precipitada, aunque no era la primera vez que decidían verse el mismo día que lo hablaban. Sin embargo, su gozo cayó en un pozo profundo cuando él respondió:

Ban:

*Lo cierto es que hoy voy a tenerlo complicado, mi amor
Lo siento*

Elaine, a pesar de todo, trató de no decepcionarse al leer aquello. Aunque no pudo reprimir el tono desapasionado de su siguiente respuesta. Por supuesto y de igual manera, debió saber que él leería entre líneas sin esfuerzo alguno:

Elaine:

Oh, vale... No pasa nada

Ban:

*Algo me dice que eso no es cierto
Pero te prometo que volveré a escribirte en cuanto pueda, vale?
Están las cosas difíciles por aquí y ojalá fuera distinto
Te prometo que te compensaré
Te dejo, cuídate y no me echas de menos tanto como yo a ti :-**

Elaine suspiró al leer aquello, pero se resignó a seguir esperando; sin poder evitar que sobre su corazón se alojase un nudo en el que se entrelazaban preocupación y cierta decepción. Necesitaba abrazarlo, volver a besar sus labios carnosos y perfectos; enredar los dedos en sus crespos mechones platinos y refugiarse en su pecho de mármol hasta que el mundo se acabase. Pero también era consciente, pensándolo en frío, de que aquella actitud sólo la llevaría a una amargura injusta. Por suerte, en aquel momento la joven recibió un mensaje de Erica que distrajo su atención y la hizo esbozar una sonrisa. Tan embebida estaba en su nube rosa de amor desde que Ban y ella se habían declarado en Trebes, que la joven casi había olvidado al resto de sus seres más queridos. Así que, sin dudar, optó por llamar a su mejor amiga en vez de teclear en respuesta.

—¿Diga?

—Hola, Eri —saludó Elaine.

—¡Hola, pequeña! Uy, que apagadilla te noto —dijo la joven Franklin de inmediato—. ¿Ha pasado algo?

Elaine quiso maldecirse por ser tan transparente. Su voz la había traicionado sin quererlo; pero, en el fondo, sintió que algo en ella quería sincerarse con Erica y así lo hizo.

—No, es sólo que... Ban me ha dicho que hoy no puede quedar —pronunció, escuchando de inmediato lo infantil que sonaba.

—Oh, vaya... —se apenó Erica—. Pero... ¿Va todo bien?

Elaine suspiró.

—Sí, estamos bien.

—¿Seguro? —insistió su mejor amiga—. El, venga. Sabes que a mí puedes contarme lo que sea —la animó con dulzura maternal—. ¿Qué ha pasado?

Elaine puso los ojos en blanco, rendida a la evidencia. Estaba claro que, aunque lo intentara, delante de Eri ya no era capaz de disimular. Pero pronto descubrió que tampoco quería hacerlo y, en el fondo, necesitaba confesárselo a alguien para no quedarse con esa losa sobre el corazón.

—Me ha dicho que se ha muerto una compañera del casino —le contó, entristecida.

Como suponía, Erica se quedó helada al oír aquello, igual que ella.

—¡Oh no! —se lamentó, sincera—. Qué desgracia, pobres... Y ¿te ha dicho quién? —se interesó, con súbito temor.

—Una de las bailarinas —le confirmó Elaine—. Ban parecía afectado, la verdad...

Erica bufó al otro lado, sin acritud, pero con evidente lástima.

—Jope, qué pena —musitó—. Y ¿tú cómo estás?

Elaine sacudió la cabeza.

—Bien, ya te digo. Preocupada por si esto afectará a Ban...

—¿Qué quieres decir? —inquirió Erica, con preocupación.

Su mejor amiga resopló.

—¿Estás libre esta tarde, Eri? —preguntó entonces, cambiando de tema.

La otra joven pareció dudar al otro lado del teléfono, antes de confirmar en voz baja su disponibilidad.

—¿Quieres...? ¿...hablar de algo, El? Mira, que puedes contarme lo que sea —reiteró.

La rubia asintió, agradecida, pero no dio enseguida su brazo a torcer.

—Sí, pero prefiero hablarlo cara a cara y en un lugar que no nos molesten.

—Uy, qué críptica te has puesto...

Elaine contuvo una sonrisa cargada de afecto hacia la mejor amiga del mundo.

—Lo entenderás cuando te lo diga ¿vale? Te lo prometo.

—Empiezas a sonar como Ban ¿lo sabías? —la acusó Erica, sin asomo de reproche.

La joven rubia, a su vez, rio sin alegría.

—Sí, eso parece...

—Bueno, pues... Está hecho —decidió Erica, tras claudicar aparentemente en su curiosidad hasta que se vieran—. ¿Te paso a buscar después de entrenar? Estoy entrando justo ahora. Dame un par de horas. ¿Ok?

—Vale, genial —sonrió Elaine—. Gracias, Eri.

—¡A mandar! ¡Cuídate!

Las amigas colgaron y la joven Forest se quedó un buen rato mirando la pantalla del móvil, dudando. Lo cierto es que no estaba segura de por qué había querido que Erica y ella fuesen a otro lugar que no fuera la Torre para hablar de ello. Sin quererlo, de repente, pensar en lo que Ban le había contado en el ‘Settimo Pecato’ y en la casa familiar, sumado a la muerte de su compañera, hacía que un extraño escalofrío de prudencia ascendiera por su espalda siempre que rumiaba sobre ello. Elaine no quería arriesgarse de ninguna manera; al menos, hasta que no encontraran la manera de sacar a Ban de los Caballeros. Porque, sin duda y aunque no se lo hubiese dicho aún a él, la joven tenía la firme convicción de hacerlo. Costara lo que costase.

Buscando distraerse hasta que Erica fuese a recogerla, Elaine se dirigió a su terraza y se sumergió en “Los buscadores de conchas”, del que apenas le quedaban cincuenta páginas por leer. Sin embargo, tan evadida estaba en sus pensamientos que le costó centrarse en la lectura, hasta el extremo de que el punto final de la novela coincidió más o menos con el sonido del timbre que indicaba que su mejor amiga había llegado ya. La joven Forest se arregló entonces con rapidez, salió a recibir a la joven de pelo azul y ambas se encaminaron hacia el exterior de la Torre a buen paso.

—Bueno, entonces... ¿Es en serio? —quiso saber Erica, morbosa, en cuanto subieron al pequeño Fiat—. ¿Tú y él...?

Hizo un gesto elocuente y Elaine se rio con vergüenza mientras la otra joven arrancaba y salía del aparcamiento.

—Sí, Eri —le confirmó, antes de contarle sin detalle lo sucedido en la laguna de Trebes. La conductora casi soltó el volante de la emoción en varias ocasiones durante el trayecto hacia el sur de la Zona Alta, pero no la interrumpió—. Aunque... de momento, estamos a ver qué ocurre...

Erica hizo un gesto displicente con una mano, mientras su amiga comenzaba a enfilar la Golden Shore y buscar aparcamiento cerca de la orilla del Kent.

—Bah, seguro que va todo bien —aseguró, convencida, antes de enarcar brevemente una ceja en su dirección—. O ¿hay algo que no me has contado?

Elaine dudó, insegura sobre si debía decírselo o no. No había querido hacerlo en la Torre en la creencia irracional de que allí alguien la vigilaba, pero ahora se sentía igual de observada en plena calle. Y no era una sensación agradable.

—¿Me prometes guardar el secreto? —preguntó, cuando Erica ya maniobraba para aparcar.

—¡Por favor, claro! —se escandalizó esta, sin acritud, antes de salir del coche. Una vez reunidas en la acera, la joven de pelo azul la encaró con evidente interés—. Venga, dispara. ¿Qué ocurre?

—Ven, vamos a sentarnos en ese banco frente al río —indicó entonces Elaine, señalando un asiento cercano que encaraba el Kent sobre una pequeña balconada metálica—. Eri, voy a contarte algo muy turbio —susurró en cuanto estuvieron acomodadas, para mayor intriga de su mejor amiga—. Pero no puede salir de aquí ¿de acuerdo?

Erica, por toda respuesta, se puso una mano en el corazón en mudo compromiso. Sin alzar la voz y protegidas por el sonido de las olas a pocos metros bajo sus pies, Elaine le narró entonces de manera sucinta lo que Ban le había explicado sobre los Caballeros. Como había prometido, omitió los detalles sobre Goliath y la relación entre su hermano y Ban, pero Erica no necesitó mucho más para soltar un silbido incrédulo en cuanto el relato terminó.

—Vaya, chica. Esto explica muchas cosas... —se asombró.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Elaine.

Su mejor amiga, por su parte, pareció reflexionar durante varios segundos antes de atreverse a soltar lo que fuese que pasaba por su mente.

—No sé. Por ejemplo, que... no quisiera salir con nadie —arguyó, sin perder del todo el tono incrédulo, para después mostrar una cálida sonrisa—. Bueno... antes de ti, al menos. Has tenido que darle bien fuerte ¿eh?

Elaine no pudo menos que sentirse halagada ante aquel comentario.

—Sí, lo sé. Y casi lo aprecio más por querer protegerme de esa manera —afirmó, con suavidad—. Más aún después de saber que...

No terminó la frase, pero Erica asintió, comprendiendo sin palabras.

—Pobre chica —se compadeció, antes de girarse hacia su mejor amiga con intriga—. Y, esta muchacha... ¿también era de... ? Ya sabes.

Elaine se humedeció los labios y negó con la cabeza.

—No lo sé —admitió, pesarosa.

Erica bufó y chasqueó la lengua con disgusto.

—Qué asco —sentenció— y qué pena.

Elaine no podía más que darle la razón. Lo cierto es que ni siquiera quería pensar en ello. Porque, si a Deirdre la habían matado y estaba también bajo el yugo de los Caballeros, la joven se echaba a temblar sólo de pensar que algo así le pasara a Ban en algún momento.

—Temo que algo pueda sucederle a él, Eri —le confesó entonces, en un hilo de voz asustado—. No me lo perdonaría.

Para su sorpresa, su amiga rio con suavidad para quitarle hierro al asunto. Acto seguido, le pasó un brazo cariñoso por los hombros.

—Tranquila, El. Tu chico parece de los que saben lo que les conviene.

—Elaine recordó con un escalofrío la confirmación sobre la autoría de la violación de Meredith sobre Ban y el por qué exacto de la misma, pero calló. Aquello también había prometido guardarlo en secreto y juraba mantenerlo hasta que fuese necesario. Aunque Erica pareció percatarse de que seguía angustiada, porque enseguida agregó, risueña—. Vamos, Elaine. Alegra esa cara. Seguro que tu maromo está mega liado hoy con temas del casino. Pero ya verás cómo esta noche te lo encuentras de nuevo mandándote cursiladas por el Chat.

—¡Eri! —la regañó su mejor amiga.

Aunque su inmediata carcajada se le contagió sin esfuerzo y la aludida, de hecho, le guiñó un ojo sin ofenderse.

—Pase lo que pase, aquí estaremos —aseguró, tendiéndole una mano para ayudarla a levantarse del banco—. Venga, vamos a echar un vistazo a los escaparates y luego cenamos donde siempre. ¿De acuerdo?

Elaine, tras dudar un instante, aceptó y se dejó conducir hacia la parte bulliciosa de la gran avenida comercial. Seguía angustiada y echaba muchísimo de menos a Ban, pero se obligó a ser paciente y distraerse con una clásica tarde entre amigas. Durante varias horas, las dos jóvenes rieron, bromearon y se pusieron al día de lo sucedido en las últimas jornadas. Tras cenar de nuevo en el Blue Pearl, sellando así su recuperada amistad del todo, Erica llevó a Elaine a casa. Y, para alegría de esta última, la predicción de la joven de pelo azul se cumplió nada más entrar en la Torre. Su teléfono sonó un par de veces en el bolso antes de que la joven descolgase con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Eh, hola!

—Hola, señorita —saludó él, con su eterna voz de barítono—. ¿Cómo estás?

—Bien, volviendo a casa ahora —lo informó. Y antes de que él pudiese indagar más, contraatacó con dulzura—. ¿Cómo ha ido el día? ¿Estás bien?

—Sí, todo en orden —le confirmó él—. Perdona no haberte hecho mucho caso hoy —agregó, con aire algo arrepentido—. De hecho, llevo todo el día en el casino. Los jefes no nos han dejado cerrar por duelo —aclaró con la voz algo más enronquecida, con lo que Elaine entendió de inmediato con un escalofrío de quién hablaba—. Pero hemos querido echar una mano a Wan Zhu y, ahora, yo me he subido a mi rincón secreto para poder hablar contigo.

—Tu rincón secreto ¿eh? —se interesó la joven—. ¿Me lo enseñarás algún día?

Ban soltó una risita confiada al otro lado.

—Claro, cuando todo se calme, lo prometo —le aseguró—. Y ¿tú? ¿Qué has hecho hoy?

—He salido con Erica para despejarme un rato —confesó ella.

—Buena chica —se alegró él de inmediato, antes de ponerse más serio y agregar—. Nosotros lo cierto es que hemos tenido visita de la poli...

Elaine notó su corazón aletear a toda velocidad.

—¿Y? ¿Qué os han dicho? —preguntó, casualmente en el momento en que entraba en su apartamento y cerraba tras de sí.

—Nada. Sobre todo querían preguntarnos sobre ella —expuso Ban, evasivo—, tras averiguar que trabajaba con nosotros.

—Y ¿qué les habéis dicho? —insistió la joven.

Sin quererlo, percibía que él no le estaba contando todo; pero, cuando Ban lo hizo, a Elaine se le puso el vello de punta.

—Está feo que lo diga; pero, la verdad, no —replicó, críptico, aunque sin ocultar cierta amargura filtrada en sus palabras.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir, Ban? —se inquietó la joven.

Él, por su parte, pareció dudar antes de responder. A Elaine le recordó a cuando se pensaba qué contestarle hacía unas semanas, al principio de su relación. Sólo que, ahora, había aprendido a reconocer a qué se debían esos cortos silencios... y sabía que no solían traer nada bueno detrás.

—¿Me guardas un secreto? —preguntó él entonces; en voz muy baja, pero cargada de cariño.

—Claro —afirmó ella de inmediato—. ¿Qué ocurre?

Al otro lado del auricular, la joven escuchó a Ban inspirar y espirar en profundidad antes de volver a hablar.

—Deirdre era parte de otra mafia —explicó el joven, con calma—. Las Perseidas del Cielo Estrellado. Los Caballeros la retenían como garantía de paz, pero las Perseidas intentaron sacarla por su cuenta... Y, ella... Bueno, te puedes imaginar lo que pasó.

Elaine se tapó la boca, aún más espantada que aquella mañana. Aunque aquello sólo reforzaba la teoría que llevaba dando vueltas en su cabeza durante toda la tarde, intentó que no le temblase la voz cuando musitó:

—Lo siento mucho, Ban.

—Es lo que pasa por estos lares. Y no podemos hacerle eso a Wan Zhu. Sólo le daría problemas... —afirmó Ban, como si le quitase importancia, pero en un tono que indicaba que tampoco quería ahondar más en ello. Elaine también prefirió dejarlo estar, sobre todo cuando su voz adoptó un timbre mucho más animado—. Oye... se me había olvidado decírtelo, pero... mañana es el cumpleaños de Dana y me han recordado como cien veces que te diga que estás invitada.

Ante aquel mensaje, Elaine pasó del horror a la felicidad en un instante.

—¡Oh! Vaya, muchas gracias.

Ban soltó una extraña risita al otro lado.

—Si dices que sí, yo también voy —afirmó entonces, para sorpresa de la muchacha.

—Venga ya... Si sois amigos ¿no? —inquirió Elaine, intrigada por aquella petición—. ¿En qué influyo yo?

Para su mayor curiosidad, Ban se rio con más fuerza al otro lado.

—Bah, supongo que no es nada —admitió al final—. Sólo tenemos... ciertas “diferencias artísticas” —la informó, para diversión asimismo de la joven—, pero es buena chica.

Elaine meneó la cabeza, sin perder la sonrisa. De vez en cuando, daba gusto poder tener conversaciones normales con el chico de sus sueños sin que hubiera “mafias” y “muertos” de por medio.

—Eso me pareció —corroboró—. Pues... Entonces, vale. Allí estaré a la hora que me digáis.

—¿Estás segura de que tu “hermanito” te dejará venir? —quiso saber él entonces.

Elaine, por su parte, se enterneció al comprobar cómo él no podía camuflar el intenso deseo que impregnaba cada palabra; ni siquiera a pesar de haber apelado a Ken con cierta sorna no velada.

—Hm... Veré qué puedo hacer —repuso ella, misteriosa y disfrutando de chincharlo un poco. Él hizo un sonido de falsa molestia y Elaine contuvo las ganas de reír—, pero seguro que tendré buenas noticias pronto —le aseguró, para tranquilizarlo—. Tú confía en mí.

Sin verlo, intuyó su sonrisa cuando él susurró:

—Eso espero, señorita. Me muero por verte otra vez.

Elaine cerró los ojos y estuvo tentada de dejarse caer sobre el sofá cuan larga era, derretida de amor:

—Y yo a ti. No te haces una idea.

—¡Ja! Qué más quisieras... —la provocó él. Ella sacó la lengua con burla, el sonido llegó al otro lado y él rio—. Te envío los detalles pronto, señorita. Que descanses...

—Vale. Buenas noches, Ban —se despidió la joven.

—Buenas noches, mi amor. Hasta mañana...

El día de la celebración amaneció parcialmente soleado, con algunas nubes perezosas navegando por un cielo más azul que nunca y acompañadas por una brisa que aliviaba el calor del verano. Nada más levantarse, Elaine se estiró como un gato frente a la puerta entreabierta de la terraza y miró hacia el exterior con una extraña alegría. Quizá, pensaba con

picardía, porque aquella iba a ser la primera noche que Ban y ella iban a salir como pareja de forma oficial.

Sin embargo, su alegría se enfrió pasados apenas unos minutos. Mientras terminaba de asearse frente al espejo, la joven escuchó sonar el timbre del apartamento y frunció el ceño, sin saber quién podía ser. Pero, para su desgracia, era la señorita Barrows. Y, en los últimos tiempos, sus visitas nunca implicaban nada bueno.

—Buenos días, señorita Forest.

—Hola, Barrows. ¿Qué ocurre?

A pesar de la hastiada falta de protocolo, el semblante severo de la asistente apenas cambió cuando respondió, educada:

—Su hermano me envía a buscarla. Tiene algo que anunciarle.

A tiempo, Elaine se tragó una réplica cortante junto con el correspondiente mohín de desagrado, antes de sonreír de forma forzada y decirle a la secretaria que estaría preparada en menos de cinco minutos. Tras ese tiempo, la muchacha apareció vestida con una blusa y una falda de tubo oscuras, en diferentes tonos de azul; y siguió a Barrows hacia el ascensor, sumisa. El estómago le rugía por la falta de desayuno, por lo que esperaba que Ken tuviera disponible al menos una cafetera bien cargada. Para su agrado, así era.

—Gracias, Barrows —la despidió el joven, en cuanto las dos mujeres llegaron a la eterna sala de reuniones del piso cuarenta y cuatro. Y, cuando la asistente se retiró, el joven se giró hacia Elaine con algo que parecía una ligerísima sonrisa de bienvenida—. Hola, hermanita. ¿Cómo estás?

El tono era bastante amistoso. Sin embargo, la muchacha decidió no bajar la guardia. Desde luego, las últimas reuniones con él en aquella sala no habían terminado nada bien. No obstante, la joven se sentó en una silla cuando se lo indicaron, no sin cierta rigidez. También aceptó la taza de café que le ofrecieron a continuación con una sonrisa tensa y bebió despacio, mientras esperaba a que su hermano dijese lo que tuviese en mente aquella mañana. Para su sorpresa, eran buenas noticias para ella.

—Elaine. Te he hecho llamar para anunciarte que, a partir de mañana, Irina pasará a ser cuidadora de día completo de mamá.

—¡Eso es estupendo! —se entusiasmó Elaine, aunque enseguida se puso seria—. Pero... Entonces ¿yo ya no tendré que subir...?

Para su tranquilidad, Ken sonrió.

—Puedes ir a verla siempre que quieras, Elaine —le recordó con una dulzura que la joven no recordaba haberle oído casi en el último año—. Pero... ahora tendrás más tiempo para tu preparación de Benwick. —Ante su rostro aún serio, el joven la miró de una forma extraña—. Creí que era lo que querías desde el principio.

Elaine se mordió el labio por dentro, conteniendo a tiempo una negativa por impulso. Mentiría si dijese que, en ocasiones, cuidar de su madre no le había resultado una obligación impuesta por su estricto hermano mayor. Pero, por otro lado, también reconocía que se había acostumbrado a esa rutina. Y, tercero, pero no menos importante, la joven aún no se atrevía del todo a confesar a Ken el verdadero motivo de su alegría al ver liberadas sus mañanas.

—Sí... ¡Sí, claro! —repuso al final, disimulando su auténtica emoción tras aquellas palabras—. Gracias, Ken. Significa mucho para mí.

Él hizo una mueca como si aceptara su gratitud, aunque después adoptó una actitud más severa y agregó:

—Eso sí. No quiero distracciones innecesarias ¿de acuerdo?

Elaine camufló una sonrisa de maliciosa diversión tras su taza de café, aunque notó que sus mejillas se ponían coloradas de inmediato.

—Claro, hermano —jadeó tras apurar su taza, como si fuese la bebida la que la hubiese acalorado y no sus pensamientos—. Tenlo por seguro.

Kenneth Forest asintió, conforme, antes de dar por terminado el desayuno unos minutos después y que ambos se levantaran al tiempo de la mesa. Elaine suspiró de forma apenas perceptible, sintiendo que lo peor había pasado y muriéndose por contar a Ban las buenas noticias durante aquella noche.

—Bien. Aprovecha entonces hoy, si hay algo que tengas que indicarle a Irina de cara al futuro —le recordó su hermano, no obstante.

—Claro. Gracias, Ken. No habrá problema —se despidió ella.

De inmediato, la joven se giró para irse y comenzó a caminar hacia la puerta. Sin embargo, frenó a medio camino al recordar que tenía algo más que decirle.

—Por cierto, Ken. Hoy es el cumpleaños de Dana —lo informó, sucinta—. Así que voy a salir con ellos esta noche, si no te parece mal.

Esperaba una negativa o un ceño fruncido, pero la muchacha se sorprendió cuando él alzó las cejas en un gesto sorprendido y preguntó, sin acritud:

—Oh ¿qué vais a hacer?

Insegura a pesar de su actitud amable, Elaine se mordió el labio, aún con algo de rebeldía a revelar sus planes así por las buenas. Al fin y al cabo, a pesar de que Ken le había permitido seguir viéndose con Ban y compañía, la joven seguía temiendo sus reacciones ante según qué cosas. Al final, tras comprobar que él todavía esperaba una respuesta, optó por resumirlo con un encogimiento de hombros:

—Nada, poca cosa. Iremos a cenar a una pizzería cerca del casino y luego a lo mejor nos acercamos allí. Malcolm y Isabelle tienen turno hoy —aclaró, ceñuda, al ver que Ken entrecerraba los ojos con suspicacia.

Era una verdad sólo a medias, ya que en realidad el rubio camarero libraba porque le tocaba, pero la joven prefirió no echar más leña al fuego si no era necesario. Aun así, fue una grata sorpresa cuando él no se irritó más allá, al menos en apariencia. En cambio, unos segundos después de asentir y desear que lo pasara bien y tuviera cuidado, Elaine frenó en seco al escuchar que él la llamaba de nuevo.

—El, espera.

La joven puso los ojos en blanco de espaldas a él, pero compuso su mejor sonrisa antes de girarse para encararlo.

—¿Sí, hermano?

La joven comprobó cómo su tono algo gélido hacía encogerse al joven, pero se mantuvo serena. De nuevo, Elaine esperaba un sermón sobre seguridad o algo similar. Quizá, alguna recomendación esnob sobre cómo comportarse en el sur. Sin embargo, se quedó de piedra cuando lo que escuchó fue:

—¿Puedo salir con vosotros?

Por unos segundos, Elaine pensó que no había oído bien.

—¿Disculpa? —inquirió al cabo de ese rato, perpleja, pero con toda la educación que fue capaz de reunir en apenas dos décimas de segundo que le tomó recuperarse de la sorpresa.

Las mejillas de Ken, por otra parte, parecieron alcanzar temperaturas nucleares en un instante, mientras apartaba la vista con extraño pudor.

—Querría salir con vosotros esta noche, si es posible —musitó entonces.

La miraba con una súplica en sus ojos que la joven ya no creía posible que existiera en su rígido hermano mayor. Elaine se cruzó de brazos; estoica por fuera, pero divertida como nunca por dentro.

—Y... ¿Cuál sería el motivo? —inquirió, con cierta dureza no fingida que a Ken no le pasó por alto, puesto que dio un respingo en el sitio y la observó con renovada cautela—. ¿Para poder criticar si salgo o no con un sureño? ¿Es eso?

Tarde, Elaine se dio cuenta de que quizá había cometido un desliz y confesado de más. Que Ban y ella eran amigos, quizá su estricto hermano podía pasarlo por alto; pero admitir que tenían una relación más allá de eso... No obstante, la joven fue la primera en quedarse atónita cuando Ken no hizo alusión a ello. En cambio, hincó la barbilla, sin atreverse a mirarla, y balbuceó por lo bajo:

—Bueno, yo... A ver... —Con prudencia, el joven se atrevió a encararla; con una expresión tan cohibida que Elaine no recordaba habérsela visto en, mínimo, una década. Desde luego, aquellos dos días estaban siendo una caja de sorpresas. Pero la muchacha no varió el gesto un ápice mientras él proseguía—. Sé que últimamente no he sido el mejor hermano del mundo; que... te he hecho cosas de las que quizá debería avergonzarme. —La joven enarcó una ceja ante el “quizá”, pero optó por dejarlo correr mientras él continuaba con su disculpa—. Y... Bueno, sólo quería que lo supieras. Eso... y que me gustaría volver a ser parte de tu vida. Como era antaño. ¿Recuerdas?

Elaine frunció el gesto, sospechando por experiencias recientes que aquellas palabras bonitas no eran lo único que motivaba a su hermano para insistir en salir al sur con amigos a los que consideraba, digamos, “inferiores” a él. Aunque su última frase había atacado un rincón de su corazón que la muchacha se había esforzado por proteger desde hacía más de un año, esta se mantuvo lo más impasible que fue capaz mientras mantenía los ojos clavados en su hermano mayor.

—¿Algo más? —quiso saber, sin alzar la voz.

Ken, todavía con las mejillas ardiendo, la observó con extrañeza ante su pregunta, pero no respondió de buenas a primeras.

—¿Qué quieres decir?

Elaine, por su parte, se obligó con fuerza a no poner los ojos en blanco de la incredulidad.

—Vamos, Ken —lo amonestó, abandonado ya cualquier protocolo—. Lo siento. Pero no me creo que, después de todo lo sucedido, sólo quieras venir conmigo porque te sientes “muy arrepentido” —disparó sin tapujos, remarcando las palabras con cierto tono de burla que salió natural; al

tiempo, tratando de ignorar por todos los medios cómo le estrujaba el corazón ver el rostro contraído de él. Pero, desde la declaración con Ban en el lago, la joven se sentía una adulta de pleno derecho más que nunca en su vida... y lo pensaba poner en práctica. Le gustase a Ken o no—. Hay algo más —insistió, tozuda—. No me digas que no.

Kenneth Forest, como Elaine sospechaba, parecía a punto de estallar frente a su arrebató y soltar algún nuevo impropio. La benjamina, por un instante, vio venir un nuevo castigo por su desobediencia, como las anteriores veces en lo que iba de mes. Aunque, esta vez, se sentía preparada para pelearlo como hiciera falta. Pero su pasmo fue inmenso cuando Ken, tras dudar durante un buen rato y escrutarla cada dos por tres, al final resopló con fuerza y confesó a regañadientes lo que le rondaba la cabeza. Algo para lo que la joven, desde luego, no estaba preparada:

—Pues, es que... creo que me gusta Dana, Elaine.

A tu lado

—Entonces... ¿me lo estás diciendo en serio?

Isabelle parecía incrédula al otro lado del teléfono y no era para menos. En cuanto Elaine había dejado a su madre levantada, desayunada y aseada, sentándola junto al mirador para que le diese un poco el sol del verano en el rostro siempre pálido, aquella no había podido resistir el impulso inmediato de llamar a la joven Lionheart para contarle las novedades. Ciertamente era que, a pesar de todo lo ocurrido y el tiempo que hacía que se conocían, ellas dos apenas habían tenido contacto todavía directo a través del Chat en aquellos años. Exceptuando, quizá, los intentos de llamarla de Isabelle durante aquella fatídica noche en que Elaine casi perdió a Ban sin apenas saberlo. Pero, después de haber sido ella y Dana las que habían intercedido con Ken para traerla de vuelta desde Trebes, Elaine asumía como algo natural comenzar una relación más asidua con la encantadora camarera del *Fairy Kingdom*. Además de que, si algo adoraba la joven rubia de todo lo sucedido en las últimas semanas, aparte de tener un hombre maravilloso a su lado, era precisamente la sensación de libertad que esto le infundía.

—Como lo oyes, Bells —le confirmó Elaine—. Lo cierto es que... ¡Yo tampoco esperaba algo así! —exclamó, incrédula—. Aunque también te digo que no sé qué hacer —confesó de inmediato, poniéndose algo más seria—. ¿Crees que es buena idea?

—La verdad es que tampoco lo sé —reconoció Isabelle—. No conozco mucho a tu hermano, pero... ¿crees que algo podría salir mal si él viene? Ya sabes...

Elaine suspiró. Sí, claro que sabía a qué se refería. El recuerdo de su destierro en la mansión familiar estaba todavía fresco en su mente.

—Ojalá tuviese respuesta para eso, Bells —repuso antes de fruncir el ceño, reflexiva—. Aunque... Lo que me dejó realmente de piedra fue su confesión sobre... Ya sabes —bajó la voz, como si su madre pudiese

enterarse de manera consciente de aquello y fuese a decírselo a su hermano de inmediato—... Lo de Dana.

Isabelle se rio con ganas al otro lado, sin asomo de burla.

—Ah, sí. Desde luego, eso yo tampoco me lo esperaba. Aunque... quién sabe. Es verdad que el día que fuimos a verlo, en cuanto Dana entró en acción, tu hermano apenas podía apartar la vista de ella. Y en la mansión, no es por nada: pero, a pesar del cabreo que aún teníamos las dos, ella se esforzó por ser la más encantadora de las mujeres y creo que eso caló en Ken, de alguna manera —ironizó, haciendo reír también a Elaine—. No sé, quizá este es justo el empujoncito que necesita para ver que el sur no es tan malo —aventuró entonces la joven Lionheart, sin perder el optimismo—. ¿No crees?

Elaine, por su parte, procuró ignorar el nudo de deseo que se había enroscado sobre la base de estómago sólo de pensar en que aquella predicción pudiese hacerse realidad. En el fondo, no quería otra cosa que volver a ser una con Ken, los dos hermanos contra el mundo y lo que se pusiera por delante. Pero, desde hacía un año...

—Ojalá tengas razón —le confió entonces a Isabelle, sin ocultar su ansiedad porque eso ocurriese—. Pero, entonces... ¿Le digo que venga?

—Sólo si estás convencida de ello —le recordó aquella, afable—. No te sientas presionada por nosotros ¿de acuerdo?

—Bells, qué tontería. Vosotros no me presionáis...

Isabelle rio de nuevo:

—Bueno, puede ser —bromeó, aunque cierta malicia se filtró en su voz cuando agregó—. De todas formas, tengo entendido que si no llega a ser por ti, Ban no viene. ¿Me equivoco?

Elaine la imitó, pillada en falta.

—Culpable, me temo —afirmó—. Pues, entonces... ¿Nos vemos esta noche a las ocho?

—Sí, exacto. Y, eso: dile a Ken que venga. Algo me dice que Dana tampoco pondrá pegás al respecto y... a vosotros os vendrá bien salir una noche juntos, te lo aseguro.

—¿Tú crees? —preguntó Elaine, esperanzada.

—Claro. Confía en mí —le aseguró Isabelle—. Para bien o para mal, es algo que también he vivido... Y sé lo duro que puede ser. Así que también te digo que no hay nada como un poco de tranquilidad y disfrute juntos para limar asperezas. Palabra.

Elaine sonrió, reconfortada. Por supuesto. Después de todo ¿quién mejor que Isabelle para saber a qué se enfrentaba en el ámbito familiar?

—Lo pensaré. Gracias, Bells —dijo, sincera.

—De nada —repuso esta con alegría—. ¡Nos vemos en un rato, entonces! ¡Cuídate!

Elaine le deseó lo mismo y colgó. Sin poder evitar que una marabunta de pensamientos encontrados se removiera en su mente, una décima de segundo después. Lo cierto era que un extraño nerviosismo se había apoderado desde la noche anterior de su cuerpo, haciéndole estar medio despistada y con una euforia desconocida corriendo por sus venas. Tras unos segundos de duda, la joven suspiró y tomó una decisión. Se arriesgaba a empeorar muchas cosas, pero... iba a aceptar la proposición de Ken para salir aquella noche. Y que fuese lo que el cielo quisiera.

El día pasó lento, caluroso y pesado; o, quizá, sólo era la propia ansiedad de Elaine la que la hacía sudar sin motivo aparente y provocaba que mirase el reloj cada dos por tres. Como si así, por algún extraño arte de magia, la joven pudiese hacer que las horas pasaran más rápido. Cuando se acercó la hora de salir de la Torre, Elaine casi se arrojó al rellano de su piso cuando escuchó el timbre particular que indicaba que llamaban desde la planta baja. Como imaginaba, era Clarence. Era el momento. Sin embargo, la muchacha se obligó a respirar mientras, por enésima y última vez, se daba el visto bueno en el espejo al conjunto escogido para la ocasión: un vestido verde aguamarina con pequeñísimos bordados de flores unidos por finísimos hilos plateados. Dado que le habían dicho que el plan era pizzería y casino, tras mucho dudar, Elaine había optado por un atuendo de elegancia intermedia dentro de todo lo que tenía en el armario. Y, aun así, seguía sintiéndose tan nerviosa como el primer día que fue al *Fairy Kingdom*.

«Y... ¿Si a Ban le parece exagerado?», pensó mientras entraba en el ascensor, angustiada. «O, peor... Y ¿si ellos se han vestido incluso más elegantes?»

No tenía respuesta para aquellas cuestiones y, lo sabía, no las tendría hasta que no llegasen al lugar convenido. Sin embargo, toda reflexión se borró de su mente cuando la puerta se abrió en la planta de Ken y este hizo acto de presencia en el umbral.

—Hola, El —la saludó, cortés, antes de apoyarse sobre la pared del cubículo, en perpendicular a ella—. Estás muy guapa.

—Gracias —respondió, educada—. Tú también estás muy guapo.

«Aunque... extraño», pensó, sin quererlo.

Y es que, acostumbrada a ver a su severo hermano mayor siempre vestido con impolutos trajes y corbatas, ahora Elaine tenía frente a sí a un joven de poco más de veinte años vestido con vaqueros de diseño; polo y americana de sastre. Por supuesto, la calidad de los tejidos haría palidecer la de cualquiera fuera de la Zona Alta, pero el conjunto en sí se veía... perturbador, al menos sobre su persona. Como si hubieran cambiado a Kenneth Forest por otro humano diferente. Algo a lo que no ayudaba la mueca de indecisión que mostraba el susodicho mientras mantenía la vista clavada en el contador descendente de pisos.

—¿Estás bien? —se animó a preguntar a Elaine, en cuanto las puertas se abrieron de nuevo.

Su hermano, por toda respuesta, asintió con rapidez y murmuró algo por lo bajo, pero fue tan breve e ininteligible que la muchacha no lo entendió. En vez de insistir, suspiró con rendición y optó por dejarlo correr. Ahora, su propio corazón era el que parecía acelerarse más a cada paso que daba hacia el eterno Rolls Royce. Clarence esperaba junto a la puerta de este, impasible como de costumbre.

—¿No llamaremos demasiado la atención, verdad? —preguntó entonces Ken, en cuanto se acomodaron en los asientos traseros.

Con una tranquilidad que no era consciente de poseer, dadas las circunstancias, Elaine sacudió la mano y negó con la cabeza para quitarle importancia.

—No te preocupes, hermanito. Si algo descubrí yo cuando bajé al *Fairy* la primera vez es que, sin dudarlo, no seremos los únicos de la Zona Alta que aparezcan por allí una noche de verano.

El aludido se removió en el asiento, a todas luces tratando de disimular su incomodidad sin conseguirlo, pero no replicó y Elaine no insistió. En cambio, para serenar su ánimo, la joven se entretuvo en observar con atención los edificios y vehículos que iban pasando a su lado durante el trayecto. Al ser pleno verano, cuando cruzaron el Kent, Elaine observó que el sol aún se encaminaba hacia el ocaso a aquella hora; creando, por inercia, caprichosos diseños ocres y rojizos sobre las turbias aguas del fiordo. Más allá, frente al vehículo, se aproximaba el sur de Daleth. Elaine observó con

deleite que algunas luces y farolas empezaban ya a encenderse sobre algunas de las zonas que había aprendido a conocer más en los últimos tiempos. Cuando Clarence salió del puente, avanzó recto por la gran avenida de Igraine para adentrarse en el Centro Histórico. Al cabo de dos calles, giró a la izquierda y encaró otra avenida más pequeña; pero plagada de restaurantes, luces y bullicio. A Elaine le dio un vuelco al corazón cuando vio que sus amigos ya los estaban esperando.

Malcolm vestía, desde su corta estatura, un atuendo muy similar al de Ken pero en tonos verdes, blancos y marrones. Isabelle, a su lado, llevaba un vestido azulado y corto por las rodillas, con la falda y el escote de palabra de honor rematados en pico. Dana, por su parte, se había vestido con unos pantalones pitillo y una chaqueta de manga francesa a juego, bajo la cual se veía una camiseta de raso circundada con una cinta que terminaba en un lazo anudado junto a la cadera. El único que parecía más fuera de lugar, para su sorpresa aunque no su desagrado, era Ban. Al contrario que el resto de sus amigos, su reciente novio había escogido unos vaqueros oscuros y ajustados, una camiseta negra ceñida y una chaqueta de cuero fino y media manga. Su crespo pelo platino estaba tan cuidadosamente despeinado como siempre, pero a Elaine le dio un vuelco al corazón sólo de volver a verlo. Lo había extrañado demasiado.

Al verlos bajar del coche, todos se giraron de inmediato para saludarlos y Elaine comprobó, no sin cierto orgullo, cómo Ban abría sus ojos rasgados un poco más de lo normal al contemplarla de arriba abajo. Tras aceptar con calidez los recibimientos de Malcolm, Isabelle y Dana y mientras la atención de esta última viraba hacia un Ken cohibido a todas luces, la comedida joven se acercó al bailarín sin prisa y le sonrió con afecto.

—Hola, Ban —saludó, antes de adoptar una pose coqueta—. ¿Sorprendido?

Él, tras reponerse en apariencia, le devolvió la sonrisa y le acarició un hombro con afecto.

—Elaine... —susurró, encantado.

Sin embargo, su gesto de inclinarse más hacia ella se detuvo en seco en cuanto percibió un movimiento detrás de su espalda. Elaine se giró, a tiempo de ver a Ken observándolos con mal disimulado recelo. Ban entrecerró los ojos a su vez, pero no dijo nada. La joven, imaginando que Isabelle lo habría informado de que su hermano se unía a la fiesta, le tomó

una mano y lo llamó para atraer su atención. Tratando, por todas las vías posibles, de mediar entre ambos y que ninguno echara a perder la noche.

—Oye. Mi hermano viene por Dana ¿vale? —susurró, a escasos centímetros de su camiseta negra y dando la espalda a Ken para que no sospechara nada. Ban inclinó la barbilla, dando a entender que la escuchaba, pero no mudó el gesto—. Tranquilo, no tienes de qué preocuparte. Yo me ocuparé de todo si dice algo ¿de acuerdo? Por favor...

El joven frunció los labios, mostrando un claro desacuerdo con todo aquello. Pero, ante la muda súplica de Elaine, reflejada también en sus ojos avellana, el bailarín pareció claudicar. Ambos se encaminaron entonces hacia la pizzería que tenían frente a ellos, siguiendo al grupo. El exterior era de aspecto antiguo, como si hubiera sido construido en piedra virgen; pero el interior, en contraste, combinaba muros claros y oscuros de líneas modernas y redondeadas con mesas de metal oscuro y madera rústica. Por último, nada más acercarse a la puerta, Elaine comprobó que ya podía verse y olerse el horno de leña tradicional que usaban en el lugar para cocinar. A la joven se le hizo la boca agua de inmediato, pero se le secó en cuanto notó el aliento de Ban sobre su coronilla.

—Estás preciosa, señorita —susurró él entonces, haciendo que la muchacha diese un respingo y se volviese hacia él.

El hombretón mostraba media sonrisa intencionada y Elaine reprimió a tiempo el impulso de lanzarse a besarlo allí mismo, sin importarle lo más mínimo que estuvieran acompañados. Sin embargo, un hondo latigazo de decencia interna la obligó a devolverle tan sólo un comedido asentimiento y sonreírle con las mejillas sonrosadas. Aparte, la joven percibía por el rabillo del ojo que Ken no les perdía de vista en ningún momento. Pero, para su alivio al menos, el enfado había desaparecido de los rasgos afilados de su enamorado. El cual, ahora, la observaba con verdadera devoción.

—Gracias —susurró la joven, en el mismo tono—. Tú tampoco estás mal...

Él soltó una risita pícaro.

—Bueno, créeme: tengo mis motivos para no haber venido de punta en blanco...

—Qué tonto eres... —lo regañó ella sin acritud—. Ni que tuvieras que hacerlo por obligación.

—Va en serio, tengo razones de peso —arguyó él, sin perder el aire misterioso. Elaine enarcó una ceja mientras los sentaban, pero él se limitó a

mostrar media sonrisa acorde y repuso—. No insistas, señorita. Es una sorpresa.

La joven hizo un puchero apenas contrariado, pero obedeció. Sobre todo porque en ese instante una camarera encantadora, rolliza y con el pelo recogido en dos trenzas se acercó para apuntar las comandas. Ignorando casi por completo a su hermano, Elaine se dejó orientar por Ban entre toda la variedad que había en la carta. Así descubrió, más incluso que en el italiano, que ambos tenían gustos muy parecidos. De ahí quizá que optaran por compartir dos pizzas a medias: una vegetal con *burrata* y otra de carne con salsa de trufa. Para beber, él pidió una cerveza suave, pero ella se decantó por una soda de sabor limón.

—Entonces, Ban... ¿No lo vas a soltar? —preguntó Malcolm en un momento dado, cuando acababan de traer las bebidas y recién terminado el primer brindis de la noche por la homenajead.

El aludido, por su parte, le dirigió una falsa mirada de advertencia sin abrir la boca. Sin embargo, Elaine no pasó por alto la pregunta y se giró hacia el aludido, intrigada:

—¿De qué habla? —quiso saber.

El bailarín frunció los labios, como si no estuviese seguro de si responder o no a la pregunta. Pero, ante la sonrisa de falsa inocencia que mostró Malcolm a continuación, como si lo hubieran pillado en una trastada, Ban sacudió la cabeza y expuso, en un tono nada desagradado:

—Bueno, si no me queda más remedio... Confieso que he convencido a Wan Zhu para que me deje bailar esta noche.

—Pero... ¡Eso es genial! —se emocionó ella, casi echándose las manos a los carrillos de la sorpresa—. Aunque... ¿Estás seguro? —le preguntó a continuación, en un tono más bajo y cargado de inquietud—. ¿Estás...? Ya sabes...

Ban, entendiendo lo que ella quería expresar a la primera, asintió con convicción y una sonrisa dulce punteando sus labios carnosos.

—No estoy al cien por cien —admitió, honesto—. Pero... Algo me dice que era lo correcto. Y no te preocupes, sólo será una sesión —la tranquilizó, con un guiño—. El resto de la noche soy todo tuyo, señorita.

La joven comprendió a su vez, sin palabras, y sonrió encantada cuando escuchó aquella afirmación tan cargada de intenciones. Aunque todavía rabiaba por dentro cada vez que pensaba que esos estúpidos Caballeros no les habían permitido tener un duelo adecuado por su compañera fallecida.

Si tenía que hacer caso a los mensajes de Ban de las últimas horas, ni siquiera les habían permitido asistir al funeral de Deirdre. Adorando todavía más a ese hombretón de aspecto duro, pero enorme corazón, Elaine le tomó la mano con delicadeza y sus frentes se acercaron con mimo; olvidando ambos a los presentes por un instante. Aunque, para su decepción y antes de que pudieran siquiera rozarse, dos camareros aparecieron con la comida y los obligaron a separarse sin violencia.

Elaine evitó mirar a su hermano de manera directa mientras le servían, consciente de su vigilancia de reojo y su ceño algo fruncido cada vez que Ban y ella tenían un acercamiento más que amistoso. Pero, por primera vez en su vida y para su propia sorpresa, la joven descubrió que le daba igual lo que Ken pensase. Al lado de su querido bailarín de casino, Elaine se sentía flotar en una nube donde no existían preocupaciones ni problemas familiares. Si por ella fuera, Ban y ella podían salir en ese instante por la puerta de la elegante pizzería y perderse por las calles de Daleth hasta el amanecer, tan sólo disfrutando de su amor. De cualquier forma y para su fortuna, Elaine vio enseguida cómo Dana atraía la atención de su hermano sin esfuerzo. Cuando él bajó la vista hacia el plato para tomar un bocado, la otra joven le guiñó un ojo cómplice. Elaine le devolvió una sonrisa agradecida antes de encarar su propia pizza y prestar atención a la conversación que se desarrollaba a su izquierda; como suponía, un pique amistoso entre Ban y Malcolm, los mejores amigos del mundo.

Al margen de aquello, la cena transcurrió con toda tranquilidad. El grupo reía, intercambiaba bromas y pullas; y, cada poco, brindaban por la cumpleaños. Además, durante aquella velada, Ban y Elaine descubrieron muchas cosas sobre sus respectivos gustos de cocina entre risas y malabares para sostener los escurridizos trozos de masa italiana. Aunque, tras un comentario de Malcolm, la joven aprendió con agrado que su amado también tenía buena mano frente a los fogones.

—¿Por qué nunca me lo habías dicho? —inquirió, curiosa, mientras atacaba el primer trozo de su mitad de pizza carnívora.

Él se encogió de hombros con naturalidad, como si no tuviese importancia, antes de dar un pequeño trago a su botellín de cerveza *Ale*.

—Supongo que no surgió la oportunidad —repuso acto seguido, desenfadado. Sin embargo, Elaine se estremeció de ternura cuando él le tomó la mano libre bajo la mesa y susurró, sobre su cabeza—. Aunque... estaría bien poder cocinar juntos un día ¿verdad?

Elaine sonrió, pero nada evitó que sus mejillas se pusieran de un rojo intenso a causa de la vergüenza.

—Lo cierto es que... no soy demasiado buena cocinera —admitió entonces, arrancándole una risita tierna al polifacético hombretón—. A veces he intentado hornear algo, lo reconozco. Pero no es lo mío...

Ban, como primera respuesta, sonrió con más intención.

—Entonces, te enseñaré a hacerlo. ¿De acuerdo?

La joven sonrió con más ganas, mientras él disimulaba dando un nuevo trago a su botellín. Y, cuando se llevaron los platos apenas unos segundos después, ella se acercó a él y susurró, arrancándole una sonrisa de puro amor:

—Me encantaría.

Cuando por fin salieron de la pizzería y se encaminaron hacia el casino, eran pasadas las nueve y cuarto de la noche y Malcolm fue el primero que los urgió para que se dieran prisa, o Ban no llegaría a su actuación de las diez. Elaine intercambió una mirada con su pareja que lo dijo todo antes de girar la última esquina. El *Fairy Kingdom* apareció entonces frente al grupo, iluminado como nunca al otro lado de la calle. Aunque la cola era más pequeña de lo que Elaine recordaba.

—Ah, sí —repuso Malcolm, cuando ella preguntó por ese hecho con discreción—. Se ve que ha corrido la voz, de alguna manera, de que una de nuestras bailarinas falleció hace poco... —al captar la atención de Ken, el camarero carraspeó y desvió la vista—. No sé, se ve que eso da mala fama.

—¿Por qué iba eso a...? —preguntó el joven Forest de inmediato, interesado.

Sin embargo, la rauda mirada de aviso que le dirigió su hermana y el gesto negativo que siguió lo silenció de inmediato, al tiempo que sus ojos se entrecerraban con sospecha. Elaine suspiró, pero no le aclaró lo sucedido de inmediato. A su juicio, sería mejor hacerlo cuando aquella noche mágica hubiese terminado. En ese instante, los gestos de Isabelle desde la esquina del casino opuesta a la de la cola los distrajeron, haciéndolos cruzar la calle en esa dirección. La muchacha se había adelantado para comprobar que todo estaba en orden. Y cuando todos estuvieron juntos de nuevo, los guio más allá de la fila que aguardaba para entrar, con una sonrisa de complicidad; todo antes de conducirlos hacia la parte trasera del edificio.

Para estupor evidente de Ken y algo menos de Elaine, aunque tampoco había estado nunca en aquella parte del casino, la joven camarera y su novio los hicieron entrar al edificio por una sencilla puerta de servicio. Esta daba a un estrecho pasillo blanco y anodino. Acto seguido, Malcolm y Isabelle instaron a los incrédulos Forest a seguir a Ban hacia la izquierda, hasta el final del corredor. Al otro lado de este, para maravilla y cierta nostalgia de Elaine, se abría una puerta lateral que daba justo al costado del escenario de “Magia Salvaje”.

Cuando contempló las barra americanas de nuevo, la joven casi frenó en seco, recordando con sentimientos encontrados lo vivido en su primera noche allí. Pero la mano de Ban sobre su espalda y la sonrisa confiada que él le dirigió bastaron para que volviese a la realidad con dulzura, siguiéndolo acto seguido hacia las puertas dobles de acceso a la sala. Cuando Ken y Dana hicieron lo propio y el bailarín abrió las hojas de par en par, el heredero Forest enseguida se quedó boquiabierto al ver la bucólica decoración del casino. Los cuatro avanzaron entonces unos pasos hacia el *glamour* de la gran sala de juego. Sin embargo, Elaine se sorprendió y frenó al ver que Ban, casi de inmediato, retrocedía de nuevo hacia las sombras. Aunque, tras ver su guiño cómplice, lo entendió.

—Suerte —vocalizó sin hablar, a espaldas de un atónito Ken.

Él sonrió, le lanzó un beso con los dedos; y, un segundo después volvió a perderse en la penumbra del salón. Elaine cerró tras de sí y se acercó a los otros dos presentes. Uno de los cuales, por supuesto, se giró de inmediato con expresión confundida.

—Y ¿Ban? —preguntó Ken, alternando la mirada entre su hermana y las puertas de diseño erótico, de las cuales acababa de ser consciente y despertaron cierto recelo en su mirada.

—Se ha quedado dentro —expuso ella con toda la calma que fue capaz—. Tranquilo, está todo en orden.

—Sí —corroboró Dana, tomándole una mano a su acompañante de la noche sin pudor y haciendo que él enrojeciese de golpe—. Venga, vamos a hacer tiempo. —En ese instante, también Malcolm y Isabelle salieron por las puertas dobles, para mayor sorpresa de Ken—. ¡Ah! Ya estáis aquí. Pero, y ¿tu uniforme, Bells? —preguntó Dana, con genuina sorpresa. Sin embargo, al captar el significado oculto de la pose de falsa inocencia de su amiga, abrió unos ojos como platos y se echó las manos a la boca, encantada—. ¡Ay, no me digas! Entonces... ¿Al final podías librar hoy?

Isabelle, aún con las manos tras la espalda, se encogió de hombros sin liberar la expresión angelical.

—Ya lo sabía, pero quería darte una sorpresa —le aseguró, con diversión—. ¡Feliz cumpleaños!

—¡Ay, qué bien! —se exaltó Dana, casi saltando de puro júbilo, antes de abrazar a su amiga con ganas y unas pequeñísimas lágrimas de emoción sobre sus párpados inferiores—. ¡No sabes cuánto me alegro! ¡De verdad!

Isabelle se rio, halagada, antes de acariciarle el pelo con afecto.

—Por ti, lo que sea, Dana. Ya lo sabes —le confió, en cuanto se separaron. En ese instante, algo más atrajo la atención de la camarera. Pero su sonrisa confiada indicó que tan sólo se aproximaba la parte más emocionante de la noche—. Oh, mira. Justo vienen a abrir la sala...

Elaine siguió su mirada y contuvo un jadeo de anticipación al comprobar que decía la verdad. En efecto, dos camareros vestidos de feéricos llegaban en ese instante a abrir de nuevo las puertas; esta vez todas ellas, para permitir así el acceso al público.

—¿Crees que a Ban le dará tiempo a cambiarse? —siseó la joven Forest hacia Isabelle, parapetada tras ella y a salvo de los oídos de su hermano.

Ya en la penumbra de la sala, la interpelada asintió con confianza y Elaine la imitó, más tranquila. A diferencia de su primera vez allí, ahora la joven deseaba más que nunca que el espectáculo empezara. Pero, tras sentarse en primera fila como la anterior ocasión y dado que aún quedaban unos diez minutos, la benjamina Forest se entretuvo en otear a su alrededor para curiosar quién entraba esa noche a ver el espectáculo. Para su extrañeza, no había ni de lejos tanta gente como la última vez.

—Bells —llamó en un susurro a la joven de pelo platino, sentada a su lado. Malcolm se había situado entre esta y Dana; Ken, en el otro extremo de los sillones. Su expresión mientras oteaba el escenario no dejaba lugar a dudas sobre sus reticencias, pero Elaine lo ignoró para centrarse en lo que quería consultarle a Isabelle—. Quizá es cosa mía, pero... ¿No hay como muy poca gente hoy?

Para su extrañeza, la joven camarera hizo un gesto indefinido con los labios.

—Lo cierto es que... Es mejor que lo hablemos luego —repuso, críptica—. O que te lo explique Ban ¿de acuerdo? —Bajó aún más la voz y se acercó a su oído—. Son de “esas cosas” —recalcó— que nadie dice en

voz alta. —Se separó de nuevo y concluyó con una mueca más amistosa—. Sé que lo entiendes.

Elaine, conteniendo un escalofrío al comprender sin esfuerzo lo que quería decir y confirmando que tenía que ver con lo que había dicho Malcolm antes de entrar al casino, bajó la barbilla con levedad para dar a entender que sabía a qué se refería. No obstante, en ese preciso instante se atenuaron las luces y el consabido aviso por megafonía resonó por toda la sala, distrayendo su atención:

“Damas y caballeros. Buenas noches y bienvenidos al espectáculo “Magia Salvaje” del casino ‘Fairy Kingdom’. Les recordamos que, durante el espectáculo, no está permitido filmar ni tomar fotografías. De igual manera, aunque los bailarines se acerquen a ustedes en algún momento del espectáculo, les recordamos que, de acuerdo con la legislación vigente, está estrictamente prohibido realizar cualquier tipo de tocamiento indebido o tener actitudes indecentes con nuestros empleados. La observación de dicho comportamiento provocará la detención del espectáculo y la expulsión de la sala de los infractores.

»Muchas gracias por su atención y que disfruten de la “Magia Salvaje”.”

Por el rabillo del ojo, Elaine creyó intuir cómo Ken fruncía el ceño de manera aún más pronunciada, pero estaba convencida de querer hacer aquello y no había vuelta atrás. A pesar de que no lo habían hablado apenas antes, apenas durante medio minuto y de camino hacia el casino, tras saber que Ban iba a volver a bailar, la joven no había dudado un instante en aceptar la propuesta de Isabelle de entrar a verlo. De hecho hasta Dana, a pesar de sus “diferencias artísticas” con Ban, como él las había llamado, parecía curiosa por ver lo que se avecinaba.

Las coreografías eran tan coordinadas y sincronizadas como siempre, exceptuando la ominosa ausencia de Deirdre en el lado derecho del escenario. Jill y Ban se movían en perfecta armonía, aunque apenas se tocaban y cada uno seguía usando su barra habitual. En ningún momento, él o ella rozaron la barra de la difunta Deirdre. Y, aun así, sus movimientos no parecieron asimétricos en ningún momento.

Sin embargo, cuando cambió la música y Jill se quedó haciendo un nuevo acto en solitario, para sorpresa de Elaine, Ban desapareció hacia el

fondo del escenario por unos cuantos segundos. Cuando Jill terminó y se alejó a su vez, Ban reapareció. Y Elaine fue la primera sorprendida al ver que ya no llevaba su atuendo rojizo habitual, con el que había empezado el espectáculo. Seguía llevando el pelo peinado hacia la nuca, pegado a la cabeza; pero, en esta ocasión y bajo una tenue luz verdosa que acababan de encender sobre él, la joven pudo observar entonces que su máscara, en este caso, era negra. Y, en vez de los bóxeres de otras veces, Ban se había enfundado unas mallas negras hasta los tobillos. Por último, iba descalzo y llevaba las muñequeras de rigor pintadas de negro. Cuando empezó a moverse, la sala enmudeció de golpe. Donde antes había cierto jaleo y silbidos de admiración, ahora no se movía una mosca. A diferencia de lo hecho hasta el momento, ahora la coreografía era lenta, cuidada y nada erótica. Desprendía... sentimiento, tristeza... Luto, en una palabra. Y Elaine, mientras contemplaba a su novio bailar como nunca lo había visto antes, entendió sin necesidad de palabras a qué se debía aquella actuación.

Unas leves lágrimas de emoción amenazaron con asomar a sus ojos; sin embargo, desaparecieron casi por ensalmo cuando Ban, al cabo de un minuto aproximado de actuación, descendió del escenario como solía hacer de forma habitual. Igual que la última vez, el bailarín se movió por la sala, como Elaine recordaba, haciendo las delicias de los espectadores. Sin embargo, cuando se acercó a su sofá en primera fila, se dirigió directamente hacia ella. Y, esta vez, Elaine no reuló. Al contrario, como si fueran un espejo, cuando él se irguió sobre el sofá ella lo imitó, acercando su rostro al de él hasta que sus labios casi se rozaron. De hecho, a pesar de la advertencia del comienzo del espectáculo, Elaine no pudo resistirse a pasar la yema de dos dedos sobre su pecho desnudo, conteniendo un suspiro de emoción y placer a partes iguales. En la corta distancia que los separaba, la joven creyó escuchar cómo él la imitaba; pero fue tan rápido, antes de que el bailarín se alejara hacia otros sillones cercanos, que Elaine casi creyó que se lo había imaginado.

Aun así, mientras Ban terminaba la ronda, la joven no pudo reprimir una ligera punzada de celos al ver a otras féminas intentar hacer lo mismo que ella. Para su agrado, Ban no permitió que se repitiese con nadie más antes de volver hacia el escenario. Como si hubiera sido un reflejo, Elaine se giró entonces para observar a su hermano mayor con disimulo. El cual, bajo las luces alternantes del escenario y para su inmenso pasmo, parecía incapaz de despegar sus ojos de lo que sucedía sobre el mismo. Sus iris

avellana seguían los movimientos de Ban, o de Jill según el caso, con verdadera atención. En su nebulosa de excitación por aquella experiencia tan nueva y a la vez conocida, Elaine pensó por un instante que, quizá, la actitud de su hermano era una muy buena señal.

No obstante, cuando el espectáculo terminó varios minutos después y las luces del techo de la sala se encendieron, indicando la salida a los asistentes, el ánimo de Elaine se enfrió ligeramente al comprobar que su expresión era ahora indescifrable. A Ban, por su parte, ya no se lo veía por ningún lado. Así que Elaine, con el corazón dividido entre la emoción tras el espectáculo y las posibles reticencias de Ken, más después de haber visto a su amado en acción, siguió al grupo con actitud sumisa y de vuelta hacia la sala de juegos.

—Bueno... Dana, Ken. ¿Os ha gustado? —preguntó entonces Isabelle, interesada.

El hombre Forest gruñó algo por lo bajo, pero Dana pareció meditar su respuesta antes de decidirse a opinar.

—Bueno... A ver. Como siempre, sigo pensando que eso no es bailar de verdad —afirmó, con cruda sinceridad y encogiéndose de hombros—. Pero... Lo cierto es que Ban tiene un don. Si pudiera acceder a una compañía, seguro que sería el primer bailarín...

Isabelle rio y Elaine tragó saliva, sin querer decir nada. Aunque aquella afirmación, sin duda, era como un mazazo en su corazón. Desde luego, si Ban pudiera elegir...

—Sí, yo también lo creo —afirmó entonces la joven de pelo platino—. Yo no me canso de verlo actuar.

—Si no fuera por el trabajo, creo que iríamos todas las noches —apostilló Malcolm, con aire despreocupado, antes de encarar a Dana desde su corta estatura—. Aunque... no sé por qué dices que eso “no es bailar”, ‘De’ —la reconvino sin enfado, cuando ya el grupo llegaba a la zona cercana a la barra situada bajo las terrazas con las mesas y los sillones—. Ban hace lo que puede con su talento. No lo olvides.

Esta arrugó el ceño, pero no respondió. Elaine vio cómo Ken imitaba su gesto con algo más de intriga, pero la joven rubia prefirió no entrar en la conversación y se mordió el labio, pensativa. En el fondo, salvo su hermano, todos sabían más o menos de qué estaban hablando. Para distraer su ánimo, en cambio, Elaine se aproximó entonces a Ken y lo atrajo un poco hacia sí; separándolo apenas del grupo con una sonrisa conciliadora.

—Eh ¿va todo bien, hermano? —preguntó con sincero afecto.

Él cambió su expresión seria por media sonrisa cuando ella lo obligó a encararlo, deteniéndose ambos en medio del segundo rellano bajo las terrazas.

—Sí, todo bien... Es sólo que... —miró a su alrededor, con la duda pintada en el rostro—. Esto es muy distinto a todo lo que había conocido hasta ahora. Pero... Está bien —admitió, no sin cierto azoro visible en sus mejillas sonrosadas—. Siento haber dudado de ti, hermanita.

Elaine, por su parte, casi puso los ojos en blanco con cierto humor al recordar esas mismas palabras en sus labios, pero se sintió igualmente halagada por su disculpa.

—El mundo está mucho menos dividido de lo que pensamos, querido hermano —le confió—. Pero creo que eso ya lo habías descubierto ¿verdad?

La joven señaló a Dana con la vista y Ken enrojeció aún más.

—No te burles. Seguro que si alguien nos ve aquí, hablarán... —protestó, con el temor que daba la costumbre y la estricta educación de la Zona Alta.

Sin embargo, en este caso sí que la muchacha no pudo contener la mueca de incredulidad y alzó los ojos al cielo.

—Créeme, hermanito. Esta noche, nadie nos mirará más que a otros —reiteró, como había hecho en el coche—. Te lo prometo.

Tras convencerse a medias, él le sonrió con cariño.

—Gracias, Elaine.

Ella le devolvió el gesto sin esfuerzo por primera vez en mucho tiempo.

—No hay de qué —aseguró, antes de hacer un gesto hacia la barra—. Venga, vamos con los demás... ¿Quieres?

Pero, antes de que pudieran moverse, una voz de barítono retuvo a la muchacha de inmediato en el sitio. Y, siguiendo la expresión boquiabierta de Ken mientras miraba a su espalda, Elaine se giró con el corazón a mil por hora:

—Hola, chicos. ¿Me he perdido algo?

Ten fe

Al principio, la escena pareció quedarse congelada en el tiempo; todo mientras una atónita Elaine observaba de hito en hito a la aparición divina que tenía delante. La mirada de su hermano le iba a la zaga.

—¿B...? ¿Ban? —balbució ella, cuando se repuso de la sorpresa, al tiempo que una sonrisa apreciativa asomaba a sus labios.

El la imitó, aunque con algo más de orgullo mal disimulado.

—¿Sorprendida? —ronroneó.

Elaine, a pesar de saber que aquella pulla sólo era su pequeña “venganza” por el momento frente a la pizzería, ni siquiera consiguió respirar con normalidad. Por lo visto, después del espectáculo, Ban había tenido tiempo de cambiar su atuendo de la cena por un conjunto elegante de traje oscuro y ceñida camisa burdeos. Aparte se había dejado el pelo peinado con gomina hacia atrás y apenas unos mechones rebeldes de flequillo escapaban sobre su frente, dándole un punto desenfadado al conjunto. Estaba... Más atractivo que nunca; y la joven notó un placentero escalofrío bajando por su espalda cuando un tórrido e involuntario pensamiento cruzó por su mente.

—Vaya, Ban... Hola.

Elaine dio un respingo cuando escuchó la voz de Ken a su espalda. Su tono era casi admirativo, pero la joven no tenía cerebro en ese instante siquiera para apreciarlo y ni siquiera se giró.

—Kenneth —saludó el bailarín de vuelta, aunque su mirada no se despegó de la joven rubia—. Espero no haberos hecho esperar demasiado.

Ante aquello, Elaine sí que atinó a negar muy despacio. Sin embargo, tras un par de segundos de extraña tensión, Ken decidió irse con un carraspeo hacia donde estaban los demás y ambos se quedaron solos. Sólo entonces, Ban se aproximó y la joven pensó que se iba a desmayar allí mismo, más cuando el olor a jabón y perfume masculino alcanzó sus fosas nasales. Así que, además, había tenido tiempo de ducharse.

—Eh, señorita. Despierta —le pidió Ban, chasqueando los dedos delante de su rostro y sin dejar de sonreír.

Aquello, para bien o para mal, hizo que Elaine retornara de golpe a la realidad y, de un segundo al otro, sus mejillas se encendiesen como dos candelas.

—¡Ah! Sí, claro —farfulló, confusa—. Pero, Ban... ¿Qué...?

“¿...es esto?”, era lo que hubiese querido preguntar. Pero cuando su sonrisa se ensanchó, irónica, Elaine casi quiso abofetearse por idiota. ¿Por qué con verlo vestido de traje parecía incapaz de comportarse como un ser humano normal?

—Estás muy roja. ¿Te pasa algo? —preguntó él entonces, en tono más mimoso, alzándole la barbilla.

Elaine fue a contestar, tratando de ignorar por enésima vez el efecto que tenía en ella. Pero se enfurruñó de inmediato cuando comprobó que su gesto sardónico no había cambiado un ápice.

—Serás maldito... —lo amonestó, sin convicción y casi componiendo un puchero—. Lo has hecho a propósito.

Ban, por supuesto, se echó a reír con ganas y ya sin pizca de sarcasmo. Antes de apartarse unos centímetros y, en medio de la impresión, deleitarla con un beso sobre el dorso de la mano.

—Bueno. Digamos que quería ver la cara que se os quedaba a ti y a tu hermano si aparecía como... Ya sabes... “uno de vosotros” —ladeó la cabeza con expresión divertida—. Diría que he causado cierta impresión. ¿No crees?

Ella hizo un mohín, entendiendo por fin el motivo de todo aquello y sin ser apenas capaz de enfadarse por ello. La apariencia de Ban aquel día y su deseo de tener la aprobación de Ken como fuera le resultaba tan tierno que ni podía, ni quería protestar por ello.

—¡No seas tonto! —lo amonestó en voz baja, de todas formas, acercándose para rodearle la cintura con un brazo. Tratando de que las rodillas no le fallasen a causa de la impresión, la joven se dejó conducir dócilmente hacia la barra, de vuelta al grupo—. Aunque... No me digas que era esta la sorpresa que tenías para mí... —lo regañó, mirándolo con una ceja enarcada.

Él se rio de nuevo, con cierta culpabilidad no disimulada.

—Pues sí, lo confieso. Aunque... sólo quería ponerme un poco elegante para ti en esta noche especial —se excusó, en un tono bajo que hizo

estremecer a la joven—. ¿No te gusta?

—¡Claro que sí! —le aseguró ella de inmediato, sin poder creer que él hubiese tenido la impresión contraria—. Pero... Ban, no tienes que vestirte de traje para impresionarme —le recordó, cariñosa, deteniéndose un instante y haciendo que él la mirase—. Me gustas tal y como eres. Y... No quiero que cambies nunca ¿vale?

La sonrisa de él se volvió mucho más tierna antes de inclinarse para besarle el nacimiento del pelo con brevedad.

—Gracias, señorita. Lo mismo te digo.

En ese instante, llegaron junto a los demás. Tras alabar todos ellos su nuevo atuendo, Malcolm preguntó si querían beber algo y Ban aceptó casi sin dudar. Elaine lo siguió de inmediato y el sustituto del rubio de aquella noche tras la barra, un hombre de unos veinticinco años de pelo recogido en coleta los recibió con camaradería antes de tomar los pedidos y ponerse a prepararlos.

—Por cierto, y ¿esa coreografía de hoy? —preguntó Elaine, sentada en su banqueta junto a un Ban que ya se había acodado sobre la barra, en actitud relajada.

Dana y Ken estaban dos asientos más allá, hablando animadamente, por lo que la joven Forest decidió relajarse y tratar de respirar por enésima vez ante la magnífica visión de su amado bailarín vestido de traje.

—¿Te ha gustado? —preguntó él. Y cuando ella asintió con entusiasmo, añadió—. quería hacerlo por Deirdre. Lo cierto es que la preparé en tiempo récord... De ahí que ayer no pudiera quedar contigo. Lo siento.

Al disculparse, el joven compuso una mueca de arrepentimiento tan sincera que Elaine quiso besarle allí mismo.

—¡Ban! ¡Por favor, no te disculpes! —le rogó, emocionada, tomando una de sus manos como por impulso—. Me parece un gesto precioso.

Él sonrió, agradecido. Al menos, antes de alzar su mano con suavidad y depositar un suave beso sobre el dorso.

—Gracias, mi amor —susurró cerca de su rostro, con lo que Elaine notó el corazón aletear de inmediato—. Yo...

—¡Eh! ¿Venís a echar unas ruletas o qué?

La voz de Malcolm, como de costumbre, interrumpió el momento íntimo entre los dos con la fuerza de un mazazo. Elaine y Ban, que casi se rozaban ya la punta de la nariz, se separaron como si se dieran calambre y miraron al rubio con molestia. Pero cuando él les guiñó un ojo con gesto

ladino, y se giró para acompañar a su novia hacia el centro de la sala, los dos amantes se miraron y se rieron con ganas. Sin esfuerzo, Ban le pasó un brazo por la espalda a la joven y ambos se aproximaron a la mesa que ocupaban los otros cuatro miembros de su grupo.

La velada estaba siendo perfecta. Los seis reían, charlaban y apostaban diferentes cantidades, sin poner grandes sumas sobre la mesa e intercambiando retos unos con otros, sobre todo del bailarín contra Malcolm y viceversa. Sin embargo, cuando llevaban menos de dos horas divirtiéndose, la aparición de unos invitados indeseados interrumpió la fiesta en un santiamén. Ban y Elaine se tensaron de inmediato, al igual que todos sus compañeros, cuando vieron aparecer los primeros uniformes azules y negros por la puerta.

Los agentes enseguida alzaron la voz para pedir, por favor, que se desalojara el casino lo antes posible. Malcolm, por su parte, fue el primero que se atrevió a acercarse a uno de ellos para preguntar a qué se debía aquello. Pero el policía se limitó a mirarlo, desde diez centímetros más arriba, para indicarle que no era asunto suyo y que procediera. El joven quiso protestar; pero, para sorpresa de todos, fue Ban el primero que tiró de él hacia atrás. Al tiempo que le hacía una discreta seña en dirección a la zona de tragaperras cercana a la entrada. Como uno solo, todos siguieron su indicación, angustiados al ver a una figura que casi todos conocían bien rodeada de agentes de uniforme. Malcolm, sin pensar más, echó a correr hacia allí de inmediato.

—¡Wan Zhu! —gritó, sin contenerse e ignorando las advertencias de sus compañeros—. ¡Wan! ¿Qué ha ocurrido?

—¡Lárgate, chaval! —le espetó este en cuanto lo atisbó entre los policías, al tiempo que hacía aspavientos en dirección a la puerta—. Aquí no hay nada que ver.

—¿Lo conoce de algo, señor? —preguntó un agente.

El gerente, tras intercambiar una mirada larga e intensa con Malcolm, apartó la mirada y negó.

—No, no le conozco de nada.

—¡Wan Zhu, no me jodas! —exclamó el rubio camarero, exaltado—. ¿Qué estás diciendo?

—Señor, por favor. Si no tiene nada que aportar, tenemos que pedirle que se vaya —le rogó un agente, aún educado.

—Lárgate, insecto —masculló Wan Zhu, en tono despectivo. El joven negó, aturdido, pero el gerente no tuvo piedad y reiteró, con humedad en los ojos—. ¡Que te largues, he dicho!

—Wan... —susurró Malcolm. Al menos antes de que una mano enorme tirase de él hacia atrás y lo arrastrase hacia la salida—. ¡Ban, suéltame! ¡No! ¡Ban!

Sin embargo, ninguno de sus intentos de revolverse tuvo éxito. Al menos, hasta que los seis asistentes al cumpleaños de Dana no estuvieron a varios metros de la puerta del casino, junto a la esquina del callejón que daba a las traseras.

—¿Es que eres imbécil o qué te pasa, capitán? —le espetó su mejor amigo, con el rostro contraído de ira.

El otro joven, por su parte, no reuló y lo encaró de inmediato con idéntica expresión.

—¡Ban, no jodas! ¡Has visto lo mismo que yo! O ¿es que te da igual?

El aludido, sin preámbulo, lo empujó con violencia hacia atrás ante la mirada espantada de los otros cuatro presentes. Malcolm trastabilló, pero mantuvo el equilibrio y se enfrentó al más alto con gesto rabioso.

—Precisamente por eso, capitán —rechinó el bailarín, apuntándole con un dedo—. Sé bien cuándo se puede ganar una batalla. Y, créeme, en este caso, no podemos. No de momento.

—¿Qué quieres decir? —escupió el rubio, sin saber en apariencia a dónde quería llegar.

Pero Ban, ante su pregunta, se irguió con rostro pétreo, miró a su alrededor con súbita prudencia y repuso, lacónico:

—Vámonos a otro sitio, capitán. Aquí no hay nada que hacer.

—¿Qué crees que ha sido, Ban? —le preguntó Isabelle, aún a su espalda.

—No sé si es el momento de hablar de ello —replicó él de inmediato, en el mismo tono, pero con una expresión que a Elaine le provocó escalofríos. Al menos, antes de que el joven mostrase media sonrisa más amable y señalase a la cumpleañera—. Vamos a celebrar a otro sitio ¿vale?

Sin esperar a su respuesta, el hombre hizo entonces un gesto discreto hacia Elaine y Ken que no pasó desapercibido para ninguno de los dos. Aunque al menos Malcolm y Isabelle parecieron entender lo que quería decir y el rubio camarero, inclusive, decidió dejarlo estar. La joven Forest, por su parte, miró a Ban entre dolida e insegura; sobre todo, por verlo así de

tenso. Aun sin decirlo en voz alta, era muy consciente de que no podían hacer nada, como él decía; pero eso no le restaba una pizca de impotencia al momento. Aquella situación, lo quisieran o no, sonaba a algo relacionado con los Caballeros. Por otra parte, Ken contemplaba la escena con una expresión indescifrable en el rostro. Como si intentase, o eso intuía Elaine, entender lo que sucedía; y, a la vez, dejar a un lado todos sus prejuicios. Desde luego, aquello tenía que haber sido la gota que colmaba el vaso de sus expectativas sobre salir por la orilla sur de Daleth. Las mismas, en honor a la verdad, que ella había tenido la noche de su graduación. Antes de conocer a los que ahora consideraba grandes amigos... si no algo más.

Por suerte, la aparente rendición de Malcolm pareció evitar que su rencilla, de cualquier forma, atrajese más atención de la necesaria sobre el grupo. Ban se giró entonces, con un brillo duro en su mirada, pero Elaine supo enseguida que aquel gesto no iba destinado a ella. Menos todavía cuando le tomó una mano y su rostro se relajó sin esfuerzo aparente. Tras ellos, Isabelle acogió junto a ella a un Malcolm mohíno, pero derrotado.

Así, algo cabizbajos a pesar de todo, los seis esquivaron a la marea de gente que había sido expulsada a su vez del casino; al menos, antes de dirigirse hacia la avenida Igraine. Sabiendo dónde estaba el restaurante en el que habían quedado, también tenían constancia más o menos de dónde se encontraba el chófer de Ken y Elaine para devolverlos a casa. Lo cierto era que, a pesar del último comentario de Ban, a nadie le apetecía tener más fiesta después de lo ocurrido en el casino. Al menos hasta el instante en que Isabelle se detuvo frente a un local concreto, a medio camino de la pizzería, y lo observó con aparente curiosidad. Los demás la imitaron en cánon.

—“El Rincón Latino” —leyó Ban con suavidad, al cabo de unos segundos en los que nadie supo bien qué hacer—. ¿Una sala de baile?

—Sí —confirmó Isabelle, antes de girarse hacia los demás con una expresión confiada que nadie esperaba—. Vamos, creo que nos vendrá bien distraernos un rato y no quiero que esto chafe el cumpleaños a Dana... ¿No os parece?

Sus acompañantes intercambiaron miradas dubitativas. Sin embargo, la primera que se atrevió a replicar fue la aludida, en un tono no exento de cierto anhelo:

—¿En serio, Bells? ¿Crees que deberíamos hacerlo?
Aquella sonrió.

—Claro —afirmó, con una curiosa sinceridad—. Seguro que lo ocurrido en el casino es todo un malentendido. Vamos, será divertido.

Los tres hombres y la única mujer tras Dana aún parecían indecisos, pero a esta última le cambió la cara en un instante al escuchar el argumento de su mejor amiga.

—¡Genial! —exclamó, abrazándola—. La verdad es que... ¡Hace siglos que no bailo salsa! —afirmó, separándose y observando de nuevo el cartel del local con interés.

—¿Sabes bailar salsa? Menuda sorpresa.

La voz cadenciosa de Ban despertó de golpe a todos los presentes. Dana, por supuesto, lo encaró de inmediato con gesto ceñudo.

—¡La duda ofende! —lo increpó, apuntándolo con un dedo acusador—. ¡Claro que sé bailar salsa, estúpido!

Este, en apariencia agrado por que su pulla hubiese surtido efecto, curvó los labios en un gesto ladino.

—Vaya, vaya... ¿Esto sí te parece baile “de verdad” y lo mío no?

—Y ¿tú sabes bailar salsa? —se mofó ella, sin tapujos.

La mueca de él se ensanchó, al tiempo que señalaba la puerta del local con cortesía.

—Sólo hay una manera de confirmarlo —le indicó, con una mirada elocuente—. Cuando quieras, palo seco.

Dana le hizo burla, pero también fue la primera en adelantarse a abrir. Elaine contuvo una risita y Ken se acercó a ella, mientras el resto seguía a la furibunda bailarina clásica al interior del local.

—¿Es normal que se traten así? —preguntó en voz muy baja, antes de trasponer por fin el umbral, en un tono cargado de inquietud.

Elaine, enternecida y sabiendo que aquel pique que habían presenciado era sin mala intención, sacudió la cabeza con naturalidad.

—Eso creo. Pero en el fondo se llevan bien —le aseguró, conciliadora—. Es sólo que se provocan por diferencias artísticas.

Ken enarcó una ceja; como si no estuviese del todo convencido y, a la vez, siguiera fascinado por todo aquello.

—Vamos, señoritos, que os quedáis atrás —los llamó Ban desde el pie de la escalera. A su izquierda, se abría ya una puerta por la que asomaba una luz rosada y cálida. Desde la misma, a su vez, llegaban notas alegres que trajeron lejanos recuerdos a Elaine. ¿Cuánto hacía que no estaba en una fiesta, fuera la que fuese? Ken, por su lado, obedeció de inmediato y sin

poner pegas. Sin embargo, al pasar junto a él, Ban susurró hacia su amada—. Eh. ¿Todo bien?

Ella asintió con una sonrisa encantada y genuina.

—Todo en orden. Vamos.

Él la imitó, con algo que la joven todavía percibió como cierto recelo hacia la presencia de Ken entre ellos, antes de inclinarse junto a la puerta abierta.

—Las damas primero, dicen.

Ella rio.

—Sabes que eso ya sólo lo hacen los abuelos de la Zona Alta ¿verdad?

Ban la imitó, sin darse por ofendido en ningún momento.

—Bueno, hay costumbres de cortesía que creo que nunca deberían perderse... Y te lo dice alguien que no ha visto mucha en su vida —comentó con cierta ironía, cuando ambos se adentraron en la bulliciosa sala de baile y él apoyó un brazo en su espalda—. La caballerosidad no es algo de lo que haya que avergonzarse ¿no crees?

Elaine enrojeció, halagada.

—Está bien, “caballero”. Por ti lo acepto —lo pinchó, antes de localizar a sus compañeros—. Mira, están allí.

—Sí, ahí están —corroboró, él—. Vamos, “señorita” —la imitó entonces, aunque a la vez con un cariño que la joven creyó que iba a deshacerse en el sitio—. Ahora... toca disfrutar.

El Rincón Latino no era una sala especialmente grande, aunque tenía espacio de sobra para bailar y beber sin molestia alguna. La zona de baile se localizaba a la izquierda y el frente respecto a dónde estaban ellos, junto a la parte reservada a las mesas. Malcolm y Isabelle habían escogido una justo en el borde de la pista; pero, dado que casi todas estaban situadas en terrazas con barandilla alzadas a medio metro del suelo, se podía beber y observar a los bailarines moverse sin riesgo de que alguien se accidentase. Aun así, no fue aquello lo que más llamó la atención de Elaine; sino la expresión soñadora que se apoderó de la mirada de Ban cuando esta se posó en la marea que danzaba, a escasos metros de distancia.

Por otra parte, a su alrededor los gestos variaban según de quién se tratara. Malcolm miraba la mesa con aire ausente, los brazos cruzados. Isabelle lo observaba a él, con aspecto también abatido. Ken oteaba a su alrededor con cautela, erguido en su asiento, como si aún sopesara la opinión que le merecía el local. La única que parecía relajada, aparte de ella

misma, era Dana. La cual observaba a los bailarines con interés, pero sin tensión, desde el otro lado de la mesa.

Queriendo tomar la iniciativa, Elaine inspiró hondo entonces para proponer si alguien quería beber algo. Pero, ante su sorpresa, Ken dijo en ese preciso instante que quería ir al baño. Y Dana, de inmediato, dijo que lo acompañaba. Mostró una sonrisa de invitación y el joven aceptó con las mejillas sonrosadas. Ban los observó irse de reojo con media sonrisa irónica y Elaine estuvo a punto de darle un pequeño puñetazo en el hombro, para que se contuviera. Sin embargo, el bailarín cambió el gesto a uno de absoluta seriedad en cuanto la pareja desapareció de la vista; para, justo a continuación, posar los ojos en la cabellera de su mejor amigo.

—Vamos, capitán. Seguro que Wan Zhu está bien —murmuró entonces, sin levantar la voz y en un tono más fraternal.

Malcolm bufó, pero no alzó la vista.

—Me duele dejarlo así... —admitió, ronco.

—Sí, pero no podemos decir nada delante de Ken —le recordó Ban, para la intriga inicial de Elaine. Sin embargo, cuando este le envió una discreta mirada cargada de significado, comprendió de inmediato. Fuera como fuese, había acertado en su suposición al salir del casino: aquella situación tenía que ver con la mafia. Pero Elaine se contuvo las ganas de preguntar sin apenas esfuerzo. En cambio, le devolvió a Ban el gesto con seguridad. Él sonrió con brevedad antes de encarar de nuevo a la concurrencia—. Será lo mejor. Incluso aunque Dana tenga cierta idea —agregó entonces, lúgubre—, es mejor no comentarlo más de la cuenta. Al menos, de momento —recalcó, antes de girarse de nuevo hacia su acompañante—. Estás de acuerdo. ¿Verdad, Elaine?

Esta vez ella asintió sin dudar, conforme y dispuesta. Si hacía falta, ya confirmaría sus sospechas sobre lo sucedido más tarde, cuando estuvieran a solas. Los cuatro se quedaron entonces en silencio, sólo oteando a su alrededor o reflexionando para sus adentros sobre lo que acababan de discutir. Elaine admitía que, si juntaba las piezas en su cabeza, la imagen de la guerra de bandas que aparecía ante sus ojos no la tranquilizaba lo más mínimo. Sobre todo, por el peligro que pudiese suponer para Ban el hecho de acabar como Deirdre si no tenían cuidado. No podría soportarlo. Aunque la joven se relajó un tanto cuando él la miró y, como si supiera lo que pensaba, le apretó una mano con cariño por debajo de la mesa al tiempo que le dirigía media sonrisa confiada. Ella se la devolvió sin dudar.

Sin embargo, antes de que pudieran hacer o decir nada más, Ken y Dana regresaron. Caminaban separados como si cupiera un camión entre los dos, aunque mirándose de vez en cuando. De cualquier forma, alrededor de la mesa todos recobraron sus expresiones neutrales en cuanto los vieron aparecer. Incluso Malcolm, cuando alzó la cabeza para verlos llegar, terminó bromeando al respecto:

—Mira, los tortolitos ya vuelven...

De inmediato, Isabelle le dio un codazo y Ban le lanzó una patada por debajo de la mesa para acallarlo. Malcolm contuvo un jadeo de dolor y los miró a ambos como si se hubieran vuelto locos. El rostro de los dos aludidos, por otra parte, enrojeció intensamente. Pero ninguno abrió la boca para decir una palabra. Al menos, hasta que unos segundos después empezó a sonar una tonada que captó la atención de Dana. Como por ensalmo, aquellas notas tornaron su intenso azoro en genuino entusiasmo.

—¡Oh, vaya! Esta canción me trae buenos recuerdos —confesó, nostálgica.

Como de costumbre, Ban contraatacó enseguida con una risita seca:

—Sí, seguro que es tu gran fuente de frustración infantil...

Isabelle lo fulminó con la mirada en respuesta.

—Ban, no empieces... —le advirtió.

—No, es igual —cortó Dana a su amiga sin violencia, antes de encarar al joven. Para sorpresa de todos, la cumpleañera no parecía ofendida ante aquel comentario. Más bien al contrario: su expresión era de cierta suficiencia cuando se dirigió hacia su rival de profesión—. ¿Decías, Ban? O ¿acaso es que tú eres un experto en el tema? —lo provocó.

Él, por supuesto, no se dejó amedrentar.

—Oh, lo siento, Dana —se disculpó con falsedad, antes de mostrar una sonrisa peligrosa—. Pero... no quiero dejarte mal.

—¿“Dejarme mal”? —repitió ella, con un bufido desdeñoso—. Más quisieras, larguirucho...

La sonrisa de Ban se ensanchó, retadora.

—¿Apostamos, palo seco? —susurró, retador.

—Ban... —retomó Isabelle, pero la mano alzada de Dana la silenció de nuevo.

—Te escucho —vocalizó en dirección a él, despacio y con los ojos chispeando de interés.

Ban se recostó en su asiento y cruzó una pierna sobre la otra, con aire despreocupado.

—Muy bien. Este es el trato: convénceme de que no eres una estirada bailando y pago yo la siguiente ronda de bebidas —ofreció—. ¿Qué opinas?

Para mayor intriga de Elaine, ante aquello Malcolm silbó y Isabelle meneó la cabeza con gesto contrariado.

—Ban... —le advirtió, por tercera vez.

Pero los ojos caramelo del aludido no se despegaron de los zafiros de Dana en ningún momento. La cual, tras sopesar la proposición durante un instante, esbozó lo que parecía una sonrisa triunfal y le tendió la mano a Ban para sellar la apuesta.

—Trato hecho.

Él se irguió, sin perder la sonrisa, antes de estrechar los dedos de ella en señal de aceptación y levantarse.

—Muy bien, bonita. Vamos a darte una lección de baile.

Y sin más dilación, ambos salieron disparados hacia la pista y se mezclaron con los demás bailarines. Aunque, y Elaine no sabía si era a propósito, la pareja no se estableció muy lejos de su mesa.

En cuanto estuvieron en posición, con un ritmo intenso, pero no frenético, Ban y Dana comenzaron a rondarse en la pista sin soltar una de sus manos. Elaine, extasiada y a pesar de que veía por el rabillo del ojo la cómica expresión de enfado de su hermano al ver a Dana bailando con otro hombre, sentía que no podía apartar la vista de ellos aunque quisiera. A pesar de lo que uno pudiese decir del otro, en aquel momento y al ritmo de la embriagadora música latina, ambos se movían y fluían en perfecta sincronía. Hasta sus rostros sonrientes demostraban lo metidos que estaban en aquella coreografía improvisada. En la mayoría de los pasos, como era habitual en ese tipo de danza, Ban llevaba la batuta y Dana se dejaba llevar.

Sin embargo, cuando la canción terminó y el joven tendió a Dana en paralelo al suelo, sobre su rodilla, esta pareció ser de golpe consciente de verdad de lo que estaba ocurriendo y se apartó casi con brusquedad en cuanto ambos se incorporaron. El resto de la sala, por supuesto, prorrumpió en aplausos de inmediato tras ver su actuación, aunque ellos apenas habían sido conscientes del círculo que se había creado a su alrededor. A pesar de la atención suscitada, la bailarina de corta cabellera apenas hizo un saludo educado antes de salir trotando hacia su mesa con la cabeza gacha.

En cuanto se sentó en su silla, Elaine comprobó que sus mejillas estaban muy rojas, y no solo por efecto de la luz ambiente. Sin embargo, todo lo demás desapareció de su atención en cuanto una alta figura se derrumbó sobre la silla a su lado, con los labios carnosos curvados en una gran sonrisa triunfal.

—¡Guau! Chicos ¡sois geniales! —se ilusionó Elaine, encantada—. ¡Ha sido increíble!

Ban, por su parte y después de aceptar el cumplido con un sencillo asentimiento, mantuvo la vista clavada en una corrida Dana. Al menos, antes de manifestar, sin acritud y para sorpresa de todos:

—Está bien, lo acepto: la siguiente ronda la pago yo.

La otra bailarina, extrañamente, hizo un mohín con la vista aún clavada en el suelo.

—Cállate, lo dices por cumplir... —lo acusó en voz débil.

Pero Ban sonrió de inmediato con aire conciliador.

—Piensa lo que quieras, chica. Pero yo nunca digo nada por cumplir.

La joven murmuró algo ininteligible, pero apartó el rostro hacia la pista sin encarar a Ban ni una sola vez. Parecía... avergonzada por algo. El bailarín, por su parte, se giró hacia Elaine de inmediato para observarla con complicidad; y la joven, aunque sentía todo su cuerpo palpar con recordar cada movimiento sensual de él en la pista, se limitó a devolverle el gesto y acercar su silla con recato. El joven pasó un brazo sobre el respaldo, pero ambos mantuvieron las formas como llevaban haciendo toda la noche mientras sus miradas se enredaban.

—Ban, te juro que si no te conociese, diría que un hombre no puede mover las caderas de esa forma —lo alabó entonces Malcolm, guasón.

El aludido se rio, sin pizca de vergüenza.

—Pero me conoces y sabes que es cierto —replicó, mirando de súbito hacia la barra—. Bueno, entonces... Señoritas. Caballeros. ¿Quién quiere beber algo?

—¿Pagas tú, entonces? —confirmó Malcolm. Y, ante el asentimiento convencido de Ban, agregó—. ¡Genial! Pues para nosotros dos “Juventudes Eternas”, si tienen.

—Caxaca^[3] para mí, por favor —pidió Dana, comedida—. Y ¿tú qué quieres, Ken?

Sin remedio, las mejillas del joven enrojecieron ante la pregunta; más cuando toda la atención pareció cernirse sobre él. Lo cierto era que las

bebidas que se estilaban en la Zona Alta eran cócteles con ingredientes al alcance de muy pocos; y Elaine y él apenas habían asistido a bastantes fiestas con alcohol en su corta vida como para saber si alguna les gustaba lo suficiente. Aun así, ante su indecisión, fue Ban el que salió al paso con una curiosa propuesta, como si le hubiera leído la mente.

—Oye ¿por qué no nos ocupamos nosotros y os sorprendemos con algo? —Ante la duda de los dos jóvenes, agregó con sinceridad—. Prometo no defraudaros.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada dubitativa. Sin embargo, enseguida se sonrieron con ignorancia y algo de interés. Como si tuvieran telepatía, ambos aceptaron la oferta casi al unísono. Ban sonrió más ampliamente antes de besar la mano de Elaine, como llevaba haciendo toda la noche, y salió disparado hacia la barra. Cinco minutos después, regresó con una sonrisilla enigmática punteando sus labios.

—¿Qué has hecho? —le preguntó la joven en un susurro, cuando se sentó.

Pero él se llevó un dedo a los labios con aire pícaro.

—Sch... Tranquila. Es una sorpresa.

Ella, aunque quería replicar, optó por claudicar ante su expresión juguetona y se aguantó la impaciencia como pudo. Al menos, hasta que llegaron las bebidas y Ken y Elaine se quedaron pasmados al ver la bandeja. La camarera entregó primero dos copas de cristal con filigranas y un elemento espumoso rosado en el interior, a Malcolm y Isabelle; después, dos vasos de líquido gaseoso y transparente adornados con lima, menta y hielo, a Ban y Dana. Por último, depositó dos copas de vino blanco frente a los dos hermanos.

—¡Oh! Gracias, Ban —se maravilló Elaine—. Pero ¿por qué no has querido decírmelo antes?

Por el rabillo del ojo, la joven vio el gesto apenas disimulado de agradecimiento de Ken y Ban se lo devolvió, educado, antes de girarse de nuevo hacia ella y bajar la voz.

—Algo me decía que había que tirar por lo seguro... —explicó, sin asomo de burla, haciendo que ella enrojeciese al recordar su cita en el italiano. Aquella vez, en efecto, había pedido esa misma bebida—. Y tampoco quería ponerte en el compromiso de tener que pedir a ciegas por cumplir.

—No seas tonto...

Él se rio por lo bajo.

—Vamos, señorita. Eres como un libro abierto ¿lo sabías?

Ella abrió la boca, anonadada y queriendo contradecirlo. Pero en el fondo, sabía que era cierto. Así que se limitó a fruncir los labios, sin contestar. Al contrario, se giró enseguida para analizar el contenido del vaso que Ban tenía delante.

—¿Qué es eso? ¿Lo mismo que Dana? —preguntó, queriendo desviar la conversación.

Ban negó.

—No, esto es mojito. Lleva ron. Lo de Dana es un licor de caña —le explicó, señalando el vaso de caxaca con su vaso—, también. Pero diferente.

Elaine asintió sin despegar los ojos del licor. Y casi se rio al ver la cara de extrañeza de Ban cuando le preguntó si podía probar un poco.

—¿Estás segura? —quiso saber él, aunque no había acritud alguna en su voz—. Puede ser más fuerte de lo que estás acostumbrada.

Pero ella asintió sin dudar. Él, tras lo que pareció un milisegundo de duda, le alargó la copa para que bebiera. Elaine utilizó la pajita con tiento, insegura de lo que se iba a encontrar. Pero se maravilló al comprobar que, más que a alcohol fuerte, sabía dulce y picante al mismo tiempo.

—¿Te gusta? —preguntó Ban. Y, ante su inmediato asentimiento, sonrió complacido—. Está bien, me la apunto para la próxima. Ah, y creo que a tu hermano le ha gustado la caxaca también...

Elaine se giró y vio que, en efecto, Dana y él estaban compartiendo bebida, aunque con más de una pajita en su caso. La joven contuvo la risa mientras se apoyaba más contra el brazo de Ban y contemplaba a los bailarines de la pista. Se sentía relajada y feliz, así refugiada contra su cuerpo y con una mano entrelazada sobre el regazo. Al menos hasta que empezó a ver, cada vez con más frecuencia, cómo hombres y mujeres de todas las edades se acercaban a su balconada y trataban de engatusar a Ban para bailar con ellos. La joven sintió una súbita punzada de celos, que se diluyó tan pronto como el joven empezó a rechazar con educación a todos sus pretendientes uno por uno. Sintiendo un poco culpable porque quizá Ban no saliese a bailar por estar con ella, Elaine trató de tragarse la bilis como pudo y musitó, junto a su pecho:

—Oye, Ban. No dejes de salir a bailar por mí ¿vale? No pasa nada.

Él le dirigió una sonrisa adorable.

—Te lo agradezco, señorita. Pero... —Se interrumpió de inmediato, al escuchar cómo empezaba a sonar una suave balada. Entonces, su sonrisa cambió por otra mucho más maliciosa cuando se giró para susurrar a Elaine—. Oh, bueno. Creo que esta vez sí voy a bailar.

Su acompañante se incorporó en la silla para dejarle salir a la pista, sin querer pensar en lo arrepentida que se sentía en el fondo de su alma de habérselo propuesto. Aunque su sorpresa fue mayúscula cuando, apenas dos segundos después, se encontró con la mano de él tendida hacia ella.

—¿Ban? —susurró la joven, estremeciéndose.

—¿Qué ocurre? ¿No decías que no perdiese la oportunidad?

Elaine palideció y tragó saliva.

—Pero, Ban... —musitó, con una voz aguda cargada de timidez—, yo no sé bailar...

Ante aquello su rostro se dulcificó de una manera que la joven quiso derretirse allí mismo.

—Pues eso tiene fácil solución. ¿No crees? —insistió, haciéndole señas para animarla a levantarse—. Vamos, yo te guiaré. Lo prometo.

Elaine dudó. Ciertamente se suponía que a todo “Alto” que se preciara le enseñaban a bailar desde joven las danzas que se estilaban en las fiestas de la alta sociedad. Pero, primero, esas danzas no se parecían nada a estas. Y, segundo, Elaine siempre había sido negada para la pista de baile. Ironías de la vida que se hubiese enamorado de un bailarín ¿no?

No obstante, cuando la joven vio que Dana invitaba a Ken a bailar y él, sin demasiada duda, aceptaba, la joven casi se abofeteó para espabilar de una vez. Ban era un bailarín profesional, así que era probable que no tuviera nada que perder. Por todo ello, Elaine optó por rendirse a los encantos de aquel hombretón que le tenía sorbido el seso mientras él la llevaba de la mano hacia la zona iluminada.

Déjame ayudarte

Cuando llegaron a la pista de baile, la música que sonaba seguía siendo suave y la letra era en un idioma del que Ban no tenía nociones, pero no le importaba. Su única atención en ese instante se centraba en la joven rubia y temblorosa a la que llevaba de la mano. Lo cierto es que no tenía intención de presionarla en ningún momento, pero algo en él se moría por abrazarla contra su pecho y ser uno solo bajo la música, fuera la que fuese. Cuando la atrajo hacia sí con ternura, depositando una mano en su cintura y enredando los dedos de la otra con los suyos, Ban se sintió un poco culpable al ver cómo ella tragaba saliva y lo miraba a los ojos con cierto temor. Sin embargo, él trató de confiar en su suerte mientras, sin prisa, comenzaba a balancearse de un lado a otro siguiendo la suave cadencia de la música.

—Estás tensa, señorita —le susurró en un momento dado. Como imaginaba, Elaine enrojeció y apartó la vista con cierto azoro. Pero él no se amedrentó; sino que soltó su mano derecha, se detuvo y le levantó la barbilla, sin dejar de abrazarla—. Vamos, mi amor. Confía en mí.

Ella se mordió el labio con indecisión.

—Lo siento.

—No te disculpes —insistió él; sin cambiar el tono cariñoso y sintiendo, cada vez más, que aquello era lo correcto. Entonces, se le ocurrió una idea—. Te propongo algo: apóyate en mí y cierra los ojos ¿de acuerdo?

Elaine dudó aún por un instante.

—¿Estás seguro? —preguntó, suavemente.

Él asintió, confiado.

—Del todo. Créeme —insistió, antes de asegurar—. No te soltaré, lo prometo.

Para su alivio, un par de segundos después, la joven aceptó y apoyó el rostro contra la parte baja de sus pectorales. Ban retomó entonces su movimiento, mientras las dulces notas de la balada resonaban a su alrededor y sintiéndose el hombre más afortunado del mundo. Como prometió, el

joven la condujo en todo momento y no la soltó. De hecho, cuando llegó la siguiente canción, otra suave y romántica melodía, a Ban lo agradó ver que Elaine se separaba unos centímetros, abría los ojos y se animaba a encararlo con algo más de confianza. Ban la sonrió, emocionado y eufórico por dentro de no haberse equivocado. Ella le devolvió el gesto y ambos siguieron moviéndose durante varios minutos que parecieron horas; sus miradas enlazadas y sus cuerpos a una distancia mínima, sólo separados por la fina tela del vestido de ella y la camisa de él.

—Lo estás haciendo muy bien, señorita —la felicitó él, en un momento dado.

Ella pareció ponerse colorada de nuevo, pero no rompió el contacto visual.

—Lo cierto es que así me siento más segura —bromeó, y él rio con levedad en respuesta—. Pero... Tampoco quiero que te sientas obligado a bailar conmigo ¿eh?

Él enarcó una ceja sarcástica.

—¿Quién ha dicho que sea una obligación? Nunca había disfrutado tanto bailando con alguien —le aseguró, con dulzura.

Ella pareció sorprendida, pero halagada al mismo tiempo.

—¿En serio?

Ban asintió, convencido como jamás en su vida.

—Sí. No lo dudes.

Elaine sonrió con aparente alivio.

—Me alegro, entonces —afirmó, antes de abrazarse de nuevo a él y dejar que la ciñese con mimo contra su cuerpo—. Oye, Ban.

—¿Hm?

Elaine dudó antes de volver a hablar.

—¿Estás seguro de que no ocurrirá nada con el casino?

Aunque ella no podía verlo, él contuvo de todas formas una mueca amarga al pensar en ello. Desde luego, sospechaba que aquel incidente era una venganza sutil de las Perseidas por lo de Deirdre. Pero, aparte de su prudencia habitual de no comentar ciertos temas en voz alta en lugares públicos, tampoco quería arruinar la primera noche que Elaine y él salían juntos teorizando en voz alta.

—No te preocupes por eso ahora, mi amor —le aconsejó. Y cuando ella alzó de nuevo la cabeza hacia él, con la curiosidad grabada en su mirada avellana, él se esforzó por sonreír con toda la confianza que fue capaz—.

Eso es cosa del mañana ¿vale? Ahora, sólo me importa esto —aseguró, acariciando su mejilla con los nudillos de sus manos enlazadas—. Tú y yo.

Elaine sonrió, comedida, pero con aspecto de quedarse más tranquila tras esa respuesta. Ban la atrajo de nuevo contra su cuerpo y ella no se resistió. El hombretón suspiró. Al bailar despacio, muy juntos, bajo aquellas luces ondulantes, todo parecía un precioso sueño del que el joven no quería despertar. Sin embargo, cuando la canción terminó y empezó a sonar una bachata algo más ágil, Ban optó por no tentar más a la suerte. Así que se separó de Elaine, besó su frente con cariño y mantuvo sus manos unidas para invitarla a salir de la pista.

—Venga, vamos a sentarnos otro rato —ofreció, cordial—. ¿De acuerdo?

Ella pareció dudar, como si de repente quisiera seguir allí donde estaba; pero, al final, se convenció para aceptar la propuesta y trotó tras él en dirección a la mesa. Cuando llegaron, Malcolm y Isabelle decidieron tomar el relevo y salir a bailar, con lo que los dos amantes tuvieron ocasión de sentarse juntos y hacerse algún mimo sin tanta contención. Aunque, eso sí, mantuvieron la inocencia en todo momento. Según pensaba Ban, nunca sabías cuándo podías tener encima la mirada escrutadora de Kenneth Forest. En efecto, cuando este y Dana regresaron a la mesa charlando de forma animada, Ban y Elaine se separaron casi de inmediato. Pero al bailarín le agradó ver que, en parte, el estirado de su potencial cuñado parecía más relajado que nunca mientras se sentaba junto a la joven Mackenzie. Sin embargo, cuando sus miradas se cruzaron, el bailarín optó por mantener el rostro inexpresivo; antes de apurar su mojito sin desvelar nada de lo que cruzaba por su cabeza.

La noche avanzaba y los seis jóvenes seguían disfrutando, casi como si nada malo hubiera sucedido unas horas antes. Sin embargo, a eso de las dos de la mañana, los dos Forest parecían empezar a acusar los efectos del traspase y hasta Dana afirmó que al día siguiente debía madrugar para ir a ensayar; así que, con el agradecimiento infinito de esta última a pesar de todo, el grupo decidió que era hora de terminar la fiesta e ir a descansar. Sin embargo, cuál no fue la sorpresa de todos ellos cuando Ken pidió a Dana acompañarla hasta su casa. Esta pareció quedarse rígida del susto de primeras, pero terminó aceptando con una sonrisa coqueta y agradecida. Ban, entonces, miró a Elaine y le susurró:

—Y ¿a ti? ¿Te apetece dar un paseo hasta casa, señorita?

Ella alzó una ceja, interesada.

—¿Un paseo hasta casa? —se maravilló ella, casi como si él bromease—. Pero, Ban... Si... ¡está muy lejos!

Él sonrió, misterioso, antes de guiñarle un ojo.

—Confía en mí. —Ella frunció el ceño, sospechando, pero terminó claudicando con una risita—. Oye, Kenneth.

El aludido se giró al escuchar al bailarín.

—¿Qué ocurre, Ban?

—Si vas a ir tú con Dana... ¿Te parece bien que yo acompañe a Elaine a casa?

Por un instante, el ambiente pareció congelarse a su alrededor. Ken, claramente atónito por aquella petición, miró de forma alternativa a su hermana y a Ban. En realidad, más que en contra, parecía inseguro sobre qué decir. Malcolm, Isabelle y la propia Dana, por otro lado, lo miraban como si se hubiese vuelto loco. Pero, por suerte, al final Ken exhaló con suavidad y asintió, con una extraña calma. Ban lo imitó, agradecido.

—Tranquilo, Kenneth. Te la devolveré sana y salva, lo prometo —aseguró, de todas formas.

El aludido apretó los labios, como si no estuviera del todo seguro de aquello. Pero, ante la suave presión en el brazo de Dana y su gesto confiado, aceptó.

—Tened cuidado. ¿Vale?

—Claro. Señoritas, caballeros —se despidió Ban, con un gesto sobre la frente de estilo militar—. Ha sido un placer.

—Muchas gracias a todos por venir hoy —pronunció Dana, encantada—. ¡Nos vemos pronto!

Los amigos se dispersaron entonces, cada uno en una dirección. Elaine y Ban, en particular, se dirigieron a paso lento hacia el Puente Ávalon para cruzar al otro lado del Kent.

—Ban. ¿Estás seguro de esto? —preguntó Elaine, en un momento dado.

Él asintió con calma.

—Aunque... sólo si tienes ganas —apuntó, entonces, frenando para encararla—. Si estás cansada, puedes llamar a Clarence cuando quieras. ¿Vale?

Elaine pareció dudar, para su ligera decepción. Sin embargo, le alegró ver su inmediata determinación cuando replicó, al cabo de unos segundos:

—No, vamos —lo invitó, echando de nuevo a andar—. La verdad es que así podemos tener un rato a solas...

Él soltó una nueva risita.

—Sí, desde luego. —En cuanto entraron en el puente, ya sabiéndose del todo a salvo de la mirada de Ken, Ban rodeó la espalda de ella con el brazo y ella lo imitó a la altura de la cintura—. Madre mía, este paseo hace años que no lo daba.

—Y ¿eso? —inquirió Elaine, curiosa.

Ban se encogió de hombros con cierta desgana. Aquello, a pesar de todo, le traía recuerdos un poco agrios. Pero recorrer esa distancia junto a Elaine lo hacía mucho más soportable.

—Al principio, alguna vez me tocó ir y venir a la Zona Alta para... Bueno, ya te imaginas el qué —resumió, aunque ella entendió sin palabras y se estremeció bajo su brazo—. Muchas noches pasaba por aquí y a veces me paraba, al ir o al volver, sólo a mirar el agua pasar y estar con mis pensamientos.

—Cielos. Es que... Aunque lo intente, no puedo imaginar por lo que has pasado, Ban —comentó Elaine, circunspecta, abrazándolo con más fuerza—. Ojalá pudiese ayudarte de alguna manera.

Él le acarició el pelo, conmovido.

—Lo sé. Pero... Ya hemos hablado de esto —le recordó, sin violencia—. A veces es difícil cambiar de liga, si no tienes los medios. Y no te preocupes —agregó, con ternura—. Ya estás haciendo muchísimo por mí.

Elaine suspiró junto a su pecho y esbozó media sonrisa no exenta de amargura, pero tampoco respondió. Los dos jóvenes siguieron avanzando entonces por el puente en un silencio agridulce. Sin embargo, cuando estaban cerca del centro de aquel, la joven volvió a hablar:

—¿Sabes? Me ha encantado verte bailar hoy.

Ban, a pesar de sentirse halagado, sintió una leve punzada de culpabilidad.

—Bueno, no ha sido nada —le restó importancia—. En el fondo, sólo quería darle un empujoncito a Dana para que viese que no pasa nada por soltarse un poco al bailar, pero creo que lo único que he hecho es cabrearla más...

En realidad, a pesar de sus piques diarios, el joven siempre había pensado que Dana sólo reprimía su pasión al bailar en pro de la técnica, algo que se había confirmado al escucharla decir que había bailado latino en

el pasado. Y, aquella noche, se había demostrado que él estaba en lo cierto... Pero a ella no parecía haberle sentado nada bien ser consciente de ese hecho. Y el joven, en el fondo, se sentía triste por ello.

—Eso es aparte —dijo entonces Elaine, para su sorpresa—. Pero... me refería al... homenaje que has hecho hoy.

Sintiendo una súbita calidez en el pecho, Ban alzó las cejas con cautela.

—¿En serio? —inquirió, suave.

Para su mayor alegría, Elaine asintió despacio.

—Me ha parecido un gesto precioso —afirmó, igual que en el casino—. Y... bueno...—En aquel punto, a pesar de la semi penumbra, Ban pudo ver que sus mejillas se ponían algo coloradas alrededor de su tímida sonrisa—, admito que apenas recordaba lo bien que bailabas.

Ban la miró de reojo, sabiendo bien a qué momento se refería, antes de soltar una risita halagada. Por regla general, la danza siempre lo ayudaba a abandonar el mundo de mierda que lo rodeaba y a expresar lo que sentía sin necesidad de nada más. Y, ahora, se sentía aún más orgulloso de haberlo hecho en solitario; todo por el hecho de poder bailar a su aire delante de Elaine. Y, como la tonta de Jill no había querido participar en ningún momento en el homenaje a Deirdre, tanto mejor para él.

—Bueno, me alegro de que te guste —admitió, sincero. Aunque su tono cambió a uno mucho más mordaz cuando comentó—. Yo, en cambio, te he visto menos asustada que la última vez...

—¡Oye! —lo increpó ella sin enfado, pero con las mejillas ya al rojo vivo—. Por aquel entonces no estaba... Ya sabes...

Ban rio entre dientes, pero lo dejó estar y no siguió provocando. En cambio, la atrajo con afecto evidente contra su cuerpo mientras caminaban.

—Han cambiado muchas cosas en las últimas semanas ¿verdad? —pronunció, casi sorprendido de lo rápido que había pasado el tiempo.

Elaine, por su parte, coincidió con un sencillo gesto de la cabeza, antes de detenerse para mirarlo a los ojos. Estaban ya a pocos metros del centro del puente, en un punto justo entre las luces de dos farolas consecutivas y en la zona de mayor penumbra. Sin palabras para expresar su emoción en ese instante, él le acarició la mejilla con dulzura; su cuerpo se inclinó y ella se puso de puntillas, anticipando su beso. Sin embargo, cuando este llegó, en vez de quedarse ahí, Ban la cogió en volandas de inmediato y la apretó contra su cuerpo. De la sorpresa, Elaine emitió un grito entre sus labios,

pero se dejó hacer. Al menos hasta que la sentó sobre la barandilla, aún entre sus brazos, y se separó para mirarla casi a su misma altura.

—Ban ¿qué haces? —preguntó, divertida.

Él la sostuvo con un brazo alrededor de su cintura y apoyó la mano opuesta en la baranda, mirando hacia algún punto por detrás de ella.

—Siempre me ha gustado este punto del puente —reconoció, en un tono nada inocente—. Es perfecto para estar a solas... ¿No crees?

Tras esa sencilla pregunta, el joven se giró para mirarla directamente a los ojos; esos iris avellana, enormes y dulces que lo volvían loco de remate. Además, aquella noche estaba preciosa con ese vestido aguamarina y la sencilla diadema a juego. Sin esperar apenas a oír su respuesta, Ban decidió volver a besarla, esta vez con más energía; percatándose casi de inmediato de lo hambriento que estaba de ella, tras tanto tiempo sin tenerla entre sus brazos. Para su agrado, Elaine le devolvió el gesto enseguida, con pasión y deseo a partes iguales. Con cada roce de sus labios, el mal recuerdo de la violación de Meredith, de las vejaciones de Samael, de las palizas de Dolor, de la muerte de Deirdre... Todo se diluía. Cuando sus finos dedos comenzaron a despeinar el efecto de la gomina, Ban movió el brazo que sostenía a Elaine y lo situó casi en diagonal hacia su hombro, ciñéndola contra él en el mismo movimiento y apoyando la mano libre entre su vientre y la curva de su cintura. La joven jadeó contra sus labios, estremecida de placer y aferrando su nuca con fuerza. Cuando sus lenguas se enlazaron con más ansia si cabía, Ban sintió a su vez que su cuerpo reaccionaba de una manera que creía olvidada al estar frente a otro ser humano, fuese hombre o mujer. El deseo de estar con ella en la más pura intimidad aceleraba su pulso cada vez más, pero el joven no estaba seguro de si aún era el momento adecuado. De hecho, cuando ambos se tuvieron que separar, avergonzados a causa de los pitidos de un par de conductores malintencionados, Ban casi lo agradeció. Sobre todo, para poder respirar y pensar con algo de lucidez, aunque sin soltarla en ningún momento.

—¿Ocurre algo Ban? —preguntó ella, probablemente al ver su rostro algo contraído.

Él jadeó, pero no respondió de inmediato.

«No te precipites, campeón», se amonestó, mareado. «No la cagues con ella o te arrepentirás para siempre».

A pesar de la tranquilidad de la última semana, sin quererlo, el joven dudaba de que no fuese la calma que precedía a la tempestad. Y más si

Samael estaba de vuelta en la ciudad... No, no podía hacerle eso a Elaine. Primero debería averiguar la manera de librarse de la esclavitud... Después, ya harían todas las locuras que hiciesen falta.

—No, no te preocupes —mintió, piadoso—. Sólo... Quizá deberíamos seguir hacia tu casa ¿no crees?

Elaine lo observó con la cabeza ladeada y Ban se esforzó por mantener una expresión lo más neutral posible. Cuando ella pareció claudicar, el alivio casi lo hizo exhalar de golpe todo el aire de sus pulmones.

—Vale. Vamos. Oye ¿quieres...? —dudó entonces la joven, mirándolo a los ojos con una expresión que Ban casi temió—. ¿Te quedarías a dormir conmigo esta noche?

El joven se estremeció sin remedio, súbitamente aterrado por lo que eso podía implicar. De hecho, la ironía surgió de sus labios como primera respuesta instintiva.

—Tú has bebido más mojito de la cuenta, me parece a mí.

—¡No te burles! —lo rebatió ella con un puchero, haciendo que su corazón se ablandase sin remedio—. Va en serio. Y... Me parece que es una noche perfecta —insistió, con expresión algo suplicante—. ¿A ti no?

Ban, tras rendirse a sus encantos, soltó una risita conciliadora.

—Está bien, está bien. Aunque ¿qué dirá tu hermano mayor? —susurró junto a sus labios.

Ella frunció el gesto y sacudió la cabeza.

—Olvídate de Ken, anda —le susurró de vuelta, sin aparente preocupación—. Duerme en otro piso de la Torre, así que no nos iba a molestar en ningún momento...

Ban inspiró hondo, sin saber qué hacer ni decir. Si ella estaba serena... ¿Por qué no?

—¿Estás segura, Elaine? —preguntó, con doble sentido.

Ella, entendiendo entre líneas como él suponía que haría, tragó saliva.

—Si surgiese la oportunidad, yo... Creo que estaría preparada para hacerlo —afirmó—. Y... ¿tú?

Ban dudó de nuevo, maldiciéndose por dentro y pensando por enésima vez en lo que podía suponer si tenía que jugar a dos bandas en aquel asunto. Por supuesto que estaba listo para acostarse con ella. El problema radicaba en que no era libre y su cuerpo pertenecía a Goliath, lo quisiera o no. Sin embargo, ante su dulce y limpia mirada, el joven asintió con mediana convicción. Esa noche, fuera por el alcohol o por otra razón, la parte

deseosa de permanecer con ella ganaba la partida; para bien o para mal. Sólo esperaba no arrepentirse de aquella decisión al día siguiente...

—Está bien, me quedaré contigo hoy ¿vale? —aceptó, camuflando sus terrores tras una cálida sonrisa que ella le devolvió—. También... Así, no tengo que volver solo. Y... hace mucho que no duermo acompañado —admitió, no sin cierto tono bromista.

Ella rio por lo bajo, captando el chiste sin necesidad de más palabras. Y, tras un instante de aparente duda por su lado, asintió. Antes de bajarla, no obstante, Ban se demoró en volver a besarla con infinita dulzura y sus labios no se separaron hasta que el bailarín no la depositó en el suelo. La amplia sonrisa que la muchacha le devolvió, mientras él le pasaba una mano por la espalda y echaban a andar, fue tan dulce que casi diluyó la ansiedad del joven por lo que pudiera pasar aquella noche. El resto del paseo, casi una hora más, fue tranquilo. Los dos jóvenes hablaron y se conocieron un poco más mientras caminaban entre las altas torres. Pero, cuando llegaron frente al complejo Forest, Ban no pudo evitar mirar hacia arriba del todo con cierta aprensión.

—¿Va todo bien? —quiso saber Elaine, frenando y girándose para encararlo.

Ban sacudió la cabeza y se aproximó, esbozando una mueca confiada que no sentía ni de lejos.

—Sí, todo en orden —aseguró.

Como si intuyera su falta de sinceridad, ella lo miró con expresión inquieta, pero él la besó en la sien y avanzó con ella hacia la puerta sin darse más oportunidad a reflexionar. En realidad, no sabía qué hacer, menos cuanto más se acercaban al piso de Elaine. Sin embargo, cuando entraron por la puerta del apartamento de ella, toda reflexión desapareció de un plumazo cuando Ban vio aquella silueta recortada contra el mirador frontal. Más aún cuando esta se giró, los encaró con el rostro en penumbra y pronunció:

—Hola, Ban.

Como un reflejo, el aludido se situó delante de una perpleja Elaine.

—¿Qué haces tú aquí? —le ladró, agresivo y casi sin pensar en lo que hacía.

Samael, por su parte, avanzó un par de pasos hacia ellos con las manos alzadas en actitud pacifista.

—Tranquilo, no voy a haceros nada.

—Ban ¿quién es este hombre?

—Tranquila, Elaine, yo me ocupo —aseguró él, antes de girarse de nuevo hacia el Caballero—. Tú. ¿Qué quieres?

—Tranquilízate, Ban, por favor —pidió Samael, sin alzar la voz—. Sólo he venido a hablar.

—Elaine, espera aquí —ordenó Ban a la joven, en un tono que no admitía discusión.

La joven, por su parte, aún no había cerrado tras de sí la puerta del apartamento y sus pasos ya la estaban conduciendo hacia el exterior cuando escuchó aquello, móvil en mano. Pero ambos amantes se giraron de golpe en cuanto Samael pronunció:

—En realidad, quiero hablar con los dos.

Elaine retrocedió entonces hasta volver a ponerse junto a su acompañante. El móvil seguía en su mano, pero lo había bajado a la altura de la falda y observaba al intruso con expresión indescifrable, igual que Ban le había visto hacer a su hermano cuando quería decidir si algo lo convencía o no.

—¿Quién eres tú? —exigió saber la joven de inmediato, con una severidad que el bailarín sólo le había escuchado en contadas ocasiones.

Samael, por su parte, no pareció amedrentarse. En cambio, bajó la cabeza despacio para encararla.

—Alguien que conoce a Ban mejor que mucha gente —afirmó, provocando un escalofrío al joven, antes de mirarlo a él— y los dos lo sabemos.

A su lado, Elaine se quedó rígida y palideció, con lo que Ban se quiso insultar por idiota. De los consejeros de Goliath que quedaban vivos y abusando, de Samael apenas le había hablado.

—¿Cómo has entrado? —preguntó la joven, no obstante.

Samael siguió mirando a Ban.

—Zachary —pronunció, y al bailarín se le escapó una palabrota entre dientes—. Tiene pirateada toda la informática de la Torre Forest.

Elaine emitió un gemido bajo de pánico, pero los hombres la ignoraron.

—Ese hijo de puta —masculló Ban—. Y ¿te han mandado a ti a decírnoslo?

Elaine lo miró, pero no dijo esta boca es mía. Después de aquello, según como saliese, tendrían mucho de qué hablar. Pero ni siquiera él estaba preparado para lo siguiente que salió de labios de Samael.

—Si me he arriesgado a venir es porque tengo algo que decirte, Ban. Goliath viene a por los Forest... Y viene a por ti.

Elaine jadeó, palideciendo de forma casi visible en la penumbra. Con gran dificultad, Ban intentó obviar su presencia de momento y centrarse sólo en Samael. Si este mencionaba el nombre del Rey tan a la ligera delante de Elaine, es porque sabía o intuía que ella conocía su secreto... Cosa que tampoco lo tranquilizaba lo más mínimo, considerando las circunstancias.

—¿Qué quieres decir? —rechinó de todas formas, suspicaz.

El Caballero pareció tomar aire.

—Los he visto entrar y salir de tu apartamento hace un rato —explicó de corrido, en un tono más susurrado— y, hace unos días, Goliath dijo que quería usarte para chantajear a los Forest. —Miró a Elaine de una forma que no gustó a Ban—. Quiere conseguir su patente.

La joven, aún pálida, sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Por qué Goliath querría algo así? —inquirió, escéptica a todas luces—. Ya nos sobrepasan en muchas cosas. No tiene sentido. No somos competencia para ellos.

Ban recordó cuando ella dijo algo muy similar en el lago de Trebes. Pero la siguiente frase de Samael confirmó sus sospechas de un plumazo.

—No sabes la ambición que puede llegar a acumular esa familia, pequeña. —Samael los miró alternativamente y negó con algo que parecía cierta tristeza—. Creedme. Los Fairmont no pararán hasta ser dueños de toda la industria energética, sea la que sea, mientras les dé dinero y poder.

Elaine contuvo un sollozo incrédulo, antes de refugiarse contra la camisa de Ban. Para ella, desde luego y aunque supiera lo que Fairtech escondía tras sus prístinos muros, aquello tenía que ser una pésima noticia... En todos los sentidos.

—¿Qué sugieres? —preguntó este al Caballero, manteniendo el pragmatismo a flote todo lo posible.

—No lo sé —admitió Samael—. Pero, de momento, tenéis que iros de aquí en cuanto podáis.

Ban asintió, mientras Elaine miraba a su mutuo interlocutor de hito en hito y con sospecha evidente.

—¿Por qué haces esto? —preguntó, recelosa.

El Caballero pareció esbozar una sonrisa en la penumbra.

—Porque quiero protegeros. Nada más.

—Gracias, pero mi hermano nos protegerá si es necesario —repuso ella, estoica.

De repente, parecía una Alta más que nunca y Ban no supo cómo sentirse al conocer esa parte de ella. Siempre era tan dulce, tan amable; tan cariñosa y comprensiva que, salvo en casos y lugares como el que se encontraban, él casi olvidaba de dónde venía. Sin embargo, lo que de verdad provocó un escalofrío al joven fue ver negar a Samael un segundo después.

—Tu hermano no debe enterarse de esto, querida. Al menos de momento —le aconsejó, lúgubre—. Créeme, por vuestro propio bien.

—Y ¿por qué deberíamos creerte? —continuó ella, al parecer perdiendo el miedo al mafioso a pasos agigantados.

—No te preocupes, Elaine —intervino Ban, más cortante quizá de lo que pretendía, pero deseando que su torturador se largase y los dejase en paz—. Y tú, déjala, Samael. No la metas en esto.

Este, a pesar del terror del bailarín de que les hiciese algo de un momento a otro, se limitó a observar a la joven Forest con curiosidad antes de alzar la vista de nuevo hacia él. Y su tono era casi relajado cuando preguntó:

—¿Podemos hablar? A solas.

—¡Dejadlo ya! Los dos —estalló Elaine, separándose de Ban para su angustia y mirándolos de forma alternativa—. Quiero saber qué pasa. Esta es “mi torre” —recalcó, con un fuego en la mirada que no tenía hacia unos segundos e hizo a Ban sentir un nuevo amor por ella—. Y, si no quieres decirme cuál es tu propósito, señor Samael, más vale que te largues por dónde has venido o llamaré a seguridad. ¿Te ha quedado claro?

Samael la encaró despacio mientras hablaba. Tras terminar, el ambiente en el salón del caro apartamento pareció espesarse hasta hacerse irrespirable. Ban, en un momento dado, empezó a maquinarse en su mente cómo podría proteger a Elaine con su vida en caso de que el Caballero frente a ellos optara por dejar la diplomacia a un lado. Pero cuál no fue su sorpresa, de nuevo, cuando el mafioso sacudió la cabeza y no respondió a la envalentonada muchacha. En cambio, enseguida se giró hacia el bailarín con algo que parecía cansancio y expuso, sin alzar la voz:

—Ban, escúchame. Es tu oportunidad de ser libre y estar con Elaine sin ataduras. Nadie volvería a tocarte nunca más sin consentimiento —apostilló, haciendo al joven estremecerse de terror y alivio a partes

iguales—. Pero la decisión es tuya. —Como para enfatizar sus palabras, Samael se acercó en ese instante y, ante el estupor de los dos jóvenes, le tendió una bolsa de deporte—. No tardéis mucho en decidirlos ¿vale?

Dicho esto y en cuanto Ban aceptó el presente, el hombre de pelo canoso se movió como si quisiera dirigirse hacia la puerta. Al estar Elaine en el otro lado del rellano, el bailarín sufrió lo indecible sólo de pensar qué ocurriría en caso de que Samael quisiera hacerle daño. Sin embargo, este avanzó y los pasó de largo, sin hacer ningún aspaviento y como si aquel lugar fuese su propia casa. Quizá por ello, cuando ya estaba trasponiendo el umbral del apartamento, Ban se armó de valor y avanzó tras él.

—Samael —lo llamó, reteniéndolo en el sitio sin violencia. Cuando este se giró, el bailarín resopló con suavidad—. Dime la verdad. ¿Por qué nos ayudas?

Para su mayor intriga, Samael se limitó a mostrar una sonrisa compasiva bajo la tenue luz de los LED que brillaban sobre sus cabezas.

—Porque siempre te tuve aprecio, Ban —admitió, dejando al joven clavado en el sitio— Y porque espero que esta pesadilla acabe muy pronto.

Ban frunció el ceño, intrigado. Y, sin querer, esperanzado por sus palabras.

—No te entiendo —admitió, en cambio.

Samael se mesó el pelo. Ahora que Ban se daba cuenta, el hombretón no vestía de punta en blanco como de costumbre. De hecho, llevaba vaqueros, botas de montaña y algo que parecía una sudadera fina. Bajo la tenue luz además, se apreciaba que tenía ojeras.

—Conozco vuestra situación, Ban —expuso entonces el Caballero con calma—. Y de verdad que quiero ayudar. Pero necesito que confíes en mí —reiteró. Después, señaló con aparente descuido la bolsa que le había entregado y susurró—. El león es la clave, Ban. Suerte.

Y, sin dar pie a nada más, Samael se caló la capucha de la sudadera y se alejó hacia la derecha por el amplio corredor metálico. Cuando desapareció por las escaleras de emergencia, metiendo un código junto a la puerta que Ban intuyó que habría obtenido de Zachary, el joven se adentró de nuevo en el apartamento y cerró tras de sí. Cuando se adentró en el salón en penumbra, tomando la bolsa de lona por el camino, su amada estaba frente a la ventana y le daba la espalda. Ban tragó saliva y se aproximó despacio.

—Elaine... —la llamó, sentándose en el borde del sofá. Ella se giró. Para su alivio, no había juicio en sus ojos, sólo una honda preocupación que

Ban desearía borrar como fuese—. Ya se ha ido —le aseguró.

Ella asintió con una extraña calma.

—Voy a llamar a seguridad ¿vale? —lo informó, desapasionada—. Tranquilo, esperaré a que se vaya de la Torre —agregó a continuación, con algo más de color en la voz.

Ban hizo una mueca.

—Samael y yo no somos nada —rebufó, sin dudar un instante. Pero, por la mirada de Elaine, debió saber que ella intuía la verdad—. Aunque... en parte, te lo agradezco.

Ella sonrió con un cariño que él se sentía lejos de merecer.

—Tranquilo Sólo quiero avisar de que podría aparecer alguien sospechoso en las próximas horas.

Ban, a pesar de todo, se sintió incapaz de devolverle el gesto y se limitó a dar su visto bueno con un gesto de la cabeza. Acto seguido, ella se alejó para marcar el número del departamento de vigilancia de la Torre. Ni siquiera Ban estaba seguro de que todo no fuese una trampa de Samael, en la que daría igual los impedimentos que quisieran poner: Goliath se saldría con la suya. Por otra parte, agradecía que Elaine estuviera dispuesta a hacer lo que fuese para protegerlos. Ojalá él pudiese hacer lo mismo.

«El león es la clave», meditó Ban, recordando las palabras de Samael sin entenderlas.

El león era el símbolo de los Caballeros, pero aparte de eso no sabía a qué otra cosa se podía referir. Su mirada, sin querer, se desvió un instante hacia la bolsa de deporte oculta en la penumbra, pero no logró ver nada más que tela negra. Ni una pista.

«¿Cuál es tu plan, Samael?»

—De acuerdo. Gracias, Murphy. Igualmente, adiós.

La joven colgó en ese instante y volvió junto a él, sacándolo sin mucho esfuerzo de sus amargas reflexiones. Ban seguía sentado en el sofá, con la barbilla sobre los dedos entrelazados y los codos sobre las rodillas. Sin embargo, se giró del todo para encararla cuando sintió que ella se sentaba a su lado y le apoyaba una mano cariñosa en el muslo.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

Él resopló, inseguro.

—He estado mejor. ¿Qué te han dicho?

La expresión de ella se cargó de confianza.

—Que no hay problema. Estarán atentos por si aparece alguien sospechoso, aunque de momento no han visto a nadie. —Él exhaló de forma casi imperceptible y asintió con media sonrisa agradecida; pero después encaró de nuevo el mirador, angustiado. Elaine, intuyendo quizá su ansiedad, se acercó despacio y se sentó a su lado—. ¿De verdad que estás bien, Ban?

Tras dudarlo un instante, el joven asintió sin convicción.

—No tenías que tomarte tantas molestias —le dijo—. Gracias.

Ella ladeó la cabeza en claro desacuerdo y le acarició la mandíbula.

—Vamos, Ban. Por ti... No es ninguna molestia —aseguró con una dulzura injusta a oídos del hombretón—. Saldremos de esta ¿vale? Todo saldrá bien.

Él suspiró.

—Elaine, yo...

Pero ella lo silenció con dos dedos.

—No. No vuelvas a decirme lo que podría pasar —le pidió, afectuosa—. Esta vez, sea como sea, quiero ser valiente por ti. Quiero apostar por ti —apostilló—. Y en eso nadie va a hacerme cambiar de opinión.

Él la abrazó contra su pecho, emocionado.

—No te merezco, Elaine —murmuró sobre su pelo.

Ella se apartó para tomarle el rostro entre las manos.

—Créeme. Jamás he sentido por nadie lo que siento por ti —confesó—. Y eso... No es por nada, pero te lo has ganado.

Él la besó, dichoso como pocas veces en su vida, mientras ambos caían como por impulso sobre el sofá. Cuando sus rostros rozaron casi de golpe la cara tapicería, ambos se echaron a reír con timidez, pero no se separaron un centímetro. De hecho, se quedaron así un buen rato, sólo abrazados y cada uno sumido en sus propios pensamientos. Al menos, hasta que ella dejó oír su voz de nuevo junto a la mandíbula derecha de él.

—Ban... ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

Elaine se mordió el labio, dubitativa.

—¿Samael también era...? Ya sabes.

A él se le encogió el alma, pero asintió despacio antes de encarar a la joven sin tapujos. Después de todo lo sucedido, sabía que era estúpido tener

secretos en ese aspecto... Aparte de que no tenía ganas de hacerlo nunca más.

—Era el único que... me trataba con algo de respeto. De hecho, después de lo de... Ya sabes... Vino a verme. —La joven se tensó, sin despegar los labios—. Sólo para saber cómo estaba. Quizá —aventuró Ban, pensativo— ahora entiendo un poco más por qué actuaba como lo hacía.

—¿Crees que podemos confiar en él?

Ban meditó, antes de sacudir la cabeza con ignorancia.

—Eso espero. Quizá es cierto que es nuestra única opción de salir adelante. —Le acarició la barbilla con mimo—. Quiero estar contigo, Elaine. No deseo otra cosa en el mundo. Y, si tengo que arriesgarme a confiar en uno de ellos para hacerlo...

Los ojos de ella parecieron empañarse.

—Yo tampoco quiero nada más, Ban —pronunció, antes de que sus labios se unieran de nuevo como por inercia—. Sabes que por ti haría lo que hiciese falta.

El aludido jadeó, asintiendo con rapidez y volviendo a besarla con pasión sin que apenas terminara la frase. En esta ocasión, sus besos se volvieron cada vez más intensos, más apasionados y cargados de significado. A los pocos segundos, las manos de Ban empezaron a recorrer las curvas de Elaine sobre el vestido con pericia, pero con delicadeza infinita. la joven le rozó el cuello con las yemas de los dedos, delineando sus músculos hasta llegar a las clavículas y arrancándole un gemido inmediato de deseo. Sin embargo, cuando sus pequeñas manos se dirigieron hacia el primer botón de la camisa, Ban retrocedió de golpe, asustado. Los recuerdos de Meredith, Samael y todos los demás abusadores de Goliath parecieron volver con la fuerza de un huracán a él y se obligó a separarse de la joven, jadeando. El terror de qué podría ocurrir si se entregaba a Elaine y volvían a usarlo después de eso se apoderó de cada una de las fibras de su cuerpo. No podría soportarlo, eso lo tenía claro. Temblando, el joven escondió el rostro contra la cara tela del sofá, buscando recuperarse lo antes posible y dejar correr aquellas horribles imágenes hasta que desaparecieran.

—¡Ban! ¡Ban! ¿Estás bien? —se angustió Elaine a su vez.

Él quiso asentir, pero terminó negando con el rostro contra el mullido cojín. Entonces, ella pasó las manos por sus mandíbulas y lo obligó a alzar la vista hacia ella. Su carita estaba preñada de preocupación.

—¿Qué ocurre, Ban? Dímelo, por favor.

Él trató de serenar su respiración antes de responder, tembloroso:

—Yo... Lo siento, Elaine. No estoy seguro aún de querer... De poder, en realidad, hacer esto —tomó aire, sorbiendo—. Joder. Creo que hoy tengo la cabeza en otro sitio. Perdóname....

Se sentía avergonzado, sucio y roto; por dentro y por fuera. Pero ella no hizo alusión a nada de eso. En cambio, se echó junto a él y lo abrazó con fuerza, hundiendo el rostro en su cuello.

—Está bien. Lo entiendo, Ban —susurró—. No pasa nada. No te preocupes.

Su voz era como un arrullo, suave y calmante mientras repetía aquellos mantras para él, una y otra vez. Sus dedos recorrían su espalda de manera rítmica sobre la tela de la chaqueta, lo que tenía un ligero efecto calmante sobre el joven bailarín. Así, poco a poco y bocanada a bocanada, Ban fue recuperando la serenidad. Sólo entonces se atrevió a explicarse, con voz temblorosa:

—No me malinterpretes, por favor —le rogó, contra su pelo y casi al borde del llanto—. Es que... —Bajó la voz hasta ser un susurro—. Estoy deseando estar así contigo. Pero... el día que te entregue mi cuerpo, quiero asegurarme de que de verdad será sólo para ti. Que nadie más podrá tocarlo ni hacer con él lo que quiera. —Besó su rubia cabecita—. Lo entiendes ¿verdad que sí?

Elaine, para su infinito alivio, asintió sin dudar antes de alzar la vista y mirarlo a los ojos con infinita ternura.

—Entonces... cruzaremos los dedos porque ese momento llegue pronto... y te prometo que haré lo posible para que sea así.

Ban tragó saliva, sintiendo un nudo de emoción alojarse en su garganta, antes de atraer de nuevo a la joven contra su pecho. Tras recuperarse él del todo, los dos amantes permanecieron así durante varios minutos: abrazados, en aparente paz y sólo escuchando la respiración del otro. Al menos, hasta que un Ban incapaz de conciliar el sueño comprobó que Elaine se había quedado dormida entre sus brazos. Sin poder reprimir una sonrisa tierna, el hombretón se movió entonces con mucho cuidado y la cogió en volandas, apretándola contra su pecho mientras avanzaba a tientas hacia el dormitorio. Una vez allí, el joven depositó a la muchacha sobre su enorme cama con infinito cuidado. Pero, cuando ya se disponía a irse a dormir al sofá, una mano pequeña lo retuvo por la muñeca.

—Ban... —escuchó, antes de girarse y sentarse a su lado en la colcha.

—¿Sí, Elaine?

Ella entreabrió los ojos apenas, entre el mundo real y el onírico.

—No te vayas —suplicó, en apenas un hilo de voz somnoliento.

Al bailarín, por otro lado, aquella sencilla petición lo emocionó hasta el extremo. De ahí que, con mucho cuidado, se descalzase, se quitase la chaqueta y se tendiese a su lado, rodeándole la cintura con un brazo y apoyando la cabeza en la almohada contra su larga melena rubia. Fuera como fuese, deseaba estar con ella en todas las acepciones de ese término; pero también creía, más después de la crisis que acababa de acosarlo, que tenía que esperar a librarse del yugo de Goliath para ello. Quería que, llegado el momento, ambos hubieran dejado aquel negro pasado atrás... Y poder ser sólo ellos mismos sin ataduras. La cuestión era... ¿Sería Samael la clave para conseguirlo?

Yo te daré...

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, por un momento, Elaine pensó que la intensa noche anterior había sido un extraño y agri dulce sueño. Algo que desmintió la presencia de un brazo alrededor de su cintura y la enorme silueta que dormía frente a ella. Elaine lo observó con una sonrisa boba, disfrutando de verlo relajado como pocas veces antes. Sin embargo, en cuanto se movió unos centímetros para apretarse contra él, Ban abrió los ojos con un leve respingo.

—Eh, buenos días —susurró Elaine, cariñosa.

El joven la miró con aire desorientado y bostezó sonoramente, antes de esbozar una diminuta sonrisa en respuesta que no se replicó en sus ojos caramelo.

—Buenos días, mi amor.

—¿Has dormido bien? —quiso saber ella, sin alzar el tono.

—No demasiado —reconoció Ban, imitándola—. Y ¿tú?

—Tampoco —admitió la joven—. He tenido sueños extraños.

—Yo también. Y... Estoy algo preocupado —confesó él entonces, para desazón de la muchacha.

—Y yo —corroboró, triste—. Sólo espero que todo salga bien.

Ban suspiró, pero no respondió enseguida.

—¿Qué haremos ahora? —quiso saber, al cabo de un rato, en un susurro no exento de dudas.

La joven lo meditó durante varios segundos, sin saber bien qué contestar. Al final, una idea acudió a su mente y la expuso con sencillez.

—Bueno... podemos ir a la mansión familiar a pasar el día. Si tú no tienes que trabajar hoy...

No sabía por qué; pero, en aquel momento, se le antojaba la mejor opción para proteger a Ban si de verdad iban a ir a por él, al menos de forma temporal. Sin embargo, este parecía algo reticente todavía a dicha oferta.

—¿Crees que allí no nos buscarán? —preguntó, inseguro.

Elaine suspiró con hondura.

«Ojalá lo supiese...», reflexionó, amarga.

—No te sabría decir, pero estaremos más tranquilos hasta que todo esto se solucione —le aseguró, en cambio—. Confiemos en Samael ¿no?

—No me gusta pensar en cómo te estás arriesgando por mí —dijo Ban entonces, ciñéndola contra él con algo más de fuerza. Elaine apoyó la mejilla en su mano y se dejó acunar el rostro, conmovida. Al menos, antes de que él hiciera un gesto con la cabeza que indicaba que debían ponerse en marcha—. Venga, vamos a prepararnos.

Tras aquella sugerencia, la joven no protestó. Se levantaron de la cama como uno solo y, mientras Elaine se daba una ducha rápida, Ban preparó el desayuno con lo que encontró por la cocina. Aun así, cuando llegó, la joven se maravilló al comprobar que Malcolm no exageraba un ápice sobre las dotes en la cocina de su amado. Aunque aquella mañana, recordar le provocase sentimientos encontrados después de la visita de Samael, los cuencos de fruta y las tostadas con mermelada recién hechas en la sartén le dieron ciertos ánimos para seguir adelante.

Ban y ella charlaron en voz baja y se mimaron mientras comían, sentados uno junto al otro, lo que diluyó un poco más la ansiedad de la joven. Pero el nerviosismo retornó pocos minutos después. Sobre todo, cuando al moverse de la cocina vieron la bolsa de deporte en una esquina del salón. Ahora, a la luz, se podía apreciar un león dorado y brillante grabado con vinilo en uno de los laterales. Aquello, por otra parte, confirmaba que la visita de Samael había sido muy real y Ban rodeó a Elaine de inmediato con un brazo, protector a todas luces. Pero, tras permanecer paralizados en el tiempo durante varios instantes que parecieron eternos, sólo observando la lona como si fuese a cobrar vida y a lanzarse sobre ellos, Elaine pareció recobrar la entereza suficiente como para indicarle a Ban que la cogiera y se la llevase para asearse. Sin quererlo, algo le decía que al menos allí el joven tendría una muda para cambiarse el traje de la noche anterior. Él, tras varios segundos preciosos de duda, terminó aceptando a regañadientes y se encaminó con la bolsa hacia el dormitorio, mientras ella recogía la cocina y lo dejaba todo listo para su excursión.

Sin embargo, cuando Elaine estaba a punto de salir del apartamento para subir a ver a su hermano e informarlo de su escapada para aquel día, Ban la llamó desde la esquina del pasillo que llevaba al dormitorio. Ella se giró y, a

pesar del escalofrío de placer que la recorrió al ver su torso desnudo, le escamó ver su expresión mortalmente seria y el gesto silencioso que le hizo para pedirle que lo acompañase. Intrigada, la joven obedeció sin una palabra. Al llegar, su extrañeza aumentó al ver que la cortina de la terraza estaba echada, pero no dijo esta boca es mía hasta que no se sentó junto a Ban sobre la arrugada colcha y él le pasó un sobre roto. En aquel momento, Elaine se percató también de que él llevaba un anillo de acero en el anular de la mano izquierda que no tenía la noche anterior.

—Ban ¿qué...? —quiso preguntar ella.

Pero él negó con la cabeza, sin hablar, antes de indicarle en silencio que leyera lo que había en el sobre. Mientras lo hacía, su rostro pasó de la extrañeza al terror y la esperanza conforme iba leyendo. Aquel era un boleto de escape hacia el futuro, para los dos... si todo salía como debía. Intrigada, al terminar Elaine observó el sobre y después a Ban, sin saber qué pensar. Él, por toda explicación, señaló la bolsa y la joven siguió su mirada. Aparte del león dorado grabado sobre la lona negra, no tenía nada de particular. Pero aquello sólo confirmaba que la visita de la tarde anterior no era una simple pesadilla. Y el hecho de saber que estaban sumidos en semejante situación era casi aterrador.

Sin embargo, cuando Elaine encaró de nuevo al hombre que amaba, este mostraba una extraña decisión en sus facciones angulosas. Y la joven supo, en un instante, que aquel era el camino que seguir. Así, en silencio y en cuanto el hombretón desapareció en el aseo y se empezó a escuchar el rumor de la ducha, Elaine optó por subir definitivamente a ver a Ken. Aunque antes de hacerlo dobló el papel hasta hacerlo diminuto y lo guardó a buen recaudo en el bolsillo del pantalón de diseño.

Siendo poco más de las ocho y media de la mañana, Elaine no esperaba ver demasiada gente por la Torre. No obstante, apenas se sorprendió de encontrar a su hermano entrando en el ascensor cuando alcanzó su piso, una planta por debajo de la suya.

—Hola, Elaine —saludó él, natural.

—Hola.

—¿Has dormido bien? —preguntó Ken, en el mismo tono.

—Sí, aunque poco —mintió ella, a medias—. Necesitaba pedirte algo.

—Dime.

Elaine inspiró hondo.

—Ban y yo queremos ir a pasar el día a Trebes.

Ken frunció un poco el ceño, quizá pensando en sus estudios y la falta de aplicación que suponía ir a pasar el día al campo con alguien que a todas luces era más que un amigo, pero no dijo nada.

—Vale, baja con Clarence a buscarlo —aceptó por fin, para su mediana tranquilidad—, pero tened cuidado.

—No te preocupes, no bajaremos al sur —respondió, envalentonada y casi sin pensarlo, cuando la puerta ya se abría en el piso cuarenta y cinco. De hecho, ante sus ojos como platos, agregó—. En realidad, le pedí a Ban que se quedara conmigo anoche.

Ken tardó unos cuantos segundos en recuperarse de la sorpresa, al recibir una posible confirmación de sus sospechas.

—¿Qué...? Que... ¿Ban ha dormido en tu apartamento? —balbuceó, antes de alzar la voz y espetarle—. Pero ¿es que has perdido el juicio?

Elaine puso los ojos en blanco, aunque intuía que eso iba a suceder. No obstante, ya no tenía miedo a replicar ni a defender algo que a ojos familiares podía sonar “indecente”; menos todavía considerando todo lo que estaba en juego. Tenía que hacerlo, fuera como fuese.

—Por amor del cielo, no te pongas dramático, hermano —contraatacó, más serena de lo que ella misma hubiese esperado—. No ha pasado nada de nada.

Ken suspiró.

—Ese chico te acabará llevando por el mal camino —gruñó.

Elaine bufó, a pesar de oír sólo sus prejuicios de vida hablando por él.

—¿Por qué, porque no es de tu cuerda? Y ¿qué pasa con Dana? —inquirió, ácida sin poder remediarlo—. Ella tampoco es de la alta nobleza que digamos...

—¡Eso es un golpe bajo! —la acusó Ken de inmediato.

Ella, por su parte, no se achantó lo más mínimo.

—¿Tú crees? —repuso, sarcástica—. ¿Tú puedes salir con una sureña y yo no?

Ken inspiró con fuerza, como si reprimiera el enfado por todos los medios, pero no replicó enseguida. Sin embargo, cuando lo hizo, Elaine casi estuvo tentada de acercarse más para abofetearlo.

—No sé, dime tú si viste lo mismo que yo anoche —rechinó él, con algo que sonaba a celos filtrándose en su voz como veneno—. Cómo Ban parecía querer camelarse a Dana en la pista. ¿O no fue así?

Elaine contuvo asimismo el enésimo impulso de poner los ojos en blanco, sin creer que su hermano pudiese ser tan corto de miras.

—¡Por el amor de una madre, Ken! ¡Estaban bailando! ¡Es normal! —exclamó, incrédula a más no poder—. Y, además... Si quieres salir con Dana ¡sé el primero en decírselo para variar, maldita sea!

Dicho esto, la joven se giró con brusquedad para retornar al ascensor, furibunda. Pero, como las últimas veces, no debió sorprenderse cuando él la retuvo y frenó apenas.

—¡Elaine! ¡Elaine! Está bien, lo siento ¿vale? —se disculpó Ken, alcanzándola en dos zancadas y tomándole una mano que frenó su carrera—. No quiero discutir más sobre este asunto —confesó. Y, ante la expresión aún ceñuda de ella, claudicó sin aspavientos—. Idos a la mansión. Pero, si te toca más allá de lo debido, se las verá conmigo —le advirtió—. ¿Estamos?

Elaine contuvo de nuevo el impulso de poner los ojos en blanco. Probablemente, unas semanas atrás ella hubiese reaccionado de la misma manera, dados los consabidos preceptos familiares. Pero ahora, para bien o para mal, la joven se daba cuenta de lo ciega que había estado toda su vida. De hecho, ahora le parecía casi mentira que Ken hubiese tenido la misma educación sexual que ella y que, de cualquier forma, siguiese anteponiendo los prejuicios y las apariencias de aquella manera. Aparte, la alusión subrepticia a haber podido acostarse con Ban sólo le trajo a la mente un desagradable recuerdo de este último durante la noche anterior: acurrucado en el sofá y acosado por sus demonios. Todo por culpa del maldito Goliath. Si no fuera porque había prometido no confesar nada de momento, Elaine le gritaría a Ken que la situación no era para andarse con aquellas estupideces. Pero, dado el alivio al comprobar su aparente rendición, sin más consecuencias, la joven finalmente aparcó sus miedos por un momento. En cambio, respondió con toda la calma que fue capaz:

—Confía en mí, hermano. Todo irá bien.

Lo cierto es que ni ella misma creía del todo en ello, pero prefería que Ken siguiese errando en sus suposiciones antes que confesar lo que de verdad estaba en juego. Al menos, de momento. Los pasos para dar para Ban y ella tenían que ser muy cuidadosos, si querían que todo saliera bien, y en ese instante el sexo estaba a todas luces de lo último en la lista. Pero Elaine, mientras regresaba por fin al apartamento, se juraba que haría todo lo posible porque eso cambiase lo antes posible. Cuando entró, lo llamó de

inmediato y le tranquilizó que él asomase la cabeza por el pasillo, casi al instante. Al contrario que la noche anterior, el joven vestía con ropa de calle, presumiblemente sacada de la bolsa de deporte del león. En cuanto cerró tras de sí, Ban la miró con cariño y se acercó para besarla con brevedad. Elaine aceptó el gesto antes de acercarse a su bandolera para terminar de prepararla.

—¿Ken ha aceptado? —preguntó él.

Ella asintió con rapidez.

—Sí, llamaré a Clarence en el ascensor —le confirmó, sin apenas mirarlo—. ¿Estás listo?

Él asintió en el límite de su campo de visión.

—Déjame coger mi macuto y nos vamos —pidió.

—Vale —aceptó ella, en tono natural—. No tardes.

—Enseguida.

Así, mientras la joven terminaba de meter algunos papeles de estudio en su bandolera, él fue al dormitorio y cogió el saco de lona que le había dado Samael. Cuando volvió junto a ella, ante el sol que entraba por el mirador del salón, el león dorado pareció refulgir como un extraño presagio. Pero Elaine sacudió la cabeza antes de incorporarse, acercarse a Ban y tomarle las manos con dulzura.

—¿Preparado? —preguntó de nuevo.

La pregunta iba con doble sentido, pero Ban pareció entenderlo a la perfección sin necesidad de más.

—Pase lo que pase, quiero que sepas que estaré contigo siempre —le juró, en un susurro, antes de acunarle el rostro con una mano—. ¿De acuerdo?

Elaine asintió y lo abrazó sin dudar.

—Lo sé —aseguró, en un hilo de voz contra su camiseta—. Aunque... Tengo miedo, Ban.

Él sonrió sin que ella lo viese.

—Y yo. Pero confío en que todo saldrá bien.

Elaine se apartó para mirarlo, la duda todavía rielando en sus ojos castaños.

—¿Crees entonces que Samael de verdad nos ayudará? —preguntó, sin alzar la voz.

El asentimiento de Ban, sin quererlo, le provocó sentimientos encontrados.

—Sí, ahora más que nunca. Pero entiendo que no quiera que Goliath se entere —apuntó él, acto seguido, dudoso.

La joven tragó saliva, sin dejar de encararlo.

—¿Estás dispuesto, Ban? —susurró, en un tono ahora casi inaudible.

Él, habiéndola escuchado a pesar de todo, reiteró su convicción con un leve gesto afirmativo de la cabeza.

—Sí. Haría lo que fuera por ti —aseguró, ronco.

Ella lo imitó, sin una pizca de seguridad en sí misma, antes de respirar en profundidad y tirar de su mano hacia la puerta.

—Yo también. Vamos.

El camino hacia la mansión, acomodados en la parte trasera del Rolls Royce de Clarence, se hizo muy largo mientras ambos viajaban en silencio; sólo mirando por la ventana y apenas comunicándose mediante las caricias esporádicas de sus manos entrelazadas sobre el asiento central. Cuando el caserón central apareció por fin en la distancia, la joven percibió cómo ambos suspiraban a la vez con algo parecido al alivio. Desde luego, en aquel rincón de la campiña, era menos probable que las aparentemente largas garras de Goliath pudieran alcanzarlos de entrada. Ban observaba con pasmo a su alrededor mientras avanzaban por el recibidor y le indicaba la dirección hacia los dormitorios para dejar sus bolsas. Al pasar frente al comedor, una doncella salió en ese momento y los saludó con reverencia, a lo que ambos correspondieron antes de subir las escaleras. Antes de desaparecer a sus espaldas, Elaine le hizo una discreta seña a la joven que Ban no vio. Después, lo siguió hasta la planta superior.

—Lo cierto es que aquí se respira más paz que en Daleth —bromeó entonces el hombretón, mirando a su alrededor con más curiosidad—. Menuda casa de campo.

Elaine no pudo menos que darle la razón con una sonrisa nostálgica.

—Aquí estaremos bien —garantizó—. No creo que nadie nos moleste...

Ban y ella intercambiaron una mirada que ambos comprendieron, antes de que ella empujase la puerta más alejada de la escalera a mano izquierda y él soltase un silbido de admiración.

—Vaya... Bonita habitación —alabó.

Elaine se ruborizó sin poder evitarlo.

—Ah... Gracias. La escogió mi madre cuando era pequeña, pero nunca he querido cambiarla.

Él asintió, sin perder el genuino interés, antes de avanzar y dejar la bolsa en una esquina. Después, mientras ella colocaba su bandolera en un silloncito cercano y comenzaba a sacar algunos de sus libros, Ban se acercó a la ventana para mirar al exterior: hacia el jardín trasero de la casa. Después, se dirigió hacia la cama y desapareció por un segundo del campo de visión de la joven. Pero ella se giró cuando lo escuchó hablar de nuevo. Ahora, Ban la observaba con curiosidad, había tomado el pequeño libro que tenía en la mesilla y lo sostenía frente a sí con un extraño cuidado.

—¿Lanzarote del Lago? —inquirió tras captar su mirada, con un interés que Elaine no esperaba.

—Sí —repuso esta, ruborizándose aún más sin pretenderlo—. Llámame apegada a las tradiciones, pero me gusta el ciclo artúrico...

—Y ¿luego soy yo el anticuado? —la pinchó él, mordaz.

Como única respuesta, ella le tiró un pequeño cojín que Ban ni se esforzó en esquivar, al tiempo que se sentaba sobre el borde de la cama y hojeaba el libro sin prisa.

—Es mi favorito —admitió Elaine entonces.

Sin embargo, no se sentó a su lado, sino que lo encaró con curiosidad mientras se apoyaba en el alféizar de la ventana. Si tenía que ser sincera y por infantil que sonase, jamás lo hubiera imaginado en semejante actitud concentrada sobre algo que no fuese bailar.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Ban al cabo de un rato, sin alzar la vista.

Ella sacudió la cabeza, pillada en falso, cuando fue consciente de que se había quedado prendada de su postura y su gesto mientras pasaba algunas páginas.

—No es nada —aseguró la joven, antes de encogerse de hombros con media sonrisa. Él la encaró sin acritud por detrás del flequillo platino, alzando apenas la barbilla—. Es sólo que... reconozco que no te hacía del tipo lector.

Quizá había sido una estupidez decirlo de manera tan sincera, pero Elaine no había podido contenerse y ahora se arrepentía. Más cuando Ban arqueó una ceja sarcástica a la que siguió una fuerte carcajada.

—Pues, para que lo sepas: a Lanzarote me lo he leído varias veces, listilla —le advirtió, burlón.

Ella rio a su vez, con bastante más arrepentimiento que antes.

—No te ofendas, anda —le rogó, roja hasta la punta de las orejas—, que era broma.

—Lo sé —aseguró él, conciliador; al menos, antes de ponerse súbitamente serio y bajar de nuevo sus iris caramelo hacia el libro—. Pero, aun así... Sé que en la Zona Alta se piensa que los de barrio somos un poco, ya sabes... “incultos” —suspiró, no sin cierta amarga ironía, mientras volteaba el pequeño volumen entre las manos—. Claro que tampoco puedo culparlos...

Sabiendo que quizá había cruzado una línea que no debía, aunque fuese sin mala intención, Elaine se acercó para sentarse a su lado y le apoyó la cabeza en el hombro, mimosa.

—Yo jamás te acusaría de algo así —susurró, deseando borrar su preocupación como fuese.

Ban, para su alivio, sonrió y le dio con la nariz en la frente de forma cariñosa.

—Lo sé, también —aseguró, antes de agregar con dulzura—. Tú... me tomas en serio.

Elaine se apretó contra él un poco más y le pasó los dedos por la mandíbula, amorosa.

—Eres un gran bailarín y una buena persona, Ban —susurró—. Con eso me vale, seas de dónde seas.

Él apoyó su frente en la de ella con un suspiro conmovido, pero no respondió. Ambos se quedaron entonces contemplando el libro, aún sujeto por las grandes manos de él, cada uno sumido en sus reflexiones.

—¿Crees en el destino, Elaine? —preguntó entonces Ban.

Ella tragó saliva. Lo cierto es que nunca le había gustado pensar que el futuro estaba predestinado. Pero, observando aquel volumen, con el nombre del hijo de sus respectivos tocayos del pasado, debía reconocer que algo en ella quería empezar a hacerlo.

—Siempre me ha gustado el amor incondicional que se tenían los reyes de Benoic —admitió, reflexiva y sin responder de forma directa a su pregunta—. Aunque... Ban también tenía sus debilidades —lo provocó entonces, con media sonrisa.

El aludido la imitó, apreciando el chiste, antes de atraerla hacia él con el brazo.

—Bueno, yo no creo que exista ninguna *Lady* de Maris capaz de alejarme de ti, rubita —afirmó con convicción—. Pero... Podemos hacer la

prueba, si quieres...

—¡Oye! —lo regañó Elaine, con un suave puñetazo sobre el hombro. Él se rio con fuerza, aunque calló cuando vio que su acompañante volvía a ponerse seria—. Aunque... Hablando de eso... Sólo de recordar lo que esa bastarda de Meredith te hizo...

—¡Eh, esa lengua, señorita! —la reconvino Ban, irónico—. Que luego tu hermano me va a regañar por corromperte. —Elaine se rio, azorada sólo a medias, antes de ceñir los brazos en torno al torso pétreo del bailarín y esconder el rostro en el hueco de su cuello. Él la acogió sin esfuerzo y enterró la nariz en su pelo—. Eh, vamos. Con un poco de suerte, pronto podremos dejar todo eso atrás ¿vale? —auguró, arrullándola contra su cuerpo—. Tengamos fe.

Elaine suspiró sobre su piel, insegura a pesar de todo.

—¿Puedo preguntarte algo, Ban? —preguntó, en voz baja y sólo para su amado. Este asintió despacio—. ¿Por qué...? —Tragó saliva—. ¿Por qué aceptaste aquel trato con Goliath?

El joven suspiró y Elaine se tensó al observar su gesto entristecido, pero él sólo parecía estar rumiando una posible respuesta bajo su crespo cabello platino.

—Últimamente... He estado dándole vueltas, no te voy a mentir —confesó, indeciso—. Pero... no sé. Si lo pienso, en realidad no estoy seguro de qué pruebas tenía contra mí en el caso de Valiant... Aunque me haya amenazado mil veces con delatarme. Aun así, nos guste o no, ten en cuenta que meterle un tiro sin motivo a alguien como yo es muy fácil, hagas lo que hagas. —Elaine dio un respingo del espanto al escuchar aquella declaración tan cruda, pero su posible réplica se interrumpió cuando él añadió—. Además de que cualquier mafia que se precie tiene policías sobornados para fabricar las pruebas que sean necesarias y acusarte, si quieren. Supongo que... el miedo a morir era lo que me decidió a hacerlo, por aquel entonces. Pero, de cualquier forma... —Al decir aquello, Ban sonrió con genuina ternura, en contraste con su seriedad anterior—. En esa época tampoco tenía ningún motivo de peso en la vida para negarme. ¿No crees?

Elaine lo observó con fijeza en todo momento, aterrada por aquella declaración. Sólo de pensar que se pudiese cumplir su predicción y él acabase con la cabeza abierta de un disparo o colgado de un cadalso, tenía ganas de gritar. Pero, cuando Ban pronunció la última frase y después acunó

su rostro con una mano para acercarse y unir sus labios en un dulce beso, la muchacha no opuso la más mínima resistencia; entendiendo sin más necesidad de palabras a qué se refería y sintiéndose más enamorada que nunca. Al cabo de unos segundos de castos besos, el joven la subió a horcajadas sobre sus piernas sin que sus bocas se despegaran un centímetro, mientras ambos sentían subir la temperatura entre sus cuerpos a pasos agigantados y la preocupación en sus almas parecía diluirse a idéntica velocidad. Sin embargo, por suerte o por desgracia llamaron a la puerta en el momento en que las manos de Ban empezaban a acercarse a algunas de las zonas más redondeadas de la anatomía de Elaine. Esta se irguió, alerta, aunque sin pedirle que retirara los dedos en ningún momento. Cuando preguntó quién era, la voz de la doncella respondió con suavidad al otro lado. Y ahí sí que la joven saltó del regazo de Ban al suelo en un santiamén y corrió a abrir, ante la leve perplejidad de él.

—El salón ya está listo, señorita —anunció entonces la sirvienta, nada más aparecer la joven rubia en el umbral.

Elaine, al escucharlo, olvidó todo deseo erótico con su amante. En cambio, le devolvió una sonrisa encantada a la sirvienta aprovechando que estaba de espaldas a Ban.

—Ah, perfecto. Ahora bajamos —le indicó—. Gracias, Anika.

—¿Qué salón? —inquirió él a su espalda, cuando la doncella ya había desaparecido de la vista. El joven se había levantado a su vez y enarcaba una ceja cargada de ironía. Por supuesto, al ver su cara encarnada y con gesto de haber sido atrapada con las manos en la masa, su sonrisa se ensanchó—. ¿Qué me estás ocultando, señorita?

Esta, sin responder de entrada, optó por devolverle el mismo gesto y señalar la puerta.

—Vamos, “señorito”, y lo verás por ti mismo.

Ban ladeó la cabeza, interesado, pero la siguió sin rechistar. La joven, por su parte, deseaba por todos los medios que lo que tenía preparado para él le gustase. Había hablado con el mayordomo mientras su amado preparaba el desayuno aquella mañana; y, tras indicarle que acudirían a la mansión a pasar el día, le había pedido por favor que comunicase una petición concreta a la doncella. Por supuesto, Elaine no había dudado ni por un instante que Ken no se negaría ante su plan, a pesar de todo. Tras ver ciertas actitudes en él durante la noche anterior y a pesar de la breve

discusión de aquella mañana, Elaine quería confiar más que nunca en su hermano mayor.

Así, cuando llegaron de nuevo al recibidor principal, la joven giró a la izquierda y trotó hacia el fondo de un corto pasillo con actitud inocente; llevando incluso las manos a la espalda como una niña pequeña que prueba que no esconde nada. Ban la siguió sin problema con zancadas lentas, con cara de no saber qué esperar y apenas esquivando las lámparas que pendían de los altos techos, bajos para él. Sin embargo, Elaine tuvo que contenerse de saltar de pura alegría cuando abrió la puerta del fondo y contempló su rostro desencajado de sorpresa sólo con asomar la cabeza. Se trataba de un espacio amplio y vacío, de casi cincuenta metros cuadrados, tarima de madera y de cuyos altos techos colgaban discretas lámparas de araña. El antiguo salón de baile de los Forest.

—Elaine... —atinó a vocalizar el bailarín, al cabo de un par de segundos, antes de girarse hacia ella con la expresión de un niño en la mañana de su cumpleaños—. ¿Qué...?

Ella se mordió el labio con falsa culpabilidad.

—Lo cierto es que... Hace mil años que tenemos esta sala desocupada. Y se me ocurrió que, bueno... Si lo despejábamos, podía servirte para cuando quieras ensayar a tu...

“...aire”, hubiese sido la siguiente palabra. Pero su cándida explicación se cortó de golpe cuando algo la aprisionó, visto y no visto, y la ciñó contra sí. La joven tardó una décima de segundo en ser consciente de lo ocurrido. Al menos, antes de devolver el abrazo a un Ban que se había arrodillado frente a ella y enterrado el rostro en el hueco de su cuello.

—Elaine... —jadeó, con clara emoción en la voz—. Joder, no tenías que haber hecho esto. De verdad...

Ella sonrió con mimo junto a su pelo, antes de obligarlo a separarse unos centímetros y a mirarlo de frente.

—Lo he hecho porque me importas, Ban. Y porque quiero que puedas hacer lo que más te gusta en el mundo —confesó, sincera, antes de aceptar su intenso beso de agradecimiento—. Quiero que seas feliz.

Él jadeó, casi al borde del llanto, mientras miraba de nuevo hacia el gran salón de baile, despejado y limpio.

—Elaine ¡eres maravillosa! —exclamó entonces él, besándola en los labios con pasión una última vez; antes de levantarse y adentrarse con tiento en la luminosa y amplia estancia, casi como si le diese miedo romper algo.

Tras avanzar varios pasos, sin embargo, se giró para encarar a la joven con seriedad—. ¿Estás segura de esto?

Ella asintió, más convencida que nunca.

—Todo tuyo.

Él sonrió entonces con intención.

—¿Me dejas... estrenarlo? —inquirió, casi como un niño pidiendo permiso para jugar con algo que cree que no debería—. Tengo unas mallas en la bolsa de deporte y, bueno...

Elaine repitió el gesto con una risita, aceptando la propuesta sin esfuerzo. Él salió entonces de la sala con la ilusión pintada en el rostro, encaminándose ambos de nuevo hacia las escaleras. Pero se quedaron congelados en el sitio cuando escucharon el eco de la primera sirena de policía en la distancia.

Confianza

La policía llegó con sorprendente rapidez a la puerta de la mansión. Tras derrapar apenas en la grava y detenerse así los dos vehículos, Ban y Elaine vieron por la ventana de la sala de estar cómo seis agentes se bajaban de los mismos y uno de ellos, una mujer de piel aceitunada y coleta se acercaba a llamar a la puerta con cierta violencia. Todos ellos, sin excepción, tenían las armas en la mano y Elaine se estremeció sin quererlo al verlo. Ban le apretó el brazo, dándole ánimos. Ella lo miró a los ojos y vio una sorprendente calma.

—Ban... —susurró, temerosa.

Pero él negó con la cabeza.

—Anda, ve a abrir —la instó, sin alzar la voz—. Todo irá bien.

La joven tragó saliva, asustada como nunca en su vida. Pero, al comprobar su determinación, obedeció con la cabeza gacha. Su rostro mostraba absoluta inseguridad cuando por fin abrió la puerta. Sin embargo, Elaine fue la primera sorprendida cuando la agente, una vez con el paso libre casi la pasó de largo y se dirigió de inmediato hacia la sala, apuntando con la pistola. La joven jadeó y la siguió, con el corazón en un puño, al tiempo que otros tres agentes la flanqueaban y seguían a su compañera. Ban, por su parte, levantó las manos cuando se lo pidieron sin poner resistencia alguna y se dejó arrodillar y poner las esposas, aunque fuese con algo más de violencia de la necesaria. Elaine se escandalizó por aquel trato y quiso protestar, pero una sola mirada de Ban la silenció antes de abrir siquiera los labios. Quería gritarle que huyese, que se rebelase; pero nada salió de su garganta mientras los policías se lo llevaban por la puerta hacia el exterior.

—No... —susurró la joven, cuando asumió que se lo llevaban de verdad—. ¡No! —gritó, más alto, corriendo detrás de su amado casi sin pensar y siendo retenida de inmediato por los dos agentes que quedaban de retén junto a la puerta—. ¡Ban!

—¡Quédate ahí, Elaine! —la instó él, firme, cuando ya llegaban junto al coche—. ¡No te acerques más o te harán daño!

Como si aquello hubiese sido una invitación, uno de los agentes le dio un puñetazo en el estómago para obligarlo a agacharse y meterlo al coche con más facilidad.

—¡No! —aulló Elaine, casi tan dolorida como si el golpe lo hubiese recibido ella y notando un fuerte nudo en el estómago al ver aquel cúmulo de injusticias—. ¡Ban! ¡Ban!

—Señorita, deténgase —la retuvo uno de los agentes; haciendo que obedeciera de inmediato con lágrimas de impotencia en los ojos—, o tendremos que detenerla también.

—¡No hagas ninguna estupidez, mi amor! —chilló entonces Ban, aún con la cabeza fuera del coche como último intento—. ¡Confía en mí!

Elaine sollozó sin contención.

—Ban... —susurró.

Pero su amado ya había sido empujado con violencia sobre el asiento trasero y el sonido de la puerta cerrándose sobre él fue casi como un disparo directo al corazón de la joven Forest. La cual sólo pudo caer de rodillas sobre la grava, derrotada, mientras veía los coches patrulla alejarse en la distancia. Elaine no supo decir cuánto tiempo estuvo allí tirada, llorando amargamente en soledad. Sin embargo, las primeras gotas de lluvia cayendo sobre su cabeza y repiqueteando sobre las piedras de la explanada la devolvieron a la realidad un instante antes de que su mayordomo saliera a buscarla, con gesto angustiado.

—¡Señorita! Vamos, no debería quedarse aquí fuera o se empapará —le aconsejó, solícito. Ella se dejó incorporar, con el mismo ánimo que una muñeca de trapo y la vista clavada en el suelo—. Venga, vamos a prepararle un té caliente.

Sólo en ese instante, la joven reaccionó por fin, girándose hacia el sirviente.

—Carlton, llame a mi hermano, por favor.

—Sí, señorita. Enseguida. ¿Le digo algo en especial?

Elaine sorbió y asintió con vehemencia.

—Dígale que han detenido a Ban y que necesito hablar con él en persona —le encargó, decidida—. ¿Podrá hacerlo?

—Por supuesto. Vamos, siéntese aquí. —Acababan de llegar a la sala de estar y Carlton la colocó enseguida en uno de los sofás, antes de pasarle una

fina manta por los hombros—. Enseguida le diré a Anika que venga a encender la chimenea.

—Gracias, Carlton.

El mayordomo se retiró de inmediato y Elaine permaneció sentada, sumida en sus pensamientos mientras contemplaba la lluvia caer al otro lado de la ventana. Al cabo de un par de horas, cuando escuchó un nuevo sonido de neumáticos sobre la grava del camino, se levantó y se acercó a la ventana, comprobando cómo el eterno Rolls Royce aparcaba en paralelo a la puerta. Elaine observó, como si estuviera en un extraño sueño, cómo Clarence salía por la portezuela y se dirigía de inmediato hacia la del asiento trasero, abriendo un paraguas en el momento que Ken salía del vehículo. En cuanto entraron por la puerta, Elaine salió a recibirlos y su hermano se lanzó enseguida a abrazarla de una forma que aquella echaba de menos, aunque no lo admitiese.

—El. Oh, cielos —susurró Ken, antes de mirarla a la cara y tomar su rostro entre las manos—. ¿Cómo estás? ¿Qué ha pasado?

Ella tragó saliva, conteniendo las lágrimas provocadas por el recuerdo de la dolorosa situación vivida a primera hora como fue capaz.

—Se han llevado a Ban —expuso—. Han venido a detenerlo y...

Sollozó, sin ser capaz de expresarlo. Él la condujo de nuevo a la sala de estar, tras pedir a Clarence que se acercase al comedor y encargase la comida, además de solicitar que le sirvieran un té al anciano chófer y que así pudiese descansar. Cuando estuvieron solos, Ken se sentó frente a Elaine.

—Bueno... ¿Qué ha ocurrido, entonces?

Elaine se secó las lágrimas con los dedos.

—Pues... ha sido al poco de llegar —expuso, tratando de ordenar sus pensamientos a duras penas—. Yo... estaba enseñándole la sorpresa que le tenía preparada, la sala de baile del fondo para que pudiera ensayar... Y, de pronto...

Elaine calló de nuevo, abrumada por los recuerdos. Sin embargo, alzó de inmediato la cabeza cuando escuchó a Ken resoplar y apartar la mirada hacia la ventana.

—No, si... No sé por qué esperaba que sucediera otra cosa.

La joven se tensó de forma visible.

—¿Qué quieres decir?

Él la miró, sin asomo aparente de culpabilidad. Antes de, para desazón de la joven, sacudir la cabeza con algo similar a la condescendencia.

—Elaine. A ver cómo me explico... Sé que, durante estos días, has estado muy ilusionada con este asunto y con Ban. —La aludida entrecerró los ojos; sin saber a dónde quería llegar, aunque lo sospechaba—. Pero... de verdad... —Ken alzó las manos, como excusándose—. ¿Qué esperabas que pasara?

Elaine jadeó, incrédula.

—¿Disculpa? —preguntó, fría como el hielo—. ¿De qué estás hablando, Ken?

Él la miró con cierta extrañeza.

—Pues que... En fin...

—¿Crees que es culpable de algo? —lo interrumpió ella, alzando la voz de golpe y sin poder creer lo que estaba oyendo—. ¡Ken! ¿Es que te has vuelto loco? ¡Hablamos de Ban!

—¡Es un sureño, Elaine! —saltó él, de inmediato y con una convicción que dolió a la muchacha más que cualquier golpe físico—. No quiero decir nada, pero eso...

—¿“Eso”? —repitió ella, imitando su tono con burla—. ¡“Eso”, querido hermanito, me da igual! ¿Lo entiendes?

—¡No, no puedo entenderlo, Elaine! —Ken meneó la cabeza—. Lo siento, lo he intentado. Pero si ahora me dices que Ban ha sido detenido, yo...

El bofetón llegó visto y no visto, sin que el mayor de los Forest lo esperase. Mientras hablaba la joven se había levantado, acercándose en dos zancadas y su palma había impactado sobre su mejilla, volteándole el rostro y silenciándolo al mismo tiempo.

—¿Sabes cuál es tu problema, Ken? —le espetó ella, al borde del llanto—. Que no confías en nadie que no seas tú mismo. Eres débil y te odio por ello —sollozó—. No eres mi hermano. No eres el Ken que siempre me protegía y me cuidaba. No te reconozco. —Apretó los dientes y concluyó—. No vuelvas a llamarme “hermana” nunca más, Kenneth Forest. Porque es como si no lo fuese.

Dicho esto, sin pararse a ver o escuchar la reacción de aquel joven súbitamente desconocido para ella, en su dolor, Elaine arrojó la manta a un lado y salió corriendo de la sala y de la mansión. A pesar de la lluvia, la joven ignoró todo lo que no fuese el hecho de correr hacia el bosque y huir,

lo más lejos que pudiese. Se sentía vacía, dolida y desamparada. Ya todo le daba igual, más si Ban estaba lejos de ella. Sin embargo, sus pasos se detuvieron, como por instinto, al llegar frente a la orilla de la pequeña laguna donde se habían declarado.

Sintiendo la tristeza ascender por su garganta, Elaine cayó de rodillas junto al agua antes de liberar un grito desgarrador, lleno de impotencia y sufrimiento a partes iguales. Así, la joven dejó ir por fin toda la ansiedad y la tensión que llevaba padeciendo desde aquella mañana: permitiendo así que la lluvia la calara hasta los huesos, encogida sobre sí misma con los ojos cerrados. Elaine no supo decir cuánto tiempo estuvo allí acurrucada, sólo acompañada por el rumor del viento y el agua a su alrededor. Lo que sí comprobó fue que, en un momento dado, el jaleo de esos dos elementos se convirtió en apenas un arrullo que ayudó a tranquilizar su agitada mente. La lluvia estaba amainando y, a lo lejos, el sol parecía querer asomar perezosamente entre las nubes.

Elaine alzó la cabeza despacio, como si saliera de un sueño, para otear a su alrededor. La soledad y el silencio eran intensos, como si el mundo le diese espacio para dar rienda suelta a su frustración. Pero la joven percibía que no le quedaban lágrimas que derramar. Se sentía... vacía, carente de emociones. Lánguida como una marioneta a la que han cortado los hilos. Y así, con esa sensación de ausencia, Elaine decidió impulsarse hacia arriba para echar a andar de nuevo hacia la mansión. Sin mirar a los lados, sólo al frente, hacia el camino que la llevaría de vuelta a la civilización. Al ver el *Rolls*, la joven confirmó con cierta indiferencia que su hermano seguía allí. Sin embargo, cuando lo vio salir de la mansión y aunque ya la lluvia era apenas un fino calabobos, ni siquiera su rostro pálido y asustado al verla en semejante estado consiguió que la muchacha reaccionase lo más mínimo.

—¡Elaine! —la llamó, acercándose a la carrera—. ¡Estás empapada! Vamos, entra en casa...

La aludida, aunque su contacto le quemaba, no tuvo ni fuerzas para resistirse y se dejó conducir al interior. De inmediato, Ken llamó a la doncella. Esta se apresuró a ayudar a la joven a cambiarse, ya en su dormitorio. En su ligera catatonia, Elaine intentó no reparar en la bolsa oscura con el león grabado que ocupaba un rincón del espacio y se dejó hacer. Anika la secó, la desnudó y la vistió de nuevo con ropa seca, antes de coger el secador para quitarle la humedad del pelo. Sin embargo, Elaine tuvo el suficiente ánimo como para frenarla con un gesto autoritario de la

mano. La doncella dejó entonces el aparato en su sitio y se retiró con una pequeña reverencia, dejándola sola con sus pensamientos.

Al cabo de unos minutos, todavía sentada en la cama de espaldas a la puerta, Elaine escuchó una tenue llamada sobre la misma. No respondió ni se giró. Pero tampoco se sorprendió cuando, poco después, unos suaves pasos resonaron sobre el parqué. Elaine apretó los labios en cuanto la figura de su hermano apareció en su campo de visión.

—Hola, El.

Ella mantuvo la vista fija en la ventana.

—No me llames así. No tienes derecho.

—Elaine...

La joven respiró hondo.

—¿Qué quieres?

—Disculparme, lo primero.

—Estás perdonado, no te preocupes.

—Sé que no lo dices de verdad. Lo noto en tu tono.

—Y ¿qué quieres que te diga? —susurró ella, cansina, sin despegar la vista del cristal.

—Lo que no quiero es perderte, Elaine. —Ella bufó. Desde luego, era lo que estaba consiguiendo... De nuevo. Igual que las últimas veces que habían hablado, solo que la joven había empezado ya a perder la cuenta de sus decepciones. Pero no lo dijo en voz alta y lo dejó continuar—. Yo... Soy un estúpido —afirmó Ken entonces, con algo que sonaba a arrepentimiento. Pero la joven tenía una pátina de desconfianza protegiendo su corazón que intuía, a esas alturas y después de todo lo ocurrido, sería muy difícil de romper—. Yo... Intento cumplir con lo que papá me enseñó y hacer lo que todos esperan de mí, pero... Ahora... tengo dudas, Elaine. No sé qué es lo correcto. —La joven apretó los labios, sin responder. La voz de Ken entonces cambió a un tono que hacía mucho que no le escuchaba. Sonaba... nostálgico—. ¿Sabes qué me dolió, pero me alegró ver?

Elaine se tomó su tiempo para responder, sopesando con fuerza si hacerlo o no.

—¿El qué? —inquirió al final, sin interés real.

Por el rabillo del ojo, vio que Ken se humedecía los labios con expresión dubitativa.

—Pues que... te veo más feliz que nunca con Ban y eso me hace plantearme preguntas que no sé cómo responder.

«Tocada».

Elaine apretó los puños sobre el regazo y cerró los ojos, tratando de mantener la entereza ante la mención de su único amor en el mundo.

—Pero tampoco te atreves a aceptar las respuestas que te doy yo —lo acusó, dolida, sin poder contenerse.

Ken inclinó la cabeza, más sumiso de lo que su hermana menor lo había visto nunca.

—Elaine. Cuando él se acercó a ti durante la actuación, fue... casi mágico. De repente era como ver un solo ente, un solo cuerpo. Como si... no hubiese otra manera de concebirlos a los dos.

—Como si estuviésemos fusionados —resumió ella, monocorde.

—Exacto.

Elaine tragó para deshacer el nudo que atenazaba su garganta.

—Así me siento yo con él —le confió, apenada—, pero está claro que no puedo hacer que lo entiendas.

Ken la miró. La joven, por enésima vez en la última semana, creyó intuir las dudas que decía tener reflejadas en su mirada; pero también estaba cansada de hacerse ilusiones.

—Yo... Te admito que, cuando lo vi bailar, sentí algo nuevo —dijo él entonces, para su ligera sorpresa—. Fue como si... me llegase al corazón —suspiró—. Y... Es cierto que alguien así no puede ser malvado. No lo creo. —Elaine lo miró con más curiosidad y Ken agregó, comedido—. De verdad que siento haber dudado de ti. De vosotros. No volverá a ocurrir.

La joven tragó saliva, todavía intentando mantener a raya las lágrimas y sin lograrlo del todo.

—Ban es el mejor hombre que he conocido jamás —afirmó, en un susurro herido—. Pero supongo que no es lo que entra en los estándares de la familia ¿verdad?

Ken se mesó el pelo.

—Pues... te admito que, por primera vez, no tengo respuesta a eso —confesó, antes de que su voz se quebrase del todo—. Yo... lo cierto es que he intentado aplicar todo lo que papá y mamá nos enseñaron —repitió, ronco—; pero... reconozco que lo que más miedo me da es que, por seguir estos preceptos, te estoy perdiendo para siempre. —Para mayor estupor de su hermana menor, el joven enterró entonces el rostro entre las manos y sollozó—. Tengo mucha responsabilidad y, de repente, siento que lo estoy haciendo todo mal... —La encaró, sorbiendo—... Y me siento muy solo.

Conmovida y notando cómo el rencor por su discusión anterior se diluía en algún rincón apartado de su alma, sin apenas esfuerzo, Elaine se acercó para abrazarlo con franqueza. En el fondo, no podría sentirse más identificada por lo que él acababa de decir. Sólo que ahora sabía que existía otra forma de contemplar el mundo... y quería que su hermano compartiera esa visión por todos los medios.

—Hermano, papá y mamá lo hicieron lo mejor que supieron para enseñarnos a vivir, aunque fuese en un mundo cómodo como el nuestro —le confió entonces, segura de sí misma, aunque sin alzar la voz—. Una vida donde nada se cuestiona y sólo se obedecen las normas impuestas por la sociedad. Pero es porque eso es lo que les enseñaron a ellos —afirmó entonces, mirándolo a los ojos—. Y, aun así, también nos mostraron el camino para ser mejores adultos. Nosotros podemos cambiar las cosas, Ken. Esa es la verdadera enseñanza —insistió—. Hemos dado con la solución del experimento de papá. ¿Por qué no íbamos a solucionar otros aspectos de la vida que nos rodea?

Ken la observó con cautela, además de con cierto terror cincelandos sus rasgos juveniles.

—Tengo miedo de fallar, Elaine —le confesó a su hermana—. Mucho. Ella suspiró y asintió, casi esbozando una sonrisa agri dulce.

—Yo también lo tuve... Y aún lo tengo, te lo aseguro —afirmó, meneando la cabeza—. Pero si algo tengo claro es que no puedo vivir mi vida sin Ban. Y que, justo por eso, haré lo posible por sacarlo de donde está.

Los ojos de Kenneth Forest mostraron un renovado interés.

—Entonces... ¿Crees que es inocente, sea por lo que sea? —inquirió, sin alzar la voz.

En su tono todavía se filtraba cierta duda; pero Elaine también detectó sin esfuerzo que estaba dispuesta a escucharla por primera vez en mucho tiempo y sin cuestionar. Así, la muchacha respiró en profundidad para armarse de valor antes de dar el siguiente paso en la reconciliación.

—Ken... Tengo que pedirte un favor —pidió, serena.

—Lo que sea —aseguró él de inmediato, para su ligera sorpresa.

Elaine, por su parte, tragó saliva una última vez antes de preguntar:

—¿Me guardas un secreto?

—Por supuesto —replicó de nuevo él, sin dudar— El ¿qué ocurre?

Pero ella no se lanzó enseguida. Aún tenía una tercera confirmación que hacer.

—¿Palabra de Forest? —matizó, en apenas un susurro.

Para su alivio definitivo, Ken asintió con idéntica actitud. Su rostro parecía también haberse relajado y su atención no se despegaba de ella, sin mostrar juicio alguno en aquellos ojos avellana idénticos a los suyos. Elaine, no obstante, dudó. Quisiera o no, intuía... No, “sabía” qué era lo que tenía que hacer, aunque no pareciese la mejor de las ideas. Ken la había traicionado antes: podía volver a hacerlo. Aunque, si lo pensaba en frío, hacía mucho que ella misma se había jurado no volver a mentirle nunca más. Quizá por eso, cuando por fin empezó a hablar, nadie pudo pararla hasta que no puso el punto final.

Ban no sabía cuántas horas habían pasado cuando los mismos agentes que lo habían detenido, y arrojado en aquella celda apestosa llena de idiotas, fueron a buscarlo para llevarlo a la sala de interrogatorios. Al no ser la primera vez que lo metían en comisaría en su vida, fuera como fuese Ban procuró mantenerse lo más inexpresivo posible durante todo el trayecto. Incluso cuando lo sentaron frente a la mesa y le encadenaron una mano a la pulida superficie, el hombre mantuvo una expresión neutra, casi indiferente.

—Ban Reeves —leyó el agente de rigor, tras sentarse frente a él y abrir una carpetilla frente a sí—. Procedente de la barriada número tres de Daleth Sur, sin familia conocida. Detenido varias veces por hurto, tráfico menor de drogas y violencia callejera. —Ban alzó la vista apenas cuando el policía hizo lo mismo, con lo que sus miradas se cruzaron bajo la luz verdosa y sucia de la sala—. Pero, por lo visto, ahora te han pillado bien con las manos en la masa. ¿No es así?

Ban se contuvo de esbozar una mueca irónica.

—No sé de qué me habla —repuso, monocorde.

El policía lo contempló, con claros visos de no creer una sola palabra. De hecho, unos segundos después, el hombre rebuscó entre los documentos que tenía frente a él. Antes de extraer, como con cuidado, un sobre plástico lleno de instantáneas. Por un momento, Ban temió lo que pudiese ser, aunque cuando llegó a comisaría apenas le habían dicho nada sobre los cargos que tenían contra él. Sin embargo, sus sospechas se confirmaron en cuanto el interrogador extrajo las coloreadas láminas de su funda y las extendió sobre la mesa para que el reo pudiese verlas. Este, a pesar de todo, contuvo una mueca de asco a duras penas cuando vio las imágenes del cadáver de Meredith. No podía adivinar quién lo había hecho, pero tenía

una ligera idea. Sólo que, en honor a la verdad, era la primera vez que veía un trabajo de Dolor tan sanguinolento y cruel.

—La reconoces ¿verdad? —inquirió el agente, en un tono casi de terciopelo.

Ban, apretando los labios, asintió y apartó la vista.

—Sé quién es —confirmó—, pero no entiendo qué tiene que ver conmigo.

La sonrisa condescendiente del policía, acto seguido, le provocó un escalofrío.

—Mire mejor, señor Reeves —le pidió, con falsa educación.

El joven, sin querer demostrar en exceso su aprensión, inclinó de nuevo la vista hacia las fotos. Y, esta vez, identificó sin esfuerzo el entorno donde estaba el cadáver: lo que, hasta el día anterior, había sido su propio apartamento. Procurando que no le temblase el gesto ni las manos, el hombre se irguió y se echó hacia atrás en el respaldo.

—No estoy seguro de adónde quiere llegar, agente —pronunció, con forzada cortesía—. Yo no he matado a esa mujer.

El agente suspiró e imitó su movimiento, como si todavía dudara de su testimonio.

—Te vieron salir de su casa hace unos días, en plena noche —lo informó. Ban recordó con un escalofrío la noche de su violación, pero se obligó a no dejar traslucir nada en absoluto—. Resulta que la señorita Glauben era una dominadora, con muchos juguetitos a su disposición. —El policía ladeó entonces la cabeza con una expresión condescendiente que al detenido le revolvió las tripas—. ¿Qué pasa, Ban? ¿Te cansaste de ser su sumiso y por eso la mataste? —El aludido tembló, pero apretó los labios con tozudez. Ojalá pudiera haberlo hecho, la verdad, pero eso nadie lo sabría jamás—. La odiabas ¿verdad? —susurró el agente entonces, inclinándose hacia él—. En el fondo, la detestabas por utilizarte. Querías verla muerta. —Cada vez con más esfuerzo, Ban se contenía obstinadamente a replicar, sosteniéndole la mirada casi con desafío. Algo que el agente pareció pasar por alto antes de proseguir, levantándose de la silla—. No me lo digas: ya sé lo que pasó. Te acostabas con ella y hacíais guarradas de *bondage* y dominación. Seguro que os pedíais todo tipo de cosas...

—Yo nunca le pedía nada, imbécil. Sólo lo hacía ella.

Tarde, Ban se dio cuenta de que su súbita y airada reacción podía conducirlo a una situación peor de aquella en la que ya estaba metido. Pero sólo de recordar, siguiendo las palabras de aquel estúpido, todo lo que Meredith le había hecho pasar, algo se rebelaba dentro de su cuerpo y pedía salir a gritos. Para su desgracia, ante aquello el policía pareció relamerse de inmediato.

—Ah ¿así que no había consentimiento? Bueno: la prostitución es un delito muy grave también, Ban... —Este calló de nuevo, sumiso a duras penas, para no empeorar su situación y el agente continuó con su diatriba—. En cualquier caso, supongo que un día ella quiso hacer algo que tú no y por eso la mataste. ¿Verdad?

—Yo no lo hice, maldita sea —masculló el acusado, ya sin poder contenerse—. Estaba en casa de mi novia esa noche ¿estamos? Llevaba una puta semana sin ver a Meredith.

Ante aquel argumento, para su mayor irritación, su interlocutor mostró una peligrosa sonrisa.

—¡Oh! Bueno, y ¿dónde está tu novia que no ha venido a defenderte? —Ban calló, sin querer implicar a Elaine más de lo necesario. Cuanto menos supiera Goliath de ella, mejor. Sin embargo, su silencio pareció otorgar al policía la confirmación que quería—. ¡Ah! ¿Lo ves? —lo amonestó, en tono falsamente paternal—. No tienes coartada, chaval. Mataste a la señorita Glauben a sangre fría, por venganza, pero no volverás a tocar a una mujer nunca más.

—¡Maldito! —exclamó Ban, saltando de la silla casi sin pensar.

Aunque estaba encadenado a la mesa con una mano, no le importó antes de intentar alcanzar al agente con un puñetazo del brazo opuesto. Sabía que estaba hundiendo su causa sin remedio, pero no podía soportar ser tratado de aquella manera, como si no fuera nadie. Elaine le había enseñado a sentirse como una persona con derechos, de carne y hueso. De ahí que algo en él se negase a quedarse sentado ante aquel tipo de afrentas. Por desgracia, el policía fue más rápido y, después de esquivarlo, Ban se inclinó con un grito de dolor ante el contacto eléctrico de un táser surgido de ninguna parte. Encogido, el joven cayó al suelo con un gemido, jadeando y sintiendo temblar todos los músculos del cuerpo, mientras el agente se erguía poderoso sobre él con el instrumento de tortura en la mano.

—No eres nadie, Ban. Nunca lo serás —le siseó, inclinándose junto a él. En un intento desesperado, el aludido hizo un soberano esfuerzo por

erguirse y darle un cabezazo. Pero la única respuesta que obtuvo fue una nueva descarga en el pecho que lo recorrió de la cabeza a los pies y lo hizo aullar de nuevo—. ¡Confiesa, Ban!

Este tensó la mandíbula con tozudez.

—Jamás —rechinó, electrocutado, antes de recibir una patada en el estómago del agente.

—Confiesa, Ban —repitió aquel, en un tono más bajo y amenazante.

El bailarín apretó los dientes, sintiendo todo su cuerpo agitarse como una maraca descontrolada. Había soportado muchas torturas en su vida. Podría con una más. Por Elaine. Por él mismo. Así, negó de nuevo con obstinación y recibió una nueva descarga, esta vez sobre los abdominales. Su grito esta vez pareció reverberar sobre todas las paredes de la pequeña celda. El bailarín sintió las lágrimas asomar a sus ojos mientras la electricidad recorría cada fibra de su ser, pero no quería rendirse. No podía.

—Ban, Ban —lo amonestó entonces el policía, retomando el tono de sermón paternal—. Créeme, no me provoca ningún placer hacer esto. Pero... es por tu propio bien —Se inclinó de nuevo junto a él, aunque a una distancia más prudente—. Confiesa... y todo acabará.

El joven rechinó las muelas con más decisión si cabía, el rostro aún vuelto hacia el suelo.

—Vete... A... La... Mierda —masculló entonces, poniendo su concentración en lograr cada mínimo movimiento.

—¿Qué has dicho? —preguntó el policía, acercándose un poco más.

Momento en que Ban, esperando su última oportunidad y sin saber casi de dónde había sacado las fuerzas, aprovechó por fin para alcanzarlo con la frente en el puente de la nariz. El agente emitió un agudo grito de dolor, mientras se sujetaba la herida, antes de alzarse sobre Ban con el rostro contraído de ira. Su mano derecha seguía alzando el táser encendido sobre su cuerpo. Sin embargo, cuando se lanzó de nuevo sobre él con un alarido y la corriente estaba ya a escasos centímetros de su camiseta, una voz autoritaria heló a ambos en el sitio:

—Basta, agente. Deje al chico tranquilo.

Este se giró como a cámara lenta hacia el recién llegado. Ban, al estar caído medio de espaldas a la mesa, no podía verlo bien. Sin embargo, la extrañeza que se apoderó del rostro de su torturador fue del todo evidente cuando preguntó, escondiendo el táser apagado con prudencia a su espalda:

—Y ¿usted quién es?

A lo que el desconocido repuso algo que Ban jamás imaginó que se alegraría tanto de oír.

—Benjamin Jones. El abogado del señor Reeves, aquí presente. Así que, si no le importa, me gustaría poder tener unas palabras con él antes de que siga torturándolo —pidió con peligrosa educación—. ¿Podría ser?

El agente, por supuesto, palideció al escuchar aquello. Así, mientras salía de la sala, sosteniéndose la herida de la nariz con una mano y el táser con la otra, el misterioso abogado cerró tras él y se aproximó despacio al joven encadenado a la mesa. Este había tratado de incorporarse mientras todo esto sucedía, pero el dolor era casi insoportable. Ya fuese por la contracción muscular generada por la electricidad recibida, o por la quemazón en el vientre y la espalda, moverse siquiera era tan incómodo que apenas lo logró por sus propios medios. Al menos antes de que el abogado lo ayudase, pasando un brazo tras su espalda e impulsándolo hacia arriba. Ban apretó los dientes para contener un gruñido de dolor, algo que no logró del todo mientras lo ayudaban a tomar asiento.

—Ya ha pasado todo, señor Reeves —dijo entonces el tal Jones, que ahora se mostraba ante él por completo.

Ban comprobó entonces que se trataba de un hombre alto de piel muy oscura, con el pelo teñido de un blanco prístino más claro incluso que su propio cabello platino. Llevaba un traje de seda cara, camisa de hilo y zapatos de cuero. Al contrario de lo que pudiese esperar de alguien que parecía un Alto a todas luces, parecía sonreírle con amabilidad. Aunque el joven sólo pudo soltar una dolorida risita ante su último comentario.

—Discúlpeme, pero no sé si eso es del todo cierto —gruñó, tratando de acomodarse por todos los medios sin conseguirlo. Parecía como si su cuerpo estuviera plagado de agujas puntiagudas que se clavaban en su carne sin piedad, pero el joven prefirió ignorarlo mientras encaraba a su supuesto salvador—. Ha tardado.

El letrado Jones apenas cambió su sonrisa por otra que mostraba cierta ironía mientras se sentaba frente a él, en el asiento antes ocupado por su interrogador.

—Siento el retraso, señor Reeves. Pero el tráfico en la Zona Alta a estas horas es terrorífico... —se excusó, sin perder la sonrisa amable.

Ban, por su parte, esbozó una mueca que pretendía corresponder a su humor.

—¿Lo envía él? —preguntó entonces, cauto.

Este asintió, sin hablar, pero al parecer entendiendo sin problema de quién le hablaban.

—Veo que no le han tratado muy bien, señor Reeves —comentó, sin embargo.

—Ban —pidió el aludido de inmediato, sin acritud—. No me haga sentirme más mayor de lo que soy.

—Está bien, “Ban” —aceptó el abogado, antes de señalarlo con una mano por encima de la mesa y corregirse—. Veo que no te han tratado muy bien. Si quieres, podemos usar eso en tu defensa.

Ban negó con la cabeza.

—No quiero tratos de favor. Estoy acostumbrado a esto, gracias —musitó, incómodo, antes de escrutarlo de hito en hito—. ¿A qué ha venido exactamente, señor Jones?

El abogado seguía sonriendo incluso cuando se inclinó hacia él para responder.

—Aparte de comprobar que estás bien, a hacerte una petición de parte de un amigo —le indicó con calma.

El joven enarcó una ceja.

—Y ¿qué petición es esa? —quiso saber.

Jones inclinó la barbilla. Y, sin duda, su sonrisa se tensó apenas cuando replicó:

—Ban... He venido a pedirte que confieses.

Lealtad y castigo

—Pero, entonces... ¿Es en serio? ¿Han detenido a Ban? —preguntó Erica, incrédula, por el auricular.

—Sí, esta mañana —le confirmó Elaine, pesarosa—. Aunque no estoy segura de por qué...

La joven de pelo azul resopló al otro lado.

—Bueno, dicen en las noticias que ha sido por matar a esa tal Meredith —explicó, para estremecimiento de la joven rubia—. Ya sabes, la que mencionó Malcolm en el hospital...

—¿Estás segura? —inquirió Elaine.

—Sí, eso han dicho, al menos. Que la mató anoche en su propio apartamento —explicó la del pelo azul. La Forest casi agradeció que ella no pudiese ver su rostro contraído de rabia en aquel momento—. Dicen que Ban era su sumiso y la mató al hartarse de ella...

Elaine inspiró con fuerza.

—No pudo ser él —arguyó, tensa y convencida al mismo tiempo—. Estaba conmigo, con Mal, Bells... en el cumple de Dana.

A tiempo, omitió la mención a Ken. Pero ya se lo explicaría más adelante. De momento ya había mucho que procesar.

—Bueno, todo depende de a las horas que estuvieseis con él... —musitó Erica, para irritación de su mejor amiga.

—¿Qué quieres decir? —rechinó, sintiendo la misma ira que cuando su hermano había planteado esa posibilidad en Trebes—. ¿Dudas de él?

—No me malinterpretes, cielo. Por favor —rogó Erica de inmediato, con angustia patente—. Pero... Es que han dicho que en realidad no tenía coartada.

Elaine suspiró con hondura.

—Es absurdo, no tiene ningún sentido —reiteró, terca.

—¿Malcolm y Isabelle te han dicho algo? —inquirió entonces la joven Franklin, solícita.

Su amiga lo negó.

—Sólo que han ido a comisaría a intentar declarar a favor de Ban, pero que los han echado con cajas destempladas —explicó, sintiendo crecer la

impotencia en su alma a pasos agigantados—. Y a Wan Zhu por lo visto le han cerrado el casino y lo han puesto en arresto domiciliario...

—Uf. Pobre hombre —se lamentó Erica, sincera—. Si además murió otra de las bailarinas hace poco... No ha tenido que ser un momento fácil.

—No, lo cierto es que no... —Elaine se mordió el labio, ansiosa—. La verdad es que estoy preocupada, Erica. No sé cómo podemos salir bien parados de esta...

—¿Quieres que hable con algún contacto que podamos tener en la policía? —propuso Erica—. Igual pueden averiguar algo.

—No, algo me dice que es arriesgado intentar husmear por ahí... —arguyó Elaine, pesarosa.

—¿Por qué lo dices? —indagó su mejor amiga, interesada. Elaine tragó saliva. Incluso siendo con Erica, no podía ni quería expresar aún sus sospechas en voz alta.

—No puedo explicarlo, pero tengo una corazonada —dejó caer, antes de agregar—. De hecho, me gustaría comentar el caso con Liam, si mañana está disponible en la oficina.

—Oh. Claro, hablaré con él y te acompañaré —propuso Erica, sin mostrar molestia alguna por aquella idea—. ¿Te parece?

—Sí, sería perfecto —aceptó Elaine, sincera—. Gracias.

—Nos vemos mañana entonces —confirmó Erica, aunque su voz aún sonaba algo dudosa y Elaine deseó poder desahogarse con ella en algún momento. Pero era tan arriesgado... La joven rubia prefería pensar que, de momento, era por su propio bien. Sobre todo cuando hasta las paredes parecían tener oídos a su alrededor, fuera donde fuese—. Cuídate mucho y buen viaje de vuelta.

Elaine sonrió sin esfuerzo.

—Gracias. Adiós, Eri.

Tras la despedida, la benjamina Forest colgó con un nudo en el corazón. En el fondo, le dolía tener que ocultar algunas cosas a su mejor amiga. Si todo salía bien, ya hablarían largo y tendido. No obstante, en ese momento, Ken asomó la cabeza por la puerta y la sacó sin esfuerzo de sus amargas reflexiones.

—*Toc, toc.* ¿Se puede? —preguntó, educado.

Elaine lo invitó a pasar con un gesto.

—Sí, claro. Adelante.

—¿Estás bien? —preguntó Ken, con evidente preocupación.

—No he descansado mucho —admitió ella.

—Ya. Yo tampoco —corroboró él, resoplando—. Aunque he hablado con Harvey. Vendrá mañana a primera hora a la Torre para mirar la informática.

Elaine asintió, conforme y sintiendo de nuevo la tensión adueñarse de cada fibra de su ser. Durante el momento de sinceridad de aquella mañana, la joven había optado primero por abrirle su corazón y hablarle de Ban, todo lo que fue capaz. Le contó sus dificultades de infancia y adolescencia, le habló del accidente con el hermano de Goliath y, a pesar del juramento a Ban junto a la laguna, decidió contarle también la venganza de este último contra él. Por supuesto, omitió el hecho de que él fuese el líder de los Caballeros y apenas mencionó la visita de Samael a la Torre la noche anterior, pero Ken se quedó igual de atónito al oírlo. Por supuesto, igual que ella en su día, le parecía casi imposible que alguien de la Zona Alta pudiese hacer algo semejante.

Como colofón, la muchacha le contó que la red informática de la empresa estaba comprometida, muy probablemente por una mano oculta en Fairtech. Ken se enfadó al escucharlo y con razón. Sin embargo, para su alivio, pareció creerla y le juró de nuevo por el apellido de la familia que jamás diría nada a nadie que pudiese afectar a la empresa, a la familia... o a Ban. La joven casi se había echado a llorar al escuchar esto último.

—Por cierto, Elaine —dijo entonces Ken, cuando ella ya cogía su bandolera para seguirlo hacia la planta baja—. Gracias por confiar en mí.

Ella esbozó una mueca no exenta de cierta duda irracional.

—De nada. Al fin y al cabo, eres mi hermano ¿no?

Él sonrió, probablemente aliviado de oír aquello. Esa mañana se habían dicho tantas cosas y tan duras...

—Sí —le confirmó, antes de acercarse para cogerle las manos con sincero amor fraternal—. Y... quiero poder estar a tu lado para lo que necesites. Sea como sea.

Ella lo imitó con algo más de ganas.

—Espero poder hacerlo, hermano.

Entonces, él hizo algo que no esperaba. La abrazó.

—Te quiero, Elaine —susurró contra su pelo— Lo sabes ¿verdad?

Ella lo rodeó a su vez con los brazos, dejándose estrechar sin pega.

—Lo sé —musitó—. Y yo a ti.

Ken se separó para mirarla con una extraña emoción.

—¿Me ayudarás a proteger el legado de papá? —preguntó, en voz muy baja.

Elaine tragó saliva, conmovida, al escuchar aquella petición. Aparte de todo, la joven también le había comentado a su hermano que alguien cercano a Goliath les había dado el chivatazo de que era posible que Fairtech quisiera robarles el descubrimiento póstumo de su padre. Esto último, por supuesto, tampoco le hacía ni pizca de gracia al nuevo presidente de Forest Energies.

—Siempre que pueda —le aseguró, sincera hasta la médula—. Y ¿tú a mí?

Para su alivio, Ken mostró una amplia sonrisa.

—Siempre, hermanita. Te lo prometo. —Acto seguido miró el reloj de pulsera y dio un respingo—. Cielos. Voy a terminar de despedir al personal hasta la próxima ocasión. ¿Puedes avisar tú a Clarence y decirle que se prepare para salir?

—Claro —confirmó Elaine, segura—. Ve, yo me ocupo.

Ambos hermanos bajaron entonces al piso inferior. La joven, tras coger la bolsa del león y colgársela del hombro, aun ignorando los dolorosos recuerdos que le provocaba, se dirigió a paso ligero al exterior. Sabía que seguramente la vigilaban, pero no le preocupaba que la vieran salir con aquel único recuerdo palpable de su amado. No obstante, antes de dirigirse hacia la puerta principal, se detuvo junto a la sala de estar, reflexiva. En la chimenea ardía un alegre fuego que caldeaba la estancia, dado el ambiente ventoso y aún fresco procedente del exterior. Así, Elaine se acercó despacio, mirando a su alrededor con cautela, antes de extraer un pequeño papel de sus pantalones ya secos. Por suerte, Anika no los había tocado más de lo necesario y allí seguía la carta. Elaine la miró un instante con fijeza y, sin previo aviso, la lanzó al fuego.

Mientras la misiva se consumía, la joven sintió una energía renovada surgiendo en su interior. Salvarían a Ban. Derrotarían a Goliath. Conseguirían estar juntos. Y, después de eso, nada ni nadie podría detenerlos.

Aquella noche, el presidente de Fairtech estaba terminando de revisar unos papeles en la sala de reuniones como de costumbre cuando escuchó un alboroto procedente del pasillo. Atento, levantó la cabeza de los papeles y oteó la penumbra. Pero cuál no fue su sorpresa cuando vio una figura que

conocía de sobra, y que no esperaba para nada, adentrándose en el gran salón.

—¡Ah! Hola, Samael. Qué sorpresa —lo saludó, mientras él se aproximaba a grandes zancadas, inusuales en él—. ¿En qué puedo ayudarte a esta...?

“Hora”, hubiese sido la siguiente palabra. Pero el heredero Fairmont calló de golpe con un jadeo cuando su subordinado, en vez de presentar sus respetos, lo agarró de inmediato del cuello de la camisa y lo alzó en vilo.

—¿Por qué lo has hecho, Goliath? —estalló, a gritos—. ¿Por qué?

Este, recuperado, hizo una seña; y Dolor, oculto como siempre entre las sombras, se abalanzó sobre Samael y lo apartó sin esfuerzo del joven mientras lo arrojaba contra la pared.

—Tú me sugeriste que lo usara como moneda de cambio —comentó Goliath, en tono sorprendido— y es lo que he hecho. No sé por qué te molesta tanto.

En el fondo, sí lo sabía, pero disfrutaba viendo sufrir a su negociador como a cualquier otra persona. Además, aquello empezaba a confirmar sus sospechas de que algo no encajaba con él desde hacía tiempo. No había querido decirlo muy alto hasta la fecha, para ver si Samael daba un paso en falso. Pero Goliath sospechaba, con irritación, que el hombretón le daba el cambiazco con sus operaciones desde hacía varios meses. Esperaba que ahora todo se clarificase; lo que no imaginaba es que Ban había llegado a suponer semejante punto débil para el hombretón.

—Eres retorcido, Goliath. No puedes consentir que nadie ame a tu alrededor porque ni tú te amas a ti mismo.

—¿Eso qué tiene que ver? —inquirió el aludido, no sin cierta sorna filtrada en la voz—. ¿No me digas que te has enamorado de Ban?

—¿Acaso importa? —replicó Samael, claramente molesto—. Prefiero quererlo con sinceridad a seguir explotándolo bajo tu yugo.

—Es lo que pasa cuando no cumples tus tratos, Samael —le recordó Goliath, tranquilo por fuera, pero relamiéndose de triunfo por dentro—. O... ¿quieres que hablemos de tus contactos recientes con la competencia?

Ante el rostro perplejo de Samael, Goliath extrajo entonces una pequeña grabadora y la situó sobre la mesa. Al pulsar el botón de “Reproducir”, enseguida la voz de su subordinado resonó por toda la sala.

“Sí, Sir Héctor. Está todo listo.

Bien. No quiero cabos sueltos, Samael. Ese encargo tiene que llegar a nuestras manos.

Por supuesto. ¿Acaso he faltado alguna vez a mis promesas?"

Como último sonido, se escuchó la risa bronca y distorsionada del líder de las Perseidas del Cielo Estrellado, antes de que el magnate de pelo rojo detuviera la grabación. Le complació ver cómo, con cada palabra que salía del altavoz, Samael parecía palidecer más y más. Sin embargo, cuando la grabación terminó, a su rostro retornó una seriedad que a Goliath lo irritó sobremanera. Más aún cuando el negociador se encogió de hombros con aparente indiferencia, como si aquello no significase nada para él.

—Bueno, las cartas sobre la mesa, Goliath —pronunció entonces, con algo que parecía media sonrisa de disculpa—. Me has descubierto, querido. Aunque lo cierto es que hace mucho no me gusta tu sistema —aseguró, haciendo que el millonario tuviese que contener a duras penas su deseo de lanzarse sobre él y estrangularlo—. No permites que nadie ame a tu alrededor. Prohíbes todo tipo de contacto entre tus subordinados, pero luego explotas a quien te conviene para tu placer y disfrute. Por eso he preferido irme con el verdadero caballo ganador.

Lo miró con desprecio evidente, pero Goliath se esforzó por mantener la compostura todo lo posible. Sabía a la perfección a quién se refería Samael, aunque no los mencionara, pero no iba a permitir que nadie cuestionara su ley y se fuese de rositas. Aun así, ni siquiera delante de Dolor quedaría bien perder los papeles ¿verdad? Arruinaría su reputación en muchos sentidos. Por ello, prefirió no entrar al trapo. En cambio, se recostó en su asiento de cuero con tranquilidad y lo miró a los ojos, verde contra castaño.

—Me decepcionas, Samael —dijo entonces, sin alzar la voz—. Lo cierto es que es una pena, porque quizá he escogido al cabeza de turco equivocado, pero ya es tarde. —Sonrió de una manera que, intuyó, no gustó nada a Samael, a juzgar por su siguiente mueca—. Ban morirá de igual manera en la horca, como la criatura rastrera del sur que siempre ha sido, y no hay más vuelta de hoja. O... ¿Creías que no me enteraría de que también es un Perseida e intentabas ocultarlo? —Ante el aparente terror de Samael, el magnate sonrió con más amplitud—. Sí, me he enterado por mis contactos en la policía de que lleva uno de sus anillos. No te hagas el tonto, Sam. Sé que es verdad.

El aludido sacudió la cabeza, con una rabia reflejada en su rostro contraído que a Goliath casi lo excitó.

—Esto no quedará así —rechinó su interlocutor—. Jamás te lo perdonaré.

El magnate, sabiendo que había ganado la partida, se encogió de hombros e hizo un gesto de desdén con los labios.

—Suerte con eso, Samael. Y, ahora, desaparece de mi vista.

Por un instante, el joven pensó que Samael no obedecería. En el fondo, algo en él se moría por tener un motivo para que Dolor le diese una paliza allí mismo. No obstante, para su ligera decepción, el traidor se irguió tras varios segundos de aparente lucha interna. Después, sin mirarlo dos veces, aquel se giró y se dirigió al exterior de la sala. Goliath observó su espalda con fijeza hasta que desapareció por el pasillo. Y, sólo entonces, le hizo una seña a Dolor para que se acercase.

—Avisa a Terri y a Manuel —le ordenó, en voz muy baja—. Diles que tengo un trabajito para ellos...

La noche había caído ya sobre Daleth y la luz de la luna proyectaba las sombras de las altas torres sobre el pulcro asfalto de la Zona Alta. Samael, tras salir de la Torre Fairmont, apretó el paso en dirección al Kent, buscando llegar cuanto antes al puente. Prefería no coger un taxi, a pesar de que estaba seguro de que lo seguían. No quería que nadie más saliese herido, si sus sospechas se confirmaban. Y, para qué engañarnos, siempre había tenido facilidad para salirse con la suya. Esta vez no sería diferente. De hecho, al cabo de unos diez minutos de zigzaguear entre los edificios, vio la primera sombra deslizándose a su espalda. Estaba aún a dos bloques de distancia de él, pero Samael había aprendido a detectarlos casi desde que llegó a los Caballeros. Conocía sus métodos. Y, en este caso, sabía lo que iba a suceder. Lo había previsto. De ahí que, cuando se escuchó el primer disparo impactando junto a su zapato izquierdo, Samael optase por fin por echar a correr. Fuera como fuese, la caza había empezado.

Terri corría sobre las puntas de los pies, como de costumbre cuando tenía que perseguir a alguien a velocidad elevada. En este caso, Goliath además les había encargado un nuevo asesinato, a Manuel y a ella. El último había sido apenas unos días antes, para abatir a la pobre Deirdre si intentaba escapar como sospechaban. En ese caso, ella no había apretado el

gatillo, pero no por ello se sentía mejor. De hecho, sólo de pensar por enésima vez que la joven tenía prácticamente su misma edad, al Caballero se le revolvían las tripas. Pero ¿qué le quedaba por hacer si no?

—Ter ¿estás ahí?

La joven se llevó dos dedos raudos al pinganillo de la oreja.

—Sí, sigo aquí, Manu —le confirmó, en voz muy baja y sin dejar de moverse—. ¿Qué ocurre?

—Samael nos intenta llevar hacia el Kent. Ha tratado de despistarnos por la calle Merlín —expuso su compañero por el comunicador—. ¿Lo has visto?

La joven tiradora tragó saliva, sin responder y maldiciéndose por estar tan despistada. No, claro que no lo había visto.

—Mierda, ha debido darme esquinazo sin que me diese cuenta —refunfuñó.

Manuel resopló al otro lado, sin acritud.

—Sí, bueno... Hay que tener en cuenta que nos enfrentamos a Samael —apuntó, haciendo que la mujer apretase los dientes.

—Da igual quien sea, Manu. Nos lo ordena Goliath —masculló ella, tratando a su vez de convencerse de la verdad de aquellas palabras.

—Lo sé. Pero... Sea como sea, ten cuidado ¿vale? —le pidió él, en un tono de voz que le erizó el vello de todo el cuerpo.

—No lo dudes —repuso la joven, procurando aparcar sus sentimientos al máximo.

En ese instante, se vio obligada a girar a la derecha más allá de la calle indicada para tomar un atajo que le permitiese cortar el paso a Samael, con lo que parte de su desazón se diluyó mientras la cazadora se centraba de nuevo en la persecución. Después de más de cinco años vigilando a las órdenes del Rey de los Caballeros, Terri se conocía Daleth como la palma de su mano, ambas orillas. Por ello, sabía que podría cortar el paso a Samael de forma más fácil si trataba de distraerlo.

Para su frustración, sin embargo, nada más doblar la esquina de la paralela a Merlín, una sombra encapuchada cruzó la calle a la carrera y Terri dio un respingo; maldiciendo antes de apretar el gatillo como por impulso. La bala, de nuevo, se incrustó en acero en vez de en carne y la joven estuvo a punto de gritar de frustración antes de seguirlo. Aunque se detuvo al observar, a su izquierda, una escalera de incendios ascendiendo por el costado de un edificio cercano. Como casi todos los más cercanos al

Kent, era una de las torres más bajas y antiguas de la zona, sede de un banco que había visto épocas mejores. Así, Terri decidió saltar y encaramarse al tramo de escalera más cercano. A toda velocidad, ignorando incluso la llamada de Manuel para preguntarle cuál era su posición, la joven ascendió por la escalera hasta casi la mitad del recorrido. Una vez allí, comprobó que ya tenía una vista perfecta de la cercana orilla del Kent, a apenas dos calles de distancia. Al poco rato, para su triunfo, Samael salió de una esquina y se asomó a la Golden Avenue. Aquella noche y en aquella parte cercana al Puente Ávalon, siendo la principal vía para cruzar el fiordo no había demasiada gente. Sin embargo, Terri maldijo la suerte de que hubiese llegado a una zona donde podía haber más civiles antes de abatirlo. Samael, por otro lado, no pareció preocuparse por ello más que deteniéndose un instante, antes de moverse hacia el agua a paso ligero. Aún tenía que atravesar el cruce con la Golden Shore, pero...

—Ter ¿lo tienes a tiro? —preguntó Manuel por el auricular.

La joven quiso confirmarlo al tiempo que alzaba el rifle. Sin embargo, algo detuvo el dedo sobre el gatillo mientras observaba al hombretón canoso adentrarse en el ascenso al puente. La joven, por un instante, observó a su objetivo, detenido junto a la orilla. Casi era como si la invitase en silencio a disparar. Debía de saber que lo seguían... Entonces ¿por qué no corría? ¿Por qué no huía?

Terri dudó durante varios segundos preciosos, casi un minuto de reloj, antes de tomar una decisión. Se colocó el arma al hombro, apuntó a través de la mira, rozó el gatillo... Y el disparo resonó antes de que lo apretase. De la sorpresa, la joven trastabilló y casi cayó hacia atrás sobre el duro metal de la escalera. Con el corazón al galope, volvió a mirar por la mirilla. En efecto, Samael había alcanzado ya el primer tramo de baranda del puente, pero tenía una mancha oscura en el pecho que se extendía más y más por momentos. El antiguo negociador tropezó apenas, arqueado hacia atrás, antes de inclinarse hacia delante y lanzarse al agua como un fardo. Terri contuvo la respiración un instante antes de bajar las escaleras a la carrera. Cuando saltó a la acera, sin embargo, alguien la retuvo por la espalda y casi la hizo chillar. Pero una mano rauda se posó sobre sus labios, impidiéndoselo.

—Ter. Soy yo, tranquilízate.

En las sombras, la joven se dejó empujar contra la pared, escondiendo el rifle a la espalda y jadeando. Su compañero se retiró la capucha unos

centímetros, sin mostrar enfado alguno en sus rasgos angulosos.

—Bien hecho, Terri —la felicitó Manuel.

Ella alzó la cabeza. Entonces, negó muy despacio y su compañero abrió mucho los ojos, como si le sorprendiese. Sin embargo, no dijo nada. Al contrario, se limitó a negar a su vez con la cabeza. La joven imitó su expresión, incrédula. Pero Manuel no le dejó decir nada tampoco, sino que señaló en la dirección de la que habían venido y susurró, estoico:

—Venga. Vamos a informar al Rey de que el traidor ha muerto.

Y Terri, tras apenas dos segundos de duda en los que quiso elucubrar que había sucedido, siguió a Manuel como un cordero camino del matadero. Porque, si lo que creía era cierto, más valía que Goliath los matase a ellos de la forma más rápida posible. Prefería eso a ver cómo su único ser querido en el mundo moría por un error que ella no debía haber cometido...

El as en la manga

A la mañana siguiente, como prometió, Harvey se presentó a primera hora en la Torre Forest para reunirse con Ken y Elaine. Sucintamente, el heredero de la compañía le explicó entonces que habían recibido noticias de que su sistema informático podía estar comprometido por parte de la competencia. Su mejor amigo, tras escucharlo, no dudó un instante en acompañarlos a la sala de control en la planta número treinta de la torre. Para alivio y enfado de los dos hermanos a partes iguales, a los diez minutos de trastear en el código base del sistema les confirmó que, en efecto, había un virus intruso e indetectable a simple vista.

—Es un programa milimétrico y muy sofisticado, que no provoca interrupciones en el tránsito de datos, pero provee de información a su creador dependiendo de lo que quiera saber... —explicó.

Ken maldijo por lo bajo, de una forma que ninguno de los otros dos presentes le había escuchado hasta la fecha.

—Así que era cierto que Goliath me espía... —masculló.

—¿Goliath? ¿Goliath Fairmont? —inquirió Harvey de inmediato, como si no hubiera oído bien.

Ken asintió despacio. Elaine se tensó apenas a su lado al sentir que habían revelado algo demasiado importante sin quererlo, pero su hermano la ignoró.

—Sí. Pero mejor que no hablemos de eso ahora —cortó en cambio, severo—. ¿Puedes expulsar ese virus?

Harvey frunció los labios, pensativo.

—Puedo intentarlo. Es un trabajo exquisito, no te voy a mentir, pero no creo que se resista a mis encantos.

Ken reiteró su gesto sin aspavientos ante el ligero, pero sempiterno, tono bromista de su mejor amigo.

—Todo tuyo, Harv —lo invitó—. Avísanos cuando esté, por favor.

El futuro ingeniero informático mostró media sonrisa cómplice.

—¡Sin problema! Dame media hora y espero tenerlo —le aseguró.

El rubio le guiñó un ojo a Elaine y esta sonrió con cariño; pero Ken no respondió al gesto camarada y se limitó a despedirse con cortesía, como lo haría con cualquier otro.

—Bien. Hasta ahora, pues.

Los dos hermanos se despidieron entonces y subieron a la sala de reuniones de la planta cuarenta y cuatro a hacer tiempo, la menor pisando los talones al mayor. Dados los nervios de la situación, ambos intentaron hablar lo menos posible, por si acaso y sin saber si podría haber alguien escuchando a través de la electrónica de la sala. Sin embargo, ninguno se percató de lo mucho que estaban conteniendo la respiración hasta que no vieron aparecer a un orgulloso Harvey por la puerta.

—Y ¿bien? —inquirió Ken de inmediato, con la esperanza rielando en sus ojos.

—Lo he conseguido —aseguró Harvey, convencido, antes de derrumbarse en uno de los asientos más próximos—. Ha sido difícil, pero creo que está todo solucionado.

—¿Has podido averiguar quién era el intruso? —quiso saber Elaine, entonces.

Para su ligera decepción, su mejor amigo sacudió la cabeza con aire indeciso.

—No estoy seguro —reconoció—. Aunque uno de los códigos de sellado más repetidos era “garra”, “águila” y “león”.

La joven dio un ligero respingo que, por supuesto, ninguno entendió. Pero a ella tampoco le preocupó.

«León», pensó, estremeciéndose.

¿Era posible? Quién sabía. Pero, por si acaso, la joven decidió mantenerse todo lo serena que fue capaz mientras agradecía a Harvey la información.

—Sin problema —aseguró él, aunque su mirada seguía siendo inquisitiva cada vez que se posaba en ella—. Creo que ahora estáis a salvo, sin asomo de duda.

La joven sacudió la cabeza, sin necesidad de fingir incredulidad alguna.

—De todas formas, es injusto. ¿Por qué los Fairmont querían robarnos nada? —rebufó, irritada.

Como suponía, Ken la miró con miedo ante su tono tan rudo y aquella declaración sin ambages, aunque Harvey lo tranquilizó de inmediato con media sonrisa.

—Ahora podéis hablar con calma, amigo. Nadie puede escuchar lo que digamos fuera de estas paredes.

El heredero, a pesar de todo, pareció dudar aún varios segundos sobre cómo vocalizar su visión del asunto. De hecho, dio varios paseos cortos de un lado a otro antes de decidirse por fin a dar la razón a su hermana.

—Aunque suene absurdo, pero... Sí que es cierto que este descubrimiento nos pone a la cabeza de la carrera energética —aclaró, a lo que Elaine asintió para corroborarlo—. Aun así, no estoy dispuesto a dejar que nos lo arrebaten por las buenas, eso está claro —sentenció, severo, antes de girarse de nuevo hacia los otros dos—. ¿Qué podemos hacer?

—Deberíamos devolverle el favor a Goliath y espiarlo —opinó entonces la joven, para evidente sorpresa de los dos chicos.

—¡Guau! Esas son palabras mayores, princesa —silbó Harvey, admirado—. Y... la verdad, no sé si después de haber echado a quien sea que trabaja para Fairtech, no sospecharán y reforzarán su seguridad... Bastante que no puedan entrar a robaros nunca más...

—Quizá haya una forma de hacerlo —insistió ella, interrumpiéndolo sin brusquedad.

—¿Cuál? —se interesó Ken, inseguro a todas luces de adónde quería llegar su dulce hermanita pequeña.

Elaine, por su parte, inspiró con fuerza antes de decidirse a revelar lo que cruzaba por su cabeza en aquel instante.

—Ahora que estamos seguros, necesito contaros algo —les confió en voz muy baja, críptica—. Pero... no puede salir de aquí. ¿De acuerdo? Tenéis que prometérmelo.

Los dos miembros masculinos de la reunión cruzaron entonces una mirada extrañada, antes de observarla con cierta suspicacia. Si los tres tenían que hacer memoria, su recuerdo era de una joven Elaine Forest que nunca mentía ni pensaba mal de nadie, más bien al contrario. Y ella era consciente de ello. Pero también sabía que, con toda probabilidad, necesitaba su discreción para el siguiente paso de su plan.

—Conozco a alguien que puede ayudarnos —afirmó entonces—. Y tiene un plan para salvar a Ban... así como el futuro de Forest Energies.

Una hora después, cuando Erica fue a buscarla para llevarla a hablar con Liam, Elaine estaba mucho más tranquila que al principio de la mañana. Por primera vez desde que detuvieran a Ban, la joven veía cierta esperanza en el horizonte. Ciertamente tenía que confiar en personas que no esperaba, menos en los últimos tiempos; pero también sabía que no le quedaban muchas más

opciones. Mientras conducía, la joven Franklin la acribilló a preguntas sobre lo sucedido y Elaine contestó dentro de su conocimiento, haciendo lo posible para no comprometer más a nadie, aunque fuera su mejor amiga. Ya sentía que había perdido a suficiente gente por el camino como para arriesgar a nadie más. Cuando llegaron al complejo del prestigioso bufete familiar de la joven de pelo azul, subieron igual que la última vez hasta la biblioteca, donde Liam las esperaba mientras rebuscaba entre los volúmenes de una de las múltiples estanterías.

—Ah, ya estáis aquí —las recibió, amigable, antes de abrazar a la rubia con cariño—. Elaine, lo siento muchísimo.

—Gracias, Liam.

—¿Sabes algo de él? ¿Cómo está? —quiso saber él, al tiempo que la invitaba a sentarse en una silla cercana.

La joven contuvo la tristeza a duras penas antes de negar con la cabeza, aceptando no obstante el ofrecimiento.

—No, apenas lo que consiguen averiguar Malcolm y Isabelle —reconoció, pesarosa— y es muy poco.

—Yo tampoco he conseguido saber mucho, preguntando a nuestros compañeros de confianza —apuntó Erica. Elaine le dirigió una mirada ceñuda, pero ella alzó las manos con inocencia—. ¡De verdad! ¡Son de total confianza!

Elaine suspiró, sin querer discutir más.

—Lo siento, Eri. Pero... la situación es tan complicada que siento que no puedo fiarme de nadie. Entiéndelo.

—Es normal. Además, si contamos que es un sureño, con perdón —agregó Liam, al ver que el ceño de Elaine se pronunciaba—, las cartas no jugarán a su favor... ¿Es cierto que la difunta era consejera de Fairtech? —preguntó entonces, profesional.

La joven Forest tragó saliva, tratando de mantener a raya sus sentimientos con sólo escuchar aquella mención diabólica.

—Eso creo, sí —murmuró, con la boca seca.

—Entonces Goliath tiene que estar que trina —apostilló Erica, meneando la cabeza con incredulidad.

La muchacha rubia apretó los labios, sin responder. Su mejor amiga la observó apenas con los ojos entrecerrados, como si sospechara. De ahí que Elaine procurase serenar su gesto lo máximo posible y, en cambio, se centrara en lo que Liam tuviese que decir.

—Lo importante ahora no es quién era ella —atajó Liam, distrayendo la atención de ambas, al tiempo que depositaba un tratado de derecho penal sobre la mesa—. Lo más preocupante será si, en efecto, la acusación de asesinato se sustenta con pruebas. Ban ha confesado ¿verdad?

—Sí, eso he oído —confirmó Elaine, con el corazón algo encogido por el temor de lo que eso pudiese suponer.

Liam, por su parte, meneó la cabeza con una inseguridad que le puso los pelos de punta.

—Bueno, eso puede no significar nada, de todas formas —agregó, como si le hubiese leído la mente, mientras hojeaba el volumen como si buscara una sección en particular—. No hasta que no lo llamen a juicio y se presenten todas las pruebas...

—Liam —lo llamó Elaine, entonces. Y, ante sus ojos oscuros, dudó apenas un segundo antes de preguntar—. Tú... ¿Querías... representarlo?

La muchacha lo había lanzado casi sin pensar. El joven, por su lado, pareció meditar. Pero, al final, mostró una sonrisa confiada y repuso:

—Claro, estaría encantado... Yo...

—Lamentablemente, eso no podrá ser.

Al escuchar aquella voz grave a sus espaldas, los tres jóvenes se giraron como resortes. En el umbral, un hombre de piel oscura y pelo níveo rizado los observaba con parsimonia. Elaine permaneció sentada, pero Liam se levantó casi de un salto con gesto contrito.

—Benjamin. ¿Qué haces aquí? —preguntó, cauto.

El otro hombre se limitó a devolverle una sonrisa algo condescendiente antes de decidirse a contestar.

—Buscarte, jovencito —pronunció, tranquilo—. Retírate. Yo me ocupo de esto.

—Pero... —protestó el joven abogado.

Sin embargo, su socio lo silenció de inmediato alzando una mano relajada frente a su rostro.

—Lo siento, chico. Pero este caso me lo quedo yo —afirmó, tajante. Y, ante el estupor de Liam y sus acompañantes, agregó con naturalidad—. Considéralo una deuda personal a saldar.

El joven de pelo azulado pareció dudar todavía durante unos segundos, mirando alternativamente a Elaine, Erica y a su socio, como si se resistiera a irse. Sin embargo, ante la mirada penetrante y azabache de Benjamin Jones, optó por claudicar con un bufido y retiró la mirada.

—De acuerdo. Pero, si me necesitáis...

Su socio asintió de inmediato.

—Por supuesto, no lo dudes. Ahora ¿puedes ocuparte por favor de supervisar a los de la planta veinte? —le encargó Benjamin, más amable—. Me temo que están haciendo un desastre con el caso de Ávalon Investments...

Ante aquello, los ojos del joven se abrieron como platos antes de salir disparado de la sala; no sin despedirse con afecto de su hermana y la invitada.

—Gracias por todo, Liam —se despidió Elaine a su vez con afecto, justo antes de que él desapareciese.

Sin embargo, su sonrisa desapareció para dar paso a una terrible inquietud en cuanto Jones le hizo también una seña a su mejor amiga.

—Erica, me temo que tengo que hablar con la señorita Forest a solas, si es posible —pidió el abogado, sin violencia.

La aludida, por un instante, pareció no saber qué responder.

—Oh, claro —balbuceó al final, tras un largo instante de vacilación—. Elaine, te espero en el piso doce ¿vale? En la cafetería.

La joven rubia asintió despacio.

—Sí. Gracias, Eri.

Le sonrió y la de pelo azul pareció quedarse más tranquila. Sin embargo, el gesto de la joven Forest se ensombreció de nuevo en cuanto Jones y ella se quedaron a solas en la biblioteca.

—Bueno, ya estamos listos —pronunció entonces el abogado, sentándose en una silla contigua a la de ella—. Permítame que me presente, señorita: Benjamin Jones.

—He oído hablar de usted —afirmó Elaine, sin dudar—. Pero ¿cómo sabía quién era yo?

Benjamin Jones se sentó frente a ella y sonrió con más complicidad.

—Creo que tenemos un amigo en común ¿me equivoco?

Elaine palideció cuando las piezas encajaron en su cabeza con un solo golpe.

—Sama...

—Sch, sch. No digas su nombre —la reconvino él con suavidad—. Entre tú y yo, sabemos de quién hablamos.

La joven dio un leve respingo en el sitio.

—¿Lo envía “él”? —preguntó Elaine, no sin cierta inseguridad.

Jones asintió despacio, confirmando sus sospechas.

—Como le he dicho a Liam, tengo una cuestión que resolver contra cierta familia de esta Zona —afirmó, sin dar nombres—. Y... entiendo que se lo hayas pedido a él, pero me temo que en esta ocasión el caso le queda grande. —Elaine apretó apenas los labios, sin saber cómo sentirse ante aquella afirmación y notando la ansiedad royendo sus entrañas. Había sido un impulso y ahora se sentía algo abochornada por ello, teniendo al veterano Jones frente a sí. Aunque Benjamin parecía relajado cuando añadió, para su mayor sorpresa—. Me han dicho que tú también quieres ser una futura promesa de los tribunales.

La joven, a pesar del halago, procuró no distraerse por el cambio de tema y mantenerse lo más despierta y serena posible.

—Sí, señor —pronunció, humilde, de todas formas.

Benjamin Jones la observó entonces con una extraña curiosidad.

—Lo cierto es que, a pesar de todo, Erica no ha hecho más que hablar de ti durante años —aseguró.

Elaine intentó que no transluciera su momentáneo estupor por aquello mientras le sostenía la mirada.

—Es una gran amiga, además de una gran mujer —confirmó Elaine, sin pestañear.

—Lo es —corroboró Jones, natural. Después, tomó una de sus pequeñas manos entre las suyas y Elaine se sobresaltó apenas, antes de permitirle hacer—. Sacaremos a Ban de ahí, pequeña. Te lo prometo.

—Me han dicho que ha confesado —apuntó Elaine, no obstante, con tristeza—. ¿Puedo preguntar por qué?

El abogado asintió con calma.

—Querida. Debo ser franco contigo: a no ser que encontremos pruebas muy sólidas, será difícil ganar este caso. —Elaine procuró no demostrar su intensa desazón—. Es tal y como te decía Liam, ahí no voy a mentirte. Pero, mientras confiese, estará a salvo de policías malintencionados, eso te lo puedo garantizar. Y eso también lo sabía “él” cuando me dijo que se lo pidiese a Ban. Aun así, no te preocupes —le aseguró, con media sonrisa cargada de aliento—. Todo irá como debe, estoy seguro de ello.

Elaine, a pesar del pretendido consuelo, se estremeció sin remedio cuando entendió sin palabras a quién se estaba refiriendo el abogado, así como al escuchar la alusión a esas “malas intenciones policiales”. Aunque,

dicho sea de paso, conocer la motivación de todo aquel proceso no la tranquilizó lo más mínimo.

—Elaine, mírame —le pidió entonces Jones, sin violencia—. ¿Tú confías en tu chico?

Ante aquella pregunta, la joven no dudó un instante.

—Sí, del todo.

El abogado, al escucharla, mostró una afable sonrisa.

—Pues eso es suficiente para todos nosotros —le aseguró—. Nuestro contacto nos ayudará, ten fe en ello.

Elaine titubeó, todavía insegura a pesar de todo. No quería creer que una situación tan difícil tuviese una resolución sencilla, justo como Liam había aventurado. Pero algo en la mirada limpia de Jones le hizo, tras varios segundos de indecisión, inclinar la barbilla en señal de aceptación. Después de eso, ambos estuvieron durante casi dos horas discutiendo los detalles y lo que podrían hacer con las pruebas de que disponían. Y, a pesar de las circunstancias, Elaine casi agradeció aquella lección gratis de derecho penal por parte del afable abogado de piel oscura.

—Gracias, señor Jones —pronunció, educada y esperanzada, cuando ambos salieron por fin de la biblioteca y se dirigieron a los ascensores de bajada.

—De nada —repuso este, en el mismo tono y con esa afabilidad que parecía innata en él—. Y, ahora, vamos a pensar cómo podemos ayudar a Ban. ¿De acuerdo?

La encrucijada

Tras abandonar a Jones e ir por fin a buscar a Erica, el resto de la mañana pasó tranquila entonces para las dos amigas. La joven Forest meditaba con ánimos renovados sobre su discusión con el abogado de piel oscura. A pesar de parecer tener todo en contra, el letrado creía que tenían bastantes posibilidades de que todo saliese bien; y así Ban pudiera ser, por fin, un hombre libre. No obstante, el primer mazazo en contra de las esperanzas de la joven llegó por sorpresa, apenas unas horas después de haber vuelto a la Torre Forest.

Elaine había decidido subir un rato a ver a su madre, mientras Irina terminaba algunas tareas de la casa. Sin embargo, nada más coger un libro de antiguas leyendas celtas entre los dedos que la ayudaría a distraerse hasta la cercana hora de comer, casi lo dejó caer al notar la vibración del móvil sobre la mesilla más cercana. De hecho, en cuanto vio el primer mensaje de Erica, se le encogieron las tripas y tuvo que correr hacia la zona del salón con el alma en vilo.

Eri:

ELAINE! PON LAS NOTICIAS! YA!

El mensaje databa de apenas quince minutos antes, con lo que la joven no lo dudó antes de precipitarse hacia el mando a distancia y encender la enorme televisión junto al mirador. Lo primero que escuchó, descorazonada, fue que el asesino confeso de Meredith Glauben sería conducido sin dilación a la prisión de Countdown, a la espera de juicio. Aparte, a Elaine se le estrujó el alma al ver la foto de Ban tras su detención: sus ojeras, su seriedad mortal y su palidez incrementada por el *flash* de la cámara. Visto así, parecía más un fantasma que el dulce hombretón del que se había enamorado sin remedio.

No obstante, la siguiente noticia fue la que volvió definitivamente su mundo del revés. Según la periodista matinal, esa madrugada habían encontrado un nuevo cadáver en el Kent. A pesar de estar irreconocible y tener el rostro comido por los peces, la policía lo había identificado como Samael Hudson, uno de los consejeros de la cúpula de Fairtech; al menos, por lo que se deducía de su escasa y humedecida documentación.

Goliath salió a continuación mostrando una honda afectación por su muerte, cosa que sólo logró que una desgarrada Elaine lo odiase aún más. En su fuero interno, la joven tenía ganas de chillar, de patalear y de arremeter contra todo. Aquello no entraba en el plan. Nadie esperaba que Samael muriese. Iba a ayudarlos, pero ya no podía hacerlo. Aunque se afirmó enseguida que la policía no podía cargarle el cadáver al detenido Ban Reeves, ni siquiera eso alivió la desazón de la joven. Porque el resto de los cargos, si no ocurría un milagro, lo conducirían a la horca.

Irina, al verla tan pálida y agobiada en un instante, acudió enseguida a su lado para preguntar si podía hacer algo por ella. Elaine le encargó entonces que llamase a su hermano, pero fue como invocarlo; puesto que, al instante, el susodicho entró con rapidez por la puerta del ático, la expresión fúnebre como pocas veces en su vida.

—¡Ah, El! Estás aquí —exclamó, al verla, con un ligero alivio. Sin embargo, su rostro se ensombreció de nuevo en cuanto la vio tan entristecida. Sin dilación, el joven se aproximó y la abrazó de inmediato, dejando que la rubia muchacha refugiara sus lágrimas en su hombro. Después, Ken desvió lentamente la vista hacia las noticias—. Samael... —susurró al comprender lo que se mostraba ante él, en un tono que indicaba que estaba atando cabos a toda velocidad; algo que se confirmó cuando inclinó la barbilla hacia el pelo de su hermana menor y susurró, abatido—. Era el contacto del que me hablaste ¿verdad?

Elaine asintió, con el rostro contraído de dolor.

—Se acabó. Ban está perdido... —sollozó, derrotada—. Se acabó...

—Eh, no digas eso —la regañó Ken, con más amor fraternal que violencia—. Lo salvaremos ¿de acuerdo? Sólo... tenemos que dar con la manera... Aunque sea sin “él”.

—Tengo miedo, Ken —gimió la joven, desesperada—. No sé qué hacer...

—Lo sé, ni yo tampoco. Pero debemos tener fe —insistió su hermano, tragando saliva acto seguido—. Además... Elaine, tengo que contarte algo.

No sé si será relevante para el caso, pero...

La muchacha alzó de inmediato la vista, expectante.

—¿Qué? ¿Qué es? —quiso saber, ansiosa.

Sin embargo, no le gustó nada la expresión de su hermano cuando volvió a hablar.

—Anoche asaltaron la mansión de Trebes.

—¿Qué? —se escandalizó Elaine, dando un respingo en el sitio que cortó su llanto casi de inmediato—. ¿Cómo? ¿Quién? ¿Por qué?

—No lo sé, Elaine —admitió él, con idénticos pesar y angustia—. Me ha llamado Carlton esta mañana, alertados por los vecinos de la finca contigua. Al parecer, vieron humo y llamaron a los bomberos. La policía está allí y...

—La policía no nos ayudará en esto, hermano —declaró Elaine, interrumpiéndolo con rudeza.

—¿Por qué lo dices? —inquirió él, inseguro.

La joven se obligó a respirar con normalidad.

—Si fuera así, sabrían que Ban no ha hecho nada —insistió, ronca.

Ken suspiró y se mesó el pelo con clara indecisión.

—Seguramente es todo una encerrona de Goliath para chantajearnos —aseguró acto seguido, casi para sorpresa de su descorazonada hermana menor. Aunque dicho sentimiento se transformó en hondo cariño cuando Ken apostilló, severo—. Encontraremos las pruebas, El. Te lo prometo. —Aun así, ella negó con la cabeza como primer impulso, encogida de nuevo dentro de su abrazo como si estuviese en posición fetal—. Elaine... —la llamó entonces, inseguro.

—No puede ser, Ken. No quiero creerlo —sollozó la joven, por enésima vez.

Sin quererlo y a pesar de todos los ánimos de sus seres queridos, pensar que el artífice de su posible salvación estaba muerto hacía que le doliera hasta el alma. Mucho. La impotencia y la desesperación hacían que su cuerpo pareciese estar rompiéndose en mil pedazos al mismo tiempo, algo que ni siquiera sus ejercicios de respiración de siempre parecían aliviar. Y sentía que sólo podía llorar hasta que el mundo se acabase si hacía falta... Porque, hiciera lo que hiciese, Ban no volvería con ella nunca más.

—Eh, vamos. Saldremos de esta, ya lo verás —trató de animarla Ken, aunque con algo menos de convicción—. Yo...

El joven, no obstante, maldijo con suavidad en el momento en que su teléfono sonó con estridencia en su bolsillo. Mientras Elaine se mantenía acunada contra su costado, el heredero Forest descolgó con cierta rudeza. Sin embargo, cuando su voz bajó hasta ser apenas un susurro, Elaine se atrevió a abrir un poco los ojos y encararlo, dentro de su agitación. Y no le gustó nada el gesto tenso de su mandíbula mientras escuchaba lo que le decían al otro lado.

—Sí, claro. Enseguida bajo —murmuró entonces él, con cierta ira contenida.

Con esfuerzo, la joven se incorporó para ponerse a su altura. Pero, cuando preguntó quién era, la respuesta casi la hizo desmayarse de nuevo a causa del terror.

—Era... Barrows —expuso, con aire dubitativo—. Dice que... Goliath ha venido a verme.

La joven, por su parte, se echó las manos a la cabeza de inmediato al escucharlo, angustiada. Sin embargo, enseguida notó cómo una de las manos de su hermano se enlazaba con la suya y la bajaba, con dulzura y firmeza al mismo tiempo. De hecho, sus ojos reflejaban una serena determinación cuando la obligó a encararlo sin violencia.

—Tú quédate aquí ¿de acuerdo? —susurró, amoroso como pocas veces en las últimas semanas. Y, ante su inmediato intento de protesta, agregó en el mismo tono—. ¡Eh! No te preocupes, Elaine. ¿De acuerdo? No puede hacernos nada. No “va a hacernos” nada. Te lo juro. —Ken alzó entonces la barbilla como para enfatizar sus palabras y agregó—. Aunque sea lo último que haga, ese pedante no tocará el legado de papá si puedo evitarlo.

Con un escalofrío, aunque un poco más serena, Elaine aceptó con lentitud.

—Hermano —lo llamó no obstante, cuando él ya se alejaba hacia la puerta, haciendo que se volviera—. Aun así... Ten cuidado ¿vale?

Él sonrió con una extraña confianza.

—Siempre —le aseguró, antes de apostillar en voz baja—. Palabra de Forest.

Lancaster siempre había sido una de las ciudades favoritas del agente Jack Maelstrom. Sus monumentos antiguos, algunos restaurados tras ser usados como almacenes en la Guerra de los Recursos; y otros, la mayoría, para albergar instituciones sociales, daban a la pequeña ciudad medieval un

aspecto algo distópico. No exento, por otra parte, del mismo mágico encanto que debía de tener hasta un siglo antes. No obstante, esta vez el policía avanzó despacio por las calles del centro histórico, en dirección a la zona este de la población. Buscaba una calle concreta, una dirección que hacía cierto tiempo que no visitaba. Aun así y como cada vez, al llegar al extremo de Aberdeen Road, Maelstrom no pudo evitar sentir cierta impotencia. Aquellas casas oscuras, sin adornos e iguales una detrás de otra lo deprimían aunque no quisiera, acostumbrado al lujo y afán de apariencia de su ciudad de origen.

Cuando llegó al número cuarenta y siete de la calle, antes de llamar a la puerta, el hombre respiró hondo varias veces. Después de todo lo sucedido, no sabía cómo lo recibirían, pero tenía que intentarlo. Tras los primeros dos golpes sobre la madera, ni fuertes ni demasiado débiles, los primeros pasos al otro lado tardaron en escucharse apenas dos segundos. Cuando la puerta se entreabrió, lo primero que asomó por la rendija fue un rostro pálido de unos treinta y cinco años, enmarcado por un corto cabello todavía rubio e iluminado por dos ojos de un curioso color violáceo. Los cuales parecieron abrirse de par en par en cuanto vieron quién esperaba frente a su umbral.

—¿Jack? —musitó, como si no lo creyera.

Maelstrom sonrió con camaradería.

—Ronan. Cuánto tiempo.

El rubio cambió el peso de un pie a otro, como si no supiera bien qué hacer, pero tampoco lo invitó a pasar de primeras.

—Desde luego, hace mucho —confirmó, cruzándose de brazos—. ¿Qué quieres?

El agente de incógnito alzó las manos, en actitud conciliadora.

—Sólo hablar con Marian, si es posible —pidió, cortés.

Tras dudar durante otro par de segundos tensos como piel de tambor, el hombre del interior asintió y abrió del todo la puerta.

—Está bien, pasa —concedió, invitándolo a seguirlo—. Voy a llamarla.

Jack lo agradeció con una inclinación de cabeza; antes de limpiarse los zapatos en la alfombrilla y, después, quitárselos junto a la puerta. Cuando esta se cerró tras él, avanzó tras la estela de Ronan, que ya había desaparecido en dirección al salón. Cuando traspuso el umbral de este, una figura femenina de unos treinta años apareció por el extremo opuesto, procedente del fondo de la casa.

—Jack. Qué sorpresa verte por aquí —lo recibió, cordial, aunque con un punto de suspicacia que Maelstrom detectó sin esfuerzo—. ¿A qué has venido?

A lo que el agente le devolvió el gesto y pronunció, sin tapujos:

—Hola, Guinevere. En realidad, vengo a pedirte un favor.

La mujer Fairmont, abandonando su personaje de mujer rural en un instante, esbozó entonces una mueca mucho más interesada.

—Intuyo que el momento ha llegado, entonces —aventuró, sin alzar la voz y con un claro interés rielando en sus ojos azules. Maelstrom asintió. Así, su interlocutora invitó al recién llegado a sentarse en un sofá y a comenzar a hablar—. Muy bien, mi querido Samael. Entonces, soy toda oídos.

Cuando Ken llegó a la sala de reuniones, su asistente ya había acomodado al joven Fairmont en uno de los asientos y ambos aguardaban. En cuanto se adentró por la puerta, Barrows se despidió con una formal inclinación de cabeza y salió en silencio.

—¡Ah! Mi querido Kenneth —pronunció Goliath, levantándose y aproximándose unos pasos con aire desenfadado, las manos en los bolsillos y una sonrisa—. Cuánto tiempo.

Ken respiró hondo para obligarse a mantener la cabeza fría, por Elaine y por él mismo.

—Goliath —lo recibió; frío, pero cordial—. ¿Qué haces aquí?

—Oh. Sólo venía a saludar y ver cómo estabas —repuso el otro joven, jovial—. Ya sabes... por lo del novio delincuente de tu hermana y eso...

Ken se obligó a no delatarse, mientras le sostenía la mirada sin pestañear.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó, sin alzar la voz.

A Goliath, por lo visto, le sorprendió que él fuera consciente de ese hecho y no se inmutara más allá; pero apenas lo dejó traslucir un instante antes de sonreír con falsa modestia.

—Bueno, uno tiene sus formas de enterarse de las cosas que ocurren en el barrio ¿no crees?

Ken apretó los puños con discreción a su espalda.

—¿Qué quieres? —inquirió, monocorde.

Goliath, por su lado, parecía disfrutar con aquello.

—Ayudarte. Sabes que conozco lo que supone tu situación actual, mejor que nadie; y lo que puede llegar a ocurrir si, ya sabes... —Hizo un gesto elocuente que puso los pelos de punta al primogénito Forest—. La gente se entera de que tu hermana ha tenido relación con un asesino.

—Ban es inocente.

Su interlocutor lo miró con evidente pasmo ante su seca afirmación, de arriba abajo, antes de soltar una sonora y despectiva carcajada.

—Por favor, Ken. Ningún sureño es inocente y los dos lo sabemos —lo sermoneó, en un tono que disgustó profundamente al aludido—. O eso, o ese ladronzuelo te ha engatusado a ti también. —Cuando su gesto se tornó desdeñoso, el aludido tuvo que hacer un esfuerzo por no echar a aquel fante de la sala de inmediato—. Kenneth, desde luego: te hacía de otra pasta.

—¿Quieres decir como tú o tu padre? —contraatacó este entonces, con suavidad—. Como con Guinevere...

Goliath apretó los labios, con lo que Ken sospechó que acababa de dar en un doloroso blanco.

—Por desgracia, ella no quiso ser razonable —masculló aquel, irritado.

—¿Puedo preguntarte qué tienes contra Ban, Goliath? —quiso saber Ken, cambiando de tema.

—¿Necesito razones? —repuso el otro, en el mismo tono.

Ken entrecerró los ojos.

—Habiéndolo conocido en persona, lo reconozco: sí.

Quizá unas semanas atrás su respuesta hubiese sido muy diferente. Pero, después del cumpleaños de Dana y aunque quisiera negarlo, algo había cambiado en él. Sólo esperaba no equivocarse...

—Ya que lo preguntas, mató a mi hermano hace cinco años —dijo entonces Goliath, haciendo a Ken brincar en el sitio con sorpresa—. Aunque la policía hizo la vista gorda y nunca se hizo justicia...

El heredero Forest, reponiéndose a toda velocidad, meditó sobre aquello mientras sospechaba sin esfuerzo que había gato encerrado. ¿Otro cargo de asesinato, casualmente de Goliath contra Ban? No podía ser fortuito... Y dudaba de que el bailarín sureño, dentro de su origen o sus circunstancias, tuviese verdaderos motivos para atacar al magnate; fuera como fuese.

«Con que no ¿eh? Y la tomaste por tu cuenta...», rumió Ken, hirviendo de rabia por dentro en un instante.

—Ya veo. Y ¿qué ganas tú con este alarde de generosidad? —inquirió con calma, no obstante, sin alzar la voz.

Goliath, por su parte, se encogió de hombros con aparente displicencia antes de alzar sus ojos esmeralda hacia él.

—Bueno, venía a hacerte una oferta que creo que aceptarás, si sabes lo que te conviene —lo informó, en el mismo tono empleado por él. Después, se aproximó un par de pasos hasta estar a apenas medio metro de distancia del joven Forest—. Sé que has encontrado la solución al reciclaje de residuos nucleares —susurró entonces, en un tono que a Ken le puso los pelos de punta— y quiero ser el propietario mayoritario de ese descubrimiento.

El presidente de Forest Energies apretó los puños, sin querer rendirse a pesar de todo a la dolorosa realidad de saber que todo lo que le había contado Elaine de uno de los suyos era cierto. ¿Cómo podía haber estado tan ciego durante tantos años?

—Jamás —rechinó, furibundo—. Prefiero hundirme antes que entregar el trabajo de mi padre, sea a quien sea. No.

Goliath, para su mayor incomodidad, compuso una sonrisa condescendiente que no le gustó nada.

—No estás viendo la situación con claridad, Kenneth —lo reconvino, suave pero dañino—. ¿Te has parado a pensar lo que supondría si tu hermana defiende públicamente a un asesino? Si ¿sale a la luz que estaban juntos? —Su mueca se convirtió en una de pura conmiseración—. En serio. Lo digo por tu bien...

Ken, sintiendo que había oído suficiente, se contuvo a duras penas de abofetearlo y retrocedió un paso.

—Gracias, Goliath. Pero sé muy bien lo que me conviene —le espetó, al tiempo que le señalaba la puerta con educación—. Ahora, lárgate.

El otro magnate no obedeció, limitándose a mirarlo con obvia contrariedad.

—Te arrepentirás, Kenneth —lo amenazó, caída ya la máscara de cortesía.

Sin embargo, el joven Forest había tomado una decisión. De ahí que lo encarase una última vez y siseara, abandonado todo protocolo:

—Vete al infierno, Goliath.

El aludido sonrió con perfidia antes de, esta vez sí, pasarlo de largo y avanzar hacia la puerta.

—Créeme, amigo. Tú lo vas a conocer muy pronto... —le advirtió, con una mueca peligrosa en el rostro—. Aun así, soy generoso: tienes cuarenta y ocho horas para decidir si aceptas mi propuesta. No las desperdicies ¿de acuerdo?

Ken no respondió, furioso como estaba. Goliath tampoco agregó otra palabra, por lo que el joven de ojos castaños se limitó a observar con los puños apretados cómo el otro magnate se alejaba y salía de la sala con parsimonia. No obstante, en cuanto desapareció de la vista, Kenneth Forest exhaló todo el aire de sus pulmones de golpe y salió asimismo del salón de reuniones, corriendo casi sin pretenderlo hacia el ascensor. Tenía que contarle las novedades a Elaine cuanto antes. De hecho, antes de entrar al pequeño cubículo, el joven Forest tuvo una idea y marcó un número que conocía de memoria. Si iban a seguir adelante con su plan, había alguien más que debía estar informado. Una persona de confianza que era casi un hermano para Ken y que, aparte, nunca rechazaba compartir una buena comida en la Torre si surgía la ocasión...

—Entonces ¿vino de verdad a intentar chantajearte?

Como Ken anticipaba, Harvey no había dudado un instante en aceptar la propuesta de ir a almorzar con Elaine y con él. Tras haber encargado comida al catering del comedor de empleados y unos minutos después de la llegada del futuro ingeniero informático, el joven heredero había guiado a los otros dos hacia una terraza situada en el lado opuesto al ático Forest, casi colgando sobre el mar de edificios plateados de alrededor.

—Sí, pero le dije que se fuera al infierno. No podía hacer eso —replicó Ken, convencido, entre tenedor y tenedor de ragú, la mirada fija en el horizonte.

—Gracias, Ken —susurró entonces Elaine, agradecida. El joven se giró hacia ella y la contempló como lo que ya era: una mujer hecha y derecha. Sólo que él no había querido verlo hasta aquel instante—. Por todo.

Él sonrió sin esfuerzo.

—De nada, hermanita. Pero, ahora, tenemos que conseguir su declaración de verdad —apostilló, dando vueltas a su copa de vino blanco mientras pensaba—. ¿Cómo va el micro, Harv?

Para su desazón, este negó con la cabeza.

—No he podido apenas empezar y tengo que pensar bien en el tamaño, así como que sea lo menos detectable posible. ¿Cuánto tiempo tenemos?

Ken suspiró.

—Me ha dicho que tenemos cuarenta y ocho horas para aceptar la propuesta —rezongó, apesadumbrado.

—Y ¿si no? —preguntó Elaine, temerosa.

Ken tragó saliva.

—Supongo que intentará arruinar nuestra reputación aireando que tenías relaciones con un asesino —musitó.

La joven pareció encogerse en el sitio.

—Pero... Si apenas... —balbuceó—. Quiero decir...

Ken, a pesar de que aún le costaba digerir ciertas cosas en el fondo sobre su dulce hermanita pequeña, no pudo menos que entender a qué se refería, con cierto pesar y alivio a partes iguales.

—Aun así, creo que eso le dará igual —aseguró, lúgubre—. Si la mujer que vino a verme y supuestamente Ban mató trabaja para él, Goliath sabe que estuvisteis en el ‘Settimo Pecato’ y tendrá vuestras fotos. Las mismas que me entregó a mí.

Harvey, a su derecha, observó entonces a Elaine con una ceja enarcada.

—¿Entonces, El? Tú y Ban...

Ken vio entonces cómo su hermana se ponía roja hasta las orejas antes de asentir.

—Salimos a comer un día y, después... Bueno, un par de días después —se corrigió ella de inmediato—. Siento no haberte contado apenas nada hasta ahora, Harv. Ni a ti, Ken. Con todo lo ocurrido, yo...

Harvey se encogió de hombros con naturalidad, según su costumbre y sin molestarse por no haber sabido sobre ello antes; al menos, más allá de una sonrisa que parecía encantada por alguna razón. A Ken, por su parte y aunque le escociera sentir que ella no confiaba en él en ocasiones, terminó asintiendo también sin darle mayor importancia.

—No te preocupes. Eres feliz con él y te adora —estableció, sin acritud—, con eso me basta.

Para su alivio, Elaine sonrió con cariño y agradecimiento a partes iguales. Harvey, para su mayor vergüenza, silbó entre admirado y socarrón.

—Vaya, vaya... ¿Qué ha pasado con el recto Kenneth Forest que me encontré al volver de Londres?

El aludido enrojeció a su vez, sabiendo que en el fondo se había comportado como un idiota.

—Entonces... igual podemos confiarle tu secreto también ¿no, hermano? —bromeó Elaine en ese instante, para su leve sobresalto, mientras le guiñaba un ojo pícaro.

Ken se puso tenso por costumbre; pero al final cedió a confesar ante su mejor amigo que, gracias a su hermana y a Ban, había conocido también a alguien. Durante varios minutos, sus dos interlocutores se dedicaron a chincharlo sin aparente maldad sobre su relación con Dana, aún en ciernes. Sin embargo, cuando terminaron de hablar sobre el día de su cumpleaños, el buen humor de Elaine se desvaneció como por ensalmo.

—Qué mal corazón tiene Goliath, de verdad —apostilló entonces, mirando hacia el lejano Kent—. Y qué mal perder.

—Desde luego —coincidió Harvey—. Pero, no te preocupes, El. Saldremos adelante y sacaremos a tu chico de ahí.

—¿Estás seguro?

Su mejor amigo se rio, como si fuese evidente.

—Somos Altos. ¿Qué hay que no podamos conseguir?

Ken, a su pesar, lo coreó y su hermana hizo otro tanto. Porque, era cierto, los “Altos” podían lograr muchas cosas. Pero, por primera vez, Ken dudaba seriamente de poder hacerlo para la única persona que le importaba más que nada en el mundo. Aun así, lo consoló ver que, por debajo del sarcasmo, Harvey parecía también enfadado por la situación; y el heredero Forest intuía que no era sólo por el chantaje. Sin embargo, toda cháchara se interrumpió cuando el móvil de su amigo de infancia vibró sobre la mesa, haciéndoles dar un respingo simultáneo. Y, aun así, lo más sorprendente fue la cara del joven cuando se inclinó para leer el mensaje.

—¿Qué es esto? —farfulló, la vista fija en la pantalla.

—¿Qué ocurre, Harv?

Ante la pregunta de Elaine y tras apenas un segundo de duda, el joven le tendió el aparato para que lo viese. Y el ceño de ella se frunció de igual manera, antes de que sus ojos se abrieran al máximo con expresión incrédula.

—Espera un momento. No puede ser... —susurró.

—¿Qué pasa? ¿Lo reconoces? —preguntó Harvey, interesado.

Ken se inclinó hacia delante, curioso, y su hermana empujó enseguida el dispositivo para que los tres pudieran ver aquel globo en medio de la pantalla.

*“Mañana por la noche, el cuervo deberá volver al bosque.
Debemos darnos prisa.
El león es la clave.
Cuando la luna esté en su cenit, mirad al este”.*

Debajo del mismo había una serie de números que ninguno supo descifrar a simple vista. Sin embargo, los dos hombres presentes fueron los primeros en alzar la mirada cuando escucharon la voz de la única fémina presente:

—“El león es la clave” —repitió esta, como si a ella aquel mensaje le dijese algo, antes de levantar la cabeza y sacudirla con expresión aturdida—. Pero... No puede ser...

—¿Qué sucede, El? —preguntó entonces Ken, angustiado por verla en aquel estado—. ¿Qué significa ese mensaje?

Ante la pregunta, la joven pareció volver a la realidad de golpe y lo miró. Pero Ken no estaba preparado para lo que escuchó a continuación:

—Significa, hermano, que la esperanza no se ha esfumado aún. —Y, ante su evidente perplejidad y la de Harvey, su rostro se iluminó con una sonrisa emocionada y susurró—. Porque, si no me equivoco, esta es una señal clara de que Samael sigue vivo.

La trampa perfecta

A aquella hora de la noche, la luna refulgía sobre las torres de la Zona Alta, haciéndoles parecer largas agujas de plata. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, Manuel no se atrevía a entretenerse en admirar el espectáculo. Nervioso, paseaba de un lado a otro junto a la esquina este de un edificio de oficinas de seguros, apenas oculto por las sombras de los árboles que bordeaban un parquecito cercano. Cuando Terri salió de una penumbra cerca, Manuel suspiró. Tras asegurarse que ella lo había visto, se ocultó más en la penumbra y esperó a que ella alcanzase su posición. En cuanto lo hizo, el hombre no dudó un segundo: la atrajo y la besó con pasión, a lo que ella correspondió.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo —la instó él, tirando de su mano. Pero Terri sólo lo hizo a trompicones, como si todavía dudase.

—Manu, tengo miedo —reconoció, en apenas un susurro junto a su chaqueta.

El hombre suspiró, impaciente y nervioso como pocas veces en su vida, antes de frenar casi sin quererlo y encararla, las manos sobre sus finos hombros.

—Ter, es nuestra única oportunidad —insistió, vehemente—. Además, si Goliath se entera de que nosotros no matamos a Samael...

—¿Podemos confiar en él? —susurró ella, antes de retomar ambos su carrera por la acera en penumbra.

Manuel asintió sin convicción y sin dejar de mirar a su alrededor con infinita cautela.

—Es nuestra única opción —reiteró—. Como él dijo, Goliath jamás nos dejará estar juntos. Y lo siento, Ter. Pero estoy cansado de esperar.

Un suave apretón de su pequeña mano le dio la indicación de que ella sentía lo mismo.

—Ojalá tengas razón y esté vivo, Manuel. Si no fuese así...

El hombre, en ese instante, tiró de ella hacia una esquina cercana y los parapetó a ambos para besarla de nuevo. Él temía lo mismo, en el fondo, pero prefería arriesgarse a aferrar un clavo ardiendo que seguir siendo la marioneta de un déspota.

—Pronto seremos libres, mi amor —le prometió entonces en un susurro deseoso—. No lo dudes.

—¿Lo prometes? —susurró ella, casi entre sus labios.

Manuel asintió con convicción.

—Lo juro.

—Vaya, vaya...

Los dos amantes dieron un respingo inmediato y se pusieron en posición defensiva al escuchar aquel vozarrón tras ellos, aunque sólo se estremecieron de verdad cuando vieron su enorme silueta salir de un callejón cercano.

—Dolor... —siseó Manuel, parapetando a Terri tras él como por impulso.

El gigantón sonrió, sus dientes amarillentos reluciendo en la noche como los de un predador salvaje.

—Hola, Manu. ¿Qué tal? —saludó, con sorna—. ¿Dando un paseo de parejita a la tenue luz de la luna?

—Dolor, déjanos marchar —le rogó, tratando de mantenerse todo lo firme que fue capaz.

El aludido, por su parte, hizo un gesto de falsa disculpa, como si en realidad no pudiese cumplir con su petición.

—¡Oh! Lo siento, Manu. Pero no puedo hacer eso —lo informó, en un tono que desmentía del todo su lástima—. Porque ¿qué diría Goliath?

—Ese idiota es un tirano —escupió entonces Terri—. Nadie merece estar esclavizado bajo el yugo de alguien como él.

Dolor, la miró con expresión peligrosa, sin responder ni dejar de avanzar hacia ellos. Para su desgracia, Manuel y ella estaban con la espalda contra una esquina entre dos edificios y tenían pocas salidas que el gigantón no pudiese bloquear con facilidad.

—¿Sabes, Terri? No tienes de qué preocuparte. Estoy segura de que, si te arrepientes, Goliath será benevolente contigo... —comentó Dolor, como si quisiera ser conciliador sin lograrlo—. Ven conmigo...

—No la toques, cerdo —rechinó entonces Manuel, al ver que el matón echaba una mano en su dirección.

Sin embargo, cuando el gigante lo sujetó de un brazo, visto y no visto y lo apartó a un lado, el hombre de pelo caoba apenas pudo resistirse a su empujón. Mientras Terri chillaba de terror ante la embestida de aquel enorme ser, Manuel golpeó el suelo de manera bastante dolorosa. Por el rabillo del ojo, vio entonces cómo la mujer intentaba defenderse por todos los medios, aprovechando su tamaño y agilidad respecto a la inmensa talla de Dolor. Pero este, igualmente versado en técnicas de lucha, logró esquivarla las suficientes veces como para lograr aprisionarla entre sus brazos al cabo de un par de minutos de pelea. Uno de ellos se empezó a cerrar enseguida y de forma peligrosa en torno a su garganta, haciéndole jadear.

Fue entonces cuando Manuel, rabioso, se alzó del suelo con esfuerzo y se lanzó con un grito hacia Dolor. Este movió enseguida una mano para detenerlo, intentando alcanzar su garganta. Cuando sus pieles se rozaron, Manuel aprovechó la ocasión y sacó de su espalda una navaja que siempre llevaba allí escondida. Para sorpresa del hombretón, la lanzó entonces contra su antebrazo, abriendo un tajo en la piel y haciendo aullar de dolor a Dolor.

Este lo soltó por puro instinto, aunque sin dejar de estrangular a Ter y tratando de golpear acto seguido al antiguo vigilante de los Caballeros. Pero este consiguió zafarse de su puño, que volaba en dirección a su rostro, antes de hundir la navaja sin dudar en el costado del gigantón. Así, Manuel logró que Dolor soltase a Ter, la cual cayó jadeando sobre la acera. El matón se inclinó, sujetándose la herida del lateral, antes de tratar de abalanzarse sobre Manuel. Pero este, con una súbita frialdad, regateó entonces hacia la izquierda. Cuando el gigantón estuvo a tiro, lanzó la navaja directa hacia su yugular.

Como Manuel intuía, el filo penetró sin esfuerzo a través de la piel y la carne, hincándose sin ruido en su objetivo. Al hacerlo, un chorro de sangre saltó de inmediato desde la herida, ante la estupefacción del agredido. El cual abrió mucho los ojos, boqueó a causa de la sorpresa; y, un instante después, cayó al suelo cuan largo era. No obstante, Manuel y Terri apenas se movieron hasta que el cuerpo no dejó de convulsionar, quedando frío e inerte sobre la oscura acera.

—Manuel —gruñó la mujer, a duras penas, todavía intentando recuperar el resuello sin lograrlo del todo—. ¿Qué...?

Pero él limpió la navaja, la guardó de nuevo y se acercó a levantarla sin emitir otra palabra. Aunque, antes de tirar de ella hacia la oscuridad, se demoró en tomar la mano del moribundo Dolor y sacar el anillo dorado del león de su grueso anular.

—Vamos, Ter —le indicó entonces a su amante. Pero, viendo su rostro aún perplejo, le tomó la barbilla y la besó; buscando transmitir una calma que ni él sentía, ahora menos que nunca—. Con suerte, este será el principio del fin —apostilló, antes de tirar con suavidad de su mano—. Ahora, vamos a buscar a Samael.

Aquella mañana, Zachary tuvo que obligarse a respirar hondo varias veces antes de atreverse a acudir al despacho de Goliath Fairmont. Las noticias que portaba en los brazos, fuera como fuese, no eran buenas. Sólo esperaba que no hubiese trascendido aún a la prensa... o la ira de su amante sería aún peor. Si había algo que Zachary no soportaba era sufrir la rabia de Goliath; no como les sucedía a algunos otros incautos...

—Adelante —lo invitó el presidente de Fairtech, cuando llamó a la puerta y se asomó apenas al interior de la oficina.

—Buenos días, Goliath.

El magnate, para su ligerísima tranquilidad, mostraba una sonrisa orgullosa que Zachary intuía debida a su confianza en que Kenneth Forest cedería a su chantaje. Aquello significaba que no había escuchado las malas noticias aún y, por un momento, Zachary estuvo tentado de no decir nada al respecto. Aunque, si lo pensaba en frío, sabía que sería mucho peor si Goliath se enteraba por terceros.

—Traigo noticias, jefe —murmuró, educado, antes de cerrar tras de sí.

Goliath, por su parte, lo miró con la cabeza ladeada como si no terminase de creer en aquella actitud; menos todavía estando a solas.

—Zach. Mi querido Zach —susurró, meloso, antes de acercarse para besarlo con intensidad. Zachary contuvo un escalofrío al pensar en cómo podía cambiar la situación en un segundo si le contaba lo ocurrido, pero se dejó hacer—. ¿A qué viene esa cara tan seria? —ronroneó entonces Goliath, seguido de un pequeño puchero—. Vamos, sabes que puedes contarme lo que sea...

El informático tragó saliva antes de enfrentar su mirada, sin estar seguro de la veracidad de esa afirmación a pesar de todo.

—Traigo “malas” noticias —incidió. Como suponía, el gesto de su amante se arrugó en un abrir y cerrar de ojos, pero no fue nada comparado con su expresión facial cuando confesó—. Dolor ha muerto, jefe.

Goliath se apartó, con la misma rudeza que si lo hubiesen pinchado.

—¿Cómo dices? —inquirió, al cabo de varios segundos tensos como la sogá de un ahorcado.

Zachary, por su lado, suspiró; rendido a lo que tuviese que venir, pero deseando que no llegase con todas sus fuerzas.

—Hemos recibido información de que han encontrado su cadáver a pocos metros de aquí. Un viandante temprano que acudía al trabajo —aclaró, contrito. Goliath maldijo entre dientes, echándose la mano al rostro y apretándose el puente de la nariz—. Y... Terri y Manuel tampoco han reportado desde anoche.

Goliath resopló.

—Panda de inútiles —gruñó, con clara irritación. Antes de, para susto de Zachary, apartar de golpe todos los papeles de la mesa con un barrido de los brazos—. ¡Inútiles! ¡Estúpidos! —aulló entonces Goliath, desaforado—. ¿Es que no puedo confiar en nadie, maldita sea? ¡No! ¡Todos tenían que abandonarme! —resopló, hundiéndose en el sofá con gesto irritado.

Zachary, en un arranque de compasión y ternura, se acercó para arrodillarse junto a él e intentó tomarle una mano. Generalmente, era un truco que funcionaba.

—Goliath, tranquilo... —le susurró.

Pero, para su dolor y sorpresa, el magnate apartó los dedos de inmediato como si quemara. Después, lo miró con un desprecio que el joven informático no recordaba haber recibido de su parte en todo el tiempo que llevaban juntos.

—Lárgate, Zachary —rebufó entonces el pelirrojo—. Encuéntrame a esos dos tortolitos del demonio y tráelos ante mí.

—Goliath... —susurró su amante, inseguro.

—¡Ya!

Dos letras. Una sola palabra que resonó en el atestado despacho con la fuerza de un latigazo. Zachary boqueó un instante, sin creer aquel desprecio. Sin embargo, al comprobar que la situación era muy real, más de lo que desearía, se alzó muy lentamente del suelo y se giró. Pero fue el primer sorprendido cuando, antes de retirarse, estalló sin poder contenerse:

—¿Por qué, Goliath? ¿Por qué no me dejas ser el que te ayude?

El aludido se giró muy despacio hacia él, con gesto incrédulo.

—¿Es que no me has oído? —vocalizó, en el mismo tono que si Zachary fuese estúpido.

Este, por su parte, decidió jugarse el todo por el todo por primera vez en aquellos años.

—Yo te quiero, Gol. Yo jamás te traicionaría —le recordó, apasionado—. Pero no me dejas ayudarte...

No fue capaz de decir nada más. De un momento a otro, mientras Zachary aún tenía la boca abierta, el otro joven se levantó y lo abofeteó sin piedad. Por una décima de segundo, el ambiente pareció congelarse alrededor de los dos amantes. Al menos, antes de que el presidente de Fairtech se aproximase unos centímetros, con el rostro rojo de contrariedad.

—Cállate, escoria —le siseó, muy cerca de la piel enrojecida del otro hombre—. Tú ¿me quieres? Iluso —le escupió, sin aparente piedad—. Como todo el mundo en esta jodida empresa debería hacer —lo amonestó a continuación, haciendo que el informático se encogiese en el sitio, dolido—. No eres nadie. Sólo eres un iluso que me deja darle por el culo de vez en cuando y disfruta con ello. —Zachary inclinó la barbilla, sintiendo la vergüenza apoderarse de cada fibra de su ser. No podía ser cierto, pero lo parecía. Goliath, por su parte, sacudió la cabeza con disgusto ante su aparente falta de reacción—. ¿Qué te pensabas?

—Yo, yo... —tartamudeó Zachary, sin ser capaz de decir nada más.

De repente, era como si su cerebro se hubiese quedado en blanco, tan anonadado como estaba por todo lo ocurrido en los últimos minutos. Goliath debió suponer, visto su silencio, que no tenía más que decir.

—Lárgate —le espetó, haciendo un gesto brusco hacia la puerta y dándole la espalda, casi en el mismo movimiento—. Haz lo que te he pedido si no quieres acabar también en el Kent. ¿Me has oído?

El acobardado informático, por supuesto, se retiró de inmediato tras aquella amenaza. Rendido y conteniendo las lágrimas de decepción a duras penas, el joven Griffin sentía la amargura de la ceguera y la credulidad rota ascendiendo por su garganta como bilis, mientras se dirigía hacia el exterior de la Torre y se iba directo a su apartamento. Pero ni siquiera se sorprendió cuando, nada más llegar, su mano sacó el móvil y marcó un número que conocía casi de memoria.

—¿Diga? —sonó una voz algo somnolienta al otro lado.

—Hola, Mal. Soy yo —Su hermano resopló, pero no contestó—. Escucha... ¿Te pilló en mal momento?

—No, qué va. Sólo me acabas de levantar de la cama —rezongó Malcolm al otro lado, con clara molestia—. Pero bueno... Para bien o para mal, tu jefe me ha chapado el curro, así que supongo que no me importa despertarme antes de tiempo.

Zachary suspiró con hondura. Era consciente del efecto que Goliath tenía en su hermano mayor, pero no sabía cómo admitir que justo lo llamaba por eso.

—¿Cómo estáis? —intentó lanzar la conversación, conciliador.

—¿Qué coño quieres, Zach? En serio, no tengo toda la mañana.

El más joven de los hermanos Griffin tragó saliva, sentándose en el borde de la cama.

—He discutido con Goliath.

—Pse. Ya era hora.

—Sí, tú ríete —contraatacó entonces Zachary, molesto y casi sin pararse a pensar en lo que iba a decirle—. Pero tú no estás bajo su sombra. No sabes lo que es...

Para su temor, Malcolm no respondió. De hecho, tardó tanto en hacerlo que Zachary casi pensó que la comunicación se había cortado.

—¿Qué ha pasado, Zach? —preguntó al final.

Había hablado en un tono tan bajo que el más joven tuvo que forzar el oído para escucharlo; pero, cuando lo entendió, sólo pudo resoplar con impotencia.

—No sé qué más hacer, Mal. Te lo digo en serio —murmuró, agotado—. Quiero hacer las cosas bien, ser el mejor en mi trabajo y ser un buen amante para él, pero... —Ignoró el sonido asqueado de su hermano mayor al otro lado y culminó—. Sólo quiero poder hacerle feliz.

—Zach... —suspiró Malcolm, con aire también cansino—. Ya hemos hablado de esto. La verdad, no creo que alguien como Goliath jamás se conforme con nada que otros le puedan dar... —Hizo una pausa—. ¿Estás solo?

—Sí, estoy en mi apartamento. Estoy protegido.

Por si acaso y sabiendo los tejemanejes de Goliath, el joven había aplicado protecciones frente a escuchas e intrusiones indeseadas en su caro apartamento, entregado por su jefe al poco de entrar a trabajar. Al poco de...

—Bien, entonces escúchame con atención, Zachary. Sé que no quieres oír esto, pero me da la impresión de que Goliath sólo te está utilizando. —El hermano menor apretó los labios, pero no respondió. En su fuero interno, había una vocecita que le decía eso desde hacía tiempo—. Y, yo que tú, saldría de ahí en cuanto pudiera. Vuelve a formarte, intenta entrar a estudiar en Londres...

Zachary suspiró. Por supuesto, su trabajo no estaba avalado tanto por su formación como por su talento y habilidad, mejorados en apenas dos años de formación profesional antes de que Goliath Fairmont posara sus ojos en él.

—No es tan fácil, Mal —rezongó, notando él mismo la falta de convicción en cada una de sus palabras.

Su hermano, por otra parte, suspiró con algo menos de animosidad, o eso quería creer el más joven.

—Hacer lo correcto no siempre es fácil, Zach —le recordó Malcolm—. Pero siempre hay tiempo para considerar esa posibilidad.

Zachary se mordió el labio, inseguro. Tiempo, quizá, era lo que le faltaba.

—Ha sido un placer hablar contigo, hermano —le dijo entonces, sin acritud y cortando la conversación de golpe—. Gracias.

—De nada —repuso el otro, sin insistir y sin emoción en la voz—. Cuídate.

Zachary colgó, mirando el auricular durante un buen rato antes de tomar una decisión. Así, sin moverse del apartamento y asegurándose de abrir todas las aplicaciones de trabajo necesarias para demostrar que estaba en ello, el joven se dispuso a comenzar una búsqueda que esperaba que solucionara todas sus dudas. Con sus habilidades, se juraba que encontraría a Terri y Manuel. Tras su desertión, estaba más convencido que nunca de que había gato encerrado, pero algo en él quería respuestas. Y, de paso, le demostraría a Goliath de qué pasta estaba hecho.

El cazador cazado

—¿Estás segura de esto, Elaine? —susurró Ken, sin parecer del todo convencido.

La aludida suspiró, ajustándose la chaqueta por última vez frente a la puerta del apartamento.

—Sí, ya lo hemos hablado —insistió, sin mirarlo—. Tengo una buena corazonada.

Su hermano no replicó y Elaine deseó también tener más fe en todo aquello, a pesar de todo. Gracias al buen trabajo de investigación en la red de Harvey, buscando la forma más segura y camuflada de hacerlo, habían logrado averiguar que los números del críptico mensaje correspondían a unas coordenadas cerca de la frontera con los suburbios de Daleth, en el extremo más oriental de la ciudad. Elaine quería seguir como fuese su creencia de que Samael estaba vivo; pero, sabiendo que Goliath tenía un informático capaz de infiltrar la red de telecomunicaciones de una torre entera sin ser detectado, una parte de la joven también estaba aterrada ante la perspectiva de estar siendo conducidos a una trampa por el maquiavélico pelirrojo. De ahí que, aparte de todo, hubieran optado por camuflar todo lo posible su presencia. De hecho, cuando los tres alcanzaron el garaje a las once y diez de esa noche, ni siquiera Clarence estaba presente para conducirlos. Sería Harvey el que llevaría uno de los antiguos coches de la familia, un vehículo mucho menos llamativo que el reluciente Rolls Royce.

—¿Estarás bien, Ken? —preguntó entonces Elaine, volviéndose hacia su hermano.

Tras un buen rato de discusión durante el almuerzo del día anterior y ante la oposición inicial de Ken, los tres habían decidido que Harvey y Elaine serían los que irían a la cita, mientras que el presidente de Forest Energies se quedaría en la Torre para monitorizarlo todo. Harvey le había dado instrucciones para tener la llamada abierta durante todo el rato; por si algo sucedía, que pudiesen escucharlo. Si hubiera un problema, Harv y Elaine gritarían “cuervo”.

Por otra parte, tras recibir el mensaje, Harvey se había tirado toda esa tarde y parte del día siguiente trabajando en el micrófono. Para alivio de los tres, funcionaba tras hacer la prueba de un apartamento a otro, desde el de Elaine al de Ken; pero lo que no terminaba de convencer al futuro ingeniero informático era si pasaría una detección de metales o no, habitual en los accesos a edificios de todo Daleth. Aun así, los tres se consolaban pensando que, si Samael podía infiltrar el micro de alguna forma en Fairtech y arrancar una confesión encubierta a Goliath, sería suficiente. Al fin y al cabo, según Ken, en la sala de reuniones no había dudado en exponer sus cartas; quizá, sintiéndose a salvo. Y ese era el número al que apostaban todas sus esperanzas.

El recorrido hasta el lugar convenido se hizo eterno para los dos amigos, a pesar de ser apenas media hora de trayecto. Harvey conducía sin prisa, pero mirando a su alrededor más de lo normal. El reloj del coche marcaba las once y media cuando estaban a medio camino y la cita era a medianoche, la “luna en su cenit”. Elaine trató de contener su impaciencia en todo momento mientras salían de la Zona Alta, cruzaban el Kent, dejaban atrás el Centro y enfilaban los suburbios. La joven, por supuesto, jamás había estado en un lugar semejante. De inmediato, sintió una lástima no exenta de nostalgia al pensar en lo que habría sufrido Ban durante casi dos décadas, malviviendo en aquellos lares. Mientras Harvey aparcaba despacio junto al punto convenido —un almacén de aspecto destartado junto a un descampado oscuro— la joven se juró que, si sobrevivían a todo aquello, su futuro se dedicaría a buscar la igualdad de oportunidades para todas las clases sociales. Porque, a sus ojos, nadie debería vivir en semejante precariedad.

—¿Lista? —preguntó Harvey, cuando ambos se encontraron frente al capó del coche, encarando la esquina del edificio.

Elaine asintió, convencida y retornando sin esfuerzo al difícil presente. Llegados a ese punto, ya sí que no podía haber marcha atrás. A pesar de todo y aunque no lo dijese en voz alta, le alegraba tener a su mejor amigo al lado en aquel trance. Ella y él habían hablado de Ban, él lo había visto y había sido el primero en animarla a seguir apostando por él. Y aunque la joven aún no había tenido oportunidad de contarle su pasado en detalle, de cualquier forma, le agradecía que siguiera confiando en ellos.

Para su mayor emoción, cuando Harvey empujó la puerta con tiento, la joven atisbó una figura en la leve penumbra que reconoció sin esfuerzo. Ambos jóvenes se aproximaron con paso cauteloso hasta quedar a escasos cinco metros de distancia del desconocido. Sólo que, en este caso y ante la evidente sorpresa de Harvey, una Elaine más segura de sí misma que en toda su vida pronunció:

—Hola, agente Maelstrom. Cuánto tiempo.

Por supuesto, su mejor amigo la encaró en un segundo, intrigado de seguro por no ubicar aquel apellido. Sin embargo, Elaine se limitó a sostener la mirada al hombre canoso que tenía delante. Este, por su parte, sonrió sin asomo de sorpresa antes de bajarse la capucha.

—Señorita Forest —la saludó con exquisita educación—. Me alegro de que hayáis podido llegar los dos sanos y salvos.

La joven asintió, conteniendo a duras penas un suspiro de inmenso alivio; al descubrir que, en efecto, no se había equivocado.

—Por un instante, reconozco que perdí la esperanza —lo regañó, no obstante—. ¿Por qué no nos lo contaste?

Maelstrom ladeó la cabeza en aparente disculpa.

—Lo siento, Elaine. Pero...

—El... ¿Qué está pasando aquí? —interrumpió Harvey, abrupto.

Por supuesto, el mejor amigo de la joven rubia seguía alternando la mirada entre ambos, sin entender absolutamente nada de lo que ocurría. Ante lo cual, aquella decidió mostrar por fin sus cartas, ocultas a duras penas en su manga desde hacía más de dos días.

—Lo siento, Harvey. Pero no podía contarte nada hasta ahora —admitió, algo más contrita, antes de señalar a Maelstrom—. Este de aquí es Samael Hudson. O, mejor dicho, el agente Jack Maelstrom de la brigada antidrogas de la policía de Nueva Britania. Todo ha sido parte de su plan para hundir a la mafia de los Caballeros, de la que Ban es prisionero —resumió, sucinta—. O, bueno —incidió de inmediato, amonestando al agente apenas con la mirada—, “casi” todo...

El policía sonrió con amplitud y cierta socarronería no velada. El joven los miró de nuevo, inquieto a todas luces, y a Elaine le dolió un poco ver un ligero rechazo en sus facciones por sentirse utilizado. Pero, como la muchacha se había jurado hacía varios días, ya hablarían de ello cuando todos estuviesen sanos y salvos... Incluyendo a Ban.

—Volviendo a tu pregunta, Elaine: lo cierto es que siento no haberte contado esa parte del plan. —explicó entonces Maelstrom, ignorando el ceño fruncido de la muchacha—, pero pensé que tu reacción debía ser convincente.

En el fondo, ella estaba aliviada y el agente tenía que saberlo de sobra. Sin embargo, antes de que pudiese Elaine abrir la boca para protestar, Harv se adelantó con una risita corroboradora.

—Sí, Elaine. Es cierto que tus dotes de actriz son limitadas... —La joven le sacó la lengua por instinto, pero sin enfado alguno, antes de que Harvey se girara de nuevo hacia el falso Caballero con gesto serio—. Aun así, todos vimos por televisión cómo sacaban tu cuerpo del agua —insistió—. ¿Cómo...?

Maelstrom se encogió de hombros con sencillez.

—Una distracción, preparada con tiempo suficiente por gente de mi confianza —aseguró—, aunque no es algo que puedas decir de muchos agentes de policía hoy en día...

El joven rubio asintió junto a ellos, como si comprendiera algún significado oculto que la joven no atinó a discernir. Por el contrario, Elaine se estremeció al escucharlo, sin querer pensar en lo que su mención sobre no poder confiar en la policía estaba significando para Ban. No obstante, viendo el ceño todavía fruncido de su mejor amigo, la joven se acercó para acariciarle el brazo con confianza y deseando borrar su preocupación como fuera. Para su alivio, el muchacho no se retiró; en cambio, le dirigió una pequeña sonrisa de rendición. Por el momento, estaban en paz.

—Aun así, Harvey, confieso que sin ti no podríamos seguir avanzando —dijo entonces Maelstrom, para sorpresa del joven—. Gracias por estar siempre al lado de Elaine.

El aludido enrojeció de forma casi visible en la penumbra. Sin embargo, su posible respuesta se atascó en su garganta; así como una pretendida disculpa de la joven ante su mejor amigo por haberle hecho pasar por aquel trance a ciegas, cuando dos voces que los Altos presentes no conocían resonaron a su espalda.

—Ya sabía yo que Goliath no podía fiarse de ti.

Elaine y Harvey se giraron de inmediato, alertados. La joven palideció, temiendo que los hubiesen descubierto por fin. Pero Maelstrom se mantuvo estoico y sonrió incluso más ampliamente al ver a los recién llegados.

—Terri. Manuel —los recibió, cordial—. Así que habéis dado conmigo...

Ninguno respondió. Pero la mujer de cabello rubio, corto y alborotado alrededor de un rostro de apenas veintipocos años, se acercó un par de pasos con cautela.

—Tú... Estabas muerto —balbuceó, con genuina incredulidad—. Yo te vi...

Maelstrom sacudió la cabeza.

—Viste lo que quisiste ver, Ter —la rebatió, sin violencia—. Al fin y al cabo ¿no te dijo Manuel que él tampoco apretó el gatillo?

La pareja intercambió una mirada cargada de significado, antes de volver a encarar a su antiguo compañero.

—En el fondo, debo decir que me alegro de verte de una pieza, hermano —habló entonces el aludido, cerrando la puerta tras de sí con tranquilidad. Después se acercó a Samael y, para sorpresa de los dos Altos presentes, se saludaron con afecto—. Siempre sospeché que tenías un as en la manga, pero no podía intuir cuál era.

La sonrisa de Samael-Maelstrom pareció tornarse algo más lobuna en la penumbra.

—Y yo siempre supe que podía confiar en tus habilidades de investigación, compañero —aseguró—. Gracias por haber venido.

—Gracias a ti. Al fin y al cabo, le dijiste a Goliath aquello de la política de “no-relaciones” y... Qué quieres... —apuntó el del cabello caoba, encogiéndose de hombros con aparente rendición—. Diste en la llaga.

Samael-Maelstrom sonrió de nuevo antes de separarse y presentar a los que lo rodeaban, vista la reticencia de Elaine y su mejor amigo ante los recién llegados. La introducción fue breve y cortés, pero ninguno se movió del sitio, escrutándose unos a otros con idéntica prudencia.

—Entonces ¿estaríais dispuestos a ayudar? —preguntó Maelstrom, recuperando la atención de los dos Caballeros.

Ter asintió, aunque sin dejar de mirar a Elaine por el rabillo del ojo.

—Sí. Escuchamos a Goliath decirle a Dolor que matase a Meredith y la llevase adónde Ban, así que creo que tenemos algo en su contra...

La joven Forest, por su parte, se echó las manos a la boca con horror al escuchar aquello.

—Pero, entonces... ¡La policía no tiene pruebas! —exclamó, sin poder contenerse.

—No, pero eso no basta para tumbar a alguien como Goliath —repuso Terri con fría calma. Y el abatimiento de Elaine se tornó en sorpresa cuando vio cómo la mujer rubia sacaba un anillo dorado del bolsillo interior de la chaqueta y se lo tendía a Maelstrom—. Por cierto: Dolor ya no será un problema.

—Bien, muy bien. —El agente pareció satisfecho cuando recibió la joya, aunque estaba algo ensangrentada—. No os arrepentiréis de esto, chicos. Os lo garantizo.

—Me conformo con no ir a la cárcel —refunfuñó Manuel, con súbito recelo y acariciando sin querer su propio anillo dorado.

Elaine vio el gesto con un escalofrío, recordando el aro de acero que Maelstrom le había pedido llevar a Ban, pero no hizo ni media alusión al respecto. En cambio, aquel tomó enseguida la palabra, mientras pedía a Terri y Manuel sus respectivas alhajas. Estos se las entregaron sin pega.

—No te preocupes, Manu. Muchos agentes están sobornados por los Caballeros en Daleth, pero no mi unidad —aseguró, guardándose los anillos en el bolsillo interior de la chaqueta. Aunque su tono se volvió pesaroso cuando agregó—. Al menos entre mis subordinados, nunca he consentido que los sobornos les permitan hacer la vista gorda. —Miró con elocuencia a Elaine y esta se estremeció de nuevo, pero le sostuvo la mirada—. No obstante, eso será otra cuestión para resolver más tarde. Primero, necesitamos sacar a Ban del agujero y atrapar a Goliath como sea.

—¿Cuál es el plan, entonces? —preguntó Terri entonces, como si le leyese la mente al agente.

—Yo.

Cuando esa nueva voz femenina se escuchó junto a la puerta, sobresaltándolos, los cinco giraron como sendos resortes. En el dintel se recortaban tres figuras contra la tenue luz procedente del exterior: la primera de la izquierda, un hombre alto de pelo corto y brillante; la segunda y central, una mujer más baja. Esta aferraba con firmeza a la tercera figura, situada a la derecha del grupo con la cabeza gacha. A este último, tres de los presentes lo reconocieron de inmediato.

—¡Zachary! —exclamaron Manuel y Terri al unísono.

Elaine miró al joven con odio renovado cuando los recién llegados lo arrojaron frente a ellos, reconociendo el nombre sin esfuerzo de cuando Samael lo había mencionado en el apartamento... Cuando aquella pesadilla comenzó.

—Tú... —siseó.

El chico la contempló de vuelta, como si no supiese quién era. Sin embargo, antes de que la joven pudiese decir nada más, Maelstrom se adelantó para recibir a los recién llegados.

—Guinevere. Ronan —los saludó, cordial—. Así que habéis podido venir...

Por un instante, Elaine dejó de mirar a Zachary con desprecio para fijar su vista en la mujer castaña.

«¿Guinevere? ¿Guinevere Fairmont?», pensó, sin querer creerlo. «¿Cómo es posible?»

Para bien o para mal, Maelstrom, o Samael parecía conocerla. Esta señaló enseguida a Zachary con cierta desgana.

—Siento el retraso, pero hemos encontrado a una rata espiando tras la puerta —alegó.

Tenía una voz aguda, pero melódica y suave al mismo tiempo.

—¿Lo conoces, Elaine? —preguntó entonces Maelstrom, al observar cómo esta dirigía una nueva mirada envenenada al informático.

Ella sacudió la cabeza, pero no mudó el gesto.

—No más de lo que tú me contaste, pero me basta con saber lo que hizo en mi Torre —escupió—. ¡Cerdo!

—¡Por favor, no me hagáis daño! —suplicó entonces el joven. A Elaine le recordaba vagamente a alguien que conocía, pero no era capaz de ubicarlo, menos aún dentro de su intensa ira—. Seguía las órdenes de Goliath. Por favor...

—Es su amante —confirmó Manuel, sin pizca de aprecio—. Un cabo suelto.

—Bueno, eso tiene fácil solución —zanjó el tal Ronan.

Entonces, para terror de todos los presentes, sacó una pistola de debajo de la chaqueta de cuero y apuntó a Zachary a la cabeza. Pero, antes de que se oyese siquiera el vuelo de una mosca, Maelstrom lo detuvo con una sola orden.

—Quieto, Ronan. Deja al chaval que se explique primero.

Ronan alzó la vista muy despacio hacia el agente, antes de bajar la pistola despacio frente a sus ojos oscuros y pétreos. Cuando Maelstrom comprobó que el chico moreno ya no corría peligro, viró hacia él.

—Bueno, Zach. ¿Vas a explicarnos cómo has llegado hasta aquí? —inquirió entonces, sin alzar la voz.

El joven, al principio, pareció reacio a responder a pesar de las circunstancias. Sin embargo, cuando Manuel le tiró del pelo para hacerle alzar la cabeza, gritó de dolor al instante.

—¡Está bien, está bien! —claudicó, con expresión asustada—. Yo... Sabía que Ter y Manuel habían desertado y que Dolor estaba muerto, así que los localicé y los seguí hasta aquí...

Maelstrom asintió con brevedad antes de hacer una seña a Ronan en dirección a la entrada del almacén.

—Ronan, quédate de vigilancia en la puerta por si acaso.

—No os preocupéis, no me han seguido... —alegó Zachary.

—Eso lo decidiré yo —lo interrumpió Maelstrom, gélido, antes de repetir—. ¿Qué haces aquí, Zachary?

Este tragó saliva de forma visible, mirando de hito en hito a todos los presentes como si no creyese del todo el haber terminado en aquella situación. Sin embargo, al ver que nada cambiaba y todos esperaban su respuesta, inclinó la cabeza con derrota y comenzó a hablar.

—Bueno... Como la mayoría sabéis, llevo casi dos años trabajando en Fairtech como informático. Poco después de llegar, digamos que Goliath y yo nos atrajimos. En mi estúpido orgullo, pensé que sería buena opción para ascender. Pero... —Tragó saliva—. Lo cierto es que jamás he logrado que me entregue nada de lo que ansiaba. —Como para enfatizar sus palabras, el joven miró a Samael, Terri y Manuel, uno por uno—. Menos todavía sabiendo que Goliath, en el fondo, no acepta que nadie ame a su alrededor. ¿No es así?

Sus ojos se habían clavado en Maelstrom tras esta última pregunta, pero no fue él quien respondió en primera instancia.

—¡Por favor...! —escupió Guinevere con desdén, a su espalda, antes de dirigirle a él una mirada compasiva—. Mi hermano no ama a nadie más que a sí mismo. No puedo imaginar lo que te habrá hecho pasar...

—Me dijo que jamás podría ser consejero —musitó Zachary, sin volverse, con aire ciertamente abatido—. Que no era digno y que no era nadie...

—Clásico de un Alto estirado como él. Sin ofender —agregó Guinevere en dirección a Elaine.

Esta, sin embargo, lo descartó de inmediato con un gesto de la mano. Hacía mucho que, para bien o para mal, no se sentía una “Alta” como tal. Y algo le decía que Guinevere tampoco.

—Zachary, ahora que estás aquí, entiende que no podemos fiarnos de ti —le dijo entonces Maelstrom.

Por supuesto, el rostro del aludido se desencajó al entender el sentido velado de esa afirmación.

—¡Quiero ayudar! ¡Por favor! —suplicó, casi sollozando—. ¡Haré lo que sea! ¡Lo que sea!

Maelstrom ladeó la cabeza, sus ojos como pedernal y sin conmovearse un ápice.

—¿Sabe alguien que estás aquí?

Zachary negó de nuevo con vehemencia.

—No. Me he asegurado de cubrir mi rastro —prometió, tembloroso—. Sólo quería encontrar a Terri y Manu, nada más... No sabía, en fin...

Maelstrom, por su parte, pareció dudar durante varios segundos que se hicieron eternos.

—De acuerdo. Elaine —tornó entonces hacia la muchacha rubia— ¿habéis traído el micrófono?

Esta, por su parte, asintió sin dudar demasiado y viró hacia Harvey. El cual, a pesar de mostrar cierta reticencia renovada en su rostro, se lo entregó sin otra palabra.

—Muy bien. Voy a pedirte algo muy sencillo, Zach —explicó entonces Samael, agachándose junto al aterrado informático y enseñándole el micrófono entre dos dedos—. Queremos que pongas esto en un bolsillo de Goliath y lo convenzas para que vaya a ver a Ban mañana. ¿Podrás hacerlo?

El joven levantó la vista, como si no entendiese bien lo que le pedían.

—A... ¿Ban? —repitió, inseguro. Por un brevísimo instante, sus ojos parecieron querer desviarse hacia Elaine ante aquella mención. Pero viendo el rostro impertérrito de Maelstrom acercarse al suyo, lo encaró de nuevo e inquirió, en un hilo de voz—. Pero... ¿qué le digo para que lo haga?

El agente hizo una mueca de disgusto.

—Sabes mejor que nadie la aversión que le tiene a Ban, así como el hecho de que quiere usarlo para conseguir la patente de los Forest —expuso, calmo—. Seguro que algo se te ocurre. —Zachary tragó saliva, todavía vigilando de reojo la pistola semioculta de Ronan en la distancia, antes de asentir con aire derrotado. Maelstrom lo imitó antes de erguirse de nuevo—. Bien, quedaremos a la espera de que nos informes. Y no te preocupes: te sacaremos de ahí.

Como para enfatizar su última promesa, el agente le tendió entonces una mano que el joven aceptó sin dudar. Sin embargo, cuando estaba ya sobre sus pies, alguien más se adelantó y tomó al informático moreno por la muñeca.

—Espera, Maelstrom —intervino Guinevere, sin violencia, antes de encarar al temeroso muchacho—. Zachary... ¿Podemos hablar?

Maelstrom pareció dudar ante aquella petición, pero Guinevere le hizo un gesto confiado y el agente terminó claudicando. Mientras la mujer Fairmont se alejaba unos pasos, con Zachary tras su estela, aquel se giró hacia Elaine y Harvey. Los cuales observaban la escena con sentimientos diferentes en su rostro.

—Bueno, todo parece avanzar según lo previsto —susurró Maelstrom a Elaine, con aire ciertamente complacido y guiñándole un ojo con discreción. Al menos, antes de comprobar su ceño algo fruncido y susurrar, en voz aún más baja—. ¿Estás bien?

A pesar del aturdimiento, provocado por no entender apenas lo que acababa de ocurrir en los últimos minutos, la aludida terminó asintiendo despacio y eso pareció tranquilizar al agente.

—Maelstrom —lo llamó entonces Harvey.

Curiosamente, el joven no despegaba la vista de Zachary en ningún momento. En sus ojos había un brillo extraño que ni siquiera Elaine sabía interpretar a pesar de los años, pero quizá no era el momento de elucubrar. Menos todavía cuando Maelstrom respondió; en el mismo tono y de espaldas al resto.

—¿Qué ocurre?

Terri y Manuel estaban junto a la puerta, lado a lado con Ronan, vigilando que no hubiese moros en la costa. Harvey, por otra parte, suspiró antes de decidirse por fin a soltar lo que le rondaba la cabeza.

—En cuanto al micro... Lo he programado para que envíe toda la información a mi teléfono, pero... Lo siento, debo admitir que los materiales no son ideales.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber el agente, interesado.

—Que... Si Goliath tiene que ir a la prisión y entrar a ver a Ban, pasará un detector de metales —explicó Harvey, no sin cierta angustia—. Y... Bueno...

Sin más palabras, Maelstrom pareció entender a qué se refería. Sin embargo, enseguida mostró una extraña sonrisa cargada de confianza que los dos Altos no entendieron de primeras.

—Tranquilo, Harvey, estoy seguro de que todo irá bien —le aseguró—. Confía en mí. Y... gracias, por supuesto.

—Gente, es hora de largarse —dijo entonces Ronan; sin la urgencia que da el hecho de avisar de que viene alguien indeseado, pero mirando el reloj de forma elocuente de todas formas—. Será mejor que no nos arriesguemos, si habéis acabado.

Guinevere y Zachary salieron en ese instante de su esquina y volvieron con el grupo, así como Maelstrom y los dos jóvenes acompañantes.

—Entonces ¿todo el mundo tiene claro su cometido? —Para la ligera emoción de Elaine, hasta Zachary pareció asentir con convicción y Maelstrom palmeó, como si estuviera secretamente satisfecho de cómo se había desarrollado todo—. De acuerdo. Entonces... Mañana rezaremos porque todo salga bien.

—O estaremos muertos —apostilló Terri, antes de que Manuel le diera un codazo.

Maelstrom se rio mientras todos iban avanzando por turnos hacia la puerta.

—Mira con la calladita... —bromeó.

No obstante, nadie siguió la chanza. Pocos segundos después, Terri y Manuel salieron los primeros del almacén, seguidos por Zachary y Ronan. Este sujetaba al informático con fuerza por un brazo, sólo por si las moscas. Harvey salió antes que Elaine y esta lo hizo junto a Guinevere. Sin embargo, mientras Maelstrom salía y se calaba la capucha, la mujer Fairmont retuvo a la muchacha rubia sin violencia.

—Elaine, ha sido un placer volver a verte —le indicó, esbozando una sonrisa amistosa que la muchacha no esperaba—. Has crecido mucho desde la última vez.

La aludida enrojeció, sin saber qué decir.

—Yo, lo cierto es que... Te recuerdo poco —reconoció al final, honesta. Pero Guinevere no pareció molestarse en absoluto por aquel hecho.

—No te preocupes. Todos hemos cambiado mucho en estos años. —La observó con la cabeza ladeada—. Estás pensando en si has hecho lo correcto ¿verdad?

La muchacha rubia alzó la cabeza de golpe, con los ojos como platos.

—¿Cómo lo sabes? —susurró.

—¡Elaine, vamos!

Harvey la apremiaba, preocupado mientras miraba a todos los lados. Pero la joven no se movió antes de que Guinevere se inclinara junto a ella y susurrara en su oído:

—Admítame un consejo: nunca, jamás, tengas miedo de seguir a tu corazón.

Elaine se separó entonces y sonrió, comprendiendo mejor a qué se refería.

—Así lo haré.

Guinevere asintió con la misma media sonrisa del inicio.

—Me ocuparé de hacer las cosas mejor que mi hermano. Lo prometo —aseguró—. Suerte, Elaine.

—Gracias, Guinevere. También para ti.

Esta le devolvió el gesto con suavidad, antes de levantarse para irse hasta donde esperaba Ronan, en las sombras. Así, por diferentes vías los asistentes a aquella reunión se dispersaron, en tensión. Elaine, tras alejarse la mujer Fairmont, se metió en el coche sin una palabra. Mientras Harvey arrancaba, se hizo un ovillo en el asiento que no liberó hasta que no cruzaron la barrera de la Torre Forest. Ken los esperaba despierto frente al ascensor privado, en la planta cuarenta y cinco. Mientras subían para acomodar a Harvey en uno de los apartamentos libres, los tres apenas hablaron. Sólo cuando Elaine cayó por fin en su cama, cercanas las dos de la madrugada y sin quitarse siquiera las prendas anodinas que llevaba puestas, lo supo. Aquella noche, sin duda, iba a ser la más larga de su vida.

Cuando Zachary llegó por fin a Fairtech, el complejo estaba sumido en una oscuridad casi completa, dado que la luna permanecía oculta por unas perezosas nubes que cruzaban por el cielo. El informático inspiró hondo antes de apretar, sin fuerza, el micrófono que llevaba escondido en el bolsillo del pantalón. Seguía sumido en un mar de dudas y no sabía qué debía hacer, a pesar de todo. Guinevere le había prometido ayudarlo si dejaba a Goliath. Si lo traicionaba... Pero el pensamiento se hizo insoportable cuando el joven entró sin hacer ruido en el apartamento del magnate, en el ático, y se encaminó hacia el dormitorio. Con un brazo y parte del torso desnudos asomando por fuera de las mismas, así como el cabello esparcido como un abanico sobre la almohada, Goliath dormía en aparente calma entre las sábanas. Zachary lo observó durante un buen rato, parado en la puerta de la enorme estancia, sopesando el micrófono entre los dedos. Todo para, pasados varios segundos, acercarse al perchero que se encontraba en la esquina a su derecha e introducir el pequeño botón en uno de los bolsillos interiores. Después, se aproximó a la cama y acarició la frente a Goliath con mimo, sin poder evitarlo. Este se despertó con un respingo, pero pareció relajarse al verlo a él.

—Zach, querido —susurró, somnoliento—. ¿Qué ocurre? ¿Qué hora es?

—Sch. Tranquilo, no pasa nada. Sólo me he quedado trabajando hasta tarde y... Tengo buenas noticias. —Hizo una pausa, esperando a que Goliath lo enfocase, y pronunció—. Los he encontrado, Gol.

Como suponía los ojos de su amante se abrieron casi de golpe y se incorporó, atento.

—¿Qué dices? ¿En serio?

—Sí. Seguí a Terri y Manuel. Pero lo mejor es esto. —Sonrió, confiado—. Samael está vivo.

El rostro de Goliath cambió como por ensalmo de la ilusión al furor.

—Ese maldito... ¿Dónde está? —rechinó.

—Déjame a mí ocuparme, querido. Por favor —rogó entonces Zachary, acunando su rostro con una mano—. Sé que no he estado a la altura muchas veces, pero permíteme traerte su cabeza en una bandeja.

El magnate pareció sopesar la propuesta, ante la mueca suplicante de su amante. Para su alivio, al final aceptó.

—Está bien. Confío en ti.

—Y... hay algo más.

—¿De qué se trata?

Zachary fingió meditar.

—He estado pensándolo... y quizá sea el momento de darle un ultimátum a ese estúpido bailarín —susurró entonces, para deleite inmediato de su amante.

—¿Qué sugieres? —quiso saber, interesado.

La sonrisa cargada de malicia de Zachary se ensanchó a su vez.

—Ve a verlo a Countdown mañana a primera hora, después de airear en los medios su relación con Elaine Forest. Prométele que estará con ella si te ayuda, que tú te asegurarás de ello; si no lo hace, la verá en el patíbulo por última vez cuando lo ahorquen.

Goliath se mesó la barbilla, pensativo. Zachary contuvo la respiración mientras lo hacía, casi como si viera los engranajes de su cabeza trabajando. Al final, cuando su amante asintió con un gesto idéntico al suyo y lo atrajo para besarlo, Zachary se contuvo a duras penas de soltar todo el aire de sus pulmones y se dejó hacer por el joven de pelo rojo.

«Yo te entregaré a Samael, Goliath», se juró mientras este lo montaba con cierta euforia salvaje. «Y así esta pesadilla se acabará de una vez por todas».

El principio del fin

El sol se alzaba hacía pocas horas en el cielo cuando Goliath Fairmont, vestido con su mejor traje, hizo su aparición en la entrada de la prisión de Countdown con la misma actitud que si fuera el dueño del lugar. Por supuesto, todos los funcionarios y guardias presentes se giraron en cuanto lo vieron llegar, lo que obligó al magnate a contener una mueca vanidosa. Era algo inherente a su estatus, pero jamás se cansaba de ver el efecto que provocaba su larga cabellera roja ondeando al viento tras él. Cuando indicó con impaciencia que venía a ver al recluso Reeves, la funcionaria al otro lado de la ventanilla apenas tuvo que rebuscar entre sus ficheros para dar con la carpeta correspondiente. Goliath sabía que, desde la Guerra de los Recursos, la mayoría de las bases de datos electrónicas se habían perdido; de ahí que muchos gobiernos hubiesen decidido imponer de nuevo los sistemas de registro en fibra de celulosa reciclable. Por norma, no le incomodaba. Pero, en aquel momento, la espera por encontrarse cara a cara con ese sureño asqueroso lo corroía por dentro.

—Está en el bloque cinco, con los convictos de asesinato —indicó la mujer—. Se lo enviaremos a una sala de visita individual, si le parece.

—Por favor, hágalo —rechinó Goliath, procurando camuflar su irritación al máximo, pero sin lograrlo del todo—. ¿Puede indicarme también el camino?

La mujer llamó de inmediato a un guardia cercano.

—Gilbert. Acompaña al señor Forest, por favor.

—Será un placer. Por favor, sígame.

Goliath forzó una sonrisa de agradecimiento hacia la mujer antes de dejarse guiar por el hombre vestido de uniforme, a través de una miríada de pasillos laberínticos que parecían no tener fin. Hasta que, casi diez minutos después, el guardia se detuvo frente a una puerta enrejada. Al otro lado se veía un corto corredor que terminaba en una puerta con el número cinco pintado en azul, prístina en comparación con el gris verdoso de los muros circundantes. El joven Fairmont apretó los puños y se dispuso a seguir al vigilante, deseando acabar con aquello cuanto antes. Sin embargo, el que apareció de improviso al otro lado lo detuvo con un gesto de la mano, sin que diese un paso más allá.

—Cacheo obligatorio. Lo siento, señor.

Goliath apretó los labios y se tragó una fuerte maldición, impropia en público para cualquiera de su condición, pero aceptó. En realidad, no tenía nada que esconder; de ahí que, cuando su bolsillo derecho interior de la chaqueta pitó, fuese el primero en sorprenderse con evidente fastidio.

—¿Qué ocurre? —quiso saber, ceñudo.

—Por favor. ¿Puede vaciar el bolsillo, señor? —solicitó el guardia, correcto, sin inmutarse.

Goliath resopló mientras metía la mano en el mismo, hastiado.

—Desde luego, pero no entiendo qué...

El magnate calló, paralizado, cuando notó algo frío y metálico moviéndose en el fondo de la tela. Con tiento, lo extrajo; y se quedó mirando aquel diminuto disco similar a una moneda, mal pulida, que acababa de encontrar. Sospechando lo que era y antes de que el guardia pudiera decir esta boca es mía, Goliath arrojó el artefacto al suelo con violencia. Después, lo pisó hasta hacerlo trizas, sañudo. Cuando el micrófono inalámbrico sólo fue un pequeño amasijo destrozado sobre las baldosas, con toda la calma que pudo, el magnate respiró hondo para recobrar la compostura; antes de girarse muy despacio hacia el agente que lo cacheaba y rechinar, educado:

—¿Algo más?

Al ver aquel arranque y dado que sólo había pitado aquel dispositivo escondido, aquel lo dejó pasar de inmediato sin hacer alusión a su irritación en ningún momento. Goliath aceptó con un asentimiento y se dejó flanquear hasta la puerta de la sala donde, supuestamente, esperaba Ban. De cualquier forma y mientras abrían frente a él, se juró que se vengaría de ese maldito Zachary en cuanto tuviese la ocasión. Nadie más tenía tanta cercanía como él en el día a día como para haber podido esconder algo semejante en su traje, sobre todo porque Goliath no recordaba haberlo encontrado antes de irse a dormir el día anterior. Y Zachary era bueno en la cama, pero no tanto como para pasarle por alto algo así...

Como suponía, el interior de la sala era igual de insulso que el exterior. De hecho, la única nota de color la aportaba el reo vestido de rojo sentado con indolencia en el centro de esta, frente a una mesa de acero pulido. Sus brazos caían a ambos lados de su cuerpo en un ángulo que indicaba que tenía las manos esposadas en el asiento, siguiendo el protocolo. Sus ojos de ámbar eran duros como el pedernal cuando el magnate entró. Por supuesto,

este hizo caso omiso de ese hecho. Como si aquel sureño pudiese seguir ofendiéndolo más allá de su mera existencia...

—Buenos días, Ban —saludó con educación, a pesar de todo.

El aludido movió apenas la mandíbula, sin dejar de mirarlo con fijeza.

—Goliath.

—¿Cómo estás?

—Como si te importase —resopló el prisionero con acidez patente—.

Tú me has metido aquí ¿recuerdas?

Goliath compuso un gesto de absoluta inocencia.

—¿Yo? No sé de qué me hablas, Ban —aseguró, confiado—. Esto te lo has buscado tú solito.

Ban soltó una carcajada seca, aunque muy breve.

—Lo que tú digas —resopló—. En el fondo, diría que me tenías aprecio, Goliath —murmuró entonces, en un tono que no gustó nada al millonario.

—¿Aprecio? —escupió el aludido, antes de soltar una risotada incrédula—. Por favor, Ban. Un sureño como tú no se merece menos que estar aquí encerrado, como todos los de tu calaña...

—Pues tu hermano sí nos apreciaba —contraatacó entonces Ban, para su sobresalto. Lo último que esperaba era que Valiant saliese en aquella conversación, pero su simple recuerdo sirvió para que todo su cuerpo se tensara de ira—. ¿Qué pasa, Gol? —susurró el reo a continuación, no sin cierto sarcasmo que lo irritó aún más, como si de verdad quisiera provocarlo desde su patética silla de metal—. ¿Vas a negar que Valiant tenía más agallas que tú para enfrentarse al mundo?

—¡Cállate! —estalló Goliath sin poder reprimirlo, furibundo, acercándose a la mesa hasta apoyar las manos sobre la misma—. No te atrevas siquiera a pronunciar su nombre, desgraciado. No después de lo que le hiciste...

Ban, para su mayor furia, le sostuvo la mirada con una extraña calma que acicateó la rabia del magnate como el fuego en una mecha explosiva. ¿Quién se había creído que era aquel asesino apestoso?

—Yo jamás le hice daño a Valiant —silabeó este, como si él fuese estúpido—. Mézetelo de una vez en esa cabeza colorada que tienes.

Goliath apretó los puños, incendiado por aquella mentira.

—Tú lo mataste, maldita escoria —rechinó, rojo de ira, antes de exclamar—. ¡Me lo confesaste, maldita sea!

—¡Yo nunca te dije nada, Goliath! —lo rebatió Ban, alzando el tono a su vez—. Eso lo asumiste tú sólo. Yo me limité a bajar la puta cabeza ante tu posición mientras esperaba a tener un plan para largarme. Pero jamás admitiría de viva voz algo que no hice.

El magnate apretó los puños, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—¡Mientes! —aulló—. ¡Mientes, como todos los de tu calaña!

—¡Fue un accidente, joder! —estalló Ban, al mismo volumen—. Valiant iba puesto hasta las cejas y resbaló, con tan mala suerte que se abrió la maldita cabeza.

—¡Mientes!

—¡No miento, joder! —reiteró Ban, antes de bajar la voz de una manera que puso los pelos de punta al joven Fairmont—. Yo a Valiant lo quería, Goliath...

—¡Cállate! —le gritó, antes de obligarse a respirar hondo y tranquilizarse como fuera—. Cállate... No te atrevas a decir algo así o mandaré que te arranquen la lengua cuando menos te lo esperes —lo amenazó, antes de aproximarse despacio e inclinarse sobre la mesa—. Sólo eres un pedazo de escoria que se cree mejor que los demás porque una putita de cabellos dorados se lo ha susurrado al oído —lo insultó, relamiéndose al ver cómo él abría más los ojos con dolor y tragaba saliva—. Pero no lo eres, Ban. Eres mío... y de nadie más.

Para su mayor deleite, el joven apretó las mandíbulas y lo miró con gesto sufrido.

—Vete al infierno, Goliath —masculló, en voz muy baja.

El magnate, por su parte, casi se rio ante la amenaza.

—Bueno, creo que tú estás un paso más cerca de eso —susurró, malévolo—. Aunque... Mira, prefiero no discutir más —zanjó, alzando la voz de nuevo e incorporándose para apartarse de aquel sureño apestoso—. De hecho, vengo a proponerte algo que te interesará.

—¿El qué?

Goliath hizo una pausa dramática de un par de segundos, mientras lo observaba con intención.

—Ayúdame a conseguir la solución Forest para el reciclaje nuclear.

Para su irritación, Ban soltó un bufido de inmediato y negó con la cabeza.

—Ni en sueños, campeón —le escupió.

Goliath, tragándose las ganas de abofetearlo por enésima vez ante aquel desplante, respiró hondo y forzó una sonrisa que pretendía ser amable.

—Piénsalo, Ban. Si lo haces, te sacaré de aquí, limpiaré todos los cargos contra ti y podrás estar con Elaine, como siempre has querido —le indicó, acercando sus rostros de nuevo y mirándolo directamente a los ojos—. Por supuesto, ella nunca se enterará de lo que hiciste. Viviréis juntos y felices el resto de vuestros días. —Abrió las manos para enfatizar sus palabras—. ¿No sería fantástico?

Para su mayor irritación, a pesar de que cierta duda parecía rielar en sus gestos cargados de tensión, Ban se rio con evidente desdén y volvió a negar unos segundos después.

—Por favor, Goliath —le espetó, antes de ponerse más serio que nunca frente a él y rechinar—. Si crees que voy a aceptar semejante basura, no me conoces en absoluto.

Goliath frunció los labios, viendo que su treta no iba a dar resultado. Bueno, peor para él: sería su funeral y él tendría por fin la venganza que debió acometer cinco años atrás.

—Valiente estúpido. En fin, supongo que entonces sólo me queda esperar a ver cómo te cuelgan por dos crímenes que no cometiste, querido Ban. —Encantado con su súbito gesto de terror, el magnate se rio con falsedad—. Piensa si tu honor y tu amor por Elaine te dejan morir con eso en tu conciencia, querido —apostilló, no obstante, antes de girarse para irse—. Al fin y a la postre, seguro que cuando se le pase el encaprichamiento contigo y su empresa se hunda, esa ramera aceptará cualquier oferta de matrimonio con tal de salvar a su familia... ¿No crees?

La sonrisa triunfal de Goliath se ensanchó cuando vio que la palidez de Ban se acentuaba y la silla chirriaba sobre el suelo, resultado de un intento fútil y airado por parte del reo para liberarse de sus ataduras. Pero el magnate sabía que ahí ya no tenía nada más que hacer. Goliath alzó la barbilla y se giró para irse, no sin cierta satisfacción corriendo por sus venas. No obstante, se detuvo un instante cuando lo escuchó mascullar:

—Que te jodan, Goliath.

El aludido, aunque deseara marcharse, todavía consiguió hacer acopio de paciencia como para girar despacio la cabeza y encararlo una última vez:

—¿Sabes lo que más pena me da, Ban? Que sí que eras una magnífica fuente de ingresos, en el fondo —le dijo, en tono afectado. Después, viró de nuevo hacia la puerta—. Por eso... quiero que sepas que no haré nada, de

momento, pero... Espero tu respuesta antes de mañana por la noche —le advirtió, dándole la espalda de nuevo—. No tardes en decidirte.

Y, sin quedarse a escuchar una posible réplica que nunca llegó, en realidad, Goliath Fairmont salió de la sala de visitas con toda la elegancia que fue capaz, considerando la intensa irritación que bullía en su interior. Aun así, una vez en el exterior de la prisión y después de que el guardia se despidiera con obligada educación, Goliath soltó todo el aire de sus pulmones, al tiempo que intentaba contener su rabia por todos los medios.

Si Ban no aceptaba, tendría que pensar otra manera de conseguir la patente Forest... Como le había dicho, estaba seguro de que habría medios para hacerlo una vez que él estuviese muerto y enterrado; pero Goliath odiaba perder, aunque fuese una sola batalla en aquella guerra. Así, con gesto contraído y los puños apretados, el magnate se dejó conducir de nuevo al exterior de la prisión mientras rumiaba lo que haría a continuación. Por lo visto, todos habían querido traicionarlo. Pero el joven Fairmont se juraba que, de ahí a poco, todos ellos serían cosa del pasado.

Cuando llegó al coche, su chófer esperaba tan estoica como de costumbre y el magnate se adentró en el asiento trasero sin pensárselo dos veces.

—Vámonos, Alice —le indicó, con la cara vuelta hacia la ventanilla—. Ya hemos terminado aquí.

—En realidad, no podría estar más en desacuerdo contigo, querido.

Goliath se quedó helado en el sitio al escuchar aquella voz. Creyendo que soñaba, el joven giró la cabeza muy despacio. Y su terror se hizo casi palpable cuando vio, sentado en el asiento del acompañante, a un sonriente Samael. En una mano sostenía un aparato de color negro que parecía un móvil y, en la otra, una placa de policía.

—Tú... ¿Qué...? —balbuceó.

Por toda respuesta, Samael activó un botón en el móvil y la voz del magnate, grabada, salió del mismo:

“Piénsalo, Ban. Si lo haces, te sacaré de aquí, limpiaré todos los cargos contra ti y podrás estar con Elaine. Por supuesto, ella nunca se enterará de lo que hiciste. Viviréis juntos y felices para el resto de vuestros días. ¿No sería fantástico?”

—¿Chantaje, señor Fairmont? Eso está muy feo.

Goliath trató de salir del coche, pero estaban los seguros puestos.

—¡Alice! —demandó, angustiado.

—No te preocupes, Goliath. Tu chófer tiene orden policial de no moverse, aparte de tener las manos esposadas —explicó Samael—. De todas formas, no es esa mi parte favorita.

Goliath se asomó apenas para comprobar que era cierto y maldijo por lo bajo. El rostro de la mujer en el espejo retrovisor también lo decía todo. Pero Samael no había terminado, lo que demostró su siguiente gesto. Su antiguo subordinado avanzó entonces la grabación unos segundos y, entonces, le dio a “reproducir” de nuevo:

“Valiente estúpido. En fin, supongo que entonces sólo me queda esperar a ver cómo te cuelgan por dos crímenes que no cometiste, querido Ban”.

El rostro del magnate debió de pasar por todos los colores al escuchar aquello, pero sabía que no tenía escapatoria. Aunque... ¿Cómo era posible que...? Al fin y al cabo, se había deshecho de aquel maldito micrófono antes de entrar ¿no? ¿Cómo narices tenía Samael la grabación de lo que había sucedido en la celda de visitas? Pero, de repente, cayó en la cuenta y se quiso maldecir más fuerte por su despiste. Había sido una distracción perfecta, de la que un narcotraficante rival no sospecharía, como era su caso. Y así, entre ese malnacido de Ban y su antiguo subordinado, se las habían arreglado para cazarlo como a un conejo. Pero Goliath no pensaba rendirse tan fácilmente.

—¿Qué quieres, maldito traidor? —masculló como única respuesta, airado y sin necesidad de fingir ofensa alguna—. Déjame en paz, Samael. O, sea como sea, tu chapero y tú os arrepentiréis de esto. Lo sabes.

Sin embargo y para su mayor desesperación, Samael, en vez de amedrentarse, sonrió con más amplitud; antes de pronunciar, mientras le enseñaba un par de relucientes esposas:

—Señor Goliath Fairmont, queda usted detenido por chantaje, proxenetismo y obstrucción a la justicia en un caso de asesinato... Las manos, por favor.

Aquella mañana, Elaine optó por subir al ático para pasar el día con su madre e Irina. Después de no pegar ojo en toda la noche, casi esperando que vinieran a buscarla o encontrarse más noticias terribles cuando despertase,

la joven se había levantado de la cama en medio de una falta de novedades que casi había resultado más angustiada. O, mejor dicho, sólo con la mala nueva por parte de Barrows de que una nube de periodistas curiosos se había apostado a primera hora frente a la puerta de la Torre Forest. Por lo visto, querían una declaración exclusiva sobre su relación con el asesino del momento. Al escucharlo, Elaine había maldecido el alma negra de Goliath de todas las formas que conocía por usar su privacidad en beneficio propio de manera tan ruin. Tras la firme negativa de Ken a entregarle el trabajo de su padre y pasado el plazo concedido para decidirse, parecía que el magnate Fairmont había optado por jugar sus cartas...

Sintiendo crecer la ansiedad por momentos, cada vez que miraba la silenciosa pantalla del móvil, Elaine optó entonces por dejarlo en el bolso y tratar de distraerse como fuera con otras actividades. Sin embargo, cuando Irina fue a recoger a Evelyn para comer y la hija de esta se dirigió hacia el bolso como por impulso, este vibraba con una insistencia que le provocó un súbito escalofrío de anticipación. ¿Debía cogerlo? ¿Quién sería? Con el corazón en un puño, Elaine se decidió entonces a tomar el móvil entre sus dedos temblorosos, aunque descolgó de inmediato al comprobar que sólo se trataba de Erica.

—¿Hola? ¿Eri? —la saludó.

Pero lo último que esperaba era el grito que llegó a través del aparato, casi taladrando sus tímpanos en un momento.

—Por todos los... ¡Menos mal que apareces! —la regañó aquella, aunque con alivio evidente—. ¿Dónde puñetas te habías metido, tía?

—Eri, relájate. Sólo... Necesitaba alejarme un poco de todo y...

—Niña ¡ni alejarte, ni nada!—la rebatió su amiga—. ¿Es que no has visto las noticias?

Ante aquella pregunta, la muchacha se quedó paralizada en el sitio. ¿Qué quería decir? Sin embargo, antes de poder decir nada, su mano voló como por reflejo hacia el mando a distancia más cercano. La gran televisión de alta definición se activó entonces con suavidad y diversas imágenes comenzaron a danzar ante los ojos de una Elaine cada vez más perpleja. Aunque lo que la obligó a sentarse en el sofá para no desmayarse fue lo que comentó el joven reportero a continuación:

—Esta misma mañana, el caso Glauben ha dado un giro inesperado al conocerse la detención del magnate Goliath Fairmont, presidente de la compañía de energías renovables Fairtech, por cargos de proxenetismo;

chantaje y obstrucción a la justicia en un caso de asesinato. Mientras se esclarece lo ocurrido, el sospechoso confeso será puesto en libertad esta misma tarde...

Al escuchar aquello, Elaine oyó un súbito grito que resonó por todo el apartamento. Sólo cuando Irina corrió a su lado, mirándola con gesto angustiado y tomándole las manos al mismo tiempo, la joven fue consciente de que ese sonido había procedido de ella misma.

—Señorita ¿está bien?

—¡Elaine! —oyó a través del lejano auricular del móvil, tirado sobre el sofá, donde la llamada con Erica seguía—. ¿Estás bien? ¿Oye? ¿Hola?

Tratando de recuperar la lucidez, la aturdida joven sacudió entonces la cabeza mientras procesaba todo lo que estaba escuchando.

—Sí, sí. Estoy bien, Irina. Espera, tengo que contestar —acto seguido se puso el auricular en la oreja—. Eri, perdona...

—Boba ¡qué susto me has dado!

Elaine jadeó, siendo consciente en ese momento de que las lágrimas de alivio le corrían a chorros por las mejillas, pero sin importarle lo más mínimo.

—Lo han soltado, Eri —susurró, casi incrédula—. Lo han soltado...

—Sí, lo harán esta tarde —le confirmó Erica, sonando igual de emocionada que ella—. Chica, cuando Isabelle te llamó cinco veces y me dijo que no contestabas, casi me da un ataque...

Tras aquel comentario, Elaine comprobó las notificaciones con rapidez y cierta vergüenza interna. En efecto, tenía tres llamadas de un número desconocido, cinco de Bells y un mensaje de texto firmado por Maelstrom que le decía que pasaría a buscar a Ban en cuanto se lo permitieran; que enhorabuena y que gracias por todo. Al leerlo, la joven estuvo a punto de echarse a llorar de nuevo. Mientras tanto, la siguiente noticia que apareció en la televisión fue la redada a un grupo de policías arrestados bajo sospecha de haber recibido cuantiosos sobornos en los últimos cinco años; y, quizá, relacionados con los negocios en la sombra del joven presidente de Fairtech. Del cual, aparte, se sospechaba su implicación directa con la conocida mafia dalethana de “los Caballeros”.

Mientras escuchaba todo aquello, Elaine veía todo borroso, como si fuese una colorida e increíble película y no la vida real. Por último, mientras las piezas terminaban de encajar en su mente, la muchacha escuchó como en un sueño el anuncio de que la antaño fugada Guinevere

Fairmont había decidido volver para arreglar los desmanes de su hermano menor.

—Oye, El. ¿Sigues ahí?

Suspirando, Elaine devolvió su atención como pudo a la conversación telefónica.

—Si, estoy aquí. Dime.

—Pues... que, he hablado con Bells y ha pensado montar una fiesta de bienvenida para Ban en el casino esta tarde-noche —le informó Erica, con su desparpajo habitual—. Le he recordado que está cerrado, pero dice que podemos apretujarnos en la cocina trasera. ¿Tú qué crees?

Elaine casi se echó a reír al escuchar aquel plan tan cotidiano, a la par que insólito para las circunstancias que estaban viviendo, pero aceptó de inmediato.

—Me parece una idea estupenda hacerle una fiesta —aseguró, encantada—. Aunque... Erica.

—¿Sí?

La joven sonrió para ella misma.

—¿Qué te parece si lo hacemos en ese restaurante que tú y yo sabemos? —propuso, astuta.

La joven de pelo azul, por su lado, tardó unos segundos en comprender. Pero, después, se echó a reír con ganas cuando intuyó por dónde iban los tiros.

—¡Genial! Se lo diré para que vayan y llamo para reservar —se ocupó—. ¡Paso a buscarte en un rato!

—¡Nos vemos!

Las dos amigas colgaron el teléfono y Elaine se dirigió entonces hacia la mesa del almuerzo, ya preparada y esperando su llegada con expectación. Sin embargo, antes de llegar, la joven Forest se quedó un instante observando el horizonte más allá del mirador. Al otro lado de las Torres, el Kent brillaba bajo el sol, cerca de su desembocadura. Y la joven no sabía si era por su inmensa dicha en aquel instante, pero hubiese jurado que toda la ciudad brillaba con luz propia al ritmo de su propia emoción.

Aquella tarde, el sol lucía alto aún en el cielo cuando Ban salió de la prisión de Countdown. El joven se estiró nada más alcanzar la cálida luz del astro, sin querer creerse todavía lo que había ocurrido en tan pocas horas. Empezando por la visita de Goliath hasta unas horas después, cuando le

habían anunciado que lo soltaban de inmediato. Y Ban sospechaba que todo era obra de una misma persona.

En efecto, Jack Maelstrom, alias Samael, lo esperaba apoyado en la puerta del acompañante de una elegante berlina plateada. Al volante de esta se sentaba otro hombre de aspecto más maduro.

—Ya era hora —lo reconvino el agente encubierto, en cuanto lo vio aparecer—. ¿Qué andabas haciendo?

—Despidiéndome, desde luego que no —repuso el joven; esbozando una sonrisa que, por primera vez en días, no le costó ningún esfuerzo—. ¿No crees que podría estar esperando a que llegaras?

Maelstrom se rio, antes de indicarle con un gesto camarada que se subiese al coche.

—Al *Blue Pearl*, Gawain —indicó al conductor, una vez estuvieron ambos acomodados en los asientos traseros.

—Claro, jefe —repuso el aludido, sin girarse y arrancando el motor de inmediato.

Ban enarcó una ceja mientras el coche se empezaba a poner en marcha.

—¿Jefe? —preguntó, en apenas un susurro dirigido a Maelstrom—. Así que, aparte de todo, eres un alto mando...

El aludido se rio, sin muestra alguna de sentirse provocado por aquello.

—Bueno, y no veas lo que me costó convencer a mi propio jefe para que me dejase infiltrarme en los Caballeros... —aseguró.

Ban lo secundó, sardónico.

—Conozco tus dotes de convicción, no hace falta que lo jures.

Maelstrom lo coreó a su vez, antes de que entre ambos se instaurase un silencio más cómodo que nunca. Al menos, hasta que el agente de policía murmuró:

—Siento todo lo que has tenido que pasar, Ban.

El bailarín se removió en el asiento, buscando la forma más adecuada de corresponder a aquella disculpa. Pero, al final, se limitó a susurrar, sincero:

—No hay problema, Sama... Jack. —Acto seguido, sus ojos caramelo se clavaron en su antiguo proxeneta, fingido o no—. De hecho, diría que tú fuiste el único que me hizo sentirme cómodo —admitió entonces—. Eres el que menos debería pedir perdón, supongo.

Maelstrom, o Samael, pareció sopesar también cuál debía ser su respuesta ante aquella declaración. Ni siquiera Ban esperaba haber

contestado algo así; pero, en el fondo, se daba cuenta de que hablaba con total sinceridad.

—La primera vez que te “encargué”, digamos, fue más por curiosidad y por conocerte —explicó entonces Maelstrom, sin alzar la voz, casi como si hablase para sí mismo y sin mirar dos veces al joven rescatado—. Sabía que había algo turbio y, en honor a la verdad, al inicio pensé más en usarte como herramienta para destapar a Goliath que cualquier otra cosa —confesó; ahora sí, encarando al hombretón sentado a menos de medio metro de distancia—. Pero luego... te conocí un poco más. Te vi como eras con tus amigos y decidí que, si estaba en mi mano, te ayudaría a salir de una pieza de ahí. Aunque... siento haber tenido que usar algo de mano dura para que nadie levantara sospechas.

Ban frunció los labios. No sabía si algún día podría perdonar del todo a Samael por haber actuado con él como un Caballero, aunque fuese por aparentar. Pero, siendo honestos, el joven mentiría si dijera que una parte de ese discurso no lo había conmovido en secreto.

—Le dijiste a Elaine que no le contase nada a Ken y luego que sí, en la carta —cambió de tema, buscando comprender aún más el plan del hombretón, mientras evitaba remover más las partes dolorosas de aquellos años—. ¿Por qué?

—Por precaución —expuso el policía, simple y sin dar muestras de molestia por el viraje—. No sabía si me estarían escuchando cuando fui a veros por primera vez, pero intuía que con una misiva todo sería más fácil. Más... destructible, en caso de que Goliath os persiguiera.

—Oí en la prisión que la mansión Forest se incendió —apuntó Ban, sintiendo un nudo involuntario de despecho en el corazón. El regalo de Elaine...—. Es... ¿cierto?

A su pesar, Maelstrom asintió.

—Los daños no fueron cuantiosos. Pero, como suponía, los Caballeros intentaron encontrar pistas de mi traición por todas partes. Lo siento muchísimo —concluyó, pesaroso.

Probablemente, había comprobado la desazón en el rostro del bailarín nada más confirmarle la noticia. Ban, por su parte, asintió con levedad y apartó la vista hacia su regazo.

—Y... ¿cómo sabías que Ken en particular no nos traicionaría?

Ban, a pesar de todo, aún no tenía todas consigo respecto a Kenneth y su posible cambio de ideas respecto a los sureños como él. Al fin y al cabo,

fuera como fuese, Goliath había mantenido su odio hasta el final y lo había usado en su beneficio todo lo que había podido. Sin quererlo, una parte del joven bailarín seguía reacio a confiar en ningún Alto; siempre que no fuese su amada Elaine, claro. Sin embargo, Maelstrom parecía del todo convencido sobre la inocencia y las buenas intenciones del heredero Forest, lo que demostró su siguiente petición.

—Dale un poco de crédito al pobre chico —lo regañó sin maldad—. A pesar de todo, algo me decía que no dejaría sola a su hermana; no después de todo lo ocurrido. Ese chico ha vivido mucho tiempo atado por lo que se esperaba de él, pero me alegra ver que es tan inteligente como creía y supo reaccionar a tiempo ante las circunstancias. Adora a Elaine tanto como tú, eso te lo garantizo. Y... en este caso, sé que te protegerá si es necesario, Ban —apostilló, sincero—. No lo dudes. Ken ni es, ni será jamás Goliath.

—Tampoco es la primera vez que un Alto me jura protección... pero a cambio de duros favores —comentó el aludido, ácido, sin poder evitarlo. Maelstrom resopló, sin contestar. Sin embargo, prejuicios aparte sobre los de la Zona Norte de Daleth, el joven aún tenía algo más que decirle a su inesperado salvador—. También... No te enfadaste por lo de Elaine. Eso te lo agradezco.

El agente infiltrado mostró media sonrisa triste al escuchar aquello, sabiendo qué quería decir.

—Me atraías mucho, Ban. No sólo como juguete de Goliath sino como persona. Pero entiendo que tú no veías la situación de la misma manera. Cuando me enteré de que estabas saliendo con Elaine, reconozco que al principio me sentí algo celoso. —Ban apretó los labios de forma casi imperceptible, sin que Maelstrom se percatara—. Pero, después de verlos juntos, ni pude ni quise hacer nada. Lo siento, pero... No puedo estar con alguien que piensa en otra persona como tú lo haces con Elaine —reconoció, haciendo que el bailarín lo encarase de nuevo con interés—. De verdad, Ban: me alegro de que hayas encontrado a alguien que te hace feliz. No podría estar más contento por ti.

Este chasqueó la mandíbula, su interior bullendo de emociones contradictorias en las que destacaba el agradecimiento por encima de todo.

—Gracias —aceptó, al cabo de unos segundos; al menos, antes de dejar salir por sus labios cierta idea que martilleaba su cabeza desde hacía rato, prácticamente desde que había abandonado la prisión—. Aunque... ¿qué ocurrirá ahora?

«¿Qué haré yo?», se preguntaba, en realidad, pero no lo expresó en voz alta.

La verdad era que no quería vocalizarlo por miedo a obtener una respuesta que no deseaba. Maelstrom, por su parte, pareció reflexionar antes de responder, sereno:

—Pues, vamos a ver... Terri y Manuel, desde luego, podrán empezar de cero lejos de aquí y disfrutar por fin de una merecida vida en pareja, como alguien que yo me sé. —Ban torció apenas el gesto con aire jocosos, sin querer convencerse aún de que aquella posibilidad fuese real para él—. Y, en cuanto a Zachary... Bueno, jamás sabrá que no fue él en realidad quien traicionó a Goliath. No por mí, desde luego —aseguró Maelstrom, mientras echaba la vista al anillo de acero que Ban seguía llevando en el dedo anular izquierdo. No era habitual que dejaran a los reos mantener sus joyas, pero a veces los abogados lograban que se hiciesen ciertas excepciones, digamos. Y Jones había cumplido en esta ocasión. Ban siguió la mirada del agente y se quitó el adorno con calma, antes de pasárselo—. Necesitábamos despistar a Goliath todo lo posible, incluso en caso de que Zachary no cumpliera su parte del trato. Pero ahora que se siente seguro bajo el ala de Guinevere, o eso me pareció cuando se conocieron, supongo que sabe que ha hecho lo que debía para salir de una relación muy tóxica. El único pecado que Zach cometió fue confiar en el hombre equivocado —apuntó, casi como si pensase en voz alta, antes de girarse hacia el joven bailarín y mostrar una mueca confiada—. Pero, con suerte, ahora Guinevere enderezará todo en Fairtech y la paz retornará a esta ciudad...

—Estoy seguro de que Malcolm estará mucho más tranquilo, sabiendo eso —agregó Ban, sin poder evitar que media sonrisa nostálgica asomara a sus labios.

—Sí, yo también —aseguró Maelstrom—. Ahora, Zachary podrá redimirse y hacer lo que verdaderamente le gusta. —Sin que pudiese evitarlo, una expresión anhelante se reflejó en los rasgos angulosos de Ban y el agente lo vio sin esfuerzo—. Tú no cometiste ningún pecado, Ban. Que no te convenzan de lo contrario —insistió con suavidad, mirándolo a los ojos—. ¿Me oyes?

El aludido tragó saliva y claudicó sin esfuerzo, mirando con cierta molestia ante dicho recuerdo hacia el exterior del coche y el comienzo de las primeras casas de Daleth.

—Procuraré recordarlo —le prometió. Maelstrom asintió, aunque sin convicción—. Aunque... Me alegro de que a Goliath, al menos, ya le haya llegado la hora.

—Al final, todos tenemos que pagar nuestros pecados —coincidió Samael—. Aunque... Sé que crees que hiciste algo malo por intentar sobrevivir, fuese injusto el castigo o no —Ban bufó con suavidad y Maelstrom suspiró—. Ban, todo el mundo le tiene aprecio a su vida, lo admitan o no. Tú hiciste lo que debías para salir adelante, algo que haría hasta el mismísimo rey —le recordó; y aunque le arrancó media sonrisa irónica, aquel argumento apenas reconfortó al hombretón—. El honor en el fondo está sobrevalorado.

Ante aquello, Ban no pudo menos que soltar una risita carente de alegría.

—Que no te oigan en el castillo de Camelot —se chanceó.

En el fondo y aunque le costase demostrarlo en el momento, el joven agradecía las palabras del agente y estas diluían un poco la sensación de culpa; al pensar, a toro pasado, que quizá debería haber hecho las cosas de otra manera. Sin quererlo, la pregunta de Elaine en la mansión antes de que todo se torciese había estado golpeando su consciencia desde entonces, haciéndolo reflexionar casi más de lo que le hubiese gustado sobre su pasado. A cambio de su broma el hombre canoso simplemente mostró una sonrisa agridulce, pero no dijo nada más. El coche se adentraba ya en la Zona Alta de Daleth, pero Maelstrom no volvió a despegar los labios hasta que no alcanzaron a la primera miríada de lujosos restaurantes asentados frente al fiordo. Ban observó a su alrededor con desinterés mientras avanzaban, pero tampoco volvió a abrir la boca.

—Por cierto... el maestro Zev te manda recuerdos —lo informó Maelstrom al cabo de ese rato de cómodo silencio, para extrañeza del joven.

—Has hablado con él... —adivinó este.

Maelstrom asintió con calma.

—Testificará a tu favor en el juicio.

Ban frunció el ceño, anonadado.

—Pero la escuela ardió...

Si lo que sabía era cierto, el antiguo maestro de danza había desaparecido del mapa tras el incendio de la escuela de baile que regentaba, justo después de la muerte de Valiant. Una forma ruin, en definitiva, para

los Caballeros de cubrir los rastros de una muerte accidental que pretendían colgarle a él como asesinato... ¿Por qué había decidido retornar ahora?

—Tu caso ha propiciado reabrir el caso de la muerte de Valiant, entre otros —lo informó entonces Maelstrom, como si le hubiese leído la mente. Sin embargo, la tensión debió de ser muy evidente en el rostro de Ban, porque agregó de inmediato—. No te preocupes. Después de todas las pruebas que mi departamento ha ido recabando durante años, si sumamos su testimonio podemos demostrar que fueron los Caballeros los que lo hicieron. —Tras esta declaración, el agente miró al antiguo esclavo de una manera tan intensa que el joven casi se estremeció—. Nadie te volverá a hacer daño, Ban, te lo prometo.

Este tragó saliva, sin saber muy bien cómo procesar tal cantidad de información vital para su futuro en libertad. Como le había dicho a Elaine en su mansión, siempre había dudado de qué tipo de pruebas podría presentar Goliath para mandarlo a la horca por el tema de Valiant, menos cuanto más pasaban los años; pero, como también había apuntado entonces, tampoco es que su situación llevara las cartas ganadoras en la mano para librarse de un tiro entre las cejas... Por lo visto, ahora ese horizonte se mostraba más brillante que nunca y sólo podía ser por el tesón del hombre que tenía enfrente.

—Gracias, Maelstrom —pronunció, sincero.

El agente, para su sorpresa, se limitó a encogerse de hombros como si no tuviese tanta importancia, aunque para Ban fuese así.

—No hay de qué. ¡Ah, ya hemos llegado! —dijo entonces, cambiando de tema.

Viendo que no podría obtener más y sintiéndose más en paz consigo mismo, a pesar de todo, Ban miró el lugar con más curiosidad... Y sus ojos se abrieron como platos al hacerlo. Seguían en el lado pijo del Kent, en una avenida flanqueada de establecimientos suntuosos. En particular, el que tenía delante rivalizaba con muchos de ellos en elegancia. ¿Qué hacían allí?

—¿Qué es esto? —quiso saber, confundido.

Pero Maelstrom se limitó a mostrar de nuevo un gesto de alegre ignorancia y señalar hacia la puerta, como si eso explicara muchas cosas.

—No lo sé. Sólo lo que tu novia me ha encargado que hiciera —aseguró, ante su rostro aún atónito.

En efecto y como si eso fuese una señal, Ban atisbó entonces una cabellera rubia e inconfundible a pocos metros de distancia, camuflada

entre un grupo de gente. Sólo con eso, Ban notó acelerarse el corazón de tal manera que creyó que se le iba a salir del pecho de un momento a otro. No obstante, antes de echar la mano al picaporte para salir, encaró por última vez al agente que le había salvado la vida.

—Gracias, Jack —dijo—. Por todo.

Este aceptó con un breve asentimiento.

—Sé feliz, Ban. Te lo mereces ¿vale? —le recomendó, afable, señalando de nuevo hacia el restaurante para enfatizar sus palabras—. Tienes una novia que te adora, unos amigos que te quieren y un talento por el que muchos matarían. Sólo... prométeme que aprovecharás esta oportunidad. ¿De acuerdo?

Ban sonrió con genuina gratitud e imitó su gesto.

—Lo intentaré —aseguró, justo antes de abrir la puerta del coche—. Hasta pronto, agente.

—Adiós, Ban —se despidió el policía a su espalda—. Espero que disfrutes de tu nueva libertad. Y ¡no te metas en líos!

El bailarín, confundido y feliz al mismo tiempo, recordó devolverle un gesto de aprobación ante aquella recomendación antes de poner los pies definitivamente sobre la acera. Tras cerrar la puerta de la berlina tras de sí, como había ojeado, reconoció de inmediato a la ruidosa piña de gente que se agrupaba alrededor de la puerta del restaurante. Para bien o para mal, identificó a todo los presentes; pero, en particular, aquella cabellera rubia y larga que destacaba a sus ojos como un faro en la oscuridad.

En cuanto dio dos pasos hacia ellos, casi al tiempo, todos se giraron para mirarlo. Por sus expresiones, estaban encantados de verlo y muchos tenían lágrimas de emoción sobre sus párpados. Pero Ban sólo tenía ojos para Elaine. La cual lo contemplaba con los suyos abiertos de par en par, empañados a más no poder. El bailarín, aun sintiendo su propio llanto asomar sin remedio, sonrió con más alegría que en toda su vida. Entonces, como si hubiese sido una señal, ella echó a correr hacia él. Él avanzó apenas un par de pasos antes de caer de rodillas y recibirla entre sus brazos abiertos.

«Joder, cuánto te he echado de menos, mi amor», pensó el joven, nada más hundir la nariz en su pelo.

—¡Ban! —sollozó ella, contra su cuello, con aquella voz juvenil y preciosa que lo volvía loco desde que la conoció—. Ban... Cielos...

—Elaine —repuso él. Después, la besó sobre el pelo, las sienes y las mejillas. Por último, le tomó el rostro con sus grandes manos y la miró a los ojos con amor infinito—. Aquí estoy, mi amor... Vamos... No tienes que llorar más ¿vale?

La joven sorbió y asintió, aunque sin dejar de sonreír de oreja a oreja.

—Creí... De verdad que creí que no volvería a verte —le confesó, antes de enredar los dedos en su cabello platino—. He pasado muchísimo miedo de que algo saliese mal, Ban —sollozó, acariciándole la cabeza y el rostro como si casi no creyese que aquello fuese real—. Te lo juro...

—Lo sé, y yo —corroboró él, juntando sus frentes con los ojos cerrados y notando que sus mejillas también se humedecían a causa del llanto. Pero, por primera vez en mucho tiempo, eran lágrimas de auténtica dicha y no de dolor o tristeza—. Pero... Mi amor. Ahora estoy aquí contigo y nadie me va a separar de ti. ¿Me oyes? —juró, con la voz rota de emoción—. Nunca más.

Ella asintió de inmediato, con energía. Antes de que, sin remedio, sus labios se unieran en un beso húmedo, pero tan ansioso que casi hizo desaparecer todo a su alrededor. Ban quería abrazarla así para siempre, sentir su cuerpo contra el suyo y recorrer cada centímetro de su boca hasta que el mundo se acabase. Al menos hasta que, pocos segundos después y para ligera contrariedad del exconvicto, alguien carraspeó a espaldas de Elaine y la hizo girar sobre sí misma con las mejillas ardiendo.

—Hola, Kenneth —saludó Ban, mordaz, al comprobar quién era el aguafiestas un segundo después, sin soltar a Elaine para nada—. ¿Envidioso?

El joven Forest, por su lado y para ligera sorpresa del bailarín, hizo una mueca que parecía sarcástica.

—No, gracias. Estoy bien —le aseguró, en un tono que casi parecía bromista—. Aunque me alegro de verte.

Ban cruzó una mirada intrigada con Elaine, pero la sonrisa que esta le devolvió disipó de golpe todos sus recelos. Así, el joven optó por levantarse de nuevo y acercarse a saludar a todos los que habían venido a recibirlo. Para su ligera emoción y vergüenza por estar en plena calle, tres de ellos se lanzaron de inmediato a abrazarlo. Otros dos, a los que casi creía conocer gracias sobre todo a Elaine, esperaban a una distancia más prudencial, aunque se alegraron igual de verlo. Erica alzó una mano para chocarla con él y el rubio, que Ban sólo conocía de vista, pero que sospechaba que sería

el famoso Harvey, le dirigió un gesto camarada con dos dedos sobre la frente. Sólo entonces, todos juntos y ante el estupor del bailarín, se adentraron en el restaurante como si fueran el mejor grupo de amigos de la historia celebrando una ocasión especial. Aunque, para él y una de las presentes, desde luego lo era.

Queridos Ban y Elaine.

Sé que esta carta os sorprenderá, aunque no niego que es el mejor sistema que se me ha ocurrido para que nadie sospeche. Cuando hayáis leído esta misiva, por favor, aseguraos ambos de recordar las instrucciones al pie de la letra. Después, destrúidla en cuanto tengáis oportunidad. Nuestras vidas, todas, dependen de ello.

Como os dije, hay una forma de acabar con la esclavitud de Ban y desenmascarar a ese desgraciado de Goliath Fairmont. Sus manejos han llegado ya demasiado lejos y han hecho daño a demasiada gente. No puedo esperar más a acabar con él.

Para ello, lo primero que debéis saber es que mi nombre real no es Samael. En realidad, me llamo Jack Maelstrom y soy detective de la brigada antidrogas de la Policía Neobritánica. Durante años, me he dedicado a investigar a los Caballeros y a sus Reyes, desde los tiempos de Baltazar hasta que el cetro cayó en manos de Goliath.

No puedo prometeros al cien por cien que mi plan vaya a resultar; sólo puedo deciros que, de ahora en adelante, deberéis confiar en mí y en lo que suceda sin hacer aspaviento alguno. Debéis dejar que ocurra, sea lo difícil que sea ¿de acuerdo?

Bien. Lo primero de todo es que, Ban: si mis informaciones son correctas, Goliath planea encasquetarte el asesinato de Meredith dejando el cadáver en tu apartamento, a la espera de que lo encuentre la vecina o se alerten por el olor. No sé cómo lo van a hacer, pero estoy seguro de que será así.

Sin embargo, cuando vengan a buscarte a donde sea que estéis, no hagas ninguna estupidez. Porque, sí: la idea es que te encuentren, a pesar de todo. Tranquilo, te llevarán a comisaría y te interrogarán, es el procedimiento normal. Sin embargo, te hagan lo que te hagan, no confíes hasta que no aparezca tu abogado. Será alguien de un bufete que Elaine conoce bien: Franklin & Jones.

Aun así, Elaine: no hables de esto a Erica ni a Liam en ningún momento. Lo sé, pido mucho, pero nos arriesgamos a ponerlos en una situación aún más delicada. Sin embargo, sí te pediría que los convenzas como sea para que te lleven a su torre al día siguiente de la detención por la mañana y allí esperar al contacto que te enviaré. No hagas nada que dé

sospechas sobre que lo esperas. Déjate guiar y él te seguirá diciendo qué hacer.

Por otro lado, Elaine, mientras Ban esté encerrado, necesito que hagas algo más por mí:

- Primero, que hables con tu hermano. Sí, es probable que no le haga gracia saber que sales con un sureño, pero debes convencerlo de que confíe en Ban. Háblale de él y cuéntale su situación, sin entrar en detalles. Sé que ambos sabéis a qué me refiero.

- Aparte, insístele en que la informática de la Torre está comprometida y llamad a vuestro amigo Harvey.

- Cuando las filtraciones a Zachary cesen, podréis pedirle lo siguiente: un micrófono para espiar a Goliath en su propio territorio. Tranquilos, yo me ocuparé de lo demás.

Por último, y esta es la parte más delicada para mí:

- Sé que Terri y Manuel, dos de los consejeros de Goliath, están deseando estar juntos, pero el Rey no permite que se relacione nadie dentro de la mafia bajo pena de castigo severo. Haré lo posible porque confíen en mi palabra y nos busquen, podrían ser de ayuda.

- La guinda del pastel será convencer a Zachary de que traicione a su amante, Goliath, y le ponga el micrófono en el traje.

Esto será el último paso antes de que Goliath, convencido por Zachary, vaya a ver a Ban para convencerlo de que traicione a los Forest y conseguir la patente a través de Elaine. Ban, no tengo que decirte que ni se te ocurra aceptar semejante trato.

De cualquier manera, debéis recordar que el micrófono de Harvey sólo será una distracción, aunque a él no podrás decírselo, Elaine. El verdadero micrófono estará escondido en el anillo de acero que va en esta carta y que Ban deberá ponerse y no quitarse en ningún momento. Tranquilo, incluso cuando te lleven a la cárcel a la espera de juicio, nadie se fijará en él. De hecho, pensarán que eres una Perseida del Cielo Estrellado al verlo y no se meterán contigo más de lo necesario, ni guardias ni reclusos. Parece que no, pero esa mafia también impone respeto por estos lares, más que los Caballeros incluso...

Cuidaos mucho y que el cielo os sonría.

Con afecto,

Jack Maelstrom (aka Samael)

Corazones al unísono

Cuando el *maître* los recibió y los condujo hasta la soleada terraza sobre el Kent, reservada para ellos en aquella ocasión especial, la cara de Ban no tuvo precio. Elaine, en parte, se sentía algo tímida al pensar que quizá aquello le podía parecer excesivo. Pero, como había hablado con las chicas y considerando que el casino estaba cerrado, debían encontrar un lugar especial para celebrar su salida de prisión. Aun así, el brillo de sus ojos cuando por fin se sentaron en la mesa preparada en el centro de la explanada lo decía todo. Elaine no lo soltaba en ningún momento, como si fuese a desaparecer de su vista de un momento a otro.

—Buenas tardes —saludó una de las camareras—. ¿Van a empezar con alguna bebida?

—Ban, me han comentado que en este sitio tienen tu cerveza favorita —comentó entonces Malcolm, mordaz.

Elaine contuvo la risa apenas cuando vio el rubor ascender a los pómulos del gigantón, a la par que sus ojos se abrían de par en par. Desde luego, aquello sí que tenía que haberlo pillado por sorpresa. Y, a pesar de todo, Elaine pensó que se iba a derretir cuando le preguntó con timidez:

—¿Puedo, señorita?

Ella asintió, sin ser capaz de dejar de sonreír.

—Claro. De hecho, pide dos. —Ante la expresión estupefacta de él, la joven contuvo una risa no exenta de cierto azoro. Ciertamente era que siempre se había negado a probar aquel “brebaje”, como ella lo llamaba, y él lo sabía. Pero, por Ban y teniéndolo por fin junto a ella, Elaine sentía que era capaz de hacer lo que fuese—. ¿Qué? Me han dicho que es la mejor cerveza que existe ¿no es cierto? —agregó entonces, sin perder la diversión y encogiéndose de hombros con levedad—. Habrá que comprobarlo.

Pasada la sorpresa, Ban soltó una carcajada y la ciñó contra sí con emoción evidente.

—No lo dudes —afirmó, bajando la voz—. Te encantará, te lo aseguro.

—Un par de *Southern Ale* por ahí entonces —pidió Malcolm, con la oreja puesta sin remedio en la conversación—. Por aquí dos cervezas morenas y... ¿Ken? ¿Dana?

—Vino blanco —repusieron al unísono, cruzando una mirada cómplice a su vez que a Elaine le encantó ver.

Erica y Harvey, por último, pidieron también cerveza *Ale*; aunque, en su caso, fue la de fabricación casera. Cuando trajeron las bebidas unos minutos después, Elaine hubiese jurado que Ban casi se emocionaba sin remedio durante el primer brindis.

—Chicos, no teníais que haberos molestado tanto, de verdad —los regañó él, sin demasiada convicción.

—La idea del lugar fue de El —intervino entonces Isabelle, señalando a la joven. Esta agachó la cabeza con cierto bochorno—, pero yo he sido la que ha tenido que impedir que algunos empezaran a colgar tonterías...

Con aquella afirmación, la joven señaló a un Malcolm que no se dio por aludido en absoluto.

—Vamos, nunca me dejas hacer nada divertido... —protestó, con un falso puchero.

Ban rio con ganas.

—No os preocupéis. Ya bastante habéis hecho... Lo que no sé —comentó, comedido— es cómo pensáis pagar todo esto... Es demasiado...

—Ejem —carraspeó Ken, haciendo que Ban enarcase una ceja cargada de seriedad en su dirección—. Creo que de eso podemos ocuparnos Elaine y yo. ¿No es cierto, hermanita?

Ban viró entonces para encarar a su novia, que sólo pudo componer una mueca de inocencia no exenta de una inmensa ilusión. Quizá por ello, el semblante dubitativo del joven no tardó en cambiar a uno cargado de dulce agradecimiento. Sin palabras, cuando él lo pidió Elaine lo abrazó, encantada por tenerlo de nuevo a su lado.

—Eres la mejor —susurró entonces Ban sobre su pelo, haciendo que la joven rubia se apretase más contra su pecho—. Gracias.

La comida llegó en ese momento, un menú degustación para compartir y encargado especialmente para la ocasión. Mientras cenaban, con el sol cayendo sobre el Kent a sus espaldas, las bromas y las risas surgían cada dos por tres. Sobre todo, cuando Harvey los acusó de haber sabido lo que ocurría todo el tiempo.

—Así que, al final... ¿Todo estaba preparado de antemano?

Ante la pregunta de King, aunque había sido formulada con más curiosidad que acritud, Ban y Elaine compusieron sendos gestos avergonzados.

—Sí. Siento no haberte podido contar más hermano. Y... También lo siento por ti, Harvey —se disculpó de inmediato Elaine, girando nuevamente hacia su mejor amigo de infancia—, pero el micrófono sólo era una distracción.

—¡*Ouch!* ¡Eso duele, princesita! —se quejó, medio en broma, medio en serio—. Que ¡me costó mi trabajo hacerlo!

La aludida se rio y todos la corearon, siguiendo el humor de Harvey al fingir que algo invisible lo había golpeado en el estómago.

—Lo siento, Harv —reiteró la joven, conteniendo la risa—. Pero... tenía que funcionar.

El aludido fingió disgustarse.

—Está bien, princesa. Pero esta me la pagas —le advirtió, mordaz.

Elaine le devolvió una mueca de absoluta inocencia.

—¡Oh, vamos! ¿No te he presentado a alguien encantador?

—¿En serio? Y ¿quién es? —quiso saber Malcolm, cotilla como siempre.

—Me parece que es tu hermano pequeño, capitán. O eso me han dicho...

—¿Qué?!

Elaine casi se cayó de la silla a causa de la risa cuando vio el rostro desencajado del rubio, tras escuchar la respuesta sardónica de Ban. Malcolm se quedó sinceramente boquiabierto, mientras miraba a la joven Forest y a Harvey de forma alternativa. Este último dirigió una mirada de alarma a Elaine.

—¿Queréis callaros? ¡Se supone que era un secreto!

Malcolm, tras reponerse de la sorpresa y para alivio de todos, sonrió con ganas.

—Bueno, Harvey. Creo que, llegado el caso, te prefiero a ti antes que a Goliath Fairmont... —afirmó, haciendo que todos riesen a coro. Incluido el informático a pesar de estar rojo como un tomate.

—Ja. Me lo tomaré como un cumplido... —repuso este, siguiendo el humor sin problema.

—La verdad es que Maelstrom, de alguna manera, lo tenía todo calculado —intervino Ban, cuando a todos se les pasó el súbito ataque de risa por el pique entre Harvey y Mal—. No tengo ni idea de cómo lo hizo, pero se lo agradezco.

—Ser policía infiltrado requiere habilidades fuera de lo común —explicó entonces Erica, apasionada por el asunto—. Estoy segura de que lo tenía todo bajo control.

—Sí... —suspiró Ban, dando vueltas a su cerveza con aire pensativo—. De cualquier manera, me alegro de que todo haya pasado.

—Y yo —corroboró Elaine.

—Por vosotros, entonces —brindó Isabelle, y todos la secundaron—. Porque tengáis la oportunidad de ser muy felices juntos.

Los demás la corearon de inmediato, ante el tímido gesto de aceptación de los aludidos mientras levantaban sus bebidas. Después, para su mayor bochorno, Malcolm y algún otro pidieron un beso como si estuviesen en su boda en vez de en una fiesta de reencuentro. Y Elaine, a pesar de que vio a su hermano mayor atragantarse con su bebida ante semejante petición mundana, no se resistió cuando Ban bajó la cabeza hacia ella y rozó sus labios con infinita ternura. Los silbidos, por supuesto, no se hicieron esperar; y ambos se separaron enseguida con los rostros del color de la grana, pero sonrientes como nunca en su vida.

—Oye, y ¿qué ha pasado con Wan Zhu? —preguntó entonces la joven Forest, al cabo de un rato de festejo.

—Bueno, después de que soltaran a Ban, me dejaron hablar con él —la tranquilizó Malcolm—. Creo que lo dejarán libre en cuanto acepte cooperar. —Le guiñó un ojo cómplice—. Declarar contra Goliath como líder de los Caballeros, a cambio que le condonen los trapicheos de dinero tras las tragaperras.

—Wan Zhu no tiene mal corazón, en el fondo —intervino Ban.

—No. Si hace falta, hasta yo declararía en su favor —corroboró su amigo.

Ban soltó una amigable risita.

—Eres demasiado bueno, capitán.

Este brindó en su dirección.

—Bueno... ¡Tendría que competir contigo! ¿No crees?

El bailarín rio de nuevo, conmovido esta vez, pero no respondió y todos siguieron bebiendo y comiendo. Las bromas subieron de tono un poco más cuando la conversación volvió a virar hacia una posible relación futura de Harvey y Zachary. Malcolm, en su salsa, se ofreció a hacer de casamentero. La fiesta estaba en pleno apogeo. En un momento dado, el futuro celestino también se animó a poner música y algunos de ellos empezaron a bailar por la terraza, achispados por el alcohol. Pero Ban, según comprobó Elaine, fue el primero que se apartó de la jarana y se sentó en una esquina de la terraza, mirando al mar con aire relajado. La joven lo siguió poco después.

—Eh. ¿Estás bien?

—Sí, sólo un poco... Descolocado, creo.

—¿Cómo te sientes?

—Bueno, aún me cuesta creer que... Ya sabes: todo haya quedado atrás. Ella sonrió, comprensiva.

—¿“Todo”? —apuntó, jocosa.

Él la imitó antes de abrazarla.

—Bueno, todo quizá no... La parte buena, al menos, permanece —bromeó, antes de acercar sus labios hacia los de ella.

Sin embargo, antes de que pudieran besarse como ambos deseaban, alguien se acercó en su dirección. Era Ken.

—Hola, chicos. ¿Molesto?

Elaine percibió cómo Ban se contenía de soltar un improperio, pero se adelantó.

—No, claro. ¿Qué ocurre?

—Quería hablar un momento con Ban. —Le dirigió a la joven una mirada cómplice que esta entendió—. Si es posible.

—Sí. Voy a aprovechar a ir al baño —dijo Elaine entonces, para estupor de su reciente novio.

Sin embargo, este no rechistó antes de que la joven desapareciera hacia el interior del restaurante y los dejase solos. Sabía qué quería decirle Ken a Ban; pero, por primera vez, no temía aquella conversación en absoluto. No obstante, cuando llegó al servicio, también se encontró a alguien allí que no esperaba.

—Anda. Hola, Eri.

—Eh, hola. ¿Todo en orden?

Elaine sonrió sin esfuerzo.

—Sí. No podría estar más feliz.

Erica le devolvió el gesto, no sin cierta ironía.

—Ya me parecía. No te he visto tan eufórica en mucho tiempo.

Elaine enrojeció sin poder remediarlo.

—Qué va...

Erica la miró entonces de manera extraña.

—Así que, en realidad estabais todos compinchados ¿eh?

Elaine, por un instante y al escuchar un ligero reproche en sus palabras, volvió a sentirse la peor amiga del mundo. Incluso aunque esta vez su silencio hubiese tenido razones de peso, algo en ella se arrepentía de que incluso Jones supiera más que ella y su hermano mayor.

—Eri, no me juzgues, por favor —le rogó, angustiada, casi tapándose la cara con ambas manos para camuflar el bochorno—. Yo... Bastante tuve con seguir todas las instrucciones sin morirme del susto más de una vez, la verdad... No quería ponerlos en un compromiso...

Para su sorpresa y alivio, tras la aparente tensión inicial, la muchacha de pelo azul se echó a reír de inmediato con naturalidad.

—¡Mujer, vamos! ¡No te disculpes! Entiendo que estas cosas son muy delicadas —reconoció entonces, dirigiéndole una sonrisa algo más deseosa que Elaine no entendió a la primera—. Aunque... Ojalá pueda hacer yo algo similar en el futuro. ¿Te imaginas?

Tras comprender por dónde iban los tiros, la rubia hizo una mueca, en claro desacuerdo.

—No sé. No te lo aconsejo —refunfuñó, reprimiendo un escalofrío—. Tiene que ser durísimo, en el fondo...

Erica, a pesar de todo, le quitó importancia con un gesto de la mano y no insistió en el asunto. Al menos antes de recordar algo y meter la mano en el bolso, mientras Elaine se juraba que esta vez sí que no volvería a mentirle jamás. A continuación, para estupor de la joven Forest, sacó tres pequeños envoltorios plateados y semitransparentes y se los tendió.

—¿Qué es esto? —inquirió Elaine, dubitativa.

Su mejor amiga puso los ojos en blanco, como si fuese evidente.

—Vamos, Elaine. Dime que ahora que estáis juntos y felices no vais a aprovechar a... Ya sabes...

La aludida, por supuesto, palideció de golpe al comprender a qué se refería.

—Eh... Ah... Yo... —balbuceó, tímida.

Erica, por su parte, alzó las cejas en un gesto claramente mordaz.

—¿Qué ocurre?

Elaine tragó saliva, evitando su mirada con un pudor casi adolescente al tiempo que sentía la palidez de sus pómulos sustituirse por un intenso rubor.

—Es decir... Hemos hablado de ello y una vez casi... —expuso, en apenas un tímido hilo de voz—. Pero lo cierto es que nunca... En fin... Con su situación...

El arco de una de las cejas depiladas de Erica se pronunció ante aquello. Pero lo que no esperaba Elaine era que, unos segundos después, aquella le pasara un brazo por debajo del suyo; y, sin más explicación, la arrastrara sin violencia hacia uno de los excusados, cerrando la puerta tras de sí.

—Muy bien, pequeña. Creo que tú y yo tenemos que hablar...

Cuando Elaine salió del baño y volvió a la terraza, varios minutos después y con la cabeza bullendo como una olla a plena potencia, Ban ya no estaba en el mismo sitio y Ken tampoco. De hecho, el hombretón hablaba animadamente con Dana; y, cuando la joven rubia se acercó, la bailarina de pelo corto le preguntó con cierta timidez si le importaba que ensayase con Ban de vez en cuando. La muchacha, pasado el estupor, aceptó con total naturalidad antes de que su interlocutora corriese en dirección a Ken; con toda probabilidad, para contarle las buenas noticias. Elaine miró de reojo a Ban con media sonrisa intrigada.

—Conque... Ensayar con Dana ¿eh?

El hombre se rio por lo bajo, aunque a la joven le pareció que la alegría no alcanzaba sus ojos. ¿Qué le ocurría?

—Sí... Nada más desaparecer Ken, ha venido ella a decirme que quería ensayar conmigo —expuso entonces el bailarín, sin especial emoción—. Supongo que el día de la salsa no le sentó tan mal como yo creía...

A pesar de que se alegraba de que hubiesen enterrado el hacha de guerra artística, Elaine frunció el ceño, intrigada por su tono. Donde de normal había ironía y desenfado al hablar de esos temas, Ban ahora parecía como ausente y ni siquiera la miraba.

—Eh —lo llamó, tirando de él hacia la esquina donde se encontraba antes. Para su tranquilidad, él la siguió; pero sus irises parecían de ámbar rígido cuando ambos se sentaron y por fin lo encaró—. Oye ¿va todo bien?

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, pero te noto... distinto —expuso Elaine, inquieta—. ¿Qué...? ¿Qué te ha dicho mi hermano?

El joven se encogió de hombros, como si no fuera nada.

—Me ha comentado que tenéis un apartamento libre en la Torre —susurró entonces, a lo que Elaine se estremeció con cierta ansiedad— y, dado que mi antigua casa es la escena de un crimen, me ha ofrecido mudarme con vosotros hasta que pueda encontrar otra cosa...

—Pero... ¡Eso es genial! —exclamó ella, nerviosa—. ¿No te alegra?

Como debió sospechar, él le dirigió entonces una mirada no exenta de cierto reproche.

—¿Esto ha sido cosa tuya, señorita?

La joven tragó saliva. Por primera vez, no le gustaba el tono con que había usado su apelativo preferido. Y, aunque sabía que quizá tenía parte de culpa, prefirió no entrar al trapo.

—Bueno... Sólo le insistí un poquito —reconoció, contrita—. Lo cierto es que... Pensé que... podría ser una buena idea...

—Y ¿te pareció bien hacerlo sin consultarme? —preguntó entonces Ban.

Su tono no había sido agresivo en absoluto, pero Elaine lo percibió como una puñalada en el alma.

—Oh. Yo... Lo siento, pensé que... —balbuceó, confusa y algo herida—. Te haría ilusión... Disculpa...

Abochornada, la muchacha se levantó de golpe para irse. Quizá había malinterpretado la situación o se había hecho demasiadas ilusiones. Y, ahora, se sentía estúpida por haber pensado así. Sin embargo, un segundo después, Ban la sujetó por la muñeca sin violencia y la atrajo de vuelta hacia sí con expresión arrepentida.

—Eh, eh. Ven aquí, señorita —la retuvo, sin alzar la voz. Ella mantuvo la cabeza gacha, sin atreverse a enfrentar su mirada de caramelo, pero obedeció con la sumisión de un corderito camino del matadero—. Lo siento ¿vale? No tenía que haberme puesto así. Perdóname tú.

Elaine se encogió de hombros con desgana, la vista todavía clavada en el suelo.

—Pensé que esto te haría feliz —farfulló, en voz muy baja.

Junto a su barbilla, él suspiró antes de soltar una risita que parecía avergonzada.

—Oye. Sabes que es por lo poco acostumbrado que estoy a que me traten bien —reconoció él, bajando el tono a uno mucho más tierno—.

Pero... Lo cierto es que no podría estar más agradecido de tener a alguien como tú a mi lado. Lo sabes ¿verdad?

Elaine lo observó a través del pelo, con aire culpable.

—¿En serio?

—Sí, señorita. Jod... Cielos... Es sólo que... Estoy todavía procesando todo lo sucedido y me siento como un pez en tierra —admitió, haciéndole reír ante aquella imagen sin poder evitarlo—. No sé ni lo que tengo que hacer. Me siento... extraño —admitió, ya sin molestia alguna en su expresión ni en su voz—. Pero supongo que, con tiempo, paciencia y un poco de amor...

Elaine frunció los labios, aunque su humor había dado un giro de ciento ochenta grados sólo con aquella declaración. Era tan tierno cuando se lo proponía...

—Bueno... Eso no te va a faltar a partir de ahora, te lo prometo. Aunque —apuntó, dándole con un dedo en la nariz y mostrando una expresión severa— deberías ser menos cabezota cuando queramos ayudarte ¿no crees?

—*Touché* —ironizó él, sin maldad—. Necesito aprender a dejar que me cuiden, lo sé.

Elaine ladeó la cabeza antes de acariciarle el pelo con mimo.

—Sé que no te gusta, pero... sólo queremos protegerte hasta que todo se solucione —le recordó con suavidad—. “Yo” quiero protegerte.

Ban sacudió la cabeza, en aparente rendición.

—Está bien, lo intentaré —prometió—. De todas formas, recuerda que aún estoy en libertad provisional, así que no puedo hacer tonterías.

Elaine hizo una mueca confiada.

—Bueno, para eso me tienes a mí —aseguró.

El bailarín recuperó su clásico gesto sardónico.

—¿Va a vigilarme, señorita Forest? —ronroneó entonces, para deleite de la joven.

—Sólo si te lo mereces —repuso esta, en el mismo tono, cruzándose de brazos en una falsa pose disciplinaria. Ban se rio por lo bajo, aunque la joven aún captó un ligero deje agridulce que creyó saber a qué se debía—. Oye. Todo ha terminado ¿de acuerdo? Y el juicio, cuando llegue, saldrá bien. Nadie más volverá a obligarte a hacer nada que no quieras.

Él sonrió con más ganas.

—Eso espero, señorita. Y... Siento si me he comportado como un capullo antes. Lo cierto es que no sé qué decir...

Elaine meneó la cabeza, con la ternura inundando cada fibra de su ser.

—No te preocupes. También creo que ya nos vamos conociendo... ¿no? —bromeó.

En honor a la verdad, una parte de su ser le indicaba sin maldad que, en efecto, quizá había sido un poco impulsiva al pensar que Ban podía mudarse con ellos sin más. Ahora, su amado era un hombre libre que debería poder decidir sobre su vida sin que nadie le impusiera nada. Aun así, a Elaine le emocionaba hasta el extremo sentir que, fuera como fuese, todas las piezas de un futuro lleno de oportunidades empezaban a caer con dulzura en su sitio. Para su mayor alivio, Ban la atrajo más hacia sí e imitó su sonrisa encantada, sin ya más rastro de aparente duda en su rostro.

—Me vuelves loco, mi amor. ¿Lo sabías?

Elaine rozó la nariz con la de él. Sólo entonces, antes de que sus labios se unieran, la joven vio por el rabillo del ojo una escena que jamás imaginó, al menos hasta unos días antes. Al otro lado de la terraza, sentados sobre otros cojines, Ken y Dana parecían estar dando los primeros pasos temerosos hacia algo más que un sincero cariño mutuo. O, al menos, eso demostraban sus comedidos y tímidos besos, apenas iluminados por una de las lámparas cercanas.

—Vaya, parece que alguien también se lo está pasando bien esta noche... —comentó Ban, mordaz.

Elaine soltó una risita, del todo de acuerdo, antes de dejar que él acercase su cabeza e imitase a la otra pareja sin pudor alguno. Tras rozar su boca, la joven cerró los ojos y se dejó llevar, arrullados ambos por la suave música y el agua danzando bajo sus pies. Al menos, hasta que varios silbidos malintencionados los hicieron separarse de golpe, igual que a Ken y Dana.

—Bueno, bueno. Me parece a mí que es hora de empezar a llevarse la fiesta a otro lado ¿me equivoco? —ironizó Malcolm.

Elaine vio cómo su hermano mayor enrojecía, aún en la distancia, antes de que él y su enamorada se levantasen del asiento y se acercaran al grupo central. Ban y ella, tras cruzar una mirada cómplice, decidieron unirse. Como apuntaba el mejor amigo del bailarín, quizá era el momento de empezar a recogerse, cada uno a su hogar. Sin embargo, cuando por fin los dos hermanos Forest pagaron y todos salieron a la calle, preparándose para

la despedida, Ken se acercó por un instante a su hermana; aprovechando el momento en que Ban fue a comentar algunas cosas con sus compañeros del casino.

—Elaine.

—¿Sí? —repuso ella.

Él la encaró con una extraña expresión.

—¿Volvéis a la Torre, entonces?

La joven tragó saliva, sin saber bien qué responder. Si Ban aceptaba por fin la oferta de vivir con ellos, que fuese y viniese de la Torre se convertiría en lo más normal del mundo. Pero aquella noche, si retornaban juntos... Sin quererlo y a pesar de todo lo ocurrido, en aquel instante Elaine tenía sentimientos encontrados sobre lo que eso pudiese significar. Aun así, optó por ser sincera sin entrar en detalles.

—¡Ah! Sí, supongo... —repuso, sin poder reprimir un deje nervioso en sus palabras—. ¿Por qué?

Ken, para mayor inquietud de la joven, enrojeció hasta la punta de las orejas.

—Yo... Sólo... Tened cuidado. ¿Vale? —pidió, en voz muy baja.

Y Elaine, tratando de disimular el escalofrío que acababa de recorrerla entera solo de entender entre líneas a qué se refería, asintió con una confianza que no creía poseer en ese preciso instante.

—Por supuesto. Aunque... Tú también ¿eh? —le recomendó. Reprimiendo la risa a duras penas cuando vio enrojecer a Ken todavía más, agregó—. Algo me dice que esta noche tú no volverás a casa... ¿No es así?

Como para corroborar sus palabras, Dana lo llamó en ese instante y él se giró como un resorte, sonriendo con ligera disculpa antes de indicarle que enseguida iba con ella. Sin embargo, esta vez el hermano mayor no se alejó sin decirle a la menor, mirándola a los ojos:

—Te quiero, Elaine.

Emocionada, ella lo abrazó con brevedad y ternura, antes de responder:

—Y yo a ti, hermano. Nunca lo dudes.

Un dulce encaje

Cuando Ban por fin volvió junto a Elaine, Ken ya se alejaba por la avenida sujetando la mano de Dana y ambos parecían mantener una charla relajada, escondiendo algún roce menos inocente cada vez que pasaban por la penumbra entre dos farolas. La joven se despidió entonces de Erica y Harvey. La primera ofreció al segundo acercarlo a su propio complejo familiar, a lo que él aceptó con naturalidad. También, antes de irse ambos, Elaine prometió que hablarían muy pronto y ellos lo corroboraron. Aunque su mejor amiga, además, le devolvió un gesto cargado de intenciones eróticas a espaldas de Harv. Elaine se puso colorada como un tomate, pero procuró mantener la compostura.

—Eh. ¿Estás bien? —quiso saber Ban, siguiendo su mirada.

Pero la muchacha lo distrajo de inmediato, mientras le abrazaba la cintura con nerviosa coquetería.

—Sí... ¿Vamos a casa? —pidió, con un puchero que salió casi de forma espontánea—. Empiezo a estar agotada...

Ban arqueó una ceja, pero no insistió mientras ambos empezaban a caminar en su propia dirección. La Torre Forest estaba a unos veinticinco minutos andando del restaurante, casi siguiendo una línea recta entre las silenciosas torres de la Zona Alta, pasado el bullicio de locales y comercios de cierre tardío.

—Vamos. Aunque ¿de qué hablabais Ken y tú? —quiso saber el joven, apuntando con la barbilla en la dirección que se había ido su hermano con la otra bailarina clásica.

Elaine, por su parte, contuvo la risa. Así que los había visto...

«Si él supiera...», ironizó en su mente, de todas formas.

—Nada, cosas de hermanos —comentó en cambio, restándole importancia, para después agregar con sorna—. Supongo que le preocupa que me “corrompas”...

Él siguió la chanza y rio también. Al menos antes de, por sorpresa, alzarla por la cintura hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros de distancia.

—Y, tú ¿qué opinas? —susurró, meloso.

Sólo entonces y de golpe, Elaine fue consciente de que su respuesta podía dar lugar a un momento que temía y deseaba con todas sus fuerzas, ahora que todo había pasado. Pero algo en su interior, que tenía una voz sospechosamente parecida a la de Erica, le pedía no lanzarse de buenas a primeras y hacérselo desear. Ban, por su lado, debió intuir lo que pasaba por su mente; porque de un instante al otro se limitó a sacudir la cabeza, besarle la frente y depositarla en el suelo.

—Venga, vamos a descansar, que nos lo hemos ganado.

Por un momento, Elaine se sintió empequeñecer de vergüenza, al tiempo que ambos retomaban el paseo. Sin quererlo, sentía que Ban la había tratado como una niña cuando lo único que ella quería era ser mujer a su lado. Los consejos de su mejor amiga volvieron a su mente con la fuerza de un tornado mientras ambos terminaban de alcanzar la Torre Forest con un tranquilo paseo y subían en el ascensor hasta su piso. A duras penas, Elaine contuvo el impulso de lanzarse sobre Ban en aquel pequeño espacio como hacían en las películas y dejar que sus instintos hablaran por ellos.

—Oye, Ban —se animó al final, cuando salieron a su rellano.

—¿Hm?

Elaine pensó a toda velocidad.

“Hazle desear el momento, juega al despiste”, le había aconsejado Erica de primeras.

Así, a la joven sólo se le ocurrió una idea.

—¿Te apetece...? ¿Quieres ver una película o algo antes de dormir? —le propuso casi de corrido, tratando de mostrar una seguridad que no sentía ni de lejos—. Si no estás muy cansado... Todavía no es muy tarde.

Él la miró de reojo con gesto extrañado y Elaine casi se maldijo para sus adentros con fuerza por no ser más original, pero se relajó un tanto cuando él acabó asintiendo y siguiéndola con tranquilidad hacia su puerta.

—No prometo que no me vaya a dormir, pero me parece un buen plan... —le aseguró, bromista.

Elaine se pasó el pelo por detrás de las orejas, cohibida. Sin embargo, no dijo nada mientras ambos se adentraban en el silencioso apartamento.

—Por cierto, tienes la bolsa de Maelstrom junto al recibidor, si la necesitas —le indicó la joven, tratando de no pensar por enésima vez en lo que podría suceder aquella noche—. Si... necesitas cambiarte...

Ban, para su tranquilidad, se limitó a agradecer el detalle con una sonrisa y un leve beso sobre su pelo rubio. A pesar de los recuerdos que traía a ambos, Elaine había decidido entregársela para poder tener algo de muda. Al menos, hasta poder permitirse ropa más decente. Dado que su apartamento era la escena de un crimen, como él había apuntado en el restaurante... Pero no era el día para pensar en ello y eso lo demostró la siguiente frase de Ban.

—Vale, pues voy a entrar al aseo a cambiarme —dijo, natural, acercándose a la puerta del aseo con la bolsa en la mano—. Te veo en el salón ¿vale, señorita?

Elaine dudó un segundo, insegura de si pedirle que entrase directamente al dormitorio con ella. Allí también había un baño, pensó estúpidamente. Pero, al final, claudicó con la primera opción y el hombretón desapareció de su vista, bolsón de deporte incluido. Nada más entrar a la habitación y cerrar también tras de sí, nerviosa como una colegiala en su primer día de clase, lo primero que hizo Elaine fue sacar los preservativos del bolsillo del pantalón donde los había guardado y esconderlos en el cajón de la mesilla de noche. Por si acaso.

«Las cuestiones espinosas, de una en una».

Lo cierto era que, al hablar con Erica, esta le había dado todo tipo de consejos para aquella noche; pero Elaine no sabía ni por dónde empezar. De hecho y nada más abrir el enorme armario y sus dos cómodas junto a la pared, la joven gimió con cierta angustia cuando descubrió que hasta sus pijamas más veraniegos y cortos parecían más propios de una cría ante aquel trance. Elaine resopló, pensando a toda velocidad cómo podía salir airosa. Su mejor amiga le había recomendado seducirlo primero con la menor ropa posible, aunque sin desnudarse de buenas a primeras, tampoco; pero, por mucho que mirase en su armario, la angustiada muchacha no encontraba nada que no le pareciese repentinamente infantil e insulso.

“Prepárate para él. Ponte algo sensual, pero discreto”.

«Como si tuviese algo semejante», rezongó para sus adentros.

Dentro de su amplitud, su vestidor era con toda probabilidad lo contrario a lo que alguien usaría para intentar llevarse a otra persona a la cama. Porque, sin duda, algo le decía a Elaine que ese momento no tardaría

en llegar. Antes de la caída de Goliath, Ban estaba atado a los requisitos físicos y morales de este y sus consejeros. Pero, ahora, volvía a ser un hombre libre en la mayoría de los aspectos de su vida. Y la joven intuía que eso también implicaba todo lo relativo a la intimidad... Con ella. Pero, de repente, eso no la tranquilizaba en absoluto. Las dudas, nimias en apariencia hacía unos días, ahora se agolpaban en su mente con el peso de balas de cañón. Y ¿si a Ban no le atraía su cuerpo, una vez sin ropa? Y ¿si...?

—Elaine ¿estás bien?

La aludida brincó en el sitio, girándose hacia la puerta con cierto terror al escuchar su voz. Aquella seguía cerrada, pero la joven imaginaba que Ban estaba al otro lado.

—Ah. ¡Sí! Ya salgo —indicó, antes de respirar hondo y abrir.

Tarde, se percató de que seguía llevando la misma ropa; algo que, en cambio, no pasó desapercibido para Ban y ante lo que este enarcó una ceja intrigada.

«Oh, jolines».

—Vaya, no pensaba que tuvieras el mismo vestuario para salir y para dormir —ironizó él, haciéndole enrojecer hasta la raíz del pelo, pero un poco del azoro se diluyó cuando él la obligó a mirarlo sin violencia—. Oye. ¿Seguro que va todo bien?

La joven dudó antes de hacer un gesto indefinido, con la cabeza aún acunada por sus largos dedos.

—Sí, perdona. Es que... —Inspiró con fuerza y se giró a medias hacia el interior—. Lo cierto es que no consigo dar con nada adecuado para ponerme...

La mueca sardónica de él se ensanchó.

—Vamos, eso sí que no cuela —rio sin maldad—. ¿Una Alta sin vestuario? ¿Dónde se ha visto eso?

—¡No te burles! —protestó ella, aunque apenas le salió un gemido angustiado—. No es eso...

Él ladeó la cabeza y sonrió, conciliador.

—¡Vamos, que era broma! —Acto seguido, hizo una pausa como si reflexionara—. Aunque, si quieres, puedo ayudarte a elegir...

Elaine lo miró de golpe, con los ojos como platos.

«Que... ¿Qué?», pensó, asustada de súbito.

Sin embargo, al no ver más rastro de burla en su gesto, terminó aceptando con pudor y lo dejó pasar al interior. Cuando lo hizo, no obstante, la joven fue terroríficamente consciente del espectáculo que se presentaba ante sus ojos; más aún cuando él silbó y soltó una risita seca. En efecto, parecía como si un huracán hubiese entrado en el armario de la muchacha y esparcido todas las prendas a lo largo y ancho del dormitorio. Elaine quiso echarse las manos al rostro, avergonzada. Para su alivio y sorpresa, todo en uno, Ban no hizo más alusión a aquello. En cambio, se sentó sobre el borde de la cama y le ofreció un par de sencillos pantalones largos de algodón.

—Bueno... ¿Qué tienen de malo estos? —preguntó, solícito.

Casi como un impulso, Elaine arrugó el gesto al ver aquella prenda tan simple y anodina. Su primera noche juntos en serio y ¿le sugería eso? Sin embargo, para su mayor bochorno, Ban pareció entender a la primera lo que le sucedía y sonrió con cierto aire burlón.

—Vaya, vaya, vaya. Creo que Erica y yo tenemos que hablar de ciertos asuntos...

Elaine se sintió morir de inmediato al escuchar aquello, tocada y hundida en lo más hondo de su pudor.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió, no obstante, en un hilo de voz.

—Intuición —sonrió él, ufano; aunque, ante el bochorno de la joven y atrayéndola hacia sí con un solo brazo, agregó—. Anda, ven aquí. Elaine, oye. Tú no necesitas recurrir a trucos baratos para intentar impresionarme ¿vale? Eres perfecta como eres y me vuelves loco, veinticuatro-siete —le aseguró, sin asomo de chanza—. Hasta en chándal no podría dejar de desearte.

A pesar de la gracia inherente a aquel comentario, Elaine no rio; en cambio, se pasó el pelo por detrás de las orejas, insegura.

—Pensé que... Ya que todo había pasado, quizá podríamos tener una noche romántica los dos... —musitó, encogiéndose apenas de hombros—. Y...

—Ya, pero ¿quién ha dicho que tienes que disfrazarte de encajes para eso? —preguntó Ban, sin dudar—. Erica es una buena chica, pero seguro que ha intentado llenarte la cabeza de tácticas de seducción que a ella le sirvieron en algún momento —arguyó, antes de apostillar—. Como si tú las necesitas...

—No tengo sus formas, eso está claro —se lamentó Elaine.

Aunque, en honor a la verdad, aquellos halagos estaban consiguiendo alzar su temperatura corporal unos cuantos grados más de lo normal y a una velocidad alarmante.

—Bueno, hay hombres que preferimos la sencillez de una mujer sincera, valiente y preciosa sin necesidad de aditivos —prosiguió Ban sin hacer caso del rojo nuclear de sus mejillas, con aire relajado. Antes de comentar, en tono más guasón—. Aunque calce dos tallas menos de sujetador que las demás pretendientes...

—¡Oye! —saltó Elaine, picada—. No te rías...

Él soltó una carcajada.

—¡Leche, que es broma, mi amor! Hay que ver lo fácil que es chincharte... —añadió acto seguido, ya sin asomo de sorna, pero con una dulzura que por poco no derretió cada centímetro cúbico de Elaine en un instante—. Venga. ¿Me perdonas? Anda...

Así, a pesar de que quería enfadarse, la joven no lo consiguió más que por un par de segundos; menos todavía cuando él puso esa carita de perrito abandonado a la que no sabía resistirse. Aunque, en vez de confirmarle su absolución, la joven suspiró y se observó el regazo con algo de pesar mal disimulado.

—Lo siento, creo que lo estoy haciendo todo al revés —le confió, insegura—. No sé... Bueno, ya sabes...

Ban, al parecer comprendiendo su dilema sin esfuerzo, la abrazó de inmediato y besó su pelo con ternura.

—Oye. Soy la última persona que se atrevería a empujar a alguien a tener relaciones conmigo —reconoció en apenas un susurro junto a su rubia cabecita—. Jamás se me ocurriría.

—Ban, tú no me presionas. ¡Qué tontería! —renegó ella enseguida, alzando la mirada con las mejillas ardiendo y sabiendo a qué se refería—. Yo... quiero estar contigo...

—Lo sé —repuso él, antes de acariciarle la barbilla con mimo—. Pero ahora, como te prometí, lo malo ha quedado atrás. Tenemos todo el tiempo del mundo ¿vale? —Sonrió—. Créeme, cuando estés preparada, lo sabrás y nada podrá detenerte.

Algo más confiada, Elaine esbozó una diminuta sonrisa a su vez.

—Vale.

La mueca de él se ensanchó.

—Venga —la animó entonces, levantándose y tendiéndole una mano—. Vamos a ver esa peli y a disfrutar de la noche. ¿Te parece?

Elaine procuró no sentirse del todo decepcionada, a pesar de haberlo propuesto ella.

—¿Estás seguro?

Para su tranquilidad parcial, él sonrió, sincero.

—Claro. Hoy es un día de celebración ¿no?

Elaine dudó, insegura como nunca en su vida. Pero, ante su gesto confiado, optó por aceptar. Así pues, Ban la dejó sola unos minutos más mientras ella se cambiaba por fin, algo más relajada. Cuando se tiraron en el sofá unos minutos después, vestidos ambos con ropa cómoda, él le dejó asimismo absoluta libertad para elegir la película a ver. Según alegó, había pocos géneros que no lo atrajeran. Aun así, una Elaine nerviosa de nuevo decidió escoger algo con la menor violencia posible, por prudencia. Lo último que necesitaban aquella noche era que Ban tuviese malos recuerdos...

Así, al final, la nerviosa primeriza se decantó por una antigua película de animación japonesa con trasfondo de romance y algo de drama, donde sus protagonistas parecían predestinados a estar juntos. Sin quererlo, aquella historia le recordó a ellos dos mientras se recostaban en los cojines: Ban sobre el *chaise longue* y ella atravesada en el otro lateral, acunada por su brazo y con la cabeza en su vientre. A Elaine, a pesar de todo, le resultó curioso sentir que era duro y blando al mismo tiempo. O quizá sólo era su íntimo deseo de acariciar cada centímetro de este...

Sacudió la cabeza, no queriendo precipitarse, e intentó centrarse en la película. A pesar de todo, no fue consciente de que ambos se habían dormido hasta que no abrió los ojos de nuevo y vio el menú de la cinta abierto de nuevo en la pantalla. Algo desubicada, Elaine se incorporó despacio, frotándose los ojos. Algo en ella quería preguntarse qué hora sería, pero todo quedó olvidado cuando se volvió apenas y lo vio.

Recostado entre tres cojines enormes, con casi todo el cuerpo desparramado sobre su lado del sofá, se encontraba el hombre más maravilloso del mundo a sus ojos. Ciertamente era que, en ese instante, su cabeza estaba echada hacia atrás y roncaba suavemente con la boca abierta; pero ni aun así Elaine podía pensar mal de él. Para ella, cicatrices incluidas, era perfecto por dentro y por fuera. Por todo ello, la joven sabía bien lo que quería hacer a continuación. Así, con mucho cuidado, Elaine se inclinó sin

prisa sobre su cuerpo. Al tiempo, comenzó a pasarle los dedos con tiento por el pelo platino, el lóbulo de la oreja y el borde de la mandíbula. A los pocos segundos, Ban dio un respingo y entreabrió los ojos, girando la cabeza para enfocarla con gesto adormilado. Elaine le sonrió antes de aproximarse un poco más y unir sus labios con deseo. El hombretón, para su alivio, respondió de forma acorde. De hecho, la inexperta joven se estremeció de forma visible cuando las manos de él descendieron por su espalda, acariciando cada centímetro. Después visto y no visto, pasaron por debajo de sus nalgas y la alzaron en el aire. Elaine, sorprendida, soltó un gritito involuntario justo antes de que el bailarín la situara horcajadas sobre él. Su reacción, por otro lado, hizo que Ban la encarase sin urgencia, pero con el rostro inundado de dulces intenciones.

—¿Va todo bien, señorita? —susurró, cerca de sus labios.

Ella asintió, deseosa, antes de entrelazar los dedos tras su nuca sin asomo de temor.

—No pares de besarme, Ban. Por favor —suplicó entonces, en el mismo tono.

Él sonrió de inmediato con aceptación y se acercó a ella para cumplir. Sin embargo, antes de que sus labios se unieran de nuevo, el bailarín hizo algo que la muchacha no esperaba. Giró hacia su oído en el último momento, mordisqueó el lóbulo de la oreja y murmuró:

—Te quiero, Elaine.

Era la primera vez que se lo decía tal cual, y la joven contuvo el impulso de gritar de alegría, al tiempo que se estremecía entera entre sus brazos. Pero apenas se movió unos centímetros antes de aferrar su nuca con más fuerza y besarlo por su cuenta, apasionada.

—Ban... —suspiró entre sus labios, sintiendo cómo el deseo atronaba sus venas de una forma casi aterradora.

—Elaine... —repuso él, antes de empezar a cubrir su cuello con suaves y candentes besos.

Al notar su roce recorriendo la yugular, la joven enterró aún más los dedos de una mano entre sus mechones platinos y se arqueó hacia atrás, sin dudar un segundo más antes de liberar un hondo jadeo de deseo.

—Quiero hacerlo contigo... —suspiró, de repente.

Por supuesto, en cuanto la escuchó, él se detuvo en apenas un segundo para mirarla a los ojos. Sin embargo, no había juicio alguno en sus irises de color ámbar, tan sólo un cálido interés.

—¿Estás segura? —quiso saber Ban, sin alzar la voz.

Elaine, por su parte, asintió con energía. Jamás había estado tan convencida de algo en su vida. Ahora era consciente de ello.

—Sí —le confirmó entonces, tomando su rostro entre las manos—. Yo también te quiero, con locura y más que a nada en este mundo —confesó, entrecortada—. Así que... sólo quiero que sea contigo. —Tras esta declaración, la joven se mordió el labio con deseo y notó cómo él empezaba a excitarse también bajo la tela que aún cubría sus cuerpos—. Por favor.

Su rostro se adivinaba cargado de erotismo en la suave penumbra del salón. Sin embargo, Ban pareció dudar de primeras ante su petición. En su nebulosa de dulce ansiedad, Elaine también sospechaba con cierto temor que él no quería sufrir la misma crisis de la última vez. De cualquier forma, estaba claro que ambos querían hacer de aquella una noche especial; algo que se demostró cuando volvieron a besarse, al cabo de unos segundos. Temerosos, inseguros por sus propios motivos, pero cada vez con más energía. Sin forzar, sin decir nada: sólo dejando que sus cuerpos hablaran por ellos.

En un momento dado, Elaine recordó su sueño de unos días atrás. Sin embargo, en esta ocasión permitió que esa sensación la llenase por completo, en vez de rechazarla. Hacía días que empezaba a tener oscuros pensamientos sobre lo que quería que sucediese entre ella y Ban, pero no pensaba volver a reprimirlos nunca más. Menos todavía cuando él se levantó del sofá con ella sujeta entre sus brazos, tras varios segundos en los que la temperatura entre ellos subió a toda velocidad. En respuesta, Elaine rodeó su cintura con las piernas por instinto mientras no dejaban de besarse ni de avanzar Ban hacia el dormitorio.

Tan impetuoso fue el momento, que el hombretón por poco no golpeó las cabezas de ambos con el dintel de la puerta del pasillo, justo cuando iban a salir del salón. Sin embargo, todo lo que no fuera puro disfrute quedó olvidado en cuanto llegaron al dormitorio y él la arrojó sobre la cama, inclinándose de inmediato para seguir besándola. Las manos de Elaine, como primer impulso, se dirigieron hacia los abdominales de él para acariciarlos sobre la tela. Sin embargo, cuando por fin se envalentonó y tironeó por primera vez de la camiseta hacia arriba, Ban se apartó un instante y la miró con un brillo perturbador en sus ojos caramelo. La joven, temiendo haber hecho una inconveniencia, frenó de inmediato.

—Perdona, lo siento. No quería presio...

Pero su frase se cortó de súbito cuando, en vez de retirarse más, él la besó con una extraña rudeza. De hecho y al contrario que otras veces, el joven le metió la lengua casi hasta el fondo de la boca en un solo movimiento, haciéndole gemir sin remedio.

—¿Ban? —jadeó ella, incrédula, cuando se separaron.

En respuesta, él le acarició la mejilla y descendió con los dedos por su costado, rozando sobre la tela durante todo el recorrido hasta la nalga y haciendo que ella temblase de puro gozo.

—Hazme el amor, Elaine. Te lo suplico —susurró Ban entonces junto a sus labios, para mayor sorpresa de la muchacha—. Es lo único que quiero en este mundo.

Elaine tragó, insegura por un terrorífico instante.

—Pero... Ban. Nunca he hecho esto. ¿Cómo...?

Él, por su parte, sonrió con infinita dulzura y retornó la mano hasta su mandíbula, acariciando su labio inferior con el pulgar casi en el mismo movimiento.

—Entonces, aprenderemos juntos de cero a hacerlo bien. ¿Vale? —Tragó saliva y agregó, en un susurro anhelante—. Quiero hacerlo bien... Contigo.

Elaine, entendiendo sólo a medias lo que él quería decir, asintió comedida. Al menos, antes de que él volviera a besarla con algo más de ternura y ella se decidiera a quitarle la camiseta por fin, exponiendo su torso a la tenue luz del dormitorio. Pálido, suave, delineado y perfecto. La joven se arrodilló acto seguido sobre la cama y se acercó a él, mientras se dejaba retirar la camiseta a su vez. Jamás antes había mostrado su pecho desnudo a un hombre y, al principio, la muchacha casi quiso taparse por vergüenza; pero todo pudor se desvaneció en cuanto él la observó con los ojos brillantes de deseo. Más aún cuando, con mucho mimo y casi pidiendo permiso en silencio, alzó sus grandes manos para acunar sus pechos con delicadeza. Cuando los pulgares rozaron los pezones, Elaine cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se mordió el labio para contener un gemido. Acto seguido, se aproximó unos centímetros para comenzar a besarle a él el cuello y el pecho con ternura. Cuando el joven tembló y jadeó con fuerza bajo sus labios, la joven se retiró de nuevo, sin violencia.

—¿Estás bien, Ban? —preguntó, solícita.

Sin embargo y pesar de la humedad ligera en sus ojos, la sincera sonrisa que él le devolvió desmintió de inmediato que aquello fuese incómodo en

algún aspecto.

—Jamás había disfrutado tanto estando con alguien, Elaine —susurró en respuesta, encantado, acunando su rostro con ambas manos y uniendo su frente a la de ella—. Por favor, no pares...

Elaine sonrió entonces, comprensiva y tierna, antes de seguir sellando su piel con el roce tímido de sus labios. No sabía de dónde había sacado aquella resolución para seguir adelante, dentro de su inexperiencia. Desde que habían caído ambos sobre la mullida colcha, para la joven primeriza era como si no existiera otra posibilidad. Por primera vez, se dejaba llevar y no temía a nada en el mundo. Sólo estaban él y ella... y eso era más que suficiente.

Cuando Elaine pasó las manos por sus abdominales, acariciando cada curva con las yemas de los dedos, Ban cerró los ojos y jadeó. Incluso bajo la tela del pantalón, notaba la erección palpar entre sus muslos sin remedio y cada vez con más intensidad, pero se había jurado no precipitarse. Si bien era cierto que hacía mucho tiempo que no tenía tanto deseo corriendo por sus venas de hacer el amor con alguien, le estaba costando un esfuerzo soberano reprimir sus instintos. Se había prometido dejar que ella, desde su inocencia, llevara el ritmo. Y Ban sólo podía observarla, encantado, mientras notaba por fin cómo su pasado parecía diluirse en algún pozo alejado de su mente para no volver a emerger. Era como si, con su sola presencia, aquel ángel rubio pudiera hacerle olvidar todos los abusos y las torturas de los últimos cinco años; más sabiendo que no volvería a ocurrir nunca más.

Durante un lustro, Ban había asumido que el disfrute no era para recibirlo, sino sólo para darlo a los demás sin protestar y conceder en todo lo que le pidieran. Así, no era de extrañar que el joven también rogase que sus emociones no lo traicionaran antes de tiempo, al menos en aquella ocasión. El nuevo hombre libre que era quería poder darle a su amante novata todo lo que merecía en esa noche especial, sin prisas ni urgencias. Aunque el susodicho casi tuvo que contener un gemido de anticipación cuando terminó de desvestirla con mimo, unos minutos después, mientras notaba el placer atronar sus venas sin remedio. Buscando frenar su carrera interior a duras penas y tras sellar gran parte de su anatomía con una serie de besos ardientes que la hicieron gemir de forma deliciosa, el joven contempló con devoción su cuerpo desnudo y tendido bajo su sombra en la

cama. Como le había dicho, apenas le importaba que sus medidas no entraran en los estúpidos cánones sociales. Para él era perfecta con aquellos pechos pequeños y redondos, esa cintura bien marcada y sus caderas curvadas sin exceso.

Sin dejar de besarla en los labios, Ban introdujo entonces una mano entre aquellos muslos pálidos y tersos y comenzó a acariciar lento, pero preciso. Conteniendo apenas un grito de júbilo cuando ella se arqueó hacia atrás sobre la cama y gimió su nombre sin contención. Cada pequeño movimiento de sus dedos hacía que Elaine se retorciera de placer con los ojos cerrados, los labios entreabiertos y las manos aferradas a las sábanas. Ban gimió al unísono con ella, encantado, mientras las yemas recorrían su intimidad y se demoraban cada poco en la zona más sensible. Sus besos, además, eran cada vez más exigentes y el joven no estaba seguro de si podría aguantar mucho más sin terminar. Tenía que lograrlo.

Cuando apenas había acabado de darle placer, además, Ban percibió cómo los pequeños y finos dedos de Elaine recorrían la cinturilla de su pantalón con cierta ansiedad; tratando a su vez de retirarlo sin demasiado éxito. El nervioso joven decidió por tanto ralentizar su actividad y, en cambio, apartarse unos centímetros para ayudarla. Quizá eso también ayudaría a serenar un poco sus ansias, o eso quería pensar. Aun así, mientras ambos se arrodillaban sobre la cama y toda la tela bajaba hasta la altura de la colcha, Ban no pudo reprimir un gáñido bajo de deseo cuando una de las manos de una excitada y jadeante Elaine acarició su miembro con reverencia; de la base a la punta y sólo con la yema de los dedos. Suspirando, el ardiente bailarín la atrajo entonces hacia sí para besarla, antes de tenderse un instante de nuevo sobre las sábanas y terminar de sacudirse tanto el pantalón como los bóxer ajustados. Por último, cuando ya por fin estuvieron ambos desnudos, Ban casi tuvo que obligarse a frenar cuando sus caderas avanzaron entre las piernas de Elaine como si tuvieran voluntad propia.

—Oye, señorita —jadeó, deteniendo su cuerpo con firmeza y apoyando la frente en la de ella, antes de pasar a mayores.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven, extrañada.

A lo que él sonrió con cierta culpabilidad y susurró, tímido:

—¿No tendrás por ahí un condón, por casualidad? —Como suponía, Elaine enrojeció de golpe, conteniendo una risita a duras penas por su propio azoro; y también, en apariencia, cayendo en la cuenta de que

necesitaban aquello para seguir—. Lo cierto es que odiaría que algo tan maravilloso acabase antes de tiempo. ¿No estás de acuerdo? —susurró, amoroso.

Elaine rio de nuevo, turbada. Pero cuando le señaló a Ban la mesilla y musitó: “el cajón”, sin titubear, él se deslizó hacia allí con infinito cuidado para conseguir su objetivo. En el momento en que volvió junto a ella, mientras se arrodillaba y se colocaba el preservativo, Ban creyó ver un brillo de deseo mal reprimido en aquellos irises de avellana fijos en su entrepierna. Aun así, el bailarín jadeó al unísono con ella antes de tenderse sobre su menuda figura, con el corazón al galope. Llegado el momento de la verdad, Ban no sabía decir quién parecía más nervioso de los dos.

No obstante, cualquier duda se diluyó unos segundos después; cuando, tras cruzar una mirada que lo decidía todo, el antiguo esclavo sexual se adentró en Elaine con más cuidado que en toda su vida. Su dulce presión apenas arrancó un pequeño jadeo a la muchacha cuando sus pieles por fin se unieron del todo, pero el joven ya se sentía incapaz de detenerse. Para su alivio e inmensa alegría, la mirada de ella parecía expresar lo mismo cuando abrió aquellos preciosos ojos castaños y lo contempló con ternura infinita. Más seguro de sí mismo, Ban se empezó a balancear entonces con un mímico rayano en el extremo; enamorado hasta la médula por primera vez desde hacía quién sabía cuánto y acompasando sus suspiros de placer a los de la mujer que lo volvía loco, hasta casi parecer ambos una sola voz.

Ban, a pesar de las apariencias, era un hombre bastante tímido en la cama. De hecho y después de los años de esclavitud, uno de sus mayores temores era haber olvidado cómo ser él mismo en la intimidad, sin presiones ni exigencias. De ahí que su parte más consciente sólo pusiese el máximo cuidado en que Elaine disfrutara con cada roce, caricia y beso candente sobre la piel. Su mayor motivación para seguir adelante era sentir la suave y cálida desnudez de su amante contra él mientras hacían el amor por primera vez, al tiempo que los discretos gemidos de gozo de la muchacha resonaban en sus oídos como música celestial. El joven quería estar para siempre así: acariciarla y deslizarse sobre ella. Con una cadencia tierna, pero casi instintiva. Todo mientras disfrutaba de cada detalle de su menuda figura como si fuera lo único que existía en el mundo. Besarla, abrazarla y enlazar sus manos al tiempo que ambos se fundían entre las sábanas por toda la eternidad.

Sin embargo, cuando percibió que el momento final se acercaba sin remedio, Ban fue apenas consciente de que un intenso gemido salía de sus pulmones; casi se diría que iba mezclado con un sollozo de puro disfrute. Al tiempo, notó todas sus preocupaciones diluirse sin esfuerzo al comprobar que llegaba al orgasmo junto a ella. Más cuando Elaine, justo después, susurró su nombre con deleite. El bailarín no sabía si reír, llorar, gritar o todo a la vez. De alegría y, sobre todo, de alivio. Aquello era como un sueño hecho realidad.

Mientras ralentizaba el ritmo, procurando mantener el tipo para no derrumbarse literalmente sobre su amante, Ban comprobó cómo ella abría los ojos de nuevo al cabo de unos segundos. Recuperándose aún de aquella primera vez, pero contemplándolo con increíble dulzura y una sonrisa de oreja a oreja. Cuidando que sus músculos no lo traicionasen, Ban se inclinó entonces con cuidado para besarla; reprimiendo un suspiro deleitado cuando ella le echó las manos al cuello y le devolvió el gesto con intensidad.

«Hazme esto para siempre, Elaine. Te lo ruego», pensó él.

Pero ambos necesitaban coger aire, algo que demostraron sus intensos jadeos en cuanto sus labios se separaron medio minuto después. Ban, algo a regañadientes, se echó entonces a un lado. Esta vez sí, se derrumbó sobre el colchón junto a Elaine; acogiéndola de inmediato en su abrazo cuando ella lo pidió sin palabras. Como le había dicho, ahora tenían todo el futuro por delante y ya habría opción de repetir. No obstante, pocos minutos después y antes de que ninguno de los dos amantes pudiese siquiera plantear esa posibilidad, ambos cayeron en un sueño derrotado que duraría hasta bien entrada la mañana siguiente.

Comenzando a vivir

Apenas amanecía sobre el horizonte en aquella fresca mañana veraniega cuando Guinevere Fairmont se plantó frente al enorme ventanal de la sala de reuniones de Fairtech, tan sólo contemplando la ciudad despertando a sus pies. En honor a la verdad, a pesar de sus convicciones, era una sensación de paz que había echado en falta durante casi una década.

—Buenos días, señora Fairmont.

La mujer se giró despacio, con expresión de bienvenida, al escuchar aquella voz varonil a sus espaldas.

—Señor Maelstrom. Agente —saludó al recién llegado, aproximándose unos pasos hacia la mesa. Él hizo lo propio, vestido para la ocasión con traje oscuro de chaqueta y camisa gris a juego; pero ninguno agregó una palabra hasta que no estuvieron sentados a escasas sillas de distancia. Guinevere presidía; él ocupaba el mismo asiento que cuando trabajaba para su hermano menor—. Perdona haberte hecho venir tan temprano hoy —se disculpó la mujer entonces, apoyando los antebrazos sobre la mesa—. Sólo quería comprobar que todo estaba en orden.

Para su tranquilidad, Jack Maelstrom asintió despacio.

—Ha pasado mucho tiempo desde que acudí a ti por primera vez, pero creo que por fin las cosas han entrado en su cauce.

Guinevere imitó su gesto, dándole la razón con suavidad.

—Lo cierto es que, cuando todo esto empezó, jamás pensé que lo lograríamos. Pero... Tuviste muy buen tino y cuidaste cada uno de tus pasos. Eso siempre lo tendré presente.

Maelstrom se encogió de hombros con displicencia.

—Sólo hacía mi trabajo, Guinevere. No me impliqué más de lo que debía.

Ella enarcó una ceja, curiosa.

—Ni siquiera... ¿con ese chico?

Maelstrom suspiró.

—Sí, bueno... Admito que me atraía cuando no le quedaba más remedio que someterse, pero me alegré de poder ir quitando de la partida a todos aquellos que le hacían verdadero daño. Reconozco que Meredith se me escapó —apostilló, al parecer molesto por aquel hecho—. Pero bueno, ese patán de Dolor se me adelantó y me dio la clave para terminar de tumbar al Rey. —Mostró las manos en un gesto de inocencia—. Hemos ganado, que es lo importante.

Guinevere se recostó en el asiento, meditando.

—La verdad... Cuando me narraste por primera vez lo que Goliath estaba haciendo y hasta qué punto enloqueció tras la muerte de Valiant, admito que no lo hubiera creído si no lo hubiese visto con mis propios ojos.

—Por suerte, aún tenías y tienes gente fiel en Fairtech que estaba deseando que retornaras.

Una sonrisa complacida asomó a los finos labios de Guinevere.

—En efecto. De ahí que, con bastante rapidez, pudiese comprobar que lo que me decías era cierto. —Apretó los dientes—. Pero yo no soy mi hermano, Jack. Yo no caeré tan bajo.

—Cosa que me alegra saber —aseguró el agente, antes de bajar la voz de nuevo—. Aunque... ¿Qué ocurre con las Perseidas?

Guinevere enarcó una ceja, intuyendo por dónde iba la pregunta. Sin embargo, se limitó a sacudir los hombros con naturalidad y juntar las yemas de los dedos frente al rostro.

—Bueno, admito que me alegro de haber podido vengar por fin la injusta muerte de mi suegro, el gran Héctor. —En honor a la verdad, Guinevere creía que mantener su nombre a la cabeza de las Perseidas había sido un acierto, ocultando su fallecimiento a Goliath y Baltazar y haciéndolo pasar por un asesinato fallido. Sin embargo, nunca habían ocultado nada de esto a Maelstrom, con lo que todos habían podido mantener la pantomima hasta el final—. Pero ya te prometí en su día que, si los Caballeros caían por fin, yo traería una nueva forma de llevar Fairtech adelante y dejar a todo el resto de implicados en paz. —Maelstrom pareció entender el trasfondo del mensaje sin esfuerzo—. Al fin y al cabo, Jack, tu amigo Ban siempre pudo negarse a ser tratado como un esclavo y entregarse a la justicia con confianza. Pero no lo hizo. —La mujer vio la amargura cruzar por el rostro del agente, pero este no replicó mientras ella continuaba. A la mujer tampoco le gustaba usar a la gente de esa manera, pero prefería dejar sus términos claros desde el principio de su nuevo

reinado—. Prostituirse es un delito, Jack, nos guste o no. Y también asumí todas las pérdidas humanas de estos últimos años como sacrificios necesarios, incluyendo a Dolor. Pero eso no significa que vaya a renunciar a todo lo conseguido junto a Ronan en este tiempo por una cuestión sentimental. Sé que lo entiendes.

Maelstrom inspiró con fuerza por la nariz. Parecía incómodo con el trato, aunque gran parte de este hubiese sido acordado de antemano hacía tres años. Quizá por eso mismo el agente terminó inclinando la cabeza, en señal de rendición.

—Está bien. Me conformo con que Elaine y Ban puedan llevar la vida que se merecen. Eso es todo lo que pido.

Guinevere sonrió, conforme.

—No te preocupes, Maelstrom. Hiciste un gran trabajo y te mereces una recompensa acorde. Sé lo difíciles que han sido estos años para ti, lidiando con todos los peles de mi hermano. Pero... el mundo no es perfecto, ya lo sabes.

—Lo sé. Y... Bueno, sé que sólo me queda confiar en tu palabra hasta ahora.

Guinevere sonrió, conciliadora.

—Me ocuparé de todo. De hecho, quería contarte algo que sé que te gustará oír...

Tras casi quince minutos de intercambio en los que Guinevere le desveló sus planes de futuro inmediato, la mujer dejó marchar a un Maelstrom bastante más tranquilo de cómo había llegado. La mujer vio entonces que, según él salía de la sala, otra figura rubia de cabello corto y ojos oscuros se cruzaba con él en dirección al interior. La mujer volvió hacia el ventanal y lo esperó allí, sin impaciencia. Cuando la alcanzó, Ronan pasó un brazo amoroso por su cintura y apoyó la barbilla con ligereza en su hombro.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó.

—Ha aceptado nuestras condiciones, como supuse que haría —sonrió Guinevere, en paz consigo misma—. Por supuesto, no le ha sentado demasiado bien, pero creo que ambos sabíamos que esto no podía terminar de otra manera. Así que nos permitirán seguir financiando nuestros proyectos, “a nuestra manera”, y yo dejaré a los Forest en paz.

A su espalda, Ronan sonrió.

—Serás por fin la reina que siempre mereciste, mi vida. Te lo has ganado.

Guinevere inspiró hondo por la nariz, como si quisiera impregnarse de aquellas palabras hasta el fondo de su alma.

—Mi padre siempre me trató como un objeto y como si no valiese nada. El tuyo, en cambio, me acogió desde el primer momento como una igual. Y está claro que le he demostrado a ese desgraciado de Baltazar Fairmont que era capaz de salir adelante por mis medios —susurró, su voz derramando cierta acidez en contra de su progenitor—. Los hombres de Fairtech han perdido. Ahora es mi turno.

—Daleth, ciudad de Perseidas —susurró Ronan, emocionado— Si el auténtico Héctor pudiese verlo...

A lo que Guinevere asintió y repuso:

—Sí, querido. Hoy, por fin y tras tanto tiempo de espera, la ciudad es nuestra. Y, te lo aseguro: nadie nos la va a volver a quitar de las manos...

Cuando Elaine se despertó a la mañana siguiente, el sol ya estaba alto en el cielo y entraba a raudales por la terraza del apartamento. Aparte, tenía un ligero dolor de cabeza que asociaba al consumo de alcohol de la tarde-noche anterior, pero no era del todo molesto. Estirándose con cuidado y reprimiendo un bostezo a duras penas, la joven abrió poco a poco los ojos, con pereza. Le dolía todo el cuerpo, como si hubiese hecho demasiado ejercicio. Sin embargo, el motivo de ese dulce picor se reveló en cuanto se giró unos centímetros y se encontró con una escena algo inesperada, pero de lo más encantadora.

Al otro lado de la gran cama y recortado contra la gran cristalera de la terraza, Ban se encontraba tumbado boca abajo sobre el colchón. Tenía los labios abiertos casi del todo contra la almohada y la cintura apenas tapada por las sábanas, todo mientras roncaba con relajada suavidad. La joven lo observó dormir con ternura durante casi un minuto de reloj, al tiempo que a su mente volvían todos los momentos dulces y preciosos de la noche anterior. Ban, a pesar de su gran tamaño y su aspecto de chico duro, era un amante cuidadoso y cariñoso. Y aunque había sufrido abusos de todo tipo, durante años y con impunidad, con ella se había comportado como todo un caballero en la cama; no como sus ex proxenetas del mismo nombre. Por todo ello y más, Elaine esperaba, con el tiempo, poder ayudarlo a sanar todas sus heridas... tanto internas como externas.

Con mimo, la joven le apartó entonces un mechón de flequillo y se aproximó un poco más a él; aunque se arrepintió en cuanto ese gesto provocó que él abriese los ojos, sobresaltado y ella tuviese que retirarse de nuevo, algo avergonzada.

—Perdona, no quería despertarte —susurró, cariñosa, en cuanto él la enfocó con un ojo ambarino oscuro.

Pero Ban, al comprobar dónde estaba, se dejó caer de nuevo en la almohada; al tiempo que un gesto plácido se extendía por todo su rostro.

—Esto es un sueño, Elaine. Tiene que serlo —afirmó, aún somnoliento.

—No digas bobadas. ¿A qué viene eso? —rio ella.

Ban abrió de nuevo un solo ojo rojizo.

—¿Una cama mullida, sábanas caras y un ángel a mi lado? ¿Tú qué crees? —la imitó él—. ¡Esto es un maldito paraíso para mí!

Ella lo coreó con más energía, sin poder evitarlo. Tras tanto sufrimiento, era casi increíble que pudieran tener una mañana normal en la cama como cualquier otra pareja sin miedos ni amenazas de muerte de por medio.

—Qué tonto eres... —le reprochó, cariñosa.

Ban abrió el ojo de nuevo, enfocándola con un pozo de ámbar intenso que la hizo estremecer de placer, al tiempo que le hacía un gesto pícaro para que se acercara.

—Ven aquí, señorita mía, que voy a demostrarte lo equivocada que estás —la retó, en apenas un ronroneo.

Encantada, Elaine sonrió con más intención antes de obedecer sin pega alguna. La joven reprimió un escalofrío de placer cuando sus labios se unieron sin prisa, sus pieles se rozaron de nuevo y él giró para rodear su cintura con el brazo y atraerla aún más hacia su cuerpo esculpido. Los dos amantes se besaron entonces durante casi un minuto de reloj, sólo disfrutando del mutuo contacto, antes de separarse para recobrar el aliento y que la joven se recogiese contra su pecho con un suspiro deleitado.

—Cielos... Me alegro de que todo haya terminado por fin... —murmuró contra su piel.

Ban soltó una risita bronca.

—Sí, y yo... —afirmó, sin ápice de ironía—. Jamás pensé que esto podría llegar a ocurrir, la verdad.

—¿Cómo te encuentras? —quiso saber la joven, encarándolo apenas desde su costado.

Ban se estiró con ganas, en toda su enorme longitud, antes de echarse las manos tras la nuca con un suspiro relajado.

—Mejor que nunca, te lo confieso —admitió, antes de dejar que ella apoyase de nuevo la cabeza en su pecho—. Y ¿tú?

—También. No pensaba que esto pudiese ser tan maravilloso —admitió la joven con candor.

Ban soltó una nueva risita sin rastro de burla.

—Dímelo a mí —corroboró—. Casi había olvidado lo que se sentía al estar con alguien de forma normal.

Ella sonrió, a pesar del estremecimiento de horror que la recorrió entera al entender a qué se refería.

—Aunque... espero que no te haya decepcionado que fuese tan novata —se disculpó, humilde.

Para bien o para mal, su amante soltó una fuerte carcajada al oír aquello, antes de acunarla con más mimo si cabía contra su costado.

—¡Por favor, mi amor! Tú jamás me decepcionarías —le aseguró, cariñoso, arrancándole una sonrisa avergonzada a la muchacha—. Además, después de los últimos cinco años... Bueno... Yo casi agradezco que haya sido así.

Intrigada por aquel aparente cambio de tono, Elaine alzó la cabeza para encararlo sin violencia.

—Así ¿cómo? —quiso saber.

Ban mostró media sonrisa no exenta de cierta tristeza.

—No sabes el tiempo que hacía que alguien no me tocaba con la suavidad y el cuidado con los que lo has hecho tú, mi amor —confesó, bajando la mirada acto seguido y haciendo que la joven casi se derritiera en un instante—. Y... me encantaría que eso no cambiase nunca.

Elaine sonrió, lo besó en la mejilla y enlazó los dedos de las manos de ambos sobre el vientre moldeado del bailarín, sin separarse un centímetro de él.

—¿Vas a aceptar la oferta de Ken, entonces? —preguntó al cabo de un rato, recordando la conversación del restaurante de la noche anterior.

Ban, por su lado, dudó apenas en responder:

—Sí. Aunque es cierto que no me gustan los favores, pero... creo que en este caso lo voy a tomar. —Sonrió y ella lo imitó antes de acurrucarse más contra él, pletórica. Ban la acunó con una risita sardónica—. Anda, que... Me vas a llevar a la perdición, señorita.

Elaine frunció los labios sin disgusto.

—De verdad: no te sientas obligado, si no lo quieres —le recordó.

Ban fingió pensárselo durante un par de segundos.

—Hm, vivir cerca de un ángel como tú... Suena tentador —bromeó acto seguido, arrancándole una tierna sonrisa a la mujer que sostenía entre sus brazos—. Y... ahora ya no tenemos ninguna prisa por nada ¿no?

La joven negó, todavía sonriendo sobre su hombro musculoso.

—Quiero aprender a hacerte feliz —confesó, sincera.

—Ya lo haces, señorita. No lo dudes.

Ella hizo un mohín de burla.

—Sabes a qué me refiero, tonto...

Al entenderlo, Ban se rio con ganas.

—Pasito a paso, Elaine. Pasito a paso... O ¿es que quieres repetir ya?

Por toda respuesta, la joven sonrió con más intención y le echó los brazos al cuello con mimo, antes de volver a unir sus labios con dulzura y apretarse más si cabía contra su piel. Ban suspiró con deleite para, acto seguido, devolverle el gesto y empujarla un poco más bajo su cuerpo.

—Bueno, bueno. Me parece que a alguien más en esta cama hay que enseñarle a tener paciencia y disfrutar del sexo —ronroneó entonces, sensual, fijando en ella una traviesa mirada ambarina—. ¿Me equivoco?

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, interesada.

Pero Ban se limitó a mostrar media sonrisa ladina que Elaine no le había visto casi nunca. Sin embargo, ese sencillo gesto elevó la temperatura de su cuerpo sin apenas pretenderlo y la hizo jadear, deseosa. El hombretón descendió entonces por su silueta, besando con paciencia su piel durante todo el recorrido y demorando a propósito los labios y la lengua sobre ciertas zonas estratégicas, como sus pechos o su ombligo. Aquellos gestos, tan simples en apariencia, hicieron que a Elaine le diera vueltas la cabeza casi tanto como durante la noche anterior; tales eran los latigazos de placer que disparaban por todo su cuerpo. Se sentía palpar entera al ritmo de sus caricias y no podía evitarlo; pero, esta vez, lo mejor llegó tras alcanzar Ban la altura de su pubis.

Cuando la rozó apenas con la punta de la lengua, ya en el inicio de su intimidad, Elaine se arqueó de inmediato con los ojos cerrados y un gemido apenas contenido; casi sin querer creer que aquella maravillosa y nueva sensación fuese real. Pero, cuando él repitió aquel movimiento una y otra vez, Elaine se rindió al placer; controlando a duras penas los intensos

gemidos que pugnaban por salir de sus labios cada vez que Ban rozaba su punto más candente. Despacio, los dos amantes se dedicaron entonces a explorar con deleite aquella nueva interacción; todo mientras los dedos de Elaine se enredaban con dulzura en el cabello crespo de él y la boca de Ban seguía excitándola sin prisa, pero sin pausa.

Sin embargo, el disfrute duró mucho menos de lo esperado cuando alguien llamó al timbre de improviso. Elaine saltó hacia atrás con un jadeo, como si la hubieran pinchado y Ban hizo otro tanto; irguiéndose ambos en tensión mientras observaban la puerta del dormitorio como si alguien fuese a entrar de un momento a otro sin avisar. Si no fuera por la irritación de haber sido interrumpidos en aquel precioso momento, la escena hubiese sido casi cómica. Sin embargo, cuando el soniquete se repitió, Elaine decidió tomar la iniciativa y bajarse de la cama para ir a abrir.

—Tú quédate aquí —le indicó a su amante con suavidad, antes de depositar un pequeño beso conciliador sobre sus labios aún fruncidos de disgusto—. Vuelvo enseguida y retomamos ¿vale?

Él mostró media sonrisa rendida mientras la joven se ponía sus braguitas y se metía por la cabeza lo primero que tenía a mano. Ban sonrió con un curioso interés, pero se limitó a despedirla con una suave caricia en las nalgas cuando ella pasó a su lado de camino a la puerta. Elaine dio un saltito, acompañado de una risita, mientras salía y se aproximaba al recibidor. Lo cierto es que, a ella y contrario a lo que hubiese pensado hasta hacía apenas un mes, también le había irritado un poco el hecho de que alguien los hubiese interrumpido en el punto álgido del sexo de aquella mañana; pero todo recelo se disipó en cuanto abrió y comprobó quién era la recién llegada.

—¡Buenos días! —saludó Erica, jovial, correspondiendo a su sonrisa de bienvenida.

—¡Eri! —se maravilló Elaine, más cuando a su nariz llegó el olor procedente de la bolsa que llevaba en las manos—. Pero ¿qué haces aquí a estas horas?

Erica arrugó la nariz con falsa contrariedad.

—Pues ¿qué va a ser? ¡Traerte el desayuno, claro!

Elaine rio, encantada y sin cuestionar más, antes de dejarla pasar y avanzar ambas hacia la cocina. Cuando lo hicieron, Ban apareció justo por la esquina del pasillo, desnudo aún de torso para arriba. Sólo de recordar el tacto de su piel la joven Forest tuvo que resistir el impulso de morderse el

labio, pero Erica parecía muy tranquila a pesar de lo sucedido hacía unas semanas. Para alivio de Elaine, su interés por su amante se había disipado de forma real y ahora sólo mostraba un gesto de cierta admiración. Eso sí, ninguno se libró de una chanza por su parte, menos todavía cuando Elaine fue del todo consciente de que lo que se había metido por la cabeza antes de salir era la camiseta de Ban.

—Hola, Erica —saludó él, sin alzar la voz y con el ceño algo fruncido.

Esta lo observó con una ceja enarcada.

—Uy, perdón; espero no haber interrumpido nada —bromeó.

Para mayor ironía del asunto, Elaine y Ban contestaron a la vez, pero cosas opuestas. Ella alegó un “no” conciliador, mientras que él gruñó un “sí” bastante más molesto. Erica dirigió una mirada elocuente a Elaine, esta se giró hacia Ban para amonestarlo con la mirada; y este se limitó a sacudir la cabeza con los ojos en blanco y farfullar algo para sí, antes de dirigirse hacia la nevera con indolencia. Su amante comprobó entonces que Erica se mordía los carrillos con fuerza para no reír, al tiempo que la miraba con morbo evidente, y le dio en el hombro para que dejase la chanza. La joven del pelo azul sacudió la cabeza con diversión ante su rostro acalorado, pero no insistió.

—Bueno... Entonces ¿habéis dormido bien? —preguntó, dejando los bollos sobre la encimera y comenzando a sacarlos de sus envoltorios.

—No te haces una idea —canturreó entonces Ban, en tono burlón y sin asomo ya de enfado. Tras preparar entre él y Elaine los elementos restantes del desayuno, incluyendo zumo, fruta y café, ambos se acomodaron frente a la mejor amiga de la joven rubia—. Sienta bien ser libre, la verdad.

—Y que lo digas —corroboró Elaine, manteniéndose de pie junto a él y mirándolo con intención.

—¡Oye, venga! No os pongáis empalagosos encima que os traigo el desayuno —los amonestó Erica con ironía—. Que los bollos se van a quedar como una piedra si los dejáis mucho rato ahí...

Los dos amantes, conscientes de que tenía razón, se rieron y apartaron la vista hacia la comida. Por rebeldía pura, Ban depositó un leve beso en la sien de Elaine antes de atacar los cruasanes como si no hubiese comido en una semana. Algo que, habiendo estado varios días en la cárcel, podía ser del todo cierto. Durante el desayuno, los tres compartieron, rieron y pensaron en el futuro. Erica pareció encantada cuando Ban aceptó su ofrecimiento de ir al gimnasio juntos algún día a entrenar y Elaine no pudo

menos que alegrarse de que las cosas parecieran volver a la normalidad. Sin embargo, cuando su mejor amiga se fue por fin, alegando que tenía que echar una mano a Liam en su torre, los dos amantes permanecieron aún un buen rato sentados frente al mirador; abrazados y tan sólo observando el exterior con total relajación.

—Bueno... ¿Qué quieres hacer hoy?

Ban pareció meditar.

—No lo sé. ¿Qué se hace en esta ciudad cuando tienes un día libre con tu chica?

Elaine se encogió de hombros con naturalidad.

—¿Lunes por la mañana y verano? Nada en especial. —Lo miró, al tiempo que por el rostro de él se extendía una mueca lujuriosa—. Pero... quizá deberíamos dejar eso para más tarde, con el buen día que hace —lo reconvino, con cierto placer malicioso recorriendo su cuerpo al ver su mohín de aparente protesta—. ¿No crees?

En vez de quejarse, sin embargo, este la señaló con elocuencia.

—¿Cómo quieres que me resista considerando que llevas mi camiseta puesta, señorita? —ronroneó, tirando de la tela con intención—. Así cualquiera...

Ella se rio entonces, escondiendo el rostro entre las manos acto seguido con evidente vergüenza.

—Jope, perdóname. La verdad es que la urgencia del momento no daba para más... —Él la imitó, abandonado en apariencia todo intento de insistir en la idea del sexo matutino. Al menos, antes de que a ella se le iluminase el rostro y se girara con los ojos brillantes de emoción hacia él—. ¡Ya lo sé! Tengo una idea.

—¿Cuál?

Elaine sonrió con interés.

—Esta mañana, tú y yo nos vamos a ir de compras al Centro. ¿Qué opinas?

Ban llevaba sintiéndose en una nube desde hacía casi veinticuatro horas. Los colores, los olores y el tacto de la mano de Elaine en la suya mientras paseaban como cualquier otra pareja se le antojaban casi irreales. Sí que era cierto que llevar dos guardaespaldas a todas horas a pocos metros de distancia, tanto para vigilar la condicional de Ban como para evitar que los curiosos se agolparan alrededor de ellos, resultaba un tanto incómodo a la

hora de atreverse a intercambiar ciertas muestras de afecto. Pero, tras la primera hora de paseo y gracias a la frescura contagiosa de su acompañante, mientras lo llevaba de un lado para otro de la Zona Centro con la misma ilusión de una niña en un parque de atracciones, el antiguo esclavo de la mafia optó por dejarse llevar y tratar de disfrutar al máximo de su recién ganada libertad.

Así, después de haber pasado la mañana dando vueltas por la parte más comercial de la orilla sur y comprando ropa para ambos, aunque al joven bailarín siguiera retorciéndole las entrañas que pagaran algo por él, la pareja terminó el recorrido comiendo en un sitio que ambos conocían bien. A aquella hora e incluso sin reserva, la hermosa *maître* los acomodó enseguida en un reservado junto al ventanal, igual que la última vez. En esta ocasión los dos hablaron con calma de todo lo que quisieron, incluido Ban. Los temas escabrosos, por primera vez, estaban fuera de la conversación. En cambio, los dos se dedicaron a intercambiar anécdotas y recuerdos de vida como si casi estuviesen en una primera cita. Sin apenas ponerse de acuerdo para ello, intercambiaron bocados de sus respectivos platos para descubrir sabores nuevos y diferentes.

Tras un almuerzo exquisito, Elaine sugirió volver al lugar de su primera salida juntos. Sin prisa, se encaminaron así hacia el Gorlois. Una vez allí, pasearon hasta sentarse bajo su castaño predilecto, aquel frente a la rosalada. En su sombra y aunque no estuviesen a salvo del todo de reporteros malintencionados, los dos jóvenes se dedicaron a disfrutar con recato de su amor durante dos horas que se hicieron demasiado cortas. Ban tenía que confesar, aunque le diese pudor, que llevaba deseando hacer aquello casi desde que la llevó por primera vez a aquel rincón. No obstante, cuando ambos percibieron que sus cuerpos empezaban a pedir algo más que sólo besos e inocentes caricias sobre la ropa, decidieron en silencio que era hora de regresar al apartamento para pasar a la siguiente fase.

Sin demasiada prisa, los dos amantes se dirigieron entonces hacia el Rolls Royce aparcado en las cercanías; saludaron a Clarence con afecto natural incluyendo a Ban, y el chófer los llevó de vuelta a la Torre Forest. Sin embargo, sus tórridos ánimos se enfriaron un poco cuando se toparon con una figura que no esperaban, nada más salir del ascensor en el piso de Elaine.

—¡Ken! —jadeó Elaine, separándose de Ban de inmediato como si le diese calambre y tratando de recomponer su vestido con el mayor disimulo

posible.

Esta vez, ni siquiera saber que un encuentro así podía suceder, por estar en la zona privada de la Torre, había contenido a dos amantes fogosos como ellos de empezar a cortejarse más en serio en aquel pequeño cubículo que acababan de abandonar. Para su tranquilidad y algo de extrañeza, Ken no pareció hacer grandes aspavientos ante su aspecto ni sus rostros cohibidos, mientras se movía de su posición junto al muro y avanzaba unos pasos hacia ellos.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —se esforzó por vocalizar la joven.

El bailarín, por su parte, procuró mantener el rostro lo más neutro posible mientras los tres se reunían frente a la puerta del apartamento de Elaine.

—Necesitaba hablar con Ban —dijo entonces, para sorpresa de los dos—. Pero, como me dijeron que pasabais el día fuera, decidí acercarme cuando me avisaran de que habíais vuelto.

El hombretón frunció los labios, algo contrariado porque incluso en aquella Torre supieran cuándo iba y venía; pero decidió callar cuando vio que el rostro de Elaine se relajaba como por ensalmo y asentía, invitando a su hermano a pasar.

—Voy a ver cómo está mamá —decidió la joven entonces. Y, aunque Ban sabía que lo hacía por dejarles espacio para hablar, algo en él se resistía de entrada a dejarla marchar y quedarse a solas con su hermano. No obstante, ante la expresión confiada de la muchacha, el bailarín decidió claudicar y asentir—. Bien. ¡Luego me contáis de qué habéis hablado!

Ban le devolvió la sonrisa, camuflando sus nervios a la perfección.

—Claro, señorita. Te vemos ahora.

Sin embargo, en cuanto ella desapareció, su gesto afable desapareció y se tornó en uno algo más suspicaz, todo mientras seguía a un Ken que parecía relajado hacia la cocina del piso de lujo.

—Bueno, Ban —comenzó este, sentándose en una banqueta cercana e invitándolo a hacer lo mismo—. Espero que no te importe que te haya arrancado unos minutos de brazos de mi hermana, pero tenía algo que comentarte...

El bailarín obedeció, no sin cierto recelo. Aunque este se transformó en genuina curiosidad cuando el heredero Forest le pasó un pequeño tríptico de celulosa satinada por encima de la madera pulida. Tenía dibujadas dos

siluetas de bailarines en el frente y, sobre ellos, podía leerse, en pulcras letras negras: “Escuela-Ballet Real de Benwick”.

—¿Qué es esto? —preguntó, aun intuyendo la respuesta y con el corazón en vilo.

Ken se removió en el asiento, como si hasta a él mismo le resultase algo extraño hablar de aquello.

—He venido porque he estado en contacto con unos conocidos, recientemente, y con ello se me ha ocurrido una idea para tu futuro.

El hombretón enarcó una ceja carente de acritud, hacia el hermano de su amada.

—No sé si lo entiendo.

Ken lo encaró con calma, incluso Ban juraría que algo ufano.

—Verás, yo... Desde el día en que te vi bailar en el *Fairy*, en el cumpleaños de Dana... —arrancó el joven, posando acto seguido los ojos en el tríptico—. Incluso considerando todo lo sucedido en los últimos días, la verdad es que no he podido dejar de pensar en el inmenso talento que tienes, Ban. De verdad —agregó, con toda seguridad al ver el gesto algo escéptico del joven bailarín—. Creo que te mereces tener las mejores oportunidades y que, con apenas un último empujón de formación, no habría compañía de danza que no te cogiera a ojos cerrados.

Ban suspiró para camuflar una risita halagada. Mentiría si dijese que esperaba aquella clase de alabanza hacia su baile, más viniendo de alguien como Kenneth Forest. Pero, en vez de responder de inmediato, el bailarín optó por camuflar sus nervios con un ojeo rápido del folleto.

—Vale. ¿Cuál es la trampa? —quiso saber, intrigado.

Ken frunció los labios y Ban se estremeció por un instante, pero su miedo se transformó en cierto estupor cuando escuchó:

—Piden graduado escolar.

El bailarín contuvo un bufido hastiado, aunque no exento de un curioso alivio. Por supuesto, no se sorprendió de que Ken supiera que no tenía la citada titulación. Aunque desde luego no esperaba algo así, ni para bien ni para mal. Aunque, si hincar los codos era todo lo que le pedían para alcanzar su sueño, después de todo lo ocurrido casi parecía una broma.

—Entonces, que yo me entere... ¿Estás diciendo...? —aventuró, cauto—. ¿...que me saque el graduado e intente entrar aquí? —Lo cierto era que, si pudiese permitírselo, sonaba tentador, más si Elaine también conseguía entrar en la prestigiosa universidad de esa ciudad. Incluso aunque

supusiera tener que volver a estudiar como si tuviera catorce años y retomar las aburridas lecciones de instituto. Por ella haría lo que fuese. Sin embargo...—. Kenneth, yo... agradezco el ofrecimiento. Pero los dos sabemos que no tengo medios para costear semejantes estudios. ¡Ojalá!

Como si confirmara sus sospechas, Ken entonces sonrió con amabilidad, aunque sin asomo alguno de petulancia.

—Ban, tú y yo sabemos tanto lo que Elaine siente por ti, como lo que tú sientes por ella. Y, qué quieres que te diga: hace un tiempo que me cansé de negarme a verlo sólo por lo que pudieran decir los demás...

El bailarín contuvo una risita seca.

—Desde luego, no he oído a muchos Altos decir algo semejante en toda mi vida...

Ken le devolvió una sonrisa cómplice.

—Sé lo feliz que haces a Elaine —le confió—. Así que, tras pensarlo, quiero ofrecerte un trato: sácate el graduado escolar y yo financiaré tus estudios hasta que te saques la plaza en un *ballet* profesional.

Ban se irguió, tomado por sorpresa.

—No me gustan mucho los tratos, Kenneth —susurró, usando su nombre completo a propósito—. Deberías saberlo.

El aludido, por su parte, se limitó a abrir las manos en un gesto conciliador.

—Lo sé, soy muy consciente de ello —aseguró, sin dejar de encararlo con fijeza—. Pero, te lo aseguro... Para mí es suficiente pago ver lo feliz que haces a mi hermana. No soy Goliath, Ban —agregó. El joven se estremeció ante su mención como por instinto, recordando asimismo algo similar dicho por Jack Maelstrom, pero el heredero Forest no había acabado—. Sé que, aunque quisiera, no puedo retener a Elaine para siempre a mi lado. Me guste o no, es una adulta de pleno derecho y los dos lo sabemos. —El joven mostró entonces una sonrisa agridulce y Ban lo imitó, sabiendo a qué se refería—. Así que, si Elaine y tú seguís juntos y podéis hacerlo también estando en Benwick, sé que a ella le encantaría.

Ban resopló, sin responder. Desde luego: ¿quién en su situación rechazaría una oportunidad semejante? Habría que estar loco para hacerlo.

—Está bien, me lo pensaré —aceptó.

Ken asintió, al parecer conforme.

—Sin presiones —le aseguró, antes de pasar por su lado. Pero, entonces, el joven hizo algo inesperado para el bailarín. Le apoyó una mano

en el hombro y susurró una frase que jamás pensó escuchar de sus labios—. Bienvenido a la familia Forest, Ban.

Habían pasado cerca de diez minutos de reloj tras la marcha de Ken cuando Elaine apareció de nuevo por la puerta. Ban se encontraba todavía sentado frente a la gran encimera central de la cocina, observando el tríptico como si no fuese real. Sin embargo, se giró al oírla entrar y la encaró con ternura no fingida.

—¡Hola! ¿Ya se ha ido Ken? —preguntó ella.

—Sí, hará un rato —repuso Ban, antes de agitar el tríptico en el aire sin violencia para que ella lo viese—. ¿Esto es cosa tuya también?

Elaine negó de inmediato. De hecho, sus ojos avellana se abrieron de inmediato con algo que parecía sincera curiosidad, por lo que Ban lo dejó estar antes de atraerla contra sí y pasarle el papel satinado.

—Oye, esto suena prometedor —comentó ella tras echarle un vistazo rápido, antes de alzar la vista hacia él con lo que parecía emoción contenida brillando en sus enormes ojos castaños—. ¿Te imaginas que los dos acabamos en Benwick?

Ban meneó la cabeza, todavía inseguro a pesar de todo.

—No sé si encajaría en un lugar así —admitió, los ojos de nuevo fijos en el tríptico.

Para su alivio, Elaine descartó aquel argumento de inmediato antes de avanzar y situarse entre sus piernas flexionadas, rodeándole la cintura con los brazos.

—Oye, estoy segura de que será así —auguró, con aire certero—. De hecho, una vez un buen amigo me dijo que el mundo fuera de Daleth no era lo que siempre nos habían contado. —Sonrió con lo que parecía fe renovada y Ban la imitó a medias—. Algo me dice que allí las cosas serán diferentes.

El joven, aun así, respiró hondo un par de veces antes de decidirse a aceptar los argumentos de ella.

—¿Estás segura, entonces? —susurró, emocionado—. Crees que... ¿debería aceptar la propuesta de tu hermano?

—¿Qué te ha ofrecido? —se interesó ella.

—Me ha dicho que me saque el graduado escolar y, a cambio, costeará mis estudios hasta que entre en el *ballet*.

Para su mayor tranquilidad, Elaine mostró una sonrisa aún más confiada.

—Ken no tiene mala fe, Ban, eso puedo jurarlo. No somos... Bueno, ya sabes...

Él la imitó, más agridulce.

—Sí, lo sé. Eso mismo me ha dicho tu hermano.

Elaine observó el tríptico durante un par de segundos, como si meditase qué decir.

—Aun así... La decisión es tuya, de verdad. Si no te sientes cómodo con ello, encontraremos otra manera de que te conviertas en un bailarín profesional —le aseguró, sin acritud—. ¿Vale? Yo estaré a tu lado para lo que necesites.

Ban ciñó su cintura con los brazos, enamorado como nunca en su vida.

—¿Me quieres, Elaine? —preguntó él con suavidad.

Ellaladeó la cabeza, intrigada a todas luces por su pregunta.

—Más que a nada en el mundo —aseguró, en el mismo tono—. ¿Por qué lo dices?

Ban sonrió, acercándose más para besarle la frente con cariño.

—Entonces... con eso me basta para tomar cualquier decisión —aseguró—. No podría pedir más que estar con la mujer que amo, sea donde sea.

La sonrisa encantada de Elaine se ensanchó de oreja a oreja.

—¿Eso es un sí? —se emocionó.

A lo que el joven, ya sin duda alguna, asintió.

—Creo que es la mejor oferta que me han hecho en mi vida. Y ¿tú?

Ella rio antes de abrazarlo sin contención, casi tirándolo de la banqueta.

—De todas formas, yo también tengo que estudiar este verano —admitió Elaine, cuando se les pasó a ambos el susto y las carcajadas consiguientes—. Así que podemos irnos a la mansión cuando la restauren y allí podremos estar tranquilos. Será divertido, seguro.

Él la besó, encantado, a lo que ella correspondió sin esfuerzo.

—Te quiero, mi amor —susurró Ban cuando se separaron—. Eres la mejor.

—Y yo a ti. Y... lo sé —aseguró la joven, burlona, contra sus labios—. Aunque tú tampoco te quedas corto.

Ban soltó una nueva carcajada.

—Eso lo veremos dentro de unos meses —aventuró, jocoso, antes de señalar al exterior del mirador como por casualidad—. De momento, aprovechemos los días libres que nos quedan. ¿Te parece?

—Claro. ¿Alguna idea?

—No sé. ¿Qué te apetece hacer esta tarde?

A lo que ella, sin previo aviso y en contraste con su inocencia de los minutos anteriores, esbozó una mueca que a Ban le disparó todos los instintos de golpe.

—¿Retomamos donde lo dejamos esta mañana? —susurró, coqueta—. Al fin y al cabo, no todo se aprende en los libros ¿verdad?

El joven rio con intención ante aquella sugerencia velada, pero no dudó un instante en aceptar. De hecho, se bajó de la banqueta sin avisar; y, ante su grito de sorpresa, la cogió en brazos casi con un solo movimiento. Después, la llevó en volandas hasta el dormitorio igual que la noche anterior. Con el sol cayendo perezoso sobre el horizonte al otro lado de la ventana, Ban decidió que era la hora de llevar a un angelito de nuevo hasta el paraíso. De ahí que, una vez desnudos ambos y mientras la escuchaba jadear de placer bajo el influjo de su lengua experta, el bailarín sintiese de nuevo que aquello era un sueño maravilloso hecho realidad. Y el hombre libre que era ahora juraba que jamás se cansaría de ello ni en un millón de años de vida.

Epílogo

—¡Elaine! —aulló Erica, al otro lado de la puerta y con evidente impaciencia—. Por amor del cielo, déjate de secretismo y sal ya del baño —la urgió—. Por enésima vez, te prometo que no pienso juzgar el vestido...

La aludida bufó para sí mientras se contemplaba en el espejo con cierta aprensión, sin querer pensar en quién había tenido aquella ridícula idea. Al principio y al verlo, incluso al probárselo, le había gustado. Pero ahora, teniéndolo puesto para salir, no las tenía todas consigo de que hacerlo con tan poca tela fuese la mejor idea del mundo. El vestido blanco con reflejos nacarados no bajaba de la rodilla; además, el escote era palabra de honor con adornos diminutos de pedrería. Primero, estaban a las puertas del invierno; y, segundo ¿desde cuándo ella dejaba ver los hombros de aquella manera?

«Maldito Ban», rezongó para sí, antes de apartarse el pelo, inspirar con decisión y abrir la puerta. «¿Cómo me has convencido para hacer esto?»

—Oh, madre... mía.

Elaine, despertada de su amargura en un instante por el suspiro encantado de Erica, quiso morirse de vergüenza aún más cuando vio su rostro desencajado a escasos metros de distancia.

—Lo sé —admitió, con desgana—. Demasiado escotado ¿verdad?

Sin embargo, la cara que puso su mejor amiga justo a continuación le indicó que, más bien, pensaba todo lo contrario.

—El... Por amor de... Pero... ¿Tú te has mirado al espejo, mujer?

Contrita, la aludida se humedeció los labios mientras dirigía una mirada crítica a la falda de vuelo.

—Sí, pero... No sé, Erica —dudó, volviendo a encarar a su amiga—. ¿No crees que es demasiado...? —Buscó una palabra adecuada—. ¿... atrevido?

Para su mayor bochorno, su amiga se echó a reír con tantas ganas que Elaine casi tuvo que esperar dos minutos de reloj a que se serenase y dejase de revolcarse sobre la cama como si estuviese desquiciada.

—¡Elaine, por amor de una madre! Pero... ¡Si vas a dejar a Ban con la boca abierta! —la amonestó, jadeante, como si no pudiese creerse sus argumentos—. ¿Qué demonios estás diciendo?

La joven rubia bajó la barbilla, mordiéndose el labio para reprimir una risita no exenta de halago.

—Lo cierto es que... Me lo regaló él —reconoció, con las mejillas al rojo vivo—. Y... en ese momento, pues... No me atreví a decirle que no...

Era una verdad a medias. Pero, para su mayor vergüenza, Erica no le dio la razón. Más bien al contrario, silbó con aprecio mientras no dejaba de observarla con incómoda adoración.

—Pues, por favor... Que la próxima vez venga conmigo a comprar ropa. —Ante la mueca de disconformidad de Elaine, sobre todo debida a su opinión del vestido y no a posibles celos infundados, la aspirante a policía agregó—. En serio, El. Me parece de un gusto exquisito. ¿Qué tiene de malo?

Elaine, cohibida, alzó entonces la vista con un suspiro para volver a otearse sobre el espejo del tocador de la esquina. Lo cierto era que, si apartaba la timidez a un lado, se veía tan hermosa como una princesa de cuento.

—¿Tú crees? —preguntó entonces, mirando a Erica de reojo.

Esta, para bien o para mal, asintió con sequedad.

—Desde luego. Una más que añadir a la lista de virtudes de Ban, no hay duda.

Elaine se rio, antes de dar una vuelta frente al espejo para ver el vuelo de la falda. Completando el conjunto, se había recogido dos mechones de pelo junto a la nuca mediante un sencillo pasador de plata y, casi por primera vez en su vida, su estatura era unos centímetros más elevada gracias a unos discretos tacones bajos de color gris perla. Pero la admiración tuvo que detenerse cuando alguien llamó a la puerta entreabierta y, un segundo después, la cabellera azabache de Aera asomó por el hueco.

—¿Estáis listas? Vamos, que llegamos tarde... Por cierto, Elaine —agregó al reparar en la anfitriona—. ¡Estás preciosa con ese vestido!

—Gracias, Aera. Tú también estás muy guapa.

La joven coreana, pareja de Erica desde hacía cuatro meses más o menos, había decidido ir a juego con esta última y ambas vestían algún conjunto de pantalón: mono sin mangas y atado al cuello para la de pelo azul y pantalón alto y blusón para su acompañante. Vista la hora, Elaine tomó entonces su americana corta plateada junto con el bolsito nacarado y las tres jóvenes tomaron sus abrigos del perchero de la entrada. Entre risas cómplices, bajaron hacia el aparcamiento para coger el coche de Erica.

—Oye, y... ¿Clarence? —preguntó Aera—. ¿Dónde está?

—Oh. Ha ido a acompañar a Ban a su entrenamiento hoy y me dijo que se quedaría por la zona hasta la hora de volver —explicó Elaine con naturalidad.

—¿Trabajando en un día como el Solsticio de Invierno? —se escandalizó la coreana—. No puedo creerlo...

Elaine se encogió de hombros con media sonrisa.

—No te preocupes. Con esto se asegura de tener suficiente tiempo para ir a cenar con su mujer y su hija antes de tener que recogernos.

—Y ¿tú, Elaine? —intervino entonces Erica, conspiradora—. ¿Vas a soltarlo hoy, entonces?

Esta sonrió, antes de cruzar una mirada cómplice con sus dos amigas. El tacto de la carta que había recibido aquella mañana casi parecía que todavía quemaba las yemas de sus dedos, tal había sido la emoción de abrirla y recibir la ansiada noticia. Habían tardado menos de lo esperado, tanto para Ban como para ella; pero, ahora que era una realidad, ninguno podía esperar casi a desvelar la buena nueva.

—Lo cierto es que... estábamos esperando a que me dijeran algo a mí para anunciarlo. Y... Ban y yo queríamos hacerlo juntos —aclaró, tratando de no ruborizarse ante las expresiones cargadas de ternura de las otras dos jóvenes.

—¿Ken lo sabe? —inquirió entonces Aera.

Elaine asintió, conteniendo la risa al recordar su reacción.

—Sí, pero ha jurado no decir nada. Aunque yo diría que casi lloró de emoción al enterarse.

—La verdad es que han cambiado muchas cosas en los últimos meses —comentó, Erica—, pero nunca te he visto así de feliz. Eso te lo garantizo.

Esta vez, la joven Forest sí dejó escapar una risita encantada.

—Pues... creo que no soy la única —ironizó, para diversión culpable de las otras dos—. ¿no es así?

Cerca de las diez de la noche, las tres jóvenes por fin aparcaron en las inmediaciones del recién reabierto *Fairy Kingdom*. Desde la generosa donación realizada por Guinevere Fairmont hacía seis meses y la propia contribución desinteresada de Kenneth Forest, el casino volvía a brillar con todo su esplendor como si nada hubiese sucedido. Pero lo cierto era que, para alegría y emoción de todos los que habían vivido aquel duro episodio veraniego, sí que habían sucedido muchas cosas y muy buenas en el último medio año. Buena prueba de ello, sin ir más lejos, fue el trajín que las tres jóvenes se encontraron en el pasillo de las cocinas, nada más adentrarse por la puerta trasera. Mientras trataban de avanzar hacia la derecha para tomar las escaleras de ascenso a los pisos superiores, varias bailarinas con faldas vaporosas y otros tantos camareros se cruzaron en su camino a la carrera, tomando diferentes direcciones y evitando arrollarlas por muy poco. Sin embargo, cuando las tres pudieron por fin alcanzar su objetivo, cualquier posible irritación se disipó de sus mentes como por ensalmo.

El rellano del tercer piso, reparado e iluminado por una elegante lámpara de araña, parecía brillar con luz propia mientras las jóvenes se adentraban en el mismo y saludaban a los que ya estaban allí. Elaine se acercó de inmediato a besar a Ban y Erica se dispuso a presentar a Aera a la mayoría de los presentes, que no la conocían aún.

—Hola, mi amor —susurró el bailarín, señalando a su alrededor—. ¿Te gusta?

Elaine asintió, encantada.

—La verdad es que no estaba segura de si lo conseguiríamos a tiempo —admitió, dirigiéndole una sonrisa orgullosa—. Pero lo hemos logrado.

Lo cierto era que, durante aquel último medio año, desde que la policía permitió a Wan Zhu recuperar su casino y cumplió su promesa de limpiar sus cargos de blanqueo a cambio de cooperar en el caso contra los Caballeros, sus tres empleados más entregados prácticamente habían exigido que se hiciese algo por fin con la parte trasera y dejase de reservarse sólo para los caprichos de los más pudientes.

Sumado a las donaciones de Fairtech y Forest, el exluchador había claudicado al cabo de pocas semanas. Así, tanto Malcolm como Isabelle y Ban se habían embarcado en un proyecto como pocos en su vida. Ahora, gracias a su tesón y al de todos los que los querían, la parte trasera del casino había pasado a ser un centro social donde ellos tres y Dana daban de

vez en cuando clases de diferentes aptitudes a jóvenes en situación precaria. La mayoría de las clases se focalizaban en la danza, pero Isabelle y Malcolm también habían logrado encontrar entre los dos otras formas de estimular las ganas de aprender de los chicos: costura, cocina, protocolo, teatro... Cualquier cosa que los ayudase a alejarse de las drogas, la prostitución y el pillaje como modo de vida.

—¡Vamos, chicos! —llamó entonces el pequeño rubio, con una sonrisa de oreja a oreja, señalando una puerta abierta al fondo del recibidor—. ¡La cena está lista!

Elaine y Ban intercambiaron una mirada cómplice antes de seguirlo junto al resto de presentes. Después de unos cuantos meses de idas y venidas para organizar su nueva vida, incluyendo pasar el juicio por el supuesto asesinato de Meredith en verano; y de Valiant, cinco años atrás, Ban había podido por fin mostrarle a su amada ese que él llamaba su “rincón secreto”. Una enorme sala de baile antigua, con un amplio ventanal que encaraba el Kent sobre el resto de los tejados circundantes. Y, por suerte, Ban había mantenido sus privilegios no escritos sobre aquel lugar para cuando quisiera ensayar, fuese sólo o con Dana. En ocasiones, Elaine incluso recordaba haberse unido para sentarse en el alféizar a leer mientras ellos danzaban. Escuchar música clásica mientras se sumergía en la lectura, aparte de todo, había resultado hasta positivo para su estudio.

—Madre mía, capitán —se burló Ban sin maldad cuando se acercaron a las dos enormes mesas dispuestas sobre el centro de la sala y ocupadas hasta arriba de viandas y preparados—. ¿De dónde has sacado tantísima comida? ¡Vamos a salir rodando de aquí!

A lo que Malcolm mostró una mueca de falsa disculpa y repuso, jovial:

—Vamos, Ban. Te quiero mucho como cocinero, además de como amigo, pero también tengo colegas en otros lares y no iba a hacerte trabajar hoy...

El bailarín se rio, pero no replicó antes de sentarse junto a Elaine y mirarla con aprobación evidente, sobre todo ahora que todos se habían retirado los abrigos. Ella le devolvió una sonrisita cargada de pudor cuando él le susurró al oído que le sentaba de muerte el vestido. Pero ambos decidieron dejar las carantoñas para más adelante mientras a su alrededor comenzaban los primeros brindis e Isabelle y Dana, solícitas y voluntarias, repartían los primeros pedazos de comida.

Había entrantes fríos, pavo recién horneado, pasteles diversos con rellenos de todo tipo y, de postre, dulces y pasteles de Solsticio. Mientras cenaban en aquella fecha especial para toda Nueva Britania, celebrando el día más corto del año tal y como se hacía en la época de Arturo y sus caballeros, el grupo intercambió noticias y chistes diversos mientras comían y bebían con alegría. Sin embargo, el mayor alborozo surgió cuando Elaine, por fin, confesó lo que llevaba casi un día entero escondiendo:

—¡Ban y yo nos vamos a Benwick en enero! —exclamó, con gesto de falsa disculpa que él compartió.

Por supuesto, todos los presentes se alegraron ante aquella buena nueva e incluso Ken pareció tentado de volver a soltar alguna lágrima emocionada; pero se contuvo a tiempo cuando Dana anunció, también como novedad, que ella finalmente se quedaría en Daleth en la compañía de Morgana. Acababan de admitirla, con lo que así podría para estar junto a Ken un tiempo antes de salir a ver mundo. Aprovechando el momento de confesiones, Erica y Aera comentaron entonces que ellas partirían a Camelot a principios del año siguiente, una para hacer las oposiciones a policía y la otra para comenzar los estudios de administración de empresas. O, como en el caso de Elaine, el curso preparatorio antes de comenzar la carrera en el noveno mes del año, para el Equinoccio de Otoño. Vanessa, la que iba a ser la primera acompañante de la futura cadete, había decidido en el último momento quedarse en Daleth y seguir estudios de formación física; culpa de lo cual, según sus amigas, tenía cierto nuevo amante del que Vane no dejaba de presumir. Y ya ni siquiera una Aera convencida, por fin, de sus sentimientos por Erica había dicho una palabra al respecto.

Por último, Zachary y Harvey, también presentes y habiendo declarado su relación como un hecho desde hacía más de cinco meses, poco después del escándalo Fairtech, confesaron que los dos viajarían de vuelta a Londres para empezar de cero sin presiones. Guinevere había sido muy benevolente con el antiguo amante de su hermano, pero este seguía viendo al fantasma de Goliath por todas partes. Así que, ante la más mínima insistencia de Harvey, decidió aceptar su oferta de mudarse con él a la antigua capital británica.

—Por cierto, Ban. Ahora ya podrás pagarte con holgura los estudios en Benwick ¿eh, bribón? —lo chinchó Malcolm, nada más brindar por las parejas presentes por enésima vez, desde su lado de la mesa.

El aludido, por su parte, tragó saliva con pudor antes de reír y agachar la cabeza, humilde. Elaine sonrió, casi sabiendo a la perfección lo que pasaba por su mente. Desde que lo conoció, la joven sabía que su novio era la persona más reticente del mundo a pedir nada prestado o aceptar favores, dado su pasado. Sin embargo, también era cierto que tras el juicio donde condenaron al antiguo presidente de Fairtech por esclavizar a Ban y a Deirdre, aparte de controlar la mafia más poderosa de Daleth, Benjamin Jones había conseguido que el juez otorgara al bailarín una indemnización equivalente al cincuenta por ciento de los beneficios de su espectáculo en el casino, correspondientes al último lustro; teniendo en cuenta que era Goliath Fairmont en su día el que se quedaba la mayor parte y, a cambio, apenas le devolvía migajas a su juguete humano favorito. Guinevere no había tenido problema en entregarles el dinero, más aún dado que salía de las cuentas ocultas de los Caballeros y no de las finanzas de Fairtech como tal. Pero, de cualquier manera, Elaine casi pensó que Ban se iba a desmayar nada más recibir el ingreso, en cuanto vio la cantidad de ceros de la cifra total.

—Bueno, seguro que ahora estará feliz de no depender de mí —bromeó entonces Ken, siguiendo el ritmo a Malcolm y haciendo que Ban riese de nuevo, algo más alto.

—Desde luego. No te haces una idea —replicó en esta ocasión, sarcástico—. Aunque reconozco que en la Torre se vive muy bien sin pagar alquiler...

Ken brindó en su dirección, en apariencia sin darse por aludido ante aquella pulla sin maldad.

—Sólo deseo que Elaine y tú seáis lo más felices posible —aseguró, sincero, antes de hacer un pequeño puchero—. Aunque... Os echaré de menos. A los dos.

—Oh, Ken... —suspiró la joven, conmovida, mientras alzaba su copa a la vez que el resto y pronunciaba, coreada acto seguido por todos—. ¡Por el futuro de todos nosotros, entonces!

—¡Sí, y porque todos sigamos unidos a pesar de la distancia! —corroboró Isabelle, entre el resonar de las copas.

—¡Sí!

—Eh ¿estás bien?

Al escuchar la suave voz de su chica, Ban retornó a la realidad de inmediato. Hacía varios minutos que, abrumado de tanta jarana, el bailarín se había sentado en una esquina junto al ventanal lateral de la sala y observaba el exterior con relajada curiosidad. Pensando, sin quererlo, en cómo habían cambiado las cosas en aquellos meses. Ahora, tras ser declarado libre del todo y sin cargos sobre su conciencia, fuesen reales o no, el joven sentía que había empezado a vivir de verdad. Tenía un apartamento para él, como antes. Pero, además, tenía su propio dinero; una novia preciosa y valiente que le hacía deliciosas las veinticuatro horas del día y una posibilidad, ahora factible, de convertirse en un bailarín profesional.

—Sí, estoy bien —respondió a una Elaine que parecía preocupada por él, antes de rodearle la cintura con mimo y atraerla hacia sí—. Sólo... Me apetecía evadirme un rato —bromeó a medias—. Y ¿tú?

La joven sonrió y se sentó junto a él, pidiendo el hueco sin palabras y apoyando el hombro desnudo apenas sobre el frío cristal.

—Estoy bien, muy contenta de que podamos cumplir nuestros sueños —le aseguró, antes de acariciarle la barbilla con infinito amor—. Los dos, no solo yo.

Ban la imitó entonces, no pudiendo estar más de acuerdo. Poco antes del juicio, se había celebrado la presentación del trabajo póstumo de Adam Forest y había sido la primera aparición oficial de Ban y Elaine como pareja. Para aquel, su mejor recuerdo de esa noche había sido ver a su amada subir al escenario y dedicar unas emotivas palabras a su padre. Su deseo y convicción de hacer un mundo más igualitario para todos, heredados de Adam, conseguían que Ban la amase todavía más de lo que ya lo hacía. Antes sólo podía soñar con tener a una mujer así en su vida; por azares del destino, lo había conseguido.

—No puedo esperar a que eso se haga realidad —admitió entonces, conmovido, ciñéndola con más fuerza contra sí—. Aunque... reconozco que sin ti no lo hubiese logrado.

Lo cierto era que, a pesar de las reticencias iniciales, Ban había intentado cumplir en todo momento su parte del trato y estudiar para sacarse el dichoso graduado, obligatorio para entrar en cualquier compañía de *ballet* que se preciase en Nueva Britania. Por otro lado, Elaine tampoco había faltado a su promesa con Ken y había estudiado todo lo posible para los exámenes y la entrevista en Benwick. De hecho, en algún momento y cuando la mansión Forest estuvo restaurada, ambos decidieron retirarse

como se prometieron a la tranquilidad del campo para centrarse en ellos dos. Y si bien era cierto que Ban había sido un poco cabezota para ponerse a estudiar algunas materias, sin librarse ambos de tener alguna discusión que otra a causa de eso, la paciencia y el amor de Elaine habían logrado ayudarlo a sacar el certificado con una nota más que decente. Aparte de que ella, le gustase o no, había encontrado el argumento perfecto para defender su acceso a Benwick mediante el caso judicial del joven bailarín. Este, en parte y por duro que hubiese sido para él, se alegraba de haber podido contribuir en ese sentido al éxito de la mujer que lo volvía loco.

También, como bromeaban a veces, en su relación ella solía poner la cabeza y él la pasión. Aunque, si preguntaran a Ban, durante algunas noches parecía ser todo lo contrario. Con ternura, paciencia y curiosidad, los dos amantes habían aprendido en aquellos casi seis meses de convivencia a saber lo que el otro quería en la intimidad sin apenas necesidad de hablar; incluso atreviéndose a probar trucos que el bailarín jamás pensó que disfrutaría tanto. O, al menos, no después de haber sido forzado durante años a ejecutar algunos de ellos para gente a la que no apreciaba en absoluto. Pero sólo con ver ese brillo tan especial en los ojos de Elaine cada vez que hacían el amor, fuera como fuese, todo lo malo desaparecía de su mente. El joven sabía que, fuera cómo y dónde fuese, estaba dispuesto a hacer lo que fuera por ella.

—Te he traído un regalo —anunció Ban entonces, recordando el paquete que había conseguido ocultar hasta el momento junto a la esquina donde se encontraban.

—¡Vaya, qué casualidad! —repuso ella de inmediato, sacando algo de detrás de su espalda que el bailarín tampoco le había visto esconder—. Yo también tengo algo para ti. Feliz Solsticio.

Comido por una dulce curiosidad, Ban aguardó entonces el momento de darle su presente a Elaine. En cambio, alargó la mano hacia el pequeño bulto envuelto en papel de colores que ella le estaba entregando; aunque pensó que no sería capaz de reprimir las lágrimas de emoción cuando vio aquel cuervo exquisitamente grabado sobre la pulsera de cuero.

—Oh, cielos. Eres maravillosa, mi amor —le susurró, antes de acercarse para besarla con intensidad. Acto seguido, tras colocarse el adorno en la muñeca para sustituir a la ajada pulsera familiar, le entregó también su regalo con súbita timidez—. Yo... No sé si será tan personal, pero espero que te guste.

La muchacha, por su parte, lo abrió con ojos brillantes de interés. Pero dicha expresión no fue nada comparada a cómo se desencajaron sus rasgos al comprobar de verdad lo que se escondía bajo el suave papel pintado.

—¡Ban! —exclamó, emocionada, antes de abrazarlo con fuerza a su vez—. Pero... ¿cómo lo has sabido?

El aludido sonrió, ufano.

—Bueno, lo vi en la mansión cuando fuimos allí por primera vez y recuerdo que te disgustó saber que se había quemado. —Cuando los Caballeros asaltaron presumiblemente la mansión Forest, no había habido demasiados desperfectos en la estructura. No obstante, los cócteles incendiarios que se habían lanzado hacia las ventanas dieron al traste con parte del mobiliario, incluyendo libros y otros elementos de celulosa que ardían con facilidad. Por ello, Ban había decidido que conseguiría aquel libro como fuese—, así que quise que tuvieras el mejor ejemplar posible.

Con reverencia, el joven enfatizó sus palabras acariciando la portada de “Lanzarote del Lago” sobre los dedos temblorosos de ella.

—Una primera edición es más de lo que podría pedir —aseguró ella, antes de alzarse apenas del asiento para besarlo—. Te quiero.

—Y yo a ti, mi amor. Feliz Solsticio, ahora y siempre —respondió él, en el mismo tono.

Sin embargo, en ese instante, los fuegos artificiales de celebración de aquella fecha tan señalada comenzaron a iluminar el Kent y los tejados más cercanos, lo que los obligó a separarse de forma momentánea para observar el espectáculo. Al estar lanzados desde el Gorlois, se diría que el ático del casino prácticamente estaba en primera fila. De hecho, al escuchar las primeras explosiones, todos los presentes corrieron a asomarse y rodearon a Ban y Elaine, no queriendo tampoco perderse el lanzamiento. Y ellos dos, con las manos entrelazadas en aquella fecha tan especial y un último beso iluminado de vivos colores, sellaron una silenciosa promesa de futuro que esperaban cumplir durante el resto de sus vidas.

AGRADECIMIENTOS

Hay varias personas a las que quiero agradecer el hecho de que esta novela sea por fin un hecho tangible, y no sólo un sueño que surgió viendo *The Wire* y al tiempo que terminaba el manga de *Nanatsu No Taizai* (“Siete Pecados Capitales”), allá por marzo de 2020.

La primera, como siempre, a Ángel: que se revisó esta historia de arriba abajo para encontrar todos aquellos detalles que no encajaban y permitió dejarla pulida para publicar... Y eso que no era de sus géneros predilectos, pero me encanta saber lo mucho que disfrutó con esta historia.

La segunda, a Ester, por ser la primera que quiso darle una oportunidad a esta historia y me confió para seguir adelante con el proyecto, aunque originalmente fuese un *fanfiction*. Al final, como esperábamos, se pudo transformar en una historia auténtica y genuina que espero que os haya llegado al corazón.

Tercero, pero no menos importante... ¡A mi querida Giuly! Aquella que se lo leyó entero cuando todavía era un fanfiction apenas revisado y me emocionó con todos y cada uno de sus comentarios al final del capítulo. No podría pedir mayor motivación para una época que ha sido realmente difícil a nivel personal y anímico.

Cuarto, a mi buen amigo Tomás Sánchez, al que quiero pedir cariñosas disculpas de entrada por andar siempre consultándole los asuntos legislativos para esta novela, jajaja (eres mi abogado preferido, lo sabes). Lo cierto es que, entre otras cosas, el *Fairy Kingdom* como casino fue idea suya, así que... De corazón, gracias por aportar un pequeño gran granito a la trama de esta novela.

Aparte de todos ellos, quiero agradecer a Paula, Sandra y Vanessa su apoyo incondicional durante todos estos meses, así como aguantar que les diese “la chapa” con la historia y si terminaba de publicarla o no, si quería hacerlo sola o a través de algún concurso... (Como veis, al final la pequeña Elaine ha emprendido camino en solitario, pero no se arrepiente en absoluto de ello...).

Y a todos vosotros, lectores, las gracias por llegar hasta aquí; por haber terminado la novela, por haber disfrutado con cada uno de sus pasajes -o no,

que para gustos los colores-y haber querido conocer un poco más de mi obra. ¡Os espero en la siguiente aventura!

-
- [1] Cita atribuida a Confucio, pensador chino (Qufu, 28 de septiembre de 551 a. C. - Lu, 479 a. C.)
- [2] “Ban” en inglés significa “prohibición”, así como “banned” significa prohibido.
- [3] Bebida de origen brasileño, obtenida de la destilación del jugo de caña de azúcar fermentado .